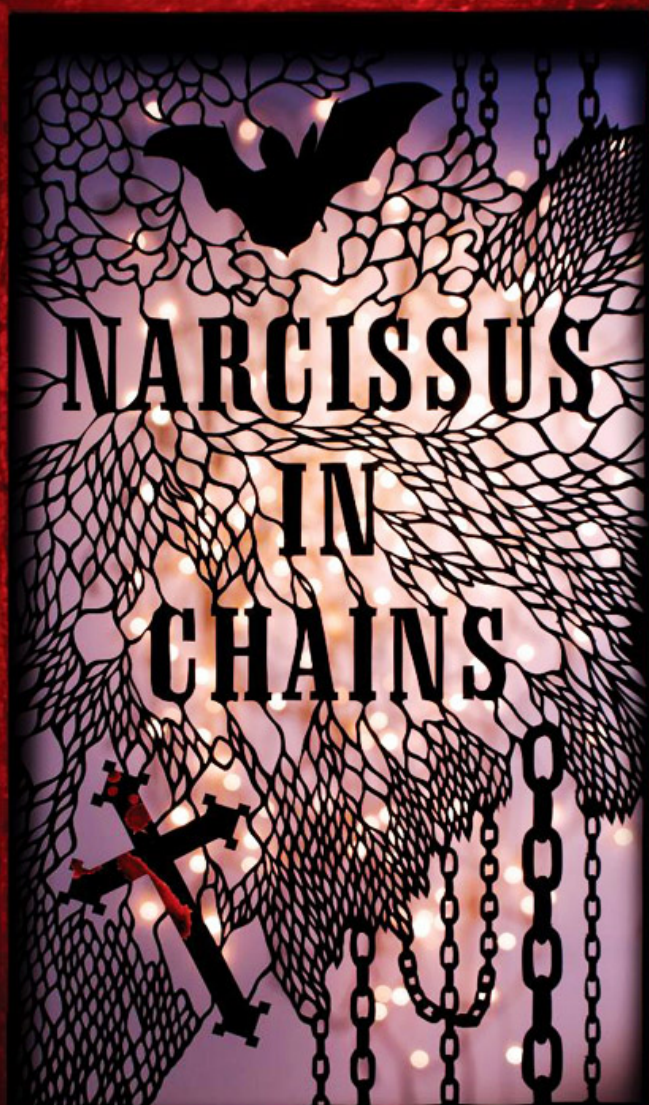


LAURELL K. HAMILTON



AN ANITA BLAKE,
VAMPIRE HUNTER, NOVEL

ePUB

Han pasado seis meses desde que Anita vio a Jean-Claude y Richard. Seis meses de celibato, medio año de indecisión y peligro. Porque su cuerpo lleva tanto la marca del vampiro como la del hombre lobo, y hasta que el triángulo no sea consumado, los tres son vulnerables.

Pero cuando un secuestrador fija como objetivo a los inocentes que ha jurado proteger, Anita necesitará toda la ayuda que pueda conseguir. En una unión inusual, Anita, Jean-Claude y Richard combinan sus capacidades, y se convierten en uno. De repente, Anita puede controlar sus poderes, sentir sus corazones, oír sus pensamientos... y sentir su hambre.

Nada puede salvar a Anita del giro del destino que la arrastra todavía más cerca del borde de su humanidad, para finalmente rendirse a su sed de sangre, la bestia y el deseo que transforman su cuerpo y consumen su alma...



eBooks con estilo

Laurell K. Hamilton

Narcissus in Chains

Anita Blake, cazavampiros-10

ePUB v1.0

fenikz 22.01.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *Narcissus in Chains*

©Laurell K. Hamilton, octubre 2001

Traducción «NO OFICIAL»

Editor original: fenikz (v1.0)

ePub base v2.1



Junio había llegado como de costumbre con mucho calor y sudor, pero un monstruoso frente frío había aparecido durante la noche y en la radio del coche estaban comentando el record de bajas temperaturas. Sólo en los años sesenta fueron tan bajas, pero después de semanas entre veinticinco y treinta grados, incluso más, hacía francamente frío. Mi mejor amiga, Ronnie Sims, y yo estábamos sentadas en mi jeep con las ventanillas bajadas, dejando pasar entre nosotras la corriente de aire inusualmente fría. Ronnie cumplía treinta años esta noche. Estábamos hablando sobre cómo se sentían los 30 y sobre cosas de chicas. Teniendo en cuenta que ella es un detective privado y yo resucito a los muertos para ganarme la vida, tenemos bastantes temas comunes. Sexo, chicos, de cumplir los treinta, los vampiros, hombres-lobo. Ya sabes, lo de siempre.

Podríamos haber ido a la casa, pero hay algo en la intimidad de un coche por la noche que te hace querer quedarte. O tal vez fue el dulce olor

del aire primaveral que entraba por la ventana como la caricia de un medio recordado amante.

—Muy bien, así que es un hombre lobo. Nadie es perfecto —dijo Ronnie—. Tienes citas con él, duermes con él, cástate con él. Mi voto es para Richard.

—Sé que no te gusta, Jean-Claude.

—¡No me gusta! —Sus manos se apoderaron del pasa-manos de la puerta lateral, apretando hasta que pude ver la tensión en los hombros. Creo que estaba contando hasta diez.

—Si matara tan fácilmente como lo haces tú, hubiera matado a ese hijo de puta hace dos años, y tu vida sería mucho menos complicada ahora.

Eso último era un eufemismo. Pero...

—Yo no quiero verlo muerto, Ronnie.

—Él es un vampiro, Anita. Él está muerto. —Se dio la vuelta y me miró en la oscuridad.

Sus dulces ojos grises y su pelo rubio se habían convertido en plata y blanco, cerca de la fría luz de las estrellas. Las sombra y la luz brillante reflejada dejó la cara en alto relieve, como una pintura moderna. Pero la expresión de su rostro era casi aterradora. Hubo una expresión de miedo en ella.

Si hubiera sido yo la que tenía esa mirada en mi cara, me habría advertido que no hiciera nada estúpido, como matar a Jean-Claude. Pero Ronnie no era una tiradora.

Había matado dos veces, ambas para salvar mi vida. Le debía eso. Pero ella no era una persona que podía cazar a alguien a sangre fría y matarlo. Ni siquiera a un vampiro.

Sabía esto acerca de ella, así que no había que prevenirla.

—Solía pensar que sabía reconocer lo que estaba muerto o no, Ronnie. —Sacudí la cabeza.

—La línea no es tan clara.

—Él te sedujo —dijo.

Miré lejos de su cara enojada y me quedé mirando el papel de aluminio en forma de cisne en mi regazo. Deirdorfs y Hart, en donde habíamos cenado, era creativo con sus bolsas: en papel aluminio con formas de animales. No podía discutir con Ronnie, y yo estaba cansada de intentarlo.

Por último, dije:

—Todo amante seduce, Ronnie, es la forma en que funciona.

Cerró las manos con mucha fuerza en el salpicadero, me sobresaltó y debió hacerse daño.

—¡Maldita sea, Anita!, no es lo mismo.

Estaba empezando a enfadarme, y no quería estar enojada, no con Ronnie. La había llevado a cenar para hacerla sentir mejor, no para pelear. Louis Fane, su novio, estaba fuera de la ciudad en una conferencia, y estaba cabreada por eso, y cerca de cumplir los treinta. Así que traté de hacerla sentir mejor, y parecía decidida a hacer que se sienta peor.

—Mira, no he visto ni a Jean-Claude ni a Richard, durante seis meses. No estoy saliendo con ninguno de ellos, así que puedes saltarte la conferencia sobre la ética de vampiro.

—Ahora es un oxímoron —dijo.

—¿Qué es? —pregunté.

—La ética de vampiro —dijo.

Fruncí el ceño.

—Eso no es justo, Ronnie.

—Tú eres un verdugo de vampiros, Anita. Tú eres la que me enseñó que no son sólo personas con colmillos. Son monstruos.

Había tenido suficiente. Abrí la puerta del coche y me deslicé hacia el borde del asiento. Ronnie agarró mi hombro.

—Anita, lo siento. Lo siento. Por favor, no te enfades.

No me di la vuelta. Me quedé allí sentada con los pies colgando fuera de la puerta, el aire fresco se introducía en el calor del coche.

—Entonces déjalo estar, Ronnie. Me refiero a que lo dejes.

Ella se inclinó y me dio un abrazo rápido por detrás.

—Lo siento. No es de mi incumbencia con quien te acuestas.

Me incliné hacia el abrazo por un momento.

—Eso es correcto.

Luego se apartó y se bajó del coche. Mis zapatos de tacón alto crujían en la grava de la entrada de mi casa.

Ronnie había querido que me vistiese bien. Era su cumpleaños. No fue sino hasta después de la cena que me había dado cuenta de su plan diabólico. Había tenido que usar zapatos de tacón y un bonito traje de minifalda negro. La parte superior era, en realidad, una camiseta sin mangas. ¿O podía ser con espalda descubierta? Sin tener en cuenta lo caros que eran, todavía era una falda muy corta y una camiseta sin mangas. Ronnie me había ayudado a elegir el vestuario hace una semana. Debería

haber reconocido su inocente —oh, vamos a vestir elegantes— como una estratagema. Había otros vestidos que dejaban más piel cubierta y había más dobladillo, pero ninguno de ellos camuflaba la banda de la funda que atravesaba la parte baja de mi cintura. En realidad había llevado la funda junto con nosotras en la salida de compras, sólo para estar segura. Ronnie pensó que yo era una paranoica, pero no iría a ningún sitio desarmada después del anochecer.

La falda era bastante espaciosa y negra, lo suficiente para ocultar el hecho de que llevaba la banda en la cintura y una Firestar 9mm. La parte superior era de material pesado y tapaba lo que quedaba de ella, de forma que realmente no podía ver el mango de la pistola debajo de la tela.

Todo lo que tenía que hacer era levantar la parte inferior de la camiseta y el arma estaba allí, lista para ser utilizada. Fue el traje más elegante para salir que nunca había poseído.

Me hizo desear que lo hicieran en un color diferente, así podría tener dos de ellos. El plan de Ronnie había sido ir a un club en su cumpleaños. Un club de baile. Eek. Yo nunca fui a los clubes. No bailaba. Pero fui con ella. Sí, ella me sacó a la pista, sobre todo porque bailar sola atraía demasiada atención masculina no deseada. Al menos con nosotras dos bailando juntas los aspirantes a casanovas se quedaban a distancia.

Aunque decir que yo bailaba, era inexacto. Me quedé allí y con un tipo de tambaleó. Ronnie bailaba. Bailó como si fuera su última noche en la Tierra y ella tuvo que poner todos los músculos en funcionamiento. Fue espectacular, y daba un poco de miedo.

Había algo casi desesperado, como si Ronnie sintiera la mano fría del tiempo trepando más y más rápido. O tal vez era sólo yo que proyectaba mi propia inseguridad. Había cumplido veintiséis a principios de año, y, francamente, al ritmo que iba, probablemente no tendría que preocuparme acerca de llegar a los treinta. La muerte cura todos los males. Bueno, la mayoría de ellos.

Había habido un hombre que se agarraba a mí en lugar de Ronnie. No entendía por qué. Ella era una rubia alta de piernas largas, bailando como si estuviera teniendo relaciones sexuales con la música. Pero me ofreció bebidas. No bebo. Trató de bailar conmigo. Me negué. Finalmente tuve que ser grosera. Ronnie me dijo que bailara con él, al menos era humano. Le dije que aunque fuera su cumpleaños no fuera demasiado lejos.

La última cosa en la tierra de Dios que necesitaba era otro hombre en

mi vida. No tenía ni idea de qué hacer con los dos que ya tenía. El hecho de que eran, respectivamente, un vampiro maestro y un Ulfric, el rey lobo, era sólo una parte del problema. Sólo este hecho debería hacerle saber cuán profundo era el agujero que estaba cavando. O sería, ¿que ya había cavado? Sí, ya estaba abierto. Estaba a mitad del camino a China y seguía.

Había estado célibe durante seis meses. Así que, por lo que sabía, debía estar alejada de ellos. Todo el mundo estaba esperando que aclarara mi mente. Esperando a que escogiera, o decidiera algo, cualquier cosa.

Había sido una roca durante medio año, porque me había quedado lejos de ellos. No los había visto, en carne y hueso, de todos modos. No había devuelto las llamadas telefónicas. Había huido a las colinas en el primer indicio de acercamiento. ¿Por qué estas medidas tan drásticas? Francamente, porque casi cada vez que los veía, me caía de la carreta de castidad. Ambos encendían mi libido, pero estaba tratando de decidir quién tenía mi corazón. Aún no lo sabía. Lo único que se había decidido es que era hora de dejar de esconderse. Tenía que verlos y decidir lo que todos íbamos a hacer. Había tomado esa decisión hace dos semanas. Fue el día en que me tocaba volver a tomar la píldora anticonceptiva, y comencé a tomarla de nuevo. Lo último que necesitaba era un embarazo sorpresa. Lo primero que pensé cuando tome la decisión de hablar con Richard y Jean-Claude fue volver a tomar la píldora dice algo sobre el efecto que tienen en mí.

Se necesita tomar la píldora durante al menos un mes para estar segura, o lo más segura que puedas. Cuatro semanas, cinco para estar segura, entonces los llamaría. Quizás.

Oí los tacones de Ronnie andar por la grava.

—Anita, Anita, espera, no te enfades. —La cosa era que no estaba enfadada con ella. Estaba enfadada conmigo. Enfadada que después de todos estos meses, todavía no podía decidir entre los dos hombres. Me detuve y esperé, acurrucada en mi conjunto de minifalda negro y con el cisne de papel de plata en mis manos. La noche era lo suficientemente fría como para que me hubiera puesto una chaqueta. Cuando Ronnie me alcanzó empecé a caminar de nuevo.

—No estoy loca, Ronnie, estoy cansada. Cansada de ti, de mi familia, de Dolph, de Zerbrowski, de todos, de que sean tan condenadamente críticos. —Mis tacones golpeaban la acera con Clacks agudos. Jean-Claude había dicho que podía saber si yo estaba enojada sólo por el sonido de mis

talones en el suelo.

—Cuidado con el escalón. Estás usando tacones más altos que yo. — Ronnie era de cinco pies y ocho, lo que significaba que con tacones llegaba casi a seis pies.

Yo llevaba tacones de ocho centímetros, lo que me puso a cinco con cinco. Puedo obtener un entrenamiento mucho mejor con Ronnie y corro junto a ella.

El teléfono sonaba cuando manejaba la llave y el papel de aluminio con las sobras.

Ronnie cogió las sobras, y empujó la puerta con el hombro. Yo estaba corriendo a través de la sala en mis zapatos de tacón alto cuando me acordé de que estaba de vacaciones.

Lo que significaba que cualquier emergencia que estaba llamando a las 2:05 de la mañana no era mi problema, no por otras dos semanas como mínimo. Pero los viejos hábitos son difíciles de eliminar, y yo cogí el teléfono antes de recordarlo. En realidad no lo tome, me quedé allí, con el corazón en un puño. Estaba pensando en no descolgar, pero... pero todavía estaba dispuesta a coger el teléfono por si acaso.

Se escuchaba música fuerte y la voz de un hombre. No reconocí la música, pero reconocí la voz.

—Anita, es Gregory. Nathaniel está en problemas.

Gregory fue uno de los wereleopardos que había heredado cuando maté a su alfa, su líder. Como ser humano, no estaba realmente al cargo, pero hasta que encontraran un sustituto, era mejor que nada, wereanimales sin dominante para protegerlos serían carne de nadie, y si alguien los mataba, sería en parte culpa mía. Por lo tanto, actuó como su protectora, pero el trabajo era más complicado de lo que jamás había pensado. Nathaniel era el problema. Todos los demás reconstruían sus vidas, ya que su viejo líder había muerto, pero no Nathaniel. Había tenido una vida difícil: abusos, violaciones, esclavizado por proxenetas, y rematado.

Rematado significaba que había sido esclavo de alguien, en el sexo y el dolor. Fue uno de los pocos verdaderos sumisos que jamás había conocido, aunque, es cierto, mi grupo de amistades era limitada.

Maldije en voz baja y cogí el teléfono.

—Estoy aquí, Gregory, ¿qué ha ocurrido ahora? —Incluso para mí, mi voz sonaba cansada y medio enojada.

—Si yo tuviera a alguien más a quien llamar, Anita, llamaría, pero tú

eres el líder. —Parecía cansado y enojado, también. Perfecto.

—¿Dónde está Elizabeth? Se suponía que tenía que ocuparse de Nathaniel por la noche.

Al fin había acordado que Nathaniel podría empezar a salir a clubes de dominación, si iba acompañado por Elizabeth y al menos un wereleopardo más. Esta noche había sido Gregory el elegido, pero sin Elizabeth, Gregory no era lo suficientemente dominante como para mantener a Nathaniel seguro. Un sumiso normal habría estado seguro en uno de los clubes con alguien que simplemente dijera «no, gracias, vamos a pasar».

Pero Gregory era uno de esos sumisos raros que son casi incapaces de decir no, y se han hecho una idea sobre el dolor y el sexo que puede ser muy extrema. Lo que significaba que él podría decir que sí a cosas que eran muy, muy malas para él. Los wereanimales pueden soportar un montón de lesiones y no dañarse de forma permanente, pero hay un límite. El sentido común suele indicarnos cuando es demasiado o cuando se cree que algo malo va a suceder, pero no Nathaniel. Así que tenía guardas con él para asegurarme de que nadie realmente abusaba de él. Pero era más que eso. Un sumiso confía en un dominante porque este para antes de que el daño sea demasiado grande.

El dominante confía en que el sumiso debe conocer su propio cuerpo y tiene suficiente auto-preservación para gritar antes de que sea demasiado para su cuerpo.

Nathaniel no tenía esa característica de seguridad, lo que significaba que una posición dominante con las mejores intenciones podía terminar lastimándolo gravemente antes de darse cuenta o de que Nathaniel lo indicara.

En realidad había acompañado a Nathaniel un par de veces. Como su Nimir-ra era una parte de mi trabajo entrevistar a los posibles... cuidadores. Había ido preparada para los clubes de los más bajos círculos del infierno y había quedado gratamente impresionada.

Había tenido más problemas con proposiciones sexuales en un bar normal en un sábado por la noche. En estos clubes todo el mundo era muy cuidadoso de no imponerse ni ser visto como agresivo.

Era una comunidad pequeña, y si tienes una reputación de ser desagradable, podrías encontrarte en la lista negra y sin nadie con quien jugar. La gente que había encontrado eran cortesés, y una vez que dejé claro que no estaba allí para jugar, nadie me molesto, excepto los turistas.

Los turistas eran complicados, gente que no era realmente del mundillo, distinta a la gente a la que le gustaba vestirse bien y frecuentar los clubes. Ellos no conocían las reglas, y no se había molestado en preguntar. Probablemente pensaron que una mujer en un lugar como este, haría cualquier cosa. Este aspecto no me convenció. Pero había tenido que dejar de ir con Nathaniel. Otro wereleopardo me dijo que emitía un aura tan dominante que ningún dominante se acercaría a Nathaniel mientras yo estuviera con él. A pesar de que habíamos tenido ofertas de *Ménage à trois* de todo tipo. Sentí que necesitaba un botón que dijera:

—No, yo no quiero tener la servidumbre de tres vías contigo, sin embargo, gracias por preguntar. —Elizabeth había sido, supuestamente, dominante, pero no lo suficiente como evitar que Nathaniel consiguiera una cita.

—Elizabeth se fue —dijo Gregory.

—¿Sin Nathaniel? —Hice una pregunta.

—Sí.

—Bueno, eso sólo son patatas fritas y tocino —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—Estoy enojada con Elizabeth.

—Se pone mejor —dijo.

—¿Cuánto mejor se pone, Gregory? Me aseguraste que en estos clubes estaban a salvo. Un poco de esclavitud, una bofetada, un poco de luz y cosquillas. Me convenciste de que no podía mantener a Nathaniel lejos de allí indefinidamente. Me dijiste que tenían formas de vigilar la zona para que nadie saliera herido. Eso es lo que tú, Zane y Cherry me dijeron. Caray, lo he visto yo misma. Hay monitores de seguridad en todas partes, es más seguro que algunas de las citas que he tenido, así que, ¿qué es lo que ha salido mal?

—No podríamos haber previsto esto —dijo.

—Sólo llega al final de la historia, Gregory, los preliminares me están aburriendo. —Hubo silencio por más tiempo del que debería haber sido, sólo se escuchaba la música demasiado alta—. Gregory, ¿estás ahí?

—Gregory está enfermo —dijo una voz de hombre.

—¿Quién eres?

—Soy Marco, si te ayuda, aunque dudo que lo haga. —Su voz era cultivada, Estados Unidos, pero la parte del norte.

—¿Eres nuevo en la ciudad? —pregunté.

—Algo así —dijo.

—Bienvenido a la ciudad. Asegúrate de visitar The Arch mientras estas aquí, hay una bonita vista. Pero ¿por qué tu reciente llegada a St. Louis tiene que ver conmigo y los míos?

—Al principio no nos dimos cuenta que era tu mascota la que teníamos. No era la que estábamos buscando, pero ahora que la tenemos, vamos a retenerla.

—No puedes retenerlo —dije.

—Ven y quítanoslo, si puedes. —Esa voz extrañamente suave hizo que la amenaza fuera aún más eficaz. No hubo ira, nada personal. Sonaba como negocios, y no tenía idea de qué se trataba.

—Que se ponga Gregory de nuevo al teléfono —dije.

—No lo creo. Está disfrutando de un tiempo con mis amigos en este momento.

—¿Cómo puedo saber que está vivo? —Mi voz era tan emotiva como la suya. No sentía nada, era demasiado repentino, demasiado inesperado, como si fuera una película.

—Nadie ha muerto, todavía —dijo el hombre.

—¿Cómo puedo saber eso?

Se quedó callado un segundo, entonces dijo:

—¿Con que clase de gente están acostumbrados a tratar que lo primero que me preguntan es si lo hemos matado?

—Ha sido un año difícil. Ahora ponga a Gregory en el teléfono, porque hasta que no sepa que está vivo, y me diga que los otros lo están, esta negociación se ha estancado.

—¿Cómo sabes que estamos negociando? —preguntó Marco.

—Es una corazonada.

—Colega, que directa.

—No tienes idea de cómo puedo ser de directa, Marco. Pon a Gregory al teléfono. —Allí estaba la música llenando el silencio, y más música, pero no voces—. Gregory, Gregory, ¿estás ahí? ¿Hay alguien ahí? —Mierda, pensé.

—Me temo que tu gatito no maullará para nosotros. Es algo orgulloso, creo.

—Pon el auricular en su oreja y déjame hablar con él.

—Como quieras.

Más de la música a alto volumen. Hablé como si estuviera segura de

que Gregory estaba escuchando.

—Gregory, necesito saber que estás vivo. Necesito saber que Nathaniel y todos los demás están vivos. Háblame, Gregory.

Su voz llegó forzada, como si estuviera apretando los dientes.

—Siii.

—¿Sí, a que, todos están vivos?

—Siii.

—¿Qué están haciendo?

Gritó en el teléfono, y el sonido elevó el vello de mi cuello y bailó por mis brazos poniéndome la piel de gallina. El sonido se detuvo bruscamente.

—¡Gregory, Gregory! —Yo estaba gritando en contra del tecno-ritmo de la música, pero nadie respondía.

Marco volvió a ponerse al teléfono.

—Ellos están todos vivos, no muy bien, pero vivos. El que llaman Nathaniel es un hombre joven y bello, pelo castaño largo y ojos de color violeta de lo más extraordinario. Muy guapo, sería una pena echar a perder toda esa belleza. Por supuesto, esta es demasiado bonita, rubia y de ojos azules. Alguien me dijo que ambos trabajan como strippers ¿Es eso cierto?

No había dormido, estaba asustada y enojada, y todavía no tenía ni idea de por qué esto estaba ocurriendo. Mi voz salió casi plana, casi en calma.

—Sí, es verdad. Tú eres nuevo en la ciudad, Marco, por lo que no me conoces. Pero confía en mí, no quieres hacerlo.

—Tal vez no, pero mi alfa lo quiere.

Odiaba la política de los cambiaformas.

—¿Por qué? Los wereleopardos no son ninguna amenaza para nadie.

—Lo nuestro no es analizar el por qué, lo nuestro es obedecer órdenes y morir.

Un secuestrador culto, refrescante.

—¿Qué quieres, Marco?

—Mi alfa quiere que vengas a rescatar a tu gato, si puedes.

—¿En qué club estás?

—En el Narciso Encadenado. —Y colgó.



—¡Maldita sea!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ronnie. Me había olvidado de ella. No tenía cabida en esta parte de mi vida, pero allí estaba, apoyada en los armarios de la cocina, buscando mi rostro con aire preocupado.

—Yo me ocuparé de él.

Ella me agarró del brazo.

—Me das el discurso sobre querer a tus amigos de vuelta, de no querer empujarlos a todos fuera. Te refieres a esto, ¿o se trataba sólo de hablar?

Tomé una respiración profunda, dejé salir el aire, y le conté la conversación que había tenido.

—¿Y no tienes ni idea de qué se trata? —preguntó.

—No, no lo sé.

—Eso es extraño. Por lo general estas cosas se esperan, no simplemente se presentan.

Yo asentí.

—Lo sé.

—Marcarás asterisco 69 y llamarás de nuevo al número del cual te acaban de llamar.

—¿Y cómo cambia eso las cosas?

—Sabrás si realmente están en este club, o si es sólo una trampa.

—No eres sólo una cara bonita, ¿verdad? —dije.

Ella sonrió.

—Soy una detective entrenada. Sabemos de estas cosas. —El humor no acababa de llegar a sus ojos, pero ella estaba intentándolo.

Marqué, y sonó el teléfono por lo que pareció una eternidad, y luego otra voz masculina contestó:

—Sí.

—¿Es el Narciso Encadenado?

—Sí, ¿quién es?

—Necesito hablar con Gregory.

—No conozco a ningún Gregory —dijo.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Esto es un teléfono público, señora. Acabo de cogerlo. —Luego colgó. Parecía ser mi noche para esto.

—Llamaban desde un teléfono público en el club —dije.

—Bueno, al menos sabes dónde están —dijo Ronnie.

—¿Sabes dónde está el club? —pregunté.

Ronnie sacudió la cabeza.

—No es mi tipo de club.

—El mío tampoco. —De hecho, las únicas personas que conocía y sabían dónde estaba el club estaban allí esperando a ser rescatados.

¿Quién podría saber dónde está el club, y algo acerca de su reputación? No podía confiar en lo que me habían dicho los wereleopardos sobre que el club era un lugar seguro. Obviamente, se habían equivocado.

Un nombre saltó a mi mente. El único al que sabía que podría llamarle, y sabría dónde estaba el Narciso encadenado, y en qué tipo de problemas tendría si iba.

Jean-Claude. Por ser un tema de la política cambiaformas podría haber tenido sentido llamar a Richard, ya que él es un hombre lobo. Pero los cambiaformas eran un grupo muy exclusivo. Un tipo de animales rara vez cruza las fronteras para ayudar a otro. Es frustrante, pero cierto. La

excepción fue el tratado entre los hombres lobo y los wereratas, pero todos los demás estaban abandonados a su suerte, y se peleaban, y sangran, entre ellos mismos. Oh, si algún pequeño grupo se escapa de las manos y atrae la atención de la policía, algo no muy deseado, los lobos y las ratas imponen la disciplina, pero salvo por esto, nadie parecía querer interferir unos con otros. Esa fue una de las razones por las que seguía siendo la niñera de los wereleopardos.

Además, Richard no sabía más acerca de la subcultura SM que yo, quizás menos. Si estás queriendo hacer preguntas sobre clubs sexuales, Jean-Claude es definitivamente tu hombre. No podrá participar, pero parece saber quién está haciendo qué y para quién y dónde. O esperaba que lo hiciera. Si hubiera sido mi vida la que estaba en juego, probablemente no habría llamado a cualquiera de los chicos, pero si me mataban al hacer esto, no dejaba a nadie para rescatar a Gregory y el resto.

Inaceptable.

Ronnie se había quitado los zapatos de tacón alto.

—No he traído mi pistola, pero estoy segura que tienes un de repuesto.

Sacudí la cabeza.

—Tú no vienes.

El enojo hacía que sus ojos grises parecieran del color de nubes de tormenta.

—Al infierno si no voy.

—Ronnie, se trata de cambiaformas, y eres humana.

—Y tú que eres —dijo.

—Debido a las marcas de Jean-Claude, estoy un poco más preparada. Puedo sufrir daños que a ti te matarían.

—No puedes ir allí sola —dijo. Tenía los brazos cruzados debajo de los pechos y la cara enojada con líneas rebeldes.

—No pienso en ir sola.

—Es porque no soy un asesino, ¿no?

—No matas fácilmente, Ronnie, no hay vergüenza en eso, pero no puedo llevarte a un grupo de cambiaformas a menos que sepa que vas a disparar a matar si es necesario. —La agarré por los brazos. Se quedó tiesa y enfadada con mi toque—. Mataría un pedazo de mí perderte, Ronnie. Mataría un pedazo más grande saber que moriste a causa de alguna mierda de las mías. No se puede dudar con estas personas. No se pueden tratar como si fueran humanos. Si lo haces, mueres.

Estaba moviendo la cabeza.

—Llama a la policía.

Me alejé de ella.

—No.

—¡Maldita sea, Anita!, ¡maldita sea!

—Ronnie, hay reglas, y una de esas reglas es que no tienen que verse envuelta la policía. —La razón principal de esta norma era que la policía tendía a desaprobear la lucha por el dominio que desemboca con cadáveres en el suelo, pero no había necesidad de decirle eso a Ronnie.

—Es una regla estúpida —dijo.

—Tal vez, pero sigue siendo la forma de hacer negocios con los intrusos, no importa de qué tipo son.

Se sentó en la mesa pequeña de dos plazas para el desayuno, en su plataforma un poco elevada.

—¿Quién va a ser tu respaldo entonces? Richard no mata más fácil que yo.

Eso fue una verdad a medias, pero la dejé pasar.

—No, quiero a alguien a mi espalda esta noche que hará lo que se necesita hacer, no solo hacer gestos.

Sus ojos eran oscuros, con ira.

—Jean-Claude —dijo el nombre como una maldición.

Yo asentí.

—¿Estás segura de que no es su plan para llevarte de vuelta a su vida, perdón, su muerte?

—Él me conoce muy bien, sabe cómo cuido a mi gente. Y sabe lo que haría si les hacen daño.

La perplejidad fluyó a través de la ira, suavizando sus ojos, su cara.

—Lo odio, pero sé que lo amas. ¿Podrías realmente matarlo? ¿Podrías realmente apuntar una pistola y apretar el gatillo? —La miré, y sabía, sin un espejo, que mis ojos se habían distanciado y enfriado. Es difícil para mis ojos de color café parecer fríos, pero había estado practicando últimamente.

Algo muy parecido al miedo se deslizó detrás de sus ojos. No sé si tenía miedo por mí, o de mí. Yo prefería la primera opción.

—Tú puedes hacerlo. Jesús, Anita. Tú has conocido a Jean-Claude más tiempo del que yo he conocido a Louie. Nunca podría lastimar a Louie, no importa lo que hiciera.

Me encogí de hombros.

—Pienso que me destrozaría hacerlo. No volvería a ser feliz, si consiguiera sobrevivir. Hay una posibilidad muy real de que las marcas me arrastraran a la tumba con él.

—Otra buena razón para no matarlo —dijo.

—Si él está detrás del grito que Gregory dio a través del teléfono, entonces él necesitará más razones para seguir respirando, que el amor, la lujuria, o mi posible muerte.

—No te entiendo, Anita. No te entiendo en absoluto.

—Lo sé —dije. Y pensé que era una de las razones por las que Ronnie y yo no habíamos estado tan unidas como lo estábamos antes. Me cansé de explicarle mi comportamiento. No, me canse de justificarme ante ella.

Eres mi amiga, mi mejor amiga, pensé. Pero yo nunca te entiendo.

—Ronnie, no puedo luchar como un igual con cambiaformas y vampiros. Perdería en una lucha justa. La única forma de sobrevivir, la única manera de sobrevivir para mis leopardos, se debe a que los otros me temen. Temen mis amenazas. Y soy tan buena como mis amenazas, Ronnie.

—Así que irás y los matarás.

—No he dicho eso.

—Pero lo harás.

—Voy a tratar de evitarlo —dije. Se dobló en sus rodillas, envolviendo sus brazos alrededor de sus largas piernas. Se había hecho un pequeño agujero en las medias, el agujero brillaba, por el esmalte transparente. Ella había llevado el esmalte en su bolso para estas emergencias. Yo había llevado un arma y ni siquiera había llevado un bolso.

—Si te arrestan, llámame, y pagaré la fianza.

Sacudí la cabeza.

—Si me encuentran con tres o más personas muertas en un área pública, no saldré esta noche bajo fianza. La policía probablemente no terminará el interrogatorio hasta pasado el amanecer.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila al respecto? —preguntó.

Estaba empezando a recordar por qué Ronnie y yo habíamos comenzado a distanciarnos. Y había tenido casi la misma conversación con Richard una vez cuando un asesino a sueldo había llegado a la ciudad para matarme. Le di la misma respuesta.

—Estar histérica no me ayudará en nada, Ronnie.

—Pero tú no estás enfadada por eso.

—Oh, estoy enojada —dije.

Sacudió la cabeza.

—No, quiero decir que no estemos indignadas con lo que está sucediendo. No parece sorprenderte, no como... —Se encogió de hombros—. No es como debería ser.

—Tú quieres decir que no te gusta cómo va a ser. —Levanté la mano antes de que pudiera responder—. No tengo tiempo para debatir filosofía moral, Ronnie. —Cogí el teléfono—. Voy a llamar a Jean-Claude.

—Sigo insistiendo en que dejes al vampiro y te cases con Richard, pero tal vez hay más de una razón por la que no puedes dejarlo ir. —Marqué el número del Circo de los Malditos de memoria, y Ronnie seguía hablando con mi espalda—. Tal vez no estás dispuesta a renunciar a un amante que es más frío que tú.

El teléfono estaba sonando.

—Hay sábanas limpias en la cama de invitados, Ronnie. Lo siento, no vamos a poder tener una noche de chicas hoy.

Le di la espalda.

Oí las pisadas y un crujir de faldas cuando salía. Me mantuve de espaldas frente a la habitación hasta que supe que ella se había ido. No nos haría bien a ninguna de las dos que me viera llorar.



Jean-Claude no estaba en el Circo de los Malditos. La voz en el otro extremo del teléfono en el circo no me reconoció, no se creyeron que yo fuera Anita Blake, la novia —casual— de Jean-Claude. Así que me había tocado llamar a sus otros negocios. Lo había intentado en el Placeres Prohibidos, su club de striptease, pero él no estaba. También traté de localizarlo en el Danza Macabra, su nueva empresa, pero estaba empezando a preguntarme si Jean-Claude se había limitado a indicar a todo el mundo que dijera que él no estaba si la que llamaba era yo.

La idea me molestó mucho. Me preocupaba que después de tanto tiempo, finalmente, Richard pudiera mandarme al infierno, que había tenido bastante de mi indecisión. Nunca se me había ocurrido que Jean-Claude no pudiera esperar. Si estaba tan segura de cómo me sentía con respecto a él, ¿por qué mi estómago estaba apretado con un creciente sentido de pérdida? La sensación no tenía nada que ver con los wereleopards y sus problemas.

No, tenía que ver conmigo y el hecho que de repente me sintiera perdida. Pero resultó que Jean-Claude estaba en el Danza Macabra, y atendió mi llamada. Tuve un momento para aflojar mi estómago y recuperar el aliento, entonces contesté el teléfono, mientras luchaba para mantener mis escudos metafísicos en su lugar.

Odiaba la metafísica. Biología Preternatural sigue siendo biología, la metafísica es magia, y aún no estoy cómoda con ella. Durante seis meses, cuando no estaba trabajando, estaba meditando, estudiando con una psíquica muy sabia llamada Marianne, el aprendizaje de la magia ritual, por lo que podía controlar mis habilidades concedidas por Dios. Y por lo que podría bloquear las marcas que me unían a Richard y Jean-Claude. Un aura es como una protección personal, tu energía personal. Cuando es saludable, te mantiene a salvo como la piel, pero si se hace un agujero en ella, entonces la infección puede entrar. Mi aura tenía dos agujeros, uno para cada uno de mis chicos. Yo sospechaba que sus auras también tenían agujeros. Los cuales nos ponían a todos en riesgo. Tenía mis agujeros bloqueados. Entonces, hace unas semanas, había tropezado con una criatura desagradable, un aspirante a dios, una nueva categoría, incluso para mí. Había sido lo suficientemente poderoso como para destruir todo mi cuidadoso trabajo, me dejó sin protecciones y mis agujeros se desbloquearon. Sólo la intervención de una bruja local me había salvado de ser devorada por el aura oscura. Llevaba seis meses de celibato, con meditación y mucha paciencia. Los agujeros estaban allí, y la única manera de llenarlos era con Jean-Claude y Richard. Eso es lo que me dijo Marianne, y confiaba en ella como confiaba en poca gente.

La voz de Jean-Claude me golpeó en el teléfono como una bofetada de terciopelo. Contuve la respiración en mi garganta, y no me moví, pero sentí el flujo de su voz, su presencia, como algo vivo, que fluía sobre mi piel. Su voz siempre ha sido una de sus mejores cualidades, pero esto era ridículo. Era por teléfono. ¿Cómo iba a verlo en persona y mantener mi escudo, y mucho menos la compostura?

—Sé que estás ahí, *ma petite*. ¿Has llamado simplemente para escuchar el sonido de mi voz?

Estaba más cerca de la verdad de lo que era aceptable.

—No, no. —Todavía no podía ordenar mis pensamientos. Era como un atleta que había dejado el entrenamiento. No podía levantar la misma cantidad de peso, y no había peso para contener el poder de Jean-Claude.

Cuando no dije nada, volvió a hablar.

—*Ma petite* ¿a qué debo este honor? ¿Por qué te has dignado a llamarme? —Su voz era suave, pero había un indicio de algo en ella. Un reproche, tal vez.

Supongo que me lo merecía. Reuní valor y traté de sonar como un ser humano inteligente, no siempre una de las mejores opciones.

—Han pasado seis meses...

—Soy consciente de eso, *ma petite*.

Estaba siendo condescendiente. No me gustó. Me molestó un poco. El enojo me ayudó a despejarme un poco la cabeza.

—Si dejas de interrumpir, te diré por qué te llamo.

—Mi corazón late agitadamente por la anticipación.

Quería colgar. Estaba siendo un idiota, y una parte de mí pensó que podría merecer ese trato, lo que me daba más coraje. Siempre estoy más enojada cuando creo que estoy equivocada. Había sido una cobarde por meses, y todavía era una cobarde.

Tenía miedo de estar cerca de él, miedo de lo que yo haría. ¡Maldita sea, Anita, espabila!

—El sarcasmo es mi departamento —dije.

—¿Y cuál es mi departamento?

—Estoy a punto de pedirte un favor —dije.

—¿De veras? —Lo dijo como si no pudiera creerlo.

—Por favor, Jean-Claude, estoy pidiendo ayuda. Y no lo hago a menudo.

—Eso es cierto. ¿Qué quieres de mí, *ma petite*? Sabes que solo tienes que pedirlo, y será tuyo. No importa lo enfadado que este contigo.

Dejé pasar el comentario, porque yo no sabía qué hacer al respecto.

—¿Conoces un club llamado el Narciso Encadenado?

Guardó silencio durante un segundo o dos.

—*Oui*.

—¿Me puedes dar la dirección y ayudarme con un asunto?

—¿Sabes qué clase de un club es ese lugar?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Es un club de servidumbre, lo sé.

—A menos que los últimos seis meses hayas cambiado mucho, *ma petite*, no es una de tus preferencias.

—No la mía, no.

—¿Tus wereleopardos se portaron mal de nuevo?

—Algo así. —Le dije lo que había sucedido.

—No conozco a ese Marco.

—No me figuraba que no lo hicieras.

—¿Pero tú creías que sabía dónde estaba el club?

—Tenía la esperanza.

—Me reuniré allí con algunos de los míos. ¿O tengo que ir sólo a ayudarte a montar tu rescate? —Parecía divertido ahora, era mejor que enojado, supongo.

—Trae lo que consideres necesario.

—¿Confías en mi juicio?

—En este caso, sí.

—Pero no en todas las cosas —dijo en voz baja.

—No confío en nadie en todas las cosas, Jean-Claude.

Suspiró.

—Eres tan joven para estar tan... hastiada.

—Soy cínica, no hastiada.

—¿Y cuál es la diferencia, *ma petite*?

—Estás hastiado.

Se rió, el sonido me acariciaba como el roce de una mano. Hizo que mi cuerpo tenso se relajara.

—Ah —dijo—, eso explica todas las diferencias.

—Sólo dame la dirección, por favor, —añadí el «por favor» para acelerar las cosas.

—Ellos no dañarán demasiado a tus wereleopardos, creo. El club está a cargo de cambiaformas, se deben de haber dado cuenta del olor a sangre y tomaran el asunto en sus manos. Es una de las razones por las que el Narciso Encadenado es tierra de nadie, un lugar neutral para nuestros grupos. Tus leopardos estaban en lo cierto, por lo general es un lugar muy seguro.

—Bueno, Gregory no estaba gritando porque se sentía seguro.

—Tal vez no, pero sé que el propietario, Narciso, estaría muy enojado si alguien se propasara en su club.

—Narciso, no me suena el nombre. Bueno, sé cosas sobre mitología griega, pero no conozco el local.

—No esperaba que lo hicieras. No suele dejar su club. Pero voy a

llamar, y él vigilará los gatos por ti. No va a rescatarlos, pero se asegurará de que no les hagan más daño.

—¿Confías en Narciso para hacer eso?

—*Oui*. —Jean-Claude tenía sus defectos, pero si era alguien de confianza para él, generalmente estaba bien.

—Está bien. Y gracias.

—No tienes por qué darlas. —Tomó aliento, y luego dijo en voz baja —: ¿Me habías llamado si no necesitaras mi ayuda?

Temía esta cuestión de cualquiera de los dos, de Jean-Claude o de Richard. Pero finalmente dije:

—Voy a responder a tu pregunta lo mejor que pueda, pero tengo la corazonada, de que puede ser una larga conversación. Necesito saber que mi gente está segura antes de comenzar la disección de nuestra relación.

—¿Relación? ¿Es eso lo que tenemos? —Su voz era muy seca.

—Jean-Claude.

—No, no, *ma petite*, voy a llamar Narciso ahora y te ayudaré con tus gatos, pero sólo si me prometes que cuando yo llamé después, terminaremos esta conversación.

—Te lo prometo.

—Tu palabra —dijo.

—Sí.

—Muy bien, *ma petite*, hasta que hablemos de nuevo. —Colgó.

Colgué el teléfono y me quedé allí. ¿Era cobarde quería llamar a alguien más, pero deseaba que el teléfono estuviera ocupado y no tuviera que tener esa conversación? Sí, era cobarde, pero tentador. Odiaba hablar sobre mi vida personal, especialmente con las personas más íntimamente involucradas en ella. Tuve tiempo suficiente para cambiarme de ropa antes de que sonara el teléfono. Salté y respondí con el pulso agitado. Tenía mucho miedo de esta conversación.

—Hola —dije.

—Narciso se ocupará de la seguridad de tus gatos. Ahora, ¿dónde estábamos? —Guardó silencio durante un latido del corazón—. ¡Oh! sí, ¿Me habías llamado alguna vez si no hubieras necesitado mi ayuda?

—La mujer con la que estoy estudiando...

—Marianne —dijo.

—Sí, Marianne. De cualquier modo, ella dice que no puedo mantener el bloqueo de los agujeros de mi aura. Que la única manera de estar a salvo de

la espeluznante amenaza preternatural que son estos agujeros es rellenarlos con lo que se supone que deben tener.

Silencio en el otro extremo del teléfono. Silencio durante tanto tiempo que dije:

—Jean-Claude ¿sigues ahí?

—Estoy aquí.

—No pareces feliz con esto.

—¿Sabes lo que estás diciendo, Anita? —Siempre era una mala señal cuando usaba mi nombre real.

—Creo que sí.

—Quiero que esté todo muy claro entre nosotros, *ma petite*. No quiero que vuelvas a mí más tarde, gritando que no entendiste cuan firmemente esto nos une. Si permites realmente que Richard y yo llenemos los agujeros de tu aura... cuerpo, vamos a compartir nuestras auras. Nuestra energía. Nuestra magia.

—Ya estamos haciendo eso, Jean-Claude.

—En parte, *ma petite*, pero esos son los efectos secundarios de las marcas. Esta será una unión voluntaria. Una vez hecho esto, no creo que se puedan deshacer sin un gran daño para todos nosotros.

Era mi turno de suspirar.

—¿Cuántos vampiros han retado tu autoridad durante el tiempo que he estado fuera... meditando?

—Unos pocos —dijo con cautela.

—Me arriesgaría a decir que más que unos pocos, porque me da la sensación de que tus defensas no están enteras. Has tenido problemas con tus subordinados sin tener que matarlos, ¿no?

—Digamos que me alegro de que no hubiera serios rivales en el último año.

—Podrías haber perdido sin el respaldo de Richard y el mío, y no podías protegerte sin nosotros para ayudarte. Eso funcionaba cuando yo estaba en la ciudad contigo. Estar juntos nos ayuda a conectar el poder. Eso eliminaba el problema.

—*Oui* —dijo, en voz baja.

—No lo sabía, Jean-Claude. Y no estoy segura de que hubiera significado una diferencia, pero no lo sabía. Dios, Richard debe estar desesperado por no matar, como nosotros lo hacemos. Su «faroles» todo lo que mantiene a los lobos unidos, y con dos agujeros en sus defensas más

íntimas... —Dejé mi voz desvanecerse poco a poco, pero seguía recordando el frío horror que había sentido cuando me di cuenta de lo mucho que había puesto en peligro a todos nosotros.

—Richard ha tenido dificultades, *ma petite*. Pero cada uno tiene sólo una grieta en la armadura, una que sólo tú puedes llenar. Nosotros combinamos nuestras energías. Como tú dices, su farol es muy importante para él.

—No sabía, y lo siento por eso. Todo lo que pensaba era lo asustada que estaba de ser abrumada por los dos. Marianne me dijo la verdad cuando ella pensó que yo estaba dispuesta a escucharla.

—¿Tenías miedo de nosotros, *ma petite*? —Su voz era cuidadosa cuando preguntó, como si llevara una taza llena de un líquido muy caliente por una escalera larga y estrecha.

Sacudí la cabeza, comprendí que no podía verme, y dije:

—No soy valiente. Estoy muy asustada. Aterrada de que si hago esto, no haya marcha atrás, que tal vez me engañe a mí misma con esta elección. Tal vez no hay otra opción y no la habrá en mucho tiempo. Sin embargo, tenemos que arreglar esto, no puedo dejar que todos andemos por ahí con heridas metafísicas abiertas. Existen demasiadas cosas que sienten esta debilidad y se aprovechan de ella.

—Al igual que la criatura con la que te encontraste en Nuevo México —dijo, su voz seguía siendo muy prudente, como jamás la había escuchado.

—Sí —dije.

—¿Estás diciendo que esta noche estarás de acuerdo en permitarnos combinar las marcas, que por fin taparemos estas, como dijiste de forma muy colorida, heridas?

—Si no se pone en peligro a mis leopardos, sí. Tenemos que hacerlo tan pronto como sea posible. No me gustaría tomar una gran decisión y entonces que mataran a uno de nosotros antes de que pudiéramos cerrar los agujeros.

Le oí suspirar, como si una gran tensión, lo hubiera abandonado.

—No sé cuánto tiempo he esperado para que pudieras entender todo esto.

—Lo podrías haber dicho.

—No me hubieras creído. Hubieras pensado que era otro truco para atarte más a mí.

—Tienes razón, no te habría creído.

—Entonces Richard se reunirá con nosotros en el club, ¿no?

Me quedé en silencio por un instante.

—No, no voy a llamarlo.

—¿Y por qué no? Es un problema de cambiaformas más que de un vampiro.

—Sabes por qué no.

—Tienes miedo de que sea demasiado remilgado, para que tú puedas hacer lo que se necesitas para rescatar a los leopardos.

—Sí.

—Tal vez —dijo Jean-Claude.

—¿Tú no me vas a pedir que le llame?

—¿Por qué pedirte que invites a mi principal rival por tu amor a este pequeño *tete-a-tete*? Eso sería absurdo. Soy muchas cosas, pero tonto no es una de ellas.

Eso era cierto.

—Está bien, dame la dirección, y vamos a arreglar este lío.

—En primer lugar, *ma petite*, ¿qué llevas puesto?

—¿Perdón?

—Ropa, *ma petite*, la ropa que llevas.

—¿Es esto una broma? Porque no tengo tiempo...

—No es una pregunta ociosa, *ma petite*. Cuanto antes respondas, antes podremos salir.

Quería discutir, pero si Jean-Claude dijo que había una razón era que probablemente la hubiera. Le dije lo que llevaba.

—Me sorprende, *ma petite*. Con un poco de esfuerzo esto debería salir bien.

—¿Qué esfuerzo?

—Te sugiero añadir unas botas a tu conjunto. Unas de las que compre para ti irían muy bien.

—No voy a usar tacones de cinco pulgadas para esto, Jean-Claude. No quiero romperme un tobillo.

—Pensaba que llevabas las botas sólo para mí, *ma petite*. Estaba pensando en las otras botas con tacones más suave que compré cuando estabas tan enojada por tantos tacones...

Oh.

—¿Por qué tengo que cambiar de zapatos?

—Porque, mi delicada flor, tienes los ojos de un policía, y sería mejor si llevaras botas de cuero en lugar de tacones altos. Sería mejor si recordaras que vas a estar tratando de moverte a través del club de la forma más rápida y fluida posible. Nadie te ayudará a encontrar a tus leopardos si piensan que eres un extraño, sobre todo si piensan que eres un policía.

—Nadie me confundiría con un policía.

—No, pero si por algo que huele a armas de fuego y muerte. Mira, esta noche tienes que parecer inofensiva, *ma petite*, hasta que llegue el momento de ser peligrosa.

—Pensé que este amigo tuyo, este Narciso, nos acompañaría en el club.

—No es mi amigo, y te dije que el club es un terreno neutral. Narciso se asegurará de que no les hagan mucho daño a tus gatos, pero eso es todo. No te dejará irrumpir en su mundo, como un toro en una tienda de porcelana. Eso, no lo permitirá, ni se nos permitirá traer un pequeño ejército del nuestro. Es el líder de las werehienas, y sólo su ejército está permitido dentro del club. No hay Ulfric, o Maestro de la Ciudad, dentro de sus muros. Tú sólo tienes el dominio que entra contigo y tu cuerpo para salir adelante.

—Voy a llevar un arma —dije.

—Pero un arma no te llevará a las habitaciones superiores.

—¿Qué?

—Confía en mí, encontraré un camino.

No me gustaba el sonido de eso en absoluto.

—¿Por qué la mayoría de las veces, cuando te pido ayuda, nunca se trata de un caso en el que sólo haya que entrar y empezar a disparar?

—¿Y por qué es, *ma petite*, que cuando no me invitas, es casi siempre un caso en el que entras y disparas a todo lo que se mueve?

—Tomo nota —dije.

—¿Cuáles son tus prioridades para esta noche? —preguntó.

Sabía lo que quería decir.

—Quiero que mis wereleopardos estén a salvo.

—¿Y si han sido perjudicados?

—Quiero venganza.

—¿Más que su seguridad?

—No, la seguridad en primer lugar, la venganza es un lujo.

—Bien. ¿Y si uno, o más, está muertos?

—No quiero que ninguno de nosotros vaya a la cárcel, pero a la larga,

si no es esta noche, lo será otra, morirán. —Me escuché decir eso, y sabía que lo decía en serio.

—No hay misericordia en ti, *ma petite*.

—Tú lo dices como si fuera algo malo.

—No, es simplemente una observación.

Me quedé allí, sosteniendo el teléfono, esperando sentirme sorprendida por lo que estaba proponiendo.

Pero no lo estaba. Le dije:

—No quiero matar a nadie si no tengo que hacerlo.

—Eso no es cierto, *ma petite*.

—Bien, si han matado a mi gente, los quiero muertos. Pero decidí, en Nueva México, que no quería ser una psicópata, por lo que estoy tratando de actuar como si no lo fuera. Así que vamos a tratar de mantener baja la cifra de muertos esta noche, ¿de acuerdo?

—Como quieras —dijo. Luego agregó—: ¿De verdad crees que puedes cambiar la naturaleza de lo que eres solo por quererlo?

—¿Me estás preguntando si puedo dejar de ser un psicópata, porque ya soy una?

Un momento de silencio, entonces:

—Creo que es lo que estoy preguntando.

—No lo sé, pero si yo lo hice antes, Jean-Claude, ahora no habrá marcha atrás.

—Oigo el miedo en tu voz, *ma petite*.

—Sí, lo tengo.

—¿Qué temes?

—Temo que, al unirme a ti y a Richard me voy a perder. Temo que si no lo hago perderé a uno de vosotros. Temo que voy a hacer que nos maten por no tomar una decisión. Temo que ya soy un psicópata y ya no hay vuelta atrás. Ronnie dijo que una de las razones por las que no puedo dejarte y establecerme junto con Richard es que no puedo renunciar a un novio que es más frío que yo.

—Lo siento, *ma petite*. —No estaba exactamente segura de que se disculpaba, pero las acepté de todos modos.

—Yo también. Dame la dirección del club, te veré allí.

Me dio las indicaciones, y se las leí de nuevo. Colgamos. Ninguno de nosotros dijo adiós. Hace algún tiempo hubiéramos terminado la conversación con *jet'aime*, Te quiero. Hace algún tiempo...



El Club estaba sobre el río, en el lado de Illinois, junto con la mayoría de otros clubes problemáticos. Las empresas dirigidas por vampiros tienen una cláusula de derechos adquiridos para operar en este lado de St. Louis, pero el resto de las empresas gestionadas por humanos (los licántropos todavía se cuentan legalmente como humanos) tuvieron que ir a Illinois para evitar los molestos problemas de zonificación. Algunos de los problemas de zonificación ni siquiera estaban en los libros, ni siquiera eran cosa de leyes. Pero era extraño cuántos problemas burocráticos encontraba una empresa cuando no se la quería en un lado de la ciudad. Si los vampiros no fueran un gran atractivo para los turistas, la burocracia probablemente habría encontrado una manera de deshacerse de ellos.

Finalmente encontré aparcamiento a unas dos manzanas del club. Esto significaba caminar al club por una zona de la ciudad donde la mayoría de las mujeres no quieren andar solas en la oscuridad.

Por supuesto, la mayoría de las mujeres no estarían armadas. Un arma de fuego no cura todos los males, pero es un comienzo. También tenía una funda de cuchillo alrededor de cada pierna, muy arriba, de modo que las empuñaduras me quedaban por las rodillas. No estaba muy cómoda así, pero no pude pensar en ningún otro lugar para colocar los cuchillos donde pudiera llegar a ellos fácilmente.

Seguramente tendría moretones en las rodillas después de esta noche. Oh, bien. También tenía un cinturón negro en judo y estaba avanzando en Kenpo, un tipo de karate, donde uno se mueve con menos fuerza y se utiliza más el equilibrio. Estaba tan preparada como podría para andar por la selva de la gran ciudad.

Por supuesto, no solía andar como cebo. Mi falda era tan corta que incluso con las botas que se acercaban a la mitad del muslo había una pulgada de buen tamaño entre los bordes de la falda y la parte superior de las botas. Me puse una chaqueta para completar el conjunto, pero la había dejado en el coche porque no quería estar llevándola alrededor toda la noche. Había estado en clubes el tiempo suficiente, sea cual sea el tipo de estos, para saber que ahí adentro no se necesitan chaquetas. Así que la piel de gallina, que tenía sobre mi espalda y brazos desnudos no era por miedo, sino por la humedad y el aire frío. Me esforcé en no frotar mis brazos al caminar y al menos parece que no era por frío o incomodidad. En realidad, las botas sólo tenían tacones de ocho centímetros, y se sentían cómodas para caminar aunque no tan cómodas como mis Nike, pero lo suficientemente cómodas. Sin embargo, comparadas con los zapatos de vestir, las botas no eran malas. Si yo pudiera haber dejado en casa los cuchillos, todo habría sido color de rosa.

Tenía un poco de otro tipo de protección que había añadido. Metafísica, los escudos vienen en diferentes variedades. Puedes protegerte a ti mismo con casi todo: metal, piedra, plantas, fuego, agua, viento, tierra, etc... Todo el mundo tiene escudos diferentes porque es una elección muy personal. Tienes que encontrar tu escudo según tu propio modo de pensar. Dos psíquicos pueden tener escudos utilizando piedras, pero los escudos no tendrán la misma forma. Algunas personas simplemente visualizan la roca, la idea, su esencia, y eso es suficiente. Si hay algo que trata de atacarlos, están a salvo detrás de la idea de la roca. Otro psíquico puede ver un muro de piedra, como un muro de un jardín alrededor de una casa antigua, y el efecto sería el mismo. Para mí, el escudo tenía que ser una torre. Todos los

escudos son como burbujas que te rodean por completo, al igual que los círculos de poder. Siempre había entendido esto, es la forma en que resucito a los muertos, pero para el blindaje que tenía que ver en mi cabeza escogía otra cosa. Así que me imaginaba una torre de piedra, completamente cerrada, sin ventanas, sin resquicios, con el interior suave y oscuro, con sólo una puerta que me permite entrar y salir. Hablar de protección siempre me hacía sentir como si estuviera teniendo un brote psicótico y compartir mis ideas delirantes. Pero funcionó, y cuando no me escudo, las cosas trataban de hacerme daño. Sólo había sido en las últimas dos semanas cuando Marianne había descubierto que no había entendido el blindaje en absoluto. Creía que era sólo una cuestión de lo poderoso que el aura era y cómo podría reforzarla. Ella dijo que la única razón por la que había sido capaz de sobrevivir durante todo este tiempo era que yo tenía, simplemente, un aura de gran alcance. Sin embargo, el blindaje sale del aura como un muro alrededor de un castillo, una defensa extra. La más interna defensa es un aura saludable. Esperemos que al final de la noche tenga un aura sana.

Me volví en la esquina y encontré una línea de gente que se extendía en la manzana. Perfecto, justo lo que necesitaba. No me detuve la final de la fila, seguí caminando hacia la puerta, pensando en algo para decirle al portero cuando hubiera llegado hasta allí.

No tenía tiempo para pasar por todo esto. Estaba a la mitad de la línea cuando una figura salió entre la multitud y dijo mi nombre.

Me tomó un segundo reconocer a Jason. En primer lugar, se había cortado su cabello rubio fino como los de un bebé, como el corte de un hombre de negocios. En segundo lugar, llevaba una camiseta de malla de plata pura y un par de pantalones que parecían hechos principalmente del mismo material. Sólo una línea fina de plata maciza pasó por encima de la ingle. El equipo era tan llamativo que me tomó un momento darme cuenta de lo enorme que era la tela. Lo que estaba viendo no era la plata, era la piel de Jason a través de un velo de brillo. El conjunto, dejaba muy poco a la imaginación, terminaba en la pantorrilla, con botas altas grises.

Tuve que esforzarme en mirar su cara, porque todavía estaba moviendo la cabeza en el conjunto. No parecía cómodo, pero por supuesto, Jason rara vez se quejó de su ropa.

Era como Jean-Claude versión hombre lobo, tanto como su refrigerio en la mañana. A veces, guardaespaldas y a veces un bebé. ¿Quién, aparte

de Jean-Claude, podría permanecer en el frío, casi desnudo?

Los ojos de Jason parecían más grandes, más azules de alguna manera, sin todo el cabello para distraer la vista de sus ojos. Su cara se veía más, con el pelo más corto, la estructura ósea más limpia, y me di cuenta de que Jason estaba peligrosamente cerca de la línea entre lindo y apuesto. Tenía diecinueve años cuando nos conocimos. Veintidós se veían mejor en él. Pero el conjunto... no había nada que hacer, pero sonreía con ese conjunto.

Me sonreía a mí, también. Creo que los dos estábamos felices de vernos. Al separarme de Richard y Jean-Claude también había dejado atrás su pueblo. Jason era miembro de la manada de Richard, y el lobo a llamar de Jean-Claude.

—Pareces un hombre del espacio pornográfico. Si llevaras ropa de calle, puede que hubieras recibido un abrazo —dije.

Su sonrisa brilló aún más grande.

—Creo que estoy vestido de castigo. Jean-Claude me dijo que te esperara ya que mi mano tiene un sello, así que pasamos directamente adentro.

—Hace un poco de frío para esa ropa, ¿no?

—¿Por qué crees que estaba profundamente entre la multitud?

Me ofreció su brazo.

—De modo que, ¿me acompañará al interior, mi señora?

Me tomó del brazo con la mano izquierda. Jason puso su mano libre en la parte superior de la mina, haciendo una retención doble. Si esa fuera la peor burla que iba a hacer esta noche, demostraría que había crecido un poco. La tela de plata era más dura de lo que parecía, picaba cuando rozó mi brazo.

Jason me llevó hasta la escalera, tenía que mirar hacia atrás. La tela que cubría en la ingle era sólo una correa fina en la parte trasera, dejando nada más que un brillo fino sobre su trasero. La camiseta no se unía a los pantalones, así que a medida que avanzaba me enseñaba destellos de su estómago. De hecho, la camisa era lo suficientemente suelta a través de los hombros que cuando me tomó del brazo la camisa estaba estirada hacia un lado, revelando su suave y pálido hombro.

La música me golpeó en la puerta, como una bofetada de un gigante. Era casi una pared que teníamos que recorrer. No me esperaba que el Narciso Encadenado fuera un club de baile. Pero a excepción de la ropa se parecía un montón a otros clubes. El lugar era grande, pobremente

iluminado, oscuro en las esquinas, con demasiada gente empujándose en un espacio demasiado pequeño, moviendo sus cuerpos frenéticamente al ritmo de la música que era demasiado fuerte.

Mi mano se cerró en el brazo de Jason, porque la verdad es que siempre me siento un poco abrumada por lugares como éste. Al menos en los primeros minutos. Es como si necesitara un tiempo para adaptarme entre el mundo exterior y el mundo interior, un momento para respirar hondo y ajustarme. Pero estos clubes no están diseñados para darte tiempo. Ellos sólo te bombardean con la sobrecarga sensorial y la figura que va a sobrevivir.

Hablando de la sobrecarga sensorial, Jean-Claude estaba de pie cerca de la pared, justo a un lado de la pista de baile. Su largo pelo negro caía en rizos suaves alrededor de los hombros, casi hasta la cintura. No recordaba su pelo tan largo. Él tenía la cabeza girada en otra dirección, para ver a los bailarines, así que no podía realmente ver su cara, pero me dio tiempo mirar el resto. Estaba vestido con una camiseta vinilo negro que parecía vertida sobre él. Dejó sus brazos desnudos, y me percaté de que antes el nunca enseñaba los brazos. Su piel parecía increíblemente blanca contra el vinilo negro brillante, casi como si brillara con luz interior. Sabía que no, aunque podría. Jean-Claude nunca sería tan desclasado como para mostrar ese poder en un lugar público.

Sus pantalones eran del mismo vinilo brillante, parecía como si hubiesen sumergido su cuerpo en charol líquido. Y botas de vinilo hasta las rodillas, brillantes, como si hubieran sido pulidas. Todo en él brillaba, la oscuridad, el resplandor de su ropa, la blancura brillante de su piel. Luego, de pronto se volvió como si sintiera lo miraba.

Mirar su rostro, incluso de toda una habitación repleta de gente, me hizo recuperar el aliento. Era hermoso. Belleza desgarradora, era masculina, pero pisando la línea entre lo masculino y lo femenino. No exactamente andrógino, pero cerca de ello.

Pero a medida que avanzaba hacia mí, el movimiento era completamente masculino, elegante como si la música que escuchaba en mi cabeza, bailara con él. Sin embargo, caminando, vi el movimiento sus hombros, las mujeres no se movían de esa manera.

Jason me acarició la mano.

Salté, mirándolo fijamente.

Puso su boca lo suficientemente cerca de mi oído en voz baja pero por

encima de la música.

—Respira, Anita, acuérdate de respirar.

Me sonrojé, porque así fue como Jean-Claude me afectó, como si tuviera catorce años y toda la aglomeración de mi vida. Jason aumentó la presión sobre mí, como si él creyera que podría ir corriendo hacia él. No es mala idea. Miré hacia atrás y vi que Jean-Claude estaba muy cerca. La primera vez que vi el azul-verde del mar del Caribe, lloré, por lo hermoso que era. Jean-Claude me hizo sentir igual como que debía llorar por su belleza. Era como estar mirando un original Da Vinci, no sólo para colgar en la pared y admirarlo, sino para rodar encima de él.

Me parecía mal. Sin embargo, estaba allí, aferrada al brazo de Jason, mi corazón martillando tan duramente que casi no podía oír la música. Estaba asustada, pero no era por un cuchillo en la oscuridad no por miedo, era el conejo sobre los faros del miedo.

Estaba atrapada, como siempre lo estaba con Jean-Claude, entre dos instintos dispares.

Una parte de mí quería correr hacia él, para cerrar la distancia y subir sobre su cuerpo y tirar de él a mí alrededor. La otra parte quería correr gritando en la noche y rezar, para no continuar.

Se puso de pie delante de mí, pero no hizo nada para tocarme, para cerrar este pequeño espacio. Parecía tan dispuesto a tocarme como yo a tocarlo. ¿Tenía miedo de mí? ¿O acaso el sentido de mi propio miedo y temor de que podría asustarme? Nos quedamos allí simplemente mirándonos. Sus ojos seguían con la misma oscuridad, oscuridad azul, con una gran cantidad de pestañas largas y negras.

Jason me besó en la mejilla, a la ligera, como un beso a su hermana. Me hizo saltar.

—Me siento como una vela. Vosotros jugáis bien. —Y él se apartó de mí, dejándome a mí y a Jean-Claude, mirándonos el uno al otro.

No sé lo que hubiera dicho, porque tres hombres se unieron a nosotros antes de que pudiera decir nada. El más bajo de los tres media sólo unos cinco pies y siete, y llevaba más maquillaje en su rostro pálido y triangular que yo. La composición fue bien hecha, pero él no estaba tratando de parecer una mujer. Su pelo negro era muy corto, aunque se notaba que sería rizado si fuera largo. Llevaba un vestido de encaje negro, de manga larga, ceñido en la cintura, mostrando un delgado pero musculoso pecho. La falda se derramaba a su alrededor, y las medias eran negras, con un patrón de tela

de araña muy delicado. Llevaba sandalias abiertas en los dedos con tacones de aguja, y las uñas de los pies y sus manos estaban pintadas de negro. Parecía... lindo. Pero lo que me hizo mirarlo fue el poder en él. Se colgaba a su alrededor como un perfume caro, y sabía que era algo alfa.

Jean-Claude habló primero.

—Este es Narciso, propietario de este establecimiento.

Narciso me tendió la mano. Estaba momentáneamente confundida acerca de si se suponía que debía estrechar la mano o besarle. Si hubiera estado tratando de pasar por una mujer, el beso habría sido apropiado, pero no lo era. Él no trataba de parecer una mujer solo se vestía como quería. Le di la mano. El agarre era fuerte, pero no demasiado fuerte. No trataba de probar mi fuerza, algunos licántropos lo harían. Estaba seguro, era Narciso.

Los dos hombres detrás de él se cernían sobre todos nosotros, cada uno con más de seis pies. Uno tenía un ancho y musculoso pecho que quedó al descubierto en su mayoría a través de un complicado entrecruzamiento de correas de cuero negro. Tenía el pelo rubio, muy corto en los lados y gelificado en espigas cortas en la parte superior. Sus ojos estaban pálidos, y su mirada no era fácil. El segundo era más delgado, como más la constitución de un jugador de baloncesto profesional que un levantador de pesas. Pero las armas que mostró en el chaleco de cuero imponían como el músculo de todos modos. Su piel era casi tan oscura como el cuero que llevaba. Estos dos solo necesitaban un par de tatuajes de cada uno, y habría gritado ¡¡bandas!!

—Este es Ulises y Ajax —dijo Narciso. Ajax es el rubio, y Ulises el moreno.

—Mitos griegos, convención de nomenclatura —dije.

Narciso parpadeó sus grandes ojos oscuros en mí. O él no pensaba que era gracioso, o simplemente no le importaba. La música se detuvo abruptamente. Estábamos de pie de repente en un silencioso bramido, y fue impactante. Narciso habla a un nivel donde podía oírlo, pero la gente cercana no podía. Había hecho que la música se detuviera.

—Sé de su reputación, Sra. Blake. Debe darme el arma.

Miré a Jean-Claude.

—Yo no se lo dije.

—Vamos, Sra. Blake, puedo oler el arma, incluso por encima de... —
Olió el aire, con la cabeza inclinada hacia atrás un poquito—, su Oscar de la Renta.

—Tengo un perfume diferente, uno con menos olor —dije.

—No es aceite. La pistola es nueva, puedo oler el... metal, como lo haría con el olor de un coche nuevo.

Oh.

—¿Jean-Claude le explico la situación?

Narciso asintió.

—Sí, pero no jugamos de favoritos en las luchas de posición dominante entre los diferentes grupos. Somos un territorio neutral, y si queremos seguir siendo eso, no habrá armas. Si le sirve de consuelo, nosotros no le permitimos a los que tienen sus gatos lleven armas en el club tampoco. —Oír eso me hizo abrir desmesuradamente los ojos—. La mayoría de cambiaformas no llevan armas.

—No, no lo hacen. —El hermoso rostro de Narciso no me dijo nada. No estaba ni molesto, ni trato de perecerlo. Era todo un juego sólo para él, como la voz de Marco en el teléfono.

Me volví hacia Jean-Claude.

—No estaré en el club con mi arma, ¿verdad?

—Me temo que no, *ma petite*.

Suspiré y volví a la espera —lo que Jean-Claude llamó— werehienas. Ellos eran los primeros que conocí, por lo que sabía. No había ninguna pista sobre en lo que se convertían cuando había luna llena.

—Voy a renunciar a ella, pero no estoy contenta con esto.

—Ese no es mi problema —dijo Narciso.

Me miró a los ojos y sentí en mi cara esa mirada que podía hacer a un buen policía flaquear, mi demonio se asoma. Ulises y Ajax empezaron a moverse en frente de Narciso, pero él les indicó que se echasen atrás.

—La Sra. Blake se portará bien. ¿No es verdad, Sra. Blake?

Yo asentí, pero dije:

—Si mi pueblo resulta herido porque no tengo un arma, puedo convertirlo en su problema.

—*Ma petite* —dijo Jean-Claude, su voz me alertó.

Sacudí la cabeza.

—Lo sé, son como Suiza, neutrales. Personalmente, Creo que neutral es sólo otra manera de salvar su pellejo a costa de otra persona.

Narciso dio un paso más cerca, hasta que sólo unos pocos centímetros nos separó. Su energía de otro mundo bailó a lo largo de mi piel, y como había ocurrido en Nuevo México con una wereanimal muy diferente, trajo

a mí ese pedacito de bestia de Richard que parecía vivir dentro de mí. Su poder recorrió mi piel, para saltar la distancia entre nosotros, y mezclarse con el poder de Narciso. Me sorprendió. No había pensado que podría suceder con escudos. Marianne había dicho que mi capacidad de establecer contacto con los muertos, y por eso no podía controlar el de Richard tan fácilmente como podría controlar el de Jean-Claude. Pero debería haber sido capaz de protegerme contra un extraño. Me asustó un poco no haberlo podido hacerlo.

Había estado con wereleopardos y werejaguares en Nuevo México. Se me había confundido con otro licántropo. Narciso cometió el mismo error. Vi sus ojos abrirse, luego entornarse. Miró a Jean-Claude, y se rió.

—Todo el mundo dice que eres humana, Anita. —Levantó una mano y acarició el aire justo delante de mi cara, tocando el remolino de energía—. Creo que deberías salir del armario antes de que alguien se haga daño.

—Nunca dije que fuera humana, Narciso. Pero tampoco soy un cambiaformas.

Se pasó la mano a lo largo de la parte delantera de su vestido, como si tratara de obtener el sentimiento de mi poder en su piel.

—Entonces ¿qué eres?

—Si las cosas van mal esta noche, lo verás.

Sus ojos se cerraron de nuevo.

—Si no puedes proteger a tu pueblo sin armas, entonces deberías dimitir como Nimir-Ra y dejar que otra persona haga el trabajo.

—Tengo una entrevista pasado mañana con un Nimir-Raj potencial.

Parecía gratamente sorprendido.

—¿Sabes que no tienes el poder para gobernarlos?

Yo asentí.

—Oh, sí, soy sólo temporal hasta que pueda encontrar a otro. Si el resto de vosotros especies no fuerais tan condenadamente conscientes, los habría unido a otro grupo. Pero nadie quiere jugar con un animal que no es lo mismo que ellos.

—Es nuestra manera, siempre ha sido nuestra manera.

Y sabía que el «nuestro» no significa sólo werehienas sino todas las especies.

—Sí, bueno es una mierda.

Él sonrió.

—No sé exactamente porque me gustas, Anita, pero eres diferente, y yo

siempre lo agradezco. Ahora entrega la pistola como una niña buena, y puedes entrar en mi territorio. —Él tendió la mano.

Me quedé con la pistola en la mano. No quería renunciar a mi pistola. Lo que me dijo Ronnie era cierto. No podía luchar sin armas, perdería una pelea justa. El arma era mi equalizador. Tenía los dos cuchillos, pero, francamente, eran para casos de emergencia.

—Es tu elección, *ma petite*.

—Si te ayudara a hacer la elección —dijo Narciso—, he puesto dos de mis guardias personales en la habitación con tus leopardos. Han prohibido a los demás causar más daño a tu pueblo hasta que llegues. Hasta que entres en la sala superior, donde están esperando, nada más va a suceder que no quieran que suceda.

—Conociendo a Nathaniel, no sería tan comfortable como podría haber sido. Si alguien entendiera el problema, sería alguien que iba a un club como este. Nathaniel es uno de los pocos que se piden más castigo del que puede sobrevivir. No tiene ningún punto de parada, sin capacidad para mantenerse a salvo. ¿Me entiende?

Los ojos de Narciso se abrieron sólo un poco.

—Entonces, ¿qué estaba haciendo aquí, sin estar encima de la suya?

—Le envié con alguien que se suponía iba a vigilarle esta noche. Pero Gregory me dijo que Elizabeth abandonó a Nathaniel temprano esta noche.

—¿Es uno de los leopardos, también?

Yo asentí.

—Ella está desafiándola.

—Lo sé. El hecho de que Nathaniel sufra a ella no parece molestarle.

Estudió mi rostro.

—No veo ira en ti sobre este tema.

—Si tuviera que enfadarme cada vez que Elizabeth me desobedece, siempre estaría enfadada. —A decir verdad, estaba cansada. Cansada de tener que rescatar al grupo de una emergencia tras otra. Cansada de que Elizabeth me desobedeciera en mi cara y no cuidara de los demás, a pesar de que, supuestamente, era la dominante entre ellos.

Había evitado sancionarla, porque no podía pegarle, era lo que necesitaba. La única cosa que podía hacer era dispararle. Algo que había estado tratando de evitar, pero ella esta vez me empujó lo suficiente para que no tuviera opciones. Vería la realidad del daño que ya estaba hecho. Si alguno murió a causa de ella, entonces sería la siguiente. Odiaba el hecho

de que no me importara matarla. Después de haber sufrido su presencia por más de un año. Me habría importado, pero no lo hice. No me gustaba, y ella había estado faltándome al respeto durante tanto tiempo como yo la había conocido. Mi vida sería más fácil si estuviera muerta. Pero tenía que haber una mejor razón para matar a alguien, más que eso. ¿No la hay?

—Algunos consejos —dijo Narciso—. Todos los desafíos de la dominación, especialmente de su propio pueblo, deben ser manejados de manera rápida, o el problema se extiende.

—Gracias. En realidad, lo sabía.

—Y ella todavía la desafía.

—He estado tratando de evitar su muerte.

Nos miramos unos a otros y en voz muy baja, y él asintió con la cabeza y me dijo:

—Su arma, por favor.

Suspiré y levanté la parte delantera de la camisa, el material era lo suficientemente rígido para que tuviera que rodar para dejar al descubierto la culata de la pistola. Levanté el arma y comprobé el cierre de seguridad por costumbre, aunque sabía que estaba bloqueada.

Narciso tomó el arma. Los dos guardaespaldas se habían movido, bloqueando de vista de la multitud de nosotros. Dudaba que la mayoría de la gente supiera lo que acababa de hacer. Narciso sonrió cuando coloque mi camisa en su lugar y la funda, ahora vacía.

—A decir verdad, si no supiera quién es y su reputación, no habría olido la pistola, porque no me hubiera fijado. Su ropa no se ve como para esconder un arma de este tamaño.

—La paranoia es la madre de la invención —dije.

Le dio un pequeño arco de la cabeza.

—Ahora, entra y disfruta de los placeres, y los terrores, de mi mundo.

—Con esa frase un tanto críptica, él y sus guardaespaldas, se trasladaron a través de la multitud, llevando mi arma con ellos.

Jean-Claude puso sus dedos en mi brazo, y con un pequeño movimiento me dio la vuelta hacia él, mi piel tembló. Esta noche era lo bastante complicada sin este nivel de tensión sexual.

—Tus gatos estarán bien hasta que entres en la habitación superior. Sugiero que hagamos la marca ahora, en primer lugar.

—¿Por qué? —pregunté, con mi pulso de repente en mi garganta.

—Vamos a nuestra mesa, y te explico. —Se alejó entre la multitud, sin

tocarme más. Le seguí y no podía dejar de ver la forma en que se ajustaba el vinilo por detrás. Me encantó verle caminar, si era ir o venir, una doble amenaza.

Los apartados eran pequeños, y no había muchos de ellos llenos contra las paredes. Pero habían limpiado la pista de baile para que pudieran establecer algún tipo de espectáculo o demostración. Hombres y Mujeres vestidos con cuero fueron una recreación dentro de un marco de metal con una gran cantidad de tiras de cuero. Estaba verdaderamente esperanzada por estar en otro lugar antes de que comenzara el espectáculo.

Jean-Claude me llevó a un lado antes de llegar a la mesa donde estaban Jason y tres desconocidos que se habían reunido alrededor. Se giró tan cerca de mí que hizo que nuestros cuerpos se tocan. Me apreté contra la pared y traté de no respirar. Puso su boca contra mi oreja y habló tan bajo que lo que sentí fue simplemente el suave sonido de su aliento sobre mi piel.

—Todos vamos a estar más seguros cuando nos unamos con las marcas, pero hay otros... beneficios para ti. He traído muchos menos vampiros a mi territorio en los últimos meses, *ma petite*. Sin ti a mi lado, no me atreví a atraer a más competencia, por temor a que no pudiera mantenerlos. Una vez que las marcas estén unidas entre nosotros, tú serás capaz de sentir a los vampiros que son míos. La excepción, como siempre, es un vampiro maestro. Pueden ocultar sus lealtades mejor que el resto. La unión de las marcas también hará que mi gente sepa quién eres, y qué pasará con ellos si sobrepasan sus límites contigo.

Hablé, mis labios apenas se movían, más bajo de lo que él había hablado, porque sabía que aún podía oírme.

—Has tenido que ser muy cuidadoso, ¿no?

Apoyó la mejilla contra mi cara por un momento.

—Ha sido una danza delicada de coreografiar.

Había entrado aquí esta tarde con mi escudo metafísico colocado en su lugar.

Marianne me había enseñado que con mi aura rota, el otro blindaje era de primordial importancia. Blindada con piedra esta noche, perfecto, sin fisuras en la piedra. Nada podía entrar, o salir, sin mi permiso. Salvo que el poder de Narciso ya había bailado en mi escudo. Tenía miedo de que el toque de Jean-Claude fuera suficiente para romper la piedra, pero no fue así. Ni siquiera era consciente de la protección, a menos que estuviera

realmente concentrada. Podría permanecer en su lugar, incluso cuando dormía. Sólo cuando era atacada no tenía que concentrarme, si eran buenos los blindajes. Había pasado una semana en el comienzo del mes en Tennessee con Marianne, trabajando en nada más que esto. No era muy buena con él, pero tampoco lo hacía mal.

Mis escudos estaban en su lugar. Mis emociones se estaban ahogando en Jean-Claude, pero mi mente no lo estaba, lo que significa que Marianne tenía razón. Podía sostener a los muertos fuera de mi escudo más fácilmente que a los vivos. Esto me dio el coraje para hacer un poco más. Incliné mi rostro contra Jean-Claude, y no pasó nada. ¡Oh!, el tacto de su piel contra la mía envió un escalofrío recorriendo mi cuerpo, pero mi escudo nunca vaciló. Me sentía tensa porque no pensaba que fuera a ser tan fácil. Quería que me sostuviera. No fue sólo sexo. Si eso era todo lo que era, podría haberme librado de él hace mucho tiempo. El debió sentir algo, también, porque sus manos se apoyaron ligeramente en mis brazos desnudos. Cuando no protesté, acarició mi piel, y ese pequeño movimiento hizo de mi aliento un suspiro.

Me incliné hacia él, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura, presionando las líneas de nuestros cuerpos juntos. Apoyé la cabeza sobre su pecho, y pude escuchar su corazón palpar. No siempre latía, pero esta noche lo hizo. Nos abrazamos, algo casi casto, a la renovación del hecho de que estábamos tocándonos otra vez. Yo había trabajado en las cosas metafísicas para que pudiera hacer esto y no perderme. Había valido la pena el esfuerzo.

Se retiró en primer lugar, lo suficiente para mirar mi cara.

—Nos podemos unir con las marcas aquí, o encontrar un lugar más privado. —Él no hablaba en voz tan baja como antes.

Al parecer, no le importaba ahora si los demás sabían lo que estábamos haciendo.

—No me queda claro lo que significa unirse con las marcas.

—Pensé que Marianne te lo había explicado.

—Ella dijo que encajan como piezas de rompecabezas y habrá una liberación de energía cuando eso suceda. Pero también dijo que la manera en que se realiza es individual depende de los participantes.

—Suenas como si la estuvieras citando.

—Lo hago.

Él frunció el ceño, e incluso ese pequeño movimiento era de alguna

manera fascinante.

—No quiero que sea una desagradable sorpresa, *ma petite*. Estoy tratando de ser honesto, ya que el valor es tan alto. Nunca he hecho esto con nadie, pero la mayoría de las cosas entre nosotros son sexuales, queramos o no, así que es probable que esta lo sea también.

—No puedo dejar a los leopardos aquí el tiempo suficiente para tomar una habitación de hotel, Jean-Claude.

—Ellos no se verán perjudicados. Hasta que subas las escaleras, estarán a salvo.

Sacudí la cabeza y me alejé de él.

—Lo siento, pero no me voy de aquí sin ellos. Si deseas hacerlo *a posteriori*, está bien, pero los leopardos son prioridad. Están esperando a que los rescate. No puedo ir fuera a hacer el equivalente a tener relaciones sexuales metafísica mientras tienen miedo y hemorragias.

—No, no puede esperar. Tenemos que hacer esto antes de que la pelea comience. No me gusta que te hayan quitado tu pistola.

—¿Es porque la unión de las marcas me dará más... habilidades?

—Sí.

—¿Y tú, que sacas de esto? —estaba de pie contra la pared, ahora, sin tocarlo.

—Mis propias defensas serán también más fuertes, voy a ganar poder, también. Tú lo sabes.

—¿Hay alguna sorpresa relacionada con esto que yo debería saber?

—Como he dicho, nunca he hecho esto con nadie, ni he visto hacerlo. Será tanto una sorpresa para mí como para ti.

Me quedé mirando a esos ojos encantadores que creía que quería.

—Veo la desconfianza en tus ojos, *ma petite*. Pero no es a mí a quien debes temer. Es a tu poder. Nada va como debería contigo, *ma petite*, porque no podías venir con nosotros.

Tu magia esta salvaje, indómita. Te alejas de la única solución que tenemos.

—He estado aprendiendo control, Jean-Claude.

—Espero que sea suficiente.

—Me estás asustando.

Suspiró.

—Y eso es lo último que quería hacer.

Sacudí la cabeza.

—Mira, Jean-Claude, sé que todo el mundo sigue diciendo que mi pueblo está muy bien, pero quiero verlo por mí misma, por lo que vamos a hacer esto.

—Esto debe ser algo especial y místico, *ma petite*.

Miré a mí alrededor en el club.

—Entonces, necesitamos una configuración diferente.

—Estoy de acuerdo, pero el entorno fue tu elección, no la mía.

—Pero tú eres él que insiste en que tiene que ser ahora mismo tenemos que iniciar los fuegos artificiales delante de todos.

—Cierto. —Suspiró y me tendió la mano—. Vamos, por lo menos a nuestra mesa.

En realidad pensé en rechazar la mano. Gracioso, lo rápido que podía ir de querer saltar a sus huesos a querer deshacerme de él. Por supuesto, no era exactamente de él, más de las complicaciones que venían con él. Las cosas místicas entre nosotros nunca fueron sencillas. Dijo que era culpa mía y tal vez lo fue.

Jean-Claude era un vampiro maestro bastante estándar, y Richard, un Ulfric bastante estándar también. Ambos eran extraordinariamente poderosos, pero no hay nada demasiado terrible o extraordinarios en sus poderes. Bueno, hubo una cosa de Jean-Claude. Él podría acumular poder alimentándose de la energía sexual. En otro siglo hubiera sido denominado Íncubos. Es raro, incluso para un vampiro maestro, tener una forma secundaria para poder ganar fuerza, fuera de la sangre. Por lo tanto, era impresionante. Los únicos otros maestros que había conocido que podía alimentarse de otra cosa que no fuera la sangre se habían alimentado del terror. Y de los dos, prefería la lujuria. Por lo menos no había que sangrar por ello. Normalmente. Pero era el comodín, el que tenía poderes parecidos, más que leyendas de nigromantes, había muerto hace tiempo. Leyendas tan viejas que nadie creía que podría ser verdad, hasta que llegué yo. Triste, pero cierto.

Habían limpiado la mesa mientras susurrábamos. Ahora, Jason y otro hombre estaban allí. El hombre estaba vestido de cuero marrón, por lo que pude ver de los pantalones y la camisa de cierre de cremallera frontal, sin mangas, que llevaba puesta. También llevaba una de esas mascarar hasta la boca, tapaba su nariz, a abarcaba el resto de su cara. Francamente, he encontrado las capuchas agobiantes, pero bueno, no era yo la que la estaba usando. En la medida en que no intentara nada conmigo, estábamos bien.

No fue hasta que me miró a la cara que reconocí los pálidos ojos azules-hielo, impresionantes ojos azules de un siberiano Husky. Ningún ser humano que hubiera conocido tenía los ojos así.

—Asher —dije.

Él sonrió, y me di cuenta de la curva de sus labios. Sabía por qué había llevado la capucha. No era su preferencia sexual, o al menos yo no lo creía. Fue para ocultar las cicatrices. Una vez, unos doscientos años atrás, algunos bien intencionados funcionarios de la iglesia habían tratado de quemar el diablo de Asher. Se habían hecho con agua bendita. El agua bendita es como el ácido sobre la carne de vampiros. En una ocasión había sido, a su manera, tan impresionante como Jean-Claude. Ahora la mitad de su cara era una ruina derretida, la mitad de su pecho, la mayor parte del muslo, la que yo había visto. Lo que había visto en el resto de él era perfecto, tan perfecto como el día que murió. Y las partes que no había visto, no estaba segura de querer conocerlas. A través de las marcas de Jean-Claude tuve recuerdos de Asher antes de que se las hicieran. Sabía lo que su cuerpo se parecía a la perfección sin problemas cada centímetro de él.

Asher y su siervo humano, Julianna, había sido parte de un *Ménage à trois* con Jean-Claude durante unos veinte años. Ella había sido quemada como una bruja, y Jean-Claude sólo había sido capaz de salvar a Asher cuando el daño ya estaba hecho. Los hechos ocurrieron hace más de doscientos años, sin embargo, ambos todavía lloraban a Julianna, entre ellos. Asher era ahora el segundo al mando de Jean-Claude, pero no eran amantes. Y eran amigos incómodos, porque todavía no habían superado lo ocurrido. Asher aún culpa a Jean-Claude, por no salvarlos a tiempo, y a Jean-Claude le era difícil discutir sobre eso, porque en el fondo, aún se culpaba a sí mismo, también. Me agaché y di a Asher un rápido beso en la mejilla de cuero.

—¿Qué hiciste con tu pelo largo? Por favor, dime que no lo cortaste.

Se llevó mi mano a la boca y dejó un tierno beso en ella.

—Está trenzado, y más que nunca.

—Casi no puedo esperar para verlo —dije—. Gracias por venir.

—Cruzaría el infierno para llegar a tu lado, lo sabes.

—Ustedes hablan un bonito francés —dije.

Se rió suavemente.

Jason interrumpió.

—Creo que el espectáculo está a punto de comenzar. —Me volví y vi una mujer que está dirigiéndose hacia el escenario que había sido creado. Llevaba una túnica, y realmente no quería ver lo que estaba debajo de ella.

—Vamos a hacer eso y conseguir los leopardos.

—¿No quieres ver el show? —preguntó Jason. Sus ojos eran inocentes, pero su sonrisa era burlona.

Simplemente fruncí el ceño. Pero sus ojos miraban detrás de mí, y sabía que alguien venía hacia nosotros. Me volví para encontrar a Ajax. No me hizo caso y habló con Jean-Claude.

—Tienes quince minutos, antes de que empiece el espectáculo.

Jean-Claude asintió.

—Dile a Narciso que agradezco el aviso.

Ajax hizo una pequeña reverencia de cabeza, al igual que su maestro lo había hecho antes, y luego se marchó a través de las mesas.

—¿Qué fue todo eso? —pregunté.

—Sería considerado de mala educación hacer algo mágico durante el espectáculo. Le dije a Narciso que algunos íbamos a llamar a... el poder.

Debo haber mirado con sospechosa, como me sentía.

—Está empezando a cabrearme el «súper» acto de magia.

—Eres un nigromante, y soy el vampiro maestro de esta ciudad. ¿Estás segura de que podemos combinar nuestras fuerzas y no tener todos los muertos vivientes de la ciudad en la sala? No sé si el cambiaformas será capaz de sentirlo, pero es probable, ya que también estamos unidos a un hombre lobo. Todo lo no humano en este club sentirá algo. No sé cuánto, o exactamente qué, pero algo, *ma petite*. Narciso se lo habría tomado como un insulto grave si hubiéramos interrumpido la actuación sin previo aviso.

—No quiero meterles prisa —dijo Asher—, pero si van a utilizar su tiempo en hablar sean rápidos al respecto.

Jean-Claude lo miró, y no fue una mirada del todo agradable. ¿Qué habría pasado entre ellos para que Jean-Claude le diera una mirada así a Asher? Jean-Claude me tendió la mano. Dudé un segundo, luego bajó la mano hacia él y me llevó a la pared cerca a la mesa.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Ahora hay que levantar los escudos, *ma petite*, que tan fuerte barrera has erigido entre mí y tu aura.

Me miró fijamente.

—No quiero hacer eso.

—No lo pediría si no fuera necesario, *ma petite*. Pero incluso si fuera capaz de hacerlo, ninguno de nosotros disfrutaría romper su blindaje. No podemos combinar nuestras auras si mi aura no puede tocar la tuya.

De repente sentí miedo. Realmente mucho miedo. No sabía lo que pasaría si descendía mi escudo con él allí mismo. En tiempos de crisis nuestras auras estallaban en conjunto formando un todo único. No quería hacer esto. Soy una obsesa del control, y todo lo relacionado con Jean-Claude comían esa parte de mí que más necesita de control.

—No estoy segura de que pueda hacer esto.

Suspiró.

—Es tu elección. No voy a forzarte, pero temo las consecuencias, *ma petite*.

Temo por ellos.

Marianne me había hablado de ello, y realmente era demasiado tarde para echarse atrás. Tampoco podía seguir adelante así, tarde o temprano, uno de nosotros iba a morir.

Probablemente yo. Parte de mi trabajo iba en contra de monstruos sobrenaturales, las cosas con la magia suficiente como para sentir un agujero en mi defensa. Antes de que hubiera sido capaz de controlar las auras, o al menos antes de que supiera que lo estaba haciendo, mi aura estaba intacta. Con mi talento natural, propio, me había sido suficiente. Pero últimamente me parecía estar en la línea de ejecución de monstruos más grandes, más malos. Finalmente, podría perder. Podría haber sido capaz de vivir con eso, más o menos. ¿Pero cargar con Jean-Claude y Richard, con sus vidas? Eso no lo podía manejar. Sabía todas las razones por las que debía hacer esto, y aun así me quedé mirando a Jean-Claude, mi corazón latiendo en mi garganta, mis escudos apretando en su lugar. Una parte de mi cerebro sabía que esto era lo que tenía que hacer. La otra parte no estaba tan segura.

—Una vez que deje caer el escudo, entonces, ¿qué?

—Nos tocamos —dijo.

Tomé una respiración profunda y larga como si estuviera a punto de correr una carrera. Entonces deje caer mi escudo. No era como derribar los muros de piedra, era como la absorción de nuevo en mi psique. La torre se fue de repente ya no existía, y Jean-Claude estrelló su poder sobre mí. No era sólo que sentía la atracción sexual en toda su fuerza, podía sentir su corazón en mi cabeza. Podía sentir el gusto su piel en mi boca. Sabía que se

había alimentado esta noche, aunque intelectualmente lo hubiera sabido cuando escuché los latidos de su corazón. Ahora, podía sentir que estaba bien alimentado lleno de sangre de otra persona.

Su mano se movió hacia mí, y me aplastó contra la pared. La mano seguía avanzando, y me aparté de él. Me alejé porque más que nada en el mundo en ese momento yo quería que me tocara. Quería sentir su mano contra mi piel desnuda. Quería rasgar el vinilo de su cuerpo y verlo, pálido y perfecto por encima de mí. La imagen era tan clara que cerré los ojos contra él, como si eso ayudara.

Lo sentí delante de mí, sabía que estaba acercándose. Me metí debajo de su brazo y de repente estuvimos junto a la mesa, dejándolo cerca de la pared. Guardé mi escudo, y se quedó mirándome. Alguien me toco, y grité.

Asher sostenía mi brazo, mirando hacia mí con sus ojos claros. Podía sentirlo también, sentía el peso de su edad, la fuerza de su poder en mi cabeza.

Es era mi poder, pero me di cuenta de la protección tan fuertemente que tenía Jean-Claude. También me separé de algunos de mis propios poderes. El blindaje era una cosa difícil. Y supongo que todavía no era buena con ello.

Jean-Claude se alejó de la pared, con una mano delgada hacia mí. Las manos de Asher se deslizaban sobre mi brazo mientras se alejaba. Estaba temblando, mi cabeza moviéndose hacia atrás y hacia adelante, atrás y adelante.

Jean-Claude caminó lentamente hacia mí. Sus ojos azules se habían ido ahogando, el alumno tragado por su propio poder. Sabía que con una claridad repentina que no era su poder o la lujuria que había llamado sus ojos, era mío. Podía sentir mi cuerpo apretado, humedecido, a medida que avanzaba hacia mí. No era que no tenía confianza. Era yo.

Di un paso hacia atrás y caí sobre el pequeño paso que conducía a la pista de baile.

Alguien me agarró antes de que golpeará el suelo, los fuertes brazos alrededor de mi cintura, apretándome contra piel desnuda de un pecho muy masculino. Pude sentir, sin mirar que me sostenía sin esfuerzo, los pies colgando, la sensación de ese pecho, el olor de su piel tan cerca. Estiré mi cabeza hacia atrás y me encontré mirando a Richard.



Dejé de respirar. Estar de pronto a sólo unos centímetros de él, después de todo este tiempo, era demasiado. Se inclinó hasta enfrentar su cara dolorosamente hermosa sobre la mía, y las olas de su grueso cabello castaño cayeron sobre mi piel. Su boca se cernía sobre la mía, y creo que hubiera dicho que no, o me hubiera movido, pero sucedieron dos cosas a la vez. Apretó su mano alrededor de mi cintura, con un movimiento que fue casi doloroso. Luego, su mano se apoderó de nuevo de mi barbilla y acercó su cara. El toque de sus manos, la fuerza en ellas me hizo dudar. En un momento, yo estaba mirando sus ojos color café oscuro, y al siguiente, su rostro estaba demasiado cerca e iba a besarme.

No sé lo que esperaba, un beso casto, creo. Pero no fue casto. Me besó con mucha fuerza, la suficiente para forzarme a abrir mi boca, entonces se arrastró dentro, y podía sentir los músculos de su boca, su mandíbula, su cuello y se apoderó de mí. Debería haber estado furiosa, enojada, pero no

lo estaba. Si él no me hubiera mantenido inmóvil me habría caído en sus brazos, apretó el frente de mi cuerpo contra el suyo. Pero todo lo que podía hacer era probar su boca, sentir sus labios, traté de beber de él en mi garganta, como si fuera el mejor de los vinos y me estuviera muriendo de sed. Por último, se apartó de mí, me bastó con ver su rostro. Me quedé sin aliento, como si mis ojos estuvieran hambrientos por ver los perfectos pómulos, el hoyuelo que suavizaba un rostro completamente masculino. No había nada de femenino en Richard. Era el último hombre de muchas maneras. A través de la luz eléctrica se capturaban hilos de oro y cobre, como cable metálico a través del color marrón oscuro de su cabello.

Bajó despacio desde su altura de seis con uno. Tenía los hombros anchos, pecho ancho, cintura angosta, vientre plano, con una fina línea de pelo oscuro que recorría el centro de su estómago y acaba en los pantalones de vinilo negro que llevaba. ¡Más vinilo negro! Esto era un punto extraño, pero mi mirada viajó por su cuerpo de cualquier forma. Seguí por el borde de sus caderas estrechas y percibí algo que no debería estar así, me di cuenta de lo que era y me arrepentí, porque estábamos en público, y no estaba pensando en desnudarme esta noche. Unas botas altas hasta las rodillas completaban su equipo. Las únicas cosas que llevaba en la parte superior del cuerpo eran de cuero y remaches metálicos ¿pulseras?, y un collar a juego. Una mano tocó mi espalda, di un salto y me volví, haciendo lo posible por enfrentar a los dos, porque sabía quién estaba detrás de mí. Jean-Claude se quedó allí, con los ojos volviendo a la normalidad.

Finalmente encontré mi voz.

—Tú lo llamaste.

—Teníamos un acuerdo para que aquel a quien llamaras en primer lugar se pusiera en contacto con el otro.

—Deberías habérmelo dicho —dije.

Jean-Claude puso las manos sobre sus caderas.

—No tengo la culpa de esto. Él deseaba que fuera una sorpresa, en contra de mi voluntad.

Miré a Richard.

—¿Es eso cierto?

Richard asintió.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque si yo hubiera jugado limpio todavía no habría conseguido un

beso. No podía soportar la idea de verte esta noche y no tocarte.

No fue tanto sus palabras como la expresión de sus ojos, como el calor en su cara, que me sonrojó.

—He jugado esta noche de forma justa, *ma petite*, y sin embargo me castigas, más que recompensarme. —Jean-Claude tendió su mano hacia mí—. ¿Vamos a empezar con un beso?

De repente era consciente de que estábamos de pie en la pista de baile cerca del escenario como si fuéramos los actores. Habíamos atraído la atención del público, y no quería eso. Me di cuenta de algo que no había sentido cuando el escudo de piedras estaba en su lugar. Casi todos en la habitación eran algún tipo de cambiaformas. Pude sentir su energía, como un cepillo en el pelo, eléctrico, caliente, se podía sentir a nuestro alrededor.

Yo asentí. De pronto, quería la privacidad que Jean-Claude me había ofrecido antes. Pero mirando a Jean-Claude y a Richard, me di cuenta de que no confiaba en mí estando a solas con ellos. Si tuviéramos un espacio privado para nosotros, no podía garantizar que el sexo fuera meramente metafísico. Admitirlo, incluso solo para mí, fue vergonzoso. Tan incómodo como era lo que teníamos que hacer en público, seguía siendo mejor así que en privado. Aquí, sabía que iba a dejar de decir o hacer, en cualquier otro lugar, solos, no estaba segura de sí podría dominarme. Ahora, no estaba pensando en los wereleopardos. Estaba pensando en piel desnuda y en sentirla cerca. Mierda.

—Un beso, ¿por qué no?

—Podemos conseguir una habitación —dijo Richard, en voz baja. Sacudí la cabeza.

—No, no hay habitaciones.

Llegó como si fuera a tocarme, y una mirada fue suficiente para hacer caer su mano.

—No confían en nosotros.

—Oh. —Me dijo, en voz baja.

Jean-Claude tendió su mano hacia mí.

—Ven, *ma petite*, estamos retrasando su espectáculo.

Me quedé mirando su mano en un latido del corazón, luego la tomé. Esperaba que me acercara contra su cuerpo, pero no lo hizo. Se detuvo quedando a una distancia de un palmo entre nosotros. Vi una pregunta en sus ojos, y él me tocó la cara suavemente, con mucha delicadeza, con los dedos flotando a ambos lados de mi cara, como vacilantes mariposas, como

si tuviera miedo de tocarme. Bajó su cara hacia mí, con la punta de sus dedos encontrando mi piel. Sus manos se deslizaron a ambos lados de mi cara, como si fuera algo delicado y frágil.

Nunca lo había notado tan delicado conmigo, así que no estaba segura. A pesar de que sus labios se cernían sobre mí, me preguntaba si estaba haciéndolo de esta manera a propósito, para contrastar la contundencia de Richard. Luego, sus labios tocaron los míos, y dejé de pensar. Fue el más suave de los pinceles, su boca sobre la mía. Después, con suavidad, me besó. Le devolví el beso, siendo tan delicada como él, levantando las manos, para que cubrieran sus manos, que acunaban mi cara. Había arrojado su sorprendente y largo pelo negro sobre el hombro para que el lado derecho de la cara estuviera descubierta a las luces y el cabello no estropeará el camino del beso. Le pasé la mano por un lado de la mandíbula, siguiendo la forma de su rostro, siempre muy suavemente, nos besamos. Se estremeció con el toque de mi mano, y la sensación de tenerlo en mi mano, tembloroso, trajo un sonido suave y bajo a mi garganta. Jean-Claude apretaba su boca contra la mía y hacia bastante difícil que yo pudiera sentir la presión de sus colmillos contra mi labio. Abrí la boca y lo dejé entrar en mí, pasé la lengua entre los puntos delicados. Había aprendido el beso francés de un vampiro, pero era un placer peligroso, había que hacerlo con mucho cuidado, y había perdido la práctica.

Al deslizar mi lengua entre los colmillos, me rocé con uno de ellos. Fue muy rápido, un dolor agudo, y Jean-Claude hizo un sonido gutural suave, un latido del corazón antes de que yo saboreara mi sangre.

Sus manos estaban de repente en mi espalda, me atraía contra su cuerpo. El beso nunca se detuvo, y la urgencia creció, hasta que fue como si tratara de alimentarse de mi boca, tratando de beber de mí.

Podría haberme retirado, no lo hice, pero en el momento en que nuestros cuerpos se tocaron, ya era demasiado tarde. No había vuelta atrás, podía decir que no, pero la sensación... Sentí fresco, viento que nacía del contacto con su aura.

Por un momento estábamos temblando juntos, nuestra respiración y la energía rodaba una contra otra por los lados como dos grandes bestias. Luego, los límites de nuestras auras dieron un paso. Pensé en ello como si estuvieran haciendo el amor, y de pronto se apartó de su piel, derramándose en contra de mí, sobre mí, dándonos una intimidad que nunca me hubiera imaginado, o planeado.

Yo grité, y él hizo eco de mí. Sentí cuando comenzamos a caer al suelo, pero Richard nos sostuvo, nos acunó contra su cuerpo, dejándonos con suavidad en el suelo. El poder no saltó a través de él, y no sabía por qué.

El cuerpo de Jean-Claude estaba sobre la parte superior del mío, tendida sobre el suelo, su ingle pulsaba sobre la mía. Condujo sus caderas en contra de mí, obligando a mis piernas a separarse alrededor de esa marea negra que me cubría con sus piernas. Le quería dentro de mí, quería dar ese paso, mientras el poder cabalgaba sobre nosotros.

Luchó sobre sus brazos, apoyándose y acercándose a mí, obligando a su cuerpo a bajar estrechándose contra el mío. Y el poder creó un hormigueo en mi piel, lo construía, y construía, como el brillante borde de un orgasmo cuando puedes sentir que se hace más grande y abrumador, pero que no logra llegar.

Vi a Richard inclinado sobre mí como una sombra oscura en contra de la bruma de las luces.

Creo que traté de decir, no, no, pero de mi boca no salía ningún sonido. Me besó, y el poder me abrasó aún más, pero el aún no era parte de ese poder. Me besó en la mejilla, el mentón, el cuello, más bajo, y de repente ya sabía lo que estaba haciendo. Él estaba besando un camino hacia el agujero de mi chacra, el agujero de mi aura en mi corazón, mi centro de energía. Jean-Claude ya había cubierto el de mi ingle. El pecho de Richard se extendía por encima de mí, suave, firme, tan tentadoramente cerca, y levanté mi boca sobre su piel, de modo que mientras él besaba mi cuerpo, yo lamía su pecho desnudo con mi lengua. Tracé una línea húmeda por su cuerpo. El introdujo la boca dentro de mi camiseta sin mangas y tocó mi corazón, y mi boca encontró su corazón en el mismo momento.

El poder no sólo aumentó, sino que explotó. Era como estar en la zona cero de una explosión nuclear, con ondas de choque disparadas hacia fuera, más lejos, hacia fuera, hacia la sala, mientras que me fundía en el centro. Por un momento sentí su poder brillando tanto en ellos como dentro de mí, a través de mí, como si se tratara de viento, de poder puro, vertiéndose a través de mí, a través de nosotros. El calor eléctrico de Richard zumbaba sobre nosotros, el poder de Jean-Claude enfriaba ese calor y se vertía sobre nosotros como un viento frío, y yo era algo grande y en crecimiento, manteniendo el calor de la vida y el frío de los muertos. Yo siendo a la vez y ninguno. Estábamos todos y ninguno.

No sé si me desmayé o si acabé por perder el control del tiempo por

alguna razón metafísica. Lo único que recordaba era que estaba de repente en el suelo cuando Richard se derrumbó a mi lado, sujetando uno de mis brazos, su cuerpo enroscado alrededor de mi pecho y cabeza, sus piernas enroscadas por el otro lado de mi cuerpo.

Jean-Claude también se derrumbó encima de mí, su cuerpo presionando a lo largo del mío, con la cabeza a un lado descansando en la pierna de Richard. Los dos tenían los ojos cerrados, sus respiraciones iban y venían, al igual que la mía.

Me llevó dos intentos decir:

—¡No me toques!

Jean-Claude rodó a un lado sin tener que abrir los ojos. La caída de su cuerpo obligó a las piernas de Richard a moverse un poco más lejos, por lo que Jean-Claude y yo estábamos lacios en un semicírculo alrededor del cuerpo de Richard. La habitación parecía tan tranquila que pensé que éramos los únicos que quedan en la sala. Como si todos los otros hubieran huido por terror de lo que habíamos hecho. Luego, la sala retumbó en aplausos y gritos y ruidos de animales que no tenían palabras. El ruido era ensordecedor, golpeando mi cuerpo en ondas como si tuviera nervios en los lugares donde nunca los había tenido antes.

Asher estaba de repente de pie junto a nosotros. Se arrodilló a mi lado, tocó el pulso en mi cuello.

—Pestañea si puedes oírme, Anita.

Yo parpadeé.

—¿Puedes hablar?

—Sí.

Asintió con la cabeza y me tocó, Jean-Claude era el siguiente, acaricio con una mano su mejilla. Jean-Claude abrió los ojos al contacto. Le dio una sonrisa que parecía significar más a Asher que a mí, porque hizo reír a Asher. La risa era muy masculina, como si hubieran compartido una broma sucia que no entendía.

Asher se arrastró alrededor de mí, hasta que estuvo de rodillas junto a la cabeza de Richard. Levantó un puñado de pelo grueso para poder verle la cara claramente. Richard parpadeó, pero no parecía enfocar su mirada.

Asher se inclinó a su altura, sobre Richard, y le oí decir:

—¿Puedes oírme, *mon-ami*?

Richard respiró, tosió y dijo:

—Sí.

—*Bon, bon.*

Me llevó dos intentos, pero encontré un inteligente y chistoso comentario.

—Ahora, todos los que se puede mantener en pie, que levanten la mano. —Ninguno de nosotros se movió. Me sentí distante, flotando, con mi cuerpo demasiado pesado para moverlo. O tal vez, mi mente estaba demasiado abrumada para hacer que se moviera.

—No tengas miedo, *ma-cherie*, te atenderemos. —Asher se levantó, y fue como si se tratara de una señal. Los chicos salieron de entre la multitud. Reconocí a tres de ellos.

Las trenzas hasta la cintura de Jamil que me miró directamente, con su traje de cuero negro. Era el ejecutor principal de Richard, o *Skoff*. Shang-Da no se veía cómodo con cuero negro, pero con seis pies de altura y chino nunca se vería bien con ropa de vestir agradable con puntas y cuero pulido. Shang-Da era el otro ejecutor para la manada, el *Hati*. Sylvie se arrodilló a mi lado, viéndose espléndida en vinilo negro, con el pelo castaño y corto con algunos toques de color burdeos. Aunque se veía bien, sabía que era suficientemente conservadora así que, probablemente, era un color temporal. Ella era el segundo al mando de la manada, su *Freki*, y los segundos al mando no tenían el pelo del color de un buen vino tinto.

Me sonrió, llevaba más maquillaje del que jamás le había visto. Parecía grande, pero en realidad no parecía Sylvie. Por primera vez pensé en lo bonita que era, y que ella era casi tan delicada de aspecto como yo.

—Te debía un rescate —dijo. Hace un tiempo, un grupo de vampiros desagradables habían venido a la ciudad para darnos una lección a Jean-Claude, Richard, y a mí. Y fueron tomando prisioneros por el camino. Sylvie había sido uno de ellos. Le prometí rescatarla, y mantuve mi promesa de matar al que la había torturado. Ella dio el golpe de gracia, pero se lo entregué para que sufrieran su castigo. Me rompí algunos huesos como recuerdo. Sylvie nunca se quejaba de que fuera demasiado violenta. Tal vez podría ser mi nueva mejor amiga.

Los hombres lobo tomaron posiciones alrededor de nosotros, mirando hacia afuera, como buenos guardaespaldas.

Ninguno de ellos era físicamente tan imponente como los guardaespaldas de Narciso, pero había visto luchar a los lobos, y los músculos no lo son todo. Cuentan con personal cualificado, y un cierto nivel de crueldad.

Dos vampiros llegaron a hasta donde estaba Asher y los lobos. No reconocí a ninguno de ellos. La mujer era asiática, con el pelo negro brillante que caía apenas sobre los hombros. El cabello era casi del mismo color y brillo que el traje de gato de vinilo que se aferraban a casi cada centímetro de su cuerpo. Asegurándose que todo el mundo fuera consciente de su altura, su pecho apretado, su cintura pequeña y el oleaje de sus caderas bien formadas.

Ella me dio una mirada poco amistosa con sus ojos oscuros, antes de que ella me diera la espalda y se quedara con las manos en sus caderas, esperando. ¿Esperando qué?, yo no estaba segura.

El segundo vampiro era un hombre, no mucho más alto que la mujer, con el pelo marrón y espeso afeitado cerca de su cabeza, a excepción de una capa en la parte superior izquierda que le llegaba a la mitad de sus ojos, brillante y liso. Miró hacia abajo, hacia mí con una sonrisa, los ojos del color de monedas nuevas, como si sus ojos marrones tuvieran, apenas, un rastro de sangre.

Se volvió prestando atención hacia el exterior, los brazos cruzados sobre el cuero negro de su pecho. Ellos también estaban colocados hacia afuera, como buenos guardaespaldas, dejando que la gente supiera que, a pesar de que no podíamos mantenernos en pie, no estábamos indefensos. Reconfortante, supongo. Jason se arrastró entre sus piernas, con la cabeza gacha, como si estuviera demasiado cansado para moverse. Levantó los ojos azules hacia mí, y su mirada estaba casi tan desenfocada como yo me sentía.

Me dio una versión pálida de su sonrisa habitual y dijo:

—¿Estás bien?

Me sentía mejor, lo suficiente como para intentar incorporarme, pero fracasé. Jean-Claude me dijo:

—Espera un poco más, *ma petite*.

Como no tenía otra opción, hice lo que me sugirió. Me quedé mirando hacia la oscuridad, al límite máximo de distancia que me permitían las hileras de luces. Se habían apagado la mayoría de ellas, de modo que el club estaba casi a oscuras. Igual que la tristeza suave que viene cuando se cierran las cortinas durante el día. Sentí a Jason moverse al otro lado, cerca de mí, apoyando su cabeza en mi muslo. No hace mucho tiempo eso me habría molestado, pero pasar tiempo con los wereleopardos me había hecho aprender a sentirme cómoda a su alrededor. Me había hecho más tolerante

con todo el mundo, al parecer.

—¿Por qué estás cansado?

Rodó la cabeza para mirarme sin alejarse de mi pierna, con una mano curvándose sobre mi pantorrilla, como si necesitara mantener el equilibrio.

—Vosotros derramasteis sexo y magia a través de todo el club y te preguntas ¿por qué estoy cansado? Es una broma.

Yo le frunció el ceño.

—Un comentario más como ese y tendrás que moverte.

Acomodó su cabeza en mi pierna.

—Puedo verte tu ropa interior desde aquí.

—¡Suéltame, Jason!

Se deslizó hasta el suelo sin que se lo dijera dos veces. Nuestro Jason, nunca podría dejar las cosas como estaban. Siempre tenía que hacer una última broma, el último comentario. Me preocupaba que algún día lo hiciera con alguien inadecuado y le hicieran daño, o peor.

Richard se apoyó en un codo, se movía lentamente, como si él no estuviera seguro de que todo estuviera funcionando bien.

—No sé si eso se siente mejor que cualquier otra cosa que hayamos hecho, o peor.

—Se siente como una combinación de una resaca y gripe leve por lo menos para mí —dije.

—Y sin embargo se siente bien —dijo Jean-Claude.

Finalmente intenté ponerme en vertical y descubrí que ambos tenían una mano en mi espalda que me apoyaban, como si sus movimientos hubieran sido simultáneos. En realidad me incline en contra de sus manos, en vez de decirles que las retiraran. Por dos razones, uno, estaba aún débil, y dos, simplemente no había encontrado el contacto físico desagradable. Todos estos meses tratando de forjar entre los wereleopardos una unidad coherente, amable, y era yo que había aprendido a ser coherente y agradable.

Me habían enseñado que no todos los toques eran una amenaza a mi independencia.

Me habían enseñado que no todas las ofertas de cercanía física eran una trampa o una mentira.

Richard se sentó en primer lugar, lentamente, con la mano en mi espalda. Entonces, Jean-Claude también se incorporó, con la mano quieta contra mí. Sentí que intercambiaban miradas. Este era el momento en que

por lo general se apartaban.

Tendríamos algo de sexo fantástico, metafísico o de lo contrario..., y esa fue mi señal para volver en mí, para ocultarme. Estábamos en público, razón de más para hacerlo.

No me retiré. El brazo de Richard se deslizó con cautela por mi espalda, sobre mis hombros.

El brazo de Jean-Claude se trasladó menos, alrededor de mi cintura. Ambos me atrajeron a la curva de sus cuerpos como si fueran una enorme silla cubierta de vinilo caliente y con pulso.

Algunos dicen que hay momentos durante el sexo cuando ambos tienen un orgasmo que sus auras chocan, unen sus energías, se funden. Se comparte mucho más que sólo el cuerpo durante el sexo, es una de las razones por las que se debe tener cuidado de con quien se hace. Me senté en el suelo con ellos y era así. Podría sentir sus energías en movimiento a través de mí, ahora a un nivel bajo, un zumbido lejano.

Con el tiempo estaba bastante segura de que el ruido se convertiría en un susurro, algo que se puede pasar por alto, como cuando ya no tienes que concentrarte para mantener un blindaje psíquico. Pero ahora había que aprender a caminar, a moverse, a través de ese resplandor de ensueño en el que todavía estábamos conectados, aún no muy lejos, en mi propia piel. No lo había intentado alejar, porque no quería que se fuera. Apartarlo habría sido redundante. Nosotros no necesitábamos tocarnos de nuevo para romper las barreras. Eso debería haberme asustado más que cualquier otra cosa, pero no lo hizo.

Narciso salió en medio del escenario y una suave luz cayó sobre él, de manera gradual cada vez más brillante.

—Bueno, mis amigos, hemos tenido un gran espectáculo esta noche, ¿no?

Más aplausos, gritos y ruidos de los weres llenaban la penumbra. Narciso levantó sus manos hasta que la multitud se quedó en silencio.

—Creo que hemos tenido nuestro momento culminante de la noche. — Un puñado de risas se alzó en este momento.

—Vamos a dejar nuestro show para mañana, hacer menos sería la deshonra de tener que compararlo con lo que nos han ofrecido aquí esta noche.

La mujer, que seguía de pie al fondo de la pista de baile con su bata, dijo:

—No puedo competir con eso.

Narciso le lanzó un beso.

—No es un concurso, dulce Miranda, es que todos tenemos nuestros dones. Algunos sólo son más raros que otros. —Se volvió y nos miró a nosotros.

Sus ojos eran de color pálido y extraño, y me tomó un segundo o dos darme cuenta de que los ojos de Narciso se habían transformado en los de su bestia. Ojos de hiena, supongo, aunque la verdad, no sabía cómo eran los ojos de una hiena. Sabía que no eran los ojos de un humano.

Se arrodilló a nuestro lado, alisando su vestido de forma automática y extrañamente rara, un gesto que nunca antes había visto en un hombre. Por supuesto, también fue el primer hombre que había visto con un vestido. Probablemente había una relación de causa y efecto.

Narciso bajó la voz y dijo.

—Me encantaría hablar contigo en privado sobre esto.

—Por supuesto —dijo Jean-Claude—, pero primero tenemos otros negocios.

Narciso se inclinó cerca, bajando la voz hasta que fue necesario apoyarse casi sobre él para oírle.

—Tengo dos de mis guardias esperando con sus leopardos, por lo que no les va a pasar nada, hay tiempo para hablar. ¿O debería decir, vuestros leopardos, porque seguramente ahora, lo que pertenece a uno, pertenece a todos? —Él se había inclinado hasta que su mejilla casi tocaba a Jean-Claude en un lado y a mí por el otro.

—No —dije—, los leopardos son míos.

—En realidad —dijo Narciso. Volvió su cara una fracción de pulgada y rozó sus labios contra los míos. Podría haber sido un accidente, pero lo dudaba.

—¿No se comparte todo, entonces?

Moví mi cara justo lo suficiente para alejarme y que no me tocara.

—No.

—Así que, es bueno saberlo —susurró. Se inclinó hacia adelante y apretó su boca sobre los labios de Jean-Claude. Me sorprendió, congelada por un segundo preguntándome exactamente qué hacer. Jean-Claude sabía exactamente qué hacer. Puso un dedo en el pecho del hombre y lo empujó, no con músculos, pero con poder. El poder de las marcas, el poder que todos habíamos solidificado un momento antes. Jean-Claude señaló hacia él

como si lo hubieran hecho miles de veces antes, sin esfuerzo, con gracia, imperativamente.

Narciso fue apartado, alejándose, por un torrente de poder invisible que podía sentir tirando de mi cuerpo. Y sabía que la mayoría de la gente en la sala podría sentirlo, también. Narciso se quedó en cuclillas en el suelo, mirando a Jean-Claude, mirándonos a todos nosotros. La expresión de su rostro era enojada, pero había más hambre en ella que la rabia, el hambre negada.

—Tenemos que hablar en privado —insistió Narciso.

Jean-Claude asintió.

—Eso sería lo mejor, creo.

Hubo un peso de las cosas no dichas en ese breve intercambio. Me sentí desconcertada y lo sentí en Richard también, antes de girar la cabeza para mirar hacia la dirección donde él estaba. El movió su cara lo suficientemente cerca como para que casi le hubiera besado. Me di cuenta sólo de la expresión de sus ojos, él no sabía lo que estaba pasando. Y parecía saber lo que yo sentía, porque no se molestó en hacer cualquier reconocimiento o pregunta sobre lo que está sucediendo. No era telepatía, aunque a un extraño le podría parecer así. Era como empatía, más extrema, como si pudiera leer todos los matices de su rostro, el más pequeño cambio, y saber lo que significaba.

Todavía estaba presionada en el círculo de Richard y Jean-Claude, una cantidad extraña de piel desnuda nos tocaba a todos nosotros, a mi espalda, el pecho y el estómago de Richard, el brazo de Jean-Claude. Había algo increíblemente solido en ese contacto, la cercanía. Tuve que desviar la atención de Jean-Claude, antes de centrarla en mi cabeza para cumplir con sus ojos.

La mirada de esos ojos ahogados celebraba un mundo de cosas no dichas, sin respuesta, todo tan cerca, temblando. Debido a que por una vez no vio en mis ojos las barreras que guardaban todas esas palabras atrapadas. Tenía que ser la unión de las marcas que me afectaba, pero esa noche, creo que no podría haber pedido nada, nada, a lo que no estaba segura de que le dijera que no.

Lo que finalmente dijo fue:

—¿Vamos a retirarnos a la intimidad para hablar de negocios con Narciso? —Su voz tenía su suavidad habitual. Sólo que en sus ojos había incertidumbre y una necesidad tan grande que casi no tenía palabras para

ella. Habían esperado tanto tiempo para mi entrega. Sabía que esa reacción no era mía. Sonaba más como algo que Jean-Claude podría pensar, pero con Richard también contra mi cuerpo no estaba realmente segura de que estaba pensando en él. Sólo sabía que no había sido yo.

Incluso antes de que las marcas se hubieran fusionado había tenido momentos como este. Momentos en que sus pensamientos invadían los míos, por encima de los míos. Las imágenes habían sido lo peor, pesadillas, destellos de alimentación en el calor del cuerpo de los animales, de beber sangre de gente que no conocía. Habría sido la unión, esta pérdida de mí misma que me había aterrorizado, sabía que me mantenía en el conjunto, y me mantenía a mí misma.

Esta noche, que no parecía importante. Definitivamente un efecto posterior de la unión metafísica de las marcas. Pero saber lo que era, no lo hacía desaparecer. Era una noche peligrosa.

—*Ma petite*, ¿estás bien? —dijo Jean-Claude. Me siento mucho mejor, lleno de energía, de hecho. ¿Todavía estás enferma?

Sacudí la cabeza.

—No, me siento bien. —Perfecta en realidad. Energizada fue una palabra buena para él, pero hubo otras. ¿Cuánto tiempo podría llevarme rescatar a los wereleopardos de otro desastre? La noche no era joven, la madrugada iba a venir, y quería estar a solas con ellos antes de eso. Me di cuenta con una sacudida que duró por todo el camino por mi cuerpo, que esta noche era todo. Si pudiéramos tener un poco de intimidad y no ser interrumpidos, todas las cosas de pronto eran posibles. Richard y Jean-Claude se pusieron de pie, en un movimiento gracioso para el vampiro, de energía, y puro para el hombre lobo. Los miraba como estaban por encima de mí, y estaba ansiosa por terminar los negocios. No estaba tan preocupada por los leopardos como debería haberlo estado, y eso me molestaba.

Lo que había pasado, me distrajo de las cosas más importantes.

La seguridad de los leopardos había vuelto a ser mi prioridad. Era la primera vez que realmente había pensado en esto desde hace un tiempo.

Sacudí la cabeza tratando de sacar de ella el sexo y la magia y el peso de las posibilidades en los ojos de Richard. Los ojos de Jean-Claude fueron más cautelosos, pero le había enseñado prudencia cuando se enfrentaba a mí.

Ellos tendieron sus manos. Nunca pido ayuda a menos que este

sangrado o si algo se me hubiera roto. Los dos intercambiaron miradas, entonces acercaron sus manos hacia mí, de nuevo en perfecta armonía, como dos bailarines coreografiando que sabía lo que el otro iba a hacer.

Se podía sentir mi deseo, pero que siempre había estado allí, aunque no les dije nada. Tomé sus manos y dejé que me levantaran. Ambos estaban todavía buscando mi mirada, casi con sospecha, como si estuvieran esperando a que retrocediera de ellos y corriera gritando que deseaba mi intimidad. Tuve que sonreír.

—Si podemos conseguir que todos salgamos de aquí sanos y salvos antes del amanecer, todo será posible. —Intercambiaron otra mirada entre ellos. Jean-Claude hizo un pequeño movimiento, como si alentara a Richard. Fue pequeño, casi de empujar con la cabeza, como si dijera: «Adelante, pregunta». Normalmente, eso me habría molestado, ya que ellos ya habían conspirado esta noche contra mí, eso me molestó, pero esto no.

—¿Quieres decir...? —el pensamiento iba a toda pista.

Yo asentí, y la mano de Richard apretó la mía. La mano de Jean-Claude estaba extrañamente silenciosa en la mía.

—¿Te das cuenta, *ma petite*, de que este nuevo...? —vaciló—, la voluntad, puede ser un subproducto de la unión de las marcas de esta noche. No quiero que después nos acuses de engaño.

—Yo sé lo que es, y no me importa. —Debería haberlo hecho, pero no lo hacía. Era como estar ebria o drogada, e incluso, pensando, no había diferencia.

Estaba mirando a Jean-Claude, y lo vi dejar salir el aire que había estado reteniendo. Sentí a Richard hacer lo mismo. Era como si hubieran soltado un gran peso que ambos habían llevado. Y sabía que yo era esa carga. No iba a tratar de ser una carga a partir de ahora.

—Vamos a terminar con esto e ir a buscar a los leopardos —dije.

Jean-Claude levanto mi mano a su boca, rozando mis nudillos en sus labios.

—Y nos iremos de este lugar.

Yo asentí.

—Y nos iremos de este lugar —dije.



Había estado quejándome durante años sobre que el esquema de decoración de Jean-Claude era muy monocromático, pero una mirada al dormitorio de Narciso y supe que debía disculparme con Jean-Claude. La sala era negra, y me refiero a que todo era negro. Las paredes, el suelo de madera, las cortinas corridas contra una pared, la cama. El único color en la habitación era el de las cadenas de plata colgando de la pared. El color del acero parecía acentuar la oscuridad en lugar de aliviarla. Cadenas colgando del techo por encima de la enorme cama. Era una cama muy grande. El único término que vino a la mente fue el de tamaño orgía. La cama era de cuatro postes, con la más pesada y la más oscura madera que había visto. Más cadenas colgando de los cuatro postes y un sistema de pesadas anillas permanentes. Si hubiera estado en una cita, me habría dado la vuelta y habría salido corriendo. Pero esto no era una cita.

Mi comprensión de la mayoría de las personas que estaban en DS

(dominio y sumisión) es que sus habitaciones habían sido «calabozos». Cerca tal vez, pero no una habitación. Uno necesita un lugar para ir a la realidad del sueño. Tal vez Narciso nunca se cansó de la diversión y los juegos.

Había una puerta en la pared de enfrente, y las cortinas tapaban más de la mitad de una pared. Tal vez su cama de verdad estaba detrás de la puerta número dos, o de las cortinas. Así lo esperaba.

La única silla en la habitación tenía correas, por lo que Narciso nos ofreció la cama para sentarnos. No sé si me habría sentado o no, pero primero se sentó Jean-Claude, entonces Richard también lo hizo. Jean-Claude se apoyó en contra de la colcha negra con la gracia con lo que hacía todo, situando su cuerpo contra las almohadas, como si se sintiera totalmente cómodo. Pero fue Richard quien me sorprendió. Esperaba verle molesto esperaba ver lo que sentía por la habitación, pero no parecía en absoluto incómodo. De hecho, me di cuenta por primera vez que en los puños de cuero pesado de las muñecas y el cuello había ganchos de metal, por lo que podrían estar atados a las cadenas o a una correa. Probablemente se los había puesto para poder mezclarse en la escena del club, como me había puesto las botas. Pero... podría sentir que estaba tranquilo por la habitación y todo su contenido. Yo no lo estaba.

Miré a Jean-Claude y a Richard, ellos sabían que había decidido dormir con los dos esta noche, sin embargo, lo habíamos dispuesto así. Pero al verlos sobre la cama en medio de todo esto, me hizo pensar acerca de mi decisión. Esto me hizo pensar que tal vez, después de todo este tiempo, todavía no sabía en lo que me estaba metiendo.

Asher andaba por la sala mirando las cosas en la pared. No pude leer su expresión, como había podido leer la de los otros, pero, también, parecía serena, y no creo que fuera falsa. Narciso se había movido por la habitación con Ajax a su espalda. Se había acordado dejar a todos los demás en el pasillo, o abajo, fue el intercambio para que nosotros dejáramos a nuestros lobos fuera de la habitación. Supongo que para una reunión privada hacía falta un número de personas menor de dos dígitos en la habitación.

Richard tendió su mano hacia mí.

—Está bien, Anita. Nada en esta sala puede herirte sin tu permiso, y no vas a dar ese permiso. —Ese no era exactamente el consuelo que quería, pero supongo que era la verdad.

Solía creer que la verdad era buena, pero había empezado a darme

cuenta de que no es ni buena, ni mala. Es sólo la verdad. La vida había sido más sencilla cuando creía que todo era negro o blanco.

Tomé su mano y dejé que me atrajera a la cama, entre Jean-Claude y él.

Bueno, Narciso ya había hecho una obra de teatro con Jean-Claude, así que supongo que necesitábamos estar de la mano como punto de partida. Pero todavía me molestaba que Richard me pusiera entre ellos, no simplemente a su lado. La cálida sensación borrosa que había tenido desde la unión de las marcas parecía estar retrocediendo a un ritmo alarmante. La magia es así a veces.

Me sentía fuerte y desagradable en una cama negra entre mis dos hombres.

—¿Qué está mal, *ma petite*? De repente estas muy tensa.

Miré a Jean-Claude, alzando las cejas.

—¿Soy la única aquí a la que no le gusta esta sala?

—A Jean-Claude le gustó mucho esta sala, una vez —dijo Narciso.

Me volví y miré al werehiena mientras paseaba por la sala en calcetines.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Jean-Claude respondió:

—Una vez, me preste a sus deseos porque me ordenaron que lo hiciera. Pero esos días han pasado.

Me quedé mirándolo, y no encontré su mirada. Sus ojos estaban en los de Narciso, mirando como el otro hombre se paseaba por la cama.

—No recuerdo que no estuvieras dispuesto —dijo Narciso. Se apoyó en la cama lejos de nosotros.

—Aprendí hace mucho tiempo hacer de la necesidad una virtud —dijo Jean-Claude.

—Además, Nikolaos, la vieja maestra de la ciudad, me envió a vosotros. ¿Te acuerdas ahora de eso, Narciso? La denegación de una orden no estaba permitida.

Había conocido el horror de Nikolaos personalmente. Ella había sido muy, muy aterradora.

—Así que era un deber desagradable. —Parecía enojado.

Jean-Claude movió la cabeza.

—Tu cuerpo es agradable, Narciso. Lo que te gusta hacer con tus amantes, hacerles daño, no lo es... —Jean-Claude miró como si estuviera buscando la palabra adecuada, y luego levantó su mirada azul de

medianoche a los ojos a Narciso, y vi el sentido que su mirada tenía en el cambiaformas.

Narciso miró como si hubiera sido alcanzado entre los ojos con un martillo, un hermoso martillo con encanto.

—¿No qué? —Narciso preguntó con voz ronca.

—¿No es de mi gusto? —dijo Jean-Claude—. Además, no debí agradarte mucho, porque no hiciste lo que mi difunta maestra deseaba que hicieras.

Yo era la razón por la que Nikolaos era la difunta maestra de la ciudad. Ella había estado tratando de matarme, y yo había tenido suerte. Ella estaba muerta, yo no. Y ahora Jean-Claude había llegado a ser el maestro de la ciudad. Yo no había planeado eso. ¿Cuánto de eso había planeado Jean-Claude?, eso todavía habría que discutirlo. No es sólo en perjuicio por mi parte lo que me hacía confiar en él menos que en Richard. Narciso puso una rodilla sobre la cama, una mano todavía alrededor de la pata de la cama.

—Tú me gustaste mucho. —La expresión de su rostro era demasiado íntima.

Deberían tener esta conversación a solas. Pero, de nuevo, viendo la manera en que Narciso miró a Jean-Claude, tal vez no habría sido una gran idea. Jean-Claude todo lo que sentía era el deseo de aliviar los sentimientos heridos. Pero apostarí a que si pudiera mirar dentro de la cabeza de Narciso me iba a encontrar un tipo diferente de deseo.

—Nikolaos lo pensó también y no me castigó por ello.

—No podía aliarme con ella, ni siquiera por tenerte a ti como mi juguete permanente.

Jean-Claude arqueó una ceja ante eso.

—No recuerdo ser parte del acuerdo.

—Cuando le dije que no, endulzo la oferta. —Narciso se arrastró hacia la cama. Se quedó en cuclillas sobre cuatro patas, como si estuviera esperando que alguien saltara detrás de él.

—¿De qué manera se mejoraba la oferta?

Narciso comenzó a gatear sobre la cama, poco a poco, con las rodillas capturando el dobladillo de su vestido mientras se movía.

—Ella te ofreció a mí para siempre, para hacer lo que yo quisiera.

Un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo de mis dedos de los pies a la parte superior de mi cabeza. Me tomó un segundo para darme cuenta de que no era mi miedo. Richard y yo nos volvimos hacia Jean-Claude.

Su rostro no mostraba nada. Era su habitual cortesía, atractiva, una máscara casi aburrida.

Pero ambos sentíamos el frío, el terror que gritaba en su mente, el pensamiento de lo cerca que había estado de ser el juguete de Narciso de manera... permanente.

Sentíamos un temor que fue mayor que el cambiaformas. Imágenes pasaban por mi mente, recuerdos. Encadenado a la madera, el sonido del volver de un látigo, el choque al morder la piel y el conocimiento de que era sólo el principio. La ola de profunda desesperación que siguieron a esa memoria me dejó lágrimas en los ojos. Tenía una imagen confusa de estar atada a una pared, con una mano podrida de pus verde acariciando mi cuerpo. Luego, las imágenes se detuvieron bruscamente, como si alguien hubiera apretado un interruptor. Sin embargo, el cuerpo de las imágenes que había estado viajando había sido de varón. Eran recuerdos de Jean-Claude, no míos. Había estado proyectando sus recuerdos en mí y cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, los había bloqueado.

Lo miré y no pude evitar el horror en mis ojos. Escondí mi rostro de Narciso en mi cabello, y me alegré, porque no podía sentirme preocupada por lo que acababa de ver.

Jean-Claude no me miró, pero siguió mirando a Narciso. Yo estaba tratando de no llorar, y la cara de Jean-Claude no revelaba nada, Jean-Claude no iba a volver a sufrir los abusos de Narciso, pero otros, muchos, muchos otros. No fue el dolor lo que no podía olvidar de esos recuerdos, era la desesperación. La idea de que yo... no, de que él. No había sido dueño de su propio cuerpo. Nunca había sido una prostituta, o más bien, nunca había cambiado sexo por dinero. Pero por el poder, el capricho de quien fuera su maestra entonces, y extrañamente por seguridad, lo había cambiado por sexo desde hace siglos. Hubiera podido suponerlo, pero me lo imaginaba como el seductor. Lo que acababa de ver no tiene nada que ver con la seducción.

Un pequeño sonido proveniente de Richard me hizo volverme hacia él. Tenía los ojos brillantes de lágrimas, y tenía la misma mirada de horror que yo sentía en mi cara. Nos miramos unos a otros por un momento, congelados por un tiempo, a continuación, una lágrima rodó por su cara un segundo antes de que una línea caliente de lágrimas aliviara mis ojos.

Tomó mi mano y lo acepté. Y ambos nos volvimos hacia Jean-Claude. Todavía estaba mirando a Narciso, ni siquiera hablaba.

El otro hombre se había arrastrado acercándose a través de esa enorme cama para estar a una distancia que hacía posible que nos pudiera tocar a todos. Pero nosotros no éramos lo que quería tocar.

—Dulce, dulce, Jean-Claude, pensé que me había olvidado de ti, pero al verte esta noche en el suelo con los dos me hizo recordar. —Extendió la mano hacia Jean-Claude y Richard agarró su muñeca.

—No lo toques. Nunca le volverás a tocar.

Narciso miró de Jean-Claude a Richard, y finalmente de vuelta a Richard.

—Tal posesión, el amor debe ser verdadero. —Tenía un asiento de primera fila y observé que los músculos de las manos de Richard y el antebrazo estaban tensos mientras apretaba esa delicada muñeca.

Narciso se echó a reír, con voz temblorosa, pero no con dolor.

—Tal fuerza, tanta pasión, ¿ibas a aplastarme la muñeca sólo por intentar tocar su pelo? —Su voz tenía diversión y de lo que finalmente me di cuenta tenía... emoción. Richard lo agarraba, lo amenazaba, tenía que dolerle... Él lo estaba disfrutando.

Richard también se daba cuenta, pero él no lo soltó. En su lugar, tiró de él hasta que perdió el equilibrio y cayó contra su cuerpo. Narciso hizo unos ruidos pequeños de sorpresa. Richard mantuvo una mano en su muñeca, y puso la otra en el cuello del hombre. No apretando, justo allí, grandes y oscuro contra la piel pálida de Narciso.

El guardaespaldas, Ajax, se había alejado de la pared, y Asher se había trasladado para cubrirle. Las cosas podrían ir muy mal por aquí, muy pronto. Por lo general era yo la que perdía los estribos y empeoraba las cosas, no Richard.

Narciso había sentido más que ver el movimiento, porque Richard le tenía de espaldas al resto de la habitación.

—Está bien, Ajax, está bien. Richard no me daña. —Entonces, Richard hizo algo por lo que Narciso dejó de respirar bien y que su aliento saliera pesado por su garganta—. Puedes aplastar mi muñeca, si eso forma parte de los juegos previos, pero si no, entonces mi pueblo te matará, a todos vosotros. —Sus palabras eran razonables, su tono no lo era. Se podía escuchar el dolor en su voz, pero también había anticipación, como si de cualquier manera que Richard respondiera, sería algo excitante para él.

Jean-Claude habló.

—No le des una excusa para tenernos a su merced, *Mon-ami*, esta

noche estamos en su territorio, somos sus invitados. Debemos ser unos buenos invitados por su acogida, siempre y cuando no pierda ese derecho. —No estaba un cien por cien segura de cuáles eran los deberes de un huésped hacia su anfitrión, pero estaba dispuesta a apostar que el aplastamiento de sus extremidades no estaba entre ellos. Toqué el hombro de Richard, y saltó. Narciso hizo un sonido de pequeña protesta, como si Richard hubiera apretado con más fuerza de forma involuntaria.

—Jean-Claude tiene razón, Richard.

—Consejos de Anita a la templanza, Richard, y ella es una de las personas menos templadas que he conocido. —Jean-Claude se trasladó hacia adelante, poniendo la mano sobre el otro hombro de Richard, por lo tanto lo tocó—. Además, *Mon-ami*, perjudicándolo ahora no vas a deshacer el daño que ya está hecho. Ninguna gota de sangre más tendrá que ser derramada, ninguna libra de carne por la que se han perdido, ninguna humillación más de la que se ha tenido. Es más, los recuerdos no pueden hacernos daño.

Por primera vez me pregunté si Richard y yo habíamos conseguido los mismos recuerdos en ese momento de lucidez compartida. Lo que había visto había sido horrible, pero no me había afectado a mí tanto como a él. Tal vez fuera una cosa de hombres. Tal vez un hombre blanco, Anglo-Sajón, de clase media-alta como Richard tendría más recuerdos que yo de haber sido abusada y violada. Era una mujer. Sabía que ese tipo de cosas podrían sucederme. Tal vez nunca había pensado que podría sucederle a él.

Richard habló bajo, su voz parecía un gruñido silencioso, como si su animal interior se escondiera detrás de su garganta.

—Nunca lo vuelvas a tocar, Narciso, o terminaremos esto. —Entonces, despacio y con cuidado, Richard deslizó sus manos alejándolas de Narciso. Esperaba que él, se quejara de la muñeca lesionada, pero lo había subestimado, o quizá sobrevalorado.

Narciso acunaba su muñeca, pero se quedó presionado contra el cuerpo de Richard.

—Me has roto los ligamentos en la muñeca. Estos tardan más en sanar que los huesos.

—Lo sé —dijo Richard en voz baja. El nivel de ira en esas dos palabras era inmenso.

—Con un pensamiento puedo decirle a mis hombres que abandonen a sus wereleopardos a merced de sus captores.

Richard miró a Jean-Claude, quien asintió.

—Narciso puede contactar con sus... hombres mentalmente.

Richard puso las manos sobre los hombros de Narciso, para alejarlo pensé, pero Narciso dijo:

—Has revocado el paso seguro por lesiones en contra de mi voluntad.

—Richard se congeló, y pude ver la tensión en su espalda, sentí la incertidumbre repentina.

—¿De qué estás hablando? —pregunté. Ni siquiera estaba segura de lo que estaba pidiendo.

—Narciso tiene un pequeño ejército de werehienas dentro de este edificio y en los edificios que lo rodean, como guardias —dijo Jean-Claude.

—Si los werehienas son tan poderosas, ¿por qué no habla todo el mundo de ellos como de los lobos y las ratas? —pregunté.

—Debido a que Narciso prefiere ser poderoso detrás del trono, *ma petite*. Esto significa que los otros cambiaformas están constantemente intentando ganarse su favor con regalos.

—Como Nikolaos utilizándote a ti —dije.

Él asintió con la cabeza.

Miré a Richard.

—¿Qué has le has estado dando?

Richard poniendo distancia con Narciso dijo:

—Nada.

Narciso se volvió en la cama, aun sosteniendo su muñeca.

—Eso va a cambiar.

—No lo creo —dijo Richard.

—Marcus y Raina tenían un acuerdo conmigo. Ellos y las ratas dictaron que el número de mis hienas nunca podrían elevarse por encima de cincuenta. Para que esto suceda se han de utilizar dones, no amenazas.

—La amenaza siempre estuvo ahí —dijo Richard—. La guerra entre vosotros contra nosotros y las ratas, te sitúan en el bando perdedor.

Narciso se encogió de hombros.

—Tal vez, ¿pero no te has preguntado lo que he estado haciendo desde que Marcus murió y se deshizo el trato? Me preguntaba cuando empezarían a llegar los regalos, ya que todos los regalos se habían detenido, incluso con los que había empezado a contar.

Me miró entonces.

—Algunos de esos regalos deberían haber sido tuyos, Nimir-Ra.

Debí haber mirado tan confundida como me sentía, porque Jean-Claude dijo:

—Los wereleopardos.

—Sí, Gabriel, su alfa, fue un muy querido, querido amigo mío —dijo Narciso.

Ya que había matado a Gabriel, no me gustaba la forma en que iba tomando la conversación.

—¿Quieres decir que Gabriel te dio a algunos de los wereleopardos?

La sonrisa de Narciso me hizo temblar.

—Todos ellos han pasado tiempo a mi cuidado, excepto Nathaniel. — Su sonrisa se desvaneció—. Asumí que Gabriel, mantenía a Nathaniel para sí mismo porque era su favorito, pero ahora que me has dicho cómo se comporta Nathaniel, sé que no lo era. —Narciso se inclinó sobre sus rodillas—. Gabriel tenía miedo de darme a Nathaniel, miedo de lo que podríamos hacer juntos.

Tragué saliva.

—Tú ocultaste muy bien tu reacción cuando te lo dije.

—Soy un mentiroso consumado, Anita. Es mejor que no olvides eso. — Miró a Richard.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la muerte de Marcus, un poco más de un año? Cuando los dones dejaron de venir, yo asumí que el pacto llegó a su fin.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Richard.

—Hay más de cuatrocientos werehienas ahora, algunos nuevos, algunos contratados de fuera del estado. Pero ya somos rival para los wereratas y hombres lobo. Tú tendrás que negociar con nosotros de igual a igual en lugar de tratarnos como a peones.

Richard dijo:

—¿Qué quieres...?

Jean-Claude interrumpió.

—Vamos a llegar a un acuerdo. —Sentí el temor que estaba detrás de sus calmadas palabras, y lo mismo hizo Richard. El no pidió un sádico sexual, que era lo que quería. Ofreceríamos solo aquello a lo que estuviéramos dispuestos a renunciar.

Narciso miró a Richard.

—¿Son los lobos de Jean-Claude ahora, Richard? ¿Compartes tu reinado? —dijo en un tono burlón.

—Soy el Ulfric, y estableceré las condiciones, nadie más. —Pero su voz era prudente, con el temperamento más templado. Nunca había visto a Richard como ahora, y no estaba segura de que me gustara el cambio. Él estaba reaccionando más como yo. Pensado en ello, me preguntaba... yo había canalizado parte de su animal, algo de Jean-Claude también, el hambre, ¿qué habrían obtenido ellos de mí?

—Sabes lo que quiero —dijo Narciso.

—No serías prudente si preguntaras por mí —dijo Jean-Claude.

—Si no puedo tenerte, Jean-Claude, entonces tal vez veros a los tres hacer el amor en mi cama sería suficiente para lavar esta afrenta entre nosotros.

Richard y yo juntos dijimos:

—No.

Nos miró, y había algo desagradable en sus ojos.

—Entonces, Nathaniel.

—No, dije.

—Por una noche.

—No.

—Durante una hora —dijo.

Sacudí la cabeza.

—¿Uno de los otros leopardos?

—No voy a darte a uno de mi pueblo.

Miró a Richard.

—¿Y tú, Ulfric, me das uno de tus lobos?

—Tú conoces la respuesta, Narciso —dijo Richard.

—Entonces, ¿qué me ofreces, Ulfric?

—Nombra algo que esté dispuesto a dar.

Narciso sonrió, y tuve la sensación de que Ajax y Asher hacían círculos entre sí, ya que notaban el aumento de la tensión.

—Quiero ser incluido en las conferencias que se ejecutan a la comunidad cambiaformas en esta ciudad.

Richard asintió.

—Bien. Rafael y yo pensamos que no tenías ningún interés en la política.

—El rey rata no conoce mi corazón, ni los lobos.

Richard se levantó.

—Anita tiene que recoger a su pueblo.

Narciso sonrió y movió la cabeza.

—Oh, no, Ulfric, no es tan fácil.

Richard frunció el ceño.

—Tienen que incluirnos en la toma de decisiones. Eso es lo que quería decir. Pero todavía quiero regalos.

—No hay regalos entre las ratas y los lobos. Somos aliados. Si deseas ser un aliado entonces no habrá regalos, salvo que vendremos en tu ayuda cuando nos necesites.

Narciso sacudió la cabeza.

—No quiero aliados, no quiero ser arrastrado a cada pelea entre los animales que no me concierne. No, Ulfric, no se confundan. Deseo ser incluido en las conferencias. Pero no quiero atarme a nadie y ser arrastrado a una guerra que no es de mi propia creación.

—Entonces ¿qué es lo que quieres? —dijo Richard.

—Regalos.

—Sobornos, quieres decir —dijo Richard.

Narciso se encogió de hombros.

—Llámalo como quieras.

—No —dijo Richard.

Me sentía tensa, Jean-Claude dijo, un momento antes de que Richard hablara.

—*Mon ami...*

—No —dijo Richard y se dirigió a Jean-Claude—. Incluso si pudiera matar a todos, cosa que dudo, mis lobos y tus vampiros caerían en este club y lo desmontarían ladrillo a ladrillo. No va a correr ese riesgo. Narciso es un líder moderado. Aprendí de él mirándolo en el acuerdo con Marcus. Él pone su propia seguridad y su comodidad por encima de todo.

—El confort y la seguridad de mi pueblo por encima de todo —dijo Narciso. Me miró—. ¿Y tú, Nimir-Ra?, ¿qué tan segura te sientes? ¿Crees que si le dijera a mi gente que matara a tu gatitos, los hombres lobo y los vampiros moverían un dedo para vengarse?

—Olvidas, Narciso, que también es mi lupa, mi pareja. Los lobos defenderán lo que ella les diga que defiendan.

—¡Ah, sí, la lupa humana, la reina de leopardos humana! ¿Pero en realidad ella es humana?

Me encontré con su mirada y le dije:

—Tengo que ir a recoger a mis leopardos. Gracias por la hospitalidad.

—Empujé mis pies y me situé junto a Richard.

Narciso miró a Jean-Claude, que aún descansaban en la cama.

—¿Son realmente como niños? —preguntó.

Jean-Claude hizo un gesto gracioso.

—Ellos no son como nosotros Narciso. Todavía creen en el bien y el mal. Y las reglas.

—Entonces, déjame enseñarles una nueva regla. —Se quedó mirando hacia nosotros, aún de rodillas en la cama, todavía con el vestido de encaje negro, y de pronto llamó su poder, se sentía líneas de calor. Se estrelló contra mi cuerpo como una mano gigante, casi asombrosa para mí. Richard se acercó a mí, y en el momento en que nos tocó, su bestia saltó entre nosotros, en una oleada de calor que corría por mi cuerpo y me ponía la piel de gallina con escalofríos. El cuerpo de Richard se estremeció, y sentí su aliento, nuestro aliento, capturado. El poder de Narciso se acurrucaba entre nosotros, y por primera vez, me di cuenta de que el poder venía de varias formas. Creía que lo que sentía dentro de mí era un eco de la bestia de Richard, pero era más que eso. Tal vez hubiera sido diferente si no me hubiera separado de él mucho tiempo. Pero ahora el poder que había sido suyo era mío. El calor se derramaba entre nosotros como dos arroyos convergiendo en un río, dos corrientes hirviendo que se derramaban en un río que hervía sobre mi piel. Hacía tanto calor que casi esperaba que mi piel se separara de mí y revelara la bestia de debajo.

—Si ella cambia, entonces mis hombres son libres para entrar en esta lucha. —La voz de Narciso fue impactante. Creo que me había olvidado que estaba allí, me había olvidado de todo, excepto del calor, de la energía caliente que fluía entre Richard y yo. La cara de Narciso comenzó a crecer más. Era como ver palitos de arcilla que se movían detrás.

Richard pasó la mano justo en frente de mi cuerpo, acariciando el poder que fluía fuera de mi piel. Había una mirada de asombro suave en su rostro.

—No va a cambiar. Tienes mi palabra —dijo Richard.

—Muy bien. Siempre que mantengas tu palabra. Puedo ser un sádico y un masoquista, pero todavía soy el responsable de este clan. —Su voz se había convertido en un extraño gruñido agudo.

—Me has insultado a mí y, a través de mí, todo lo que es mío. —Garras se deslizaban fuera de sus pequeños dedos hasta que levantó las patas curvas, ya no eran manos en absoluto.

Jean-Claude se acercó a nosotros.

—Ven, *ma petite*, que tengan margen de maniobra.

Me tocó la mano, y el poder que hervía en mis pies se vertió hacia él. Se desplomó de rodillas, con su mano aún contra mi piel, como si el calor nos hubiera soldado por ese lugar.

Me arrodillé junto a él, y levantó la mirada, ahogándose en el azul de sus ojos, perdida en un torrente de poder, pero no mi poder. Abrió la boca para hablar, pero no salió ningún sonido.

Me miró, y, a juzgar por la expresión de su rostro, se sintió perdido, abrumado.

—¿Qué pasa? —Asher preguntó desde el otro lado de la habitación, todavía se enfrentaba a Ajax.

—No estoy segura —dije.

—Parece dolor —dijo Narciso. Esto me hizo mirar hacia arriba hacia él. A excepción de su cara y las manos, él aún estaba en forma humana. Un alfa realmente poderoso podía hacer eso, cambios parciales.

—El poder se derrama sobre él —dijo Richard, y su voz tenía el borde de un gruñido. Su garganta se escondía detrás del collar de cuero, pero sabía cómo era la piel que no podía ver, lisa y perfecta. Su voz podía poner un aullido en su boca, como un perro, sin ningún cambio en su apariencia.

—Pero él es un vampiro —dijo Narciso—. El poder de los lobos debe estar cerrado para él.

—El lobo es su animal a llamar —dijo Richard.

Miré la cara de Jean-Claude a un centímetros de distancia, le observé luchar contra el poder caliente, le escaldaba, y sabía por qué no estaba tratando bien con él. Esta era energía primaria, la vida y el ritmo de la tierra bajo nuestros pies, la fuerza del viento en los árboles, las cosas con vida. Y Jean-Claude, aun con todo lo que caminaba y hablaba y coqueteaba, no estaba vivo.

Richard se arrodilló a nuestro lado, y Jean-Claude dejó escapar un gemido y se derrumbó contra mí.

—¡Jean-Claude!

Richard rodó con él en sus brazos, y la columna vertebral de Jean-Claude se inclinó, su aliento venía en jadeos desiguales.

Narciso estaba por encima de nosotros en la cama.

—¿Qué pasa con él?

—No sé —dijo Richard. Puse la mano en la garganta de Jean-Claude. El pulso no sólo parecía que estaba corriendo, parecía que luchaba como un

ser enjaulado. Traté de usar la habilidad que había sentido a los vampiros, pero todo lo que podía sentir era el calor de la bestia. No había nada de frío o muerto en el círculo de nuestras armas.

—Ponle contra el suelo, Richard.

Me miró.

—¡Hazlo!

Puso a Jean-Claude suavemente sobre el suelo, la mano aun tocándole el hombro.

—Aléjate de él. —Hizo lo que le pedí y empujé a Richard para alejarnos del cuerpo, hasta que Jean-Claude estuvo solo junto a la cama.

El cuerpo de Narciso había vuelto a su forma humana, ahora era el hombre elegante que habíamos conocidos en la planta baja. Se había trasladado de la cama sin que le dijéramos nada, pero se movía de modo que él todavía podía ver.

Jean-Claude giró lentamente sobre su costado, y movió la cabeza para mirarnos. Se lamió los labios dos veces antes de que pudiera hablar.

—¿Qué has hecho?

Richard y yo todavía estábamos en un capullo de calor. Sus manos rozaron mis brazos, y se estremeció contra mí. Sus brazos entrelazados alrededor de mi cintura, y cuanto más partes de nuestros cuerpos se tocaban más aumentaba el calor alrededor de nosotros, hasta pensé que el aire debía temblar como el calor de un día de verano de una carretera de alquitrán.

—La capacidad compartida de Richard contigo —dije.

—No, dijo Jean-Claude, y se levantó lentamente para sentarse, apoyado en gran medida en sus brazos.

—No sólo Richard, pero si tú, *ma petite*, tú. Richard y yo hemos compartido mucho, pero nunca hizo esto. Tú eres el puente entre los dos mundos.

Asher habló.

—Ella es el puente entre la vida y la muerte.

Jean-Claude me miró fijamente, con una mirada dura en su rostro.

—Exactamente.

Narciso habló.

—Sabía que Marcus y Raina podrían compartir su poder a sus animales, pero Anita no es un hombre lobo. No debe ser capaz de compartir su bestia contigo, o con el lobo o leopardo.

—No soy un wereleopardo —dije.

—Pienso que la dama protesta demasiado —dijo Narciso.

—O wereanimal a vampiro —dijo Asher.

Miré a Asher.

—No empieces.

Él me sonrió.

—Sé que tú no eres un verdadero cambiaformas, pero tu magia... ha cambiado debido a la unión con Richard. Hay algo acerca de ti, que si no lo supiera con seguridad, diría que tú te habías transformado en uno de ellos.

—Richard dijo que el lobo es el animal a llamar de Jean-Claude —dijo Narciso.

—Eso no explica esto —dijo Asher. Se arrodilló cerca de Jean-Claude, alcanzándole.

Jean-Claude le cogió la mano antes de que pudiera tocar su cara, y Asher cayó de espaldas bruscamente.

—Estás caliente al tacto. No sólo caliente, ardiendo.

—Es como fiebre después de la alimentación, pero más... más vivo. —Alzó la vista hacia nosotros, y sus ojos aún estaban ahogados en su azul profundo—. Ve a buscar a los leopardos, *ma petite*, y vamos a retirarnos antes del amanecer. Quiero ver cuán caliente se puede poner esto, —respiró hondo, y sabía que estaba absorbiendo nuestro aroma—, este poder crecer.

—Es todo muy impresionante —dijo Narciso—, pero voy a tener mi libra de carne.

—Estás empezando a ponerme nerviosa —dije.

Él sonrió.

—Sea como fuere, todavía tengo derecho a preguntar como el insulto va a ser pagado.

Miré a Richard. Él asintió con la cabeza. Suspiré.

—Sabes que por lo general soy yo quien nos lleva a este tipo de problemas.

—No estamos en problemas, sin embargo —dijo Richard—. Narciso es grandilocuente. ¿Por qué crees que no me cambio? —Miró al hombre más pequeño.

Narciso sonrió.

—Y yo que pensaba que estaba de pie en presencia de músculos decorativos con una inteligencia por detrás de la de Marcus.

—No vas a luchar, a menos que te quedes sin opciones, Narciso, de modo que no más juegos.

Había una frialdad en la voz de Richard, una firmeza con la que no podías discutir o razonar. Una vez más, se hizo eco de mí más que de él. ¿Tan difícil lo han debido de tener en los últimos meses él y sus lobos? Sólo hay unas pocas cosas que te hacen endurecer así de rápido. La muerte de aquellos cercanos a ti, el trabajo de la policía, o combatir en un lugar donde la gente está muriendo a tu alrededor. En la vida civil, Richard era un maestro de ciencias de secundaria, por lo que no era el trabajo. Creo que alguien lo hubiera mencionado si él hubiera perdido a algún miembro de la familia. ¿Había tenido muchos desafíos? ¿Cuántos había matado? ¿Quién había muerto?

Sacudí la cabeza para eliminar los pensamientos. Un problema a la vez.

—No puedes tener a cualquiera de nosotros, o de nuestro pueblo, Narciso. Tú no vas a empezar una guerra por una negativa, así que ¿dónde nos deja esto?

—Voy a decirles a mis hombres que dejen solos a tus gatos, Anita. Voy a hacer eso. —Él se paró delante de mí, de espaldas a la pata de la cama, con una mano jugando con la cadena que se unía a ella, haciendo que el metal repiqueteara—. La gente que los tienen no son muy creativos, pero tienen un talento en bruto para el dolor. —Me miró con ojos humanos de nuevo.

—¿Qué quieres, Narciso? —dijo Richard.

Se envolvió la cadena alrededor de una muñeca otra vez.

—Algo digno de tener, Richard, alguien que valga la pena tener.

Asher dijo:

—¿Sólo deseas dominar a alguien, o estás interesado en ser dominado?

Narciso lo miró.

—¿Por qué?

—Responde a la pregunta con sinceridad, Narciso —dijo Jean-Claude—. Puedes encontrar que vale la pena.

Narciso miró de un vampiro al otro, luego de regreso a Asher, que estaba de pie, con su traje de cuero marrón.

—Prefiero dominar, pero con la persona adecuada me permito ser dominado.

Asher se dirigió hacia nosotros, haciendo gala de su altura y el balanceo su cuerpo delgado.

—Voy a hacerlo por ti.

—No tienes que hacer esto —dijo Jean-Claude.

—No lo hagas, Asher —dije.

—Vamos a encontrar otro camino —dijo Richard.

Asher nos miró con los ojos azul pálido.

—Pensé que serías feliz, Jean-Claude. Por fin he acordado tener un amante. ¿No es eso lo que querías que hiciera? —Su voz era suave, pero la burla llegó a través de ella, la amargura.

—Te he ofrecido a casi todos los que están en mi poder, y te has negado. ¿Por qué él? ¿Por qué ahora? —Jean-Claude se puso de rodillas, y le ofreció una mano, no estaba cien por ciento segura de sí debería hacerlo.

Miró la mano que le ofrecía.

—Si piensas que es seguro —dije.

Envolvió su mano alrededor de la mía, y el poder corría a prisa quemando mi mano sobre la suya, por su brazo, y sentí que golpeó su corazón. Cerró sus ojos, se tambaleó por un segundo, entonces me miró.

—Fue inesperado la primera vez. —Empezó a ponerse de pie, y Richard se colocó al otro lado, de modo él estaba entre nosotros.

—No sé si esto es bueno para ti, o no —dije.

—Vosotros me llenáis de vida, *ma petite*. Tú y Richard. ¿Cómo puede ser malo?

No le dije lo obvio, pero creía que eso era prácticamente imposible. ¿Si pudiera llenar de vida a los muertos vivientes, para qué lo haría? Y si no, ¿qué le pasaría al muerto que caminaba? Gran parte de lo que estábamos haciendo por arte de magia entre nosotros nunca había sido hecho antes, o sólo una vez antes. Por desgracia, había tenido que matar al otro triunvirato que consistía en un vampiro, un hombre lobo, y un brujo.

Habían estado tratando de matarnos, pero aun así, podrían haber sido capaces de responder a las preguntas que nadie más podría responder. Ahora estábamos balanceándonos en la oscuridad, esperando no hacernos daño unos a otros.

—Mírate, Jean-Claude, entre ellos, como una vela con dos mechas. Tú vas a acabar quemado —dijo Asher.

—Ese es mi problema.

—Sí, y lo que hago es el mío. Preguntas, ¿Por qué él? ¿Por qué ahora? En primer lugar, me necesitas. ¿Cuál de vosotros tres estarían dispuestos a hacer esto? —Asher se movía como si Narciso no estuviera allí, de los ojos de Jean-Claude, a los nuestro—. Ah, ya sé que podría haber acabado con él. Tú puedes hacerlo cuando quieras, y hacer de la necesidad una virtud, pero

ha estado contigo, y nada más le satisface ahora.

Se quedó tan cerca que la energía se arremolinaba hacia el exterior, sobre él, como una onda de agua de mar caliente. Su respiración se hizo un suspiro.

—¡Dios mío! —Dio un paso atrás hasta que sus piernas tocaron la cama, luego se sentó en la colcha de color negro.

—Ese poder, Jean-Claude, y sin embargo, ninguno de ustedes quiere pagar el precio de la rabieta de Richard. Pero voy a pagar ese precio.

—Tú conoces mi regla, Asher. Nunca pido a los demás lo que no estoy dispuesta a hacer por mí misma —dije.

Me miró con curiosidad, intentando leer detrás de mí máscara, con excepción en sus ojos.

—¿Te estás ofreciendo como voluntaria?

Sacudí la cabeza.

—No, pero tú no tienes que hacer esto. Encontraremos otra manera.

—¿Y si quiero hacerlo? —preguntó.

Lo miré por un segundo, se encogió de hombros.

—No sé qué decir a eso.

—Te molesta que pueda querer hacer esto, ¿no? —Sus ojos eran intensos.

—Sí —dije.

Esa intensa mirada hacia el pasado paso a Jean-Claude.

—Le molesta, también. Se pregunta si estoy desolado y todo lo que me queda es el dolor.

—Tú me dijiste una vez que todo funcionaba. Que tenías cicatrices, pero... eras funcional —dije.

Él parpadeó y me miró.

—¿De veras? Bueno, a un hombre no le gusta admitir tales cosas frente a una mujer bonita. ¿O a un hombre guapo? —Él nos miró, pero la única persona que realmente estaba viendo era a Jean-Claude—. Voy a pagar el peaje para mostrar a nuestro hermoso Sr. Zeeman que la fuerza se paga. Pero no voy a ser el chivo expiatorio. No esta vez.

Ya nunca más, pesaba el aire, lo que no dijo, pero de todos modos lo sentimos. Asher había estado doscientos años a merced de las personas que habían dado a Jean-Claude los recuerdos que Richard y yo habíamos compartido. Dos siglos de ese tipo de atención y tormento. Cuando Asher había venido con nosotros había sido cruel en ocasiones.

Pensé que se había curado. Pero al ver la mirada de sus los ojos ahora, sabía que no.

—¿Y sabes lo mejor de todo? —preguntó Asher.

Jean-Claude sacudió la cabeza.

—Va a causarte dolor el pensar en mí estando con Narciso. Aun después de que esto pase, todavía no vas a responder a la pregunta que he estado esperando, por lo que he esperado desesperadamente, que contestes.

Jean-Claude se puso rígido, endureciendo su mano en la mía. Sentí que ponía su escudo en su lugar, que nos mantenía fuera de lo que estaba pensando y sintiendo en ese momento. El cálido poder turbulento flotó entre nosotros y comenzó a disiparse. Jean-Claude se había hecho a un lado de nuestro perímetro. Ahora se estaba cerrando para nosotros, aunque no creía que fuera a propósito. Sólo que no podía defenderse de nosotros y mantener el flujo de ida y vuelta.

Su voz sonaba tranquila, su aburrimiento habitual, y tono culto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que él no te contestará?

—Puedo estar seguro haga lo que haga de que no le daré la respuesta que él quiere.

—¿Qué respuesta? —pregunté—. ¿De qué están hablando?

Los dos vampiros se miraron.

—Pregúntale a Jean-Claude —dijo Asher.

Miré a Jean-Claude, pero estaba mirando a Asher. En cierto modo, el resto de nosotros estábamos fuera de la conversación, mera audiencia para un show que no la necesitaba.

—Estás siendo un crío, Asher —dijo Richard.

El vampiro trasladó la mirada al hombre que había a mi otro lado, y la ira en sus ojos azules hizo que se derramara a través de ellos un destello helado. Miró a ciegas.

—¿No me he ganado el derecho a ser mezquino, Richard?

Richard sacudió la cabeza.

—Sólo digo la verdad.

—Hay tres personas llamando su poder y este me arrastra hacia vosotros, y responder a esta cuestión tan importante es mezquino... —Se puso de pie en un movimiento gracioso, como un títere que es tirado por cuerdas. Se acercó lo suficientemente cerca para que el poder se derramara a su alrededor, lo que llevo un estremecido aliento a sus labios. El poder lo reconoció, se encendió más fuerte, como si pudiera actuar como nuestro

tercero, si no tuviéramos cuidado. ¿El poder sólo necesitaba un vampiro, y no específicamente Jean-Claude?

Richard cerró su lado de la energía, haciendo sonar su escudo y poniéndolo en su lugar, me hizo pensar en metal, fuerte y sólida, sin concesiones.

Asher acariciaba el aire justo por encima del brazo de Richard y tuvo que alejarse, frotándose las manos en los brazos.

—El poder se desvanece. —Se sacudió como un perro que sale del agua—. Si vosotros decís que sí, podría poner fin a su tormento.

Nos frunció el ceño a los dos, no estaba segura de que la conversación fuera lo que yo quería.

Asher volvió los ojos pálidos y ahogados hacia mí.

—O, nuestra Anita justa. —Ya estaba moviendo la cabeza—. Pero no, yo sé que es lo mejor. He disfrutado de manera sorprendente mis intentos de acercamiento a nuestro heterosexual Richard. Pero Anita no es tan fácil de burlar. —Llegó a estar delante de Jean-Claude—. Y, por supuesto, si quiero la respuesta tendré que hacer algo lo bastante malo para merecerla.

El rostro de Jean-Claude estaba en su punto más arrogante. Su máscara más oculta.

—¿Sabes algo que yo no sé?

Asher volvió a estar delante de mí.

—Se niega a estar en mi cama, porque teme que tú... ¿cuál es la palabra americana...? le rechazaras, si sabías que él estaba durmiendo con un hombre. ¿Es así?

Tuve que tragar antes de poder responder.

—Sí.

Asher sonrió, pero no como si estuviera feliz, más bien había sido una respuesta previsible.

—Entonces quiero quedarme aquí con Narciso, y Jean-Claude no sabe aún si me quedo, porque me he convertido en un amante de estas cosas, o porque este tipo de amor es todo lo que queda para mí.

—No estoy de acuerdo con esto —dijo Narciso—. Antes de tomar la decisión ¡Déjame ver lo que estoy comprando!

Asher estaba de pie, girando, de modo que su lado izquierdo estaba hacia el werehiena. Él abrió la cremallera de la máscara y la levantó sobre su cabeza. Estaba bastante girado de forma que podía ver su perfil perfecto. Sus cabellos de oro, y me refiero a oro, estaban trenzados a lo largo de la

parte posterior de la cabeza para que no interfirieran con su vista. Estaba acostumbrada a mirar a Asher a través de una capa de pelo. Sin ella, las líneas de su rostro eran como las de una escultura, algo tan suave y encantador que quería tocar, seguir sus desplazamientos con las manos, con una capa de besos. Incluso con sus cicatrices, seguía siendo hermoso. Nada parecía cambiar eso cuando miraba a Asher.

—Muy bien —dijo Narciso—, muy, muy bonito, pero tengo muchos hombres hermosos, a mi entera disposición. Tal vez no tan bonitos, pero...

Asher se volvió hacia el hombre. Lo que Narciso estaba a punto de decir murió en su garganta. El lado derecho de la cara de Asher parecía cera derretida. Las cicatrices no comenzaban hasta bien lejos de la línea media de la cara. Era como si sus torturadores, todos aquellos siglos atrás, hubieran querido que recordara la perfección que una vez había sido. Sus ojos perfilados por el oro de sus pestañas, su nariz perfecta, la boca llena y deseable, pero el resto... El resto quedó marcado. No en ruinas, no destruida, pero con cicatrices.

Me acordé de la perfección de Asher sin problemas, la sensación del roce de su cuerpo perfecto contra mi piel. No mis recuerdos. Nunca había visto a Asher desnudo. Nunca me había tocado de esa manera. Eran los de Jean-Claude cerca de doscientos años atrás. Se hizo imposible para mí ver a Asher con prejuicios, porque me recordaba que estaba enamorada de él, de hecho, todavía estaba un poco enamorada de él. Lo que significaba que Jean-Claude todavía estaba un poco enamorado de él. Mi vida personal no podía ser más complicada.

Narciso respiró temblando y dijo con voz ronca pasando los ojos por él.

—¡Oh, Dios mío!

Asher tiró la capucha en la cama y comenzó a descomprimir la parte delantera de la camisa de cuero, muy lentamente. Había visto su pecho antes y sabía que era mucho peor que su cara. El lado derecho de su pecho fue tallado con surcos profundos, con piel dura al tacto. El lado izquierdo, al igual que su cara, todavía tenía la angelical belleza que había atraído a los vampiros que le crearon hace mucho tiempo.

Cuando el cierre estaba a mitad de su cuerpo, dejando al descubierto su pecho y parte superior del estómago, Narciso tuvo que sentarse en la cama como si sus piernas no lo sostuvieran.

—Creo, Narciso —dijo Jean-Claude—, que después de esta noche se nos debe un favor.

—Su voz estaba vacía cuando él lo dijo, carecía de nada. Era la voz que usaba cuando estaba utilizando su máscara más cuidada, o más dolorosa.

Asher preguntó en voz cuidadosa para que no interfiriera con el striptease que estaba haciendo.

—¿Qué nivel de dolor quieres disfrutar Narciso? ¿Cómo se dice... que nivel?

—Brusco —dijo Jean-Claude—. Él puede controlar su deseo y no salirse de los límites de su sumisión, pero si ha de ser sumiso, tienes que ser duro, muy duro. Tú no necesitas un período de calentamiento con él. —La voz de Jean-Claude seguía vacía.

Asher miró a Narciso.

—¿Es eso cierto? ¿Te gusta comenzar con un... bang? —Esa última palabra fue lenta, seductora. Una palabra, que celebraba la promesa de mundos enteros dentro de ella.

Narciso asintió lentamente.

—Se puede empezar con sangre, si tienes las pelotas necesarias para ello.

—La mayoría de la gente tiene que trabajarse antes, para que sea placentero —dijo Asher.

—No —dijo Narciso.

Asher había terminado de abrir la camisa, se la quitó y se detuvo en sus manos por un momento y luego se movió tan rápido que sólo era una imagen borrosa. Abofeteo la cara de Narciso con la cremallera de la camisa, una vez, dos, tres veces, hasta que la sangre apareció en la esquina de su boca y sus ojos parecían desenfocados.

Estaba tan sorprendida por todo esto que creo que me olvidé de respirar. Todo lo que podía hacer era mirar. Jean-Claude estaba muy quieto entre Richard y yo. No estaba en silencio absoluto del que él era capaz, del que eran capaces todos los maestros antiguos, y me di cuenta de por qué. No podía caer en esa quietud negra de muerte con el toque prolongado de la "vida" que había bombeado a través de él.

Narciso utilizó la punta de la lengua para probar la sangre de su boca.

—Soy un mentiroso consumado, pero siempre doy el comercio justo. —De repente se sintió más serio de lo que había sido antes, como si las bromas frívolas fueran sólo una máscara y debajo de estas él fuera más solemne. Cuando levantó la vista, había una mirada en sus ojos que sabía que era peligrosa. El idilio era real, demasiado, pero fue parcialmente

camuflajeado para que todo el mundo lo subestimara. Mirándolo a los ojos, sabía que subestimarlo sería una cosa muy mala.

Volvió los ojos recientemente serios a Asher.

—Por esto, te debo un favor, pero sólo un favor, no tres.

Asher se estiró y soltó su cabello, dejando que mechones cayeran alrededor de su rostro. Él miró al hombre, más pequeño, y no podía ver el aspecto que tenía, pero lo que fuera, hizo mirar a Narciso como un hombre sofocado.

—¿Sólo tengo el valor de un favor? —dijo Asher—. Creo que no.

Narciso tuvo que tragar dos veces antes de que pudiera hablar.

—Tal vez más. —Se volvió y nos miró, y sus ojos eran aún serios, reales—. Vayan, recojan a sus wereleopardos, a quienquiera que pertenezcan. Pero sepan esto, las luchas internas son nuevas para nuestra comunidad. No conocen las reglas y siguen las suyas propias, parecen duras por comparación.

—Nos adviertes, Narciso, gracias —dijo Jean-Claude.

—Creo que no te gustaría que los dañaras, no importa cuán enojado él esté contigo, Jean-Claude. Voy a dejar que me ate a la cama, o a la pared, y que me haga lo que quiera.

—¿Lo que yo desee? —preguntó Asher.

La mirada de Narciso se desvió hacia él.

—No, no lo que sea, pero hasta que use la palabra de seguridad, sí. —Había algo casi infantil en la forma en que lo dijo, como si ya estuviera pensando en lo que iba a venir, y no realmente concentrándose en nosotros.

—¿Palabra de seguridad? —pregunté.

Narciso me miró.

—Si el dolor crece demasiado, o si algo se propone que el esclavo no quiere hacer, se utiliza una palabra acordada. Una vez que la palabra se pronuncia, el maestro debe parar.

—Pero vas a estar atado, no serás capaz de hacer que se detenga.

Los ojos de Narciso se estaban ahogando, ahogando en cosas que yo no entendía, y no quería entender.

—Es a la vez la confianza y el elemento de incertidumbre lo que crea el evento, Anita.

—Tú confías en que se detendrá cuando se pronuncie la palabra, pero te gusta la idea de que no puedes controlarlo, de que él podría seguir adelante —dijo Richard.

Esto me hizo mirarle, pero cogí el gesto de Narciso.

—¿Soy la única en esta sala que no entiende cómo se juega este juego?

—Recuerda, Anita —dijo Richard—, era viren hasta que me encontré con Raina. Ella fue mi primer amante, sus gustos y tendencias... a lo exótico.

Narciso se echó a reír.

—Un virgen en manos de Raina, es una imagen aterradora.

—Incluso no la dejaba dominarme a mí, por lo que se podía ver en sus ojos.

—¿Ver qué? —pregunté.

—Que no tenía punto de parada.

Después de haber sido casi una estrella en uno de sus pequeños dramas de dormitorio, salvada sólo por... el hecho de que la había matado primero, tuve que estar de acuerdo.

—A Raina le gustaba más, si no querías hacerlo —dijo Richard—. Ella era una sádica sexual, no tenía una posición dominante. Me tomó mucho tiempo darme cuenta de la gran diferencia que hay entre los dos.

Le miré a la cara, pero estaba a salvo detrás de sus escudos, no pude leerlo.

Él y Jean-Claude tenían más práctica en el blindaje que yo. Pero, francamente, no quería saber lo que estaba detrás de esa mirada perdida en la cara de Richard. Me di cuenta, de que tenía recuerdos de Jean-Claude, pero no de Richard. Nunca se me había ocurrido preguntar por qué era eso. Pero más tarde, más tarde. Ahora quería estar fuera de esta sala.

—Quiero salir de aquí.

Jean-Claude se movió y dijo.

—Sí, la noche se está acabando, y tenemos mucho que hacer.

No me fijé en él, o en Richard. Había prometido que si terminábamos con todo antes del amanecer tendríamos sexo esta noche. Pero de alguna manera, mirando la espalda desnuda de Asher, con Narciso mirándolo con una mirada en algún lugar entre la adoración y el terror, simplemente no estaba en el estado de ánimo más adecuado.



El pasillo superior era largo, blanco y estaba vacío. Había unas líneas de papel pintado de color plata en lo alto de la pared, más plata corrió en líneas delgadas por el resto de las paredes, un estilo opulento pero elegante. Parecía el pasillo de algún hotel de lujo.

No sabía si era camuflaje o si a Narciso le gustaba de esta manera. Después del tecno-negro-punk de abajo y el propio dormitorio del marqués de Sade, fue casi sorprendente, como si hubiéramos salido de una pesadilla oscura a un sueño más tranquilo, más pacífico.

Nosotros éramos los que parecíamos fuera de lugar. Todos nosotros, vestidos de negro, mostrando demasiada piel. Jamil subió por las escaleras, la parte superior de su musculoso cuerpo mostraba tentadoras visiones a través de una serie de correas de cuero negro. Los pantalones ajustados a sus caderas estrechas como una segunda piel, había aprendido hace mucho tiempo al ver a Jean-Claude desnudarse, que no muestras ese aspecto, sin

problemas, si llevas ropa interior entre la piel y los pantalones. Se volvió. Era un contraste en la oscuridad, el negro de su ropa, con el color marrón oscuro de su piel. Se movía como una sombra en ese pasillo blanco.

Fausto fue el siguiente. Él era el vampiro nuevo que había conocido en la planta baja.

Con mejor luz pude ver que tenía el pelo color burdeos, obviamente, como un tono de rojo mal teñido, pero de alguna manera le quedaba bien. Sus pantalones de cuero estaban cubiertos con más cierres de lo que parecía necesario, y la camisa negra tenía una cremallera hasta el cuello. Esto me recordó a la camisa de Asher, excepto en el color. Traté de no pensar demasiado en lo que Asher podría estar haciendo en este preciso momento. Todavía no sabía si Asher hacía esto porque le gustaba o por nosotros o si realmente quería estar con Narciso. Estaba más cómoda con la idea de auto-sacrificio.

Iba en el centro, con dos mujeres detrás de mí. Sylvie todavía no se parecía a sí misma para mí. La falda negra era tan corta que el que estaba detrás de ella no podía menos que ver un destello de lo que estaba debajo de la falda. Las medias hacían que sus piernas se vieran largas y bien formadas, aunque sólo medía tres pulgadas más que yo.

También llevaba tres pulgadas más en unos tacones negros, que añadían unas cuantas pulgadas más a la ilusión de piernas largas. Su parte superior de cuero mostraba una línea muy discreta de carne de su cuello y un cinturón ceñido en su cintura diminuta. Sus pechos parecían estar mágicamente como si se mantuvieran en su lugar por algo más que un sujetador. Ella me sonreía, pero sus ojos ya se habían desangrado hasta el color de lobo pálido. No coincidía con el maquillaje y el cuidado pelo corto.

Meng Die cerraba la marcha. Su carne pálida resaltaba y brillaba en contraste con el traje de vinilo que llevaba. Había un toque de brillo en la esquina de cada uno de sus ojos, como complemento de la sombra de ojos pálida y al dramático delineador de ojos.

Era más pequeña que yo, más delicada, más delgada en la cintura, como un delicado ave. Pero la mirada que ella me dio fue más de buitre carroñero. No le gustaba, y no sabía por qué. Pero Jean-Claude me había asegurado que haría el trabajo. Jean-Claude tenía un montón de defectos, pero si tenía confianza en Meng Die para mantener mi seguridad, entonces lo haría. Nunca fue descuidado conmigo, no de esa manera.

Fausto me parecía que se divertía mucho con todo esto. Todo lo que él hizo fue sonreír, agradablemente. La mayoría de los vampiros utilizaban la arrogancia para ocultar cómo se sentían. Parecía que el usaba su sonrisa. Por supuesto, tal vez Fausto era sólo un hombre feliz, y yo estaba siendo demasiado cínica.

¿Por qué no venían Jean-Claude o Richard conmigo? Debido a que los wereleopardos eran míos. Si me presentara con otros dominantes, sería visto como una debilidad. Pensaba entrevistar alfas para asumir a los wereleopardos, pero hasta que encontrara a alguien para el puesto, era todo lo que tenían. Si la gente empezara a pensar que era débil, los leopardos serían marcados como la carne de nadie. No sólo sería cada cambiaformas de fuera de la ciudad quien estaría tratando de llevarlos lejos de mí, entonces sería cada cambiaformas de la ciudad. Era curioso ver cómo muchos líderes podrían ser menos gilipollas si eras lo suficientemente fuerte como para detenerlos.

Tenía que salvar a los leopardos, ni Richard, ni Jean-Claude, yo. Pero tenía que permanecer viva para hacer esto, así que llevaba refuerzos. Soy terca, no estúpida. Aunque sé que a algunas personas que podrían argumentar que sí lo era.

Cada puerta blanca tenía un número de plata en su superficie. Una vez más como un hotel muy discreto. Estábamos buscando la habitación nueve. No había absolutamente ningún sonido detrás de las puertas. El único ruido que se escucha era el ruido lejano de la planta baja, la música, y el susurro de cuero y vinilo que venía de nuestros cuerpos en movimiento. Nunca había sido tan consciente de los pequeños ruidos. Tal vez era el silencio de los pasillos, o tal vez me había ganado algo nuevo de la unión de las marcas.

Mejor audición no sería una mala cosa, ¿verdad? Aunque muchos de los «regalos» de las marcas de vampiro tendían a ser espadas de doble filo, en el mejor de los casos.

Me sacudí los pensamientos sombríos y caminé con mi grupo de cuatro guardaespaldas por el pasillo alfombrado. Confiaba en ellos para dar su vida por la mía. Eso es lo que tiene que hacer un guardaespaldas. Jamil había tomado dos disparos de escopeta por mí el verano pasado. No habían sido balas de plata, por lo que se había curado, pero él no lo sabía cuándo se puso entre el cañón del arma y yo. Sylvie me debía una, y una mujer de su tamaño no llega a ser segundo en la jerarquía del grupo sin ser una mujer

lobo difícil.

Realmente no tenía confianza en que los vampiros dieran sus vidas de no-muertos para salvar la mía. Mi experiencia había sido que la semi-vida de un ser inmortal, gira alrededor de abrazar su existencia. Así que contaba con los lobos, y sabía que podía trabajar con los vampiros. No importaba que Jean-Claude confiara en ellos. No importaba que yo no lo hiciera. Hubiera preferido traer más hombres-lobo, antes que presentarme sin nada, pero con más lobos a mi espalda, sería como decir que no podía hacerlo sin la ayuda de Richard. No era cierto. O no del todo cierto. Lo sopesaríamos al ver la profundidad de la mierda, una vez que se abriera la puerta.

La habitación nueve estaba casi al final del largo pasillo. El edificio había sido un almacén, y el piso de arriba simplemente había sido dividido en largos pasillos con habitaciones grandes dispersas a lo largo de ellos. Jamil estaba parado a un lado de la puerta. Fausto estaba de pie delante de ella. No era inteligente.

Estaba al otro lado de la puerta y le dije:

—Fausto, los werehienas tuvieron que quitarles armas de fuego a estos tipos.

El vampiro levantó una ceja.

—No pueden haber encontrado todas las armas —dije.

Todavía me miró. Suspiré. Más de cien años de «vida», el poder suficiente para ser un maestro, y todavía era un aficionado.

—No sería bueno estar de pie en el centro de la puerta, cuando un disparo venga del otro lado.

Él parpadeó, y un poco de humor se filtró en la distancia, demostrando la arrogancia que la mayoría de los vampiros tenían.

—Creo que Narciso habría encontrado una escopeta.

Apoyé el hombro contra la pared y le sonreí.

—¿Sabes lo que es un asesino de policías?

Levantó las cejas hacia mí.

—Una persona que mata policías.

—No, es un tipo de munición diseñada para atravesar chalecos antibalas. Los policías no tienen defensas contra ellas. Puedes llevar balas perforadoras en armas de fuego, Fausto.

—Utilicé el arma como un ejemplo, pero puede haber tantas posibilidades... Y todas ellas te sacan el corazón, la mayor parte de tu columna vertebral, o la totalidad de tu cabeza, según el lugar en que el

agresor ataque.

—¡Fuera de la puerta de mierda! —dijo Die Meng.

Se volvió y la miró, y no era una mirada amistosa.

—Tú no eres mi maestro.

—Ni tú el mío —dijo.

—Niños —dije. Ambos me miraron. Perfecto—. Fausto, si no vas a ser útil, vuelve a bajar.

—¿Qué hice?

Miré a Die Meng, se encogió de hombros y dijo:

—¡Fuera de la puerta de mierda!

Pude ver que sus hombros se tensaban, pero hizo un gesto gracioso en desacuerdo con el cabello y el cuero.

—Como lo desee la virgen de Jean-Claude, así será. —Se movió más cerca de mí. Sylvie se acercó también, no exactamente entre nosotras, pero cerca. Me hizo sentir mejor. Estar cerca de los vampiros siempre era arriesgado. Nunca se sabía cuándo iban a tratar de traicionarte, a ti o a su jefe. Realmente, realmente quería mi pistola.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jamil. Estaba mirando a los vampiros y él no estaba más feliz que yo con su compañía. Todos los guardaespaldas buenos eran paranoicos. Va con el trabajo.

—Supongo que llamar. —Seguí con mi cuerpo fuera de la puerta, extendí el brazo lo suficiente como para llamar, y di tres sólidos golpes. Si daban un tiro a la puerta, probablemente me echarían de menos. Pero nadie disparó a través de la puerta. De hecho, nada sucedió. Esperamos unos momentos, pero la paciencia nunca ha sido mi fuerte. Empecé a tocar de nuevo, pero Jamil me detuvo y dijo—: ¿Puedo?

Yo asentí.

Golpeó duro, lo suficientemente fuerte para sacudir la puerta. Era una puerta sólida. Si la puerta no se abría ahora era que nos ignoraban deliberadamente.

La puerta se abrió, revelando a un hombre de pelo castaño con músculos como los de Ajax, pero más alto.

¿Qué hacía Narciso, contratar el personal en gimnasios de la ciudad? Él frunció el ceño ante nosotros.

—¿Sí?

—Soy la Nimir-Ra de los wereleopardos. Creo que has estado esperando por mí.

—Hace un puto montón tiempo —dijo.

Abrió la puerta completamente, empujando a ras contra la pared, poniéndola a su espalda, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus brazos, aparentemente, no eran tan musculosos como se veían, si él podía cruzar los brazos de esa manera. Pero había demostrado que no había nadie detrás de la puerta.

Algo que convenía saber.

La habitación era blanca «suelo blanco, el techo blanco, paredes blancas» como una sala tallada de nieve dura. Había hojas en las paredes «cuchillos, espadas, dagas, pequeñas hojas brillantes, espadas de la longitud de un hombre alto». El guardaespaldas de la puerta, dijo:

—Bienvenida a la sala de las espadas. —Sonaba formal, como que tenía que decirlo.

Desde la puerta no podía ver a nadie. Tomé una respiración profunda, la dejé escapar lentamente, y entré. Jamil entró un paso detrás de mí a la altura de mi hombro, Fausto estaba a mi lado. Sylvie y Meng Die cerraba la marcha.

Una figura apareció en el centro de la habitación. A primera vista, pensé que era un hombre, pero en un segundo vistazo, no lo era exactamente. Él tenía un tamaño de casi dos metros, ancho de hombros, musculoso, pero lo que creía que era una piel bronceada, era su piel natural dorada, muy delgada y fina. Cubría todo el cuerpo. El rostro casi humano, aunque la estructura ósea era un poco rara. Una cara ancha, una boca sin labios, que era casi un hocico redondo. Los ojos eran de oro de color naranja oscuro con un borde de color azul en ellos, como si ellos, al igual que el cuerpo, fuese parte de su cambio. Era como si su cuerpo se hubiera congelado, parando justo antes de alcanzar la forma humana. Nunca había visto nada igual. Su Piel pálida se veía en parches en su pecho y estómago. No podría decir si el cabello dorado oscuro y el borde de la barba que rodeaba su rostro eran en realidad pelo o lo que quedaba de una melena. Cuanto más tiempo le miraba, más parecía un león, hasta que no pude ver al hombre que había pensado había visto la fina capa de la bestia que lo cubría.

Esbozó una sonrisa gruñendo.

—¿Te gusta lo que ves?

—Nunca he visto nada como tú —dije, agradable, tranquila, incluso vacía. No le gustaba mi falta de reacción. Su sonrisa desapareció y se

convirtió en una mueca de rabia, mostrando dientes muy blancos.

—Bienvenida, Nimir-Ra, soy Marco, te hemos estado esperando. — Hizo un gesto a cada lado con sus garras. Echó un ojo a los nuestros. Eran pequeños y medianos hombres de pelo corto y negro y piel oscura. Más grupos, orgullosos, unidos, incluso, mezclados étnicamente. Pero no había una uniformidad en estos hombres oscuros, casi tenían un aire de familia. Dos de ellos llevaban capucha, eran amplias, como cortinas. Vislumbré el pelo rubio detrás de la oscuridad a la izquierda. No podía ver el largo pelo de Nathaniel en la oscuridad, pero sabía que tenía que ser el de la derecha.

Había sangre en el blanco piso, en una pequeña depresión en el hormigón. Había un drenaje en el suelo que lo recogía cuando hubieran terminado. Había otro guardia en la esquina que ahora se veía muy triste por estar allí. Tres mujeres que no sabía que estaban encadenadas a la pared a cada lado de la puerta. Dos rubias en el lado derecho, una morena al izquierdo. No eran wereleopardos, o al menos ninguno de los míos.

—Vamos a ver a mi gente —dije.

—¿No vas a darnos la bienvenida formal? —preguntó Marco.

—Tú no eres el alfa, Marco. Trae a tu león alfa aquí y le saludaré, pero a ti no tengo que saludarte.

Marco dio un pequeño arco a sus cejas, me miraba con esos ojos extraños leonados. Era la manera en cómo se hace en las artes marciales, cuando tienes miedo de la otra persona echas un vistazo desde distancia.

Jamil se había trasladado a mi lado, no delante de mí, pero lo suficientemente cerca para que nuestros hombros se rozaran. No le dije que retrocediera. Me había salvado la vida una vez, le dejé hacer su trabajo.

—Entonces, salúdame, Nimir-Ra. —Era otra voz masculina. Salió de detrás de las capas a la izquierda. Al salir, bajó su túnica pude ver a Gregory claramente.

Estaba en la pared, desnudo a excepción de los pantalones que habían sido cortados hasta la parte inferior de los muslos, llevaba sus botas todavía. Unas cadenas sujetaban sus muñecas por encima de su cabeza, sus piernas estaban muy separadas. Su pelo rubio rizado caía justo por debajo de los hombros. Su cuerpo era delgado pero musculoso. Debías cuidar de tu cuerpo si te desnudabas profesionalmente. No había ninguna marca en su cuerpo que se pudiera ver, pero la sangre salpicaba en el suelo delante de él, debajo de él, oscuro y denso. No había cortes en su espalda. Se me hizo un nudo en el estómago, la respiración se entrecortaba en mi garganta.

—Gregory —dije en voz baja.

—Es el almuerzo —dijo el hombre. Finalmente apartando mi mirada de Gregory, y fijando mi visión en el otro hombre, el alfa.

No era un hombre león, era un hombre serpiente. Su cabeza era más ancha que los hombros, cubierto de escamas verde oliva con grandes manchas de color negro. Un brazo estaba desnudo, y parecía muy humano, excepto por las escamas y las manos que terminaban en un trenzado de garras que habría hecho sentir a cualquier depredador orgulloso. Volvió la cabeza para mirarme con un gran ojo de cobre dorado. Una raya negra se movió desde el rabillo del ojo a su centro. Sus movimientos eran gráciles. Otros tipos con capas negras se apartaron de las paredes, dejando caer las capuchas y mostrándose, con las mismas miradas metálicas y las manos con garras curvadas.

Mi pueblo se desplegó alrededor de mí, dos yendo a cada lado.

—¿Quién eres?

—Soy Coronus del Clan Black Water, aunque dudo que signifique algo para ti.

—Marco mencionó que eran nuevos en la ciudad. Soy Anita Blake, Nimir-Ra del Clan Blood-drinkers. ¿Con qué derecho haces daño a mi gente? —Lo que quería hacer era comenzar a gritar, pero hay reglas. No podía ser tierna o escamosa, pero tenía que seguir las reglas.

Coronus se acercó a la pared y se detuvo junto a la morena encadenada. Hizo pequeños sonidos de pánico cuando llegó hasta ella. Sylvie se movió un poco más cerca de él, de la muchacha, como si estuviera esperando una excusa. Coronus deslizó un dedo de la mano por la mejilla de la niña, un simple roce, sin embargo, ella cerró los ojos y se estremeció.

—Vine aquí en busca de werecisnes, y me encontré con tres de ellos. Ya habían atado al macho. Pensamos que era su líder, su swanking, o no le habríamos perjudicado. Cuando nos dimos cuenta de que el animal era el equivocado, ya era tarde.

Eché un vistazo a los de las capas, tenían un rostro impasible, imposible de leer, como si ya se hubieran convertido en serpientes. Me di cuenta de que una de las figuras tenía pechos. Estaba casi desnuda y se apreciaba por encima de la camiseta que tenía un escote redondo. Pude ver las largas cadenas desde el techo y hasta el suelo. Había más sangre, mucha sangre, por ese lado.

—Vamos a ver a Nathaniel.

—¿Quieres ver a tu leopardo de cerca y personalmente en primer lugar?

Comencé a preguntar por qué. No me gustaba el hecho de que parecía recluirme para ver a Nathaniel.

—¿Quieres ver a Gregory primero?

El hombre parecía pensar en ello, movía la cabeza hacia un lado. El movimiento parecía como de animales, pero no es exactamente como el de una serpiente.

—Muy cerca y personalmente, sí, sí, sí.

No me gustó la forma en que lo decía, pero lo dejé pasar.

—Entonces, me has hecho una petición, Coronus. Si lo hago, sólo vendrá uno de vosotros.

—A veces las normas son útiles. En raras ocasiones, pero a veces. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero que lo sueltes.

—Fue fácil tomarle una vez por mi pueblo. No veo ninguna razón por qué no. Ve, mírale, tócalo, entonces vamos a desencadenarle.

Jamil se quedó a mi lado mientras caminaba hacia Gregory. Mi instinto fue ajustado. ¿Qué habían hecho con él? Aún podía recordar el grito en el teléfono. Una mirada de Jamil despejó a los hombres serpiente. Se quedaron tan lejos como la sala les permitía, a ambos lados. Tuve que pasar por encima de las cadenas en el suelo y las que encadenaban las muñecas de Gregory. Miré alrededor para buscar sus ojos azules. Tenía Una pelota negra metida en su boca, la cadena escondida bajo el pelo de modo que no había sido visible desde la parte trasera. Sus ojos estaban muy abiertos, en pánico.

Su rostro estaba intacto, y mi mirada siguió la línea de su cuerpo casi en contra de mi voluntad, como si supiera lo que quería encontrar. La ingle estaba roja, estaba sanando, cubierto de sangre seca, le habían cortado... Si hubiera sido humano habría muerto. No estaba segura al cien por ciento de que no lo estuviera de todos modos. Tuve que cerrar mis ojos por un segundo. La habitación estaba caliente.

Jamil había dejado escapar una respiración sibilante cuando vio lo que habían hecho a Gregory, y su energía quemaba mi piel, alimentado por la ira y el horror. Las emociones fuertes hacen a los cambiaformas crecer. Mi voz salió en un susurro exprimido.

—¿Se pondrá bien?

Jamil tuvo que acercarse a inspeccionar la herida. Lo tocó a

regañadientes, y Gregory se retorció de dolor al más suave de los toques.

—Creo que sí, si permiten que cambie de forma pronto.

Traté de tirar de la mordaza de la boca de Gregory y no podía. Estaba demasiado apretada. En lugar de eso se rompió la cuerda de cuero que le sujetaba, y cayó al suelo.

Gregory tomó aire llorando y dijo:

—Anita, pensé que no vendrías.

Sus ojos azules brillaban con lágrimas.

Éramos casi del mismo tamaño, así que pude pegar mi frente a la suya, las manos en a ambos lados de su cara. No podía soportar ver las lágrimas en sus ojos, y no podía permitirme el lujo de llorar en frente a los chicos malos.

—Siempre vendré por ti Gregory, siempre. —Viéndolo así lo supe. Necesitaba encontrar un wereleopardo real para protegerlos. Pero ¿cómo iba a entregarlos como perritos callejeros a un desconocido? Pero eso era un problema para otra noche.

—Suéltalo —dije.

Jamil se acercó a las esposas y parecía saber exactamente cómo funcionaban. No hacía falta llave. Bien. Gregory cayó tan pronto como le quitó la primera cadena, le cogí, sujetándolo bajo los brazos. Pero cuando el otro mecanismo que sujetaba la muñeca se abrió, su cuerpo cayó contra mi pierna y gritó. Jamil desató la cadena de tobillo, y posé a Gregory en el suelo tan suavemente como pude. Le acariciaba el pelo, acunando en mis brazos la parte superior de su cuerpo, en mi regazo, cuando tuve una sensación de movimiento a ambos lados.

Jamil no podía proteger ambos lados al mismo tiempo. Mis cuchillos en las botas estaban atrapados bajo el cuerpo de Gregory. Es maravillosamente oportuno. Di la vuelta al cuerpo de Gregory, y sentí la fiebre su cuerpo sobre mí, sentí garras donde había estado. Fui a sacar el cuchillo, pero nunca tuve oportunidad. Vi la mano con garras venir por mí.

Todo se desaceleró, imágenes capturadas en un cristal de manera que se ven todos los detalles. Me parecía tener todo el tiempo del mundo para sacar el cuchillo, o para tratar de esquivar el zarpazo, sin embargo, una parte de mi cerebro estaba gritando que no había tiempo. Me tiré de nuevo en el suelo, sentí el aire caliente sobre mí, el hombre serpiente tropezó, tan seguro de que su objetivo no se había preparado para su ataque. El resto era instinto. Barrí los pies de la serpiente, y cayó de repente de espaldas. Tomé

un cuchillo en la mano derecha, pero la serpiente estaba en pie, pateando hacia arriba y apoyándose en su columna vertebral.

Sentí algo más, vi algo grande y oscuro saltando en el aire por encima de mí, aterrizando detrás de mí. Mi atención se desvió por una fracción de segundo, pero eso era suficiente. El que estaba al frente se precipitó en un movimiento tan rápido que mis ojos no podían seguirlo. Puse mi brazo izquierdo, deteniendo el golpe, y con mi brazo derecho traté de apuñalarle. Mi brazo izquierdo quedó insensible como si hubiera sido golpeado con un bate de béisbol. Podría haber sido apuñalada en el estómago, pero vi el movimiento con el rabillo del ojo y me tiré de lado en el suelo, mientras la segunda garra me atacaba. Le corté en la pierna y abrí una herida, incluso a través de las botas. La serpiente gritó y se marchó cojeando.

La otra serpiente vino a por mí, con las garras extendidas. No tenía tiempo para salir de la planta o cualquier otra cosa. Con el cuchillo listo, mi brazo izquierdo sólo parcialmente utilizable, observé la caída de algo sobre mí como una pesadilla iridiscente. Una mancha negra le golpeó de lado, y los dos se estrellaron contra la pared.

Era Meng Die. Pude ver que las garras se clavaron en su carne pálida. No tuve tiempo de ver más, porque Coronus se alzaba por encima de mí, sangre goteaba de su cuello y hombro, la camisa destrozada. Sylvie estaba detrás de él, luchando con Marco, tratando de conseguir pasar sobre él para seguir a Coronus. Sus hermosas manos se habían convertido en garras, aunque el resto de su cuerpo era todavía humano. Sólo los cambiaformas realmente poderosos podían hacer eso «transformarse en parte a voluntad».

Jamil estaba en el rincón más alejado, luchando con dos de los hombres serpiente. Gregory empezó a cambiar de forma, sólo hasta que se terminó. No tuve tiempo para mirar a la otra mitad de la habitación. Coronus estaba casi sobre mí, y no tenía tiempo. Hice lo único que podía pensar. Tomé el cuchillo por la hoja y lo tiré contra él. No esperé a ver si impactaba. Avancé hacia la pared más cercana y cogí una de las espadas. Tenía la mano en la empuñadura de la espada cuando Coronus, me atacó por la espalda. Caí de rodillas gritando, pero mi mano derecha se quedó en la espada, tiré y la saqué de los soportes de la pared mientras caía. Me volví, poniendo mi lado izquierdo hacia él. Me cortó en el hombro izquierdo, pero no me dolía como la espalda. O bien la herida de la espalda era más profunda, o estaba perdiendo la sensación en el brazo.

Utilicé los segundos que tenía, los que él utilizó para herirme, y no me

hizo daño, para pasar la espada a mi mano derecha y hundirla hacia atrás, detrás de mí sin mirar dónde estaba. Era como si pudiera sentirlo detrás de mí, como si supiera dónde se encontraba. Sentí como se clavaba la hoja en su carne. Me incorporé, poniéndome de pie con fuerza, empujé la hoja hacia atrás, hacia el interior, a través de él, tan fuerte como pude. Nunca había hecho algo así antes, pero parecía que recordara ese movimiento. Y sabía que no estaba en mi memoria. No era un recuerdo el girar mi cuerpo y a la vez la espada para hacer un daño extra, revolviéndola para dañar los órganos internos mientras sacaba la hoja hacia fuera, y lo elevé para ponerlo de rodillas. Levanté la espada con una mano.

Sabía que hacer. Como si hubiera cortado cabezas durante años. La hoja estaba en su movimiento hacia abajo, cuando gritó:

—¡Basta! —No me detuve ni vacilé.

Jamil se lanzó, sobre la cabeza inclinada del hombre. Él me llevó contra la pared, me sujetaba por las muñecas, mientras yo luchaba.

—¡Anita, Anita!

Alcé la vista hacia él, y era como si solamente comprendía quién era él, o lo que él hacía. Le conocía, pero sólo en la teoría, había estado a punto de cortar la cabeza del hombre serpiente. Mi cuerpo se relajó atrapado por Jamil, pero él no me dejó ir.

—Háblame, Anita.

—Estoy bien.

—Él se rinde. Ganamos. Tienes tu leopardos. —Su mano sujetaba mi mano con la espada todavía—, suéltala, tú ganas.

Traté de mantener la espada, pero Jamil no fue feliz hasta que me la quitó. Entonces se alejó lentamente de mí, y me quedé mirando a Coronus aún arrodillado en el suelo, sosteniendo sus garras contra la sangre que fluía de su costado. Él me miró y tosió un poco de sangre que asomaba en sus labios. El la lamió.

—Me has tocado un pulmón.

—No es plata. Te pondrás bien.

Se rió, pero parecía que le dolía.

—Todos vamos a sanar —dijo.

—Desea que se mejore Gregory —dije.

Sus ojos negros me aturdieron, y había algo en aquella mirada que no me gustaba.

—¿Qué pasa Coronus, qué es lo que pone ese malestar en tus ojos? —

me arrodillé delante de él. Mi brazo izquierdo colgaba casi inútil a mi lado, estaba insensible. Un profundo dolor ardiente estaba abriendo su camino desde las heridas en el hombro y la espalda baja. A pesar de no verlos, podía sentir finos hilillos de sangre que fluían por mi piel.

Mantuve la mirada en los ojos de Coronus. Nuestras miradas se cruzaron por un minuto, mientras que Jamil se cernía sobre nosotros, entonces Coronus hecho una mirada a su derecha. Seguí su mirada y vi a Nathaniel a través de la amplia sala por primera vez con claridad. El mundo nadaba en ríos de color, y habría caído al suelo si mi brazo derecho no lo impide. Fue en parte por la pérdida de sangre y el shock, pero no todo por lo de las heridas. Oía a Coronus hablando a través de los mareos y las náuseas.

Sus palabras eran entrecortadas.

—Recuerda que fueron las hienas que nos hicieron parar. Ellos, decretaron que no había otra cosa que hacer hasta vuestra llegada. Nunca hubiera sido tan cruel a pesar de la intención de matarlo.

Mi visión se aclaró, y todo lo que podía hacer era mirar. Nathaniel estaba desnudo, colgando de sus muñecas, los tobillos encadenados como estaba Gregory. Pero Nathaniel estaba en el frente de la habitación. Tenía un corte en uno de sus tríceps. Tenía cortes más pequeños en sus manos que impedían cerrar los dedos. Tenía cortesitos por la mayor parte de los músculos justo por encima de cada una de sus clavículas.

Detrás tenía cuchillos debajo de la clavícula. Las cuchillas de plata brillaban, salpicadas de sangre seca. A diferencia de las cuchillas, los cuchillos estaban bien clavados por detrás sólo se podía ver la empuñadura.

Una espada curva salía del lado derecho de Nathaniel, a través de la carne de su cuerpo.

Había más cortes, demasiado grandes para ser de cuchillos, demasiado pequeñas para ser de espadas, dividiendo en dos sus muslos y sus pantorrillas.

Estaba de pie y ni siquiera recordaba haberme levantado. Estaba caminando hacia él, mi brazo izquierdo colgaba, derramando sangre en mis dedos. No esperé cuando vi el daño en sus ojos. Esos ojos color lila abiertos, mirándome, lleno de cosas que yo no quería entender. Una mordaza le tapaba la boca, a través de ese cabello castaño largo. Él me miraba con ojos los muy abiertos, mientras caminaba hacia él.

Me paré frente de Nathaniel y traté de quitarle la mordaza de la boca,

pero no podía hacerlo con una sola mano. Fausto estaba allí, rompiendo la correa y me ayudó a quitársela con cuidado. Tapé la boca de Nathaniel, tratando de que dejara de hacer ruido. Miré hacia abajo su cuerpo. Toda la sangre, toda la sangre seca, tiesa y pegajosa sobre su piel. No podía dejar de mirar los grandes cortes, no podía ser verdad lo que estaba viendo. Bajé la mano de su boca, hacia la hoja de la espada que salía de su pecho.

Le toqué la sangre seca, la froté con mis dedos. Nathaniel hizo un pequeño gemido. No me detuve, tenía que estar segura. Aparté la sangre suficiente como para ver, lo suficiente para sentir que su piel se había cerrado alrededor de los filos. En las dos horas que me había llevado llegar a esta habitación, su cuerpo había cicatrizado con las hojas dentro de él.

Caí de rodillas, como si algo me hubiera sido alcanzado entre los ojos. Traté de decir algo, pero no salió ningún sonido. Jamil estaba allí, arrodillado a mi lado. Cogí las correas de cuero sobre su pecho. Había sangre fresca en él, de las heridas en los brazos y el pecho.

Finalmente alcancé a decir:

—¿Cómo? ¿Cómo podemos solucionar este problema...?

Miró a Nathaniel.

—Sacaremos las cuchillas.

Sacudí la cabeza.

—Ayúdame. —La pérdida de sangre y el horror me sobrecogían. Me sentía mal, mareada. Jamil me ayudó a estar delante de Nathaniel—. ¿Entiendes lo que vamos a tener que hacer?

Nathaniel me miró con esos ojos color lila.

—Sí —dijo, en voz baja, muy despacito.

Agarré el cuchillo que estaba en sus cuádriceps, envolviendo la mano alrededor de la empuñadura. Mi labio inferior temblaba, y sentía calor en mis ojos. Me miró a los ojos, sin pestañear, sin apartar la mirada. Tomé un respiro profundo, y la saqué. Cerró sus ojos, con la cabeza hacia atrás, exhalo un aliento como un silbido. La carne se aferró a la hoja. No era como tomar un cuchillo de un asado. La carne abrazó a la hoja como si hubiera crecido en torno a ella.

El cuchillo ensangrentado cayó de mi mano, haciendo un sonido agudo en el piso de cemento.

Nathaniel gritó. Jamil estaba detrás de él, y una de las espadas salió de la parte superior del pecho de Nathaniel. La otra espada atravesaba su cuerpo. Nathaniel gritó de nuevo. La sangre manaba de la herida y me di la

vuelta. Miré a Coronus todavía en cuclillas en el suelo, dos de su pueblo le rodeaban. Algo en la expresión de mi cara le asustó, porque sus ojos se abrieron, y vi algo así como el miedo humano cruzaba en su cara de reptil.

—Le habríamos quitado las cuchillas, pero las hienas nos ordenaron que no tocáramos a ninguno hasta que llegaras.

Miré a través de la habitación al guardia que estaba más cerca de Nathaniel. No le hacía gracia estar ahí. Hizo una mueca bajo mi mirada.

—Estaba siguiendo órdenes.

—¿Es una excusa o una defensa?

—No te debo excusa alguna —dijo el otro guardia, el alto de pelo castaño que nos había dejado en la habitación. Estaba de pie junto a la puerta cerrada. Era arrogante, desafiante, y pude probar su miedo como un caramelo en la lengua. Tenía miedo de lo que yo haría.

Gregory llegó hasta mí, mitad forma de leopardo mitad forma de hombre. Nunca lo había visto así, toda la piel con manchas, más alto que su forma humana, más musculoso. Sus genitales colgando grandes con la entrepierna ya curada.

Uno de los hombres serpiente estaba en el suelo, arrastrando sus piernas detrás de él. Su columna vertebral estaba rota, pero se curaría. Otro grito desgarrador detrás de mí, salió de la garganta de Nathaniel. Otro hombre serpiente estaba acurrucado contra la pared al lado de la morena encadenada. Su brazo fue casi arrancado de su cuenca. El vestido de Sylvie estaba hecho girones, dejando al descubierto sus pechos. No parecía importarle, sus manos todavía tenían garras, sus ojos de lobo pálido me miraban.

—Toma tus leopardos —dijo Coronus—, y vete en paz.

Otro grito llegó después de sus palabras.

—Paz —dije. Me sentí extrañamente insensible, como si parte de mí estuviera perdida en la distancia. No podía estar en esta sala y escuchar los gritos de Nathaniel. Y conservar la cordura. Una tranquilidad me sobrevino, y me sentí mucho mejor. Hay cosas peores que la vacuidad.

—¿Quiénes son las mujeres?

—Werecises —dijo—. No es asunto tuyo, Nimir-Ra.

Lo miré y sentí una sonrisa cruzando mis labios. Sabía que era una sonrisa desagradable.

—¿Qué pasará con ellas cuando nos vayamos?

—Van a sanar —dijo—. No las queremos muertas.

Mi sonrisa se amplió, no pude evitarlo. Me reí, sonó desagradable, incluso para mí.

—¿Esperas que las deje aquí a tu voluntad?

—Ellos son cisnes no leopardos. ¿Por qué te importa?

La voz de Nathaniel murmuró, y cuando me volví vi lágrimas deslizándose por su cara.

—No las dejes. Por favor, no las dejes aquí.

Jamil sacó otra hoja hacia fuera. Sólo quedan tres. Nathaniel no gritó este momento, sólo cerraba los ojos y se estremeció.

—Por favor, Anita, nunca habrían venido aquí si no se los hubiese pedido.

Miré a las tres mujeres desnudas, atadas a las paredes, amordazadas, rodeadas de decenas afiladas de cuchillas no utilizadas. Ellas me miraban a los ojos, su respiración estaba acelerada y poco profunda. Su temor se deslizó por mi garganta como si se tratara de vino que podía tragar, profundo y fresco. El miedo, como el vino, va bien con los alimentos.

Y sabía que a simple vista que eran alimentos. Eran cisnes, no depredadores. No eran nuestras. Estaba canalizando a Richard ahora. Era una mezcla de los chicos esta noche, de sus pensamientos y sentimientos. Pero hubo una cosa que era mía. La rabia. No es furia caliente que los lobos utilizan cuando matan. Una rabia más fría y más segura de sí misma. Era una furia que no tenía nada que ver con sangre y todo que ver con... la muerte. Quería a todos muertos por lo que habían hecho a Nathaniel y a Gregory. Los quería muertos. Por las reglas, no podría haberlos matado, pero me gustaría hacer lo que pudiera. No podía robarles a sus otras víctimas. No, no podía dejar a las tres mujeres ahí de esta manera. No podía hacerlo. Tan simple como eso.

—No te preocupes, Nathaniel, no vamos a dejarlas atrás.

—No tienes derecho a ellas —dijo Coronus.

Gregory le gruñía. Toqué el brazo de Gregory con el bello erizado.

—Está bien. —Miré a Coronus rodeado de sus serpientes—. Si yo fuese tú, no me diría a lo que tengo derecho. Si yo fuera tú, cerraría la boca y nos dejaría salir de aquí con todos los que queramos.

—No, ellas son nuestras, hasta que su rey cisne las rescate.

—Oye, él no está aquí, pero yo sí, y te digo, Coronus del Clan Black Water, que voy a llevarme a las mujeres conmigo. No voy a dejarlas atrás.

—¿Por qué? ¿Por qué te importa?

—¿Por qué? En parte porque simplemente no me gustas. En parte porque no las quiero muertas y no puedes hacerlo esta noche de acuerdo con la ley del licántropo. Así que voy robarte tu premio. Tendrá que ser suficiente. Pero nunca vuelvas a ponerte en mi camino, porque voy a matarte, Coronus. Te mataré. De hecho, disfrutaré matándote.

Me di cuenta que era verdad. A menudo no mato fríamente, pero había algo en mí esta noche que lo quería ver muerto. Venganza tal vez. No lo dudaba, simplemente lo mostraba en mis ojos. Dejé al cambiaformas verlo, sabía que lo había entendido. Él no era humano, reconocía la muerte cuando la veía.

Él lo sabía. Lo vi en sus ojos, podía ver el brote de miedo como con una gran química. Parecía de pronto cansado.

—Te las entregaría si pudiera, pero no puedo. Tengo que tener algo que mostrar de las actividades de esta noche. Tenía la esperanza de que fueran los cisnes y los leopardos, pero si no puedo tener uno, tengo que tener el otro.

—¿Por qué te preocupan tanto los cisnes o los leopardos? —pregunté —. Ellos no son nada para ti, no puedes hacerlos parte de tu tribu.

Cerró sus ojos, ilegibles. Pero ese destello de miedo creció, se convirtieron en un rico olor a sudor y amargura. Estaba muy asustado. Y no era de mí, no exactamente, sino de lo que ocurriría si no retenían a los cisnes. ¿Pero qué?

—Tengo que mantenerlos, Anita Blake.

—¿Dime por qué?

—No puedo. —El temor le abandonó. Hasta ese momento no sabía que la resignación tenía un olor, pero podía oler la amargura de la derrota en silencio. Me sobrevino como una feroz ola y supe que había ganado.

Sacudió la cabeza.

—No te puedo dar a los cisnes.

—Ya has perdido. Puedo oler la derrota en ti.

Bajó la cabeza.

—Te los daría si pudiera, pero por favor, créanme, no puedo dártelos. No puedo.

—¿No puedes o no quieres? —pregunté.

Él sonrió, olía amargo como el olor de su piel.

—No puedo. —Hasta su voz tenía reticencia, como si sólo quería decir que sí, pero no podía.

—Haz lo mejor para tu pueblo, Coronus, huye de esto. —Sabía que de alguna manera indefinible que no nos iba a ganar. Mi voluntad de ganar era mayor que la suya. Esta noche nos llevaríamos la victoria. Algunas de las serpientes iban a morir, porque su líder, había perdido su valor. Sin su fuerza de voluntad para mantenerlos a flote, no podían ganar. No querían estar aquí. Miré a cada uno de ellos, y, a su vez, perfumaban el aire mientras les miraba. La derrota se cernía sobre ellos como el humo, no tenían voluntad de ganar. No querían estar aquí. Así que ¿por qué estaban aquí? Su alfa, su líder, estaba aquí, y su voluntad era la de ellos. Así que ¿por qué todos eran débiles, como si algo le faltaba dentro de su grupo, algo que les hacía débiles?

Me di cuenta desde el comienzo de que esto era lo que todos habían sentido de los leopardos antes de que llegase a por ellos... el olor de la debilidad y la derrota. Nathaniel era débil. Pero ahora mi voluntad era suya, y yo no era débil. Los volví a mirar a la cara, a los ojos, y vi a través de todo el dolor, la tortura, que no había esperanza.

Cuando conocí a Nathaniel había tenido los ojos con menos esperanza que jamás había visto.

Pero él sabía que había venido. Tenía la certeza absoluta de que no le iba a dejar aquí como estaba. Gregory podía dudar, porque pensó más con esa parte de él que era humano. Pero Nathaniel confió en mí con algo que no tenía nada que ver con la lógica, y todo que ver con la verdad.

Me volví hacia Coronus.

—Huye de esto, Coronus, o algunos de vosotros no verán el amanecer. Suspiró profundamente.

—Así sea.

Y luego hizo lo que no debería haber hecho.

Algo que no tenía lógica, desde un punto de vista no humano. Él iba a perder, y él lo sabía. Sin embargo, él hizo una cosa muy humana. Nos atacaron de todos modos. Sólo los seres humanos usarían toda su energía cuando no hay una salida. Las dos serpientes que protegían a Coronus pronto se lanzaron a mí, y yo estaba demasiado cerca. Estaba tan segura de que con mis nuevos sentidos hombre lobo no lucharían contra nosotros. Me había descuidado. Se me había olvidado que al fin y al cabo éramos sólo mitad animal. Y que la mitad humana te jode todo el tiempo.

Venían rápidamente a por mí y comencé por sacar el otro cuchillo de mi bota. Sabía que no me daría tiempo. Gregory saltó rápidamente,

tomando una serpiente en el aire, y rodando por el suelo. Pero el otro llegó hasta mí, sus garras me alcanzaron antes de que pudiera evitarlo. Estaba entumecida, no me dolió. Las garras rasgaron mi ropa en la zona del estómago, y alcanzó la carne. Sentí que se clavaban en mí en busca de mi corazón. Levanté mi mano derecha para tratar de agarrar la muñeca, pero se sentía como si estuviera moviéndome a cámara lenta. Mi mano parecía pesar mil libras, y sabía que estaba herida, herida de gravedad. Algo malo había sucedido en ese primer zarpazo. Gregory estaba ahí con la piel pálida atrapado entre las serpientes multicolores. Él cayó encima de mí, con alguien sobre él. Nunca trató de defenderse, atacó al que estaba sobre mí, lo apartó y los tres lucharon sobre mí. Hubo un momento en que los ojos y la boca de Gregory estaban a pulgadas de las mías. Estábamos cerca como amantes, y sabía que las garras que estaban en mí eran las suyas. Él había caído sobre mí, y clavado sus garras en mi carne. Entonces, otras manos estaban tirando de ellas aparte. Eché un vistazo a la cara de Jamil, vi sus labios moverse, pero no había sonido. Entonces todo se puso negro y la oscuridad se comía todo, sólo vi un tenue punto de luz. Entonces, desapareció, y no había nada, excepto la oscuridad.



Soñé que estaba corriendo, siendo perseguida por el bosque de noche. Les oía cada vez más cerca, más cerca, y sabía que lo que me perseguía no era humano. Entonces caí al suelo y estaba corriendo en cuatro patas. Perseguí algo pálido que huía delante de mí. No tenía garras, ni dientes, y olía maravillosamente a miedo. Se cayó, y su grito fue estridente, dañó mis oídos, y me excitaba. Mis colmillos se hundieron en la carne y no paré hasta que me arrancó la carne.

Sangre derramada hirviendo en mi garganta, y el sueño se desvaneció.

Estaba en el dormitorio de Narciso en la cama negra, Jean-Claude estaba atado, de pie al final de la cama. Su pecho estaba desnudo, cubierto de marcas de garra, la sangre corría por su piel. Me metí en la cama hacia él, y no tenía miedo, porque todo lo que se podía oler era el aroma dulce cobrizo de la sangre. Fijó sus ojos, azul profundo.

—Bésame, *ma petite*.

Me levanté sobre mis rodillas, mi boca se cernió sobre sus labios. Se dirigió hacia mí, pero me quedé fuera del alcance de sus labios tan deseables. Moví mi labio inferior, hasta que fue justo por encima de su pecho y las heridas frescas que adornaban su piel.

—Sí, *ma petite*, sí —suspiró.

Apoyé la boca en su pecho y bebí. Me desperté, los ojos fijos, sordo corazón.

Richard estaba encima de mí. Todavía tenía el collar de cuero. Traté de levantar los brazos, para abrazarlo, pero mi brazo izquierdo estaba atado a una tabla. Había un vial en mi brazo. Miré la habitación a oscuras y sabía que no estaba en un hospital. Levanté mi brazo derecho para tocar su cara, pero era pesado, demasiado pesado para levantarlo. La oscuridad se ciñó sobre mis ojos como el agua caliente corriendo, en cuanto la punta de mis dedos rozó su piel.

Oí su voz.

—Descansa, Anita, descansa. —Creo que él me besó, noblemente, luego, no ocurrió nada.

Estaba vadeando en el agua hasta la cintura, clara, y estaba helada. Sabía que tenía que salir del agua o me iba a morir, el frío me mataría. Pude ver la costa, los árboles muertos, y la nieve. Corrí hacia aquellos árboles lejanos, luchando en el agua helada.

Entonces, mis pies salieron de debajo de mí, y caí en un profundo agujero. El agua tapó mi cara, y el choque del frío me golpeó como un puño gigante.

No podía moverme, no podía respirar. La luz desapareció a través del agua clara, brillante. Fui a la deriva hacia abajo, abajo en el agua oscura fría. Debería haber tenido miedo, pero no estaba asustada. Estaba tan cansada, tan cansada.

Unas manos llegaron hasta mí, viniendo de la luz. La manga de la camisa blanca se elevaba alrededor de su brazo, y moví mi mano hacia él. La mano de Jean-Claude me envolvió, y me atrajo hacia la luz.

Estaba de vuelta en el cuarto oscuro, pero mi piel estaba mojada, y tenía frío, mucho frío.

Jean-Claude me acunaba en su regazo. Llevaba todavía el traje de vinilo.

Entonces me acordé de la lucha. Había sido herida. Jean-Claude se inclinó y me besó la frente, puso su cara contra la mía. Sentí su fría piel

como el hielo presionada contra mí.

El temblor fue peor, mi cuerpo bailaba en pequeños movimientos involuntarios.

—Frío —dije.

—Lo sé, *ma petite*, las dos están frías.

Yo fruncí el ceño, porque no entendía. Estaba mirando a alguien más en la habitación.

—La he traído de vuelta, pero no puedo darle el calor que necesita para sobrevivir.

Me las arreglé para volver la cabeza lo suficiente como para mirar alrededor de la habitación. Richard estaba allí con Jamil y Shang-Da y Gregory. Richard llegó a la cama, su mano tocó mi rostro. Sentí calor en la piel. Fue demasiado, y trataba de alejar la mano.

—Anita, ¿me oyes?

Tiritaba, no podía evitarlo, pero finalmente dije:

—Sí.

—Tienes fiebre alta, una fiebre muy alta. Te pusieron en un baño de hielo para bajarla. Pero tu cuerpo reaccionó como la temperatura de un cambiaformas. Las bajas temperaturas te curaban, mientras que sufrías tanto daño, casi te mata.

Yo le fruncí el ceño y, finalmente, alcancé a decir:

—No entiendo. —Los temblores involuntarios eran cada vez más fuerte, lo suficientemente fuertes para que me doliera la herida. Me mantenía lo suficientemente despierta como para sentir cuan herida estaba. Heridas que no recordaba, me dolían los músculos.

—Necesitas altas temperaturas para curar, al igual que nosotros.

No entendía quién era «nosotros».

—¿Quién...? —Y un espasmo sacudió mi cuerpo, arrancó un grito de mi boca. Mi cuerpo cayó en convulsiones y el dolor me estremeció recorriéndome. Si yo pudiera haber respirado, habría gritado más. Mi visión comenzó a desaparecer en grandes manchas grises.

—¡Traigan un médico! —Oí la voz de Richard.

—Tú sabes lo que debe hacerse, *mon-ami*.

—Si esto funciona, entonces he perdido.

Mi visión se aclaró durante unos segundos. Richard se fue despojando de los pantalones apretados. Fue lo último que vi antes de que el fundido gris viniera a mis ojos y me dejara desmayada.



Creo que estaba soñado, pero no estaba segura. Había rostros en la oscuridad, algunos de ellos sabía los conocía, a otros no. Cherry, con su pelo rubio y corto y la cara libre de maquillaje, parecía años más joven. Gregory tocaba mi cara. Jamil descansaba a mi lado, acurrucado como un sueño oscuro. Entraba y salía, de cara a cara, cuerpo a cuerpo, podía sentir sus cuerpos apretados contra el mío. Piel desnuda contra piel desnuda. No de un modo sexual, o no tan abiertamente. Me desperté poco a poco, cuando pensaba que estaba lo suficiente despierta empecé a darme cuenta de que Richard estaba envuelto a mí alrededor, mi cuerpo como un montaje en contra de su pecho, su pelo grueso derramado a través de mis ojos. Estaba dormido, sabiendo que estaba a salvo.

Me desperté lentamente, en un capullo de calor de cuerpos y la prisa y picazón de la energía de licántropo. Traté de rodar y me encontré presa entre la carne. Me mantuvo clavada de costado. Abrí los ojos. La

habitación estaba oscura, con una pequeña luz cerca de la pared como la luz de la habitación de un niño. Mi visión nocturna era lo suficientemente buena para poder diferenciar colores con tan poca luz. Un hombre que no conocía estaba acurrucado contra el frente de mi cuerpo. Su rostro estaba presionando mi hombro, justo por encima de mis pechos, su aliento era caliente sobre mi piel.

Normalmente, sólo esto hubiera sido suficiente para entrar en pánico e intentara huir de allí, pero yo sólo no tenía ganas de entrar en pánico. Me sentía caliente y segura, mucho más... de hecho, de lo que me había sentido en mucho tiempo, como si llevara mi pijama favorito de franela o estuviera envuelta en mi manta favorita. Era ese tipo de comodidad, el tipo de paz que sentía. Incluso ver un brazo de un desconocido alrededor de mi cintura no me molestaba. Tal vez la Dra. Lillian me había dado algún medicamento que hacía que todo se sintiera bien. Todo lo que sé es que no quería moverme. Fue como despertar en la mañana y tener que ir a ningún sitio, sin tener nada que hacer, cuando puedes flotar medio despierta, medio dormida, en un cálido nido-de-mantas.

El brazo alrededor de mi cintura era musculoso, definitivamente masculino, pero pequeño, no sólo la mano, todo el brazo. La piel era curtida y oscura parecía más oscura de lo que debería en contra de mi palidez. Me relajé en la mayor parte de aquel cuerpo caliente, quedando pegada a él. El hecho de que me sentía bien durmiendo en un sándwich de tres cuerpos desnudos, conmigo en el medio, me hizo saber, más allá de una ninguna duda, que había tomado algún tipo de droga. Ya que si no, me habría despertado usando mucha más ropa o habría sido mucho más vergonzosa.

Supuse que eran dos hombres-lobo. Eran una manada grande, y no conocía a todo el mundo. Estaba bañada en su energía, como si fuera agua caliente invisible fluyendo alrededor de nosotros tres. Me acordé de haber sido herida, las garras que habían excavado debajo de mi esternón. Mi mirada viajó por mi propio cuerpo y encontró un círculo irregular de tejido rosado cicatrizado donde la serpiente se había cavado para coger mi corazón. Tenía un dolor sordo, pero la cicatriz ya estaba de color rosa y brillante, en mi piel. ¿Cuánto tiempo había estado divagando?

Seguí esperando a que el pánico se abalanzase sobre mí. Cuando no lo hizo, miré al hombre que estaba presionado contra mi pecho. Había ricos rizos marrones en su espalda, pero sólo en la parte superior, de modo que

los rizos me hacían cosquillas en la piel, hizo un pequeño movimiento en sueños. Era moreno, tan oscuro que su piel casi igualó su cabello. En su ceja pude ver que tenía un anillo pequeño que la perforaba. Una de sus rodillas, cubría mi pierna y una mano inerte yacía en su muslo desnudo.

Creo que fue la pierna y la posición girada de sus caderas lo que me salvó de ver todo el espectáculo. La poca modestia que me quedaba se lo agradeció. Lo que me había mantenido cómoda hasta ahora, empezaba a desaparecer. Tal vez fue el simple hecho de despertarme.

El resto de su frente se presionaba tan cerca de mí de forma que no podía ver ningún detalle. La línea de su espalda y nalgas era suave, sin defectos. No había líneas de bronceado. ¿Nudista? El cuerpo parecía joven, más de veinte años, eso sí. Era más alto que yo, ¿o no lo era? Pero no por mucho. Cinco con siete, quizás menos. Movié la mano de su muslo flexionando como si soñara, de repente, sabía que estaba despierto. Una tensión corría por su cuerpo que no había estado allí unos segundos antes. De repente, se despertó, mi corazón latía con fuerza. Tenía alrededor de dos segundos para decidir qué diablos le dices a alguien que nunca has visto cuando se despierta desnudo en la cama junto a ti. Abrió los ojos, pude ver su rostro lo suficiente como para verle abrir y cerrar dos ojos marrones, que me miraban.

Me dedicó una sonrisa perezosa, lenta, todavía medio dormido.

—Nunca te he visto despierta antes. —Le contesté lo único que me vino a la mente.

—No recuerdo haberte visto antes. ¿Quién eres?

—Caleb. Soy Caleb.

Asentí con la cabeza y comenzó a sentarse. Yo estaba saliendo de la cama. El calor reconfortante todavía estaba allí, pero mi vergüenza era más fuerte. Simplemente no estaba lo suficiente cómoda como para seguir hablando con un hombre extraño, desnudo, mientras estaba desnuda también.

El brazo alrededor de mi cintura me apretó, y me sostuvo en la cama contra el segundo hombre, al que había confundido con Richard al despertar. La rodilla de Caleb sobre mi pierna parecía más pesada, más allá deslizándose entre las mías. De repente sentía partes de su cuerpo que no podía ver. Creo que no había visto todo el show que estaba presionado contra mi muslo muy arriba. Bien, en la ingle, no lo suficiente para hacerme daño, todavía no. La mano que había en su muslo de repente se

tensó. Hizo que mi pulso subiera de velocidad. Estaba demasiado cerca de ser atrapada.

—Todo el mundo se calma —dije—, pero tengo que levantarme y salir de esta cama ahora.

El cuerpo detrás de mí se movía. Aunque no era capaz de verlo, sabía que estaba apoyado en un codo, y el brazo alrededor de mi cintura se apretada. De repente me sentí firmemente presionada contra su cuerpo, y me di cuenta de varias cosas. Uno, que era de mi altura, porque encajaba perfectamente en contra de mi cuerpo, y dos, era delgado, musculoso y estaba muy feliz de estar presionado mi cuerpo. ¡Eeek! Me volví hacia él como si estuviera mirando un ruido en la oscuridad en una película de terror, lentamente, medio temiendo. Su rostro se elevó por encima del hombro, derramando el pelo largo a un lado de su rostro en una masa espesa que de dormir estaba tan revuelto y no podía decir si eran ondas o rizos, sólo que se trataba de un rico color marrón oscuro, más oscuro que del primer hombre, casi moreno. Su rostro era demasiado triangular, casi demasiado delicado, cruzando una línea andrógina, la nariz era fina, un poco menos que perfecta, su boca, el labio inferior es grueso parecía que hiciera pucheros. Era un rostro sensual. Pero fueron sus ojos lo que más me impacto. Mi primer pensamiento fue que tenía los ojos amarillos. Pero había un anillo grueso de color verde grisáceo alrededor de la pupila, el efecto era en general de un amarillo dorado unido al verde en un rostro bronceado. No eran ojos humanos, y no me pregunten cómo lo sabía, pero no eran ojos de lobo tampoco.

Me apresuré a salir de entre ellos. Mi brazo izquierdo protestó por el uso, pero el daño no fue suficiente para compensar mi vergüenza. No fue una salida elegante, pero al menos estaba a los pies de la cama, mirando fijamente a los dos hombres en lugar de metida entre ambos. Pensamiento gracioso, quería algo de ropa.

—No tengas miedo, Anita. No te haremos ningún daño —dijo el segundo hombre.

Estaba tratando de mantener un ojo sobre ellos y todavía buscaba en la oscura habitación mi ropa. No vi ninguna. La única tela en la habitación parecía ser la de las cortinas. Tenía unas ganas horribles de cubrirme, pero dos manos no iban a hacer el trabajo, y allí de pie con las manos ahuecadas sobre la ingle parecía algo más vergonzoso que sólo allí de pie. De repente no sabía qué hacer con mis manos. Mi brazo izquierdo me dolía desde mi

hombro hasta casi la muñeca, había una línea de color de rosa, cicatrices planas por mi carne.

—¿Quién eres? —Mi voz salió un poco entrecortada.

—Soy Micah Callahan. —Su voz era tranquila, normal, mientras yacía en su lado de la cama completamente desnudo. A nadie le parece confortable la desnudez tanto como a un cambiaformas. Sus hombros eran estrechos, todo en él era delgado, casi femenino. Pero los músculos bajo la piel que mostraba incluso en reposo, eran espectaculares. Con una mirada sabía que era fuerte, pero si llevaba ropa, no lo verías.

Había otras cosas que no volvería a ver si él tenía su ropa puesta. Y aunque el resto de su cuerpo era delgado, pequeño, elegante en una forma que las mujeres son graciosas, partes de él definitivamente no eran pequeñas, no delgadas. Parecía incongruente con el resto de él. Como si la madre naturaleza hubiera tratado de compensar la apariencia femenina con un exceso de compensación en otras áreas. El darme cuenta del exceso de compensación trajo una oleada de calor a mi cara, y desvié la mirada, tratando de mantener un ojo sobre ambos por si se levantaban de la cama. Es difícil de mirar y no mirar, pero lo logré.

—Este es Caleb —dijo.

Caleb se dio la vuelta y se estiró como un gato grande, asegurándose de que, si no lo había notado, estaba desnudo, también. Me había dado cuenta. Lo que parecía una pesa de plata pequeña le atravesaba el ombligo. No la había visto antes.

—Ya nos hemos presentado —dijo Caleb, una frase que sonaba inocente. Pero algo en el tono que utilizó, una inflexión, mientras que rodaba sobre su espalda y me saludaba, hizo las palabras obscenas. Estaba dispuesta a apostar que no me iba a gustar Caleb.

—Bien, encantada de conoceros a ambos. —Todavía no podía pensar en qué hacer con mis manos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Dormir contigo —dijo Caleb.

El rubor que había casi desaparecido volvió a la vida. Se echó a reír. Micah no lo hizo. Punto para él.

De hecho, Micah se sentó, y doblo una rodilla para cubrirse, algo que le ganó aún más puntos. Caleb se quedó de espaldas, haciendo alarde de sí mismo.

—Hay un manto en la esquina —dijo Micah.

Miré hacia donde estaba mirando, y efectivamente había una bata. Era

su bata, borgoña, con bordes de satén, muy masculina, como un largo smoking victoriano. Cuando la levanté, había un peso en un bolsillo profundo. Tuve que luchar contra la tentación de darme la vuelta para deslizarse dentro de la bata. Ya lo había visto todo. No era como para sentir vergüenza de ello ahora. Cuando tuve la túnica ceñida en su lugar, puse mis manos en los bolsillos y mi mano derecha se cerró en torno a mi Derringer. O por lo menos supuse que era la mía, era su túnica. La única persona que sabía que había que dejar un arma para mí habría sido Edward, y él, por lo que yo sabía, estaba fuera del estado. Pero alguien lo había pensado, y estaba muy contenta. Tenía ropa y un arma, la vida era buena.

—Hola, Micah Callahan, encantada de conocerte. Pero... tu nombre no me dice quién eres.

—Soy el Nimir-Raj del Clan Maneater —dijo Micah.

Yo parpadeé, tratando de digerir ese dato un poco. No me avergoncé más. Sorprendida, enojada, tal vez.

—Soy Nimir-Ra del clan Blood-drinkers, y no recuerdo haberte invitado a mi territorio, Sr. Callahan.

—Tú no lo hiciste.

—Entonces, ¿qué diablos estás haciendo aquí sin mi permiso? —Un borde de ira pasó a través de mi voz, y estaba feliz de oírlo. Estar enojada hacía todo más fácil de manejar, incluso hablar con dos desconocidos desnudos.

—Elizabeth me invitó —dijo.

La ira se precipitó a través de mí como un viento cálido, y tocó el borde de la bestia que pensaba que era de Richard. Lo que había aprendido en el club, sin embargo, muchas noches atrás, era que ahora se trataba de un residente permanente dentro de mí. La bestia de Richard, o la mía, estaba quemado a través de mi cuerpo y levantándose por encima de mi piel como una capa de sudor invisible. Los hombres reaccionaron a la alimentación. Caleb se sentó, con la mirada de repente hacia mí, no había bromas ahora. Micah olfateó el aire, sus fosas nasales se dilataban, su lengua corriendo por el borde de sus labios, como si pudiera probar el poder contra su piel.

Las emociones fuertes siempre crean más poder, y estaba muy enojada. Ya le debía una a Elizabeth por el abandono de Nathaniel en el club. Pero ahora... por fin había hecho algo que no podía dejar pasar.

Una parte de mí estaba casi aliviada, porque las cosas serían más fáciles con Elizabeth muerta. Una pequeña parte de mí tenía la esperanza de no

tener que matarla, pero simplemente no podía ver la forma de evitarlo más.

Debí de haber demostrado en mi cara todo lo que estaba pensando, porque Callahan dijo:

—No sabía que ella tenía un Nimir-Ra cuando llegué aquí. Ella era segunda alfa. Estaba en su derecho de pedir una audiencia para un nuevo alfa.

—Ella se olvidó de mencionar que los leopardos ya tenían una Nimir-Ra, ¿es eso? —pregunté.

—Eso es todo —dijo.

—Seguro —dije, asegurándome de que se escuchara mi sarcasmo.

Se puso de pie al lado de la cama. Me las arreglé para mantener el contacto visual, pero era más difícil de lo que debería haber sido.

—No sabía nada hasta hace tres noches, cuando Cherry llamó a la puerta de Elizabeth y la invitó a venir a ayudar a curarte, hasta entonces no sabía siquiera que existías.

—Mentira —dije.

—Lo juro —dijo.

Mi mano cerrada alrededor de la Derringer, sintió el peso reconfortante. Tuve un momento para preguntarme con qué munición estaría cargada con 38 o 22. Esperaba que fuera 38, tenía más poder de parada. Mi brazo izquierdo me dio una punzada, como si el músculo estuviera tratando de separarse. Tensión, ¿y si me hubiera lesionado permanentemente? Me preocuparía más tarde, cuando no estuviera entre dos wereleopardos que podrían, o no, ser mis amigos.

—Dices que no sabías de mí antes de llegar a la ciudad. Perfecto, pero ¿por qué sigue aquí?

—Cuando me enteré de que Elizabeth me había mentido, vine aquí y traté de ayudar, para compensar entrar en tu territorio sin tu permiso. Todos mis leopardos pasaron por tu cama, ayudando a sanarte.

—Punto para ti.

Tenía las manos vacías tendidas hacia mí, las palmas hacia arriba. Un bonito gesto tradicional para mostrar que estaba desarmado e inofensivo. Sí, claro.

—¿Qué puedo hacer para que esté todo bien entre nosotros, Anita? No queremos guerra entre nuestros grupos, y tengo entendido que estás entrevistando alfas para tomar tu lugar con los leopardos. Soy Nimir-Raj. ¿Sabes lo raro que es esto entre uno de los wereleopardos? Lo mejor que

probablemente puedas encontrar en otro lugar es un lionne-leoparde, un protector, pero no un verdadero rey.

—¿Tienes experiencia en el trabajo?

Él empezó a caminar hacia mí, y la habitación no era tan grande.

—Me sentiría muy honrado si deseas considerarme para el trabajo.

Traté de levantar mi mano izquierda, pero el brazo estaba demasiado mal para completar el gesto. Pero Micah entendió la idea, él dejó de moverse.

—Vamos a comenzar porque te quedes allí. He tenido casi todo el trato cercano y personal con ustedes dos como puedo manejar.

Él se quedó allí, todavía con las manos abiertas y hacia arriba, en posición de rendición.

—Te hemos tomado por sorpresa, lo entiendo.

Dudaba que lo entendiera, pero fue educado por su parte fingir. Nunca había conocido a un cambiaformas que tuviera problemas para dormir entre un montón de cuerpos desnudos, como los cachorros.

Por supuesto, nunca había conocido a una manada nueva, todavía. Sin duda, había un aprendizaje, para este tipo de nivel de confort.

Mi brazo izquierdo temblaba bastante y tuve que dejar la pistola en el bolsillo y utilizar la mano derecha para tratar de calmar a los movimientos involuntarios.

—Estás herida —dijo. Cada salto del músculo enviaba dolores agudos a través de mi brazo—. Puedo hacer que te sientas mejor.

Me di la vuelta y le miré a los ojos.

—Apuesto a que le dices eso a todas las chicas.

Él ni siquiera miró avergonzado.

—Te lo dije, soy un Nimir-Raj. Puedo llamar a la carne.

Debí mirarle con los ojos en blanco como me sentía, porque, me explicó.

—Puedo curar las heridas con mi toque.

Me miró.

—¿Qué haría falta para convencerte de que te estoy diciendo la verdad? —preguntó.

—¿Y alguien que conozca que responda por ti?

—Fácil de hacer —dijo, y un segundo después la puerta se abrió.

Era otro desconocido. El hombre era alrededor de seis pies de alto, ancho de hombros, musculoso, bien formado, y también estaba desnudo,

sabía que cada centímetro de él estaba bien proporcionado. Por lo menos no estaba erecto. Eso era refrescante. Estaba pálido, el primero de los nuevos, que no estaba bronceado. Pelo blanco con rayas generosas de gris caía sobre sus hombros. Tenía un bigote gris, y una de esas pequeñas barbas de Van Dyck. El pelo era una pista de que, probablemente, tenía más de cincuenta años. Pero por lo que podía ver, no debía ser viejo, o débil. Parecía más como un mercenario condenado a cadena perpetua que arrancaría un corazón y se lo llevaría de vuelta a alguien en una caja, por una cantidad de dinero. Una cicatriz casi dividía en dos partes desiguales su pecho y su estómago, era curva, en forma de media luna, llegaba alrededor de su ombligo y se hundía hacia su ingle. La cicatriz era blanca y parecía vieja. O bien se la había hecho antes de convertirse en un cambiaformas, o no lo sabía. Los cambiaformas podrían tener cicatrices, pero era raro, había que hacerle algo malo a la herida para conseguir una cicatriz con ese aspecto.

—No lo conozco —dije.

—Anita Blake, este es Merle.

Fue sólo después de las presentaciones cuando los ojos de Merle se posaron en mí. Sus ojos parecían humanos, de color gris pálido. Su mirada se volvió a su Nimir-Raj casi de inmediato, como un perro obediente que quiere ver la cara de su amo.

—Hola, Merle.

Él asintió con la cabeza.

—Deja que la gente de la sala entre.

La expresión de Merle cambió, y supe inmediatamente que él no quería hacerlo.

—¿Dejaré pasar a algunos, pero no a todos? —lo hizo una pregunta.

Micah me miró.

—¿Por qué no a todos? —pregunté.

Merle dirigió sus ojos claros hacia mí, y la mirada que vi en ellos me dio ganas de retorcerme.

Me miró, como si pudiera ver a través de mis ojos, al otro lado y leer todo el miedo que sentía. Sabía que no era cierto, pero era una buena mirada. Me las arreglé para no inmutarme.

—Contesta —dijo Micah.

—Demasiadas personas en una habitación que es demasiado pequeña. No puedo garantizar la seguridad de Micah con una multitud de extraños.

—Debes ser su *Skoll* —dije.

Sus labios se echaron hacia atrás con asco. Creo.

—No somos lobos. Nosotros no usamos sus palabras.

—Bien, que yo sepa no hay ninguna palabra equivalente entre los leopardos, pero sigues siendo el guardaespaldas jefe de Micah, ¿verdad? — Me miró, luego asintió con la cabeza ligeramente—. Está bien. ¿Realmente ves a mi gente como una amenaza para Micah?

—Es mi trabajo verlos como una amenaza.

Tenía un punto.

—Bien. ¿Con cuántos estarías cómodo en la habitación?

Parpadeó, y una dura mirada, se posó sus ojos inciertos.

—¿No vamos a discutir sobre eso? —De nuevo hizo la declaración en una pregunta con la cadencia de su voz.

—¿Por qué?

—La mayoría de los alfas dirían que nos hace parecer débiles —dijo.

Tuve que sonreír.

—No soy tan insegura.

Eso le hizo sonreír.

—Sí, los que acaparan así el poder a menudo son inseguros.

—Esa ha sido mi experiencia —dije.

Asintió de nuevo, con el rostro pensativo.

—Dos.

—Bien.

—¿Tienes alguna preferencia?

Me encogí de hombros.

—Cherry y otro más. —Pedí a Cherry porque parecía dar mejor la información después de la acción. Nuestra Cherry era lúcida, aunque no necesariamente la quieres a tu espalda en una pelea. Pero necesitaba información, no habilidades de batalla.

Merle me dio una ligera inclinación de cabeza, y luego su mirada se desvió de nuevo a Micah, aún en pie al lado de la cama. Micah le indicó que se fuera. El gran hombre abrió la puerta y habló en voz baja.

Cherry fue la primera en atravesar la puerta. Era alta, delgada, con senos bien formados y una cintura muy larga, un oleaje de las caderas y la prueba de que ella era de hecho una rubia natural. ¿No había hoy nadie con ropa?

Francamente, no es que me guste ver a otra mujer desnuda.

Normalmente, no me importa ser la única chica, lo hago mucho con la policía, pero con la desnudez, siempre me alivia ver a otra persona sin un pene.

Ella sonrió cuando me vio, el alivio era tan grande en sus ojos, en su rostro, que casi era vergonzoso. Me abrazó y me dejó, pero se apartó ella en primer lugar. Me tocó la cara como si realmente no pudiera creer lo que veía.

—¿Cómo te sientes?

Me encogí de hombros, y el pequeño movimiento apretó los músculos en el brazo izquierdo hasta que tuve que oprimirlo contra mi cuerpo para evitar que saltara. Hablé con dolor, con los dientes apretados.

—El brazo me está dando problemas, pero aparte de eso, estoy bien.

Cherry tocó el brazo, corriendo la mano suavemente sobre la manga de la túnica.

—Los músculos se están endureciendo de la rápida cicatrización. Estará bien en unos pocos días.

—¿No voy a poder usar mi brazo izquierdo durante unos días?

—Los espasmos van y vienen. Los masajes ayudan. Compresas calientes pueden ayudar. No deben haber sido daños musculares graves si tienes esos espasmos.

¿He mencionado que Cherry era enfermera cuando no se estaba convirtiendo en peluda?

—Te puedo curar el brazo hoy —dijo Micah.

Las dos nos volvimos y lo miramos.

—¿Cómo? —preguntó Cherry.

—Puedo llamar la carne —dijo de nuevo.

La mirada en su rostro dijo que sabía lo que quería decir, y estaba impresionada. Y un segundo después, parecía dudosa, sospechando. Esa era mi chica. Aunque la verdad, Cherry había tenido una vida bastante difícil antes de conocernos así que nunca dejaba de sospechar de todo.

Estaba tratando de recordar lo que significaba —llama la carne—, cuando Nathaniel entró. La última vez que lo había visto había sido perforado con hojas, cuchillos y espadas, su carne había crecido en torno al acero. Ahora él estaba perfecto, ni siquiera tenía una cicatriz.

Debí haberlo mirado tan contenta, y asombrada, como me sentía, porque él me sonrió.

Giró un poco y pude ver que la parte trasera y delantera habían sanado.

Le toqué la parte superior del pecho, donde tenía una de las espadas. La piel era suave, como si el cuchillo hubiera sido un sueño.

—Sé que os curáis casi de cualquier cosa, pero no puedo superar la sorpresa.

—Con el tiempo, te acostumbrarás —dijo Merle. Había algo en su voz que me hizo mirarlo. Las sonrisas de Cherry y Nathaniel se esfumaron. Se veían repentinamente serios.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Cherry y Nathaniel se miraron, pero fue Micah quien habló.

—¿Puedo curarte el brazo?

Me volví a decirle que se fuera al infierno hasta que supiera lo que estaba pasando, pero mi brazo izquierdo, escogió ese momento para estremecerse de la mano al hombro, un enorme y doloroso calambre hizo que mis rodillas se doblaran. Sólo el agarre de Cherry me mantuvo en pie. Mi mano parecía la de una víctima de la droga, los dedos convulsionando, como una garra. Sentí como si mi brazo estuviera tratando de arrancarse de adentro hacia afuera. Cherry aguantaba casi todo mi peso, y traté de no gritar.

—Vamos a arreglar el brazo, Anita, si puede —dijo ella.

Los músculos de mi brazo se iban relajando poco a poco, por pulgadas dolorosas, hasta que las ganas de gritar sólo eran una pequeña voz en mi cabeza. Mi voz salía entrecortada por el esfuerzo, pero estaba clara.

—Explícame que es llamar a la carne de nuevo. —Estaba apoyando la mayor parte de mi peso en Cherry y era sólo la cortesía la que le impedía recogerme en sus brazos.

Micah llegó a estar junto a nosotros. Merle flotaba detrás de él como una niñera muy ansiosa.

—Puedo sanar el daño en mi gente con mi cuerpo —dijo Micah.

Lo miré y vi a Cherry y a Nathaniel a su lado. Ambos asintieron a la vez, como si hubieran oído mi pregunta sin respuesta.

—Nunca he visto un Nimir-Raj que pudiera llamar a la carne, pero he oído hablar ello —dijo Cherry—. Es posible.

—No sueñas como si le creyeras —dije.

Me dio una leve sonrisa que llegó a sus ojos cansados.

—No creo en gran parte en nadie —sonrió—. Salvo en ti.

Me levanté, todavía apoyada en su brazo, pero casi de pie por mi cuenta. Apreté el brazo con mi mano derecha, tratando de poner en mis

ojos lo que estaba sintiendo.

—Siempre haré lo mejor para vosotros, Cherry.

Sonrió de nuevo, y sus ojos se iluminaron un poco.

—Lo sé.

—Todos lo sabemos —dijo Nathaniel.

Le sonreí. Pensé en la oración que había estado diciendo desde que había heredado a los wereleopardos: Dios mío, no me dejes fallarles.

Mantuve un férreo control sobre el brazo de Cherry, pero me volví hacia Micah.

—¿Por qué es mi brazo lo único que me duele?

—¿No te duele en otro lugar? —preguntó.

Empecé a decir que no, entonces me paré a pensar en ello.

—Me duele, pero nada como el brazo. Nada duele como lo hace el brazo.

Él asintió con la cabeza, como si eso significara algo para él.

—Tu cuerpo y nuestra energía curó primero las heridas que ponían en peligro tu vida, y las más pequeñas, como las marcas en tu espalda...

—No pensé que la energía curativa pudiera ser selectiva —dije.

—Se puede cuando se dirige —dijo.

—¿Quién lo dirigió?

Sus ojos se cruzaron con los míos.

—Yo lo hice.

Miré a Cherry, y ella asintió.

—Es un Nimir-Raj. Él era el dominante para todos nosotros. Él y Merle.

Miré el hombre grande.

—¿Les debo un agradecimiento?

Merle sacudió la cabeza.

—No nos debes nada.

—Nada —dijo Micah—. Nosotros fuimos los que entramos en tu territorio sin tu permiso. Fue nuestra transgresión, no la tuya.

Miré a ambos.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—¿Puedes ponerte de pie sin ayuda?

No estaba muy segura, así que me fui soltando por partes y descubrí que podía estar en pie por mi cuenta. Perfecto.

—Sí, creo que puedo.

—Tengo que tocar las heridas para curarlas.

—Lo sé, lo sé, la piel desnuda es lo mejor para la curación de los licántropos.

Hizo un gesto pequeño.

—Sí, lo es.

Utilicé mi mano derecha para deslizar la bata de mi hombro izquierdo. Me di cuenta de que eso no desnudaba suficiente mi brazo. Empecé a deslizar mi brazo izquierdo por la manga, y otro espasmo me golpeó. Mi brazo estaba tratando de separarse de mi propio cuerpo. Micah me sorprendió, se apoderó de algo que no podía ver ni sentir, de mi mano. No era sólo que me dolía. Era inquietante como había perdido el control total de mi brazo.

Micah susurró:

—Grita, no hay vergüenza en ello.

Moví la cabeza, con miedo de abrir la boca, miedo de gritar. Me bajó al suelo. Sus manos fueron al cinturón de la bata. El espasmo se relajó en fases, de nuevo, me dejó sin aliento en el suelo mientras me desnuda la mayor parte de mi lado izquierdo. Una vez que había revelado el brazo izquierdo y el hombro, colocó la bata de nuevo sobre mí, tapando todo lo que me importaba, a excepción de mi pecho izquierdo. Agradecí el gesto. Cuando estuve tirada en el suelo, fije mi mirada en él, parecía que ya no estaba erecto. Eso era de alguna manera menos amenazante.

Estaba de rodillas, moviendo los dedos justo por encima de la piel de mi brazo. Salvo que no estaba tocando mi piel, tocaba la energía de otro mundo que se extendía fuera de mi piel. Su energía fluía de su mano y se mezcló con la mía en una danza de electricidad que me puso la piel de gallina. Por primera vez, pensé y pregunté:

—¿Esto va a doler?

—No, no debería.

Escuché una risa masculina. Podía ver a todos los hombres de la habitación, excepto a uno. Volví la cabeza para ver a Caleb seguía sentado en la cama.

—¿Hay algún tipo broma que no estoy pillando?

—No hagas caso de él —dijo Merle.

Miré sus ojos serios, mientras que la risa de Caleb tocaba música de fondo.

—¿Estás seguro de que no hay algo que quieras contarme sobre la

llamada de la carne?

Micah sacudió la cabeza, la maraña de rizos de deslizó por su rostro. Me di cuenta de que nadie había encendido una luz. Todavía estábamos moviéndonos en la penumbra de la noche, la luz.

—¿Puede alguien encender la luz? —Todos empezaron a mirarse unos a otros, uno para el otro, a la otra, como si estuvieran jugando a la patata caliente con la mirada—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué crees que algo anda mal? —dijo Micah.

—No me jodas, vi las miradas. ¿Por qué no podemos encender las luces?

—Puedes ser fotosensible, debido a la rápida curación —dijo Cherry.

La miré y podía sentir la sospecha en su cara.

—¿Eso es lo que todas esas miradas querían decir? —pregunté.

—Estamos preocupados acerca de cómo tu cuerpo esta... reaccionando a las lesiones. —Se arrodilló a mi lado en el lado opuesto Micah. Me acariciaba el pelo como si tuviera que calmar a una mascota, a un perro—. Estamos preocupados por ti.

—Lo sé. —Era difícil sospechar de su sinceridad cuando brillaba en sus ojos. Finalmente tuve que sonreír—. Creo que podemos pasar sin las luces hasta después de curarme.

Ella sonrió, y esta sonrisa llegó a sus ojos.

—Bien.

—Es posible que nos puedan dar algo de espacio aquí —dijo Micah—. Si no, la energía puede propagarse.

Cherry me dio un último toque se puso de pie y se trasladó, al lado de Nathaniel. Micah se quedó mirando a Merle.

—Tú también.

Merle frunció el ceño, pero se movió por la habitación con los otros. Todos acabaron junto a la cama con Caleb. Curiosamente, había llegado a estar tan lejos de la cama como era posible en esa pequeña habitación. Honestamente, fue algo totalmente inconsciente por mi parte.

Micah se quedó de rodillas, pero se recostó sobre la punta de los pies, con las manos abiertas en los muslos, los ojos cerrados, y sentí que se abría. Su energía se arremolinaba sobre mí como un hilo de aire caliente que se cerró en mi garganta, haciéndome difícil respirar. Abrió los ojos, y me miró, sus ojos fijos en mi cara, como si estuviera meditando o soñando.

Esperaba que pusiera sus manos sobre mí, pero sus manos se quedaron

sobre sus muslos. Puse la mano derecha sobre su brazo, y en el momento en que lo toqué, su bestia se enroscó a través de mí. Era casi como si un gato grande invisible estuviera entrando y saliendo de mi cuerpo, la forma en que se entrelazan alrededor de las piernas, tocó lugares que ni siquiera un amante había tocado... solo este gato. Se me helaron las palabras en la garganta, y cuando observe la mirada de Micah, me di cuenta de que sentía lo mismo.

Se veía tan conmocionado como me sentía yo. Pero siguió apoyado en mí. Mi mano se quedó en su brazo, pero no lo detuvo, y no podía pensar lo suficientemente como para hacerle preguntas. Sus labios rozaron mi cuello, donde las cicatrices comenzaban, eso trajo a mi garganta un débil suspiro. Apretó la boca en mi cuello y obligó a que, remolinos de poder entraran en mí. Me hizo retorcerme, pero no me hizo daño. De hecho, se sentía tan bien que me empujó hacia atrás.

Mi voz salió, débil, casi un susurro.

—Espera un minuto. ¿Qué pasa con la boca? ¿Pensé que ibas a poner las manos sobre mí?

—Te dije que podía curar con mi cuerpo —dijo.

El poder se extendía entre nosotros como caramelo caliente tirando entre los dedos, pegajoso. Fue como si nos tocáramos y nos fundiéramos uno con el otro. Arrastré mi mano lejos de la de él, y era como si mi mano se moviera a través de algo, algo real, casi sólido. Mi voz fue firme, y hasta me impresionó.

—Pensé que significaba las manos.

—Si hubiera querido decir las manos, lo hubiera dicho. —Bajó su cara hacia mí, moviéndose a través del poder, y sentía como ondas en el agua cuando alguien nada hacia ti. Cogí un puñado de esos rizos enredados.

—Define cuerpo para mí.

Él sonrió, y fue al mismo tiempo suave, condescendiente, y en cierto modo triste. Se quedó de rodillas sobre mí, su cara lo suficientemente cerca como para besar mi mano en su pelo, la energía palpitante nos rodea, la sanación era algo grande.

—La boca, la lengua, algunos las manos, pero es el cuerpo, las manos por sí solas no serán suficientes. Me han dicho que tú también puedes curar con tu cuerpo.

Tomó mi mano de su cabello y trató de conseguir una cierta distancia entre nosotros, pero no se movió de nuevo, por lo que en realidad

seguíamos tan juntos como antes. La verdad era que podía curar con el sexo, o algo así no quería hacerlo en público.

—Más o menos —dije. Observé por la habitación, miré por encima de la cabeza Micah y encontré a Cherry.

—¿Llamar a la carne, es como lo que hago cuando llamo al Munin? — El Munin era una especie de memoria ancestral de los hombres-lobo. Salvo que, en realidad, son más bien como fantasmas, los espíritus de sus muertos. Podría obtener sus conocimientos, sus habilidades, y sus malos hábitos, si tenías la habilidad de canalizarlos. Soy un nigromante, y le gusto a todos los muertos. Al Munin le gustaba y a quien más le gustaba era a Raina, la anterior lupa de la manada de los lobos. Había sido quien la había matado, para evitar que ella me matara a mí, y se complacía en el hecho de que podría poseerme cuando llamaba al Munin. Empecé a controlar a Raina cuando comencé a aceptarla con todos sus defectos. Cuando la llamo, ya no peleo con ella. Habíamos elaborado una especie de tregua. Pero cuando llamo al Munin para la curación es casi siempre algo sexual, porque todo había tenido que ver con sexo para Raina.

—No es sexual —dijo Cherry—. Sensual, pero no sexual.

Confíe en el juicio de Cherry.

—Está bien, entonces, hazlo. —Micah me miró estrechamente con esos ojos extraños, amarillos y verdes—. Hazlo —dije.

Nos mostró, de nuevo, su sonrisa melancólica, triste, condescendiente, parecía que tanto se reía de nosotros como lloraba por nosotros. Era inquietante, esa sonrisa... Después bajó su boca a mi cuello a la primera de las cicatrices. El primer beso fue suave contra mi garganta, respiró el poder en contra de mi piel, y de repente era difícil respirar. Pero el poder se cernía sobre mi piel como una tela. Entonces, la punta de su lengua se deslizó por mi piel, lamiendo una línea caliente y húmeda en mi cuello. El poder seguía una línea de calor, se hundía debajo de mi piel donde me había lamido. Pero fue cuando su boca se pegó a la mía, cuando sentí como se sellaba contra mí, me chupa la boca, entre los dientes, sentí el poder metiéndose en mí, forzando las cicatrices. Literalmente respiraba poder, comía poder, sentía la curación en mí. Hice pequeños movimientos indefensos. No pude evitarlo. Todos tenemos nuestras zonas erógenas, además de las normales, lugares donde, si nos tocaron, nuestros cuerpos reaccionan lo queramos o no. Mi cuello y mis hombros son dos esos lugares.

Se inclinó hacia atrás, lo suficientemente lejos de mi cuello para

susurrar:

—¿Estás bien? —Su respiración era muy caliente sobre mi piel.

Asentí con la cabeza, mi cara se apartó de él.

Él se llevó mis palabras, presionando su boca a mi cuello. No hubo preliminares en ese momento, él me mordió, lo suficiente para quedarme sin aliento. Un nudo en mi estómago, me hizo girar a un lado, me alejaba de él.

—Anita, ¿qué pasa?

—Mi estómago —dije.

Deslizó la bata abriéndola, pasando su mano sobre el estómago.

—No había ninguna herida aquí.

Otra ola de dolor atravesó mis entrañas, flexioné mis piernas, retorciéndome en el suelo. La necesidad corrió a través de mí como algo vivo, tratando de encontrar una salida desde el interior de mi cuerpo.

Micah estaba allí, retirando el pelo de mi cara, el poder que se construía entre nosotros, rodaba a través de mi cuerpo como un gato vadeando. Él me recogió entre sus brazos y sus piernas, apretó mi cara contra su pecho.

—Llama a un médico.

Su pecho era suave y cálido. Podía oír los latidos de su corazón, en contra de mi mejilla. Podía oler la sangre bajo la piel como algún dulce exótico que se derretía en mi lengua y se deslizan por mi garganta. Me abrí paso por su cuerpo hasta que pude ver el pulso en el cuello. Miraba el pulso como si fuera alguien muriendo de sed, mi garganta ardía con la necesidad, mis labios estaban secos, agrietados por la falta de ella. Tenía que alimentarme. Supe, en ese instante, que no era mi pensamiento.

Estiré esa parte de mí que conectaba con Jean-Claude y lo encontré. Estaba sentado en una celda sin ventanas. Miró hacia arriba, como si pudiera verme de pie delante de él.

Susurró:

—*Ma petite* —yo sabía dónde estaba. No sé por qué, pero lo sabía. Estaba en la cárcel de la ciudad de St. Louis, en las salas reservadas para cosas que no pueden soportar la luz del día. Me miró a los ojos y los vi llenarse con fuego azul, hasta que emitieron su propia luz en la oscura celda.

Se extendió hacia mí, como si nos pudiéramos tocar, y sintió el poder de Micah, la bestia de Micah rodando a través de mi cuerpo, arrancando a Jean-Claude lejos de mí. Abrí los ojos para encontrar mis brazos alrededor

de Micah, mi cara apretada contra su hombro, mi boca muy cerca de la calidez de su largo cuello. No hubo movimientos en la habitación, y sabía vagamente que alguien había corrido a buscar un médico, pero lo que necesitaba no podía dármelo un médico.

De la piel de Micah olía a limpio, joven. Fue como si me pudiera decir, sólo por el olor, qué edad tenía. La sangre se corría por su tierna carne, y la parte de mí que pensaba en Micah como carne, no era de la conexión con Jean-Claude, era de la de Richard. No sabía cómo poner en palabras la necesidad que sentía. Micah volvió su rostro hacia mí, me miró a los ojos, y sentí que algo dentro de mí se abría, una puerta que ni siquiera sabía que existía se abrió de par en par. Un viento sopló a través de la puerta, un viento con la oscuridad y el silencio de tumba. Un viento que mantenía un borde de calor eléctrico, como el roce de piel desnuda. Un viento que venía del poder de mis hombres. Pero yo era el centro, lo que podría sostener a ambos dentro y no romperse. La vida y la muerte, la lujuria y el amor.

—¿Qué eres? —me preguntó Micah, su voz era un susurro sorprendido.

Siempre había creído que los vampiros tomaban a sus víctimas, robando su voluntad con sus ojos como una violación mágica. Pero en ese momento me di cuenta de que era algo más complejo, y más simple. Había visto ese poder en los ojos de Jean-Claude, su poder. Me quedé mirando la cara de Micah a centímetros de distancia, y vi, sentí, su propia necesidad. La lujuria estaba allí, un deseo horrible insatisfecho, y sabía que había pasado mucho tiempo para Micah. Pero bajo eso había una necesidad mayor, una necesidad de poder y de refugio que podría facilitarle. Era como si el olor de sus necesidades, rodaran en mi lengua. Miré a esos ojos amarillo-verdes en ese rostro tan humano, y Jean-Claude me dio las llaves para el alma de Micah.

—Soy el poder, Nimir-Raj. Poder suficiente para encerrar el calor de la vida y el frío de las noches.

El poder fluyó por su piel como un viento hirviendo. Ese viento caliente se mezcló con el poder dentro de mí, retorciéndose juntos, conduciéndose como un cuchillo muy dentro de mí.

Esto arrancó un grito de mi garganta, y Micah hizo eco de él. El poder se convirtió en algo más suave, algo que acariciaba en lugar de apuñalar, algo por lo que cualquiera esperaría toda una vida para tener. Vi fluir la sensación sobre él, y vi la cara de Micah, y sabía que también lo estaba sintiendo.

El viento agita el borde de su cabello. Y el viento se movía entre nosotros como el punto donde el frío y el calor se reúnen y forman algo más grande, que cualquiera de los dos por si solos no podría formar, algo enorme que daba vueltas, un viento tan fuerte que podía destruir casas de paja y postes de teléfono.

Sus brazos se cerraron a mí alrededor.

—Soy Nimir-Raj, los juegos mentales no funciona conmigo.

Me puse de rodillas todavía en el círculo de sus brazos y apretó mi cuerpo delante del suyo. Estábamos casi exactamente a la misma altura, el contacto visual era muy íntimo. El poder hizo presión a nuestro alrededor como una mano gigante que nos apretaba juntos. Su cuerpo respondió, y él era grande de nuevo, tan apretado a mi ingle y a mi estómago. Esta era mi señal para estar avergonzada, para entrar en pánico, pero no lo hice. Sabía que Jean-Claude se alimentaba de la lujuria, así como de la sangre, pero yo nunca había entendido lo que significaba hasta ese momento, cuando la carne de Micah tocó la mía. No era sólo que él estaba desnudo, duro y firme en contra de mi cuerpo, lo que me hizo temblar contra él, fue la necesidad en su cuerpo. Sentí su hambre a través de su carne, como si pudiera leer algunas partes de él que eran demasiados primitivas para las palabras, las necesidades que no tenía nada que ver con el lenguaje, y todo que ver con la piel desnuda.

Cerró los ojos, y un suave gemido se le escapó.

—Lo que ofrecemos no es una ilusión, Nimir-Raj, es real.

Sacudió la cabeza.

—El sexo no es suficiente.

—No voy a darte sexo, no ahora. —Cuando lo dije, apretó su cuerpo contra el mío. Todo su cuerpo se estremeció contra mí, y un sonido muy parecido a un gemido salió de su garganta.

—Te estoy ofreciendo una muestra de poder, Nimir-Raj, una pequeña muestra de todo lo que puedo ofrecerte. —En mi cabeza sabía que era una mentira, pero en mi corazón sabía que era verdad. Podía ofrecer el poder y la carne, las dos cosas que quería, que necesitaba, sobre todo, algo más. Era el cebo perfecto, y estaba mal. Comencé a dar marcha atrás, para tratar de calmar el poder, pero Jean-Claude luchó contra mí. Metió su poder en mí como un eco de su cuerpo, montándome. Era demasiado tarde para mí, tenía que alimentarme y devolverle su fuerza. Él me había invadido por las noches, porque yo estaba débil.

Ahora era fuerte otra vez, y él se había vuelto débil, y tenía enemigos en la ciudad. Nosotros no podíamos permitirnos esa debilidad. Sabía todo eso en un latido del corazón, su mente en la mía.

Y fueron las semillas de la duda, ¿podría permitirme el lujo de ser débil? Lo que me hizo incapaz de sacarlo de mí.

—¿Qué quieres a cambio? —Micah me pidió en un susurro que mantenía un borde de desesperación, como si ambos supiéramos que lo que pidiera, me lo daría.

—Quiero beber el cálido torrente de tu cuerpo, llenar mi boca con el líquido caliente que late debajo de aquí —y froté mis labios en su cuello.

El olor de la sangre tan cerca de la superficie hizo que mi estómago diera un giro, pero estábamos cerca, tan cerca, no había prisa, no debía asustarlo. Éramos como pescadores. Tiramos nuestra red y lo único que necesitábamos era que los peces dejaran de pelear. Él se quedó quieto.

Mis labios se cernían sobre su cuello mientras hablaba.

—Enséñame el poder suficiente para hacer que valga la pena, y te daré cualquier líquido corporal que desees.

Barrió su pelo a un lado, y lo deslizó hacia atrás. Apreté mi mano en un puño con sus rizos de forma que mantenía el pelo fuera del camino, e incluso ese movimiento trajo un sonido de su garganta. Desnudé gran parte de su cuello. Movié la cabeza hacia un lado como si él supiera lo que quería ahora. Pude ver el pulso en el cuello, luchando contra su piel como algo pequeño y separado de él, algo vivo que tenía que ser libre. Lamí con mi lengua la piel vibrante. Quería ser amable, su piel era lisa y sin defectos en contra de mi boca, su olor me embriagó como un dulce perfume. Su pulso latía contra mi boca, y hundí los dientes alrededor de ese movimiento frenético. Comí de su piel, clavé los dientes en su carne, en su poder, en su bestia.

Sentí mi parte animal a través de mi cuerpo, como una gran forma emergiendo de las profundidades del océano, un leviatán que crecía y crecía, se hinchaba dentro de mí hasta que mi piel no aguantó, entonces toqué mi bestia, y se detuvo, situándose en el agua negra, flotando en mi cuerpo como una cosa enorme. Las dos bestias flotaban en el agua oscura, elegantes a lo largo de sus cuerpos, nuestros cuerpos. Era una sensación como de roce de terciopelo, excepto por qué ese terciopelo tenía músculos, carne, y era intenso incluso cuando era suave. Las imágenes que tenía que fluían a través de mi mente eran de un gato que se frotaba dentro de mí,

rodando a través de mí, pero más que eso. Había visto pasar la bestia de Richard a través de mis ojos como una gran forma en el agua, abrumadora. Bebí el poder de Micah, pero no sólo a través de mi boca y mi garganta. Dondequiera que le tocaba, me daba de comer. Podía sentir los latidos de su corazón contra mi pecho desnudo. Podía sentir la sangre que corría por su cuerpo, sentir cada centímetro de su pene apretado contra mí. Sentir su necesidad, su deseo, y comí de él. Me alimenté de su cuello como si su pulso fuera el centro de un pastel, como si una vez que traspasara la carne obtendría algo indeciblemente dulce. Absorbí la sangre, y con el primer toque de sabor metálico dulce en mi boca, toda pretensión, toda belleza se secó, se ahogó en el olor de la sangre fresca, el sabor de la carne desgarrada, la sensación de carne y sangre en mi boca. La sensación de sus manos presionando mi cuerpo contra el suyo, mis piernas alrededor de su cintura, montándole. Era consciente de que no estaba dentro de mí, que todavía estaba apretado entre nuestros cuerpos, tan duro, tan listos que se estremecía en contra de mi estómago. Su respiración era rápida y más rápida. Alguien estaba haciendo pequeños ruidos animales, era yo.

Las uñas de Micah se clavaron en mi cuerpo, un instante antes de que se vertiera sobre mí en una ola hirviente, ruidos demasiado primitivos para traducirlos en palabras, y no lo suficientemente altos para ser gritos que salían de su boca.

Sentí a Jean-Claude a través del cable metafísico que nos unía. Lo sentí tranquilo y bien alimentado, saciado. Llamó mi boca fuera de la garganta desgarrada de Micah, poniendo mi mejilla contra su hombro desnudo, las piernas y los brazos aún envueltos alrededor de él. Sus brazos aún me sostenían apretados. Mis pechos estaban cubiertos de líquido espeso. Se corrió por mi cuerpo y las líneas de líquido pesado se curvaban sobre mi estómago y seguían hasta los muslos.

Se arrodilló ahí sosteniendo nuestros pesos, mientras que nuestra respiración se calmó, y un impulso en nuestros cuerpos nos hizo guardar silencio. En ese silencio no había nada, pero tuve la sensación de su carne, el olor primitivo del sexo, y en la distancia, la satisfacción del vampiro.



La ducha era uno de esos grupos, como los que encontrarías en un club de salud. Pero era la única en ella. Me limpiaron, me quitaron la sangre completamente, pero me sentía como Lady Macbeth gritando —¡fuera, fuera, del maldito lugar!—. Al igual que yo nunca estaría limpia de nuevo. Me senté en los azulejos bajo el agua caliente, sintiendo su golpeteo, abrazándome las rodillas. No había planeado llorar, pero ahí estaba. Mis lágrimas caían lentamente, las sentía frescas en comparación con el agua golpeando mi cuerpo. No estaba segura de por qué lloraba. Mi mente estaba en blanco. Normalmente, cuando trato de estar en blanco, no puedo, pero entonces, no había nada, pero el agua, el calor, las baldosas lisas, y la pequeña voz en mi cabeza, que seguía dando vueltas y vueltas como un hámster en una rueda. No podía oír lo que la voz decía, creo que no quería. Todo lo que sabía era que estaba gritando.

Un ruido detrás de mí, me hizo voltear. Era Cherry, todavía desnuda.

Ninguno de los leopardos vestía mucha ropa. Volví la cabeza lejos de ella. No quiero que me vean llorar. Soy su Nimir-Ra, su roca. Las rocas no lloran.

Sabía que ella estaba de pie junto a mí, la podía sentir, incluso antes de que el ritmo del agua cambiara. Se arrodilló ante mí, el agua se esparció a su alrededor, y me dejó temblando por el toque repentino del aire fresco, sin agua. Seguí con mi cara alejada de ella. Me tocó el cabello empapado de agua. Cuando no proteste me abrazó, colocando sus manos lentamente a mí alrededor, como si estuviera esperando que me quejara.

Me quedé quieta en sus brazos, con su cuerpo envuelto alrededor de mí. Ella sólo me sostuvo, su cabeza estaba colocada sobre la parte superior de la mía, su cuerpo me refugio del agua, dejándome más fría, así como su cuerpo lleno de calor sobre mi piel mojada. Me incliné hacia ella pulgada a pulgada dolorosamente hasta que finalmente deje que me sostuviera. Lloré, y Cherry profundizó su abrazo.

El llanto nunca creció o fue más fuerte. Solo seguí derramando lágrimas lentamente, mientras que Cherry me abrazaba y me dejaba. Por último, no hubo más lágrimas, sólo el sonido del agua, el calor, la sensación del cuerpo Cherry alrededor mío. No me sentía cómoda con el contacto de la carne que iba más allá del sexo. Me aparté, y ella se retiró.

Me levanté y cerré el agua. El silencio fue repentino y completo. Pude sentir la opresión de la noche fuera. Incluso sin una ventana, sabía que era las primeras horas de la mañana, tal vez dos o incluso tres. El amanecer llegaría en pocas horas. Necesitaba saber por qué Jean-Claude estaba en la cárcel. Todo lo demás podía esperar. Teníamos enemigos en el pueblo, y tenía que saber quiénes eran, qué querían. Después pensaré en lo que había sucedido, pero aún no, todavía no. La evasión era una de mis mejores cualidades.

Cherry me dio una toalla y se quedó con una para sí misma. Coloque la toalla alrededor de mi cabello y tome una segunda toalla para mi cuerpo. Nos secamos en silencio, sin contacto visual. No era un protocolo de ducha, las niñas no son tan liberales, como los hombres. No quería hablar de lo que había sucedido. Todavía no.

Envolví la toalla grande de forma segura alrededor de mi cuerpo, y le pregunté:

—¿Por qué Jean-Claude está en la cárcel?

—Por tu asesinato —dijo.

La miré fijamente por unos segundos, y cuando pude hablar dije:

—Bien explícamelo todo otra vez. Poco a poco.

—Alguien tiene fotos de Jean-Claude llevándote fuera del club. Estabas cubierta de sangre, Anita. Estabas cubierta de sangre. —Ella se encogió de hombros, secándose el agua que tenía en la pierna.

—Pero estoy viva —dije. Sonaba casi tonto decirlo.

—Y ¿cómo explicas que en menos de una semana se curaron las heridas que deberían haberte matado? —Se enderezó, arrojándose la toalla al hombro, sin molestarse en cubrir ni siquiera una pulgada de su cuerpo.

—No lo quiero en la cárcel por algo que no hizo —dije.

—Si vas esta noche, la policía querrá saber cómo te curaste. ¿Qué vas a decir? —estaba mirándome fijamente. Tan fijamente que me hizo querer retroceder.

—Me estas tratando como un licántropo que no ha salido del armario. No soy un cambiaformas, Cherry. —Ella bajó la mirada entonces, no me veía a los ojos. Me recordó las miradas que todos habían intercambiado en la sala donde me desperté. Le toqué la barbilla, tenía que hacerlo—. ¿Qué no me estás diciendo?

Una voz de hombre vino de fuera de la ducha.

—¿Puedo pasar a ducharme? —Era Micah. Había planeado tratar el tema de la manada, la próxima vez que lo viera, pero había algo en los ojos de Cherry que me mantenía congelada. Estaba asustada. Y había algo más, algo que no pude leer.

Le grite:

—¡Un momento! —Luego continúe—, Cherry, dime. Sea lo que sea, dímelo. —Sacudió la cabeza. Tenía miedo, pero ¿de qué?—. ¿Tienes miedo de mí? —no podía mantener la sorpresa de mi voz.

Ella asintió con la cabeza, mirando hacia abajo de nuevo, evitando mi mirada.

—Nunca te haría daño, a cualquiera de ustedes.

—Para eso estas tú —susurró.

Le agarre del brazo.

—Cherry, maldita sea, habla conmigo.

Abrió la boca, la cerró y se volvió hacia la puerta, un segundo antes de que Micah Callahan entrara, como si lo hubiera oído antes que yo. Aún estaba desnuda. Esperaba que fuera incómodo, pero no fue así. Estaba empezando a tener la sensación de un mal augurio sobre lo que fuera que

Cherry no quería decirme.

Micah se había peinado. Definitivamente no eran rizos, las ondas. Los rizos eran ajustados, pero no pequeños. El color era como una sombra en la oscuridad, de color marrón oscuro, casi negro, que tenían las personas que empezaban con un blanco rubio como los niños, y a continuación, se oscurecen. Los rizos cayendo justo por debajo de los hombros y siguiendo la línea del pelo, mis ojos se encontraron en su pecho. Rápidamente me moví para poder concentrarme en su rostro. El contacto en sus ojos. Ese fue el detonante. Ya estaba volviendo la vergüenza.

—Te dije que nos esperarás un minuto. —Mi voz sonaba de mal humor, y me alegré. El hecho de que estuviera apretando la toalla alrededor de mi cuerpo era pura coincidencia.

—Te he oído —dijo. Su rostro, su voz, eran neutrales. No tan neutral como un vampiro puede llegar a ser. Ellos son los campeones de la expresión en blanco. Pero Micah lo estaba intentando.

—Bueno, espera afuera hasta que hayamos terminado —dije.

—Cherry tiene miedo de ti —dijo.

Fruncí el ceño y me volvía hacia ella.

—¿Por qué, por el amor de Dios?

Cherry le miró, y él asintió con la cabeza. Se alejó de mí hacia la puerta. Ella no salió de la habitación, pero se puso tan lejos de mí como podía.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunté.

Micah estaba de pie a cuatro metros de distancia, cerca, pero no demasiado cerca. Pude ver sus ojos mejor ahora, y no eran tan humanos. Sabía a simple vista que no pertenecían a esa cara.

—Ella tiene miedo de que mates al mensajero —dijo, con voz suave.

—Mira, todo este asunto se está poniendo feo. Dime.

Él asintió con la cabeza, hizo una mueca como si le doliera.

—Los médicos parecen pensar que has sido infectada de licantropía.

Sacudí la cabeza.

—Licantropía Serpentine no es realmente licantropía. No es una enfermedad que puede atrapar. Uno es maldecido por una bruja en forma de serpiente, o es heredada como un Swanmane. —Eso me hizo pensar de las tres mujeres que había visto por última vez encadenadas a una pared en la sala de las espadas—. Por cierto, ¿qué pasó con el Swanmane en el club?

Micah frunció el ceño.

—No sé de qué estás hablando.

Sin previo aviso, Nathaniel entró en la ducha. Estaba empezando a sentir que mi toalla era demasiada ropa.

—La rescatamos.

—¿El líder de las serpientes cambió de opinión después de que me desmaye?

—Él cambió después de que Sylvie y Jamil casi lo mataran.

Ah.

—Así que están bien —dije.

Él asintió con la cabeza, pero su rostro permaneció serio, sus ojos dulces, como alguien que está a punto de decirme realmente una mala noticia.

—No te pongas así también. No puedo coger mierda serpentine. No funciona así.

—Gregory no está en la mierda Serpentine —dijo, la voz tan dulce como sus ojos.

Yo parpadee.

—¿De qué estás hablando?

Nathaniel empezó a caminar, cabía dentro de la habitación, pero Cherry le agarró del brazo, lo mantuvo cerca de la puerta para una rápida escapada, creo. Zane apareció en la puerta detrás de ellos. Tenía seis pies de altura, un tipo pálido, demasiado delgado, pero musculoso que conocí cuando estaba destrozando una sala de emergencia del hospital. Pero se había teñido el pelo de un color verde pálido iridiscente, corto, con púas. El hecho de que estaba vestido en realidad parecía extraño para mí. Por supuesto, era la versión de Zane de la ropa de calle que llegaba hasta cuero, sin camisa, y chalecos. Los miré a ellos tres en la puerta. Eran tan solemnes. Me acordé que Gregory caía sobre mí durante la lucha. Sus garras me atravesaban.

—Me han cortado mucho peor por un wereleopardo, y no me he contagiado —dije.

—La Dr. Lillian piensa que puede ser debido a que la herida fue hecha muy profunda, en vez de una superficial —dijo Cherry, con una voz inestable. Tenía miedo, miedo de cómo iba a tomar la noticia, o tener miedo de algo más, pero ¿qué?

—No voy a ser Nimir-Ra, de verdad, muchachos. No puedo coger licantrópía. Si yo pudiera... Ya me han cortado lo suficiente... y no me han convertido.

Los tres me miraron con los ojos muy abiertos. Micah Me apartó de ellos. Su rostro seguía siendo neutral, cuidadoso, pero había una sombra en los ojos de... lástima. ¿Lástima? A mí nunca me habían mirado con pena, no como objeto de ella, de todos modos.

—Estás hablando en serio —dije.

—Estás mostrando todos los síntomas secundarios —dijo—. Curación rápida hasta el punto de que los músculos se te acalambren. Una temperatura lo suficientemente caliente como para hervir el cerebro de un ser humano. Sin embargo, cuando la temperatura bajó casi mueres. Tú necesitas el calor, el calor de tu animal para sanar. Así es como sanaste. No hubiera funcionado si no fueras uno de nosotros.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo.

—Eso está bien —dijo—, tienes dos semanas, hasta la luna llena. No vas a cambiar por primera vez hasta ese momento. Tienes tiempo.

—¿Tiempo para qué? —pregunté.

—Tiempo para llorar —dijo.

Me alejé de la compasión de sus ojos, la compasión. Mierda. Todavía no me lo creía.

—¿Qué tal un análisis de sangre? Debería resultar de un modo u otro.

Cherry respondió:

—La licantropía lobuna aparece en el torrente sanguíneo en algún momento de veinticuatro a cuarenta y ocho horas, a veces setenta y dos. La licantropía de leopardo, la mayoría de las licantropías de grandes felinos, toman de setenta y dos horas a lo largo de ocho días para aparecer en el torrente sanguíneo. Una prueba de sangre en este momento no aportaba nada.

Me le quedé mirando, tratando de ajustar mi mente a lo que me decía, y simplemente no se ajustaba. Sacudí la cabeza.

—No puedo lidiar con esto ahora.

—Vas a tener que lidiar con ello —dijo Micah.

Sacudí la cabeza.

—Esta noche, tengo que sacar a Jean-Claude de la cárcel. Tengo que mostrar a la policía que no me mató.

—Tu compañero me dijo que no quieres ser descubierta. Que no quieres que tus amigos de la policía sepan.

—No soy un wereleopardo —dije. Sonaba terca, incluso para mí.

Micah sonrió, suavemente, y me molestó—. No me mires así.

—¿Cómo? —preguntó.

—Al igual que una pobre ilusa. Hay cosas que no entiendo de mí, de donde proviene mi poder.

—¿Te refieres a las marcas de vampiro? —dijo.

Miré más allá de él a los tres wereleopardos en la puerta. Algo en mi cara les hizo flaquear.

—Así que es bueno saber que sólo somos una gran familia feliz, sin secretos.

—Estaba en el debate con los médicos sobre si tu curación rápida podría ser simplemente un efecto secundario de las marcas de vampiro —dijo.

—Por supuesto que lo son —dije. Sin embargo, el primer hilo de la duda estaba abriendo su camino a través de mi estómago.

—Si te hace sentir mejor —dijo.

Me quede mirando su cara inundada de preocupación eso hizo que mi ira creciera sobre mí en una línea de calor, y con el enojo la energía tembló. ¿La Bestia de Richard... o la mía? Dejé que el pensamiento hiciera todo el camino a través de mí, por primera vez. ¿Era mi bestia la que había sentido con Micah? Fue por eso que no tenía una idea de a donde había ido Richard, y lo que estaba haciendo. Había pensado en él varias veces durante todo el alboroto, pero nunca había sentido que la marca entre nosotros se abriera completamente. Supuse que era la energía de Richard, ya que la energía era de licántropo. Pero ¿y si no hubiera sido la suya? ¿Si hubiera sido la mía? Alguien me tocó el brazo, y salté. Era Micah, sus dedos apenas tocaron mi brazo.

—Estás pálida. ¿Necesitas sentarte?

Di un paso atrás y casi tropecé. Tuve que agarrar su brazo para no caerme en las baldosas resbaladizas y húmedas. Quería dar un tirón para zafarme de él, pero estaba mareada, como si el mundo no fuera bastante sólido. Él me depositó en el suelo.

—Pon la cabeza entre las rodillas.

Me senté con las piernas cruzadas en el suelo, la pared en mi espalda, mi cabeza inclinada sobre las piernas dobladas, mientras esperaba que el mareo se pasara, nunca me desmayo. No por un shock, a veces por la pérdida de sangre, pero nunca por un shock.

Cuando se me ocurrió de nuevo, levanté la cabeza lentamente. Micah

estaba de rodillas junto a mí, todo atento y compasivo, y lo odiaba. Puse mi espalda envuelta en la toalla contra la pared, y cerré los ojos.

—¿Dónde están Elizabeth y Gregory?

—Elizabeth no vendría a ayudar —dijo Micah.

Abrí los ojos, simplemente girando la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Hay una razón para eso?

—Ella te odia —dijo, simplemente.

—Sí, amaba a Gabriel, su alfa, y lo maté. Difícil de ser amigas después de eso.

—No es por eso que te odia —dijo.

Busqué en su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Ella odia que seas mejor alfa como un ser humano de lo que ella es como un wereleopardo. La haces sentir débil.

—Ella es débil —dije.

Él sonrió, y tenía el humor en sus ojos en esta vez.

—Sí, lo es.

—¿Dónde está Gregory?

—¿Crees que probablemente lo están castigando por tu influencia? —preguntó Micah.

Miré hacia atrás a los otros tres esperando en la puerta, en silencio. De repente me di cuenta de lo que significa la dinámica de grupo. Estaban tratando a Micah como Nimir-Raj, colocándolo enfrente de mí, como cuando llamas al marido si la mujer tenía un bebe demasiado pronto. No me gustó mucho. Pero me concentré sólo en el momento, la cuestión que teníamos entre las manos, no la especulación, sin mirar hacia el futuro, Tal vez me ayudara a sobrevivir.

—Ahora bien si Gregory no hubiera interferido estaría muerta. Por eso tendría un lugar en mi corazón. Fue un accidente que se callera sobre mí durante la lucha. —Estaba viendo la cara de Micah, pero sentí mucho alivio viendo a través de los otros, considerando los metros de distancia. Miré hacia ellos, y se notaba en las líneas de sus cuerpos—. Entonces ¿dónde está? ¿Dónde está Gregory? —Se miraron unos a otros sin saber qué decir de nuevo—. ¿Se niega a venir a ayudar a salvarme como Elizabeth?

—No, por supuesto que no —dijo Cherry. Pero no se explican, he de añadir.

Miré a Nathaniel. Se encontró con mi mirada, sin pestañear, pero no me

gustó lo que vi en sus ojos. Había más noticias por venir, se podía oler en el aire.

Me volví a Micah.

—Bien, tú dime.

—Cuando tu Ulfric descubrió que Gregory te había hecho su Nimir-Ra en verdad, él... —Micah extendió las manos.

—Se asustó —dijo Zane.

Miré a todos ellos.

—¿Qué quieres decir, con que se asustó?

—Capturó a Gregory —dijo Cherry.

—¿Qué quieres decir, tomó a Gregory?

—Trata a Gregory como un enemigo de la manada —dijo Micah.

Le miré.

—¿Perdón?

—Como tú eres su lupa de verdad, si resultas lesionada es derecho del Ulfric declarar al agresor como un enemigo de la manada, un criminal.

Mantuve la mirada fija en esos ojos de color verde amarillo.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Esto significa que los lobos tienen a tu leopardo, y que habrá juicio sobre él por tus lesiones.

—De ninguna manera, quiero decir, incluso si me estoy convirtiendo en un wereleopardo, que no soy. No me hace daño. Es decir, yo sólo voy a ser un cambiaformas como ahora.

—No eres como ellos —dijo Micah—, eres como nosotros.

Traté de leer su rostro, pero no lo conocía lo suficiente todavía.

—Tienes un punto, lo tienes.

—No se puede ser lupa de los lobos y Nimir-Ra de los leopardos.

—Lo he sido al mismo tiempo durante mucho tiempo.

Sacudió la cabeza, una y otra vez, hizo una mueca como si le doliera el cuello.

—No, el Ulfric te declaro su lupa siendo un ser humano. Fuiste un ser humano que tenía a su cuidado a los wereleopardos hasta que encontráramos el leopardo alfa correcto para hacerse cargo del puesto de trabajo. Ahora, tú realmente eres su Nimir-Ra, y la manada no te acepta como uno de ellos.

—¿Estás diciendo que Richard me rechaza, porque voy a ser un wereleopardo?

—No, estoy diciendo que la mandada no te acepta como su lupa. — Micah miró hacia abajo y hacia arriba. Podía verlo tratando de poner sus pensamientos en palabras—. Lo que entiendo de lo que ha sucedido es que el lobo Ulfric los ha llevado de una monarquía, donde su palabra era ley, a una democracia donde imperan las reglas de la mayoría. Y se pone a votación decisiva, lo que decide la última palabra.

Yo asentí. Parecía ser lo que Richard siempre había querido para la manada.

—Suenas como algo como lo que Richard haría. He estado en una especie de desconexión los últimos meses.

—No ha tenido demasiado éxito. El voto fue contra él, en contra de ti. La manada no te aceptará como lupa cuando seas wereleopardo y no hombre lobo.

Miré más allá de él a los demás.

—¿Es eso cierto?

Todos asintieron.

—Lo siento mucho, Anita —dijo Cherry.

Sacudí la cabeza, tratando de concentrarme sin tener éxito.

—Bien, bien, bien. Richard no puede hacerme lupa. Nunca quise ser lupa, solo su novia. Que se jodan los lobos. Pero ¿qué han hecho con Gregory?

—Richard se puso como un loco de mierda cuando se enteró de lo que Gregory te había hecho —dijo Zane—. Él pensó que Gregory lo había hecho a propósito, porque todos tenían miedo de perderte como nuestra Nimir-Ra.

—¿Y acusó a Gregory de hacerlo a propósito? —pregunté.

Zane asintió.

—Oh, sí, luego se lo llevaron.

—Ellos, ¿quién?

—Jamil, Sylvie, otros. —Él no me veía a los ojos.

—¿Nadie trató de discutir con él acerca de esto?

—Sylvie trató de decirle que no estaba bien, que no te gustaría. La golpeó, y le dijo que nunca volviera a discutir de nuevo con él, que él era el Ulfric, no ella.

—Mierda.

—No culpes a tus leopardos por no combatir a los lobos —dijo Micah—. Ellos estaban en inferioridad numérica.

—Sería como una patada en el culo, ya lo sé. Además, es mi trabajo hacer frente a Richard, no de ellos.

—Porque tú eres es su Nimir-Ra —dijo.

—Porque yo soy una especie de novia.

—Por supuesto —dijo.

Me hizo un gesto con la mano.

—Mira, no puedo lidiar con todo esto ahora, así que sólo voy a concentrarme en las cosas importantes, me refiero a cosas importantes de inmediato. ¿Dónde está Gregory, y cómo puedo recuperarlo?

Micah sonrió.

—Muy práctico.

Lo miré y sentí que mis ojos se volvían fríos.

—No tienes idea de lo práctica que puedo ser.

La expresión en sus ojos cambió, pero no era el miedo en ellos, era más de interés, de cómo mi reacción le intrigó.

—La situación es compleja porque es la lupa quién resultó herida. En efecto, tú debes convencerlos de que Gregory no debe sufrir ningún daño.

—Eso es demasiado fácil —dije—. Sé que no quería decir nada malo. Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que no puedo llamar a Richard y decir: Oye, Me devuelves a Gregory?

—Puesto que hay que convencer no sólo a Richard, sino a la manada completa, de que tienes el derecho a Gregory.

—¿Qué quieres decir? ¿Derecho a Gregory? Es mi leopardo. ¡Es mío, no suyo!

Micah sonrió, bajando las largas pestañas sobre sus ojos, como si él no quisiera que leyera su expresión en ese momento.

—Tu maldito Ulfric declaró a Gregory un paria, en efecto, por matar a su lupa.

—Estoy viva, ¿qué...?

Micah levantó un dedo, y no me dejó terminar.

—Estas muerta para la manda como su lupa. En efecto, al hacerte un leopardo estas muerta para ellos. Tú puedes compartir la cama de Richard de nuevo, pero nunca serás su lupa. Votaron por él, y Richard ha destruido su propia estructura de poder hasta el punto en que no puede forzar una votación sobre esto.

—¿Estás diciendo que él es Ulfric pero que en realidad no gobierna? —dije.

Micah parecía pensar en eso por un segundo o dos, entonces empezaron a asentir, se detuvo a medio movimiento.

—Sí, de hecho, muy bien dicho.

—Gracias. —Un pensamiento vino a mí, y me tomó del brazo—. Ellos no van a matar a Gregory, ¿verdad? —Algo pasó en mi cara cuando le apretaba mis manos sobre su brazo—. ¿No lo han matado?

—No —dijo Micah.

Solté el brazo y me apoye contra la pared.

—¿Qué están haciendo con él, o qué están planeando hacer con él?

—La pena de muerte por la lupa es la muerte en cualquier manada. Pero las circunstancias son bastante extrañas creo que se te permitirá la oportunidad de ganar de vuelta.

—Ganar de vuelta, ¿cómo? —pregunté.

—Para eso, tendrás que solicitarlo al Ulfric.

—Voy a hacer eso. —Miré más allá de él—. Alguien traiga el teléfono celular de mi jeep. —Nathaniel salió por la puerta sin decir palabra.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Micah.

—Voy a asegurarme de que a Gregory no le están haciendo daño. Si está bien para esta noche, iré a buscar Jean-Claude a la cárcel. Si Gregory está en peligro, voy por él primero.

—Prioridades —dijo en voz baja.

—Maldita rectitud.

Sonrió de nuevo.

—Estoy muy impresionado. Has tenido varios golpes psicológicos en un espacio muy corto de tiempo, sin embargo, sigues lucida, y avanzando para resolver los problemas uno a la vez.

—Sólo puedo resolver un problema a la vez —dije.

—La mayoría de las personas estarían distraídos.

—No soy mayoría de la gente.

Me dio una sonrisa pequeña otra vez, protegiéndose los ojos con sus largas pestañas.

—Me he dado cuenta.

Algo acerca de la forma en que lo dijo de repente me hizo consciente de que estaba desnudo, yo llevaba nada más que una toalla. Ya era hora de ponerme de pie y vestirme. Me paré, ignorando su oferta de ayuda.

—Estoy bien, Micah, gracias de todos modos. —Miré más allá de él a Cherry y a Zane que seguían en pie junto la puerta—. ¿Tengo toda mi ropa

aquí?

Cherry asintió.

—Nathaniel trajo tus cosas de la casa. Voy a ir a buscarlas. —Se fue a través de la puerta.

—Armas, también —grité.

Ella asomó la cabeza por la puerta.

—Ya lo sé. —Eso dejó de pie a Zane en la puerta—. ¿Tienes un trabajo para mí?

—Ahora no.

Mostró una sonrisa lo suficientemente amplia como para demostrar que había delicados colmillos superiores e inferiores, colmillos de gato. Zane había pasado demasiado tiempo en forma de animal al venir todo el camino de vuelta.

—Voy a ayudar a Cherry entonces. —Se detuvo en la puerta—. Estoy muy contento de que no murieras.

—Yo también.

Él sonrió y se fue.

Eso me dejó sola con Micah. Lo miré a los ojos de color amarillo-verde y sabía que también eran una señal de que había pasado demasiado tiempo en forma de animal. No lo había besado, así que no sabía si tenía colmillos delicados como Zane. No lo esperaba, y no estaba segura de por qué me importaba.

—¿Te importa si me baño? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Adelante. Voy a ir a buscar mi ropa. —Pero Nathaniel llegó por la puerta con mi teléfono celular.

Miré el negro teléfono delgado. Lo tenía de hace unos pocos meses. Trataba de no comprar uno. Si tú tuvieras un teléfono celular y un beeper nunca estarías libre de la oficina. Por supuesto, Estaba de vacaciones. Aunque, hasta ahora, no había sido tan relajante.

Abrí el teléfono y marqué el número de Richard de la memoria. No hubo respuesta, sólo su máquina. Le dejé un mensaje, entonces sabía lo que tenía que hacer. Tenía que saber lo que estaba sucediendo con Gregory. Pensé en Richard, la sensación de sus brazos, el aroma de su cuello, el cepillo del pelo, y la picazón de la energía dio vuelta sobre mi piel. Me enganché a la marca que me unía a Richard y lo encontré de pie en un podio.

Estaba discutiendo con alguien, pero no pude ver quién. Nunca tuve tanta claridad visual a través de Richard como la tenía a través de Jean-Claude. Richard se volvió como si pudiera verme de pie detrás de él, entonces él me empujó hacia fuera, arrojando un escudo tan sólido que no lo sentía en el otro lado.

Nathaniel sostenía mi brazo, estabilizándome.

—¿Estás bien?

Asentí. Ser empujada de esa manera siempre era desconcertante. Richard lo sabía. Mierda.

—Estoy bien. —Me aparté de Nathaniel y tuve que llamar a información para el número del Café Lunático. Richard estaba en la sala de reuniones en la parte trasera del restaurante. Raina había sido dueña de ese restaurante, y de acuerdo con la ley de la manada, me podría pertenecer a mí, si no hubiera utilizado un arma para matarla. Tenía que ser un mano a mano, mano a mano, o las garras, o al menos un cuchillo entonces todo lo de ella sería mío. No quería las posesiones de todos modos. No puedes conseguir el poder de nadie, dándoles muerte. Simplemente no funciona de esa manera.

Y de todos modos, ¿quién querría que lo hiciera? Las armas fueron consideradas una trampa, así que no heredaría todas las cosas Raina.

Richard contestó el teléfono en el segundo timbre, como si hubiera estado esperando la llamada.

—Richard, es Anita.

—Lo sé. —Su voz sonaba furiosa, acongojada y apretada.

—Tenemos que hablar.

—Estoy en el medio de algo aquí, Anita.

Muy bien, si quería jugar brusco y hostil, me gustaría jugar.

—¿Dónde está Gregory?

—No te puedo decir eso.

—¿Por qué?

—Porque, tal vez quieras tratar de rescatarlo, y no eres más una lupa. La mandada debe defenderse, y no quiero que les hagas agujeros a mis lobos.

—Sólo libera a mi leopardo, me iré y dejaré solos a los lobos.

—Anita, no es tan simple.

—Tengo una explicación, Richard. Te asustaste cuando te enteraste que Gregory me pudo haber infectado con el virus de leopardo, mandaste a tus

guerreros a que lo capturaran, y lo acusaste de matar a su lupa. ¿No es estúpido?, no estoy muerta.

—¿Sabes que la mandada está votando en este momento, en este preciso momento?

—Mmm, dame una pista.

—Si debo reconocer o no a otra lupa para la manada antes de la próxima luna llena.

—Supongo que tú necesitarás una —dije, e incluso al escucharme decirlo reconozco que se me hizo un nudo en el estómago.

—Una amante, Anita, me están tratando de obligar a escoger una amante de la manada.

—¿Quieres decir que le pondremos fecha y hora?

—Ese es el voto.

—Stephen, uno de tus lobos, y Vivian, una de mis leopardos, están viviendo juntos. Nadie parece preocuparse por eso.

—Stephen es uno de los menos importantes entre los nuestros. No tolerarían un cruce de especies, en alguien con una posición dominante. Y, ciertamente, no lo van a tolerar de su Ulfric.

—Humano es lo suficientemente bueno para follar, pero no un leopardo —dije.

—Somos humanos, Anita. Pero no somos gatos, somos lobos.

—¿Así que no puedes seguir saliendo conmigo, ahora?

—No, si quiero seguir siendo Ulfric.

—¿Qué pasa con el triunvirato?

—No sé.

—Vas a renunciar a mí así como así. —De repente sentí mucho frío, sentí en mi estómago como un nudo congelado.

—Tú has estado fuera de mi vida por más de medio año. ¿Cómo sé qué otra cosa no te asustará de nuevo?

—El problema era estar con ambos, Richard, en estar con los dos. —Me di cuenta de cuánto lo sentía. Había tomado una decisión y no me había dado cuenta.

—¿Qué pasará dentro de una semana o un mes, o incluso un año? ¿Qué va a asustarte la próxima vez?

—No pienso salir corriendo otra vez, Richard.

—Es bueno saberlo. —Podía sentir su ira, como algo caliente y palpable a través del teléfono. Ya sea que su escudo tenía una fuga, o lo

había bajado.

—¿No quieres estar más conmigo? —Mi voz era suave, herida, y me odiaba. Lo odiaba.

—Quiero estar contigo, tú lo sabes. Me vuelves loco, pero todavía te quiero.

—Pero todavía no es suficiente —dije. Mi voz era un poco más fuerte, pero no mucho. Richard suspiró. Bien, no era su prerrogativa. Yo era un dolor en el culo, y lo sabía. Pero me dolía el pecho, maldita sea.

—No quiero, Anita, pero haré lo que tengo que hacer. Tú me enseñaste eso.

Mis ojos estaban calientes. Le enseñé eso. Mierda. Si vamos a romper para siempre, entonces no iba a llorar o suplicar. No sería débil. Mi voz salió más sólida, más segura de mi misma. Mi estómago era todavía un nudo como un cubo de hielo, pero no se notaba en mi voz. El esfuerzo llevó a sólo sonido normal a través del teléfono hizo que mi pecho se apretara.

—Eres Ulfric, el rey lobo. Tu palabra es ley en la manada.

—He trabajado duro para asegurarme de que todos tengan la misma voz, Anita. No puedo utilizar mi Rango ahora. Sería deshacer todo lo que he tratado de cambiar.

—Los ideales son grandes, en teoría, Richard, pero sé que no funciona demasiado bien en la vida real.

—No estoy de acuerdo —dijo. Ya no era su ira la que se escuchaba. Él sólo parecía cansado.

—No voy a discutir cosas que hemos estado discutiendo desde que nos conocimos. Voy a concentrarme en las cosas que puedo cambiar. Y no importa lo mucho que queramos, no podemos cambiar al otro, Richard. Somos lo que somos. —Mi voz era más incierta, llena de algo de la emoción que sentía—. Por lo tanto, ¿Gregory está bien?

—Él está bien.

—Quiero que vuelva, tú lo sabes.

—Ya lo sé. —Su ira está haciendo una reaparición.

—Ahora que ya no soy tu lupa, mierda, ¿cómo puedo recuperarlo?

—Tienes que venir mañana por la noche al lupanar y hacer la petición por él.

—¿Qué quieres decir, con la petición por él?

—Tienes que demostrar que eres digna. Habrá algún tipo de prueba.

—Como opción múltiple, ensayo, ¿qué?

—No lo sé todavía. ... Estamos en votación.

—Mierda, Richard, hay una razón por qué tenemos una democracia representativa en este país, no una pura. Puede una persona emitir su voto, simplemente no funciona bien. No se puede decidir algo así.

—Ellos están decidiendo, Anita. No eres a la única que no le gusta la forma en que esto está pasando.

—¿Cómo pudiste secuestrar a Gregory? ¿Cómo pudiste hacer eso?

—Tan pronto como me di cuenta de lo que había ocurrido, sabía que la manada votaría. La mayoría de ellos no estaban contentos contigo incluso antes. No les agradó, y no les gustó. El hecho de que los hubieras evitado, a todos ellos por seis meses no ayuda.

—Tuve que juntar toda mi mierda antes de que pudiera regresar, Richard.

—Y mientras tú estabas juntando la mierda, la mina se caía a pedazos.

—Lo siento, Richard, soy yo. Pero no lo sabía.

—Mañana por la noche en el lupanar, una hora después del anochecer. Puedes llevar a todos sus wereleopardos y cualquier otro tipo de cambiaformas que sean tus aliados.

Si fuera yo, como Ulfric, pediría ayuda a las wereratas.

—No soy más tu lupa, así que no son mis aliados, son tuyos.

—No —dijo, y la ira se había ido de nuevo. Richard no podía guardar rencor por mucho tiempo.

—¿Qué pasa si no puedo hacer que me devuelvan a Gregory? —No me contestó, sólo el sonido de su respiración en el teléfono—. Richard, ¿qué le sucederá a Gregory?

—Va a ser juzgado por la manada.

—¿Y?

—Si es declarado culpable de matar a nuestra lupa, es una sentencia de muerte.

—Pero estoy aquí, Richard. No estoy muerta. No se puede matar a Gregory por matarme mí, cuando él no lo hizo.

—Aplacé el juicio hasta que estuvieras lo suficientemente bien como para asistir. Es lo mínimo que podía hacer.

—Tú sabes, Richard, a veces es bueno ser rey. El rey llega a perdonar a quien él quiere, un rey llega a acoger a quien quiera.

—Ya lo sé.

—Entonces, se rey, Richard, de verdad se rey. Que tengan a su Ulfric,

no a su presidente.

—Estoy haciendo lo que creo que es lo mejor para todos.

—Richard, no se puede hacer esto.

—Ya está hecho.

—Richard, si no aceptan mi prueba, no les voy a permitir matar a Gregory. ¿Me entiendes?

—No se permite llevar armas en el lupanar, sólo cuchillos. —Su voz salió en un susurro con mucho cuidado.

—Recuerdo esa regla. Pero Richard, ¿me estás escuchando? ¿Estás comprendiendo lo que te estoy diciendo?

—Si tratamos de ejecutar a Gregory mañana por la noche, serás tú contra nosotros, lo entiendo. Pero entiende esto, Anita, tus leopardos no son rival para nosotros, ni siquiera con Micah y su manada. Nosotros te superamos en número de cinco a uno, tal vez más.

—No importa, Richard. No podemos cruzarnos de brazos y ver morir a Gregory, no por algo estúpido como esto.

—¿Tratarás de salvar a uno de tus gatos a riesgo de perderlos a todos? ¿Estás segura que quieres ver lo que pasaría si tratas de luchar para salir del lupanar, a través la manada? No me gustaría verlo.

—Esto es... maldita sea, Richard, si me ponen contra las cuerdas, no les va a gustar.

—¿Es una amenaza?

—Richard... —Tuve que parar en mitad de la frase y contar despacio en voz baja. Sin embargo, contar hasta diez no iba a hacerlo, tal vez un billón—. Richard —mi voz salió más tranquila—, voy a salvar a Gregory, haré lo que sea necesario. No voy a dejar que los lobos masacren a mis leopardos, o lo que sea. Has perdido los estribos y tomaste uno de mis leopardos. Has realizado en la manada una burla de la democracia, en la que ni siquiera tienes derecho de veto presidencial. ¿Realmente te vas a quedar con los errores de juicio de una guerra entre tu manada y mis aliados?

—Todavía creo que todo el mundo tenga una voz a ser escuchada es una buena idea.

—Es una gran idea, pero no funciona, ¿no? —de nuevo se hizo el silencio—. Richard, no lo es.

—Está fuera de mis manos. Lo siento, Anita, no sabes cómo lo siento.

—Richard, en realidad no les permitirás ejecutar a Gregory. Quiero

decir, ¿verdad? —Silencio de nuevo.

—Richard, habla conmigo.

—Haré lo que pueda, pero he perdido la votación sobre este asunto. Y no puedo cambiar eso.

—¿Realmente piensas verlo morir por lo que no hizo?

—¿Cómo sabes que no te infectó a propósito?

—Estaba allí. Cayó encima de mí con dos de las serpientes atacándolo. Fue un accidente. Les impidió cortar mi corazón. Me salvó la vida, Richard, y esto es lo que recibe como pago.

—¿Podría haber desviado sus garras en el último minuto? —preguntó Richard.

—No, todo sucedió muy rápido.

Se rió, pero su risa fue amarga.

—Has estado alrededor de nosotros durante mucho tiempo, y todavía no entiendes lo que somos. Podría desviarse en menos de un abrir y cerrar de ojos. Gregory no es más lento que yo. Como un leopardo él es más rápido, y ágil.

—¿Estás diciendo que lo hizo a propósito?

—Estoy diciendo que había una fracción de segundo para decidir lo que haría, y decidió mantenerte como Nimir-Ra. Quitándome de en medio.

—¿Y tú vas a hacerle pagar por ello? ¿Es eso?

—Sí, eso es todo.

—¿Con su vida?

Suspiró.

—No quiero verlo muerto, Anita. Pero cuando me enteré de lo que había hecho, quería matarlo con mis propias manos. Estaba tan mal que no me atreví a estar a su alrededor, así que tuve que trasladarlo a un lugar seguro hasta que me enfriara. Pero Jacob se enteró de ello, y nos obligó a una votación.

—¿Quién es Jacob?

—Mi nuevo *Geri*, tercero en la manada detrás Sylvie.

—Nunca he oído hablar de él.

—Es nuevo.

—Maldita sea, tercero en la línea, y es nuevo. Debe ser un luchador muy bueno, o uno muy vicioso, para ganar muchas peleas en menos de un año.

—Es bueno, y es vicioso.

—¿Es ambicioso? —pregunté.

—¿Por qué?

—¿Si Jacob no hubiera forzado el voto, me hubieran regresado a Gregory? —Se mantuvo tranquilo durante tanto tiempo, que finalmente le pregunté—: ¿Todavía estás ahí?

—Estoy aquí. Sí, yo te lo habría regresado. No puedo matarlo por lo que ha hecho.

—Así que Jacob ha puesto en funcionamiento una estrategia para deshacerse de un poderoso aliado «yo» y te obligó a declarar la guerra a otro grupo «los wereleopardos». Ha sido un chico muy ocupado.

—Está haciendo lo que piensa que es correcto.

—Jesús, Richard, ¿cómo puedes ser todavía tan ingenuo?

—¿Crees que quiere mi trabajo?

—Tú sabes que quiere tu trabajo. Lo puedo escuchar en tu voz.

—Si no soy lo suficientemente fuerte como para mantener mi puesto en la manada, entonces es prerrogativa de Jacob retarme. Pero él tiene que derrotar a Sylvie en primer lugar, y es tan buena como él, e igual de viciosa.

—¿Qué tan grande es Jacob?

—No de mi tamaño, pero musculoso.

—Sylvie es buena, mide de cinco a seis pies y delgada, y es una mujer. Y por mucho que me duele decir esto, eso hace una diferencia. Kilo por kilo ustedes tienen la fuerza del cuerpo, superior a nosotros. Si la técnica es igual, una persona con más peso le ganará a una con menor peso.

—No subestimes a Sylvie —dijo.

—Ni la sobreestimes tampoco. Ella es mi amiga, también, y no la quiero muerta simplemente porque tú no estás dispuesto a ocuparte de los negocios.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Esto significa que hasta que no venza a Sylvie y se convierta en *Freki*, tu segundo en comando, puedes matarlo fuera de un desafío. Puedes darle muerte.

—Y si Marcus había pensado eso de mí, yo estaría muerto ahora.

—Y Marcus estaría vivo, Richard. Tú no te estás ayudando.

—No somos animales, Anita, somos gente. Y no puedo matarlo porque creo que quiera mi trabajo.

—No te quedes abajo como Ulfic, Richard, que la lucha es a muerte.

Sé que teóricamente si ambos están de acuerdo, no tiene que ser la muerte. Pero he estado preguntándome, y ningún hombre lobo con el que he hablado puede recordar una lucha por el Ulfric que no fuera a muerte. Él no quiere tu trabajo, Richard, quiere tu vida.

—No puedo controlar lo que Jacob quiera, sólo lo que yo hago.

Estaba empezando a recordar por qué Richard y yo no hemos podido ser una pareja. ¡Oh!, ha habido un montón de razones. Lo había visto comer de Marcus, y me había hecho huir. Entonces nos volvimos a juntar, y las marcas eran abrumadoras. Pero había otras razones. Las razones que me hacía sentir cansada y mayormente de Richard, aunque en realidad era dos años mayor que yo.

—Eres un estúpido, Richard.

—Realmente no es de tu incumbencia, Anita. Tú no eres más mi lupa.

—Si te mueres, las marcas pueden arrastrar a Jean-Claude y a mí a morir contigo, así que esto lo hace mi negocio.

—¿Y no es arriesgar tu vida cada vez que vas cazar vampiros o criaturas sobrenaturales con la policía? Hace menos de un mes casi te moriste en Nuevo México. Tú corres el riesgo por todos nosotros.

—Estaba tratando de salvar la vida de gente, Richard. Tú estás tratando de rehacer un sistema político. Tu ideología es grande para un aula o un debate, pero es carne y hueso lo que cuenta, Richard. De la vida y la muerte estamos hablando de aquí, no un ideal anticuado que tienes en tu cabeza acerca de lo que es un mundo mejor para la manada.

—Si los ideales no significan nada, Anita, entonces somos sólo animales.

—Richard, si Gregory se muere por esto, tendré que matar a Jacob, y cualquiera que se interponga en mi camino. Voy a destruir tu lupanar y la sal de la tierra, así que ayúdame, a explicarles esto a Jacob, y a cualquier otra persona que sea necesario convencer, que si me joden, se van a morir.

—No se puede luchar contra la manada entera, Anita. No así y ganar.

—Si tú piensas que lo único que me importa es ganar, entonces no me conoces en absoluto. Salvaré a Gregory porque dije que lo haría.

—Si no pasas las pruebas, no puedes salvarlo.

—¿De qué clase de pruebas estamos hablando?

—Las que sólo un cambiaformas podría pasar.

—Richard, Richard... —Tenía ganas de gritar y despotricar contra él, pero de repente yo estaba más cansada, enojada, más desalentada que

enfurecida—. Pon un punto sobre esto, Richard, si no puedo salvar a Gregory, entonces voy a mover cielo, mar y tierra para vengarlo. Explícale a Jacob, y asegúrate de que lo entiende.

—Díselo tu misma. —Se hizo el silencio y un sonido de movimiento. Entonces, escuche una voz de hombre, una voz que nunca había oído antes. La voz era agradable, joven, pero no demasiado joven.

—Hola, soy Jacob, he oído hablar mucho de ti. —En su voz se hizo evidente que no le había gustado lo que había oído.

—Mira, Jacob, sé que no nos conocemos, pero no puedo permitir que mates a Gregory por algo que no hizo.

—La única manera en que nos puede parar, es ganándolo de vuelta.

—Richard explicó que tendría que pasar un examen para obtener a Gregory nuevamente. También dijo que si no habría que ejecutar Gregory.

—Es la ley de la manada.

—Jacob, no quieres que sea tu enemiga.

—Eres Nimir-Ra de un leopardo, un leopardo pequeño. Somos el Clan Rokke Thronnos. Somos el Lukoi, y no eres nada para nosotros.

—Mañana por la noche sí, estoy viniendo como Nimir-Ra de la manada de leopardos. Pero soy Anita Blake. Pregúntele a los vampiros y otros cambiaformas en la ciudad de mí. Escucha lo que dicen. No quieres meterte conmigo, Jacob, realmente no quieres.

—Ya he preguntado por ahí. Sé de tu reputación.

—Entonces, ¿por qué está haciendo esto?

—Ese es mi negocio —dijo.

—Bien, quieres hacer esto, podemos hacerlo. Si causas la muerte de Gregory a través del voto o la política hombre lobo, te voy a enterrar.

—Si puedes —dijo—. Eres un cambiaformas nuevo. Ni siquiera vas a cambiar a tu forma hasta la luna llena, y eso es en dos semanas. No eres rival para mí.

—Tú dices que me voy a ofrecer a pelear uno contra uno. Lo cual no haré. Si Gregory muere, se muere. Simple como eso.

—Si me vences, no la readmitirían en la manda. Si tú me pudieras ganar uno-a-uno en mi contra, entonces a lo mejor podrían votar nuevamente y hacerte lupa. Sin embargo, si tú acabas por pegarme un tiro, nunca serás Lupa de nuevo.

—Te voy a decir Jacob, que eres bonito y lento, así que nos entendemos. Me importa una mierda ser Lupa. Me preocupo por mis

amigos, y por la gente que me he comprometido a proteger. Gregory es una de esas personas. Si se muere, te mueres.

—No voy a matarlo, Anita. Acabo de decirte que hubo una votación al respecto.

—¿Te gustan las películas de John Wayne, Jacob?

Él se quedó callado por un instante.

—Creo, quiero decir, ¿qué tiene eso que ver con nada?

—Por tu culpa, por mi culpa, culpa de nadie, si Gregory se muere, tú te mueres.

—¿Tengo que tener la referencia de una película? —preguntó. Parecía enojado.

—Creo que no, pero el punto es este. Te voy a culpar a ti personalmente, si algo le ocurre a Gregory, por cualquier razón. Así se trata de un rasguño, tú también saldrás rasguñado. Si sangra, tú también sangrarás. Si muere...

—Capté la idea. Pero no tengo un voto decisivo en esta cuestión. Sólo soy uno.

—Entonces lo mejor es pensar en algo, Jacob. Porque te doy mi palabra que todo lo que dije es cierto.

—Es lo que he escuchado de ti. —Estaba tranquilo, y nos quedamos en cada extremo del teléfono en silencio, hasta que él dijo—: ¿Qué pasa con Richard?

—¿Qué pasa con él?

—Si algo le sucede ¿qué vas a hacer?

—Si te digo que te voy a matar si lo matas, socavo su autoridad como Ulfric. Pero te voy a decir algo, si lo derrotas, entonces es mejor que sea una lucha justa en un círculo de desafío. Sin trucos de ninguna manera, no importa cuán pequeño sea el truco, te mato. Sólo quería dar protección a Richard, pero no pude. Se debilitaría su posición, y su posición ya es lo suficientemente débil.

—¿Pero si es justo, tú te quedas fuera de él?

Me apoyé en la pared y trate de pensar.

—Voy a ser honesta, Jacob, me encanta Richard. No siempre lo entiendo, o incluso puedo no estar de acuerdo con él, pero lo amo. Estoy dispuesta a matar por alguien que nunca ha sido mi amante, o incluso un buen amigo. Así que, sí, tú matas a Richard, realmente, realmente voy a querer matarte.

—Pero no lo harás —dijo.

No me gustó que hiciera tanto hincapié en el tema. Me puso nerviosa.

—Voy a hacer un trato, no retas a Richard por ser el Ulfric hasta después de la próxima luna llena, y a continuación, pase lo que pase, siempre que sea justo, me quedo fuera de este asunto.

—¿Y si es antes? —preguntó.

—Entonces habrá lluvia por todo el desfile.

—Estás socavando la autoridad de Richard —dijo.

—No, Jacob, no lo estoy haciendo. No te estaría matando por ser la lupa o cualquier otra mierda de hombre lobo. Te estaría matando porque soy vengativa. Dame un par de semanas hasta después de la luna llena, y tendrás libre paso, si tienes los cojones para terminar el trabajo.

—¿Crees que Richard me va a matar, verdad?

—Él mató al último Ulfric, Jacob. Así es como consiguió el puesto.

—¿Si no estás de acuerdo con esto, vas a matarme?

—Desde una agradable, distancia de seguridad, oh, sí lo haré.

—Te prometo que no voy a desafiar a Richard hasta después de la luna llena, pero no puedo prometer que el voto no irá en contra de Gregory. Fue gente de Raina, la antigua lupa, que ayudaba a castigar a algunos miembros de la manda. Hay más de una mujer aquí que él ayudó a violar.

—Lo sé.

—Entonces, ¿Cómo lo puedes defender?

—Él hizo lo que su anterior Alfa le dijo, y no lo que Raina, la perra malvada del oeste, le dijo que hiciera. Gregory no es dominante, es pasivo, y él hace lo que se le dice, como un buen sumiso cambiaformas. Desde que asumí el cargo de alfa, se negó a la violación y la tortura. Tan pronto como le dieron la opción, él dejó de hacerlo. Pregúntale a Sylvie. Gregory se dejó torturar en vez de ayudar a violarla.

—Ella contó la historia a la manada.

—No pareces impresionado.

—No me tienes que impresionar, Anita, a los demás sí.

—Ayúdame a encontrar una forma de impresionarlos, Jacob.

—¿En serio? ¿Quieres que te ayude a salvar al leopardo?

—Sí.

—Eso es ridículo. Soy *Geri* del clan Rokke Thronnos. No tengo que ayudar a un wereleopardo que incluso acabas de admitir que no es dominante.

—No todo me concierne, Jacob. ¿Recuerdas la primera parte de nuestra conversación, la parte en que tú mueres? Te culpo por el desorden. Y tú me vas a ayudar a limpiarlo, o salpicaré con partes de tu cerebro las paredes.

—No se puede llevar armas en el lupanar.

Me reí, y hasta para mí era un sonido inquietante, espeluznante, incluso.

—¿Vas a pasar el resto de tu vida en el interior del lupanar?

—Jesús —dijo, con voz suave—, estás hablando de asesinarme.

Me reí de nuevo. Una pequeña voz en mi cabeza estaba gritando, me decía que estaba siendo una psicópata muy buena. Sin embargo, Rebecca de Sunnybrook Farm no iba a contar con Jacob. Tal vez más adelante podría darme el lujo de ser suave.

—Creo que finalmente nos entendemos, Jacob. Aquí está mi número de teléfono celular. Vosotros me llamáis antes de mañana por la noche con un plan.

—¿Qué pasa si no puedo ir con uno?

—No es mi problema.

—Me vas a matar, incluso si lo intento y no lo salvo. Si realmente tratara de salvar a tu leopardo, pero no lo consiguiera. Aún me vas a matar.

—Sí.

—¡Perra fría!

—Los palos y piedras rompen los huesos, pero el fracaso hará que te mates. Llámame Jacob, que sea pronto. —Colgué el teléfono.



—Lo que quería decir es que eres práctica —dijo Micah.

Estaba de pie en silencio observándome, con la cara cuidadosamente neutra, pero no podía mantener su rostro neutral. Estaba contento. Orgulloso de mí, creo.

—¿No vas a salir corriendo y gritando, porque soy una psicópata sedienta de sangre?

Él sonrió, y otra vez sus largas pestañas descendieron sobre sus ojos.

—No creo que seas una sociópata, Anita. Creo que harás lo que sea para proteger a tu Pard —el amarillo-verde de sus ojos me miraba—. Me parece que es admirable, no algo criticable.

Suspiré.

—Es bueno que alguien lo aprueba.

Él sonrió, y fue esa mezcla de condescendencia, felicidad y tristeza, que había visto antes. Una sonrisa compleja.

—El Ulfric también lo hace.

—Tú sabes lo que dicen acerca de las buenas intenciones, Micah. Si está decidido a meterse en la mierda, bien. Pero no tiene derecho a arrastrar al resto de nosotros junto a él.

—Estoy de acuerdo.

Estaba cansada de que Micah estuviera de acuerdo conmigo. No estaba enamorada de él. ¿Por qué no podría ser Richard quien estuviera de acuerdo conmigo? Por supuesto, había alguien más. Necesitaba llegar a Jean-Claude antes de que amaneciera.

—Tendría que dejarte tomar una ducha en primer lugar para ser un caballero, y dejarte ir en primer lugar, para que el ruido no interrumpiera la llamada telefónica, pero necesito limpiarme ahora, si no te importa.

—Te daré un poco de intimidad. —Me volví hacia la puerta.

—No es intimidad lo que estaba pidiendo, te estaba explicando por qué no entré en el agua durante nuestra conversación —dijo.

Eso me hizo girar en la puerta.

—¿Qué conversación?

Se volvió a la ducha, probando el agua con la mano, ajustando el agua caliente, y habló sobre su hombro.

—Nunca he sentido otra Nimir-Ra con ese tipo de poder. Fue increíble.

—Me alegra que te haya gustado, pero realmente tengo que ir.

Se volvió hacia mí, dando un paso atrás, al agua, echando atrás la cabeza para que su cabello se mojara. El agua golpeó su cuello y dejó escapar un suspiro sibilante, dobló la espalda como si realmente le doliera.

Volví a la habitación.

—¿Estás bien?

Él asintió y se detuvo a medio movimiento.

—Lo estaré.

Me acerqué tanto que cuando levantó la cabeza pude ver las gotas de agua, gruesas gotas aferrándose a sus pestañas.

Me quedé a un lado y conseguí mi primer buen vistazo en su cuello.

—Mierda. —Llegué a través del agua para tocarle la cara, le volví poco a poco para poder ver la mordedura.

Había una huella perfecta de dientes en el lado derecho del cuello. De la herida aún manaba sangre, por lo que el círculo de marcas de dientes se llenó de color carmesí. En el cuello ya tenía hematomas, remolinos de colores oscuros en la superficie de su piel.

—Dios, Micah, lo siento.

—No lo sientas, es la mordedura del amor.

Dejé mi mano en su rostro.

—Sí, claro, parece que he tratado de comerte la garganta. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué no ha comenzado la curación?

—Las heridas hechas por los dientes y las garras de otro cambiaformas curan más lentamente que la mayoría, no tan lento como la plata, pero más lento que el acero.

—Lo siento.

—Y yo dije, «no te arrepentirás».

—Un Ulfric, la última vez que hice algo así, y no fue tan malo, ni siquiera rompí la piel, lo consideró un insulto. Él dijo que significaba que me consideraba más alto en la manada que él.

—No somos lobos. Para el Pard una herida en el cuello de una Nimir-Ra es un signo de que el sexo ha sido bueno.

Eso me hizo enrojecer.

—No tenía intención de avergonzarte, sólo era para explicar que no me debes una disculpa. Lo disfruté.

Me sonrojé aún más.

—Juntos podemos hacer grandes cosas para nuestro Pard.

Sacudí la cabeza.

—No sabremos con certeza que vaya a ser Nimir-Ra hasta dentro de unos días. Vamos a tomar las cosas con calma hasta entonces.

—Si quieres.

Su mirada era demasiado directa, y de repente era muy consciente de que estaba desnudo en la ducha. O bien lo ignoraba, o no me molestaba la desnudez.

Pero había momentos en que era consciente de ello, cuando la mirada de otra persona me hacía consciente de ello.

—Quiero —dije.

Me dio la espalda, bajando la cabeza para que el agua le golpeará en los hombros, la espalda, sus partes inferiores,... Las gotas salpicaban más a medida que avanzaba, salpicando en la cara, hombros, brazos, piernas, y a través de la toalla. Ya era hora de que me fuera, el tiempo pasaba.

Ya estaba en la puerta cuando me llamó:

—Anita.

Me volví.

Estaba de pie frente a mí, frotándose jabón líquido de uno de los dispensadores de pared en los brazos cuando me di la vuelta, haciendo espuma en el pecho mientras hablaba.

—Si quieres que vaya contigo mañana, será un placer.

—No puedo arrastrar a tu Pard a nuestro desorden.

Sus manos se deslizaron hacia abajo, detrás de la espuma blanca por el estómago, las caderas, entonces entre las piernas, enjabonándose. Sabía de mi propia experiencia que tenía que limpiar más donde se había tocado, pero su mano se quedó ahí, hasta que fue un espesor con burbujas, y en el momento de levantar sus manos, se deslizaron a sus muslos.

Mi boca estaba seca, y me di cuenta de que no había dicho nada en varios minutos. Sólo había estado observando cómo se extendía jabón. La idea trajo una oleada de calor a mi cara.

Micah siguió enjabonando sus piernas lentamente, tomando más tiempo del necesario. Él lo hacía sin duda por mí. Tenía que salir.

—Si tú eres mi Nimir-Ra, entonces el desastre es mi lío —dijo, con la cabeza todavía inclinada sobre sus piernas, la cara oculta de mí, así que todo lo que pude ver era la línea de su cuerpo mientras estaba en el pasillo, lejos del agua para que el jabón no se escurriera.

Tuve que limpiar mi garganta para decir:

—No quiero elegir cortinas, Micah.

—El poder entre nosotros es suficiente para que esté de acuerdo con cualquier arreglo que desees. —Se levantó entonces, extendiendo el brazo hacia atrás, a los hombros. Le hizo estirar la parte frontal de su cuerpo en una línea larga, y era muy consciente de él. Me volví, realmente sintiendo que debía salir por la puerta en este momento.

—Anita —dijo.

Me detuve en la puerta, pero esta vez no me di la vuelta.

—¿Qué? —Sonaba de mal humor.

—Está bien que te sientas atraída a mí. No te puedes ayudar.

Eso me hizo reír, una risa muy normal.

—Oh, no tienes una alta opinión de ti mismo, ¿verdad? —Pero me quedé de espaldas a él.

—No es que tenga una buena opinión de mí mismo. Eres una Nimir-Ra, y yo soy el primer Nimir-Raj que has conocido. Nuestro poder, nuestros animales se sienten atraídos el uno al otro. Estamos destinados a atraernos.

Me volví entonces, lentamente, tratando de hacer contacto visual. Tenía

el dorso de su cuerpo frente a mí. Todavía estaba extendiendo el jabón sobre los hombros. La espuma se deslizó lentamente por su piel hacia su delgada cintura.

—No sabemos todavía que vaya a ser nada. —Mi voz era entrecortada.

Se las arregló para llegar a toda su espalda, con los brazos en movimiento sin esfuerzo sobre su piel, las manos suavizando la rigidez de sus nalgas.

—¿Sientes la llamada de mi cuerpo, como yo siento la tuya?

Mi pulso latía demasiado rápido.

—Eres un hombre atractivo, desnudo, cubierto de jabón. Soy humana, así que...

Se dio la vuelta, aún enjabonado y resbaloso. Y era enorme.

Mi boca se secó. Mi cuerpo se apretó tan duro y tan de repente, que casi me dolió. Se profundizó mi respiración, y me tuve que tragar el pulso.

—No somos humanos, esa es la diferencia. Es por eso que sigues buscando, incluso cuando no lo deseas.

Se dirigió hacia mí, lentamente, moviéndose como los leopardos podían moverse cuando querían. Al igual que había músculos en lugares que los seres humanos no los tienen. Se deslizó hacia mí como un gato grande, escurridizo, su cuerpo desnudo brillando con espuma y agua, el pelo pegado alrededor de su rostro en rizos hasta los hombros. Los enormes ojos de color verde amarillento de repente parecían muy a gusto en su cara.

—No entiendes aún lo raro que es para dos cambiaformas compartir sus animales como lo hicimos. —Estaba casi en frente de mí ahora—. Comenzaron a fluir dentro y fuera de nuestros cuerpos. —Se quedó allí, sin tocarme, todavía no—. Eran como dos grandes gatos, frotando su pelo unos contra otros.

Me pasó las manos con jabón resbaladizo hasta mis brazos desnudos cuando lo dijo. Tuve que cerrar los ojos. Él lo estaba describiendo exactamente cómo lo había sentido, como si hubiera leído mi mente, o había sentido exactamente lo mismo.

Sus manos se deslizaron de mis brazos a mis hombros, al cuello, la difusión húmeda y resbaladiza a través de mi piel. Sus manos con jabón ahuecaron mi cara, y sentí su rostro avanzar al mío antes de que sus labios me tocaran. El beso fue suave, su cuerpo con cuidado de no tocarme.

Deslizó sus dedos en el borde de la toalla, agarrando la tela, tirando hacia delante. Me hizo abrir los ojos. Me costó unos pasos darme cuenta de

que me conducía hacia el agua.

—Tendrás que lavarte el jabón —dijo.

Yo estaba moviendo la cabeza, y finalmente deje de moverme con él. Siguió tirando de la toalla y me desenvolvió, y comenzó a deslizarse por mi cuerpo. La agarré, sujetándola de repente por debajo mis pechos desnudos.

—No —dije, con voz ahogada, pero me lo repetí—. No.

Se acercó más a mí, presionando manchándome la mano y el brazo inferior. Trató de desenrollar los dedos de la toalla, como si le fuera la vida.

—Tócame, Anita, ponla en tus manos.

—No.

—Sé que quieres. Puedo olerlo —y trasladó su rostro sobre mi piel, su aliento en contra de mi piel mojada—. Lo siento. —Frotó las manos en mis brazos otra vez, sobre los hombros, iba hacia mi pecho, pero se detuvo sin tocarlos—. Siento el sabor.

Pasó la lengua en una línea lenta por el borde mi mejilla. Me estremecí y quería dar un paso atrás, pero era como si estuviera congelada en el lugar. No me podía mover.

Encontré mi voz temblorosa, pero era la mía. Mis manos se aferraron a mi cuerpo, porque sabía que si le tocaba estaría en problemas.

—Así no es como soy, Micah. No soy así. Eres un forastero. No hago esto a extraños.

—No soy un extraño. Soy tu Nimir-Raj y tú eres mi Nimir-Ra. Nunca podríamos ser extraños.

Me besó a su manera por la cara y el cuello, mordiendo suavemente, eso hizo que mis rodillas se debilitaran. Volvió a subir a los labios, y cuando me besó pude probar el jabón de mi piel. La sensación de tenerlo presionado contra la parte delantera de mi cuerpo, tan cerca que si abría la mano iba a ser capaz de retenerlo, fue abrumadora.

Me di cuenta que era algo más que sexo. Quería alimentarme de él otra vez, no con los dientes, pero si con mi cuerpo. Quería beber su energía a través de mi piel, mi piel desnuda presionando la suya.

Sus manos se deslizaban por mis pechos, cubriéndolos con jabón, los manchó, los pezones ya estaban muy duros. Mis brazos rodearon su cintura, utilizando la presión de nuestros cuerpos para mantener la toalla en su lugar. Se movía en contra de mi cuerpo, y era tan hábil en el pecho, tan suave al roce de mis pechos.

Comenzó a caminar hacia atrás con sus brazos entrelazados detrás de

mí, moviéndose de regreso hacia el agua. Mis manos se movían sobre la mancha de su espalda, resbalando peligrosamente bajo. Era como si quisiera presionar cada centímetro de mí contra él, que rodara su cuerpo a mí alrededor como una hoja y beber en él a través de los poros de mi piel.

Abrí el enlace que tenía con Jean-Claude y lo encontré sentado, esperando, paciente. Le pedí ayuda, y de lejos oí su voz en mi cabeza.

—Es todo lo que puedo hacer, *ma petite*, para controlar mis propios apetitos, debes controlar el tuyo propio.

—¿Qué me está pasando?

Incluso cuando le pregunté, Micah trasladó su cuerpo la fracción de distancia que permitió que la toalla se deslizara hacia abajo, y cuando regresé rápidamente, fue contra mi entrepierna y el estómago, y fue un deja-vu suficiente como para sacar un pequeño sonido de mi garganta.

Jean-Claude miró hacia arriba, y sabía que él veía lo que estaba sucediendo con Micah, que con un pensamiento podía sentir lo que estaba sucediendo, como si se tratara de sus manos deslizándose por mi piel enjabonada.

Mi mano se deslizó sobre la dureza de Micah. El medio se desplomó contra mí, y sabía que no había sido mi idea de tocarlo. Jean-Claude había querido saber qué se sentía. Se apartó suficiente de mí para mover mi mano, pero el daño ya estaba hecho. Micah me arrastró al agua, más seguro ahora que nunca que diría que sí.

Escuche la voz de Jean-Claude en mi cabeza.

—Te puedes alimentar de su lujuria, pero el precio de ello es el ansía de su lujuria, su sexo. Es la espada de doble filo de ser un *Íncubos*. El borde de la espada por el que he caminado durante siglos.

—¡Ayúdame!

—No puedo. Tienes que montártelo tu sola. O bien lo vencerás, o serás conquistada. Ya sentiste lo que pasó cuando intervine en este momento. Porque me he negado a mí mismo la alimentación a través de tu cuerpo. Sabía que no lo aprobarías, por lo que me lo negué a mí mismo. Y estar dentro de tu cuerpo mientras lo tocas, mientras lo alimentas, sería mi perdición. Ansío más que nunca sentir el antojo del hombre en mis brazos, he querido tener tu cuerpo en la forma en que no podrías soportarlo. Para alimentarme de tu sexo, no de una vena. Pero sabía que te asustaría más que la sangre.

Micah me dio vuelta hacia la pared, poniendo las manos en contra de la

baldosa, presionando su cuerpo contra mi espalda. La voz de Jean-Claude era suave en mi cabeza, más íntima que el tacto de Micah.

—No sabía que obtendrías este demonio de mí, *ma petite*, y nada puedo decir que te convenza de ello. Ya lo sé. Esperaré aquí, hasta que hayas luchado contra el demonio, sea cual sea el resultado. —Y se escondió para no sentir lo que estaba pasando, me dejó sola para hacer mi elección, si todavía era capaz de elegir.

Encontré mi voz y dije:

—Micah, detente, por favor, para.

Micah lamió la parte de atrás de mi cuello, y me estremeció, me apreté contra la pared húmeda.

—Por favor, Micah, no estoy con el control de la natalidad. —Un pensamiento claro, por fin.

Me mordió suavemente la parte de atrás del cuello.

—Yo mismo lo he limitado hace dos años. Estás a salvo conmigo, Anita.

—Por favor, Micah, por favor, no.

Esto era un poco más difícil, que el lado de la extracción de la sangre, y mi cuerpo fue pasivo, tranquilo. Era como si hubiera golpeado un interruptor que no sabía que tenía. Cuando se presionaba a sí mismo dentro de mí, me asustó, y sabía que en algún momento, cuando había estado prestando atención a Jean-Claude dentro de mi cabeza, se había extendido más jabón en su cuerpo, permitiendo que su dureza se deslizara más fácilmente dentro de mí.

Me inmovilizó contra la pared y se deslizó dentro de mí, cada pulgada ajustándose a vez. No es que fuera durante mucho tiempo, tanto como él de ancho, lo suficientemente amplio como se trataba sólo de este lado del dolor que él mismo trabajó dentro de mí, incluso con el jabón.

Lo empujó hasta que la mayoría estaba dentro de mí, y hubo un punto de parada. Entonces empezó a salir, despacio, muy despacio. Entonces, de nuevo, lentamente, todavía tenía que esforzarse, trabajar para hacer espacio dentro de mí.

Me quedé clavada en la pared, pasiva, inmóvil. No era así. Me movía durante el sexo. Pero no quería moverme, no quería parar, y no había que pensar, sólo quería la sensación de tenerlo en movimiento dentro y fuera de mí.

No estaba tan rígida ahora, y el jabón había dado paso a mi propia

humedad, de modo que comenzó a moverse más fácilmente dentro y fuera de mí. Era amable, pero era tan grande que incluso suave era casi abrumador.

Llegó al final de mi cuerpo antes de que el eje completo de él estuviera dentro de mí. Podía sentirlo chocando contra mi cuello al final de cada movimiento. Sí, chocar contra su cuello uterino a la mayoría de las mujeres les resulta doloroso, pero algunas mujeres les resulta agradable.

Su tamaño era intimidante, pero cuando me di cuenta que no dolía, de hecho, que se sentía maravilloso, una parte de mí que aún estaba sana, mantenía un seguimiento de algunas medidas de seguridad, relajando y cerrando.

Mi última medida de control se fue. No quería sexo. Eso fue sólo un medio para un fin. Quería alimentarme. Quería comer su lujuria, beber su calor, bañarme en su energía. El pensamiento atrajo un poco de sonidos a mi garganta.

Micah se apoyó contra la pared, su cuerpo entró por completo, y empezó a encontrar un ritmo, todavía suave, pero más rápido. Estaba siendo tan cuidadoso conmigo, y no quería que él tuviera cuidado.

Oí una voz que no sonaba como la mía decir.

—Más duro.

Su voz salió estrangulada.

—Te haré daño si lo hago más fuerte.

—Pruébame.

—No.

—Micah, por favor, hazlo, por favor. Si me duele lo diré. Por favor.

Había estado menos controlado en la otra habitación, y me di cuenta de por qué. Él realmente tenía miedo de hacerme daño, porque estaba dentro de mí. Cuando lo tenía sólo frotándose sobre mi cuerpo, él no había tenido que preocuparse de dañarme, él lo hizo.

Tenía una ventaja sobre el control que me impidió la alimentación. Era un Nimir-Raj, y tenía el poder suficiente para mantenerme lejos. A menos que bajara la guardia. Para ello tenía que perder más el control que eso.

A pesar de que pensé que, una parte de mí estaba nadando a la superficie. Se me ocurrió de nuevo, por lo menos un poco. No quería hacer esto. No quería alimentarme de él. Estaba mal, en muchos aspectos estaba mal.

Empecé a decir:

—Micah, detente, no puedo hacer esto. —Recibí la respuesta de Micah... y se llevó mis palabras.

Se metió dentro de mí con tanta fuerza y rapidez que arrancó un grito de mi garganta y trajo de nuevo el hambre de Jean-Claude en una furiosa ola de calor que montaba mi cuerpo y mi boca se derramó.

Se había detenido.

—¿Estás bien?

—No te detengas. ¡No pares!

Nunca preguntó de nuevo. Se dirigió a sí mismo dentro de mí tan rápido y duro que me dejó sin aliento, incapaz de recuperar el aliento. Pequeños, ruidos inofensivos salieron de mis labios y con las palabras:

—¡Oh, Dios, sí, sí, Micah! —Cada vez que empujó en la medida de lo que pudo, destruyéndose a sí mismo dentro de mí, estaba en esa fina línea entre el placer y el dolor abrumador. Y así como el placer comenzó a girar hacia el dolor, se había retirado, y era capaz de respirar de nuevo. Entonces él se lanzó dentro de mí de nuevo, y quería empezar otra vez.

Sentía que me llenó como si fuera una copa, hasta que no había nada en mi interior aparte de la sensación de su cuerpo, el tacto de su carne golpeando en la mía. Fue apretada, espesa, como si hubiera conectado un agujero con su cuerpo, y nunca dejarlo ir.

Esa sensación de plenitud en mi interior creció, y creció y se extendió a mí, a través de mí, dentro de mí, y arrancó de mi boca gemidos, y gritos frenéticos, como espasmos de mi cuerpo a su alrededor. Y fue sólo entonces que escapó de su control, haciéndome saber que había sido aún suave. Su control se fue cuando lo hizo, y yo le tomaba en mí, a través de su pecho presionado a mi espalda, las caderas empujando contra mí.

Bebí de él, ya que explotó dentro de mí. Le di de comer, lo llevé dentro de cada poro de mi piel, hasta que fue como si nuestra piel se vertiera la una en la otra, se convirtió por un brillante momento en una bestia.

Y pude sentir su bestia en mi interior, como si se tratara de un acoplamiento dentro de nuestros cuerpos como nuestros proyectiles humanos fusionados. En ese momento, no me cupo duda de que era verdaderamente su Nimir-Ra.

Cuando terminamos y nos deslizamos hasta el suelo, él todavía estaba dentro de mí, sus brazos abrazándome a la parte delantera de su cuerpo, empecé a llorar. Tenía miedo de hacerme daño, pero eso no fue todo. No podía explicarle las lágrimas, porque no quería decirlo en voz alta.

Pero lo sabía. Traté de no ser uno de los monstruos durante tanto tiempo..., y ahora, de un solo golpe, soy como ellos.

Tú no puede ser un vampiro chupa sangre y ser un licántropo, al mismo tiempo. Se contraponen el uno al otro como una enfermedad o una maldición. Pero había sentido como mi bestia se curvaba alrededor de Micah. Me había sentido como si fuera un embrión en un lugar cálido, seguro, en espera. Y me había dado de comer fuera de él tan seguro como cualquier vampiro. Siempre había pensado que tendría que beber la sangre de ser uno de ellos. Pero me había equivocado, equivocado acerca de muchas cosas. Dejé a Micah sostenerme. Sentí su corazón golpeando contra mi espalda y lloré.



Nathaniel fue conmigo porque estaba demasiado débil para concentrarme. Estaba funcionando como una máquina: avanzar, resolver los problemas uno cada vez, pero fue como si el mismo suelo por el que caminaba, el aire que respiraba, fueran precarios. Como si todo hubiera cambiado porque había cambiado.

No, sabía más que eso. Sabía que no importa lo mal que te sientas, o que te haya pasado algo horrible, el mundo sólo sigue adelante. Y el resto del mundo ni siquiera se da cuenta de que los monstruos se te están comiendo el corazón. Hace mucho tiempo que ya no me molesta ni es tan confuso, doloroso, y al mundo no le importaba una mierda. El mundo, la creación en su conjunto, está diseñada para avanzar, para seguir sin esperar a ninguna persona.

Se siente condenadamente impersonal, lo es. ¿Pero, entonces como sería, si el mundo dejara de girar sólo porque uno de nosotros está teniendo

un mal día? Todos estaríamos flotando en el espacio.

Por lo tanto, acurrucada en la oscuridad en el asiento del copiloto de mi Jeep, sabía que sólo yo había cambiado. Pero fue un cambio tan grande que parecía que el mundo debería haber cambiado su órbita, sólo un poco.

Junio era de nuevo normal, caliente, y estaba pegajosa.

Nathaniel llevaba una camiseta tanque de crucería superior y shorts para correr. Se había atado el largo pelo en una trenza floja, que le llegaba casi al tobillo lo llevaba al lado sobre su muslo. Había descubierto que si lo dejaba caer al suelo, se enredaba en los pedales. También tenía que tener cuidado con el cambio de marchas. Nunca había tenido el pelo tan largo.

Nathaniel tenía el carnet de conducir desde hace solo unos meses, aunque tenía veinte años. Gabriel, su antiguo alfa, no le había animado a ser independiente.

En cierto modo les exigía, lo que pudieran. Al principio Nathaniel se había perdido cuando empecé a exigir que decidiera las cosas por sí mismo, pero últimamente, lo había estado haciendo mejor. Me dio esperanza, y necesitaba algo de esperanza en este momento. Me había escogido la ropa mientras estuve fuera de combate. Jeans negros, y una camiseta azul real de escote redondo, un sujetador negro suficientemente bajo como para acomodarse al escote, igual la ropa interior, calcetines negros, zapatillas Nike negras, una camisa de negra de manga larga para cubrir la funda del hombro de la Browning...

La gente seguía diciéndome que tenía que comprar un arma principal nueva. Puede que tuvieran razón. Probablemente habría algo por ahí que se ajustara a mi mano mejor que la Browning.

Pero lo había estado retrasando. La Browning era como un pedazo de mí. Me sentía incompleta sin ella, como si me faltara una mano. Se va a llevar algo más que un pequeño apretón decidirme de cambiar las armas de fuego. Así que, por ahora, todavía tenía la Browning.

Nathaniel también me había traído las vainas de la muñeca y los cuchillos de plata a juego. Los dejaría en el coche porque llevaba manga corta. Eran un poco agresivos para llevar a la comisaría.

Acababa de sustituir la vaina de atrás que me habían arruinado en Nuevo México. Había sido un pedido especial, y me había costado mucho dinero para conseguir un trabajo urgente, pero había valido la pena. Realmente no había ningún otro lugar de mi cuerpo que podría llevar una hoja de las grandes y aun así ser capaz de sentarme, sin mostrar la

empuñadura.

Nos dirigimos en silencio. Nathaniel ni siquiera encendió la radio, aunque a él le gustaba ponerla. Rara vez se movía en silencio si podía haber música de fondo. Pero esta noche dejó que el silencio se filtrara en el jeep.

Finalmente hice una pregunta de la cual necesitaba respuesta.

—¿Quién puso la Derringer en el bolsillo de mi bata? —La Derringer ahora estaba en la guantera.

—Yo lo hice.

—Gracias.

—Las dos primeras cosas que siempre haces son vestirme y armarte. — Su sonrisa brilló en un instante con la luz de la calle—. No estoy seguro de cuál es tu máxima prioridad.

Tuve que sonreír.

—Tampoco estoy segura.

—¿Cómo estás? —Su voz era muy cuidadosa cuando me lo preguntó, tranquilo en el silencio del coche.

—No quiero hablar de eso.

—Muy bien.

Es una de las pocas personas de las que realmente lo creía cuando lo decía. Si decía a Nathaniel que no quería hablar, no hablábamos. El silencio entre nosotros ya no era tenso. De hecho, el silencio con Nathaniel era uno de los sonidos más relajantes de mi día.

Nathaniel estacionó el Jeep y salimos. Cogí mi licencia de verdugo, aunque la mayoría de la gente me conocía a la vista. Se me ocurrió que pensaban que estaba muerta, mientras caminábamos hacia la puerta, me di cuenta que debería haber llamado antes pero ya era demasiado tarde. Ya estaba a un metro de la puerta. No llevaba el móvil encima.

Era una visión familiar y usualmente sólo me hacían una señal para que fuera por detrás del escritorio, pero esta noche los ojos del oficial se hicieron muy grandes, me hizo señas a la izquierda de modo que no tuviera que pasar por el detector de metales. Pero él estaba cogiendo un teléfono cuando lo hizo. Apostaba que estaba avisando con antelación. No ves a la gente levantarse de la tumba cada noche. Bueno, yo sí que lo hacía, pero la mayoría de los policías no.

Ya estaba subiendo las escaleras que conducían a la sede de RPIT cuando el detective Clive Perry abrió la puerta y comenzó a bajar las escaleras. Era esbelto, hermoso, afro-americano, y la persona más

infaliblemente cortés que jamás había conocido. En realidad se tropezó y tuvo que agarrarse a la barandilla. Incluso entonces se apoyó contra la pared, como si las piernas no le estuvieran funcionando muy bien. Él pareció sorprendido, no, asustado.

—Anita. —Su voz era entrecortada. Probablemente fue la segunda vez en todos los años que habíamos conocido que había usado mi nombre de pila. Por lo general era Sra. Blake.

Le respondí igual, sonriendo.

—Clive, es bueno verte. —Sus ojos miraron a Nathaniel, a continuación, volvieron a mí—. Se supone que debes estar... —Se enderezó en la escalera—. Quiero decir, hemos escuchado... —Lo vi tratar de entenderlo. En el momento en que llegamos a su lado, se veía casi normal. Sin embargo, su siguiente pregunta no era normal—. ¿Te habías muerto?

Le sonreí, y luego sentí que la sonrisa se desvanecía mientras le miraba a los ojos. Hablaba en serio. Pensándolo bien yo revivía a los muertos, así que la pregunta no era tan ridícula como sonaba, pero me di cuenta de que algo de su sorpresa no sólo era de verme caminar. Fue a partir de su temor de lo que era ahora. Él pensó que era una muerta que caminaba. En cierto modo, estaba incómodo.

—No, Clive, no morí.

Él asintió con la cabeza, pero había una tensión alrededor de los ojos que me hizo pensar, que si tratara de tocar su brazo, ¿se inmutaría? No quería saberlo, por lo que Nathaniel y yo sólo pasamos junto a él, dejándolo solo en la escalera.

Entré en la sala de la brigada con sus mesas de hacinamiento y el ruido de la gente ocupada. RPIT tenía algunas de las horas de más actividad después de las tres AM. El ruido murió poco a poco, como los anillos de agua, hasta que me moví en silencio entre los escritorios y todos miraban. Nathaniel se quedó a mi espalda, moviéndose como una atractiva sombra.

Finalmente dije con voz lo suficientemente alta como para que me oyeran todos.

—Los rumores de mi muerte son muy exagerados.

Y la sala explotó en ruido. De repente me sentí rodeada de hombres, y algunas mujeres, que me abrazaban, me daban palmaditas en la espalda, el bombeo de mi mano. Las caras sonrientes, los ojos aliviados.

Nadie más mostró la reserva de Clive Perry había demostrado en la

escalera, y me hizo pensar acerca de su trasfondo religioso, o su metafísica. Él no era sensible, pero eso no significaba que no había crecido en un entorno de personas que lo fueran.

Zerbrowski me levantó completamente del suelo en un abrazo de oso enorme. Él no es tan grande, pero él me hizo girar por toda la habitación, finalmente me puso en el suelo, riendo y un poco inestable en mis pies me dijo.

—Maldición, Anita, joder pensé que nunca iba a volver a verte entrar por esa puerta.

Empujó una maraña de rizos negros que comenzaban a teñirse de gris de la frente. Necesitaba un corte de pelo. Llevaba la ropa desconvidada como era habitual, como si hubiera elegido la corbata y la camisa en la oscuridad. Se vistió como si fuera ciego o no le importa una mierda. Estaba apostando en el segundo.

—Es bueno verte a ti también. He oído que en realidad estáis deteniendo a alguien por sospecha de haberme matado.

Su sonrisa se desvaneció en los bordes.

—Sí, el conde Drácula está en una celda.

—Puedes sacarlo, porque como ves, estoy muy viva.

Los ojos de Zerbrowski se estrecharon.

—He visto las fotos, Anita. Estabas cubierta de sangre.

Me encogí de hombros.

Sus ojos se convirtieron en sospechosos ojos de policía.

—¿Han sido que, cuatro noches? Tuviste una gran pérdida de sangre.

Podía sentir mi propio rostro neutro, distante, frío e imposible de leer como el de cualquier policía.

—¿Jean-Claude Puede estar listo para irse? Me gustaría llevarlo a casa antes de que llegue el amanecer.

—Dolph va a querer hablar contigo antes de salir.

—Pensé en eso. ¿Podrías comenzar el procesamiento de Jean-Claude mientras hablo con Dolph?

—¿Vas a llevarlo a tu casa?

—Voy a dejarlo en su lugar, no es que sea asunto tuyo. Eres mi amigo, Zerbrowski, no mi papá.

—Nunca he querido ser tu padre, Anita. Dolph es otro asunto.

Suspiré.

—Sí. —Miré a Zerbrowski—. ¿Por favor, Jean-Claude estará listo para

irnos?

Me miró por un segundo o dos, luego asintió.

—Muy bien.

Miró a mi lado, a Nathaniel, que se había mudado al lado de la sala para que la gran reunión tuviera lugar.

—¿Quién es ese?

—Nathaniel, un amigo.

Volvió a mirarme.

—Un poco joven, ¿no?

—Es sólo seis años más joven que yo, Zerbrowski, pero me trajo esta noche, así no tendría que manejar.

Sus ojos parecían preocupados.

—¿Estás bien?

—Un poco débil, pero va a pasar.

Me tocó la cara, mirándome fijamente a los ojos, tratando de leerme, creo.

—Me gustaría saber qué diablos está pasando contigo.

Le di la mirada, la cara, los ojos, todo en blanco.

—A mí también.

Eso pareció darle una sorpresa, porque él parpadeó y dejó caer la mano.

—Voy a buscar al Conde Drácula a la celda, tú tienes que ir a hablar con Dolph.

Encogí los hombros un poco, no estaba ansiosa por hablar con Dolph. Zerbrowski fue a buscar a Jean-Claude, y me fui a dejar a Nathaniel con una bonita mujer, la policía parece gustarle y me fui a la oficina de Dolph.

Estaba de pie en la puerta como una pequeña montaña.

Mide seis con ocho y es como un luchador profesional. Su pelo era oscuro y muy corto, dejando las orejas descubiertas. Su traje parecía recién planchado, con una corbata perfectamente anudada. Probablemente había estado en el trabajo casi un turno de ocho horas, pero aún parecía recién salido de la caja.

Sus ojos eran muy cuidadosos cuando me miró.

—Me alegro de que estés viva.

—Gracias, yo también.

Él hizo un gesto con la mano y me llevó por el pasillo fuera de la oficina, lejos de los escritorios, hacia las salas de interrogatorios.

Creo que quería privacidad. Tanta privacidad que incluso los cristales

de su oficina no eran suficiente. Hizo que mi estómago se encogiera y un chorrillo de miedo pasó por mí.

No tenía miedo de Dolph de la forma en que tenía miedo de un cambiaformas deshonesto o una vampiresa a la que tenía que matar. Él no me haría daño físicamente. Pero tenía miedo de sus hombros rígidos, la prudente mirada fría de sus ojos cuando él miró hacia atrás para asegurarse de que estaba siguiéndolo. Pude sentir lo molesto que estaba, casi como la energía de un cambiaformas. ¿Qué había hecho para merecer tanta rabia?

Dolph abrió la puerta para mí.

—Toma asiento —dijo, mientras cerraba la puerta detrás de nosotros.

—Me quedo de pie, gracias. Quiero que Jean-Claude salga de aquí antes del amanecer.

—Me dijiste que no saldrías con él nunca más —dijo Dolph.

—Ha sido detenido sin cargos bajo la sospecha de matarme. No estoy muerta así que me gustaría sacarlo de aquí.

Dolph sólo me miró, con los ojos tan fríos e ilegibles, como si estuviera mirando a un testigo, no a un sospechoso, que no le gustaba mucho.

—Jean-Claude tiene un abogado malditamente bueno ¿Cómo lo mantienes por más de setenta y dos horas sin una acusación? —pregunté.

—Eres un tesoro de la ciudad. Les dije a todos que te había matado, y me ayudó a retenerlo por un tiempo.

—¡Maldición, Dolph, tienes suerte! Ni un oficial con exceso de celos lo pondría en una celda con una ventana.

—Sí, demasiado malo.

Lo miré, ni siquiera segura de qué decir.

—Estoy viva, Dolph. No me dolió.

—¿Quién lo hizo?

Era mi turno para darle ojos de policía.

Se acercó a mí, sobre mí. Él no estaba tratando de intimidarme con su estatura, porque sabía que no funcionaba de todos modos. No era más que grande. Me tocó la barbilla, intentaba girar la cara hacia un lado. Me aparté.

—Hay cicatrices en el cuello que no tenías hace una semana. Todas son brillantes y casi curadas. ¿Cómo?

—¿Te parece que no estoy bien?

—No.

—Haz lo que quieras.

—Vamos a ver las cicatrices. —Arrastraré el pelo a un lado y dejé que

pasara su dedo por la herida cicatrizada—. Quiero ver el resto de las heridas.

—¿No necesitamos una mujer policía para esto?

—¿Realmente quieres que alguien más lo vea?

Tenía un punto.

—¿Por qué quieres ver, Dolph?

—No te puede obligar a mostrarme, pero tengo que verlo.

—¿Por qué?

—No sé —dijo, y su voz se mostró incierta por primera vez.

Me liberé de la camisa manga larga y la puse sobre la mesa. Mantuve mi brazo izquierdo empujando la manga de la camiseta.

Trazó con el dedo las marcas.

—¿Qué hay en tu brazo izquierdo? Siempre consigues más golpes.

—Creo que es porque soy diestra. Dejo que mastiquen mi brazo izquierdo, mientras que agarro un arma con la derecha.

—¿Mataste a lo que te hizo esto?

—No.

Me miró, y el enojo se mostró por un segundo.

—Me gustaría creerte.

—A mí también, sobre todo desde que estoy diciendo la verdad.

—¿Quién o qué te hizo esto, Anita?

Sacudí la cabeza.

—Han sido atendidos.

—¡Maldita sea, Anita!, ¿cómo puedo confiar en ti cuando no quieres hablar conmigo?

Me encogí de hombros.

—¿Lo del brazo es todo?

—Casi.

—Quiero verlo todo.

Había un montón de hombres en mi vida a los que habría acusado de querer quitarme la camisa, pero Dolph no era uno de ellos. Nunca había ese tipo de tensión entre nosotros. Me quedé mirándolo, esperando a que diera marcha atrás, pero no lo hizo. Debería haber sabido que no.

Me saqué la camisa de los pantalones y expuse mi sujetador. Tuve que levantar el borde del aro para mostrar el agujero redondo, ahora cicatriz, en mi corazón.

La tocó, como había hecho con todas las demás, sacudiendo la cabeza.

—Es como si algo trató de quitarte el corazón. —Levantó los ojos a mi cara—. ¿Cómo demonios has curado, Anita?

—¿Puedo vestirme?

Hubo un golpe en la puerta, y entró Zerbrowski sin esperar a que le dieran permiso, mientras que todavía estaba luchando para meter mis pechos detrás de los aros. Sus ojos se agrandaron.

—¿Interrumpo?

—Hemos terminado —dije.

—Vaya, y yo pensé que Dolph tendrían más poder de permanencia. — Los dos lo miramos. Él sonrió—. Conde Drácula ha sido procesado y está listo para salir.

—Su nombre es Jean-Claude.

—Lo que tú digas.

Tenía que agacharme y reorganizar mis pechos para que el sujetador encajara bien otra vez. Ambos vieron como lo hacía, y no se apartaron. Zerbrowski porque era un alegre, y Dolph porque estaba enojado.

—¿Quieres tomar una prueba de sangre? —preguntó.

—No.

—Podemos conseguir una orden judicial.

—¿Por qué motivos? No he hecho nada malo, Dolph, excepto mostrar que no he muerto. Si te conociera mejor, diría que estás decepcionado.

—Me alegro de que estés viva —dijo.

—Pero lamentas que no pudieras inculpar a Jean-Claude. ¿Es eso?

Apartó la vista. Finalmente lo había calado.

—Eso es todo, ¿no? Estás apesadumbrado de no poder detener a Jean-Claude, ejecutarlo. No me jodas, Dolph. ¿Por qué lo quieres muerto?

—Él ya está muerto, Anita.

—¿Es una amenaza?

Dolph hizo un ruido exasperado.

—Es un cadáver ambulante, Anita.

—Sé lo que Jean-Claude es, Dolph, probablemente mejor que tú.

—Así que sigo escuchando —dijo.

—¿Qué, estás enojado porque estoy saliendo con él? Tú no eres mi padre, puedo hacer que, o lo que, yo quiero a mi edad.

—¿Cómo puedes dejar que te toque? —Y la rabia estaba allí de nuevo.

—¿Quieres verlo muerto porque ha sido mi amante? —No podía mantener la sorpresa de mi voz.

Él no miraba mis ojos.

—Tú no estás celoso de mí, Dolph, ese no es el hecho. Simplemente te molesta que él no sea humano, ¿es eso?

—Es un vampiro, Anita. —Se encontró con mi mirada entonces—. ¿Cómo puedes estar con un cadáver?

El nivel de animosidad era demasiado personal, demasiado íntimo. Y entonces me di cuenta.

—¿Qué mujer en tu vida ha estado con los muertos vivientes, Dolph?

Dio un paso hacia mí, todo su cuerpo temblaba, sus enormes manos apretadas en puños. La rabia se precipitó en su rostro en una ola de color púrpura. Habló con los dientes apretados.

—¡Fuera!

Quería decir algo para hacerlo mejor, pero no había nada que decir. Caminé con cuidado junto a él, manteniendo los ojos en él, tenía miedo de que me agarrara. Pero él se quedó allí recuperando el control de sí mismo. Zerbrowski me acompañó y cerró la puerta detrás de nosotros.

Si hubiera estado con otra mujer, habríamos hablado sobre lo que ocurrió. Si hubiera estado con hombres en una línea diferente de trabajo, habríamos hablado de ello. Pero Zerbrowski era un policía. Y eso significaba que no se habla acerca de las cosas personales. Si accidentalmente aprendí algo verdaderamente doloroso, verdaderamente privado, lo dejó, a menos que el hombre en cuestión quisiera hablar de ello. Además, no sabía qué decir. No quería saber que la mujer de Dolph estaba engañándolo con un cadáver. Tenían dos hijos, no hijas, ¿De modo que otra cosa podría ser?

Zerbrowski me llevó a través de la oficina de la brigada en silencio. Un hombre se volvió al entrar en la habitación. Era alto, de cabello oscuro, y gris. Las líneas limpias y fuertes de su cara estaban empezando a suavizarse en los bordes, pero era todavía un rostro atractivo en un hombre viril, una especie de Marlboro de paso. Se vio vagamente familiar. Pero no fue hasta que volvió la cabeza, mostrando las cicatrices de la garra en el costado de su cuello, que lo reconocí.

Orlando Rey había sido uno de los mejores cazadores de recompensas en el país hasta que un cambiaformas casi lo mató. Las historias que nunca pudieron ponerse de acuerdo sobre qué animal lo hizo, algunos dijeron que un lobo, un oso o los demás un leopardo. La historia había crecido a medida que se contaba, hasta dudo que nadie, sabía la verdad. Rey y el

cambiaformas que casi lo mata, si no habían muerto en el intento. Había un representante que nunca perdió una recompensa, nunca se detuvo hasta que su criatura estuvo muerta. Ganaba mucho dinero dando conferencias en todo el país y en otros países. Termina quitándose la camisa y mostrando sus cicatrices. Se veía un poco de feria o de circo para mi gusto, pero, hey, no era mi cuerpo. También hizo algunas consultas con la policía.

—Anita Blake, éste es Orlando Rey —dijo Zerbrowski—. Nosotros lo llamamos para ayudar a condenar al Conde Drácula por tu asesinato.

Miré a Zerbrowski, que se limitó a sonreír. Iba a seguir llamando a Jean-Claude por su mote, hasta que dejara de fastidiarme. Cuanto más rápido lo ignoraba era mejor.

—Sra. Blake —dijo Orlando Rey con voz profunda me recordaba de sus conferencias—, que bueno verte viva.

—Es bueno estar viva, Sr. Rey. Lo último que supe es que estaba dando conferencias en la Costa Oeste. Espero que no interrumpiera su gira para venir a resolver mi asesinato.

Se encogió de hombros, y había algo sobre la forma en que movía sus hombros que lo hacía parecer más alto y mayor.

—Hay muy pocos de nosotros que realmente van contra los monstruos, ¿cómo no iba a venir?

—Me siento halagada —dije—. He oído sus conferencias.

—Te acercaste y me hablaste después —dijo.

—Me siento halagada de nuevo. Debes coincidir con miles de personas al año.

Él sonrió y me tocó el brazo izquierdo, siempre tan a la ligera.

—Pero no muchos de ellos con cicatrices de sus rivales. Y la mitad no lo bastante en esta línea de negocio.

—Gracias. —Era por lo menos dos generaciones mayor que yo, así que pensé que su alabar no era tanto como el hábito de coquetear.

Zerbrowski me sonreía, y su sonrisa, dijo que no creía que Rey lo hiciera para ser simplemente amable. Me encogí de hombros y lo ignoré. He descubierto que si no pasase nada que un hombre está coqueteando contigo, la mayoría de ellos eventualmente se cansan y se detienen.

—Es bueno volver a vernos, Sra. Blake. Especialmente viva. Pero sé que debes tener prisa, si vas a rescatar a tu novio vampiro antes del amanecer.

No había la menor vacilación antes de «novio». Estudié su rostro y lo

encontré neutral.

No hubo condena, nada más que una sonrisa y buena voluntad. Después de Dolph, era muy agradable.

—Gracias por la comprensión.

—Me encantaría tener la oportunidad de hablar contigo antes de salir de la ciudad —dijo.

Una vez más, me preguntaba si estaba coqueteando, y dije lo único que podía pensar.

—¿Comparar notas, quieres decir?

—Exactamente —dijo.

Simplemente no entiendo mi efecto en los hombres. No era atractiva, o tal vez simplemente no pude verlo.

Nos dimos la mano, y no tomó mi mano más de lo necesario, no apretó, como cualquiera de esos hombres cobardes cuando las cosas no están interesadas. Tal vez sólo estaba paranoica cuando se trataba de hombres.

Zerbrowski me llevó a través del mar de escritorios en busca de Nathaniel. La mujer policía estaba con Nathaniel, era la detective Jessica Arnet, uno de los nuevos miembros de la plantilla, seguía entretenida en su escritorio.

Estaba mirando los ojos color lila, como si hubiera un poder hipnótico en ellos. No lo había, pero Nathaniel era un buen oyente. Eso es bastante raro en los hombres para que sea un punto de venta más grande que un cuerpo atractivo.

—Vamos, Nathaniel, tenemos que irnos.

Se puso de pie al instante, pero lanzó una sonrisa hacia la detective Arnet que hizo que sus ojos brillaran. Nathaniel trabajaba como stripper, por lo que coqueteó instintivamente. Parecía al mismo tiempo consciente e inconsciente de su efecto en las mujeres. Cuando se concentraba, comprendía lo que estaba haciendo. Pero cuando él simplemente entraba en una habitación y las cabezas se volvían, él era ajeno.

Le toqué el brazo.

—Di adiós a los detectives. Tenemos que darnos prisa.

—Adiós, detectives —dijo.

Le di un empujón hacia las puertas.

Zerbrowski nos guió. Creo que si Nathaniel no hubiera estado con nosotros, él tendría más preguntas. Pero él nunca había conocido a Nathaniel y no confiaba en él. Así que nos movimos en silencio al

calabozo, donde Jean-Claude estaba sentado en una de las tres sillas.

Normalmente el área de procesamiento estaba llena de gente entrando, saliendo, y abriendo y cerrando las puertas, que lo hacía parecer lleno de gente.

Las dos máquinas expendedoras ocupaban la habitación, pero salvo por el secretario de procesamiento de prisioneros, detrás de la ventana de su pequeño cajero prescrito, el lugar estaba desierto. Pero eran las 3:30 de la mañana.

Jean-Claude se levantó cuando me vio, su camisa blanca estaba manchada, rota en una manga. No parecía como si hubiera sido golpeado o herido. Sin embargo, solía ser un fanático de la ropa. Sólo algo drástico que ha cambiado eso. ¿Una lucha, tal vez?

No corrí hacia él, pero sí pase mis brazos alrededor de él, pulse el oído a su pecho, me aferré a él como si fuera la última cosa sólida en el mundo. Él me acariciaba el pelo y murmuró en francés. Entendí lo suficiente para saber que estaba contento de verme y que él creía que estaba hermosa. Pero más allá de eso era sólo un ruido.

No fue hasta que sentí a Zerbrowski detrás de mí que me aparté, pero la mano de Jean-Claude encontró la mía.

Zerbrowski me miraba como si nunca antes me hubiera visto.

—¿Qué? —Sonó hostil.

—Nunca te he visto ser tan... suave con nadie.

Me sorprendió.

—Me has visto darle un beso a Richard antes.

Él asintió con la cabeza.

—Esa fue la lujuria. Esto es... —Sacudió la cabeza, mirando hacia arriba a Jean-Claude, luego regreso a mí—. Él hace que te sientas segura.

Me di cuenta que tenía razón.

—Eres más listo de lo que pareces, Zerbrowski.

—Katie lee libros de autoayuda para mí. Acabo de ver las fotos. —Me tocó la mano derecha—. Voy a hablar con Dolph.

—No creo que vaya a ayudar —dije.

Se encogió de hombros.

—Si Orlando Rey puede cambiar después de tener una experiencia de conversión con los monstruos, cualquiera puede.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—¿Alguna vez has leído o visto, ninguna de sus entrevistas antes de su

accidente? —Zerbrowski hizo comillas con los dedos cuando dijo accidente.

—Eso fue antes de que estuviera interesada en el tema, creo.

Él frunció el ceño.

—Siempre se me olvida, que estabas todavía en pañales entonces.

Moví la cabeza.

—Eso creo.

—Rey fue una de las celebridades que declaró a los licántropos no humanos, por lo que podrían ser ejecutados simplemente por existir, sin un juicio. Luego lo cortaron en pedazos, y, de aquí, se suavizó.

—Tú casi te moriste, Zerbrowski.

Él me sonrió.

—No me hizo un mejor hombre.

Presioné las manos en su estómago, manteniendo sus vísceras en el interior mientras esperábamos a una ambulancia. Había ocurrido justo antes de Navidad hace dos años. Que Zerbrowski viviera había sido todo lo que puse en mi lista a Santa de ese año.

—Si Katie no puede hacerte un mejor hombre, entonces no hay nada que hacer —dije.

Él sonrió ampliamente, luego, su rostro se puso serio.

—Voy a hablar con el jefe, a ver si puedo conseguir que se suavice sin una experiencia cercana a la muerte.

Miré esa cara seria.

—¿Sólo porque me has visto abrazar a Jean-Claude?

—Sí.

Le di un abrazo Zerbrowski rápido.

—Gracias.

Me empujó hacia Jean-Claude.

—Mejor que te resguardes antes del amanecer. —Él miró más allá, al vampiro—. Cuida de ella.

Jean-Claude dio un pequeño arco de su cuello.

—Voy a cuidar de ella tanto como ella lo permita.

Zerbrowski rió.

—Oh, él te conoce.

Nos fuimos con Zerbrowski riendo, el empleado mirando, y la noche cada vez más suave. El amanecer iba a venir, y tenía muchas preguntas.

Nathaniel conducía y Jean-Claude y yo estábamos en la parte trasera.



Me abroché el cinturón de seguridad por costumbre, pero Jean-Claude se quedó presionado a mi lado, con el brazo alrededor de mis hombros. Empecé a temblar y no podía parar. Era como si hubiera estado esperando por él por lo que finalmente podría desmoronarme. No lloré, sólo dejé que me sostuviera mientras me sacudía.

—Está bien, *ma petite*. Los dos estamos a salvo.

Sacudí la cabeza contra el frente de su camisa manchada.

—No es eso.

Me tocó la cara, la llevó a mirarlo en la suave oscuridad iluminada del coche.

—Entonces, ¿qué es?

—Tuve sexo con Micah. —Vi su cara, esperé a que el odio, los celos, algo que se muestre a través de sus ojos. Lo que vi fue simpatía, y no lo entendía.

—Tú eres como un vampiro recién resucitado. Incluso como aquellos de nosotros que no pueden ser sus dueños, de luchar contra el hambre de la primera noche o las primeras noches. Es abrumador. Es por eso que muchos vampiros se alimentan de su pariente más cercano cuando resucitan primero. Es lo que están pensando en sus corazones, y se sienten atraídos por ellos. Es sólo con la ayuda de un vampiro maestro que el hambre puede ser dirigida.

—¿No estás enojado? —pregunté.

Se rió y me abrazó.

—Pensé que estarías enojada conmigo por darte el *ardeur*, el fuego, el hambre, la llama.

Lo empujé lo suficiente para ver su rostro.

—¿Por qué no me avisaste que no podía controlarlo?

—Nunca te subestimé, *ma petite*. Si alguien que he conocido en todos estos siglos podría haber resistido a esta prueba, esa eras tú. Así que no te dije que fallarías, porque ya no trato de predecir lo que vas a poder hacer o no. Eres una ley para ti misma la mayoría del tiempo.

—Estaba indefensa... Yo... yo no quería controlarlo.

—Por supuesto que no.

Sacudí la cabeza.

—¿El *ardeur* es permanente?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que pueda controlarlo?

—Unas pocas semanas. Pero incluso después de tener el control, tendrás que tener cuidado alrededor de los que más encienden tu lujuria. Ellos harán florecer el hambre vorazmente a través de tus venas. No hay que avergonzarse de ello.

—Así lo dices.

Tenía la cara entre sus manos.

—*Ma petite*, han sido más de cuatrocientos años desde que me desperté con el *ardeur*, causando estragos en mí, pero recuerda. Todos estos años, y todavía recuerdo el grito de la carne era casi peor que el grito de sangre.

Tomé sus muñecas, apreté sus manos contra mi cara.

—Tengo miedo.

—Por supuesto que sí. Así debe ser. Pero te ayudaré a través de esto. Voy a ser tu guía. Se puede pasar en unos pocos días, o vendrá y se irá, simplemente no lo sé. Pero te ayudaré a través esto, pase lo que pase.

Nathaniel se detuvo en el estacionamiento del Circo de los Malditos, al lado de la puerta trasera. Todavía estaba oscuro cuando llegamos, pero en el aire podía sentirse la suave aurora. Podía degustar la mañana aproximándose en la punta de la lengua.

Jason abrió la puerta exterior como si hubiera estado esperando por nosotros. Probablemente así era.

Jean-Claude pasó y se apresuró a la puerta que conducía a la escalera. Lo seguimos, pero Jean-Claude nos habló por encima del hombro.

—Tengo que ducharme antes del amanecer. —Con eso nos dejó, se fue en un movimiento borroso. El resto de nosotros caminó más tranquilamente por las escaleras, capaz de caminar de tres en tres, porque ninguno de nosotros éramos grandes.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Jason.

Me encogí de hombros.

—Estoy bastante curada.

—Te ves sobresaltada.

Me encogí de hombros, de nuevo.

—Está bien, puedo tomar una pista. No quieres hablar de eso.

—No, la verdad que no.

Jason miró a su alrededor a Nathaniel.

—¿Pasaras la noche?

—¿Lo haré? —Sabía que la pregunta iba dirigida a mí.

—Claro, puedo necesitar que me lleven a casa mañana, o más bien, más tarde hoy.

—Sí, me quedo.

—Pueden quedarse conmigo entonces. Dios sabe que la cama es bastante grande y no veo a muchos visitantes.

Eché un vistazo a Jason.

—¿Jean-Claude limita tus actividades sociales?

Se echó a reír.

—No, no exactamente, pero las mujeres que vienen aquí son vampiros freaks. Ellas quieren dormir en una cama debajo de la tierra del Circo de los Malditos. Ellas no me quieren, quieren al hombre lobo mascota de Jean-Claude.

—Yo no creía... —Me detuve porque me di cuenta que era un insulto.

—Sigue adelante, dilo.

—No creía que fueras tan difícil —dije.

—No lo era la primera vez que llegué aquí. Pero últimamente no quiero estar con alguien que sólo quiere poder presumir a sus amigos que ella se acostó con un cambiaformas, o que durmió en el lugar de descanso de los vampiros. No importa lo bien que se sienta por unos minutos, aún me hace sentir como que acaban de venir a buscar a uno de los freaks.

Pasé mi brazo a través del suyo, lo abracé.

—No dejes que nadie te haga sentir así, Jason. Tú no eres un monstruo. Me acaricié la mano.

—Mira quién habla. —Me aparté de él.

—¿Qué significa eso?

—Nada, lo siento, no lo he dicho.

—No, quiero que te expliques.

Suspiró y se apresuró a bajar las escaleras, pero estaba en zapatillas Nikes y podría seguir el ritmo.

Nathaniel siguió unos pasos atrás, sin decir una palabra.

—Explícate, Jason.

—Odias a los monstruos. Odias ser diferente.

—Eso no es cierto.

—Aceptas que eres diferente, pero no te gusta.

Abrí la boca para discutir con él, pero tuve que dejarme a mí misma, pensar. ¿Era cierto? ¿Lo era? ¿Odiaba ser diferente? ¿Odio a los monstruos porque son diferentes?

—Tal vez tengas razón.

Él me miraba con los ojos abiertos.

—¿Anita Blake admite que puede estar equivocada? ¡Woow!

Traté de fruncir el ceño ante él, pero podía sentir que un borde de la sonrisa que arruinó el efecto.

—Será mejor que me acostumbre a ser uno de los monstruos, o eso oigo.

Sus ojos fueron graves.

—¿De verdad vas a ser un wereleopardo?

—Vamos a averiguarlo, ¿no?

—¿Estás bien con eso?

Era mi turno de reír, pero sonaba amarga.

—No. No, no estoy bien con eso, pero el daño está hecho. Ya no se puede cambiar.

—Fatalista —dijo.

—Práctica —dije.

—Es lo mismo —dijo.

—No, no lo es.

Jason miró más allá de Nathaniel a pocos pasos detrás de mí.

—¿Cómo te sientes acerca de ella siendo una wereleopardo?

—Creo que voy a mantener mis sentimientos para mí mismo.

—Estás contento con eso, ¿no? —Y había un borde de hostilidad en su voz.

—No, no lo estoy.

—Te quedas con ella como tu Nimir-Ra ahora.

—Tal vez.

—¿Eso no te hace feliz?

—¡Basta, Jason! Richard me contó acerca de su teoría de Gregory haciéndome esto a propósito.

—¿Has hablado con Richard? —preguntó.

—Por desgracia.

—¿Sabes lo que ha ocurrido, entonces?

—Acerca de ustedes reteniendo a Gregory, sí. Hablé con Jacob en el teléfono, incluso.

Jason se mostró sorprendido.

—¿Qué le dijiste?

—Gregory muere, Jacob muere.

—Jacob quiere ser Ulfric.

—Hablamos de eso, también —dije.

—¿Qué te dijo?

—No va a impugnar a Richard hasta después de la luna llena de este mes. Es mejor que Sylvie levante cabeza, porque eso significa que Jacob tiene que derrotarla dentro de las próximas dos semanas.

—¿Por qué está esperando la luna llena?

—Porque le dije que lo mataría si no lo hace.

—No se puede socavar la autoridad de Richard así.

—No es necesario, Jason, él está haciendo un buen trabajo por su cuenta.

Estábamos en la parte inferior de la escalera, la pesada puerta entreabierta, a través de donde Jean-Claude se había precipitado.

—Richard es mi Ulfric.

—No te estoy pidiendo que hables mal de él, Jason. Ha destruido su

estructura de poder dentro de la manada. No es algo para debatir, es sólo la verdad.

Jason me detuvo en la puerta.

—Tal vez si hubieras estado aquí, podrías haberlo evitado.

Finalmente estaba enojada.

—Uno, no tienes derecho a cuestionar lo que hago, o dejo de hacer. Dos, Richard es un niño grande y toma sus propias decisiones. Tres, no se te ocurra, cuestionarme otra vez.

—Tú ya no eres mi lupa, Anita.

La ira floreció a través de mí como una ola hirviente, pasando a los hombros, los brazos, derramándose en mis manos. Nunca había sentido la rabia tan rápida y completamente. Tuve que cerrar los ojos para concentrarme, para no tener golpearlo. ¿Qué es lo que me pasa?

Sentí a Nathaniel a mi espalda.

—¿Estás bien? —dijo.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo.

—Mira —dijo Jason—. Lo siento, pero no quiero a Jacob a cargo de la manada, no confío en él. Richard puede ser un blando de corazón, que agita banderas, derecho, pero también es justo, y realmente quiere poner los mejores intereses de la manada antes de los suyos. No quiero perder eso.

Lo miré, tratando de tragar más allá de la ira. Mi voz salió apretada.

—Tienes miedo de lo que les sucederá a todos ustedes, si Jacob se hace cargo.

Asintió con la cabeza.

—Sí.

—Yo también —dije.

Me miró a la cara, la estudió.

—Si Jacob mata a Richard en una lucha justa, ¿qué vas a hacer?

—Richard no es mi novio, y no soy lupa. Si se trata de un desafío justo, entonces no puedo interferir. Le dije a Jacob si la lucha era justa, y después de la luna llena, no me vengaría de él.

—¿No vas a vengar la muerte de Richard?

—Si mato a Jacob, y Richard y Sylvie ya están muertos, ¿quién pasará a ser el líder? He visto lo que le sucede a un grupo de cambiaformas que no tienen un alfa para guiarlos. No dejaré que lo que sucedió con los leopardos les pase a los lobos.

—Si Jacob muere antes de que él luché con Sylvie, entonces no tendrías que preocuparte por ello —dijo Jason.

La ira que se había fugado hizo una reaparición.

—No se puede tener ambas cosas, Jason. O no soy tu lupa, no soy dominante para ti, por lo que no puedo ayudar a solucionar este problema, o sigo siendo tu lupa, y sigo siendo dominante para ti, todavía soy alguien a quien pedirías este tipo de ayuda. Decide que quieres que sea antes de que me encares de nuevo.

—No puedes ser lupa, la manada te sacó. Pero tienes razón, no es tu culpa. Tienes que solucionar tus problemas antes que te fijas en los de cualquier otra persona. Siento haberte encarado así.

—Disculpa aceptada —dije. Empecé a ir a su alrededor a través de la puerta, pero me cogió del brazo.

—No te pedí que mates a Jacob, porque tú eras mi lupa, o dominante para mí. Te lo pedí, porque sé que ya has pensado en ello. He preguntado porque sé que si crees que es lo mejor para el grupo, lo harás.

—Los negocios de la manada ya no son mi problema, es lo que todo el mundo me sigue diciendo.

—Ellos no te conocen como yo —dijo.

Me aparté de él con suavidad.

—¿Qué significa eso?

—Esto significa que una vez que has dado tu amistad, tu protección, a alguien, tú cuidas de ellos, incluso si ellos no quieren que lo hagas.

—Si mato a Jacob, Richard nunca me perdonará.

—El rompió contigo, ¿verdad? ¿Qué tienes que perder con la muerte de Jacob? Nada. Pero si no lo matas, entonces pierdes a Sylvie y Richard.

Pasé junto a él.

—Estoy realmente cansada de hacer el trabajo sucio de todos.

—Nadie es mejor en el trabajo sucio que tú, Anita.

Eso me detuvo, me hizo volver de nuevo hacia él.

—¿Qué significa eso?

—No quiere decir nada. Es sólo la verdad. —Miré sus solemnes ojos. Me hubiera gustado discutir, pero realmente no podía.

Había pensado que no podía sentirme peor acerca de mí misma esta noche. Me había equivocado, mirar los ojos de Jason, al oírle hablar de mí de esa manera, me hizo sentir peor. Esta noche no podía conseguir nada más deprimente.



El amanecer estaba a unos minutos cuando Jean-Claude entró por la puerta con una bata.

—Puedes usar la cama, *ma petite*, y tomaré mi ataúd. Creo que tus nervios son suficientes sin mí muriendo en tus brazos cuando salga el sol.

Me hubiera gustado discutir, porque quería que me sostuviera en la peor manera, pero tenía razón. Había tenido suficiente para una noche.

—Nathaniel se quedará conmigo —dije.

Una mirada pasó por la cara de Jean-Claude.

—Y Jason, también.

—¿Por qué?

—No tengo el tiempo para explicarte, *ma petite*, pero por favor créeme que Jason debe estar, también. Es lo mejor.

Podía sentir cerca el amanecer temblando, incluso tan profundo bajo tierra.

—Está bien, Jason puede quedarse, también.

Jean-Claude estaba ya al borde de la puerta.

—Se lo diré en mi camino a la sala de ataúd. Siento tener que dejarte así, *ma petite*.

—Vete, es casi el amanecer —dije.

Él me tiró un beso luego se fue, dejando la puerta entreabierta. Nathaniel estaba sentado en la esquina de la cama, con la cara neutral, los ojos, incluso el lenguaje corporal. Él era muy bueno en apariencia no amenazante, suave, casi.

Había estado durmiendo casi cuatro días, pero estaba cansada, increíblemente cansada. No estaba segura de que era físico, más como si hubiera abusado de mi mente, mis emociones. Me escurrí.

—Vamos a dormir un poco.

Se quitó la parte superior de su remera sin decir una palabra, se quitó los zapatos, se quitó los calcetines, y comenzó a destrenzar su cabello. Sabía que llevaría un tiempo, por lo que entré en el cuarto de baño mientras él terminaba. Hacía mucho tiempo que no había visto el cuarto de baño de Jean-Claude, con su bañera negra de lujo que era lo suficientemente grande para una pequeña orgía. El cisne de plata del que siempre salía agua me recuerda a una fuente. Pero esta noche no había baño. Sólo quería dormir y olvidar. Olvidar todo.

Por supuesto, no había llevado pijama, y la camisa que Nathaniel había elegido para mí, aunque era atractiva y cómoda, no era lo suficientemente larga para ser una camisa de dormir. No podía dormir en jeans, era tan incómodo. Maldición, ¿por qué las cosas pequeñas son tan importantes en una noche cuando todas las grandes cosas se habían ido al infierno?

Hubo un golpe en la puerta del baño.

—Estaré en un minuto, Nathaniel.

—Es Jason.

—¿Qué quieres?

—¿No te dijo Jean-Claude que me quedaba con ustedes esta noche?

—Él lo mencionó.

—También me envió con un pijama para ti. Se dio cuenta de que no empacaste uno.

Eso me hizo abrir la puerta. Jason estaba allí en un par de calzoncillos de seda azul, anchos para ser aceptables como ropa de dormir. Aceptable para él mientras compartía la cama conmigo, debo añadir. Jason, llevaba la

ropa interior masculina bikini —o menos— a la cama.

Extendió un trozo doblado de satén rojo. Lo tomé y dejé que se derramara a través de mis manos. En realidad, fueron dos piezas, una suelta con tirantes y un par de pantalones cortos. Obviamente era destinado a ser la ropa interior.

—Él dijo que te dijera que, de todo lo que podría quedarte, esto era lo que más te cubriría, fin de la cita —dijo Jason.

Suspiré.

—Gracias, Jason, estaré fuera. —Cerré la puerta sin esperar una respuesta. La parte superior que había visto muy suelta en realidad se aferraba con fuerza a través de mis pechos. Seguramente sabría si tenía frío o no. Los cortes eran tan altos en los lados de las piernas que llegaban casi en la cintura. Me las arreglé para cubrirlo todo y aun así no dejó mucho a la imaginación. Diseño de ropa interior mejorado, supongo.

Abrí la puerta y apagué la luz del baño al salir. Jason ya estaba metido en las sábanas de la parte derecha de la cama. Nathaniel seguía sentado en el otro lado. Se puso de pie al verme salir, su cabello suelto flotaba a su alrededor como una cortina de llena vida.

—Mi turno —dijo en voz baja, encendió la luz del baño y cerró la puerta.

—Te ves maravillosa —dijo Jason.

—Sin cumplidos, Jason. Estoy bastante incómoda en la ropa interior.

—Entonces, quítatelo. —Le fruncí el ceño. Dio una palmadita a la cama junto a él, sonriéndome—. Vamos a la cama.

—Cabréame bastante y voy a enviarte de vuelta a tu habitación.

—Jean-Claude dijo que me quedara aquí hoy.

—Podría insistir. —Tenía mi arma en la parte superior de mi ropa doblada, bajo el brazo.

—Si quisieras matarme sólo por molestar, habría muerto hace mucho tiempo.

—Por favor, Jason, he tenido una noche muy dura. Por favor, sólo pórtate bien, sólo por esta vez.

Levantó la mano en señal de saludo, de boy scout.

—No voy a morder, lo prometo.

Eso me hizo pensar en Micah y me hizo sonrojar, fue vergonzoso, dadas las circunstancias.

Jason puso los ojos como platos.

—Esa es la mejor reacción que he recibido de ti. Voy a tener que recordar la línea.

—Me recordaste algo vergonzoso, eso es todo.

La sonrisa se desvaneció.

—Sabía que no era por mí.

—No voy a cuidar tu ego, también, Jason. Vas a tener que cuidarlo tú mismo.

—Siempre lo hago. —La sonrisa se había desvanecido. Con el pelo amarillo y los ojos azules, parecía de alguna manera fuera de lugar contra toda la seda negra, como si necesitara de un color diferente para tenderle trampa de la mejor manera. Por supuesto, la cama no era para él, el mejor marco, se pretendía como marco de Jean-Claude.

La idea era suficiente. Lo sentí en su ataúd, se sentía muerto al mundo, ido allí donde los vampiros van cuando sale el sol. La sensación de tenerlo tan distante, incapaz de sostenerme, o ayudarme, me hizo sentir fría, y aún más a la deriva.

Me apoyé en el borde de la cama de madera gruesa de cerezo, con una mano. Pero mis manos no fueron lo suficientemente grandes como para rodear la madera. Era una cama grande, por lo menos de tamaño king.

—¿Qué pasa, Anita?

Sacudí la cabeza.

—No quiero hablar de eso.

—Lo siento. Voy a ser bueno. Te lo prometo.

—¿No molestarás más? —pregunté.

Trató de permanecer serio, pero se le escapó una sonrisa.

—Prometo no más burlas, sí creo que puedo evitarlo, pero te prometo intentarlo y no burlarme de ti, el día de hoy. ¿Cómo es eso?

Tuve que sonreír.

—Honesto, supongo. —Me senté en el borde de la cama.

—Parece que estás perdida esta noche —dijo.

Estaba tan cerca de lo que estaba pensando que me di vuelta y lo miré.

—¿Es tan obvio?

—Sólo para alguien que te conoce.

—¿Me conoces bien, Jason?

—A veces. Y a veces eres un total enigma para mí.

Aparté las mantas y me arrastré debajo de la sábana, empujando la pesada colcha lejos de mí. Había dejado un montón de distancia entre Jason

y yo. Pasé mi pistola bajo la almohada más cercana, la seguridad primero. Y por precaución adicional, ya que yo estaba durmiendo con las armas usuales, sin balas en la cámara.

—Honestamente, Anita, me porté bien, puedes moverte más cerca.

—Lo sé.

—Y no sólo porque a Jean-Claude y a Richard no le gustaría.

—No estoy saliendo más con Richard, Jason. Ya no es mío. —
Simplemente decirlo en voz alta hizo que mi piel se enfriara, con un nudo apretado en el estómago.

—Él puede decir eso, pero si descubriera que he intentado algo esta noche, nada grave, me haría pagar por ello.

—¿Qué quieres decir?

—Puede ser que no estén saliendo más, pero apuesto a mí parte favorita del cuerpo que no toleraría que estés saliendo con ninguno de los otros hombres-lobo. El no ser capaz de tenerte no es lo mismo que no querer.

Lo miré, con las rodillas cubiertas abrazándome a mi pecho.

—¿Cuándo te volviste tan inteligente?

—Tengo mis momentos.

Tuve que sonreír.

—Sí, tú.

Los dos estábamos sonriendo cuando Nathaniel salió del cuarto de baño.

—Apaga las luces Nathaniel.

Nathaniel hizo lo que le pedí, y la oscuridad era total. Las luces estaban encendidas por un temporizador. Pero hasta entonces era una oscuridad tan completa que era como si cayera tinta. No estoy molesta por lo general por la oscuridad, pero en ese momento era claustrofóbica, como una mano gigante negra presionando contra mí.

Sentí a Nathaniel en la cama.

—Por favor, enciende la luz del baño, deja la puerta entreabierta. —
Volvió y lo hizo.

Una de las cosas buenas de Nathaniel era que él no cuestionaba mucho las órdenes. Solía molestarme. Ahora contaba con ello, a veces.

Dejó la puerta entreabierta, lo suficiente para permitir que un dedo delgado de luz entre en la habitación y la inclinación a lo largo de la cama.

Nathaniel levantó la sábana y se metió en la cama sin decir palabra. Pero que él se arrastrara significaba que tenía que pasar más de cerca de

Jason. He encontrado el arma y la trasladé hasta una almohada conmigo. Pero Nathaniel no se subió por encima de mí, y todavía había espacio entre nosotros. No tanto espacio como me hubiera gustado, pero aun así era espacio. De hecho, era capaz de rodar a mi lado sin golpear a nadie. Por supuesto, que no fue como dormiría en su casa. En casa, Nathaniel y el resto de los wereleopardos dormían abrazados en grandes pilas. Me había acostumbrado a dormir la mayor parte de los últimos seis meses entre ellos. Había, por desgracia, llegado al punto de que cuando dormía sola, me sentía sola.

Nathaniel había caído de forma automática sobre su costado, de espaldas a mí, me esperaba para cerrar la distancia entre nosotros. Él ya se había mudado el pelo a un lado como una manta que tuvo que ser trasladada fuera del camino, dejando su espalda y parte de su cuello liso y desnudo. Me quedé allí por un segundo o dos, entonces pensé, al demonio. Me moví contra él, presionándome a mí misma al calor suave de su cuerpo, mi brazo se deslizó alrededor de su cintura. No era más que unos centímetros más alto que yo, bastaba con que lo abrazara un poco, presionando mi cara en la espalda, en el hueco detrás del omóplato. Era la manera en que había ido a dormir por mucho tiempo.

—Ahora me siento excluido —dijo Jason.

Suspiré, apretando a Nathaniel un poco más.

—¿Prometes no intentar nada?

—Prometo ser bueno.

—Eso no es lo que te pregunté.

Me dio una risita.

—Eres mejor de lo que solías ser en este juego. Bueno, te prometo no intentar nada.

—Entonces, te puedes acercar más, si lo deseas.

—Sabes que sí —dijo. Podía sentir su movimiento a través de la cama hacia nosotros.

—También te comprometiste a ser bueno.

—No tienes idea de lo bueno que puedo ser. —Estaba muy cerca cuando dijo eso.

—Estás presionando, Jason.

—Lo siento.

Pero no sonó como que lo sentía. Se acurrucó contra mi espalda, su cuerpo haciendo cucharita contra mí, doblando sus rodillas en una línea

casi perfecta detrás de mí. Estábamos dentro de una pulgada de ser de la misma altura, lo que hizo que hacer cucharita fuera fácil. También puso ciertas partes de su anatomía contra mi culo, y era difícil no darse cuenta de que estaba feliz de estar allí. No hace mucho tiempo, le habría dicho que se mueva, pero había pasado meses aprendiendo la etiqueta de los cambiaformas. Los hombres hacen todo lo posible para no tener erecciones, y no para usarlas cuando lo hacen, y las mujeres trataban de ignorar el hecho de que ellos las tenían. Esa era la regla. Esto permitía a todos a fingir que eran sólo un montón de cachorros que dormían en una pila amigable. Reconocer cualquier otra cosa significaba el sistema se vino abajo.

Me di cuenta de que no me molestaba. Durante estos meses había aprendido que era sólo una de esas cosas involuntarias que suceden, nada verdaderamente personal. Creo que Jason estaba decepcionado de que no recibió más reacción de mí.

Cuándo no reaccioné en absoluto, él movió su cadera sólo una fracción de distancia de mí, pero el resto se acurrucó contra mí con más fuerza.

Sí, me sentí como un sándwich entre ellos, y me recordó la fuerza de despertar entre Caleb y Micah. No es un recuerdo reconfortante. Pero el olor de la piel de Nathaniel era familiar.

El aroma de vainilla de sus cabellos a la altura de mi cara que se extendía bajo su cuerpo fue reconfortante. Dibujé el aroma que me rodeaba como una manta, puse mi cuerpo tan cerca de la curva del calor de él como podía ir y no salirme por el otro lado, y me aferré.

Reconocí en mi cabeza, aunque nunca en voz alta, que esta noche me aferraba. Lo tenía como si fuera la última cosa sólida en el mundo, la forma en que había querido aferrarme a Jean-Claude y no podía.

La mano de Jason se movía a lo largo de mi cadera, pero pasé su mano alrededor de mi cintura y me metí con tanta fuerza en contra de Nathaniel, que no había realmente ninguna otra parte a donde ir.

Su mano estaba muy quieta contra mi pierna desnuda, y había una tensión a él, como si estuviera esperando una protesta. Cuando no lo hice, se relajó y hasta movió su cuerpo de nuevo contra mí.

Había conseguido calmarse a sí mismo. Bien por él.

Honestamente, fue agradable tener el peso de Jason en la espalda. Normalmente, yo hacía cucharita con Nathaniel. Tomaba la posición dominante con mi cuerpo, lo protegía, con mi espalda desnuda hacia la habitación. Pero no me sentía especialmente dominante. Quería a alguien a

mi espalda. Y, si no podía ser Jean-Claude, o Richard, Jason no era una mala elección. Pese a todas sus bromas, era mi amigo.

Nathaniel se durmió primero, por lo general siempre es más rápido que yo. De algún modo supe que Jason estaba todavía despierto contra mi espalda, con su mano en mi muslo. Podía sentir una tensión en él que empezó a escurrirse, y extrañamente, fue reconfortante.

Jason, literalmente, estaba a mi espalda. Eso significaba que podía dormir, y entre los tres, podríamos con lo que viniera a través de la puerta, probablemente podríamos manejar la situación.

Probablemente.



Estaba soñando. Algo confuso acerca de cuerpos corriendo y un sonido de llamada que hizo a la multitud correr más rápido. ¿Un ruido de llamada?

Me desperté lo suficiente como para sentir a Nathaniel moverse a mi lado. Buscó a un lado de la cama y acercó a mi teléfono celular de mi pila de ropa. Me entregó el teléfono.

—Es para ti.

Jason murmuró:

—Dios, ¿qué hora es?

Pasé el teléfono abierto y lo puse en mi oído antes de que nadie respondiera a su pregunta.

—Sí, soy yo. —Estaba medio dormida.

—¿Anita?

—Sí, ¿quién es?

—Es Rafael.

Eso me hizo sentarme. Rafael era el rey wererata. El equivalente de un Ulfric. También aliado de Richard.

—Estoy aquí, ¿qué pasa?

—En primer lugar, mis condolencias. He oído que puedes ser Nimir-Ra de verdad la siguiente luna llena.

—Oye, las noticias viajan rápido —dije, tratando de no parecer amarga.

—En segundo lugar, sé que la manada tiene uno de tus leopardos, y que debes tratar de ganarlo de vuelta esta noche. Estás autorizada a llevar aliados contigo, y me sentiría honrado si permitieras, a los wereratas que te acompañen.

—Agradezco el gesto, Rafael, no sabes cuánto te lo agradezco, pero ya no soy lupa. Tu tratado es con la manada, y no estoy más con la manada.

—Es cierto, pero corriste el riesgo de muerte una vez para salvarme de la tortura, y posible muerte. Te dije entonces que los wereratas no olvidan lo que han hecho por nosotros.

—¿Qué pasa con tu tratado con Richard?

—Es con Richard, no con la manada.

—Apareciendo esta noche a mi espalda es aún un conflicto de intereses, ¿no te parece?

—No lo creo así. Creo que va a hacer el punto de que si Richard ya no es Ulfric, los wereratas no serán los aliados de los hombres-lobo.

—¿Vas a aparecer conmigo esta noche para dejar claro que el tratado es con Richard y no con la manada?

Jason se sentó en la cama.

—Sí —dijo Rafael.

—Que listo eres.

—Gracias.

—¿Así que no te gusta Jacob tampoco?

Jason se acercó a mí, como si pudiera escuchar la versión de Rafael. Tal vez podría.

—No —dijo Rafael.

—A mí tampoco.

—Así que nos recibirás en tu casa esta noche antes de conducir hasta el lupanar.

—¿Sólo ustedes? —Hice una pregunta.

—Oh, no, vamos a estar ahí en vigor por lo que el punto no se pierda en los partidarios de Jacob.

—Me gusta la forma de pensar que tienes —dije.

—Desearía que Richard también —dijo Rafael.

—¿Has tratado de conseguir que ejecute a Jacob, también? —pregunté.

—Sabía que ibas a entender tanto el problema y la solución necesaria, Anita.

—Oh, lo entiendo. Ojalá Richard lo hiciera.

—Sí —dijo Rafael—, sí. Jacob no es el hombre que Richard es, pero tiene algunas cualidades que yo desearía que Richard tuviera.

—Yo también.

—Te veo esta noche en tu casa de noche por completo.

—Voy a estar allí. Y Rafael...

—¿Sí?

—Gracias.

—No, las gracias no son necesarias. Las ratas tienen una deuda contigo. Nosotros pagamos nuestras deudas.

—Y se te permite hacer una amenaza a Jacob y sus partidarios, sin hacer nada que pudiera iniciar una guerra —dije.

—Como he dicho, Anita, entiendes las cosas de una manera en la que Richard no lo hace. Hasta esta noche.

—Hasta esta noche —dije. Colgó. Colgué, cambiando el teléfono a apagado. Jason estaba prácticamente apoyado sobre mi hombro.

—¿Acabo de escuchar que Rafael y los wereratas van con ustedes esta noche al lupanar?

—¿Le vas a chismear a Richard? —pregunté, mirando a la cara a centímetros de distancia, su espalda tocando mi hombro.

—No.

Mis ojos se abrieron.

—A menos que específicamente Richard pregunte: «¿Rafael va a estar ahí esta noche como aliado de Anita?», entonces no tengo que responder. Y no soy voluntariado para dar la información.

—Eso es cortar el juramento de obediencia muy cerca, ¿no?

—Mi lealtad es para Richard. Y que las ratas estén con ustedes esta noche le ayudará a Richard, no es para hacerle daño.

Yo asentí.

—A veces hay que ocultarle las cosas a Richard para ayudarlo.

—Desafortunadamente —dijo Jason.

Le pasé el teléfono a Nathaniel, que lo puso de nuevo en el piso con mi

ropa. Miré el reloj. Eran las diez, habíamos tenido un poco más de seis horas de sueño.

Es hora de comenzar el día. ¡Yupi! Todavía faltaban horas antes de que pudiera esperar que Jean-Claude esté despierto.

Me acurruqué en las sabanas en mi espalda. Nathaniel se volcó sobre su lado, con una mano a través de mi estómago, una pierna entrelazada sobre mis piernas. Su segunda posición favorita para dormir, aunque muchas veces tenía que sacarlo de antes de que pudiera ir a dormir. Pero no estaba durmiendo, estaba pensando, así que estaba bien.

Se frotó la mejilla contra mi hombro, y un pequeño movimiento de su bajo cuerpo lo presionó contra mí. Era duro y firme bajo los pantalones de seda. Era como la mañana, él era un hombre, era normal. Normalmente, podía pasarlo por alto, sólo una de esas cosas que pretendía no suceden, pero hoy...

Hoy en día la sensación de él apretado contra mí, me hizo tiritar. La necesidad rodó a través de mi cuerpo como el derrame de fuego a través de mí, por mí, dentro de mí.

Nathaniel se quedó inmóvil a mi lado.

Jason estaba sentado, frotándose los brazos desnudos.

—¿Qué fue eso?

Traté de no moverme, ni para respirar, para sólo estar tan quieta como Nathaniel. Traté de pensar en algo más que el calor de su cuerpo contra la longitud del mío.

Traté de no sentir la presión de lo duro y listo que estaba a través de la seda de los pantalones de jogging. Cogí la sabana y la tiré fuera de nosotros en un movimiento violento. Miré a lo largo de su cuerpo, de nuestros cuerpos, apretados.

Los pantalones cortos se aferraban como una segunda piel a su parte de atrás. El *ardeur* corrió a través de mí de nuevo como un nuevo pulso que nunca había sentido antes, y mi bestia se levantó a través de las profundidades de la misma. Era como si estuvieran atados. El hambre, y mi bestia despertaron, rodando dentro de mí como un gato perezoso, estirándose, mirando al ratón. Salvo que este gato lo que quería hacer con el ratón no fue sólo contra las leyes de la naturaleza, sino físicamente imposible. El problema era que este ratón tenía el olor de la vainilla y la piel, estaba caliente y completa en mi contra. Quería rodar sobre su espalda y arrancar los pantalones cortos y ver lo que estaba sintiendo.

Tenía ganas de lamer por el pecho, por el estómago, y... La imagen visual fue tan fuerte que tuve que cerrar los ojos frente a él allí tendido. Pero la vista no fue mi único problema. El olor de su piel era de repente abrumadora, dulce. Y tenía el deseo de rodar mi cuerpo encima de él, no por sexo con exactitud, pero para pintar su olor en mi cuerpo, para usarlo como un vestido.

—Anita —dijo Jason—. ¿Qué está pasando?

Abrí los ojos para encontrarlo inclinado sobre mí, apoyado en un codo, y el *ardeur* se amplió para incluirlo. No discriminaba. Le toqué la cara, mis dedos pasaron por el borde de su mejilla, tracé la plenitud de su labio inferior con el pulgar.

Movía la boca de nuevo lo suficiente para hablar.

—Jean-Claude dijo que habías heredado su necesidad, su íncubo. No le creí... —Mi mano estaba tocando su cara, el cuello, el pecho—... Hasta ahora —susurró.

Mi mano se detuvo sobre su corazón. Golpeaba contra mi mano, y podía de repente sentir el pulso de los latidos en la palma de mi mano contra su piel, como si mi corazón se hubiera derramado por mi brazo contra su cuerpo.

—Pregúntame por qué Jean-Claude insistió en que permaneciera aquí hoy.

Lo miré. No podía pensar, no podía hablar. Podía sentir su corazón, casi acariciarlo. Su corazón se aceleró, latiendo más rápido. Mi corazón se aceleró para cogerlo, hasta que nuestros corazones latían juntos, y era difícil saber cuándo un pulso se detenía y el otro comenzaba. Podría saborear los latidos de su corazón en la boca como si fueran impulsos dentro de mí, acariciando el cielo de la boca como si ya hubiera tomado un bocado de él.

Cerré los ojos y traté de alejarme del flujo y reflujo de su cuerpo, su calidez, su necesidad.

—Jean-Claude tenía miedo de que ibas a tratar de alimentarte de Nathaniel. Se supone que tengo que evitar que eso suceda. —Su voz era entrecortada.

Me levanté, con los brazos de Nathaniel enroscados alrededor de mi cintura, apretando su cara en mi lado. Me senté al lado de Jason con Nathaniel como un peso tentador envuelto alrededor de mi cuerpo. Mi mano se quedó en el pecho de Jason, ahuecando su corazón. Él debería

haberse alejado, pero no lo hizo. Podía sentir su deseo, sentir la necesidad en él.

Era puro deseo, no por el poder, o cualquier otra cosa, simplemente por mí. No era amor, pero era la pureza de una especie. Él simplemente me quería a mí.

Miré sus ojos azules, y no había engaño, no hay orden del día. Jason no quiere asegurar su base de poder, o ganancia de energía mística, sólo quería tener sexo conmigo, y sostenerme en sus brazos.

Siempre había tratado a Jason como un amigo, joven y divertido, no es embarazoso. El *ardeur* de Jean-Claude me dejó ver en su corazón, y me pareció el más puro de todos los que había tratado en un largo tiempo.

Miré a Nathaniel que estaba aferrado a mí. Conocía su corazón, también.

Él me quería físicamente, pero más que todo, él quería que yo lo quisiera. Él quería pertenecerme en todos los sentidos. Él quería seguridad, un hogar, alguien que cuide de él, y para cuidar. Él vio en mí todas las cosas que había perdido con los años.

Pero en realidad no me veía, veía un ideal de mí que quería.

Pasé la mano por su brazo, y se acurrucó contra mí. Miré a Jason y me dejó alejar mi mano de él, pero fue como si sacara algo de él a medida que avanzaba, su corazón latía dentro de mi cuerpo. Nosotros no tenemos que tocarnos para eso.

El hecho de que Jason me quería sólo para mí, sin motivos superiores me dieron ganas de recompensarle. Me hizo amarle un poco. Se anuló el hambre, se calló mi bestia, me ayudó a pensar.

—¡Fuera, los dos, salgan!

—Anita, ¿eres tú?

—Ve, Jason, llévatelo contigo, y váyanse.

—No me quiero ir —dijo Nathaniel.

Cogí un puñado de su cabello grueso y lo elevé a las rodillas. Esperaba ver el miedo en sus ojos, o la traición, pero lo que vi fue entusiasmo. Usé el pelo como un mango y tiré de él para mí hasta que nuestros rostros casi se tocaron. Sentí que su corazón latía con fuerza, la emoción a través de su cuerpo como lo señalé en mí.

Nathaniel nunca me diría que no.

Si alguien no puede decir no, es violación, o algo parecido. El *ardeur* se vierte a través de mí, teniendo el aliento en una línea de largo

estremecimiento.

Quería besar a Nathaniel, para llenar su boca con mi lengua. Y sabía que si lo hiciera, sería demasiado tarde.

Mi voz salió estrangulada.

—Te irás cuando te diga que te vayas, ahora ¡vete! —Solté mi mano de él tan de repente que se cayó de espaldas contra la cama.

Jason estaba en el otro lado de la cama, tirando de Nathaniel lejos de mí, empujándolo hacia la puerta. Al verlos pasar me dieron ganas de llorar o gritar. Ellos son perfectos para la alimentación. La habitación estaba llena de deseo mutuo, y estaba enviándolo a la basura. Todavía podía sentir sus latidos como el caramelo en la boca, como un doble eco de mi propio corazón.

Me cubrí los ojos con mis manos y grité, sin palabras, llena de dolor. Era como si el hambre finalmente se dio cuenta que realmente iba a dejarlos ir. Desató su furia a través de mí, arrancando un grito de mi boca irregular tras otro, tan rápido que no podía respirar. Me acosté en la cama en las sábanas de seda, retorciéndome y gritando. De repente tuve un recuerdo, y no era mío, de esta necesidad negada, encerrada en la oscuridad donde no podía tocar, cuando la piel no podría derretirse en la tuya. Me sentía en el borde de la locura, Jean-Claude después de aquel castigo en particular.

Se había curado, pero el recuerdo todavía estaba crudo.

Unas manos en mí, me sostienen hacia abajo. Abrí los ojos para encontrar a Nathaniel y a Jason sujetándome hacia abajo. Cada uno tenía una mano en una muñeca y una pierna. Podían levantar elefantes pequeños, pero como mi cuerpo se retorció en la cama, los levanté, hice que lucharan para sostenerme.

—Anita, te haces daño —dijo Jason.

Miré mi cuerpo y encontré arañazos con sangre en mis brazos y piernas. Tuve que haberlo hecho, pero no me acordaba de hacerlo. La vista de los sangrientos arañazos me tranquilizó, me hizo estar tranquila aún en sus manos.

—Voy a buscar algo para atarte hasta que Jean-Claude se levante —dijo Jason.

Yo asentí, con miedo a hablar, miedo de lo que decía.

Le dijo a Nathaniel que me sostuviera, pero la única manera de que una persona podía hacerlo era manteniendo las muñecas clavadas en mi cuerpo.

No era el perfecto control, pero no me dejaba hacerme daño.

Pelo Nathaniel cayó encima de mí, vi el mundo a través de una cortina de su pelo. El olor de él era como una cálida presión entre el pecho su levantado y el mío. Pude oler el aroma fresco de su sangre, también. Y mi bestia tenía ganas de lamer las heridas, quiso alimentarse de mi propia piel, o mejor aún, alimentarse de las heridas abiertas en Nathaniel. Sólo el pensamiento reforzó mi cuerpo, me hizo retorcerme debajo de él, hasta que liberé mis piernas y me deslicé, sólo la ropa nos separaba. Hizo un pequeño sonido, mitad de protesta, mitad otra cosa.

Levanté mis muñecas de la cama, empujando su control sobre mí. Sentí que sus brazos hacían fuerza, me obligaba a estar contra la cama. No debería haber una lucha para sostenerme. Estaba ganando otras cosas además del hambre a través de las marcas, o la bestia. Nathaniel era todavía más fuerte que yo, pude sentir eso. Pero hay cosas que contar además de la fuerza cuando estás luchando. Levanté los brazos de la cama de nuevo, sólo unos pocos centímetros, y me obligó a bajar. Pero cuando tuve espacio suficiente, giré la muñeca derecha en contra de su pulgar, y mi mano quedó libre.

Me levanté lo suficiente como para besar a su pecho, y él se quedó inmóvil encima de mí. Sabía que en ese instante que no iba a tratar de recuperar el control de mi brazo. Yo le mordí suavemente, y su aliento salió en un sonido suave y agudo. Lamía mi camino hasta su pecho, él todavía tenía mi brazo izquierdo sujetado en la parte inferior de su cuerpo. Pasé la lengua por los pezones y sentía que su respiración se aceleraba. Cerré la boca alrededor de su pezón y absorbí. Se estremeció encima de mí, su cuerpo dio sacudidas suficientes que si no tenía cuidado rompería la piel. Cuando me retiré, me di cuenta de que había dejado una huella casi perfecta de mis dientes.

Me recosté en la cama y miré la marca de mordida en el pecho, con su pezón en el centro de ella, y un escalofrío me recorrió, una ola de placer me llenó, y una sensación de... posesión. Yo lo marqué.

Saqué la muñeca izquierda de su mano, y no peleó conmigo. Se quedó apoyado por encima de mí en sus brazos, la cintura estaba apretada contra mí, su cabello caía en una cascada que nos rodeaba. Fijó la mirada en mí, y su rostro era crudo con las necesidades. No necesitaba nada más para saber que quería terminar lo que había empezado.

Me levanté lo suficiente para darle un beso, y le temblaban los labios

contra los míos. El beso fue largo y completo, e hizo un sonido bajo en la garganta, y de repente se derrumbó en mí contra, su peso corporal totalmente sobre mí, la boca, los brazos, nuestros cuerpos entrelazados en un ambiente cálido, con olor a vainilla de su pelo, me rodeó como el satén caliente. Nathaniel me besó como si fuera a entrar por mi boca, y me abrió para él, la exploración me gustó.

No fue su mano que estaba tocando mi pecho, que me trajo a mis sentidos. Fue mi mano en la parte posterior de sus pantalones cortos, cubriendo la curva de la sus nalgas. Me ayudó a nadar de regreso en el control, para luchar por el deseo, el hambre. ¿Dónde diablos estaba Jason? Dejé de besar a Nathaniel, dejé de tocarlo, mientras sus manos, su boca, exploraban mi cuerpo. Su necesidad era tan fuerte, tan fuerte que no podía salir de la cama. No podía caminar lejos. No era tan fuerte.

—Nathaniel, para.

Su boca estaba en mi pecho a través del raso. Él no me oyó.

—¡Nathaniel, alto! —Cogí un puñado de sus cabellos y lo arrastré lejos de mí.

La parte frontal de la parte superior de mi camisón estaba mojada, donde su boca había estado. Sus ojos no parecen centrarse en mí. Era como si él no me ha visto en absoluto.

—Nathaniel, ¿me oyes?

Finalmente, asintió con la cabeza.

—Sí.

Cualquier otra persona hubiera protestado de ser detenido, pero él simplemente me miró, con los ojos empezando a centrarse. No había resentimiento en su rostro, no estaba enojado. Simplemente hizo lo que le dije que hiciera y esperó la siguiente orden.

No entendía a Nathaniel, aun sabiendo los deseos de su corazón no lo entendía realmente. Somos demasiado diferentes, pero hoy esa diferencia podría ayudarnos. No quiero, no podía tener sexo con Nathaniel. Pero no podía dejar completamente cualquiera. Tenía que alimentarme. Tuve que hundir los dientes en su carne, tuve que bañarse en su lujuria, tenía que hacerlo.

—¡No me toques!

Se dio la vuelta, mirándome, tendido en un charco de su pelo, como un marco de color caoba brillante alrededor de su cuerpo. Quería verlo todo enmarcado contra su pelo, y todo lo que tenía que hacer era arrastrar sus

calzoncillos de la curva de sus caderas.

La imagen era tan fuerte que tuve que cerrar los ojos, respire profundo. La necesidad de tocarlo pasó a través de mí, casi dolorosa, como si el *ardeur* pudiera obligarme a hacerlo. Y tal vez podría. Pero me gustaría controlar cómo lo tocaría. Quería tener el control de por lo menos eso.

Abrí los ojos y lo encontré mirándome con los ojos de color lila.

—Colócate sobre tu estómago —dije, con mi voz ronca.

Se dio la vuelta sin una sola pregunta, y me recordó a lo absolutamente indefenso que estaba con un dominante. Haría lo que le dijera. Me ayudó a mantenerme, saber que tenía que estar a cargo. Tenía que tener cierto control, porque él no quería saber nada.

Cogí un puñado de aquel cabello grueso y lo empujé hacia un lado. Desnudé su espalda, en una línea suave y limpia. Volvió la cabeza hacia un lado y me miró a través de la película de su cabello. No había temor en él, sólo una gran paciencia, el afán y la necesidad.

Me levanté a cuatro patas encima de él, a caballo entre su cuerpo, y bajé mi boca a su piel. Lamía sus hombros, pero no fue suficiente. Le mordí suavemente, y él hizo un pequeño movimiento debajo de mí, y un sonido bajo salió de sus labios. Le mordí con tanta fuerza que sentí su carne llenar mi boca, sentía la carne de él. Quería desgarrar su carne, literalmente alimentarme de él. El deseo era casi abrumador. Me caí encima de él, mi mejilla contra su espalda, hasta que me pude controlar. Pero el olor de su carne, la suavidad que estaba debajo de mi mejilla, el ascenso y la caída de su respiración bajo mi cuerpo, era demasiado. No me lo comería literalmente, pero tenía que alimentarme.

Mordí la carne de su espalda, lo llevé a mi boca, y esta vez no me detuve hasta que probé el dulce sabor metálico de la sangre. Era la bestia que quería terminar, la sangre no era suficiente. Pero me levanté de la herida y seguí adelante. Marqué de nuevo a Nathaniel con huellas de mis dientes perfectos, y más y más de ellos tenían sangre. Era como si el tiempo lo hiciera, más difícil era controlar.

El olor de la sangre fresca apretó mi cuerpo, me llenó de calor y un anhelo que tenía que ver más con los alimentos que con el sexo. Me senté a horcajadas de su cuerpo mirando su espalda, en mi trabajo práctico. La sangre corrió en pequeñas gotas de algunas de las heridas, pero la mayoría parecía boquitas presionado en su carne. Y no era suficiente.

Le pasé mis manos por la parte posterior de sus pantalones cortos,

marqué mis uñas delicadamente a lo largo de su carne. Se retorció bajo el toque, comenzó a levantarse de la cama, y lo empujé hacia abajo.

—No, no —dije, y se quedó en mis manos.

Deslicé sus pantalones cortos por su cuerpo hasta que quedó desnudo debajo de mí.

Abrió las piernas para poder arrodillarme entre ellas, cerré mi boca en la piel lisa, sin tocar, y lo marqué. Había más carne que llevar aquí a mi boca, apretada. Me llené la boca con él, le saqué sangre, calientes círculos, hasta que lo oí realizar pequeños ruidos indefensos. Y sabía que no eran ruidos por dolor.

Me levanté de rodillas encima de él, contemplé las heridas que había establecido en su cuerpo, y yo quería más.

Me quité mi camisa de satén y mis pantalones cortos. Puse mi cuerpo desnudo encima de él y rodé a lo largo de su espalda, las nalgas, frotando la sangre de las heridas en mi cuerpo. Nathaniel decía, —por favor, por favor, por favor— una y otra vez bajo su aliento. Su necesidad era como un peso urgente, una espesa nube que se cernía sobre nosotros. Se ahogaba, era muy abrumador. Quería que le hiciera daño. Esto no, sexo.

Había esperado tanto tiempo para que yo le dominara, para tenerlo.

Micah había querido, pero había sido una extraña relación. Un hombre que desee una pareja atractiva y poderosa. Pero con Nathaniel era diferente.

Su deseo se había construido en los últimos años, más de mil intimidades, mil negaciones.

Había construido hasta que fue un gran peso en su cuerpo, en su mente. Era una cosa que pesaba sobre él y lo llenó, y él no podía estar libre de ello. Comprendí por qué Jean-Claude había dicho que me alimentara de los que me atraen. Había mucho más para alimentarse con Nathaniel. Nuestra historia juntos no sólo es una comida, sino una fiesta.

Trabajé mi camino de regreso por su cuerpo, mordí a lo largo de su carne, no saqué sangre ahora. Me quedé con mi mejilla apoyada en la curva de sus nalgas, la lucha conmigo misma para no llevar a mi mano hacia el frente de él. La lucha contra la necesidad creciente. No lo toques, no es así. Cuando podía confiar en mí misma, abrí las piernas, en la medida en que iría, y poco a poco hacia abajo, marqué las zonas vírgenes, consiguiendo cada vez zonas más estrecha, hasta que lo veía presionado entre su cuerpo y la cama.

Tenía ganas de lamer allí, enrollar sus testículos en mi boca. Pero no

confío en mí misma. Me puso sobre su espalda y nalgas llenas de sangre, no confío en mí misma, no podía garantizar lo que haría. Moví mi boca hacia atrás sin tocarlo, y la presión de su deseo y el mío cabalgaron como un rayo de verano, casi, casi allí. Pasé la lengua en la pequeña cresta de su piel justo en la parte posterior de sus testículos, y Nathaniel gritó.

Chupé la piel, pasé la lengua y los dientes, y la presión se rompió sobre nosotros como una tormenta en libertad en un largo estallido atronador. Me llamó por mi nombre, y pasé las uñas por los muslos y luché con dos hambre diferentes a la mordida que había hecho en su delicada piel lejos de su cuerpo. Cuando terminó, me aparté de él lo suficiente para ver que no lo había marcado, ni siquiera la marca de mis dientes. Me acosté en la cama, entre sus piernas, abrazando el muslo, el otro doblado por debajo de mí, escuché los latidos de mi corazón.

Se quedó en silencio, salvo para su respiración todavía frenética. Un sonido me hizo levantar la mirada sobre la pierna de Nathaniel, apuntalando a mí mismo en la carne suave de sus heridas.

Jason estaba de pie en el centro de la sala con lo que parecían grilletes en sus brazos. Sus ojos estaban muy abiertos, su propia respiración demasiado rápida.

Me avergoncé, pero el *ardeur* fue saciado, y mi bestia estaba acurrucada dentro de mí como un gato satisfecho. Estaba bien satisfecha de mí misma para sentir vergüenza.

—¿Cuánto tiempo has estado viendo? —Incluso mi voz sonaba floja, contenida.

Tuvo que aclararse la garganta dos veces antes de que pudiera decir:

—El tiempo suficiente.

Subí de nuevo al cuerpo de Nathaniel, hasta que fui presionado contra su longitud. Apoyé la mejilla contra su cara, y le susurré:

—¿Estás bien?

—Sí. —Era un susurro.

—¿Te hice daño?

—Fue maravilloso... ¡Oh, Dios!, fue... mejor de lo que había imaginado.

Se levantó, se acariciaba el pelo y se volvió a mirar a Jason, todavía de pie en medio de la sala.

—¿Por qué no trataste de detenerme?

—Jean-Claude tenía miedo de que le arrancarás la garganta a Nathaniel

o sucediera algo así. —La voz de Jason volvía a la normalidad, sólo se sentía una ligera incertidumbre en ella—. Pero te vi. Cada vez que pensaba que tendría que intervenir, retrocedía. Cada vez que pensaba que ibas a perder el control, no lo hiciste. Se montó el hambre, domesticada.

Sentí a Jean-Claude despertar, sentí como él tomó su primer aliento del día. Me sintió a mí también, todavía me sentía desnuda en el cuerpo de Nathaniel, sintió el olor de la sangre fresca, sentí que había comido, y estaba bien alimentado. Sentí que venía hacia mí, corriendo hacia mí, atraído por el olor de la sangre y la carne caliente, y el sexo, y yo.



—Jean-Claude está llegando —dijo Jason.

—Ya lo sé. —Fue mi contestación.

Jasón se acercó hasta los pies de la cama, posó sus ojos en mí, la mayor parte de mi cuerpo estaba oculto bajo el cuerpo de Nathaniel, pero él observaba la parte de mí que no estaba oculta.

Si hubiera estado en otra situación le hubiera gritado o le hubiera detenido, pero en la situación actual no sabía qué hacer.

Él me quería, me deseaba, no para toda la vida, pero si para ocasiones, durante una noche, un día, ni una semana.

Jason y yo nos miramos durante un largo tiempo, iba a hablar pero mis palabras fueron interrumpidas cuando Asher entró en la habitación, de alguna manera agradecí su aparición cortando mis palabras, porque no sabía muy bien lo que hubiera podido decir.

Su cabello rubio caía sobre sus hombros en unas perfectas ondas. Sabía

que los vampiros no daban vueltas en la cama cuando dormían, así que ellos no tenían problemas con el pelo por la mañana.

Llevaba una capa marrón oscuro y unos pantalones de pijama a juego. Llevaba el pecho desnudo y la capa hacía unas ondas a su alrededor cuando entró en la habitación.

Él se acercó a la cama, pero su mirada estaba fija sobre Nathaniel y sobre la sangre que cubría su cuerpo.

—La sentí. —Levantó su cara para fijar sus ojos sobre los míos—. Sentí la llamada.

—No te llamé —dije.

—Lo hizo el poder. —Se dejó caer de rodillas enfrente de la cama—. ¿Has hecho esto?

Asentí con la cabeza.

Extendió la mano hacia mí, como para tocar mi cara, luego la echó hacia atrás. Era como si hubiera tocado algo en el aire frente a mí que lo había sorprendido. Levantó la mano hasta su cara y lo olió, luego la lamió, como si hubiera algo allí que supiera bien.

—¿Puedo probarte *pomme de sang*? —Era francés y significaba manzana de sangre, y era un apodo para la persona que era donante regular de un vampiro en particular. Una parte de mí quería discutir por el término de la sangre, pero acababa de alimentarme de Nathaniel, incluso había probado su sangre.

Exigir otro término era un poco fino para mi conciencia, pero aun así me gustaba llamar las cosas por su nombre.

—Define probar —dije.

—Lamer las heridas.

La sugerencia me tendría que molestar, pero no fue así. Bajé mi cara lo suficiente para ver los ojos de Nathaniel.

—¿Te parece bien, Nathaniel?

Él asintió con la cabeza, con su cara todavía pegada a la cama.

—Sírvete tú mismo.

Asher bajó su cabeza hasta la herida por encima de la cintura de Nathaniel. Mantuvo su mirada fija sobre la mía, era una mirada dura, me recordaba a la mirada que tendría un león al beber de una charca.

Nathaniel gimió cuando Asher lamió la herida, esta había parado de sangrar pero cuando el vampiro empezó a humedecerla volvió a sangrar. Sabía que la saliva de los vampiros constaba de anticoagulantes pero nunca

lo había visto en práctica.

Me acurruqué más cerca del cuerpo de Nathaniel, entrelacé mis piernas con las suyas, no pedí permiso, principalmente porque él era mío y también porque lo conocía lo suficientemente bien como para saber que me daría la bienvenida.

Bajé mi boca hasta otra de las heridas que ya habían parado de sangrar y las lamí, el sabor dulce de la sangre penetró en mi boca junto a su dulce piel.

La bestia estalló sobre mí como algo vivo, recorriendo mi piel temblorosa. Sentí como la bestia de Nathaniel me respondía, podía sentir las vibraciones y el aleteo bajo su piel, cerca de sus costillas, como si descansara cerca de su corazón. En ese momento comprendí que era capaz de llamar a su bestia, incluso aunque la luna no estuviera llena.

Yo era su Nimir-Ra y eso significaba mucho más que ser su simple dueña.

Nuestras miradas se encontraron en el mismo punto sobre el cuerpo de Nathaniel, donde habíamos estado probando las heridas. Los ojos de Asher se habían ahogado en el fuego de color azul pálido, por lo que parecía ciego mientras lamía la herida. Miró mi cara, directamente sobre el cuerpo de Nathaniel, nuestros ojos en el mismo nivel que probamos las heridas. Mi herida había sangrado un poco más, pero no tanto como la que estaba lamiendo Asher. No soy realmente una bebedora de sangre, di de comer en otras cosas.

Asher deslizó su mano a través del cuerpo de Nathaniel, su mano rozó mi muslo y en el momento en que lo hizo algo sucedió entre nosotros, era como si el *ardeur* lo reconociera, como si ya lo hubiera tocado antes.

La sensación fue tan fuerte que me hizo detenerme, levanté la mirada y algo reflejado en ella hizo que Asher alejara su mano de mí.

Justo en ese momento Jean-Claude hizo su aparición, entró a la habitación vistiendo un traje negro con pelaje sobre el cuello y las mangas.

Era del mismo color de su pelo, así que era difícil decir donde empezaba el negro del traje y donde acababa su pelo.

Al verlo el *ardeur* se derramó hirviendo sobre mi piel, apretándome la zona baja del estómago, obligándome gemir.

—Ella tiene tu incubo. —Le recriminó Asher a Jean-Claude, su voz fue tan potente que hizo que apartara la mirada de Jean-Claude para mirarlo a él.

—*Oui*. —Jean-Claude se deslizó por la habitación hasta el lado opuesto de donde estaba arrodillado Asher.

—Ella sabe de ti y de Belle Morte. —Prosiguió Asher.

—*Oui* —dijo Jean-Claude mientras caminaba alrededor de la cama.

Nathaniel se apartó para que Jean-Claude pudiera verme, con su movimiento toda la parte frontal de mi cuerpo quedó al descubierto, pero fui lo suficientemente rápida para rodar sobre mi cuerpo y cubrirme.

—Awwwww. —Fue el comentario gracioso de Jason.

No le hice caso, estaba ensimismada en el movimiento de Jean-Claude mientras trepaba a la cama.

Parte de su cuerpo estaba al descubierto y me entraron ganas de estirar el brazo y acabar de desatar la cinta de la capa y acabar de exponer todo su cuerpo, pero no me moví, tenía miedo de tocar a Jean-Claude, tenía miedo de lo que pudiera hacer.

Pero aun así no había una sola molécula en mi cuerpo que no quisiera hacer el amor con Jean-Claude.

—El hambre reconoce a Asher. ¿Es porque te reconoce a ti o a ella? —dije a Jean-Claude.

—¿A ella? —preguntó.

—Belle Morte.

—No lo sé. —Fue su única respuesta.

Se había acercado lo suficiente a mí para que su cinturón rozara mi cuerpo.

Cuando se abrió su túnica pude ver una delgada y pálida línea de su piel, pero fue suficiente para saber que no llevaba nada más debajo de ella.

Deseaba abrir la bata con todas mis fuerzas por eso me sorprendí cuando pronuncié esas palabras en alto:

—Abre la bata —ni siquiera reconocía mi voz.

Cerré los ojos y agité varias veces la cabeza para intentar aclararme.

—Está bien, *ma petite*. —Me dijo él con su suave voz, intentando consolarme—. Una vez que tomas la sangre, calmas el apetito... pero la lujuria... —Acarició suavemente mi brazo—. La lujuria está siempre presente, nunca eres capaz de vencerla por completo, nunca está satisfecha.

Su mano siguió acariciándome, bajando por mi brazo hasta la cadera y de ahí a la pierna.

Mi cuerpo se sacudía ante sus caricias, me quedé sin palabras y sin aliento.

Lo agarré con fuerza de su túnica y lo acerqué a mi cara.

—Haz que esto desaparezca.

—No puedo hacer nada hasta haberme alimentado, *ma petite*, ya lo sabes.

—Hazlo... pero...

—Deprisa, *ma petite* —replicó en voz baja.

Intenté encontrar mi voz pero no pude, así que me resigné a asentir con la cabeza.

Se apartó un poco de mí y miró a Jason, que todavía estaba allí de pie, mirando el espectáculo.

—Ven, *pomme de sang*, ven y disfruta de los beneficios del sacrificio.

La frase fue extrañamente formal, nunca le había oído hablar y mucho menos refiriéndose a Jason.

Esperaba que Jason se dirigiera al mismo lado de la cama que estaba Jean-Claude, pero no fue así.

El giró sobre sus pies, y me pareció un movimiento extraño, demasiado limpio y delicado, como si lo que se estuviera moviendo no fuera un cuerpo humano de carne y hueso.

Llegó hasta el extremo opuesto donde estaba situado su amo y se arrodilló.

Terminó de rodillas en el lado opuesto de Jean-Claude. Podía probar el movimiento de su cuerpo en mi boca, no sólo su corazón, sino como si cada latido de él estaba tratando de deslizarse sobre mi lengua y mi garganta. Podía sentir su ansiedad, no para mí, sino por lo que Jean-Claude tenía para ofrecer. Él vino con avidez al vampiro, en esa carrera sin aliento que usualmente puedes salvar para el sexo. Ellos se reflejan entre sí, tanto en sus rodillas, mirando el uno al otro a través de mi cuerpo.

—Te dejaré a solas con Jean-Claude y su *pomme de sang* —dijo Asher mientras se ponía en pie y se ataba su delicada túnica alrededor de su cintura.

Tan deprisa como pude volví a dar una vuelta sobre mi estómago para enderezarme y poder mirarlo a los ojos.

En su cara se reflejaba la molestia, incluso juraría que allí había un rastro de dolor.

Parte de ese dolor debió de reflejarse en mi cara porque Asher bajó su mirada, haciendo que el delicioso pelo de color de oro se deslizara para cubrir las cicatrices de su cara. Cuando volvió a levantar la mirada sólo se

veía la mitad de su perfecta cara y uno de sus ojos de hielo azul.

Un recuerdo atravesó mi mente, estaba en una cama diferente, en una sala enorme y oscura, decorada con decenas de velas.

Algo en la penumbra se movió y agitó con cada respiración el aire.

Me tendí en los brazos pálidos de una mujer, miré su rostro, parecía que había sido tallado en alabastro, con unos perfectos y sensuales labios rojos.

Sus ojos eran de un color marrón pálido, del color de la miel.

Nunca había visto antes a esa mujer, pero sabía que era Belle Morte.

La puerta se abrió y vi aparecer a Asher, vestía una túnica, pero por el contrario a la sencillez con la que vestía ahora esta era mucho más elaborada y pesada.

Lo miré con atención, por su forma de andar parecía que estaba aterrado, fijé mi mirada en su cara y me sorprendí cuando vi las cicatrices de su rostro, parecían frescas, recientes.

Vi como Jean-Claude intentó llegar hasta donde estaba Asher pero Belle Morte lo detuvo, nunca escuché sus palabras, sólo bastaba con verla allí tumbada, mostrando todas sus curvas y la expresión de arrogancia de su cara.

Volví a mirar a Asher, vi como apartaba la mirada de ella, bajando la cabeza y cubriendo su hermoso rostro con su cabello.

Parpadeé varias veces para aclararme, miré a mí alrededor y comprendí que estaba de regreso en la habitación de Jean-Claude.

Miré como Asher vestido con su bata marrón de seda se dirigía hacia la puerta, caminaba con los hombros caídos y me recordaba la escena que acababa de revivir.

Una sensación de angustia atravesó mi cuerpo, apretándome el pecho y cerrando mi garganta, mis ojos se llenaron con calientes lágrimas.

—No te vayas. —Jean-Claude me miró, sabía que estaba estudiando mi decisión pero aun así su hermoso rostro era ilegible, aunque cuando centré mi mirada en sus ojos pude descubrir el dolor que se reflejaba en ellos.

Asher se paró en la puerta y se volvió con su pelo cubriendo su rostro, no dijo nada, solo se limitó a mirarnos.

—No te vayas, no te vayas Asher —repetí.

—¿Y por qué no debería irme? —preguntó con la voz más neutral que pudo conseguir.

No podía decirle que compartía los recuerdos de Jean-Claude, sonaría a piedad y no lo era, no exactamente. No podía pensar en una buena mentira,

pero tampoco era la mejor solución, así que decidí contarle parte de la verdad.

—No soportaría que te fueras así.

Asher apartó su mirada de mí para centrarla en Jean-Claude.

—No tienes derecho a compartir tus recuerdos con ella.

—No puedo elegir lo que *ma petite* puede ver o no.

—Muy bien —respondió Asher con su voz cargada de cólera—. Ahora ya sabes, Anita, como me expulsaron de su cama.

—Fue su elección —contestó Jean-Claude con su suave voz.

—¿Por qué no podía soportar tocarme? ¿Que la tocara?

Se quedó cerca de la puerta, con su cara girada, así que no era capaz de ver su expresión pero sí de escuchar su dolor.

—¿Por qué? —pregunté, aunque temía saber la respuesta.

—¿Por qué, que?

—¿Por qué te echaron de la cama?

Jean-Claude se acercó hasta mí. En ese momento comprendí dos cosas, la primera que iba a utilizarme de escudo y la segunda que con la tensión que me transmitía, no estaba cómodo con la conversación.

Asher se giró para enfrentarnos, agarró su pelo y lo apartó para que yo pudiera ver todas sus cicatrices.

—Por esto —dijo con su voz cargada de rabia—. Belle Morte es una coleccionista de belleza y yo dejé de ser hermoso, incluso le dolía mirarme a la cara.

—Eres hermoso Asher lo sabes, que ella no haya sabido verlo no es tu culpa.

Asher soltó su pelo y este volvió a cubrir su rostro.

Me acordé de cuando llegué a St. Louis, él se escondía de forma automática cada vez que le miraba, siempre estaba andando entre la penumbra, aprovechando cada sombra para ocultar las cicatrices y resaltar la mitad de su rostro intacto.

Pero con el tiempo había dejado de hacer eso a mí alrededor.

Así que, verlo esconderse una vez más de mí hizo que me doliera el corazón, intenté salir de debajo de Jean-Claude y de Jason, y me di cuenta de que estaba medio desnuda, intenté sacar la sábana de debajo de los hombres, pero estaba toda enredada, suspiré profundamente y me aparté de ellos, total, todos habían visto este espectáculo y a mí, en ese momento, lo único en lo que pensaba era en borrar esa mirada de dolor de la cara de

Asher.

Jason se quitó fuera de mi camino sin pronunciar una sola broma. ¡Lo nunca visto!

Me salí de la cama y me dirigí hacia Asher, y otros recuerdos llegaron a mí como tarjetas lanzadas en el aire. ¿Cuántas veces había visto a Jean-Claude y a Belle Morte y Julianna y a otros tantos caminando hacia él desnudo y con ganas?

Incluso Jean-Claude le había fallado. Se había formado esa sombra de culpa en sus ojos. La culpa por no cuidar a Julianna, por no cuidar de Asher. Pero Asher había asumido el rechazo y que Jean-Claude lo tocaba sólo por lástima.

No había piedad, tenía el recuerdo de ella, había sido dolor. Se habían convertido en constantes recordatorios de cómo cada uno había fallado al otro. Un recordatorio constante de la mujer que había amado tanto, y perdió. Hasta que el dolor era lo único que quedaba. Asher lo había convertido en odio, y Jean-Claude se había simplemente ido lejos.

Caminé a través de los recuerdos como moverme a través de telas de araña, las cosas que me matan, se aferraban a mí, pero no me detenían. Tenía las manos detrás de su espalda, su cuerpo apoyado en la puerta, y yo sabía por qué. A través del «Regalo» de Jean-Claude sabía que Asher quería tocarme y no confiaba en sí mismo lo suficiente para tener las manos delante de él. Pero no era yo a quien quería tocar. En cierto modo era como Nathaniel vio en mí lo que tenía que ver, no es exactamente lo que estaba allí.

Le toqué el pelo donde se tapó la cara. Él dio un respingo. Barría el pelo hacia atrás de su cara, en puntillas para llegar hasta él, poniendo una mano ligeramente sobre su pecho para equilibrarme. Se alejó de mí, dando un paso en la habitación. Agarré su túnica, pero no dio la vuelta la túnica se retiró de la perfecta mitad de su pecho.

—Mírame, Asher, por favor.

Se dio la vuelta, y finalmente tuve que caminar hasta él. Estábamos lo suficientemente cerca, podía mirar hacia arriba por debajo del pelo en la cara. Se volvió de nuevo, y me estiré, poniendo una mano en cada lado de la cara, para que me mirase. Puse mi cuerpo contra el suyo sólo por equilibrio, y sentí el desgano en el cuerpo, la necesidad de tocarnos. Pero él se quedó inmóvil bajo mi tacto. Él mantenía las manos detrás de la espalda, como si las hubiese atado.

La piel debajo de una de mis manos era tan suave, la otra tan áspera. Podía haberme peleado, pero no lo hizo. Él me dejó volver la cara hacia mí. Envolví las manos en el grosor de su cabello dorado, el negarse quitarlo de su rostro. Me miró a la cara vuelta hacia arriba. Los ojos, de un imposible color azul pálido, eran irreales, como los ojos de un perro esquimal. Sus labios estaban aún llenos y besables, con la nariz todavía con un perfil perfecto. Incluso las cicatrices que se iniciaron en el lado derecho de su cara eran una parte más de Asher, una pieza más de él que me encantó. Siempre había supuesto que las emociones que sentía por Asher eran de recuerdos de Jean-Claude de cuando eran amantes, compañeros desde hace más de veinte años. Pero mirándolo ahora, me di cuenta que eso era sólo parte de ella.

Tuve recuerdos de su cuerpo suave y perfecto. Pero eso no fue lo que pensé cuando pensé en Asher. Me imaginaba a él como es ahora, y todavía lo amaba.

No era la manera en que yo sentía por Jean-Claude, o Richard, pero era real, y era mío.

Tal vez no habría existido si no hubiera tenido recuerdos de Jean-Claude y las emociones para construir, pero cualquiera que sea la base, tenía sentimientos por Asher eso fuera todo mío, de nadie más. Me di cuenta con algo parecido a un choque que era no sólo del corazón de todos los demás que pude ver. Me volví a mirar a Jean-Claude, traté de hacerle ver con mis ojos lo que estaba pensando.

—Para conocer a otro corazón, primero debes conocer el tuyo, *ma petite*. —Su voz era suave, sin reproche.

Me volví a Asher, y había algo en sus ojos, asombro y miedo, miedo del dolor, como si él esperaba que yo le hiciera daño de alguna manera. Él probablemente tenía razón.

Pero si es así, no pretendo hacerlo. A veces las mayores heridas son las que más difícil no tratamos de infligir.

Dejé lo que estaba sintiendo llenar mis ojos, mi cara. Era el único regalo que he tenido que darle. Su expresión se suavizó, y lo que vi en esos hermosos ojos fue a la vez maravilloso y doloroso. Se dejó caer de rodillas, y una lágrima corrió por su mejilla suave. La expresión de su rostro estaba llena de tantas cosas.

—La mirada en tus ojos cura una parte de mi corazón, y heridas de otro.

—El amor es como una perra —dije.

Se rió y me abrazó por la cintura, la aspereza de su mejilla derecha pulsaba en mi vientre, y lo valoré más que nada. Le acaricié el cabello y lo sostuve contra mí. Miré a través de la habitación a Jean-Claude, y la expresión de su cara se estaba ahogando en un profundo anhelo, tan grande que no había palabras para sostenerlo. Quería a Asher y a mí. Él quería lo que él había tenido hace tantos siglos. Le había dicho una vez a Asher que había sido una vez casi feliz, y había sido cuando estaba con Asher y en los brazos de Julianna. Antes de que ella muriera y salvara a Asher, pero ya el chico de oro no era perfecto para Belle Morte.

Jean-Claude se había visto obligado a tomar de nuevo a Asher por un vampiro del Consejo. Jean-Claude había cambiado cien años de su propia libertad al Consejo por el favor de ellos para salvar la vida de Asher. Luego, Jean-Claude había huido, y Asher se quedó atrás, culpando a Jean-Claude de la muerte de Julianna y su ruina. Jean-Claude había pasado de ser el amor y ser amado por dos personas, a la pérdida de un amante y que el otro lo odiara.

Nos miramos el uno al otro. La mirada de Jean-Claude era tan cruda, como una herida fresca que todavía sangraba. Él deseaba asegurar su base de poder con el triunvirato. Él quería eso, era necesario, pero había otras cosas que quería, casi necesarias. Y una de esas estaba abrazando mi cintura, presionando su cara a mi estómago.

Jean-Claude bajó los ojos como si no pudiera controlar lo que estaba en ellos. Fue el maestro de la expresión en blanco, cuidadoso. El hecho de que lo que sentía era demasiado fuerte para ocultar dijo más que otra cosa. No podía proteger sus emociones en este momento. Eran demasiado fuertes, sino que destrozó todo su cuidadoso control y una parte de mí se alegró.

En ese momento quería darle lo que él más deseaba. Quería hacerlo porque lo amaba, pero era más que eso. De repente me di cuenta de que con Richard había pasado de nuestra cama, a otras cosas que de pronto eran posibles. Me volví hacia Asher, mirando hacia abajo en la parte superior de su cabeza, y sabía que estando en nuestros brazos curaría algo dentro de él que nunca podría curar cualquier otra forma.

El *ardeur* quemó a través de mí, caliente, tan caliente, mi piel debe sentirse febril. Asher se apartó de mí, dejando caer sus brazos lentamente a los costados. Miró hacia mí, y la mirada en sus ojos era suficiente. Sabía que él sentía el hambre, también.

—Se siente caliente —dije—. Siempre antes su poder se había sentido frío. Es la bestia de Richard que mantiene el calor.

—La lujuria es caliente, *ma petite*, incluso entre los de sangre fría.

Me volví hacia la cama y fui pronto muy consciente de que estaba desnuda, realmente iba a tener que conseguir ropa. No fue la mirada de Jean-Claude que me hizo mirar hacia otro lado, era Nathaniel y Jason. Todos en esta sala me respondieron, en diferentes maneras, por razones muy diferentes. Pero todo fue alimento para esto... necesidad dentro de mí.

Asher hizo algunos pequeños movimientos que llamó mi atención. Empecé a alcanzarlo, para quitar su bata de sus hombros, para ver caerla al piso. Me abracé con mis brazos, como si tuviese frío, pero no tenía frío. No era mi turno de confianza de donde colocar mis manos. La tentación era tan espesa en todas partes que me parecía no haber lugar para caminar con seguridad. Me sentía atrapada. Atrapada, no en la habitación, pero sí en el deseo.

Cuando estaba segura de poder hablar sin sonar tan confundida como me sentía, le pregunté:

—¿Es esto algo permanente, o va a desaparecer cuando todos nos ajustemos a las marcas?

—No sé, *ma petite*. Me gustaría poder decirte algo más seguro. Si fuera realmente de mi parte, en un vampiro, entonces yo diría, sí, es permanente. Pero tú eres mi siervo humano. Has manifestado poderes en el pasado, y algunos se han ido y venido. —Levantó las manos—. No hay manera de estar seguro.

—¿Es siempre así, nunca está satisfecho, nunca ha terminado?

—No, puedes saciarlo, pero se necesita mucho para hacerlo. En general, debes contentarle con lo suficiente para mantener el deseo abrumador.

—¿Y no se han alimentado en meses, porque pensabas que ibas a desaprobarlo?

—Años. Y sí.

Lo miré a través del cuarto con Asher todavía de rodillas delante de mí. Siempre había creído que Jean-Claude era el más débil de voluntad de nosotros tres, Richard, él y yo. Ahora me da miedo moverme, miedo de no moverme, con ganas de hacer cosas que no haría, no más, ni siquiera de Jean-Claude. Ahora sabía por qué los licántropos hablaron de sus bestias como algo separado de ellos, pero nunca había entendido que algunos de

los poderes de los vampiros eran la misma cosa. Los deseos, anhelos, tan fuertes y abrumadores eran como independiente seres atrapados dentro de su cabeza, su cuerpo, su sangre.

Asher hizo un pequeño movimiento, y me volví hacia él. Mi mano se acercó a acariciar el pelo antes de que volverme por completo hacia él, como si mi cuerpo se había estado moviendo sin que mis ojos o mi cerebro lo hicieran. Tenía el pelo más grueso, más como el mío, no era rizos como los de Jean-Claude o Jason, o el terciopelo de seda de Nathaniel. Metí mis manos en el pelo de Asher como si memorizara la sensación de ello. En alguna parte entre Richard y yo, en algún lugar, pero no caliente como lo era Richard al tacto. Asher no había comido hoy, y no tenía calor para dar. Su piel estaba fresca bajo mis dedos.

Hablé sin mirar a Jean-Claude.

—¿Cómo lo has contralado hasta ahora? ¿Cómo podrías luchar contra la necesidad todo este tiempo?

—Eres una novata, *ma petite*. Tu control no será más débil que ahora. He tenido siglos para practicar mi control.

Me obligué a dejar de acariciar a Asher. Pero él me tomó la mano y puso un beso en los nudillos. Incluso ese pequeño toque me hizo recuperar la respiración. Mi voz salió débil.

—Así que puedes estar sin alimentar el deseo.

—No, *ma petite*.

Me volví y lo miré fijamente, y Asher frotó el pulgar en círculos pequeños en mí la mano. Me acordé de ese toque tan precioso y pequeño, un hábito que había no importa cuál de nosotros tenga la mano del otro.

—Dijiste que no le habías dado de comer de esta manera.

—No he tenido sexo, ni nadie me ha tocado de manera completa como lo hiciste con Nathaniel. Pero tengo que alimentar el deseo, como debo tener sangre.

—¿Qué pasa si no?

—¿Recuerdas lo que pasó con Sabin cuando dejó de tomar sangre humana?

Asentí con la cabeza. El pulgar Asher continuó su pequeño círculo en mi mano, y las cosas de la parte baja de mi cuerpo se apretaron.

—Sabin empezó a pudrirse mientras todavía estaba vivo.

Me quedé mirando a la cara perfecta de Jean-Claude.

—¿Eso te sucedería a ti?

Se sentó en la cama en su traje negro. Jason se había movido en la cabecera como si estuviese viendo un programa, y Nathaniel aún yacía sobre su estómago donde lo había dejado, nos miraba con ojos claros.

—No era un vampiro del linaje de Belle quien renunció a la lujuria. Tomó únicamente sangre de animales, y creo que se habría podrido como lo hizo Sabin, pero él no tenía tiempo. Empezó a envejecer en cuestión de días. Cuando fue una cosa arrugada, Belle lo hubo matado.

—Pero no has envejecido, ¿qué has estado haciendo? —No fue acusatorio. Sólo quería saber, podía sentir a Asher en el extremo de mi mano como algo enorme y... como algo que no podía vivir sin él. Hubiera querido a Nathaniel, hubiera querido a Jason, quería Micah, pero no así. Creo que fueron los sentimientos de Jean-Claude que hicieron esto.

—Es posible alimentarse a distancia sin tocar —dijo Jean-Claude.

—Es por eso que un club de striptease fue tu primer negocio. Te alimentas de la concupiscencia.

—Oui, *ma petite*.

—Enséñame a alimentarme desde la distancia. —Incluso cuando dije distancia Asher llevó mi mano a la mejilla y empezó a frotarse como un gato. Tuve que cerrar los ojos por un segundo, pero no le dije que parara.

—Alimentar a distancia es un pobre sustituto de una alimentación de verdad.

Abrí los ojos y lo miré a través del cuarto, y ahora podía sentir. Podía sentir su necesidad, de sangre, sexo, amor y el toque de nuestra carne contra la suya. Se envolvió con sus brazos alrededor de su cuerpo, como si tuviera frío, o no tenía la confianza de salir de la cama y venir a nosotros.

—Enséñame de todos modos —dije.

—No puedo, no tan pronto. En un par de noches te voy a enseñar, pero tu control no es lo suficientemente fuerte... todavía.

Empecé a decir, *es mi problema*, pero Asher introdujo un dedo en su boca, húmeda, y yo de repente no podía pensar.

—Ven a la cama, *ma petite* —dijo Jean-Claude—. Si le das de comer ahora, hay una posibilidad de que esté saciado lo suficiente para que no presiones a nuestro terco Richard.

La idea fue suficiente para atenuar el deseo por un momento o dos. Saqué la mano de la de Asher, y él no protestó. El horror de lo que me gustaría no estar con Richard con esto dentro de mí me ayudó a pensar. Estar cerca de él normalmente me ha dado ganas de tener sexo, pero

ahora...

—Dios mío, voy a tener suerte si no acabo de desnudarme y hacerlo con él en el lupanar. —Me quedé mirando a Jean-Claude—. ¿Qué hago?

—Repito, *ma petite*, si alguien te alimenta ahora, puede ser que no tengas la necesidad tan pronto. Es todo lo que puedo ofrecerte para esta noche. Simplemente podrías retrasar la reunión por unos días.

Negué con la cabeza.

—Van a matar a Gregory. Tengo que salir esta noche.

—Luego vienes y te alimentas.

—¿Define alimentar?

—Beber su codicia —dijo.

Miré a Jason y a Nathaniel, y ni siquiera estaban tratando de ser neutrales. Las miradas en sus caras trajeron calor a mi cara. Negué con la cabeza.

—No tienes que tener relaciones sexuales para alimentarte de ellos, como lo has descubierto.

—Aww —dijo Jason, pero la expresión de su rostro no coincidió con la burla en su voz.

Ellos estaban respondiendo a mi necesidad, la forma en que habían respondido durante tanto tiempo para Jean-Claude, atraída como una polilla a una llama. Simplemente no podía dejar de querer tocarlo, aun cuando sabía que me iba a quemar.

Asher estaba a mi lado.

—Voy a dejarte sola. Pero te alimentas de Nathaniel como tu *pomme de sang* para el día.

—No —dije.

Abrió los ojos un poco, la cara neutral, los ojos vacíos y frescos como un cielo de primavera. Sentí que se alejaba de mí.

—Como quieras. —Se volvió hacia la puerta.

Cogí su mano, deslicé mis dedos en los suyos.

—Ven a la cama, Asher.

Pensaba que su rostro era tan blanco y cuidadoso. Me equivoqué. Su voz no tenía nada cuando preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—No puedo devolverte lo que tenías. No puedo ni te doy... —Me detuve y lo intenté de nuevo—. Pero te puedo aceptar para que estemos juntos otra vez.

—¿Cómo?

—Si Nathaniel dice que puede hacerlo, puedes tomar la sangre de él, y Jean-Claude extrae sangre de Jason. Pueden alimentarse juntos.

—¿Sabes lo íntimo que es alimentarse juntos de su *pomme de sang*?

—Un *pomme de sang* no es una comida casual, es íntima, que se comparten sólo con compañeros íntimos.

Mis dedos estaban aún entrelazados alrededor de su mano.

—Lo sé. —Di un paso hacia la cama, llevándolo conmigo.

—Vamos a darnos de comer en tu lujuria, Asher, como en los viejos tiempos.

Asher miró más allá de mí en Jean-Claude.

—La última vez que los dos nos alimentamos de mi deseo, fue con Belle y contigo.

—Lo recuerdo —dijo Jean-Claude con voz baja. Tendió la mano a Asher a través del cuarto, y me acordé de él hace siglos—. Que sea de nuevo como lo era antes, pero mejor esta vez. Anita te ama como eres ahora, no como algo ideal, como una mariposa en un alfiler que se tiró a un lado si un ala se cae. Ven a nosotros, Asher, ven a nosotros dos.

Asher sonrió y dio un paso para estar al lado de mí. Me ofreció su brazo en un gesto muy anticuado. Quería tomar su brazo, para tener una excusa para frotar mi cuerpo contra el suyo mientras caminábamos, y por eso le pregunté:

—¿Qué tal el uso de tu túnica, así como la mano?

Me dio una profunda reverencia y perfecta, tan baja que su pelo casi barrió el piso.

—Eso tiene que me inducen a ofrecerte mi túnica prueba que no soy un caballero.

Se la quitó mientras permanecía de pie, y la sostuvo para mí como un abrigo. Asher es de seis pies, por lo que las mangas se cernían sobre mis manos y el dobladillo agrupados alrededor de mis pies. Empujé la manga y conseguí atar el cinturón, pero fue lo único que pudimos hacer para lo largo, era demasiado largo, pero estaba cubierta y me sentí mejor. El dulce aroma de la colonia de Asher se aferró a la túnica, y ese olor suave, masculino me hizo volver a él. Mis ojos lo buscaban. Al ver a Asher sin camisa no me hace sentir mejor. Tuve el impulso de acariciar su piel desnuda, lamer las cicatrices.

Puse mi mano en Asher, en parte porque estaba sosteniendo su mano

hacia mí, y en parte porque hasta ese pequeño toque fue satisfactorio. Quería tocarlo, quise envolverme alrededor de él y responder a esa pregunta que Jean-Claude estaba tan desesperado por respuesta. ¿Fue toda esta belleza y el calor arruinado? ¿Asher es incapaz de funcionar como un hombre ahora? Cerré los ojos mientras me conducía hacia adelante, porque las imágenes eran demasiado fuertes. A través de Jean-Claude sabía exactamente lo que Asher había parecido desnudo, antes de las cicatrices. Tuve recuerdos de su cuerpo bañado en la luz del fuego mientras estaba rampante sobre una alfombra en una habitación en un país que nunca había visto.

Tropecé con el dobladillo de la túnica, y tuve que agarrarme para no caermé. Me sostuve repentinamente contra su pecho con la sensación de sus brazos sólidos contra mi espalda. Mi cara estaba de repente ladeada, como si estuviera esperando un beso, y no había uno de esos momentos cuando te das cuenta que no estás solo, y de pronto dolorosamente consciente de las posibilidades de los próximos segundos. Me levantó en sus brazos, llevándome a mí fácilmente, con suavidad hacia delante. Me han dicho que él me dejó, pero mi corazón había llenado mi garganta, y no podía hablar a su alrededor.



Asher se acercó a la cama y me recostó en ella, inclinándose sobre el cuerpo desnudo de Nathaniel al hacerlo.

Me acosté sobre mi espalda y sentí cada movimiento de la cama.

Jean-Claude se acercó a mi lado y Jason se trasladó hasta el otro lado de la cama.

Nathaniel dio la vuelta a la cama hasta que se encontró con Jason, los dos yacían juntos en la cama.

Miré fijamente a los ojos de Nathaniel, estaban carentes de alguna expresión, pero aun así me atreví a preguntarle.

—¿Quieres que Asher se alimente de ti?

—¡Oh, sí! —contestó, y por un momento me sorprendí, su voz reflejaba algo que rara vez había escuchado en él, seguridad.

Asher se deslizó hasta llegar donde Nathaniel, se colocó detrás de su espalda de modo que sus cuerpos se unieron como dos cucharas.

Me giré a tiempo para ver sobre el espejo como Jean-Claude acudía al lado de Jason. Este último se acercó a mí y me rozó el brazo, fue una leve caricia, pero lo sentí por todo mi cuerpo. Era como un fuego que me recorra quemándome y abrasándome en él.

Agarré a Jason y tiré de él hasta que su boca estuvo junto a la mía y lo besé. Lo besé apasionadamente, con mis labios, con mi lengua y mis dientes, mordiendo sus labios y tirando fuertemente de ellos.

Jason y Nathaniel se movieron a la vez, el primero se colocó en frente mí, apretándome contra Nathaniel que se había movido a mi espalda, me habían atrapado entre sus brazos y a mí en ese momento no me importaba.

Mi pierna se deslizó sobre la cadera de Jason, tocando también a Jean-Claude que estaba a su lado. Jason se colocó repentinamente sobre mis piernas, sólo la fina tela de seda de sus calzoncillos nos separaba.

Eso debería de haber sido suficiente para detenerme, pero no fue así, no podía parar lo necesitaba con todas mis fuerzas.

Nathaniel tiró fuertemente de mi pelo e hizo que saliera un brusco sonido de mi garganta.

Los dos cayeron sobre mis como dos huracanes, tocándome y mordindome con sus manos y bocas, era como si ellos fueran el fuego y yo la madera.

Jason se apretó contra mí y sus pantalones eran los suficientemente finos y holgados como para que me penetrara. Fue la más pequeña de las caricias, pero lo suficiente como para pararme de golpe.

Tomé varias bocanadas de aire y lo aparté de mí.

Jason se apartó mientras tomaba aire y me susurraba.

—Lo siento.

—No estoy tomando la píldora.

Todo el mundo a mí alrededor se quedó inmóvil.

Vi como Jean-Claude se incorporaba para mirar por encima del hombro de Jason.

—¿Qué has dicho, *ma petite*?

—Dejé de tomar la píldora hace seis meses. Sólo he estado tomándola durante dos semanas. No es segura hasta el mes de tomarla.

—Hiciste el amor con ese Nimir-raj.

—Lo sé.

—¿Qué ella hizo qué? —preguntó Asher, perplejo.

Jean-Claude miró hacia el otro lado de la cama donde estaba situado

Asher.

—Su hambre se despertó por primera vez cuando estaba con el Nimiraj y no pudo controlarse.

—¿Lo sabías? —le recriminó Asher.

—*Oui*.

Jason estaba mirándome fijamente, tuve que cerrar los ojos y tapármelos con una mano. La vergüenza ayudó a retrasar el *ardeur*, pero sólo fue un momento pasajero, volví a sentirlo como una ola golpear un acantilado.

Muy a mi pesar, empezaba a creer la palabra de Jean-Claude, cada vez era más difícil negar el poder del *ardeur*.

Jean-Claude se levantó de la cama y vi que se dirigía a una mesilla, abrió un cajón y volvió a la cama con unos pequeños y flexibles embalajes y sin decir una sola palabra se los entregó a Jason y Nathaniel.

Cuando me di cuenta de lo que se trataba me incorporé de golpe sobre la cama y fijé mi mirada en Jean-Claude.

—No, no, no. Dijiste que no íbamos a tener relaciones sexuales.

—Yo dije que no eran necesarias para alimentarse.

—Entonces no vamos a hacer nada. —Cogí la túnica y me cubrí todo el cuerpo con ella.

—*Ma petite*, no estoy pensando en que mantengas relaciones con ellos y no lo deseo.

Pero sabes que el *ardeur* se alimenta tanto del deseo como de Belle Morte y puede que haya un momento en que no te puedas controlar ya que no siempre se puede pensar con claridad y no deseo lamentarnos después si eso llegase a ocurrir.

—No voy a tener relaciones sexuales con Jason ni tampoco con Nathaniel —dije seriamente mientras sacudía fuertemente mi cabeza—. Olvídate de eso, ni siquiera tú estarás en la lista.

—Entiendo que estés enfadada conmigo, *ma petite*, pero también quiero que comprendas que no quiero que te quedes accidentalmente embarazada, en mi cama, con uno de ellos.

—Creo que podemos dejar la mierda de ellos —dije casi gritando con la voz cargada de furia.

—Lo sé, *ma petite*, pero también antes de esta mañana podías jurar que no tendrías sexo con un hombre extraño al que acababas de conocer.

El rubor cubrió mi cara y mi cuello, era tan fuerte que casi dolía...

—Yo no... No era mi intención... —Eso sonaba débil incluso para mí —. Yo... no podía...

—No podías controlarte a ti misma, *ma petite*, lo sé. Por eso, si pierdes el control una vez más... ¿no te gustaría tener protección?

Volví a negar fuertemente con la cabeza.

—Si no puedo controlarme mejor que esto, no vamos a hacerlo.

—¿Y si no alimentas esta noche la lujuria? ¿Cómo vas a ir al lupanar? ¿Cómo vas a volver a ver a tu amante wereleopardo sin perder el control? Y lo más importante ¿cómo vas a estar al lado de Richard y no ofrecértele a él? No quiero recordártelo *ma petite*, pero has tenido sexo con un desconocido.

—Es su Nimir-Raj —dijo Nathaniel—. Y tiene el propósito de ser tu pareja.

—Eso es lo que piensa *Pretty* —contestó Jean-Claude—, pero he sentido tu hambre *ma petite*, y te digo que no vas a ser capaz de andar entre ellos sin ser saciada antes, así que vuelvo a preguntarte ¿puedes retrasar unas noches esta reunión?

—Podría ser capaz de retrasarlo por una noche —dije.

Negó con la cabeza.

—No, *ma petite*, una noche no es suficiente. Te sientes atraída tanto por Richard como por el Nimir-Raj, y creo que será imposible que pienses con claridad a su alrededor ¿Puedes permitirte el lujo de distraerte? ¿Puedes soportar la idea de perder el control en público, delante de unos enemigos potenciales?

—Maldito seas —dije furiosa.

Asintió con la cabeza.

—Si, tal vez, pero *ma petite* ¿algo de lo que he dicho es mentira?

—No, pero te odio por ello.

—Entonces permíteme tomar precauciones, *ma petite*, nuestras vidas son suficientemente complicadas sin eso.

Sabía perfectamente a que se refería con «eso», un embarazo accidental. Solamente la idea hacía que se me helase la sangre en las venas. Me derrumbé y escondí mi cara entre las manos.

—No puedo hacer esto.

—Entonces, *ma petite*, solo te queda una opción, llama a Richard y di que no puedes acudir esta noche. No puedes ir con él sin ser alimentada, ya que la necesidad empeorará en cuanto más lo niegues.

Levanté la cabeza de golpe y fijé mi mirada en su cara.

—¿Cómo peor?

Bajó su mirada y me sorprendió ese gesto en él.

—Lo suficientemente malo, *ma petite*.

Me arrastré sobre la cama hasta que llegué a su lado.

—¿Cómo de malo? —volví a preguntar.

Trató de esquivar mi mirada, su cara estaba en blanco y era imposible descifrar bajo sus escudos lo que estaba ocultando.

—Te sentirás atraída por todos los hombres que estén en esa reunión, no puedo garantizar lo que te harían, *ma petite*, o lo que te dejarás hacer...

Me quedé mirándolo.

—No, no, yo nunca...

Me acarició los labios con la punta de sus dedos.

—Ma petite, si no has «visto» mis recuerdos de mis primeros días con el *ardeur*, es una bendición. Era una cosa sin sentido antes de que me convirtiera en vampiro. Pero lo que hice y me dejé hacer cuando el primer deseo llegó a mí... El deseo me impactó de inmediato. —Tomó mis manos entre las suyas y las apretó con la carne fresca de su pecho—. Hice cosas, *ma petite*, cosas que hasta para el mayor libertino serían humillantes. Una mirada, *ma petite*, era lo único que bastaba para que me arrastrara a ellos.

—¿Belle Morte no trató de protegerte? —pregunté indignada.

—No conocí a Belle Morte hasta cinco años después de mi muerte.

—Pensé que Belle Morte era tu... lo que sea, que te hizo vampiro.

—Lisette fue mi creadora, ella pertenece a la línea de Belle Morte, ella no es un vampiro maestro, o no la definición como tal, pero en Francia es costumbre que cada beso de vampiro tiene al menos un vampiro que pertenece a cada uno de los linajes del consejo. Julian era el Maestro de la Ciudad, y él era mi verdadero maestro en primer lugar. Traía a las personas para mí, pero la gente no me hubiera elegido. Él trajo... —Jean-Claude sacudió la cabeza—. Él se divertía a mi costa, porque sabía que yo tomaría lo que él ofreciera, porque no tenía ninguna elección. Pensé que no era vergonzoso, pero él me enseñó que había cosas que ni yo quería hacer, y las hice de todos modos.

Me quedé perpleja ante sus palabras y si él no fuera tan bueno ocultando sus emociones con tanta fuerza, creo que hubiera visto en su cara reflejadas sus palabras.

—Déjame la degradación a mí, *ma petite*, no eres como yo. Nunca has

sido obligada a nada y temo lo que harías si te dejara ir esta noche sin ser saciada al lupanar, porque sé cómo es tu sentido del honor y no creo que no pudiera sobrevivir intacto a tales cosas.

—Me estás asustando —dije.

—Bueno, deberías estar asustada. Asher me conoció antes de que hubiera dominado el *ardeur*. Puede contarte cómo era yo entonces.

Sólo miré hacia Asher.

—Había visto más gente padecer el *ardeur* y lo he visto después, pero nunca había visto a nadie tan loco por él —dijo Asher.

—Así que le ayudaste a controlarse —dije a Asher, no era una pregunta sino una afirmación.

—No, Lissette fue enviada por Belle Morte para eso.

—¿Por qué? —pregunté a Asher.

—Estaba celoso de su belleza. —Se encogió de hombros—. Después de pasar diez años con ella estaba empezando a aburrirse de mí y yo no quería competir con otros.

—Aprendí a controlarlo por mí mismo —prosiguió Jean-Claude calmadamente como si no hubiera escuchado una sola palabra que había dicho Asher—. Después de cinco años alimentándome de sexo aprendí a controlarlo a distancia.

—¡Cinco años! —dije gritando.

—No conocí a Belle Morte hasta después de llevar 5 años muerto, *ma petite*, y ella fue la que me enseñó a controlarlo de verdad, pero no debes preocuparte por nada, yo estaré aquí para ti desde el principio. No voy a dejar que te pase nada de lo que me pasó a mí.

Jean-Claude me abrazó fuertemente contra él, lo que me asustó más aún si cabía esa posibilidad.

—Nunca te hubiera entregado las marcas, *ma petite*, nunca si hubiera sabido que había el riesgo de que heredaras mi incubo. Si lo hubiera sabido, nunca te hubiera hecho tal cosa.

Me aparté de él y lo encontré llorando y el miedo me inundó por completo.

—¿Qué me has hecho?

—Al principio pensé que como no eras un vampiro no sentirías un hambre verdadera, pero después de verte hoy... sé que sientes la misma hambre que sentí un día. No debes negarte el hambre a ti misma, *ma petite*, nunca.

Me quedé mirándolo, quería hablar pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta y el prosiguió su discurso.

—Si hubieras sido capaz de controlarte hoy, *ma petite*, con el Nimir-Raj, entonces hubiera pensado que tu fuerza de voluntad podría conquistar el *ardeur*.

—No tuve relaciones con Nathaniel —contraataqué.

—Lo sé, lo sé, *ma petite*, pero acaso lo que hiciste no fue más satisfactorio que incluso haber practicado sexo con él.

Empecé a negarlo pero me detuve, aún podía sentir la carne y el sabor de la sangre de Nathaniel en mi boca, en mi lengua.

—¿Va a empeorar? —me atreví a preguntarle.

—No lo sé con certeza.

—¡No más juegos!, ¿va a empeorar o no?

—Creo que sí —dijo con su suave voz mientras bajaba la cabeza.

Estaba cansada y asustada y no sabía que hacer...

—¿Entonces... que puedo hacer?

—Vas a alimentarte, *ma petite*, y nosotros vamos a ayudarte, voy a mantenerte a salvo.

Miré a mí alrededor, los miré a todos, estaban tranquilos, con su caras en blanco intentado no mostrar ninguna emoción.

—Está bien. —Agregué mientras me incorporaba en la cama—. Pero vamos a hacerlo mucho mejor, que con los condones.

—A que te refieres, *ma petite*.

—Nathaniel puedes ponerte tus pantalones cortos, y voy a encontrar mi pijama.

—Sigo pensando que...

Levanté una mano, y Jean-Claude se quedó en silencio.

—Pueden ponerlos debajo de sus ropas, por si acaso, pero sé que si le digo a Nathaniel no... no lo hará. —Fruncí el ceño ante Jason.

—Estaré bien —dijo.

—No tengo miedo de que Nathaniel te desobedezca, *ma petite*.

El tono de su voz me apartó de la cara de Jason a la suya.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que el hará todo lo que le pidas, por eso me preocupa.

Nos miramos el uno al otro durante un largo espacio de latidos de mi corazón. Entendía lo que quería decir ahora. No eran de los muchachos en los no confiaba, era en mí. Me hubiera gustado gritarle que nunca les

pediría tal cosa, pero algo reflejado en los ojos de Jean-Claude, un conocimiento, alguna pena me impidió decirlo.

—¿Cuánto control voy a perder? —pregunté finalmente.

—No lo sé.

—Estoy realmente cansada de oírte decir eso.

—Y yo de decírtelo.

Finalmente le pregunté lo que tenía que preguntar.

—¿Qué hacemos ahora?

—Nuestro *pomme de sangs* buscará vuestra ropa... mientras esperaremos.

Había estado tratando de no ser una sociópata, porque me hacía sentir como un monstruo. Ahora sabía que me había convertido en uno. Necesitaba alimentarme de los humanos, no de su sangre pero sí de su lujuria, pero para ser una sociópata no sonaba tan mal.



Mientras me vestía llegué a mis sentidos. Me quedé contra la cabecera, con el cinturón de Asher seguro a través del pijama rojo, mi cara vuelta, con la frente pegada a la madera. El control fue el centro de mis pensamientos. Puedo elegir hacerlo o no. Tuve que tratar de dejar que esto me pasara por... porque así podría hacer más cosas pero... no podía hacer esto.

La cama se movió, y sólo la sensación de los hombres acercándose por la cama fue suficiente para que mi cuerpo se apretara, y la velocidad de mi pulso se acelerara.

Querido Dios, ayúdame. Esto no puede estar sucediendo. Temía terminar como un vampiro.

Había estado a punto muchas veces, pero nunca pensé que iba a suceder así. Todavía estaba con vida, aún humana, pero el hambre aumentó en mí como una bestia tratando de conseguir escapar de mi interior, y todo lo que me impedía perder el control eran mis dedos excavando en la madera, y mi

frente apoyada contra las tallas. No estaba segura contra que hambre estaba lucha. Pero todo eso era el *ardeur*, era de carne el deseo, o sangre, el sexo estaba en todo ello. No podía separarlos, y daba miedo por sí solo.

Sentí que alguien se arrastraba hacia mí, y sabía sin mirar que era Jean-Claude. Sólo lo sentía.

—Ma petite, todo está preparado, sólo te necesitamos a ti.

Hablé con mi rostro aún presionado en la madera, y mis dedos se aferraban a ella.

—Bueno, entonces tendrás que hacerlo sin mí.

Sentí su mano cernirse sobre mi hombro, y dije:

—¡No me toques!

—Ma petite, *ma petite*, me gustaría cambiar esta situación si pudiera, pero no puedo. Tenemos que sacar lo mejor de lo que se nos ha dado.

Eso me hizo mirarlo. Su rostro estaba muy cerca, sus ojos de intenso azul media noche, y su pelo una gloria oscura alrededor de su pálido rostro. Recordé el otro rostro, tan pálido, tan perfecto, con una gran cantidad de pelo negro, pero con los ojos de un color café intenso como el ámbar oscuro, crecieron en mi visión hasta que el mundo se ahogó en la oscuridad de sus ojos, como si fuera derramada sobre mis ojos, sobre mi piel, mi cuerpo, hasta que me llenó, y cuando alcé los ojos, Jean-Claude tenía el rostro preocupado, su mano estaba sobre mi brazo, vi algo parecido al terror en sus ojos. Se puso detrás de mí, y cuando me di vuelta y miré a Asher, se separó de la cama y se puso de pie temblando. Jason y Nathaniel se quedaron en la cama, ya que no lo vieron.

—¿Qué está mal? —preguntó Jason.

Nathaniel le susurró:

—Sus ojos.

Me volví y me vi a mí misma en el espejo de la esquina. Mis ojos se habían llenado de fuego marrón pálido, no la oscuridad de mis propios ojos, sino los suyos.

—No —dije, en voz baja.

La sentí a miles de kilómetros de distancia. Su satisfacción por mi terror rodó a través de mi cuerpo, levantó la bestia y me hizo caer sobre la cama. Mis manos tensas buscaban algo para aferrarse, un poco de ayuda, pero no había nada por qué pelear, era el poder y estaba dentro de mí.

Ella me exploraba, mi bestia, hasta que rodó justo debajo de la superficie de la piel. Tocó la parte de Richard que estaba todavía dentro de

mí y levantó la bestia, hasta que las dos energías se entrelazaron y mi cuerpo empezó a convulsionarse.

Oí gritar.

—¡Ella va a cambiar!

Unas manos me mantuvieron presionada a la cama.

Pero Belle había conseguido lo que quería y dejó que volviera a caer en mi cuerpo. Se separaron los poderes dentro de mí como una baraja de cartas. Tocó el enlace con Jean-Claude y él se quedó perplejo, pude sentirlo. Hasta ese momento había asumido que era un vampiro, y ahora sabía que no lo era.

Dejó que la sorpresa se deslizara hacia dentro de mí, y luego llamó al *ardeur*, la pesadilla, y el momento en el que lo pensé, me di cuenta que era la palabra correcta, súcubo, susurró en mi cabeza, un súcubo.

Las manos que me habían estado manteniendo presionada, se pasaron sobre mi cuerpo, en respuesta al *ardeur*. Era como estar cubierta de pura lujuria, rodada en él, como la harina en un pedazo de carne antes de cocinarla.

Manos se deslizaron por mi piel, una boca se cerró sobre la mía, y no podía ver quién estaba sobre mí, besándome. Podía sentir el peso de su cuerpo, otro conjunto de manos, pero no podía ver nada más que una luz brillante de color ámbar.

Belle mantuvo el *ardeur* en la superficie, porque le divertía. No pude ver que tenía las manos, o que estaba haciendo, todo lo que podía hacer era sentirlos, los roce de la seda, la carne, una cortina de cabello, el olor de la vainilla, ¡pero no podía ver! Belle Morte estaba utilizando mis ojos para otras cosas.

Ella tocó esa parte de mí que me permite resucitar a los muertos. Me acarició la nigromancia, trató de sacarla a la superficie como lo había hecho con los otros dos; bestia y *ardeur*, todo lo demás que había explorado era suyo para llamar, porque todo era de alguna manera parte de su linaje, su sangre. Pero la nigromancia era toda mía. Mi magia brotó a través de mí, subiendo por la espalda, pero no podía echarla, no sólo con el poder puro y duro. Era como si ella flotaba cerca de la superficie de una piscina oscura y yo estuviera en la parte inferior tratando de empujar hacia arriba. No podía echarla fuera, pero pude ver de nuevo, pensar de nuevo.

Estaba desnuda de la cintura para arriba. Nathaniel cerró su boca sobre mi pezón. Grité, y Jason bajó su boca a mi otro seno. Hubo un momento en

que los vi a los dos estrechados contra mi cuerpo, la cabeza rubia, la castaña, la boca trabajando en mi pecho, la línea de sus cuerpos aglutinados en torno al mío, las marcas de mis dientes siendo visibles en Nathaniel, cuando el *ardeur*, cuando Belle Morte se derramó sobre mí otra vez. La mano de Jason se deslizó por la parte delantera la seda roja, sus dedos me tocaron como si él hubiera sabido siempre exactamente dónde me tenía que tocar.

Yo me retorcí bajo su tacto, su tacto.

Agarré la muñeca de Jason, traté de tirar de su mano, pero él estaba luchado y era un lugar de puja para luchar otra vez.

Grité:

—¡Jean-Claude! ¡Asher!

—¿*Ma petite*? —Jean-Claude me llamo con una pregunta como si no estuviera seguro de que fuera realmente yo. Vi a los vampiros de pie junto a la cama, no ayudando, no obstaculizando, simplemente observando. Pero comprendí; el *ardeur* también los llamaba a ellos. Tenían miedo de tocarnos.

—Come —dije.

—No, *ma petite*.

—No puedo luchar contra ella y el hambre. Come, y deja que me den de comer.

—¡Uno no puede liberarse de ella, *ma petite*!

—¡Ayúdame!

Miró al otro lado de la cama a Asher, y vi pasar algo entre ellos, algo construido de dolor y lamento de edad.

—Tiene razón, amigo mío, no puede luchar contra Belle y el *ardeur*.

—Ella no entiende lo que está pidiendo —dijo Jean-Claude.

—No, pero ella pregunta, y si no lo hace, siempre se intrigará. Prefiero intentar y fallar, que arrepentirme de no haber intentado nada en absoluto.

Se miraron el uno al otro durante un segundo o dos, luego Asher se arrastró a la cama y Jean-Claude, le siguió. Asher se tendió junto a Nathaniel, y Jean-Claude lo reflejó con Jason, la alegría Belle Morte estaba quemando a través de mí, me llenaba los ojos con llamas de color miel, y perdí mi agarre en la muñeca de Jason. Su mano se deslizó por encima de mí, pero cuando volví a mirar, pude ver a Jean-Claude a través del cristal oscuro en mis ojos y a Asher en el otro lado.

Sabía que una vez que tocaran a su *pomme de sang* estarían atrapados

en el deseo, y no querrían liberarse. Era una trampa. Abrí la boca para decir: no, pero tres cosas pasaron a la vez. Cada uno de ellos mordió el cuello del hombre de al lado, como si hubieran sabido exactamente lo que el otro iba a hacer, y Jason me llevó al borde brillante de un orgasmo.

Grité, con el cuerpo contra la cama, y sólo su peso me impedía sentarme, arañando el aire, porque no era sólo mi propio placer el que sentía. Sentí los colmillos de Asher en el cuello de Nathaniel, sentí el cuerpo de Nathaniel en una oleada de placer que le hizo morder en mi pecho, sentí una punción en la espalda, eran las uñas de Asher. Jason sacó su boca de mí y gritó. Los vampiros montaron sus cuerpos, y sabía con la conciencia de Belle Morte que la única razón por la que el orgasmo no había llegado fue que la presión arterial no estaba allí todavía. Pero el placer estaba.

Los cinco nos fuimos en oleadas tras oleadas de placer. Al igual que el calor, nombrado el *ardeur*, pasaba por encima y a través de nosotros una y otra vez.

Era como si flotara, sin piel, sin forma, justo por encima de la cama, y podría sentir sus latidos de corazón dentro de mi cuerpo. Finalmente pude sentir a Jean-Claude y a Asher, sentí que sus corazones daban un vuelco masivo y sentí la vida a través de la inundación de sus cuerpos y el vertido de una larga y caliente ola de placer que parecía sacada de las plantas de los pies hasta la parte superior de sus cabezas, como si cada pedazo de sus cuerpos, cada átomo, explotara en el placer a la vez. Nathaniel, Jason, y yo gritamos por ellos, porque sus bocas seguían estando en la sangre aún potable, siendo alimentados. Entonces se acabó, y los cinco yacimos inmóviles, a excepción de la subida y la caída frenética de nuestros pechos, intentando respirar, tratando de recordar lo que era estar dentro de nuestra propia piel, con un solo corazón dentro de nosotros, en lugar de cinco. Nos fundimos de nuevo en nuestra propia piel, solo el rocío tenue de sudor y el trueno de pánico de nuestros pulsos separaban uno y otro cuerpo.

Jean-Claude y Asher se retiraron de Nathaniel y Jason tal como los habían mordido, juntos, en una sincronización perfecta como lo había sido hace dos siglos. Belle Morte llenó mi mente de imágenes, imágenes de los dos haciendo el amor con ella antes de que Asher se dañara, cuando se adaptaba perfectamente a su par. Yo tenía una imagen confusa de ellos haciendo el amor con ella al mismo tiempo. La sensación de ellos empujando dentro de ella, como sabiendo perfectamente, entonces como

ahora, donde estaban los demás cuerpos, y exactamente lo que harían. Ella les extrañaba, y fue parcialmente mi amor de Asher, verlo tan hermoso, que hizo su pesar. El intercambio no sólo era en un sentido, no solo ella conocía mis sentimientos, yo también conocía los suyos. Pero fui yo de nuevo. El deseo había sido bien alimentado, saciado, así que ahora podía hacer lo que mejor sabía hacer.

Llamé a mi magia, tiré de ella a mí alrededor como un soplo de viento fresco sobre mi piel empapada de sudor. Nathaniel y Jason se apartaron de mí, con los ojos todavía desenfocado.

Jean-Claude y Asher se levantaron por encima de los hombres más pequeños, con los ojos como fuera de foco, como de licántropos.

—Pero... —dijo Jean-Claude—. *Ma petite*, que...

Llegué a él.

—Coge mi mano.

—Ma petite...

—¡Ahora!

Belle pasó la energía a través de mí como un látigo en una mano experta. Ella había estado usándola para hacerme cosquillas en la piel, y ahora lo hacía en serio para que doliera. Me retorció en la cama, sólo Jason y el peso de Nathaniel me mantuvieron. Mi visión se estaba consumiendo por las llamas marrones.

Una mano en la mía, carne fresca, y el momento en que Jean-Claude me tocó pude ver de nuevo. Era su siervo humano, él era mi maestro, que formábamos parte de un triunvirato de poder. Si Richard hubiera estado aquí podríamos haberla sacado antes.

Envié la llamada en mi cabeza, gritando psíquicamente para Richard, pero la respuesta vino en contra de mi piel. Jason me miró, confuso.

—Anita... —dijo.

Y sentí el poder de Richard en Jason, el vínculo de su manada. El poder del triunvirato saltó entre la mano de Jean-Claude, mi mano, y el cuerpo de Jason. Sería el trabajo, tenía que trabajar, porque podía sentir el aumento de Belle Morte dentro de mí otra vez, y no estaba segura de que las tenía todas conmigo para sacarla.

Saqué la nigromancia como una gran nube oscura, una tormenta dispuesta a romper, llenando la habitación con el hormigueo de la magia.

Nathaniel se echó hacia atrás, y susurró:

—Nimir-Ra.

El poder presionaba como un relámpago en una botella, pero la botella era mi cuerpo, y no hay libertad sin una cosa más... sangre. La última vez que había hecho magia del triunvirato le había pedido a los muchachos que me dieran sangre, observé cómo Jean-Claude había hundido los colmillos en Richard por primera vez, pero no hoy. Hoy necesitaba sangre, yo quería sangre. No compartiría.

Utilicé mi mano libre para atraer la cara de Jason hacia mí, pero no lo besé. Mi boca se movía por el lado de su mejilla y le susurré:

—Necesito sangre, Jason. Di que sí.

Había podido salir fuera de mí con los brazos, pero susurró:

—Sí.

Y derrumbó la parte superior de su cuerpo en mi pecho, deslizando su mano por mi estómago como si fuera a hacer otras cosas. Podía oler la sangre debajo de la superficie de su cuello, podía saborear su pulso como un caramelo en mi lengua, y le mordí. No era un vampiro. No hubo trucos mentales para que fuera agradable. No tendría relaciones sexuales, no había distracción, sólo mis dientes desgarrando su carne, la sangre en mi boca, y el momento que la sangre se vertió sobre mí, la nigromancia quemó y la empujé hacia un toque de miel.

Ella se rió de mí, de nosotros, entonces la risa se detuvo, porque sentía el empuje de mi poder. Era una nigromante, y no era más que otro tipo de vampiro. Mi magia no diferenciaba entre ella y cualquier otro cadáver. La empujé hacia fuera, la eché hacia atrás, la encerré fuera de nosotros. Había estado entrenando brujería este año, por lo que la desligué de nosotros, estaba atada de alguna manera para hacernos daño, ligada con nosotros a través de su poder. Mi último pensamiento fue para ella, *si quieres saber que cojones está pasando, coge un teléfono*. Entonces ella se fue.



Estaba desnuda otra vez. Parecía ser el tema de esa noche. Cinco de nosotros estábamos en un montón, respirando con dificultad, los cuerpos hormigueando, a veces sucede con la prisa de la magia, te sientes cansado y eufórico, al mismo tiempo, como una especie de sexo.

Asher y Nathaniel estaban acostados en la cama justo fuera de mi alcance. Mi boca, el mentón y el cuello estaban cubiertos con la sangre de Jason, el cual se quedó con su cabeza en mi pecho, y pude ver la herida del cuello. Lo marcaron Nathaniel y Micah, faltaba un trozo de su cuello de Jason. No era una parte grande, no obstante, faltaba un pedazo de carne.

Tragué saliva, tomé una profunda respiración. No voy a vomitar, no vomito, no vomito, no vomito. Iba a vomitar. Empujé a todo el mundo fuera de la cama y corrí hacia el cuarto de baño. Vomité, y la carne, del tamaño de una moneda de cincuenta centavos, salió. Mis peores temores se confirmaron, las náuseas venían con una ola ardiente. Vomité hasta que

pensé que mi cabeza iba a explotar. Hubo un golpe en la puerta.

—*Ma petite*, ¿puedo entrar?

No me había preguntado si estaba bien. Pequeño vampiro. No le contesté, sólo me quedé de rodillas con la cabeza contra el borde de la fría bañera, me preguntaba si iba a vomitar de nuevo o si mi cabeza se caería primero. Me dolía la cabeza aún más mi estómago. Oí que la puerta se abría.

—*Ma petite*?

—Estoy aquí —dije.

Mi voz sonaba llena de espesor, como si hubiera estado llorando. Mantenía mi cabeza gacha. No quería verlo, ni a él, ni a nadie.

Vi el borde de la bata negra, luego, se arrodilló delante de mí.

—¿Hay algo que pueda conseguirte?

Una docena de respuestas volaron a través de mi mente, la mayoría de ellas sarcásticas, pero me conformé con:

—Una aspirina y un cepillo de dientes.

—Podrías pedir que me corte el corazón en este momento, y podría hacerlo. En su lugar, pides la aspirina y un cepillo de dientes. —Se inclinó y puso un gentil beso en la parte superior de mi cabeza—. Voy a conseguir lo que pides. —Se puso de pie, y otra vez oí que un cajón se abría y cerraba.

Miré hacia arriba y lo vi moverse con eficacia por todo el cuarto de baño, encontrando un frasco de aspirinas, un cepillo de dientes y una selección de pastas de dientes. Era absurdamente doméstico, y la túnica de color negro, no encajaba en el perfil.

Jean-Claude se veía como alguien que debe ser funcionario. Pero, cuando estaba a mí alrededor siempre era él mismo. Cuando no estaba alrededor probablemente tenía cincuenta bailarinas, y la manicura en las manos y pies. Pero conmigo, a menudo era sólo él.

Me trajo la aspirina y un vaso de agua. Las tomé, y hubo un momento en que no estaba segura de que mi estómago se mantuviera en su sitio, pero pasó. Jean-Claude me ayudó a ponerme de pie y lo dejé. No era sólo que mis piernas se tambaleaban, estaban más bien insensibles.

Empecé a temblar y no podía parar. Jean-Claude me sostuvo en el círculo de sus brazos.

Mi pecho dolió cuando me frotó contra la tela. Me separé lo suficiente como para mirar hacia abajo. Había una huella perfecta de los dientes de

Nathaniel rodeando mi pecho. Sólo había hecho sangre en algunos lugares, pero el resto era de un rojo oscuro-violeta. Iba a ser un infierno de morado si mi cuerpo no se curaba antes.

Jean-Claude trazó un camino con su dedo por la parte superior de la mordedura, y me hizo una mueca.

—¿Por qué este tipo de cosas no hacen daño, mientras las estás haciendo?

—La pregunta es tu propia respuesta, *ma petite*.

Extrañamente, entendí lo que quería decir.

—Es casi un espejo de lo que le hice en el pecho.

—Nathaniel está siendo cauteloso, creo.

—¿Qué quieres decir?

—No hizo nada que no hubieras hecho con él primero.

—Pensé que eran llevados con el *ardeur* y el Belle Morte.

—La primera vez que sienten la llamada de su poder es algo apasionante. Sin embargo, el hecho de que Jason hiciera algo que él sabía que no le permitías, y Nathaniel no, puede significar que Nathaniel tiene más control de sí mismo que Jason.

—Hubiera pensado que era al revés.

—Lo sé —dijo, y la forma en que lo dijo y me miraba...

—¿Qué se supone que significa eso?

—Esto significa, *ma petite*, que no creo que lo conozcas realmente.

—Él no se conoce a sí mismo —dije.

—En parte eso es cierto, pero creo que va a sorprenderte.

—¿Estás ocultando algo?

—¿Acerca de Nathaniel? No.

Suspiré.

—¿Sabes que el otro día casi hacía que me dijeras qué significa esa frase críptica?, pero maldita sea, quiero un poco de consuelo de alguien ahora mismo, y creo que tienes que ser tú.

Sus cejas se arquearon.

—Cuando me lo pides de manera tan halagadora, ¿cómo negarme?

—Sin juegos, por favor, Jean-Claude, por favor, sólo sostenme.

Él me llevó de nuevo al círculo de sus brazos, y me moví a fin de que la mordedura no me hiciera daño, o más bien que no me doliera más de lo que ya lo hacía.

Se había convertido en un dolor palpitante, agudo cuando la tocaba. Me

hizo daño, pero una parte de mí estaba satisfecha de encontrarlo.

Fue una confirmación de lo que habíamos hecho, un recuerdo doloroso de lo que había sido impresionante. Podría haber sido sólo maravilloso todo el asunto.

—¿Por qué estas contento de que Nathaniel me marcara?

Se lo dije en voz baja, porque no estaba un cien por ciento segura de que Jean-Claude no estuviera celoso de eso.

Me acariciaba el pelo, con su otro brazo me abrazó.

—No puedo pensar en muchas razones.

Su voz resonaba en su pecho contra mi oído, mezclándose con el sonido de los latidos de su corazón.

—Una que tuviera sentido para mí sería suficiente —dije.

—Ah, una que tenga sentido para ti, ahora es una cuestión diferente.

Apreté mis brazos alrededor de su cintura.

—Sin juegucitos, recuerda, me lo dijiste.

—Podría ser que realmente te estés convirtiendo en su Nimir-Ra. —Su brazo se apretó a mí alrededor—. Siento algo diferente en ti, *ma petite*, algo salvaje que no estaba allí antes. No se siente como la bestia de Richard, se siente, pero de una manera diferente. Puede ser simplemente que, como Nimir-Ra de Nathaniel desees un contacto más estrecho con él.

Tenía sentido. Es difícil discutir con la lógica, pero quería.

—¿Cuál podría ser la razón?

—Tratando con un vampiro como Belle Morte. Si a través de las marcas o tu nigromancia tienes algunos de los poderes de un vampiro, podría ser que los leopardos sean tu animal. Tengo que admitir que la primera es la razón más probable, pero la segunda es también posible.

Me incliné hacia atrás lo suficiente para ver su rostro.

—¿Te atraen los lobos? —pregunté.

—Me resulta agradable tener a los lobos a mí alrededor. Es reconfortante tocarlos... como un animal doméstico, o un amante.

No estaba segura de lo que sentía por él usando la mascota y el amante en la misma frase, pero lo dejé ir.

—¿Así que quieres tener sexo con los hombres lobo?

—¿Quieres tener sexo con Nathaniel?

—No... No exactamente.

—¿Pero querías tocarlo y ser tocada?

Tuve que pensar en eso por unos segundos.

—Creo que sí.

—En una verdadera unión de los animales y el vampiro, hay un deseo de ambos al tacto, el uno de servir y el otro de cuidar de ellos.

—Padma, el Maestro de las bestias, trataba a sus animales como la mierda.

—Una de las muchas razones de que Padma será siempre una energía secundaria en el Consejo es su creencia de que todo el poder debe ser considerado, que todo poder debe venir a través del miedo. El verdadero poder viene cuando otros se te ofrecen y tú sólo los aceptas como un don, no como botín de guerra, algo personal.

—¿Así que el hecho de que tratas a tus lobos mejor que la mayoría, es que, te den una decisión política?

Se encogió de hombros, sin soltarme.

—No sé cómo se sienten otros vampiros. Sólo sé que Belle Morte se siente atraída por sus gatos y siento lo mismo por mis lobos. Tal vez es sólo su línea de convertir el vínculo entre el animal y el vampiro en algo así como amantes. Mucho de su poder incita a tener relaciones sexuales, o al menos, atracción, y tal vez no es cómo se sienten. —Frunció el ceño—. Realmente no había pensado en eso antes. Tal vez es otra ventaja de su linaje, o un déficit de ella, que la mayoría de mis poderes a su vez sean algo parecido al sexo.

—¿También Asher sienten lo mismo acerca de su animal para llamar?

—No tiene ningún animal para llamar.

Abrí mucho mis ojos.

—Pensaba que todos los vampiros dueños de una cierta edad tenían un animal a llamar.

—La mayoría de las veces lo hacen, pero no siempre. Al igual que su mordedura puede dar verdadera liberación sexual y la mía no. Tenemos diferentes poderes.

—Pero no tener un animal para llamar es como un gran...

—Significa que es más débil que yo.

—Pero, todavía podría ser dueño de la ciudad en otro lugar. Quiero decir que he conocido a dueños de la ciudad que no tenían animales que llamar antes.

—Si hubiera una vacante en un territorio de este país, y estuviera dispuesto a dejarnos, entonces sí que podría elevarse a Maestro de la Ciudad.

Comencé a preguntar, entonces ¿por qué no va? Pero estaba bastante segura de que sabía la respuesta, y era una respuesta dolorosa, por lo que lo dejé sin decir. Tal vez estaba creciendo en los últimos meses. No todos los pensamientos que me venían a la cabeza, tenían que salir de mi boca.

—O podría ser simplemente que has querido a Nathaniel por un largo tiempo. Hay satisfacción en dar finalmente la voluntad.

Me aparté de él.

—¿Sabes?, no eres muy bueno reconfortando.

—Dijiste no a los juegos. ¿No es una mentira lo mismo que jugar un juego?

Yo le fruncí el ceño.

—No tuve relaciones sexuales con Nathaniel.

—Ven, *ma petite*, no, no tuviste relaciones sexuales, pero decir no tener relaciones sexuales es muy rebuscado, ¿no?

Lo miré y traté de estar enojada, pero había algo más cercano al pánico que ira, haciendo que mi corazón latiera más rápido.

—¿Estás diciendo que lo que acabamos de hacer es como el sexo?

—¿Estás diciendo que no?

Me volví así que no podía verle la cara, abrazándome.

Finalmente me volví a mirarlo. Traté de apoyarme en la pared, pero la pared estaba fría y todavía estaba desnuda. Necesitaba ropa, pero ellos estaban en la otra habitación, y no estaba tan dispuesta a ver hombres otra vez.

—¿Así que estás diciendo que he tenido relaciones sexuales, con todos vosotros?

Tomó una respiración profunda.

—¿Qué respuesta quieres, *ma petite*?

—La verdad sería buena.

—No, no quieres la verdad. Pensé que la querías, o me habría cuidado mejor de lo que decía. —Parecía cansado—. Me alegro de que seas la mujer que eres, pero hay momentos en que me gustaría que pudieras simplemente disfrutar de algo sin ser perseguida por la culpa y la moral. Lo que hemos hecho esta noche es una cosa gloriosa. Una cosa para ser compartida y apreciada, no es algo de que avergonzarse.

—Lo estaba llevando mejor hasta que me has dicho que era como el sexo.

—Y el hecho de que tenía que decírtelo para que te dieras cuenta

significa que te sigues mintiendo a ti misma más de lo que has tratado de mentir.

—¿Qué se supone que significa eso?

Levantó una mano.

—No diré nada más sobre esto. No quieres la verdad, y que no te mienta. Pues estoy fuera de opciones.

Me abracé a mí misma y fruncí el ceño en el suelo. Traté de ajustar a mi mente a todo lo que había dicho, lo que había hecho, y no podía hacerlo. Necesitábamos un cambio de tema, rápido.

—Jason ha actuado como el sustituto de energía de Richard —dije.

—*Oui*.

Me dejó cambiar de tema sin una palabra o un cambio en la expresión.

—No sabía que podía hacer eso.

—Tampoco yo. —Anduvo hasta mi lado otra vez—. Si es lo que deseas, más que la verdad, entonces puedo hacer eso. —Me tocó la barbilla, levantó mi cara para que nuestras miradas se cruzaran—. Pero debes decirme cuando no quieres la verdad, *ma petite*. Por lo general, es tu mayor demanda en mí.

Me quedé mirando su hermosa cara y comprendí lo que estaba ofreciendo, comodidad, pero no honestidad. Mentiras reconfortantes, porque no quería escuchar la verdad.

—No quiero que me mientas, pero he llegado a mi límite de verdades duras por el día de hoy. Necesito un respiro.

—¿Quieres un espacio de calma para pensar en todo? Lo comprendo. Incluso puedo dártelo por unas horas, pero tienes que hacer frente a Richard esta noche en el lupanar, y me temo que las verdades más duras te esperan allí.

Puse mi cara contra su pecho, acurrucada en la suavidad de su piel, atrapada entre las solapas forradas.

—Tu charla de Richard no va a hacer que me sienta mejor.

—Mis disculpas.

Estaba frotándome la espalda con las manos, una y otra vez. El movimiento hizo que la tela de las mangas frotara de arriba a abajo mi cuerpo, de mi culo a mis hombros. Es calmante y relajante, no al mismo tiempo. Me miró y no sabía si llorar o gritar.

—Pensé que alimentaba el *ardeur*.

Sus manos seguían contra mi cuerpo.

—Y lo han alimentado bien, pero siempre por debajo de la superficie. Como admirar un postre muy bien hecho, no es igual que probarlo.

No me gusta mucho la analogía, pero no podía pensar en una mejor. Apreté mi cuerpo en su túnica, acuné mi cuerpo contra el suyo, y escuché el reconfortante latido de su corazón.

Hablé con mi cara apretada contra su pecho, el pelo negro del borde de las solapas hacia cosquillas en mis labios.

—¿Por qué no me avisaste que no podía hacer eso?

—Si fueras un vampiro de mi línea, entonces te hubiera advertido, pero no son vampiros, ni humanos, y no deben trabajar de esa manera para ti.

Me incliné hacia atrás lo suficiente para ver su rostro.

—¿Puede entrar en cualquiera de tus hijos...?

—No, su capacidad de mirar a sus hijos sólo dura unas pocas noches. Una vez que el nuevo vampiro es lo suficientemente fuerte para controlar su propia hambre, entonces ella no puede entrar, como una puerta que se cierra.

—Ella llamó a mi bestia, o bestias, o lo que diablos está pasando conmigo. Llamó como si supiera lo que estaba haciendo.

—Su animal para llamar son todos los gatos grandes.

—Así que, leopardos —dije.

Asintió con la cabeza.

—Entre otras cosas.

—Pensé que sólo el Señor de las Bestias podría llamar a más de un animal.

—Es la capacidad que viene casi desde el principio, pero muchos de los más antiguos se convierten en usuarios de una variedad de poderes. Empezó, como yo lo entiendo, siendo capaz de llamar sólo a los leopardos, entonces, uno por uno los otros gatos grandes respondieron a su llamada.

—Si realmente soy un were leopardo, ¿Será capaz de controlarme?

—La has expulsado, *ma petite*. Puedes responder a tu propia pregunta, ¿no?

—¿Estás diciendo que si le pateé el trasero una vez, puedo hacerlo de nuevo?

—Algo así, *oui*.

Me aparté de él, pasé mis dedos detrás de la túnica hasta que nuestras manos se tocaron.

—Confía en mí, Jean-Claude, una victoria no me garantiza que vaya a

ganar la guerra.

—Esta no fue una pequeña victoria, *ma petite*. Jamás en sus dos mil años de vida ha tenido un desafío como el que acabas de hacer.

Se había doblado por la cintura un poco para besar mis manos, mostrando un largo y delgado triángulo de su pecho y parte superior del estómago. Mi mirada siguió esa línea de carne pálida bajo esa sombra que ocultaba el resto de él.

Por una vez no quería deshacer la túnica. Parte de ello era que yo estaba bien... satisfecha, y en parte, en su mayor parte, es que acababa de tener relaciones sexuales con cuatro hombres a la vez, y mi nivel de incomodidad era demasiado alto como para pensar en cualquier tipo de sexo por un tiempo.

—Sabía que los vampiros podrían hacer agradable la mordedura, pero nunca soñé lo que se siente —dije.

—Es uno de los regalos de Asher para hacer su mordedura orgásmica. Le miré.

Asintió con la cabeza.

—*Oui, ma petite*, puedo hacerla agradable.

—Asher me mordió una vez, y no fue orgásmico.

—Él se retiró cuando se dio cuenta que había metido su mente sin querer... Él se portó bien.

Yo levanté las cejas en eso.

—Si esta noche la cosa es real, se había comportado mejor, tú te alimentabas de ella, y Belle Morte, también.

—Fue una fiesta, ¿no? —Y algo en la forma en que dijo que me hizo sonrojar—. No quiero avergonzarte, *ma petite*, pero fue glorioso. No he compartido regalos con Asher en más de doscientos años. Casi se me había olvidado lo que era.

—Así que tú no puedes hacer esto sin Belle Morte.

—Uno de los regalos es ser un puente, una conexión, entre sus hijos. Eso permitió el intercambio de regalos.

—Voy a expulsarla, Jean-Claude, no volverá a repetirse.

—Y los dos estamos encantados. Creo que no has comprendido el riesgo que todos tomaron, *ma petite*. Si no la hubieras echado, entonces podría haber hecho las cosas por nosotros, incluso desde tan lejos. Somos las únicas dos líneas que han estado siempre de su lado de buen grado. Algunos fueron exiliados, y ella no es una mujer que toma el rechazo bien.

Eso fue un eufemismo.

—Ella vio a Asher, a través de mis ojos. Sentí su pesar haberle dejado ir, ella no lo había visto como yo lo hice.

Volvió la cabeza hacia un lado.

—Entonces, tal vez incluso un perro muy viejo puede aprender nuevos trucos.

Tragué, y algo me hizo muy consciente del sabor de la sangre y otras cosas en mi boca. Tenía que limpiármela.

Me fui al lavabo y lo miré en el espejo detrás de mí. Sabía que estaba desnuda, pero no fue hasta que me vi en el espejo que realmente me di cuenta. Había logrado eliminar la mayoría de la sangre de la boca con papel higiénico, pero se aferraba a mi pecho y el cuello.

—Realmente necesito ropa —dije.

—Me gustaría ofrecerte alguna —dijo.

Sacudí la cabeza, alargue el brazo para alcanzar el cepillo de dientes. Normalmente, me lavo primero la sangre, pero quería eliminar el sabor de mi boca.

—Que estés desnudo a mi alrededor en este momento no es lo que necesito.

—Voy a mandar a... —vaciló—, Asher por algo de ropa.

—Ibas a decir Jason, ¿no?

Me miró en el espejo.

—Sé que va a curar, pero... podría haberle hecho daño —dije.

—Pero no lo hiciste, y eso es lo que importa.

—Sería bonito pensar que sí —dije.

Sonrió, pero no fue feliz.

—Voy a enviar a Asher por la ropa.

—Genial. Gracias.

Apreté pasta dental sobre el cepillo mientras se dirigía hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el picaporte.

—Normalmente deberías dar tu *«pomme de sangs»* como regalo o muestra de gratitud por servirte.

—Creo que han tenido todo el agradecimiento que van a obtener de mí por un día.

Se rió, y el sonido cabalgó sobre mi cuerpo como una caricia de seda.

—Oh, sí, *ma petite*, y creo que estaría de acuerdo, pero te digo esto para más adelante.

Debes recompensar la *«pomme de sangs»* por los servicios.

—¿El dinero no lo haría? —pregunté.

La expresión de su rostro dijo que estaba verdaderamente insultado, ultrajado, por el hecho.

—Tú has compartido algo más íntimo que la mayoría de la gente comparte nunca con otro ser. Nos han dado un gran regalo en el día de hoy, y no son putas, Anita. —Mi nombre real, estaba en problemas—. Ellos son *pomme de sangs*, has de pensar en ellos como queridos amantes.

Fruncí el ceño.

—Hoy en día el intercambio de placer era suficiente recompensa, pero se necesitará para alimentar el *ardeur* todos los días, a menos que sea una comida digna de la sed, más de una vez al día durante un par de semanas.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté.

—Estoy diciendo que sería mejor si eliges a un *pomme de sangs* y lo mantienes cerca de ti, para que realmente no sepas como es el hambre. Puede ser una cosa ligera, fácil, o puede que no.

—¿Estás diciendo que voy a tener que hacer esto cada día?

—Sí.

—¡Joder!

Sacudió la cabeza.

—¿Fue tan horrible el día de hoy, *ma petite*? ¿Es el placer que ganaste tan pequeño?

—No es eso. Fue glorioso, y lo sabes. Pero, nunca seremos capaces de..., no sin Belle Morte, y no quiero una nueva visita de ella.

—Tampoco yo, pero hay muchas cosas que se pueden hacer, y cuando se tiene algún control te enseñará los pensamientos desde la distancia.

—¿Cuándo?

—Un par de semanas.

—Mierda. —Me volví hacia el espejo, no le miraba—. ¿Cómo elijo a *pomme de sang*?

—Creo que ya lo tenemos —dijo.

Le miré.

—¿Te refieres a Nathaniel?

Asintió con la cabeza.

—No, yo... yo no confío en mí misma para no perder el control y... ya sabes lo que quiero decir.

—Es precioso, y se preocupa por ti. ¿Sería tan malo?

—Sí, sí, sería como abuso de menores. No puede decir que no. Si una

persona no puede decir que no, entonces es lo mismo que la violación.

—Tal vez lo que no quieres reconocer, *ma petite*, es que Nathaniel sabe exactamente lo que quiere, y lo que quiere es a ti.

—Quiere que le dominen en todos los sentidos de la palabra.

—Es mejor si el *pomme de sang* se somete a ti.

Sacudí la cabeza.

—Entonces ¿con quién más te gustaría correr el riesgo de ser arrastrado? ¿con su Nimir-Ra? —Esta vez había algo en su voz.

—Estás celoso.

—El Nimir-Ra no es *pomme de sang*, un amante, es un postre, no importa cuán delicioso. Es un plato fuerte, muy, por supuesto, muy principal, y quiero ser el único plato en la mesa.

—Me compartes con Richard, y ciertamente no eres sólo el postre.

—Muy cierto, pero también tiene vínculos conmigo. Él es mi lobo a llamar, y esa es una relación diferente... para mí, para ti, que para un desconocido.

—Sé que fue el *ardeur*, pero maldita sea, nunca he...

—No eres una mujer de sexo casual. No, *ma petite*, no lo eres. Y me temo que lo de Nimir-Ra no es más informal que el resto de tus deseos. — Parecía tan serio cuando lo dijo, solemne.

—¿Qué quieres decir?

—Si eres verdaderamente su Nimir-Raj, entonces se le señala a él. No hay remedio. Y la verdad, no puede culpar su gusto. No es lo más justo con nuestro Richard, pero tiene ciertas compensaciones. —La expresión de su rostro me hizo sonrojar de nuevo.

Me volví al lavabo y comencé a cepillarme los dientes, y él lo tomó como un despido. Se fue con una carcajada. Cuando la puerta se cerró detrás de él y estaba sola me quedé mucho tiempo mirándome en el espejo. Todavía me parecía a mí. Pero podría saborear la sangre de Jason por debajo de la pasta de dientes. Empecé a cepillar y escupir y correr el agua fría, escuchando el sonido del agua en lugar de los gritos en mi cabeza.

Cuando Jean-Claude volvió a la habitación, enjuagué la sangre con un trapo que había utilizado y había tres diferentes tipos de enjuague bucal al lado del fregadero.

Y había utilizado los tres, y no podía probar nada más que la frescura de la menta. Tú mismo puedes limpiar la sangre y el sabor en la boca, pero las manchas que realmente importaba eran los que ninguna cantidad de

jabón o agua podría quitar. Me han dicho que las cosas no podían ir peor, pero sabía que podían, y rápidamente.

Si me encerrara fuera por unos días hasta que pudiera controlar el *ardeur*, los hombres lobo votarían sin mí, y habrían ejecutado a Gregory. Si matan a Gregory, no sólo matan a Jacob. Sería la guerra entre mis socios y yo, y la manada de Richard. Richard era lo suficientemente Boy Scout para hacerme enojar, y tal vez me obligaba a matarlo. Algo dentro de mí, moriría con la muerte de Richard, y si aprieto el gatillo... Hay algunas cosas de las que te puedes recuperar y otras de las que no. La muerte de Richard sería una de esas cosas de las que no me recuperaría.

Jean-Claude dijo suavemente:

—¿Estás bien, *ma petite*?

Sacudí la cabeza, pero dije:

—Claro.

Tenía un conjunto de raso azul para mí.

—Después de vestirme te acompañaré hasta el exterior.

Le miré.

—¿Es tan obvio que no quiero volver allá afuera?

—Jason ha sido llevado a su habitación. Él sanará. Pero pensamos que sería molesto que lo veas. Nathaniel te espera, y a que te lo lles.

—¿Qué hay de Asher?

—Se llevó a Jason.

—Sabes que tenemos la respuesta a la pregunta que has querido saber —dije.

Nos miramos.

—Sentí su puesta en libertad, *ma petite*. Sé que ha estado atormentándose, y me permitía creer que estaba sometida. Pero aún no sé qué tan mal está marcada, y que tipo de sometimiento tiene.

—¿Quieres decir que puedes sentir que tan marcada esta y que no quiere que nadie la vea, o toque?

—*Oui*.

—Hasta que tocó a los muchachos, el *ardeur* no se extendió a ti. Belle Morte no se extendió a ti. Es como una enfermedad —dije.

—He visto la enfermedad, suelta en una sala de banquetes del tamaño de un campo de fútbol, y la propagaron de persona a persona hasta que todos cayeron unos sobre otros en un... bueno, orgía es una palabra demasiado suave.

—¿Qué ganó con una habitación entera de seres humanos sin control?

—Consigue el poder de cada comida a su alrededor, pero no fue sólo eso. Desea ver si hay límites a la cantidad de gente a la que podría propagarse a través de la voluntad.

—¿Ha encontrado su límite?

—No.

—Así que cientos de personas... —dije.

Asintió con la cabeza.

—¿Y ella se alimentaba de los deseos de todos ellos?

—*Oui*.

—¿Qué hizo con el poder de todo eso?

—Ella ayudó a un marqués a seducir a un rey y le dio las rutas comerciales y las alianzas de los tres países.

Amplíé mis ojos.

—Bueno, al menos no fue en vano.

—Belle tiene muchos defectos, pero el despilfarro de una ventaja, no es uno de ellos.

—¿Qué le hizo ganar todas las maniobras políticas?

—Títulos de propiedad, y un rey que la adoraba. Recuerda, *ma petite*, que era el rey de una nación destinada a ser un monarca absoluto. Su palabra era la vida y la muerte, y ella lo manipuló a través de los dulces secretos de su cuerpo.

—Nadie es tan bueno en la cama.

Una mirada pasó sobre su cara, una pequeña sonrisa que trató de ocultar.

—Si ella fue tan maravillosa, ¿por qué Asher y tú os fuisteis?

—Asher había estado con Belle durante muchos años antes de mi llegada, y mucho antes de encontrar a Julianna. Él y yo estábamos en el círculo íntimo de poder, donde muchos luchaban durante siglos para ir o no. Éramos sus favoritos hasta que Asher encontró a Julianna. No se me ocurrió sino hasta décadas más tarde que Belle estaba celosa, pero creo que de una manera distinta. Dormía con otros hombres, otros vampiros, y estaba contenta de que Asher y yo compartimos mutuamente cama, y fuimos a los vampiros que quiso compartir con nosotros. Sin embargo, otra mujer que eligiéramos nosotros mismos, era diferente. Pero es una de nuestras más sagradas leyes de no dañar a otro sirviente humano, por lo que Belle no hizo nada. Entonces Asher me ofreció a Julianna, y nos

convertimos en un *ménage á trois*, y planteó la cuestión de que durmiera Julianna con otros.

Miró hacia abajo, en el suelo, luego continuó.

—Arturo fue uno de sus favoritos también.

Deseaba a Julianna, pero Asher se negó.

—Asher se negó, no, Julianna —dije.

—Ella era su criada. No se podía negar si le había dado su consentimiento.

—Hijo de... —dije.

Se encogió de hombros.

—Fue un siglo diferentes, *ma petite*, y Julianna fue una mujer distinta de la que eres.

—Entonces ¿por qué se negó Asher? —pregunté.

—Él temía por la seguridad de Julianna. Los dos lo hicimos.

—¿Arturo lo quiso brusco?

—La Madre Naturaleza ha hecho casi imposible para Arturo tenerlo de cualquier manera...

Le miré.

—¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros de nuevo con gracia.

—Arturo es todavía el hombre mejor dotado al que he visto.

Era mi turno para encogerme de hombros.

—¿Y?

Sacudió la cabeza.

—No entiendes, *ma petite*. El *outil* *isbien*, bien labrado. ¡Ah!, ¿Cómo se dice aquí?... Como la de un caballo.

Empecé a señalar que Richard estaba bastante bien dotado, pero es una mala forma decirle al novio A que la del novio que B es más grande. Micah estaba mejor dotado incluso que Richard, pero de nuevo, no parecía bien mencionarlo. Finalmente lo dejé con:

—He visto a dos hombres que la tenían como los caballos, como dices, y era intimidante, pero... tú eres quien implica que se temía por la seguridad de Julianna porque él era tan grande.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Nadie es tan grande.

—Arturo hace parecer que incluso nuestro Richard y tu Nimir-Ra sean pequeños.

Me sonrojé y me arrepentí.

—Esos no eran los dos hombres que me refería.

Levantó una ceja.

—¿De veras?

La forma en que lo dijo hizo que me sonrojara más.

—En Nuevo México, uno de los refuerzos de Edward y uno de los chicos malos.

—¿Y cómo llegaste a ver lo bien que se adornaban, *ma petite*? —Había algo en su voz, un toque de calor, como el comienzo de la ira.

—No tuve sexo con nadie.

—Entonces, ¿cómo ves desnudo? —Su voz aún sostenía el borde caliente, y realmente no podía culparlo.

—Bernardo, el refuerzo de Edward, estábamos con una pandilla de motociclistas locales, en un club. Ellos no creían que él era mi novio. Me preguntaron si estaba circuncidado, y les dije que sí. Pensé que esa era la respuesta ya que el cincuenta y uno por ciento de los en los Estados Unidos lo estaban. Le bajaron los pantalones para probarlo.

—En alguna amenaza, supongo. —Estaba más divertido que enfadado.

—Sí.

—¿Y el otro?

—Trató de violarme.

Jean-Claude puso ojos como platos.

—¿Qué fue de él?

—Yo lo maté.

Me tocó la cara suavemente.

—Acabo de entender por qué estaba tan atraído a ti la primera vez que te oí interactuar con la policía.

—No es amor a primera vista —dije—, pero el amor a primera vista... no tengo tan buena voz.

—No subestimes los dulces sonidos de tu voz, *ma petite*, pero no era el sonido de tu voz que me fascinaba. Eran tus palabras. Supe desde el momento en que te escuché, el momento en que vi el arma y me di cuenta de que esta hermosa mujer menuda era el verdugo, que nunca iba a morir esperando, que te encontré.

Puso sus manos contra mis mejillas, me miró a los ojos y vi una vez más la tristeza por no haber salvado a Julianna que nunca lo abandonó.

—¿Así que me querías porque yo era difícil?

Él me dejó hacer la broma. Incluso sonrió, pero nunca llegó a sus ojos.

—*Oui, ma petite.*

Mi voz era suave cuando le dije:

—Así que Arturo quería a Julianna.

Llevó su mano hacia atrás, lentamente.

—Y ella le temía, y temía por ella. Fue hace doscientos años, un poco más ahora. Asher no era tan potente como lo es ahora, y temía que su agente humano no podría sobrevivir a las atenciones de Arturo.

—¿Tengo que preguntar, qué tan grande era?

Jean-Claude hizo como medía un pez.

—Como de este tamaño. —Parecía tener unos seis centímetros.

—Eso no es tan grande.

—Eso es lo amplio que era —dijo Jean-Claude.

Sólo me quedé boquiabierta.

—Estás exagerando.

—No, *ma petite*, créame, me acuerdo.

—Entonces, ¿cuánto de...?

Hizo otro movimiento de medición. Me reí porque no le creí.

—¡Oh, por favor! ¿Estás diciendo que era cerca de seis centímetros de ancho y más de un pie de largo? De ninguna manera.

—Sí, es cierto, *ma petite*.

—Dijiste que Arturo fue uno de los favoritos de Belle. ¿Eso significa que...?

—Ha tenido relaciones sexuales con él, *oui*.

Fruncí el ceño, no podía pensar en una forma hábil de decirlo, así que espeté:

—¿No le dolió?

—Ella era una mujer con una gran capacidad con los hombres en todos los sentidos.

Wow, que educado fue.

—La mayoría de las mujeres no serían capaces de adaptarse a..., — dije.

—No. —Estaba de acuerdo.

—¿Quería matar a Julianna?

—No, ella cree que Arturo no le haría daño.

—¿Por qué?

Se lamió los labios, que rara vez lo hacía, y parecía incómodo, lo que

hacía, incluso con menos frecuencia.

—Digamos que algo que Belle Morte nos enseñó a Asher y mí en encontrar placer, también se hizo con Julianna.

Frunció el ceño, porque que no tenía ni idea de que decía.

—Si te estás dando a entenderte, no lo estoy recibiendo.

—Preferiría no hablar de ello ahora. Tal vez en otro momento.

Le frunció más el ceño.

—¿Qué no quieres decir?

Sacudió la cabeza.

—Creo, *ma petite*, que prefieres no saber.

Le miré.

—Sabes, Jean-Claude, hubo un tiempo, no hace mucho tiempo, que si me dijeras eso te lo haría decir. Pero ahora, si me dices que no quiero saber, entonces, voy a creerte. Realmente no estoy para escuchar detalles íntimos y chocantes sobre tu vida sexual de vampiro. He tenido choques suficientes en esa zona por un día.

—*Ma petite*, creo que has madurado mucho...

—No te pases. Y no estoy creciendo, estoy cansada.

—Como estamos todos, *ma petite*, como estamos todos.

Me puse la bata azul real de raso que tenía sobre sus manos. Tenía mangas anchas de encaje y más encaje que pasaba por las solapas, y una curva de flores a los costados. Era hermosa y me quedaba perfectamente. La mayoría de los vestidos son demasiado largos para mí. Probablemente lo había comprado pensando en mí. Me puse el cinturón en su lugar, no quería hacer más preguntas acerca del *ardeur* y el sexo y cosas de vampiros.

Pero algunas cosas tenían que ser claras entre nosotros.

—Tengo que aclarar esto, Jean-Claude.

—*Oui, ma petite*.

—Dices que lo que hicimos fue sexo, ¿por lo que en efecto tuve sexo con todo el mundo?

Sólo asintió con la cabeza.

—No pareces en absoluto celoso sobre eso.

—Estaba participando, *ma petite*. ¿Por qué debería estar celoso?

La respuesta me confundió más. Fruncí el ceño hacia él.

—Está bien, voy a tratar esto de nuevo. Dices que el *ardeur* puede necesitar ser alimentado más de una vez al día. No podemos contar contigo

ser Johnny en el terreno cuando suceda. Puedo dormir aquí, pero...

—Es posible que necesites alimentarte cuando no estoy despierto. Esto es muy posible, de hecho, es probable.

—Está bien, entonces ¿cuáles son las reglas?

Le llegó el turno de fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir, *ma petite*?

—Reglas. Me refiero a lo que te hará celoso y lo que no ¿O de quien se supone que voy a permanecer lejos?

Empezó a sonreír, después se detuvo.

—Eres una de las personas más cínicas que he conocido, la más práctica en la vida y contexto de la muerte, y si conocieras algunas de las personas que he conocido, entenderías el cumplido. Pero también eres muy seria, como una niña. Es un tipo de inocencia que no creo que nunca superes. Pero me resulta difícil de tratar.

—Es justo.

—De hecho lo es, pero la mayoría no lo pediría tan suavemente. Podían ignorar y hacerlo, lo mejor que pudieran, cuando surgiera la necesidad, o que pedirían que entre mi pueblo le permitiera tener relaciones sexuales, sin enfadarme.

Hice una mueca de dolor al oírle decir esto, pero...

—Me gusta la forma en que lo expresaste, la cuestión mejora.

—Lo sé. Eres al mismo tiempo una de las mujeres más directa que conozco, y uno de las más auto engañadas.

—Realmente no te gusta la conversación.

—Exacto, pero voy a responder a la pregunta, porque es la verdad. Si Nathaniel es tu *pomme de sang*, entonces dejaré que pases la intimidad con él. Jason como es mi *pomme de sang* en su derecho de hacer el amor con mi siervo humano. Se considera un gran regalo de un vampiro compartir su siervo con otro, y Jason se ha ganado eso. Él me ha servido fielmente por muchos años.

—No soy un premio para ser regalado.

Levantó una mano.

—Calla, *ma petite*, voy a responder a la pregunta, y voy a tratar de decir la verdad, aunque no quieras oírla hoy. Hay muchas cosas que te hubiera dicho hoy, si hubieras estado en un buen estado de ánimo. Pero tienes razón, debemos tener las cosas claras entre nosotros, simplemente he dicho de mantener a Nathaniel a mano, ya que puedes caer, pero si insistes en una

lista, te la doy, pero no sin razones. Porque quiero aclarar que no comparto a la ligera, y hay hombres que no compartirán con nadie.

Estaba enojado ahora, y sus ojos se habían desangrado a color zafiro. El resto de su cuerpo estaba muy quieto, pero lo dijo todo con los ojos. Estaba en las garras de una fuerte emoción, probablemente ira, pero no estaba segura. Y lo guardaba como un hijo de puta, así que algo estaba sintiendo, o pensando, que no quería compartir.

—Asher es aceptable.

No dio las razones, y no le pregunté, porque había demasiado entre ellos, la mayoría de ello doloroso.

—Si Richard llega a sus sentidos, entonces, por supuesto. —Se alisó la parte delantera de su túnica con las manos, a menudo mira su ropa cuando estaba nervioso—. El Nimir-Ra tendrá que ser aceptable, porque él llama a la bestia. Richard llamada a través de mi la marca, mi relación con él, a ti, pero el Nimir-Ra, te llama a ti, Anita.

Mi verdadero nombre de nuevo. Él no era feliz.

—Él llama a algo en ti, en tu poder. Es posible que seas realmente Nimir-Ra, y la luna llena te afecte de verdad. O puede ser que, como con Nathaniel, has encontrado tu animal para llamar. Si se muestran con más fuerza todos los leopardos, entonces podría ser. Ten cuidado si los leopardos son tuyos para llamar. No puede ser meramente Nathaniel y el Nimir-Ra que te atraen.

—Por favor, no me digas que me voy a convertir en una niña puta.

Sonrió.

—No creo que le debas temer a eso. Eres más fuerte de voluntad.

—Acabas de decir que podría ser tentada por los otros wereleopardos.

—Si el Nimir-Ra o Nathaniel no están cerca de ti cuando se levanta el *ardeur*, entonces mi consejo es ceder a ella inmediatamente.

Le mire fijamente.

—Si te opones, *ma petite*, crece. Si crece lo suficientemente grande, entonces realmente puedes convertirte en una niña puta. Si le das y se alimenta de inmediato, entonces se tienen relaciones sexuales con una persona, no varias, y será más una persona de tu elección.

—Entonces, el consejo real es, ¿mantener a los hombres que prefieres a tu alcance?

—Tendría a Nathaniel, o alguien de tu elección, como tu compañero constante.

Tragué saliva y busqué en su cara, pero estaba agradablemente en blanco, su expresión cuando no quería que yo supiera lo que estaba pensando. Sus ojos se habían desangrado a la normalidad.

Algo se me ocurrió.

—No he visto a Damián alrededor.

—Hablo de sexo, y piensas en Damián. —Su voz era agradable, pero tenía algo de palabras duras.

—Me das la lista de personas con quien puedo dormir, y las que no, si no lo dejo fuera de cualquier lista. No estaba en el club, y él no vino a la habitación, atraído por el poder como Asher. ¿Dónde está?

Jean-Claude se frotó las manos en la cara.

—Te lo iba a decir entonces decidiste que no querías más verdades duras hoy. —Bajó las manos y me miró.

—Está vivo, lo sabría si él no lo estuviera.

—Sí, creo que sí. Hubo un momento en el que mi primer maestro hizo latir mi corazón.

Su poder impregnado en mí, me hizo vivir. Pero su poder venía de su Maestro de la ciudad, por lo que en realidad era su poder el que me llenaba. Cada maestro vampiro al que yo pertenecía, los juramentos de sangre exigidos, y cada uno a su vez hicieron mi curso de la sangre, mi movimiento del corazón. Entonces Belle, ella misma, el jefe de mi línea, me trajo, y ella me llenó. Era como los embates del océano, y todos los anteriores a ella fueron los ríos, era como ahogarse en su abrazo. Poco a poco, me lleno de mi propio poder. Pero incluso ahora es su linaje que me hace vivir. El poder que la hizo es lo que me mantiene vivo. Damián es un descendiente de su línea, no de la Belle en sí misma, sino de uno de sus hijos, como yo. Yo soy dueño de la ciudad y el poder que me anima, anima a Damián. Cuando tomó el juramento que le ligaba a mí, que lo hizo fiel a mí, fue mi poder el que le llenaba, mi poder que hizo que su corazón latiera. Y rompió el empate con Ella.

—¿Haces vivir a todos los vampiros? —pregunté.

—El poder viene a través de mí, sí, pero sólo si son de mi línea, mi linaje. Si ellos son descendientes de distintos hijos de Belle, entonces no, los juramentos de sangre no se unen con fuerza.

—¿Qué hay de Asher? No haces latir su corazón.

Asintió con la cabeza.

—Muy bien, *ma petite*. No, no. Un vampiro maestro es un vampiro que

se ha hecho lo suficientemente poderoso como para llenarse a sí mismo. Es una de las cosas de ser un maestro, y una de las razones por las que muchos de los mayores maestros vampiros siguen matando a sus hijos cuando sienten que se rompe el lazo.

—Me estás dando una gran cantidad de información, y no creas que no estoy agradecida, y fascinada, pero ¿qué tiene que ver todo esto con Damián?

—Has levantado a Damián de su ataúd una vez, llenándolo con tu nigromancia como a un zombi. Le has salvado la vida dos veces con tu nigromancia. Se ha forjado un lazo entre vosotros.

En realidad, lo sabía, pero en voz alta le dije:

—Él dijo que no podía decirme que no si le daba una orden directa. Ya que quería servirme. Le daba miedo.

—Te debe temer.

—No tenía intención de hacerlo, Jean-Claude, no. Ni siquiera sabía que era posible.

—Las leyendas hablan de nigromantes que podían controlar a todos los tipos de muertos vivientes, no sólo zombis. La política del Consejo pidió matar a todos los nigromantes a la vista.

—Caramba, estoy contenta de que la política cambiara.

—Sí —dijo—. Pero rompiste las reglas con Damián. No me di cuenta al principio, pero cuando regresasteis de Tennessee, no fue mi poder que hizo latir su corazón, era el tuyo.

Me acordé de la sensación en Tennessee, sintiendo el vínculo entre nosotros.

—No fue hecho de manera deliberada —dije.

—Ya lo sé, pero me dejó con un problema cuando te fuiste más de medio año. Damián tiene más de mil años. Aunque no es un vampiro maestro, sigue siendo poderoso. Ya no tenía vínculos con ninguna jerarquía vampiro. Se le liberó de todos los juramentos de sangre, de todas las lealtades místicas. Tenía la tuya, pero no has venido a reclamarlo.

—Deberías haberlo dicho.

—¿Y qué hubieras hecho? ¿Llevarlo a casa para vivir en el sótano? no tenías ni el poder ni el control para tratar con él ni en seis meses.

—¿Ahora lo hago? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Has expulsado a Belle Morte. Uno de los más poderosos del Consejo. Si puedes hacer eso, *ma petite*, entonces puedes manejar a Damián.

—Esto es grande. Pero ¿dónde está Damián?

—Ya no podía contar con su lealtad. Ya no lo controlaba, ¿me entiendes, *ma petite*? Tuve un vampiro que era más del doble de mi edad, y no podía con él. Me hizo ver débil con los otros, no podía permitirme el lujo de parecer débil, y era peligroso, porque sabía que cuando se curara con tu aura iba protegerte tan apretadamente. No sólo éramos Richard y yo, que sentíamos tu pérdida. Damián se estaba volviendo un poco loco...

Estaba asustada, mi corazón comenzaba a subir por mi garganta.

—¿Dónde está Damián?

—En primer lugar, *ma petite*, entiende que no puedes llevarlo contigo esta noche, porque será un trabajo de tiempo completo para las primeras horas.

—Dime —dije.

—Tuve que encerrarlo, *ma petite*.

Me quedé mirándolo.

—Encerrarlo, ¿cómo?

Sólo me miró, y era elocuente.

—¿Ha sido encerrado en un ataúd envuelto en cruces por seis meses?

—Acerca de eso, sí.

—Eres un cabrón.

—Podría haberlo matado, *ma petite*, eso es lo que otros habrían hecho.

—¿Por qué no?

—Debido a que fue en parte culpa mía, por exponerle a ti. Damián era mío para proteger, y le fallé.

—¡Es mío, mío para proteger! —dije.

—Sin embargo, lo abandonaste.

—No lo sabía. Deberías haberme dicho.

—¿Y hace seis meses te lo habrías creído? ¿O habrías pensado que era una estratagema para volverte a poner en mi vida?

Empecé a decirle, por supuesto que me lo hubiera creído, pero me detuve y pensé en ello.

—No sé si me lo hubiera creído o no.

—Esperaba que fuera a encontrar una manera de restablecer mi dominio sobre él, pero está cerrado para mí.

Tragué saliva y le miré.

—Si es mío, ¿por qué no lo siento cuando todo mi blindaje se rompió en Nuevo México?

—Lo bloqueé de tu percepción, y no ha sido fácil.

Cerré los ojos y conté hasta diez, pero no sirvió de nada. Estaba tan enojada que mi piel se sentía caliente.

—No tienes derecho a hacer eso.

—Sin estar con las marcas, creo que Damián te hubiera seducido. Dado que te has visto atraída a Nathaniel ahora, o quizás incluso al Nimir-Raj.

—No me pasaría con Damián sin el *ardeur*, y no lo tenía hace seis meses.

—Podrás tener a tu vampiro mañana por la tarde. Te ayudaré a hacer de enfermera.

—Voy a volver esta noche por él.

—Habla con Asher, *ma petite*. Pregúntale lo que se necesita para amamantar a un vampiro de vuelta que lleva seis meses en el ataúd. Damián no es un maestro, no ha tenido capacidad para alimentarse o ganancia de energía. Él saldrá de la caja muerto de hambre, loco. No habrá ni poco de él, en un principio. —Estaba tranquilo, mientras lo dijo.

No sabía qué decir. Le quería pegar, pero no cambiaría nada. Ni siquiera estaba segura de que me haría sentir mejor.

—Lo quiero esta noche, cuando vuelva del lupanar.

—No podrás atender tanto a tu wereleopardo lesionado y a Damián. Pregúntele a Asher, y él te dirá cuánto trabajo va a costar. Una noche más no tendrá diferencia para Damián, y esta noche estás tratando de evitar la guerra entre los leopardos y los lobos. Más que eso, estás tratando de hacer una demostración de que eres lo suficientemente fuerte para convencer a los enemigos de Richard que estáis muy bien alineados para ser asesinados. Debes concentrarte en estas cosas esta noche, *ma petite*.

—No te creo —dije.

Se encogió de hombros.

—Cree lo que quieras, pero tardarás horas para atender a Damián y sane de nuevo. Tomará días de atención, sangre, y calor, para traerlo de vuelta a sí mismo.

—¿Cómo puedes saber eso y hacer esto con él?

Mi voz ni siquiera tenía el sonido enojado, sino cansada.

—He aprendido la lección de la cruz en el ataúd envuelto en persona, *ma petite*. No he hecho nada a Damián que no haya probado yo.

—Estuviste en ella durante unos días hasta que maté al viejo maestro de la ciudad.

Sacudió la cabeza.

—Cuando regresé al Consejo con Asher y negocié con ellos, el precio para salvar tu vida fue mi libertad. Pasé dos años dentro de un ataúd, no pude alimentarme, sin poder sentarme, no... —Él estaba abrazando sus brazos, sosteniéndose a sí mismo—. Sé que lo que he hecho a Damián es una cosa terrible, pero mi única alternativa era matarlo. ¿Habrías preferido eso?

—No.

—Sin embargo, veo la acusación en tus ojos. Soy un monstruo por lo que le he hecho. Pero me sentiría más un monstruo si lo hubiera matado. ¿O tal vez hubieras preferido que lo dejara ir por las calles de la ciudad y que masacrara a la gente?

—Damián nunca haría eso.

—Se volvió loco, *ma petite*. Se convirtió en un extraño. ¿Te acuerdas de la pareja que fue sacrificada hace unos seis meses?

—Vi varias parejas sacrificadas durante el último año. Tendrás que ser más específico.

Estaba enojado ahora, también. Genial, podríamos estar enojados juntos.

—Ellos estaban en un coche, en un semáforo. La parte delantera del coche estaba abollada como si se hubieran llevado un cuerpo, pero ningún cuerpo fue encontrado.

—Sí, me acuerdo de uno. Tenían las gargantas arrancadas. La mujer había intentado defenderse. Tenía heridas en los brazos, donde algo la había arañado.

—Asher encontró a Damián vagando a pocas manzanas del coche. Estaba cubierto de sangre. Luchó contra Asher, y tomó a más de media docena de nosotros controlarlo y llevarlo a casa. ¿Se supone que tengo que dejarlo deambular por las calles después de eso?

—Deberías haberme llamado —dije.

—¿Y qué? ¿Lo habrías ejecutado? Si la locura es un motivo viable en el sistema judicial, entonces no puede ser considerado responsable. Sin embargo, tu sistema judicial no nos da los mismos privilegios que les da a los humanos. No se puede alegar demencia y vivir.

—Vi la escena del crimen. No se veía como si un vampiro lo hizo. Parecía más como un cambiaformas, pero... las marcas estaban equivocadas. —Sacudí la cabeza—. Fue vicioso, un animal vicioso.

—*Oui*, y por eso lo encerramos lejos y esperamos que llegaras a casa por nosotros, por el sentido de su difícil situación. Al principio no hice nada para impedir que llegara a ti, pero no habías venido.

—No sabía.

—Sabías que Damián era tuyo, y sin embargo no hiciste preguntas sobre él.

—No lo sabía —dije, de nuevo, cada palabra apretada de ira.

—Y no tenía otra opción, Anita. Tuve que ponerlo a resguardo.

—¿Crees que la locura es permanente?

Se encogió de hombros, los brazos todavía abrazando su cuerpo.

—Si fueras un vampiro y él tu hijo vampiro, yo diría que no. Pero no eres un vampiro, eres nigromante, y yo simplemente no lo sé.

—Si queda tan loco...

—Él tendrá que ser destruido —dijo Jean-Claude, con voz suave.

—No quería que esto sucediera.

—Tampoco yo.

Nos quedamos allí por unos momentos, mientras pensaba en todo y Jean-Claude o bien pensaba también, o se quedó allí.

—Si todo lo que estás diciendo es cierto, entonces no tenías otra opción —dije.

—Pero todavía estás enojada conmigo. Aún me castigarás por ello.

Miré hacia él.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que lo hayas empujado a una caja más de seis meses detiene el brillo de nuestra relación? Sí, me molesta.

—En circunstancias normales, rescatarías a Damián y me evitarías por un tiempo hasta que la ira se enfriase.

Asentí.

—Sí, eso es correcto.

—Pero me necesitas, *ma petite*, en estas primeras noches. Necesitarás otro vampiro con el que te enseñe a controlar el hambre.

—No puedo vivir contigo, no puedo vivir sin ti, ¿es eso?

—Espero que tu enojo se enfríe antes de que necesites mi ayuda otra vez, pero me temo que no. Acuérdate de esto, *ma petite*, el *ardeur* no está regido por la moral, o incluso por tus preferencias. Si luchas lo suficiente, finalmente cederás, y estarás fuera de tu control y éste elegirá. Entonces, has este por mí, si no me perdonas enseguida, mantente siempre a al lado ya sea de Nathaniel o del Nimir-Raj. No para mí bien, sino por el tuyo.

Pues creo, que entre los dos, yo te perdono antes que cuando duermes con otros.

Dejamos la conversación allí.

Busqué a Asher y me confirmó la historia. Infiernos, esperé a que Willie McCoy saliera de su ataúd y escuché la historia de él. Damián tenía mierda y mató a un joven que al parecer lo golpeó con su coche. El hombre había salido para ver a quienquiera que hubiera atropellado. Lo había herido y Damián mató al hombre. Pero la mujer que estaba en el vehículo... entró después a por ella. Puede que tengamos que matarlo, porque no había entendido lo que significaba Damián para mi magia. No había entendido un montón de cosas.

Conduje en el atardecer del suave verano con Nathaniel a mi lado. Había sido un día muy largo. Iba a casa a recoger a Rafael y los wereratas, a Micah y su pard. Había dejado un número en el hospital de cambiaformas, y me habían llamado. Casi no he llamado, pero necesitábamos refuerzo esta noche. Mi vergüenza era un pequeño precio a pagar. Si hubiera estado en contacto con Jean-Claude y Richard por el último medio año, probablemente podría haber hablado con Richard sobre toda la mierda que había hecho.

Había vuelto a casa para tratar de restablecer una relación, o dos, pero era sobre todo para limpiar el lío que mi ausencia había provocado. Richard podría estar muerto para la luna llena, y Jacob, ser Ulfric. Damián podría estar en locura permanente y podría ser destruido. La pareja que le había golpeado con su coche hubiera estado viva si hubiera sabido qué diablos estaba haciendo mi magia.

Había evitado una gran cantidad de enseñanzas de Marianne, porque era demasiado parecido a la brujería pura para mis creencias monoteístas, pero ahora sabía que tenía que comprender mi capacidad de trabajo. No podía permitirme el lujo de ser aprensiva.

Dios me decía que yo estaba bien con él, no estaba mal. Pero en cierto nivel no me lo creía. En cierto nivel pensaba que la brujería, resucitar muertos, no era muy cristiano. Si Dios estaba bien conmigo al hacerlo, entonces ¿cuál era mi problema? Rezaba con la suficiente frecuencia y obtenía la respuesta más de una vez. La respuesta fue que tenía que hacerlo, esto era lo que tenía que hacer. Si para Dios, era bueno entonces ¿quién era yo para cuestionarlo? Mira por dónde mi arrogancia había conseguido dos muertos, uno loco, y si Richard pierde el grupo... habría muchos más

muertos.

Sentí una tranquilidad dentro de mí mientras conducía. Normalmente, el toque de Dios es de oro y reconfortante, pero a veces, cuando he sido muy lenta y no hacia lo que Él quería para mí, consigo este tipo de tranquila-tristeza, como un padre viendo un niño que aprende una necesaria dura lección. Nunca ni una vez había rezado a Dios por Richard ni Jean-Claude, no se trata de a quién elija de todos modos. Simplemente no me había parecido correcto pedir a Dios que me ayudara a escoger un amante, sobre todo cuando creía que sabía a quién él elegiría. Me refiero a que los vampiros son malos, ¿verdad?

Sin embargo, conduciendo a través de la caída de la oscuridad, sintiendo su suave presencia llenar el coche, me di cuenta de que no lo había pedido porque había tenido miedo de la respuesta. Fui y le pedí, y no obtuve una respuesta, pero sabía que me había escuchado.



Estaba totalmente oscuro cuando llegamos a mi casa. Casi todas las luces de la casa estaban encendidas, estaban dando una fiesta y nadie se había molestado en decirme.

El camino estaba lleno y desbordante hasta la carretera. Una de las razones por las que había alquilado la casa era porque no tenía vecinos cercanos que quedaran atrapados en cualquier crisis que tenía. En mis crisis suelen participar los disparos, por lo que los vecinos solían salir heridos, había sido mi principal requisito para una casa. No había nadie alrededor para mirar por la ventana y que pregunte qué demonios estaba pasando al lado. Sólo árboles y el camino solitario, a ninguno le importaba lo que hiciera. O al menos no creo en el cuidado de árboles, aunque Marianne me diga que estoy equivocada en eso. Nunca se sabe.

Terminé aparcando bastante lejos de casa, sin nada más que los árboles a ambos lados de la carretera.

Apagué el motor, y Nathaniel y yo nos sentamos en la oscuridad, escuchando el motor. No había dicho mucho desde que volví a salir del cuarto de baño con Jean-Claude, nada en absoluto en los cuarenta minutos en el coche, ni yo había hablado.

Dejé a Jean-Claude en un arrebato, con una cita para regresar mañana por la noche y recoger a Damián. No era sólo Damián encerrado todos estos meses lo que me hizo no querer estar con Jean-Claude, era que por fin me transformó en uno de los monstruos.

Ya sabía que el sexo con él unían más las marcas, pero ahora que se enlazó con las marcas... ¿qué hacemos con el sexo entre nosotros ahora? ¿Qué más podría pasar con las marcas? ¿Sólo había cambiado con Jean-Claude, o iba a tener sorpresas místicas esta noche con Richard, también? Lo más probable, y Jean-Claude realmente no tenía ni idea de lo que podrían ser las sorpresas. No sabía lo que estaba haciendo. De verdad que no. Como no sabía lo que estaba haciendo, y Richard no tenía ni idea, nos dejó en un mal lugar. Llamaría mañana a Marianne en la teoría de que una magia es muy similar a otra, pero hasta entonces estaba por mi cuenta. Gran sorpresa.

Por supuesto, no estaba exactamente sola. Miré hacia el asiento delantero a Nathaniel. Él me miraba, con el rostro tranquilo, las manos en su regazo, y el cinturón de seguridad en su lugar.

Se había recogido el cabello en una trenza gruesa, dejando su cara muy simple y sin adornos. En la luz de la luna sus ojos parecían de color gris pálido, en lugar de su habitual violeta vibrante. Sin el pelo o los ojos, parecía más cerca de lo normal de lo que jamás lo había visto. Fue de repente una persona que se sentaba frente a mí, y me di cuenta de golpe que realmente no pensaba en Nathaniel como persona. No como un ser humano adulto independiente de todos modos. Fue más una carga que una persona para mí. Alguien que debe ser rescatado. Era una causa, un proyecto, pero no una persona.

El calor comenzó a presionar en todo el Jeep. Si nos quedáramos sentados mucho más tiempo tendría que encender el aire acondicionado de nuevo. Si Jean-Claude tenía razón, entonces había tenido relaciones sexuales con Nathaniel la noche anterior. Tenía la esperanza de que Jean-Claude no tuviera razón, porque todavía consideraba a Nathaniel un niño, un niño maltratado. Te haces cargo de ellos, no tienes relaciones sexuales con ellos, ni siquiera si querían hacerlo.

Mi pecho dolía, débilmente, por las marcas de sus dientes. Habíamos compartido una cama tan a menudo que se sentía extraño cuando no estaba a mi lado. Pero todavía no lo veía como un adulto. Triste, pero cierto.

—Jean-Claude está bastante seguro de que el *ardeur* está bien alimentado y que no será un problema para el resto de la noche —dije.

Nathaniel asintió.

—No será necesario alimentarlo de nuevo hasta que hayas dormido unas pocas horas. Jean-Claude me lo explicó, un poco.

Eso me molestó.

—Él lo hizo, ¿no?

Sacudió la cabeza.

—Anita, él está preocupado por ti.

—Estoy segura.

—En realidad no vas a dormir esta noche en el Circo, ¿verdad?

—No —dije.

Estaba sentada en el asiento con los brazos cruzados sobre el estómago. Estoy segura de que parecía tan terca como me sentía.

—Y cuando te levantes mañana, ¿entonces qué?

Su voz era muy suave en el caliente y oscuro coche.

—No sé lo que quieres decir.

—Sí, lo sabes —dijo.

Suspiré.

—No quiero hacer esto, Nathaniel. No quiero que el Incubo de Jean-Claude este dentro de mí. Prefiero ser Nimir-Ra, de verdad a tener que alimentarme de los demás.

—¿Y si eres las dos cosas? —preguntó con voz más suave.

Me encogí de hombros, con los brazos cruzados todavía, pero me abrazaba más que ser terca ahora.

—No sé.

—Estaré allí para ti, Anita.

—¿Dónde? ¿cuándo? —le miré.

—Mañana, cuando te despiertes.

—¿Qué más te dijo Jean-Claude mientras corría por ahí tratando de averiguar acerca de Damián? —La mirada de Nathaniel nunca vaciló, nunca cambió. Él no estaba avergonzado o molesto en lo más mínimo sobre la conversación.

—No te guardaría rencor si tuvieras relaciones sexuales reales

conmigo.

Estudié su rostro.

—¿No tomas en cuenta lo que hemos hecho hoy como sexo?

Lo hice mitad pregunta, mitad declaración.

—No —dijo.

—Yo tampoco, pero... —Me alegré de que estaba oscuro, porque me sonrojé, pero maldita sea quería a otra persona para responder a esta pregunta—. Sé por qué creo que no fue sexo real lo de hoy, pero ¿por qué no?

Él sonrió y desvió la mirada. Él contestó mirando hacia el piso.

—Lo que hiciste la primera vez cuando marcaste mi espalda, estaba más cerca de ser sexo real para mí.

—¿Así que fue dominio/sumisión?

—No —dijo, sin dejar de mirar hacia abajo—. Si hubiera condones, entonces habría sido sexo.

—¿Te refieres a la relación sexual? —dije.

Asintió con la cabeza, todavía no me miraba.

—Así es como me siento. Jean-Claude dijo que me estaba engañando a mí misma.

En el rostro de Nathaniel destellaba una pequeña sonrisa, luego volvió a mirar a la nada.

—Me dijo que era muy americano, muy masculino y muy joven.

—Tú eres americano, hombre, y tienes veinte años —dije—. ¿Qué más se supone que eres?

Me miró por un momento y luego miró de nuevo al suelo. Él estaba sin duda incómodo ahora.

—¿Qué más dijo Jean-Claude? —pregunté.

—Te vas a enfadar mucho.

—Sólo dime, Nathaniel.

Se encogió de hombros, las correas finas de la parte superior mostraron la mayoría de sus hombros.

—Él está esperando a que me elijas como tu *Pomme de sang*. Dijo que te lo comentó.

—Él lo mencionó.

—¿Puedo quitarme el cinturón de seguridad? —preguntó.

—Claro.

Él dejó caer el cinturón a un lado y se volvió por lo que estaba frente a

mí, con una pierna en el asiento, su trenza enroscada sobre su hombro.

—Jean-Claude dijo que cuanto más luches contra el *ardeur* crece más fuertemente, pero si lo alimentas la primera vez entonces no es tan importante.

—Él me dijo —dije.

—Tiene miedo de que trates de aguantarte mañana sin él. Tiene miedo de que luches todo el día, sólo se da cuando es necesario.

—Suenas como un plan para mí —dije.

Nathaniel sacudió la cabeza.

—Anita, no pelees. Tengo miedo de lo que ocurrirá si lo haces.

—¿Qué se supone, que debo despertar mañana por la mañana y caer en tus brazos? —No podía detener el sarcasmo de mi voz, aunque atrajo una mirada herida a su rostro, y me dieron ganas de pedir disculpas—. No es nada personal, Nathaniel. No eres tú.

—Ya lo sé. —Bajó la cara, no encontró mis ojos, de nuevo—. Sólo prométeme que cuando el hambre se eleve mañana, que me tendrás a mí, o a alguien, al principio y no trataras de ser tan... difícil.

—Realmente ¿qué ibas a decir al final de esa frase?

Él sonrió.

—Terca.

Tuve que sonreír.

—No creo que pueda rodar sobre el *ardeur* la primera vez que me golpee. No puedo darme tan rápidamente, Nathaniel. ¿Entiendes eso?

—Hay que demostrar que eres más dura de lo que eres —dijo.

—No, tengo que ser quien soy, y lo que soy, no me doy a nadie, ni a nada.

Él me sonrió.

—Eso es una subestimación.

—Te estás burlando de mí —dije.

—Un poco —dijo.

—Viste lo que hice en el cuello de Jason, Nathaniel. ¿Qué pasa si le he hecho daño? ¿Que de verdad le duela?

—Jason se cura, Anita, y no se quejaba cuando Asher se lo llevó.

Nathaniel sonrió y desvió la mirada, como si estuviera tratando de no reírse.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza.

—Te enojarás, y no quiso decirlo de esa manera.

—¿Qué te dijo, Nathaniel?

—Pregúntenle a él. Siempre parece ser capaz de decir cosas escandalosas para ti y piensas que es lindo. Cuando lo digo yo, simplemente te enojas.

—¿Qué pasa si te ordenó que me digas?

Parecía pensarlo por un segundo, entonces le brilló otra sonrisa. Era una buena sonrisa, joven, relajada, de verdad. Pensaba que Nathaniel se había olvidado cómo sonreír de esa manera.

—No, no, yo no lo haría.

—Pensaba que eras sumiso —dije.

La sonrisa se amplió a una gran sonrisa.

—No me querías sumiso.

Me hizo sentir incómoda.

—¿Así que estás cambiando a favor de mí?

La sonrisa se desvaneció, pero no como si él no fuera feliz, más como si su expresión hubiera cambiado de humor a reflexivo.

—Al principio, pero últimamente a mí favor también.

Eso me hizo sonreír.

—Esa es la mejor noticia que he tenido toda la noche.

—Estoy contento —dijo.

Abrí mi cinturón de seguridad.

—Vamos a salir de este coche antes de que nos derriremos.

Abrí la puerta y sabía que él haría lo mismo. Cerramos las puertas, y pulsé el botón en mi llavero que cerró el Jeep. Este hizo un pitido, y me di la vuelta a los coches de la carretera, donde el caminar era más suave. Nathaniel y yo empezamos a caminar por la fila de carros hacia mi casa. Su trenza cayó a lo largo de la columna vertebral como una cola larga y gruesa, con movimiento al caminar.

Cherry y Zane salieron de entre los coches por delante de nosotros.

—Creíamos que os habíais perdido —dijo, sonriendo.

—¿Dejasteis entrar a todo el mundo en casa? —pregunté.

Su sonrisa se desvaneció.

—Sí, espero que este bien.

Le sonreí.

—Está bien, Cherry, de verdad. Estaba pensando que me ha ayudado que alguien los dejara entrar.

Se relajó visiblemente y se arrodilló delante de mí. Le ofrecí mi mano izquierda. Estaba manteniendo mi mano derecha libre en caso de que tuviera que sacar mi arma. No es probable, pero nunca se sabe.

Cherry se apoderó de mi mano entre las suyas y frotó la cara contra ella como un gato marcando su olor. El saludo formal implica lamer, pero por fin había convencido a todos mis gatos que frotarse la cara era más cómodo.

Zane se fue de rodillas junto a Cherry, pero no trato de agarrar mi mano derecha. Esperó hasta que ella acabara con la izquierda. También les había convencido de ser cuidadosos con la mano del arma de fuego. Se frotó la cara en mi mano, y no había la más mínima aspereza al lado de su mandíbula, como si no hubiera perdido un punto cuando se afeitaba.

Cherry se frotó contra mis piernas mientras Zane me saludó. Era como tener el cuerpo de un gato muy grande, frotándome, pero estando en forma humana. Las primeras veces que había sucedido, me asusté. Pero simplemente ya no me parecía extraño. No estaba segura de si eso era bueno o triste.

Cuando el saludo termino, Zane dijo:

—Tenemos la llave extra, por lo que nos hicimos cargo de la compañía.
—Ambos estaban de pie ahora, como buena gente, bien, gente de gran talla, lo que sea.

—Bueno, no tenía idea de que tendríamos esta gran multitud.

Cayeron en el paso, uno a cada lado de nosotros, y podía sentir a Cherry junto a mí. Podía sentir su energía como una línea que vibra contra mi cuerpo. Nunca había percibido su fuerza antes. Sólo otro clavo en el ataúd del Nimir-Ra.

La evidencia era lo suficientemente gruesa como para que si no hubiera estado tan bien en el auto-engaño, habría tenido que admitirlo. Pero ya había tenido suficiente por un día. Necesitaba un pase esta noche. Así que no hice caso, y si Cherry sentía algo diferente, no lo dijo.

Zane puso su cara junto a Nathaniel y le olió mientras caminábamos.

—Hueles como a heridas frescas.

Me tocó volverme hacia Nathaniel mostró la parte superior del cuerpo. Sabía que había marcas de dientes alrededor de los hombros, todo el camino hasta el cuello. Debería haber sabido que no podía ocultarlo. Diablos, incluso con la ropa que lo cubre, la olerían.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Zane—. ¿O debería decir con

quién?

Nathaniel ni siquiera me miró. Él iba a dejar todo para mí, ¿Qué decía y qué no? ¡Oh pequeño! O tal vez simplemente no sabía qué decir. Traté de pensar en una mentira que lo explicaría todo, y nada que Nathaniel,... algo vino a mi mente. ¿Había tenido relaciones sexuales con una mujer extraña, o... o... o qué? ¿La verdad? No quería decir la verdad hasta que estuviera segura de lo que sentía. Quién sabe, podría tomar al menos un par de días.

Cherry y Zane fueron alrededor de Nathaniel en círculos cada vez más estrechos, hasta que sus cuerpos le rozaron mientras se movían alrededor de él. Se chocaron con él continuamente, como una tentativa de tiburón para ver si eres bueno para comer.

—Vamos chicos, no tenemos tiempo para esto. Tenemos que llegar al lupanar y rescatar a Gregory.

Zane cayó de rodillas junto a Nathaniel, pasando sus manos sobre el cuerpo del hombre más pequeño. Las manos de Zane se deslizaron bajo la ropa de Nathaniel.

—Zane, levántate —dije.

Cherry se puso muy cerca de Nathaniel, mirándole, poniéndole una mano bajo de la barbilla para levantar la cara, como si fuera a darle un beso.

—¿Quién era?

—Esto es un negocio de Nathaniel —dije.

Nathaniel me miró de lado. La mirada era suficiente para decirme que estaba siendo una cobarde. Mi pulso iba demasiado rápido en mi cuello, como si hubiera tratado de tragarme algo mientras todavía estaba tratando de escapar.

—Si fuéramos Zane, o yo, sí —dijo Cherry—. Pero mientras estaba en el hospital en estos últimos días hemos decidido que Nathaniel tiene que conocer todas las novias muy bien antes que él haga algo íntimo con ellas.

—¿Como Nimir-Ra, no tengo el veto presidencial?

Cherry me miró.

—Por supuesto, pero tienes que estar de acuerdo con la comprobación de la gente para Nathaniel. Él casi muere otra vez.

Estaba de acuerdo, pero no sólo esa noche. Esa noche, todas las noches, quería a cada uno de sus propios asuntos. A nadie le importaba un bledo con quien dormía. Es lógico. Iba a tener que confesar, aunque todavía no sabía lo que sentía por ello. Abrí la boca para decir que era yo, pero me

detuve cuando vi a la wereleopardo siguiente bajando por la calle. De todos ellos, fue una de las que menos iba a hablar delante de ella de unos asuntos tan íntimos.

Era Elizabeth. Su caminar ha sido siempre un cruce entre un puntal y un planeo, a pie de la prostituta última. Ella salió de entre los coches del brazo de Caleb, y hubo una sonrisa de satisfacción en su rostro que dijo que no sabía que estaba enojada con ella o que ella confiaba en que no podía hacer nada al respecto.

Era más alta que Caleb por casi cinco pulgadas. El cabello le caía en rizos hasta la cintura, de un moreno tan oscuro que lo habría llamado negro si no tuviera mi cabello para comparar. Era bonita en una especie de forma exuberante, como una especie de planta tropical con hojas gruesas, carnosas y flores hermosas, pero mortal.

Llevaba una falda tan corta que la parte superior de las medias negras y las ligas se mostraron. Sus zapatos eran sandalias negras con un tacón más bajo de lo que solía llevar. Después de todo, iban a andar por el bosque. La camisa era lo suficientemente transparente que a la pura luz de las estrellas se veía que ni siquiera llevaba sujetador, y ella, como yo, era una mujer que lo necesitaba.

Caleb llevaba un par de pantalones vaqueros de campana, sin zapatos, sin camisa. Los pantalones vaqueros fueron cortados lo suficientemente bajo como para mostrar en su vientre el anillo de botón. Era demasiado joven para recordar usar pantalones acampanados personalmente, pero me hizo recordar mis primos mayores que compiten para ver quién podía conseguir la campana más amplia. Ya de niña había pensado que los pantalones eran feos. El tiempo no ha cambiado en mi opinión.

Caleb parecía bastante satisfecho consigo mismo. Apostaba que habían tenido relaciones sexuales, pero no era asunto mío, honestamente no lo era.

—Me alegro de que hayas tenido una buena noche, Elizabeth.

Ella apretó el brazo de Caleb.

—¡Oh, ha sido una muy, muy buena noche!

—Me alegro, porque lo que va venir es muy, muy malo —dije.

Ella hizo un falso mohín de mí.

—Oh, ¿nuestra poca Nimir-Ra ha llenado sus sentimientos de dolor, porque no vine a dormir desnuda junto a ella?

Me tuve que reír.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó ella. Caleb empezó a alejarse de

ella, caminando.

—¿Por qué es que no crees que te vaya a matar, Elizabeth?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—¡Oh, tal vez por desertar del club y dejar a Nathaniel con los malos, lo cual lo llevó al punto de estar cerca de la muerte!

—Estoy cansada de cuidar a él —dijo—. Solía ser muy divertido, pero ya no. Tiene normas ahora.

—Lo que significa que no te necesita una mierda más —dije.

El primer contacto de ira real cayó en su cara.

—Nathaniel y yo teníamos algunos muy buenos momentos.

—No es suficiente, al parecer —dije.

Se dirigió para estar al lado de Cherry, lo que la puso muy cerca de mí.

Ella no tenía miedo de mí, y sabía por qué, o lo pensaba. Había sido insultante, arrogante, y un dolor en el culo francamente desde que asumió el leopardo y no la había lastimado.

Voy a dejar todo como estaba, ya que, como ella estaba tan contenta de señalar, que podía matarme, pero no podía castigarla. Sancionar a un cambiaformas, darle una paliza o hacer algo de basura mística que la asusta de mierda.

Ella tenía razón. No podía hacer las cosas de cambiaformas. Me había tomado un tiempo darme cuenta de por qué dejé los desliz de Elizabeth.

Había matado a su papi, el hombre que amaba. Me hizo sentir mal. Gabriel se había ganado la muerte, pero ella lo había amado, y me simpatizaba. Pero ella había acabado hasta el último gramo de mi simpatía cuando vi a Nathaniel colgando de las cadenas con las espadas en su carne. Las reglas han cambiado, y Elizabeth no lo sabía. Todavía.

Los otros wereleopardos se deslizaban de los árboles, hasta el camino. El cabello de Merle resplandeció blanco en la oscuridad, su barba y bigote plateados. Llevaba pantalones jeans rectos y botas de vaquero con plata en la punta. Una chaqueta de cuero abierta hizo de marco en el pecho. Había una mujer con él.

Era alta seis pies o tal vez un poco más. Llevaba unos zapatos deportivos, pantalones vaqueros, y un pullóver que le llegaba hasta la mitad del muslo. El pulóver no podía ocultar el hecho de que ella era de piernas largas y bien construidas. Su pelo era casi negro y lacio, espeso, cortado justo por encima de los hombros.

No llevaba maquillaje, y los huesos de su rostro la hacían parecer

esculpida casi dura. Sus ojos eran pálidos, sus labios delgados. Ella tenía una de esas caras que han sido preciosas, con un poco de maquillaje, pero seguían siendo impresionantes. Era un rostro que no se olvidaba o te cansas de él.

Merle estaba sosteniendo su mano, pero no como si fueran una pareja, más como un padre toma la mano de una hija, un gesto reconfortante.

Ella vibró con la energía de otro mundo que todos los leopardos tenían en cierta medida. Pero este hecho me bailó en la piel a metros de distancia. Cuando llegaron lo suficientemente cerca como para ver el pálido de sus ojos, también podía ver que tenía miedo. Había en sus ojos una mirada hueca del dolor de una persona que ha sido abusada con demasiada frecuencia.

Merle la presentó:

—Esta es Gina.

—Hola, Gina —dije.

Ella me miró, y el miedo en sus ojos fue sustituido por el desdén.

—Ella es un poco baja para una Nimir-Ra.

—Micah y yo somos de la misma altura —dije.

Ella se encogió de hombros.

—Como ha dicho.

Pero su valentía no parecía cierta. Era más bien como alguien que silba en la oscuridad. Pero lo dejé pasar. Gina no era mi problema esta noche.

Vivian era el último de mis leopardos, y ella vino sola por la calle. Ella era una de las pocas mujeres que me sirvió de protección y me hizo pensar en adjetivos como muñequita y delicada.

Ella era simplemente una de las mujeres más hermosas que jamás había visto, y los pantalones cortos y su camiseta informal de rayas con sandalias no podían ocultar eso. Ella era afro-americana y de Irlanda, y su piel era la perfecta sombra pálida de cacao que sólo se consigue con esa mezcla particular. Miró con un tipo de pérdida, y me di cuenta de por qué. No la había visto sin Stephen a su lado en más de un año.

Stephen era gemelo de Gregory, también un stripper en el Placeres Prohibidos. Stephen y Vivian vivían juntos y parecían muy felices de hacerlo. Sin embargo, Stephen estaba en el lupanar esta noche como todos los hombres-lobo, y ella estaba allí con los leopardos.

Pobre Vivian. Pobre Stephen. No había pensado hasta ese momento que Stephen podía perder a su hermano esta noche. Mierda.

Vivian se puso de rodillas delante de mí, y le ofrecí mis manos. Ella las tomó en sus manos, y luego se frotó la cara contra ellas, como Cherry y Zane había hecho.

Elizabeth no había ofrecido un saludo, y era un insulto. Los otros no eran mis leopardos, pero ella lo era. Y ella deliberadamente desertó de mí.

Era la primera vez en frente de compañía. No suelo insistir en ello, porque no me gustaba que Elizabeth me tocara, pero vi la cara de Caleb cuando Vivian se levantó de su saludo. Se había dado cuenta de la supervisión.

—¿Cómo estás, Vivian?

—Una Nimir-Ra real no tendría que preguntar —dijo Elizabeth.

Apreté las manos de Vivian y la ayudé a levantarse.

—¿Vas a ayudarnos a rescatar a Gregory, o simplemente vas ser un gran dolor en el culo? —pregunté a Elizabeth.

—Quiero a Gregory seguro —dijo.

—Entonces, cállate la boca.

Ella empezó a decir algo, y Cherry la tiró del brazo.

—Eso es suficiente, Elizabeth.

—No eres dominante, para mí —dijo Elizabeth.

—Estoy tratando de ser tu amiga —destacó Cherry.

—¿Quieres dejarme en paz?

—Por favor —dijo Cherry.

—Bien —dijo Elizabeth. Se volvió a Nathaniel—. Puedo oler la sangre fresca en ti, Nathaniel. —Ella puso los brazos a ambos lados de su cuello, las manos juntas, su cuerpo presionado, moviendo a Cherry de espaldas—. ¿Por fin encontraste a alguien?

—Sí —dijo.

—¿Quién? —preguntó Cherry.

—Realmente no tengo tiempo para esto —dije—. Tenemos que llegar al lupanar.

Merle tenía que añadir sus dos centavos.

—La única razón de que Elizabeth te trate así es que se lo permites. Su desobediencia debe ser castigada de inmediato, o la estructura de poder no puede sobrevivir, al igual que el Ulfric local y su manada.

—Controlo a mis leopardos —dije.

Elizabeth rió, le plantó un gran beso a Nathaniel en la frente dejando una impresión de los labios rojos detrás.

—El jodió a alguien esta noche, cuando había sido prohibido estar con alguien sin la aprobación. Y vas a dejar ir eso, también. Eres muy débil.

Tomé una respiración profunda y la dejé salir.

—Él no lo hizo con nadie.

Caleb se unió a los otros gateando alrededor de Nathaniel. Hundió la cara en la ingle de Nathaniel. Elizabeth lo movió hacia atrás para poder hacerlo.

—Huelo el esperma, pero no el coño. —Esto después de que yo sabía que Nathaniel se había lavado a fondo. Caleb se quedó, y Elizabeth regresó. Le puso la mano detrás del cuello y trasladaron sus rostros juntos como si fueran a besarse, pero se detuvo justo antes de tocar sus labios.

—No huelo a coño aquí tampoco. No creo que haya tenido relaciones sexuales.

Zane cogió la plateada camisa de Nathaniel, y luego empujó la camisa hasta el cuello de Nathaniel. Las marcas de mordida eran casi negras en la luz de las estrellas. Había una marca de mordida en casi cada pulgada de su espalda, los bordes no los tocó, pero no se había perdido mucho. Me hizo sonrojarse.

Vivian me miró, y me di cuenta de que probablemente notó el olor de la sangre corriendo por mis mejillas.

Zane dijo:

—No podría haber tenido relaciones sexuales, pero había algo.

Caleb dio la vuelta para mirar la espalda desnuda de Nathaniel.

—Alguien se divirtió.

—Mira esto —dijo Elizabeth. Ella lo atraía hacia el frente y la marca de mordedura en torno a su pezón. Corrían los dedos sobre él, y Zane le sacó la camisa y lo tiró sobre el capó del coche más cercano. Todo el mundo menos Merle, Gina, y Vivian pululaban sobre Nathaniel, tocando las heridas con los dedos, manos y lenguas. La cabeza de Nathaniel volvió, los ojos cerrados, y sabía que no estaba exactamente pasando un mal momento, pero...

—Es suficiente —dije. Elizabeth puso a Nathaniel abajo, y tuve una idea de que tan infeliz que era. Grité—: ¡Ya basta!

Elizabeth se volvió sobre sus rodillas, las manos en su trasero.

—Quienquiera que haya hecho esto podría haber hecho más daño fácilmente. Se podría haber reducido hasta lo malo, y él habría dejado hacerlo. ¿No, Nathaniel?

—Hubiera dejado hacer todo lo que quería —dijo.

Mierda.

—No puedes dejar que lo haga —dijo Cherry, de pie y vino a mí—. No puedes dejar que haga eso, Anita. ¿O la próxima vez quien quiera que sea sólo podría matarlo?

—Ella no lo matará —dije.

—¿Sabes quién es? —preguntó ella.

Yo asentí.

—¿Por qué no lo dijiste? —preguntó Merle.

Tomé una respiración profunda y la solté.

—Porque no me siento cómoda con ello todavía. Pero ese es mi problema no de Nathaniel. —Le tendí la mano—. Nathaniel.

Se puso sus pantalones cortos para poder caminar y vino a mí, me apretó la mano cuando la tomé. Lo puse detrás de mí, en la línea de contacto de nuestros cuerpos. El contacto físico es una forma de decir que estaba bajo mi protección.

—Yo lo marqué.

Elizabeth rió todavía de rodillas.

—Sé que es tu favorito, pero nunca pensé que mentirías por él.

—Por lo menos algunos pueden oler si miento. Marque su cuerpo, son mis marcas de dientes.

—Tu nivel de ansiedad se ha elevado desde que llegamos aquí. No puedo decir si estás mintiendo —dijo Merle—. Y si no puedo decirlo, entonces aquí nadie es alfa suficiente para estar seguro.

—Su aroma no cambia cuando miente —dijo Cherry.

Yo había oído hablar de la mentira con los ojos, pero nunca con su aroma.

—No sabía que podía hacer eso, mentir con el olor.

—Creo que la mentira no te pone ansiosa —dijo.

—¡Oh! Ser un psicópata tiene sus beneficios —dije.

Caleb se arrastró hacia nosotros, con el movimiento de rastreo que los leopardos podían hacer. Era inhumanamente agraciado. Se acercó lo suficiente como para poner su cara contra mi pierna. Lo dejé, porque pensé que iban a desplazarse a oler Nathaniel. No había planeado que fuera uno de los gatos de Micah primero.

—Él tiene su olor en la piel.

—Duermen en la misma cama casi todas las noches —dijo Elizabeth.

Ella estaba de pie.

Caleb frotó la cara contra mi pierna.

—Huele a lobo y a vampiros... —Él me miró—. ¿Lo hiciste con el Ulfric y su maestro anoche? ¿Es por eso que Nathaniel no huele a coño, porque no había un hueco para él?

Traté de mantener mi versión de una mente abierta, pero decidí entonces que no me gustaba Caleb.

—El leopardo tiene derecho a la pregunta si se acuesta con Nathaniel, porque no tiene buen juicio. Ninguno de ustedes tiene el derecho a preguntarme a mí.

Caleb se trasladó en uno de esos demasiado rápidos movimientos y metió la cara en mi ingle, lo suficientemente duro, que casi dolió. Tiré de la Browning sin pensar en ello y se la había presionado contra el cráneo antes de darme cuenta. Más rápido de lo normal, incluso para mí.

Caleb levantó la cabeza hacia atrás para que su frente estuviera presionada contra el cañón de la pistola. Miró hacia mí.

—No huele a sus miembros. No me digas que has tenido por lo menos tres hombres en tu cama y nadie llegó a follarte.

—Caleb, estoy empezando a cansarme de ti.

Él sonrió.

—Pero no me matarás, porque eso haría que Micah se enfadara.

—Tienes razón, no debería haber sacado la pistola. No estoy acostumbrada a ser capaz de sacar una pistola antes de que tenga tiempo para pensar en ello.

—Nunca he visto que se mueva tan rápido —dijo Zane.

Me encogió de los hombros.

—Los beneficios del cambio, supongo. —Puse la Browning en mi espalda. No iba a matarlo por sólo comportarse de forma ofensiva.

Caleb apoyó la mejilla contra mi muslo, y lo dejé. Mi lucha sólo le divertía, y él se estaba comportando como él mismo, relativamente hablando.

Vivian me tocó el brazo.

—¿Realmente vas a ser uno de nosotros?

—Lo sabremos en unas dos semanas —dije.

—Lo siento —dijo.

Le sonreí.

—Gracias.

—Le hiciste a Nathaniel eso —dijo Elizabeth—. Eres demasiado remilgada para que te guste usar los dientes.

La miré y dejé que la oscuridad me llenara los ojos era mi propia versión de una bestia. La mirada que dice lo hondo que había caído en el pozo.

—No soy tan escrupulosa como solía ser, Elizabeth. Es posible que desees recordarlo.

—No —dijo—, no, estás protegiéndolo. Has sido su protectora desde el primer día. Tienes miedo de lo que Micah hará. Miedo de lo que el Nimir-Raj real hará con él ahora que está desobedeciendo una orden directa. —Se dirigió a nosotros—. Y hay que tener miedo, Anita, debes estar muy asustada, porque Micah es fuerte, en la manera en que Gabriel era fuerte. Él no se inmuta.

—He escuchado lo suficiente acerca de Gabriel para preguntarme si eso es un cumplido. —Micah salió del bosque, con un hombre alto, junto a él. Antes de Micah, nunca me había acostado con un hombre que acababa de conocer. Nunca me había acostado con nadie que no hiciera que mi corazón latiera más rápido, mi piel reaccionara a su vista. Cuando Micah se deslizó de los árboles, era elegante y guapo, pero no estaba enamorada de él, y mi cuerpo no reaccionó. Me sentí aliviada y un poco avergonzada de ello.

Llevaba pantalones cortos que habían sido cortados y eran irregulares en el dobladillo. Una camiseta blanca que parecía brillar en la oscuridad, haciendo que su mirada fuera aún más oscura. Un ancho cinturón de cuero rodeaba su cintura esbelta. Se había atado el pelo en una coleta, pero era tan rizado que no daba la ilusión de pelo corto.

Parecía más delicado en la ropa de lo que parecía sin ella. Tal vez no había prestado atención a cómo eran los pequeños huesos. Había algo gracioso en la forma en que estaba hecho, huesos finos, piel suave, muy... refinado, especialmente para un hombre.

Jean-Claude era más bonito, pero era demasiado alto para ser llamado delicado. Micah era delicado. Lo único que le salvó del aspecto frágil era el juego de músculos en sus brazos, su manera de andar, como si el mundo fuera suyo y en todas partes que se movía era el centro del universo. No era tanta confianza como garantía. Tanto potencial en un tamaño tan pequeño. Me recordó a alguien.

El hombre por detrás de Micah era de tez oscura, bajo, el pelo cortado al rape, y había algo en su tono de piel, incluso por la luz de la luna, que no

parecía tan oscuro. Él era un joven apuesto, algo casi bonito, pero musculoso y muy alerta. Ello explica por qué Merle no se había pegado al lado de Micah. Habíamos tenido un cambio de guardia. Micah lo presentó como Noah.

Temía a Micah de nuevo, me pregunté qué diría, cómo me sentiría. No estaba tan incómoda como había pensado que estaría. Tal vez lo hubiera estado más si no hubiera estado tratando de defender el honor de Nathaniel. Tal vez porque Micah tampoco me había dado ninguna señal de lo que habíamos hecho. O quizás estaba tan confundido como yo lo estaba. O tal vez practicaba el sexo casual. No lo sabía.

—¿Por qué estás tan tensa, con todo el mundo? —preguntó Micah.

—Por Nathaniel.

Nathaniel nunca lo cuestionó, sólo salió de detrás de mí, y se mostró a los dos hombres. El guardaespaldas le dio un fuerte silbido. Micah abrió los ojos, y miró por encima del hombro de Nathaniel a mí.

—¿Hiciste esto?

Asentí.

—No —dijo Elizabeth.

Caleb se había levantado a medida de lo que podía sobre sus rodillas y olía mi estómago, con el rostro apuntando hacia otras cosas, pero tuvo cuidado de no tocarme. No creo que hubiera olfateado la ingle frente de Micah. Elizabeth tenía razón en una cosa. Los leopardos no tenían miedo de mí, ya que eran de Micah.

—Huele a sangre, también —dijo Caleb.

—Aléjate de mí —dije.

Él sonrió, pero se echó a andar.

—¿Estás diciendo que ella tiene una herida como lo que tiene en la espalda? —preguntó Elizabeth.

Caleb asintió con la cabeza mientras se arrastraba.

—Entonces está mintiendo. Quienquiera que le haya hecho su parte posterior, a ella también.

Suspiré.

—¿Realmente voy a tener que probar esto?

—Te tomo la palabra —dijo Micah—, pero al parecer tu leopardo no.

—Es que hemos querido tomarla uno de nosotros por tanto tiempo —dijo Cherry—. Y ahora... creo que lo habría creído si es sexo, pero esto no. Simplemente no se parece a su trabajo, y Elizabeth tiene razón en una cosa.

Nathaniel es tu favorito, y lo proteges.

Genial, nadie me creyó.

—Bien, muy bien —dije. Empecé el deslizamiento de la funda del hombro y dejé al descubierto mi espalda. Tiré la camisa de mis jeans no era un problema, y la dejé al lado de la camisa de Nathaniel en el capó del coche. Llevaba un sujetador negro muy bonito. Fue creado para ser visto. Jean-Claude había sido una influencia muy mala en mi armario. El problema estaba en quitar el sujetador. Realmente no quería hacer eso.

Abrí la parte de la espalda, y lo mantuve en su lugar.

—¿Qué sucederá cuando veas la marca de la mordida?

—Si me muestras una mordedura en el pecho que no tenga marcas de colmillos, voy a creer que era Nathaniel —dijo Micah.

Todo el mundo se había congregado cerca de nosotros. Nunca me gustó ser el centro de atención, no para este tipo de cosas.

—Dadme un poco de espacio para respirar chicos.

Se volvieron una fracción de un paso, y pensé, apriétate los tornillos. Todos los aquí presentes, a excepción de Elizabeth, y tal vez el nuevo guardaespaldas, me había visto desnuda. Oh, diablos. Me quite el sujetador y lo puse sobre el capó con mi camisa. No hice absolutamente ningún contacto con los ojos.

Una mano se quedó a la vista, y la agarré de la muñeca. Era Caleb.

—Nathaniel llega a tomar un bocado, y no puedo ni siquiera tocarlo.

—No, tú no puedes —dije.

Micah no se acercó.

—¿Por qué marcarlo?

Le miré a los ojos, esperando ver la acusación, o el desdén, o algo negativo. Pero su cara estaba muy quieta.

—Necesitaba hundir los dientes en algo. Necesitaba... —Sacudí la cabeza y desvié la mirada—. No era sexo lo que yo quería. Yo quería alimentarme.

—No —dijo Elizabeth—. No, no puedes ser Nimir-Ra, de verdad, de verdad no.

Había algo próximo al pánico en su cara. Podía oler su miedo. Se movía tan cerca que nuestros cuerpos que casi se tocaron, y podía oír su atronador corazón.

—Tienes miedo, Elizabeth, mucho miedo —dije.

Se dio media vuelta lejos de mí, y dijo a Micah algo al mismo tiempo,

que es mi única excusa para no ver el puño venir. Ella me sacudió la espalda contra el lado del Jeep, llenándome la boca con la sangre y haciendo que mis rodillas se debilitaran. Sólo Cherry alrededor de la cintura me mantuvo en pie. El mundo nadó en serpentinadas blancas y negras por un segundo. Cuando mi visión se aclaró, Elizabeth se encontraba detenida por el guardaespalda de Micah, Noah.

Me esforcé en ponerme en posición vertical y alejarme de Cherry. Me puse una mano a la boca y se llenó con la sangre.

Merle subió a tomar el brazo de Elizabeth, y Micah se paró delante de mí.

—¿Estás bien?

—Estaré bien.

Me tocó los brazos desnudos. Fue el más ligero roce de los dedos, pero me hizo temblar. Mis pezones se endurecieron, y no había nada que pudiera hacer para ocultar la reacción repentina.

Lo miré, y no tenía que mirar hacia arriba para ello, ni siquiera una pulgada.

—No sé, ¿Por qué tú...?

Sus brazos se deslizaron detrás de mi espalda, presionando nuestros cuerpos juntos, y de repente no podía obtener suficiente aire.

—Soy tu Nimir-Raj, Anita. No hay vergüenza en eso.

—Dices Nimir-Raj como otras personas dicen marido.

Me pasó una mano por el pelo, hasta que sus dedos estaban en mi cuero cabelludo, y la otra mano en la parte baja de mi espalda.

—Nuestras almas resuenan como el sonido de dos campanas perfectas —susurró, cuando su boca se cernía sobre la mía. El comentario fue tan romántico que era estúpido, y me hubiera reído de ello, pero no lo hice.

Me dio un beso, un empuje de sus labios, luego deslizó su lengua en mi boca. Sabía cuándo probó mi sangre, porque sus manos se apretaron en mi cuerpo y su cuerpo reaccionó contra mí. Era demasiado grande para que no me diera cuenta de que crecía entre nuestros cuerpos.

Pasé las manos por sus brazos, su camisa, y no fue suficiente. Quería acercar su piel desnuda a la mía, para beber en cada centímetro de él, en cada centímetro de mí.

Él me besó como si fuera a beber de mí, y sabía que parte de la emoción fue la sangre fresca. Le quité la camisa de sus pantalones y corrí mis manos por la espalda. Pero no fue suficiente.

Se apartó del beso, y pasó la camiseta sobre su cabeza. Presionando el pecho al descubierto uno contra el otro, era mejor. Era como si mi piel ansiaba su piel. Nunca había sentido nada parecido.

Nos abrazamos, con la respiración muy difícil, nuestros brazos entrelazados alrededor del otro, su aliento caliente en mi cuello.

—No tenemos tiempo para más —susurró.

Asentí con la cabeza, con la cabeza contra su cuello. No fue como si hubiera estado planeando en más, pero...

—Mi piel tuvo que tocar a la tuya, ¿por qué?

—Ya te lo dije, tú eres mi Nimir-Ra, y yo soy tu Nimir-Raj.

Me moví lo suficiente para ver su rostro.

—Eso no me lo explica.

Tenía mi rostro en sus manos, haciendo un contacto visual muy grave.

—Somos una pareja, Anita. Es leyenda entre los leopardos que puedas encontrar a tu pareja perfecta, y desde el primer momento de tener relaciones sexuales estás obligada, más que el matrimonio, más que la ley. Siempre vamos a sentir antojo del otro. Nuestras almas siempre se llaman una a la otra. Las bestias siempre cazan juntas.

Debería tener miedo, pero no. Debería haberme enojado, pero no. Podría haber sentido muchas cosas, pero todo lo que sentía era que tenía razón, y no quiero ni tratar de hablar con él.

—A Richard le va a encantar —dijo Elizabeth.

Merle y Noah la llevaron hasta las rodillas en un gesto brusco que tuvo que doler un poco. Me miró.

—Gracias por recordarme lo que iba a hacer, Elizabeth. Me distraje. — Me aparté de Micah, los dedos detrás de su brazo, como si no pudiera dejarlo ir desnudo.

—Que se vaya, muchachos. Ella es mi problema, no el suyo.

Miraron a Micah, quien asintió. Elizabeth permaneció de rodillas, como si no supiera qué hacer. Trató de conseguir que uno de ellos la ayudara a ponerse de pie, pero no le hicieron caso y la dejaron por su cuenta.

Me tomé un tiempo para ponerme el sostén, mientras caminaba de vuelta a mi jeep, la funda del hombro seguía aleteando alrededor de mi cintura. Me lo puse sobre mi piel desnuda, y no era cómodo, pero no quería tomar el tiempo para poner mi camisa. Sabía lo que iba a hacer ahora.

Me dirigí al Jeep, y todos esperaron en la oscuridad mientras abrí la puerta, a toda prisa en el asiento del copiloto, abrí la guantera y saqué un

cargador de repuesto de balas de plomo. Había empezado a llevar balas extra de plomo en el Jeep desde el conflicto con las hadas.

Puedo disparar a un hada con la plata todo el día y no servirá de mucho. Sin embargo, el plomo... no les gustaba el plomo. El plomo también tenía otros usos, ya que no mataría a un were animal. Sólo la plata lo haría. Regresé caminando hacia ellos, sacando el cargador que estaba en el arma. Lo puse en el bolsillo, aunque no quedaba bien, y empujé dentro el nuevo cargador hasta que se hizo clic.

Elizabeth, finalmente comenzó a buscar preocupada donde ocultarse estaba alrededor de dos coches de distancia. Cualquier otra persona se habría ido probablemente corriendo, pero el sentido común no era uno de los fuertes de Elizabeth. En realidad tenía apuntada el arma hacia ella, mientras que me acercaba con mucha calma, antes de que ella dijera:

—No te atreverías.

Me quedé mirándola por el cañón de la pistola, y no sentía nada. Fue un gran frío espacio vacío dentro de mí, absolutamente tranquilo, pacífico. Pero en el centro de la tranquilidad había un núcleo pequeño de satisfacción. Había estado queriendo hacer esto por mucho tiempo.

Le disparó dos veces en el pecho, mientras ella seguía diciéndome que no dispararía. Se tiró hacia atrás, inclinando la columna vertebral, las manos escarbando en el camino, pateando mientras intentaba respirar.

Todo el mundo había dejado un gran espacio a su alrededor.

Me paré sobre ella y me quedé mirándola mientras trataba de respirar y su corazón luchaba para vencer todos los agujeros que había puesto en él.

—Dices que no te puedo matar como Nimir-Ra real desgarrando tu garganta, o la evisceración. Tal vez eso va a cambiar pronto, pero hasta entonces puedo disparar, y estarás igual de muerta.

Sus ojos mostraban el blanco con desesperación, mientras su cuerpo trató de hacer frente a los daños. La sangre brotaba de su boca.

—Esta vez no eran de plata. Pero la próxima, Elizabeth, que le hagas algo grande o pequeño, a cualquier miembro de estos leopardos, te mataré.

Por fin había conseguido el aire suficiente para hablar. Ella escupió sangre y las palabras.

—Putra, ni siquiera... —más sangre—, tienes el valor... —más sangre oscura de su boca—, de matarme de verdad.

Mirando sus ojos, me di cuenta de algo que no había antes. Elizabeth, quería que la matara. Ella quería que la enviara donde Gabriel.

Probablemente no se dio cuenta de que es lo que quería, pero si no fue un deseo de muerte, estaba lo suficientemente cerca.

Ella estaba allí, curando, e insultándome, y me dijo lo débil que era. Le disparé en el pecho de nuevo. Se retorció y calló, y el charco de sangre sólo se amplió por debajo de su cuerpo.

Dejé caer el cargador de munición de la pistola, lo puse en el bolsillo y conseguí mi clip principal de vuelta en el arma.

—Plata ahora, Elizabeth. ¿Algún comentario más inteligente? —Esperé hasta que ella se había curado lo suficiente como para hablar—. Respóndeme, Elizabeth. —Levantó la mirada hacia mí, y había algo en sus ojos, algo que dijo que finalmente tuvimos un entendimiento. Tenía miedo de mí, y a veces eso es lo mejor que puedes hacer con la gente. Había intentado ser bondadosa. Había tratado de ser su amiga. Había tratado de respetarla. Pero cuando todo lo demás falla, el miedo hace el trabajo—. Bueno, Elizabeth, me alegra de que nos entendemos.

Me volví hacia los demás. Ellos me miraban como si me hubiera salido una segunda cabeza, desagradable. Micah tendió la ropa para mí, y me deslicé fuera de la funda del hombro. Nadie dijo nada mientras me vestía. Cuando todo estaba en su lugar dije:

—¿Vamos a la casa ahora?

Caleb me miró positivamente mal. Micah parecía complacido. Lo mismo hizo Merle, Gina, y todos mis leopardos.

—No se permitirán armas de fuego esta noche en el lupanar —dijo Merle.

—Para eso son los cuchillos —dije.

Me miró como si no estuviera seguro de si era en serio o no.

—Sonríe, Merle, ella va a sanar.

—Estoy empezando a estar de acuerdo con lo que el were rata —dijo.

—¿Y eso fue?

—Que asustas lo suficiente a todos por tu cuenta sin ser Nimir-Ra.

—Esto no está ni siquiera cerca de lo que es dar miedo —dije.

Levantó las cejas hacia mí.

—¿De veras?

Fue Nathaniel quien dijo:

—De verdad.

Mis otros gatos se hicieron eco de él, asintiendo con la cabeza.

—Entonces ¿por qué no tenéis miedo de ella? —preguntó Gina.

—Porque ella no trata de darnos miedo —dijo Zane. Miró a Elizabeth en el suelo, todavía no podía moverse mucho—. Por supuesto, tal vez las reglas han cambiado.

—Sólo para los malos leopardos —dije—. Vamos a ver a las ratas y luego a los lobos.

—Y los cisnes —dijo Micah.

—¿Los cisnes? —pregunté.

Sonrió.

—Acabas de mantener las conquistas, Anita, incluso cuando no quieres hacerlo.

Él me tendió la mano. Dudé, luego, lentamente, la tomé. Entrelazamos nuestros dedos, y caminamos juntos mano a mano por el camino, y se sentía bien, y correcto, como si hubiera encontrado un pedazo de mí que faltaba.

Deje detrás a Zane para asegurarse de no atropellaran a Elizabeth. Quería enviar a la Dra. Lillian por ella. El resto de los leopardos nos seguían a Micah y a mí, y por primera vez desde que había heredado a los gatos, sentí que realmente era Nimir-Ra. Y tal vez, sólo tal vez, no les falle.



Rafael el Rey de las ratas tenía una limusina de color negro. Nunca me pareció un tipo con una limusina, y me dijo lo mismo.

—Marcos y Raina la utilizaban para poner todo un espectáculo para este tipo de cosas —dijo—. Yo y mis ratas no estamos dispuestos a hacer un espectáculo de nosotros mismos, por eso la limusina.

—¡Hey! llevaba maquillaje —dije. Le había hecho sonreír.

Íbamos en la parte posterior de la limusina, con uno de sus wereratas de conductor. Merle y Zane se encontraban delante con el conductor.

Merle, porque se había opuesto a todos nosotros, y Zane, porque simplemente no confiaba completamente en Merle todavía. A pesar de que no me hacía ilusiones acerca de cuál de ellos iba a ganar en la lucha, si se llegara a eso. Richard hubiera enviado un hombre lobo o dos si hubiera apostado en contra de Merle, pero había algo francamente que daba miedo en los guardaespaldas de Micah, un «algo» que les faltaba a todos mis

leopardos.

No es crueldad, es más bien una práctica final. Simplemente Merle haría todo lo que tenía que hacer, sin duda, no hay simpatía, sólo negocios. Cuando te guías por eso es más o menos que comienzas a reconocerlo en otras personas si se les mira de cerca.

Todos los dirigentes viajaron en la parte posterior de la limusina, eso me lleno de elitismo, pero así nos permitió a todos hablar, y nadie parecía tener un problema con eso. No estaba segura de por qué me molestaba, pero lo hacía.

Rafael era alto, moreno, guapo y muy mexicano. Habló sin rastro de acento, más bien parecía que era de Missouri. Se sentó frente a nosotros. Sí, nosotros. Micah se sentó a mi lado. No íbamos de la mano. No nos mirábamos con anhelo el uno al otro. De hecho, por extraño que sea una vez que estaba lejos de los otros leopardos, me sentía incómoda en torno a él. Tal vez fue mi malestar habitual de siempre después de la intimidad. Pero no estaba segura, se sentía diferente. O tal vez fue que nos acercábamos a ver a Richard, me preguntaba qué demonios estaba haciendo. ¿Estaba yo realmente dispuesta a decirle que me había llevado un amante? ¿Otro cambiaformas? Habíamos roto antes y reconciliado de nuevo, pero si Richard pensó que había tomado un amante permanente, además de Jean-Claude, habíamos terminado. No quería que terminara, aunque parte de mí no estaba nada segura de que era sano para ninguno de nosotros. No éramos muy buenos uno para el otro. El amor a veces es como es.

Aparté los pensamientos graves y miré al último miembro de nuestra pequeña fiesta. Donovan Reece es el nuevo rey cisne de la ciudad. Tenía unos seis pies de altura, aunque era difícil decir exactamente cuando estaba sentado.

Su piel era perfecta y una tez como crema de leche, como en los anuncios de belleza. Era más blanco que yo, tan blanco como Jean-Claude, pero había un ligero rubor rosado en las mejillas de Donovan, como aplicarse perfectamente rubor. Casi se podía ver la sangre que fluía debajo de su piel, como si fuera casi translúcida. No sólo parecía viva, sino muy viva, como si estuviera caliente al tacto.

Sus ojos eran de un azul pálido, casi gris, que cambiaban con su estado de ánimo como un cielo de verano no podría hacer su cuenta si quería estar en paz con esponjosas nubes blancas o de la lluvia. Él era guapo, un tipo

bonito, como si hubiera estado en un campus universitario lleno de fraternidades y cervezas por todos lados. En su lugar, se iba con nosotros a una reunión de hombres lobo en el que sería el único no predador.

Eso no suena como una buena idea para mí.

—Salvaste la melena de cisne, Sra. Blake. ¡Casi te matan por hacerlo! No podía arriesgar a las niñas al venir, que no... —Se miró las manos cruzadas, y luego levantó los ojos cambiantes para mí—. Ellos son como su Nathaniel, las víctimas.

—Nathaniel está conduciendo mi Jeep con el resto de mi gente en él —dije.

Reece asintió.

—Sí, pero la forma de la bestia es un depredador. Mis hijas no lo son. Si pierden el control y cambian durante la reunión, serían la comida.

—Estoy de acuerdo contigo, Reece, ¿pero la misma lógica se aplica a ti?

—Soy un rey cisne, Sra. Blake, no voy a cambiar de forma a menos que yo lo quiera así.

Nunca había oído a nadie decirlo de esa forma. Donovan Reece tenía un mal caso de arrogancia. No iba a hablar con él de esto. Rafael lo había estado tratando antes de mi llegada. Micah nunca se ofreció. Había sido muy bueno, me dejaba hacer todo lo de hablar. Me gusta eso en un hombre.

—¿Puedes luchar? —pregunté.

—No voy a ser una carga, Sra. Blake, no te preocupes.

Estaba preocupada, porque podía oler la sangre justo debajo de su piel. Casi podía ver lo que fluye bajo su carne. Olía a carne, sangre, y calor. Olía a comida. Había estado en torno a cambiaformas que eran animales de presa, pero nunca me había dado cuenta de que podía decirlo por el olor, lo que no era un depredador. Sabía por el olor suave que la bestia Reece es algo suave y fácil de destruir. Algo que si lucha, no me haría daño.

Tuve que tragar saliva, tratando de disminuir el pulso, pero no se hacía lento. Quería caer de rodillas delante de él y oler su piel, frotar mi rostro contra sus brazos desnudos, abrir los botones de la camisa,... me detuve. Una camiseta blanca se veía por la parte superior de la camisa de rayas azules y blancas. Quería romper la camisa, hacer saltar los botones por los aires, tomar un cuchillo de mi muñeca y cortar la camiseta, el pecho desnudo y el estómago. Pero no fue el *ardeur*, no era sexo en lo que estaba pensando.

Quería ver el vientre desnudo, para sentir el tejido blando en la boca, los dientes, para morder... Cubrí mis ojos con mis manos, y pensaba. ¿Qué es lo que me pasa?

Micah me tocó el brazo suavemente.

—Anita, ¿qué pasa?

Bajé mis manos y lo miré.

—Huele a comida.

Micah asintió.

—Sí.

Sacudí la cabeza de nuevo.

—No entiendes lo que estoy pensando... Es espantoso.

No podía decirlo en voz alta. Quería alimentarme de él, o al menos hundir los dientes en su carne. Creo que podría evitar la verdadera alimentación, pero el impulso de la marca, en su piel sin defectos era tan fuerte que casi no me fiaba de mí misma.

—Cuando me dijiste por qué marcaste a Nathaniel sabía que era el hambre. —Micah dijo la última palabra en letras mayúsculas—. Por lo general toma unos días o semanas, antes de la primera luna llena, que el hambre se convierta en un problema. Está bien tener pensamientos, imágenes en la cabeza acerca de la alimentación. Es normal.

—Normal. —Me reí, pero era un sonido áspero—. Lo que estoy pensando no es ni siquiera cercano a lo normal. —Una vez más no me atreví a decirlo en voz alta.

—¿Qué quieres hacer con Reece? —preguntó Rafael.

Miré por encima del asiento a él. Abrí la boca para decir algo, y luego miré a Reece y me detuve.

—No, es como decir una fantasía sexual ante el extraño con el que acabas de tener la fantasía. Considero que es íntimo.

—Es íntimo —dijo Rafael. Miré hacia él, y sus ojos oscuros mantuvieron mi mirada—. Si le dices al Sr. Reece lo que quieres hacer con él, entonces puede ser que él vuelva a casa.

—Una rata es un animal de presa, también —dijo Reece.

—Todo lo que es más pequeño es un animal de presa —dijo Rafael—, pero las ratas son omnívoras. Comen cualquier cosa que se cruce en su camino, incluyendo humanos, si no pueden escapar. Un wererata no es poca cosa, Sr. Reece, somos lo suficientemente grandes para ser los depredadores que nuestros homónimos no pueden ser.

Reece nos frunció el ceño a todos. Sacudió la cabeza con rabia y se inclinó hacia adelante y empujó su muñeca hacia mi cara.

—Tengo un olor bueno, a todos ustedes parece que les gusta.

—Yo no haría eso —dijo Rafael.

—Escúchalo, Reece —dijo Micah.

No dije nada porque el olor de su carne tan cerca era embriagador. Era como la propagación de un perfume más exótico a través de sábanas de seda, con un fondo de pan recién hecho y un cierto toque a jalea dulce sobre la carne. No tenía palabras, pero olía mejor que cualquier cosa que había olido en mi vida.

Sostenía su muñeca, presionando la fina piel contra mis labios, antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo. La piel era tan tierna, y pude oler la sangre debajo de la capa de papel fino de piel. Quería hacer algo más que olerlo.

Quería probarlo, sentí entrar los dientes en su cuerpo, el chorro de sangre caliente en mi boca... Me aparté de él y me arrastré hacia Micah, en el asiento para acurrucarme en un rincón lo más lejos que podía del rey cisne sin saltar por la puerta.

Debe haber visto algo en mi cara, en mis ojos que le daba miedo, porque abrió los ojos, y la boca.

—Oh Dios, su control es realmente malo.

Me las arreglé para decir:

—Lo siento.

—¿Realmente quieres ponerte en medio de cientos de nosotros? —preguntó Rafael.

—No voy a ser engañado —dijo Reece—. No me hará daño. Todo lo que he oído hablar de Anita, y de ti, Rafael, es que son los buenos. —Su mirada se desvió a Micah—. Él, no lo sé, pero sé que los cisnes no han dado su lealtad a nadie. Hemos estado autónomos. El hecho de que estoy apoyando a Anita y a sus leopardos significará algo para los lobos. Somos débiles como aliados en la batalla, pero cualquier animal que no sea de su propiedad y que se alíe con sus leopardos significará algo para su Ulfric.

Me acurruqué en el rincón más alejado de la sede, los brazos abrazando las piernas contra mi pecho, una posición que no es realmente buena mientras llevas una sobaquera. Pero estaba, literalmente, agarrándome a mí misma, abrazando mi control y mi cuerpo. ¿Cómo iba a pasar esta noche sin hacer algo vergonzoso, o mortal? ¿Mucho peor será mi control?

—El último rey cisne ahora fallecido respondió a su lupa —dijo Rafael.

—Eso he oído. Aunque técnicamente era un príncipe cisne, no un rey. No sé lo que debía a la lupa antigua, pero supongo que era algo malo, porque he encontrado algunas cosas que te hacen sonrojar.

Tuve que limpiar mi garganta dos veces antes de que pudiera hablar.

—Kaspar se negó a participar en las películas sucias de Raina. El precio de ello fue la gente que ayudó a la audición de las películas....

Reece me miró.

—Audición, ¿qué quieres decir?

Me acurruqué y hablé, pero estaba hablando sobre el pulso en la cabeza, el flujo de sangre en mi cuerpo. Quería estar al lado de Reece. Quise tomar un bocado. En cambio, hablaba.

—Kaspar podía cambiar de forma de cisne a hombre a su voluntad. Raina lo usó para ver si los no cambiaformas se asustaban cuando cambiaba en el sexo.

Sentí la reacción de Micah, incluso desde la distancia. Reece miró horrorizado.

—¿Has visto eso?

—No, pero Raina tenía gran deleite al hablarme de los detalles. Intentó hacerme ver una de sus audiciones, pero tenía mejores cosas que hacer.

—¿Lo hizo de buena gana? —preguntó Reece.

—No —dije—. No fue definitivamente su elección. Parecía odio.

—Consideramos el hecho de que podemos cambiar de forma a voluntad como un gran regalo. Somos uno de los pocos cambiaformas que pueden hacerlo con facilidad.

—¿Es porque tu regalo sea una maldición o un talento nato, lo que la hace una enfermedad?

—Nosotros lo creemos así —dijo.

—Kaspar estaba bajo una maldición —dije.

—¿Estás diciéndolo por mí?

En realidad, estaba viendo cómo se balanceaba su manzana de Adán cuando hablaba, y me preguntaba qué se sentiría al hundir los dientes en su garganta, pero probablemente sería mejor guardarlo para mí. Seguí hablando, pero creo que tanto Micah como Rafael sabían de mi control. Me abracé y seguí hablando, porque el silencio se llenaba de imágenes terribles, terribles deseos.

—Sí —dije.

—Nací siendo rey cisne.

—Naciste rey cisne, no un swanmane. ¿Eso significa que es de sexo masculino? ¿Swanmane sólo se utiliza para las mujeres?

Me miró, estudiando mi cara.

—Nací para ser su rey. Soy el primer rey en más de un siglo.

—Todo el mundo es elegido para conducir, o luchar por el derecho, suena como una monarquía hereditaria —dije.

—Lo es, pero no es linaje lo que hace la diferencia, ser un swanmane es de familia. Pero no heredé el título.

—Entonces, ¿cómo lo sabes? —pregunté.

Sus ojos se habían vuelto oscuros, gris oscuro, como nubes de tormenta.

—La respuesta a eso es algo íntimo.

—Lo siento, no lo sabía.

—Te daré la respuesta que buscas, si respondes a una pregunta....

Nos miramos el uno al otro. Mi ritmo cardíaco era casi normal. Podía mirarlo sin oler la sangre bajo su piel. Hablar, escuchar, hacer cosas normales, había ayudado. Era una persona, con el habla y las funciones superiores, no un animal. Podía hacer esto. Realmente. Deshice la pelota de mi cuerpo.

—Pídemelo y te lo diré —dije.

—¿Mataste a Kaspar Gunderson, el antiguo rey cisne?

Parpadeé. Eso fue inesperado. La sorpresa hizo que mi pulso aumentara de velocidad.

—No, no, no lo hice.

—¿Sabes quién lo hizo?

Parpadeé de nuevo. Me preguntaba si podía mentir, y si sería capaz de decir no. Finalmente decidí decir la verdad.

—Sí.

—¿Quién?

Sacudí la cabeza.

—No responderé.

—¿Por qué no?

—Porque Kaspar me habría matado si hubiera podido.

—Sé que él fue responsable de varias muertes, y que trató de matarte, y a algunos de tus amigos —dijo Reece.

—Fueron un poco más diabólicos que eso —dije—. Él estaba tomando

el dinero de los cazadores y proporcionándoles presas.

Reece asintió.

—Él también hizo que las swanmanes fueran víctimas. Creo que eso es lo que él y la antigua lupa compartían, sadismo sexual.

—¿Es por eso que tus niñas, como dices, estaban en el club con Nathaniel?

—Sí, No acepto ese tipo de juegos, y ellas lo anhelan.

Yo asentí.

—Simpatizo —dije.

—Has respondido a mis preguntas con sinceridad, no puedo hacer menos.

Comenzó a desabrocharse la camisa.

Miré a Micah, quien se encogió de hombros. Miré a Rafael, que sacudió la cabeza. Ninguno de nosotros sabía por qué estaba desnudándose.

Se sacó la camisa, pero empezó a tirar de la camiseta interior de sus pantalones. Estaba a punto de destapar sus vergüenzas, y no estaba al cien por cien segura de mi control. Tenía el pulso en la garganta. Ya que al parecer ninguno de los dos iba a preguntar, le pregunté.

—¿Por qué te desnudas?

—Para mostrar el símbolo de mi reino.

Me quedé mirándolo.

—¿Perdón?

Reece frunció el ceño hacía mí.

—No te preocupes, Sra. Blake, no estoy a punto de montar el espectáculo.

—No estoy preocupada por eso, Reece, es que... —pero nunca terminé, porque había desnudado la piel blanca de su estómago. En el coche, a oscuras aún podía ver el pulso justo detrás de su ombligo.

Caray, casi podía saborearlo en la boca, como si ya hubiera hundido los dientes en la carne tierna, como si ya estuviera comiendo cosas más vitales.

Tenía algo extraño en el pelo del pecho. Era casi demasiado suave, demasiado delgado, demasiado delicado, una línea de delicado pelo blanco en el centro del pecho y la difusión en un triángulo invertido alrededor de su ombligo luego por dentro del pantalón.

Estaba en el suelo gateando hacia él, y no me acordaba de cómo había llegado. Me detuve, presionándome contra las piernas de Micah.

—No me acuerdo de haber dejado mi asiento. Estoy perdiendo mi

control.

Micah puso las manos sobre mis hombros.

—Esto ocurre cuando tu bestia te controla, la primera vez. Las primeras lunas llenas lo calmaran casi completamente, hasta que puedas empezar a acceder a los recuerdos, y llevará mucho trabajo.

Reece se recostó en el asiento, medio reclinado, y comenzó a deshacer su cinturón. Estaba tan cerca que pude ver, o creí ver lo que estaba mal con el pelo en el pecho y el estómago. Traté de seguir adelante, pero Micah me sujetaba, apretando las manos sobre mis hombros. Extendí mi mano y podía rozar la punta de los dedos sobre el estómago de Reece. El toque de mis dedos sobre su piel hizo que dejara de pelearse con el cinturón, y mirarme.

No era pelo.

—Plumas —dije en voz baja—, como un bebé de pollo, tan suave....

Quería correr las manos sobre la textura sorprendente, rodar mi cuerpo a través de las plumas y el calor de su piel. Podía oír su corazón en el pecho palpitante, y cuando levanté la vista, me encontré con su mirada. El pulso en su cuello, como un ser atrapado, y pude probar su miedo. El toque de mi mano, suave, la calidad de ensueño de mi voz le había asustado.

Micah envolvió los brazos alrededor de mi cuello y hombros y me atrajo contra su cuerpo con las piernas a ambos lados de mí. Se inclinó hacia mí, su cara pegada a la mía, y dijo:

—Ssshhh, Anita, Ssshhh.

Pero fue más que una voz suave. Podía sentir su bestia llamando a la mía, como si hubiera rodado la mano por mi cuerpo, pero era algo mucho más grande. Y ese toque hizo que mi cuerpo se tensara. Trajo mi propio pulso a la garganta.

—¿Qué hiciste? —Sonaba ajena.

—El hambre puede convertirse en sexo —dijo Micah.

—No iba a alimentarme —dije.

—Tu piel estaba muy caliente. Nuestros cuerpos aumentan de temperatura justo antes del cambio, como un ser humano antes de un ataque.

Me volví, todavía en sus brazos, medio cubierta entre sus rodillas.

—¿Pensaste que iba a cambiar?

—Por lo general se toma varias semanas, o al menos la primera luna llena, para cambiar de forma por primer vez. Pero parece que vas más

rápidamente de lo normal. Si hubieras cambiado por primera vez aquí, no creo que ni Rafael ni yo fuéramos capaces de impedir que mataras a Reece.

—El primer cambio es muy violento —dijo Rafael—, e incluso el asiento trasero de una limusina no tiene mucho espacio para ejecutarlo.

Reece me miró desde sólo unos centímetros de distancia, en los brazos de Micah, en su cuerpo, y sabía que no era romántico. Tenía en la mano el asunto del sexo como distracción y no funcionó.

—Ella ha sido Nimir-Ra durante más de un año —dijo Reece.

—Pero humana, hasta hace poco —dijo Rafael.

Reece me miró por un segundo o dos y luego dijo:

—Muy bien, tengo un lunar en forma de cisne. Mi familia supo desde mi nacimiento lo que estaba destinado a ser.

—He oído hablar de tales cosas —dijo Micah—, pero pensé que era una leyenda.

Reece sacudió la cabeza.

—Es muy cierto. —Él se recostó en su asiento, metiéndose bien la camiseta.

—Kaspar tenía plumas en lugar de pelo en la cabeza —dije.

—Me han dicho que si vivo lo suficiente, poco a poco me va a pasar.

Había algo en su voz que dijo que no esperaba con interés la perspectiva.

—No pareces feliz —dije.

Frunció el ceño ante mí, ajustándose su camisa.

—Fuiste humana una vez, Sra. Blake, nunca he sido humano. Nací rey cisne. Me criaron para tomar mi lugar como rey desde mis primeros recuerdos. No tienes idea de lo que es eso. Insistí en ir a la universidad, obtuve un grado, pero nunca puede llegar a usarlo, porque ir de un lugar a cuidar a los otros cisnes me mantiene muy ocupado.

Me quedé en el círculo del cuerpo de Micah, pero la tensión estaba agotándose.

—Vi mi primer alma cuando tenía diez años, y mi primer fantasma antes de eso, Reece. A los trece años accidentalmente levante a mi perro que había muerto. Los humanos nunca han confiado en mí, Reece.

—Hablas muy amargo al respecto —dijo.

Yo asentí.

—Oh, sí.

—Debes aceptar lo que eres, o serás miserable —dijo Rafael.

Nos miró a los dos, y no creo que fuera una mirada amable.

—Dame una semana o dos para llegar a un acuerdo con ser un gatito —dije.

—No me estoy refiriendo a ser Nimir-Ra real —dijo Rafael—. Desde el momento en que te conocí, Anita, supe que tienes la mitad de lo que odias. Como Richard has corrido tu bestia, por lo que han corrido su propio talento.

—No necesito una lección de filosofía, Rafael.

—Creo que sí, pero voy a callarme, si te molesta tanto.

Reece dijo:

—He tenido gente diciéndome toda mi vida que estoy bendecido y no es una maldición. ¿Si toda mi familia no podía convencerme de ello, sería mejor ni si quiera lo intentaras no?

Rafael se encogió de hombros, luego se volvió hacia mí.

—Vamos a elegir un tema diferente, porque estamos a pocos minutos del lupanar, y vi a la bestia de Micah, y la energía, pasar a través de ti, y tu bestia —respondió.

—¿Lo viste? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Su energía es muy azul, y la tuya es muy roja, y se mezclaron.

—¿Así que tenemos un bonito púrpura? —dije.

Micah me abrazó un poco más fuerte, una advertencia de que no fuera frívola, pero Rafael fue más directo.

—No hay que joder, Anita, si yo lo vi, Richard lo hará.

—Él es mi Nimir-Raj —dije.

—¿No lo entiendes, Anita? —dijo Micah—, pensaba que las marcas de nacimiento en la forma de la bestia era una leyenda. Bueno, hasta ahora, creía que hablar de una pareja perfecta es leyenda. Como el amor fatal, sólo una historia romántica. —La cara ya grave de Rafael se hizo aún más solemne—. Reconoces algún lazo desde el principio, así que las historias son ciertas, pero sólo después de tener relaciones sexuales por primera vez sus fieras pueden cambiar a través de sus cuerpos. La intimidad física sólo permitirá la intimidad metafísica.

Miré hacia abajo huyendo de sus ojos duros y exigentes, pero al final me hice mirar hacia arriba.

—¿Qué insinúas, Rafael?

—En realidad no insinúo, digo. Decirle que tuviste relaciones sexuales

con Micah, y que, a pesar de que Richard declaró públicamente que no sois una pareja, no le gustará.

Eso fue un eufemismo. Me aparté de Micah, y me dejó ir, noté que es persistente. Me aparté, y él lo permitió. Le hizo ganar puntos Brownie.

—Richard me dejó, Rafael, no al revés. No tiene ningún derecho a quejarse de lo que hago.

—Si él te dejó, entonces es libre de hacer lo que ella quiera —dijo Reece—, sólo es culpa del Ulfric.

—Lógicamente, tienes razón, ¿pero la lógica no dicta como actúa un hombre cuando ve al amor de su vida en brazos de alguien más?

La manera amarga en que Rafael lo dijo me hizo mirar hacia él, estudié su rostro. Parecía como si estuviera hablando la experiencia.

—No tienes autoridad sobre mí.

—Esta noche va a ser bastante peligrosa, Anita. No necesitas hacer enojar a Richard.

—No quiero hacer las cosas peor. Dios sabe que ya son lo suficientemente malas.

—Estás enfadada con él —dijo Rafael.

Empecé a decir que no, entonces me di cuenta que podría tener razón.

—Tal vez.

—Quieres hacerle daño.

Empecé a decir que no, luego me detuve y traté de pensar. Realmente sobre cómo me sentía. Estaba enojada y herida porque él podía echarme a un lado. Bueno, no había sido tan sencillo, pero...

—Sí, estoy herida, y tal vez una parte de mí quiere castigar a Richard por eso, pero no es sólo de lo que esté harta. Es el lío que ha hecho de la manada. Está en peligro la gente que me importa, y está haciendo su habitual mierda de Boy Scout que ni siquiera funciona bien en el mundo humano, y mucho menos con un grupo de hombres-lobo. Estoy cansada, Rafael, estoy cansada de él. Volví para hacer que funcione. Para ver si podíamos darle algo de sentido a todo. Pero él tiene que renunciar al código moral.

—Al renunciar a su código moral, renuncia a ser quien es.

Asentí.

—Ya sé. —Y sólo decirlo me hizo sentir peor—. Él no puede cambiar, y ser quién es, va a hacer que lo maten.

—Y tal vez a ti y a Jean-Claude con él —dijo Rafael.

—¿Todo el mundo sabe lo nuestro?

—Es normal que si matas al siervo humano de un vampiro, el vampiro no podrá sobrevivir a la muerte. Y si matas a un vampiro, sus sirvientes humanos morirán o enloquecerán. La lógica indica que el asesinato de alguno de los dos pone en peligro al otro.

Todavía no me gustaba que todo el mundo supiera que matar a uno de nosotros podría matar al resto. Lo hacía demasiado fácil para los malditos asesinos.

—¿Qué quieres que te diga, Rafael? ¿Qué Richard y yo tenemos una diferencia fundamental de la filosofía en casi todas las áreas importantes? Hay más de una razón para que no nos casemos y vivamos felices para siempre. ¿Qué tal vez va a tener que elegir entre la supervivencia o su moralidad? ¿Qué me temo que casi preferiría morir que cambiar su moral? Sí, me temo que sí. Va a matar un pequeño pedazo de él verme con Micah. Respondo por él, ¡sí!, pero no elegí nada de esto.

—No tomas ninguna culpa en esto —dijo Rafael.

Suspiré.

—Si no me hubiera ido seis meses tal vez yo podría haber hablado de la democracia con su manada. Tal vez si hubiera estado aquí un montón de cosas serían diferentes, pero no estaba aquí, y no puedo cambiar eso. Todo lo que puedo hacer es tratar de arreglar lo que se rompió.

—¿Crees que puedes solucionar todo este problema? —preguntó Rafael.

Me encogí de hombros.

—Pídemelo después de haber alcanzado a Jacob y a Richard y haber visto cómo es Ulfric con todos ellos. Necesito una idea de la dinámica antes de decir si se puede arreglar.

—¿Cómo lo arreglarás? —preguntó Micah.

Miré hacia él.

—Si Jacob, y algunos otros son el problema, entonces es solucionable.

—Matar a los que se oponen a Richard no arreglará las cosas, Anita —dijo Rafael—. El experimento en la democracia debe terminar. Richard debe comenzar a ser más severo con aquellos que están en su contra. Debe ser terrible para ellos, o habrá otro Jacob, y otro, y otro.

Yo asentí.

—Debes de predicar con el ejemplo aquí, Rafael.

—Si no eres su novia o su amante, entonces me temo que tu influencia

sobre Richard será leve.

—No estoy seguro de que tenía mucha influencia sobre él cuando éramos novios.

—Si no puedes hacerlo entrar en razón, entonces Richard morirá y alguien más, probablemente Jacob, se hará cargo de la manada. La primera cosa que cualquier conquistador bueno hace, es matar a los más cercanos y leales al líder ejecutado.

—¿Crees que Jacob lo hará? —pregunté.

—Sí —dijo Rafael.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero que ocultes el hecho de que tú y Micah sois amantes.

Miré detrás de mí en Micah. Se encogió de hombros, tenía la cara pacífica.

—Te dije que quería los términos que desearas, Anita. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que quería decir eso?

Busqué en su rostro, traté de encontrar algo falso en él, y no podía. Tal vez era un buen mentiroso. O tal vez estaba siendo demasiado sospechoso.

—Cuando estábamos con los leopardos, sólo los leopardos, yo estaba completamente a gusto contigo. Se sentía bien y... ¿por qué no se siente así ahora?

—Estás teniendo dudas —dijo Reece.

—No —dijo Rafael. Miró a Micah, y los dos tenían contacto con los ojos.

El concurso fue mirar tanto tiempo como se pudiera, tanto que he tenido que interrumpir.

—Es mejor que empiecen a hablar —dije.

Rafael inclinó la cabeza en Micah, como diciendo, ¡adelante! Me volví a Micah.

—De acuerdo —dijo, y parecía estar eligiendo cuidadosamente sus palabras. Estaba casi seguro de que no les iba a gustar esta conversación—. Cada pard, cada grupo que es fuerte y tiene una mente de grupo.

—¿Te refieres a una identidad de grupo? —pregunté.

—No exactamente. Es más... —Frunció el ceño—. Es más como un aquelarre de brujas trabajando juntas durante un tiempo. Empiezan a ser parte de un todo cuando se trata de trabajar la magia o la curación. Juntos hacen más que por separado.

—Está bien, pero ¿qué tienen que ver con qué me sentía más cómoda

cuando éramos sólo nosotros y los leopardos?

—Si te sientes de manera diferente cuando los leopardos están a tu alrededor, entonces estamos formando una mentalidad de grupo. Por lo general, toma meses para forjar ese tipo de vínculo. Tal vez es sólo un enlace con tus propios leopardos. El cambio que se avecina podría tratarse sólo de ponerlo en movimiento.

—Pero creo que es más que eso, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Creo que estás formando una mentalidad de grupo con mis chicos, que, en efecto, la decisión de unirse a nuestro pard en una sola unidad ya se ha hecho.

—No he decidido nada.

—¿No? —preguntó.

Se veía tan razonable, allí sentado, con las manos delante de él, inclinado un poco hacia mí. Tan serio.

—Mira, el sexo es magnífico. Pero no estoy lista para recoger los patrones de China aquí, ¿entiendes eso? —Tenía una sensación muy cerca del pánico en la boca del estómago.

—A veces tu bestia hace selecciones por ti —dijo Rafael.

Le miré.

—¿Qué significa eso?

—Si ya eres parte de una mente grupal con la pard, tu bestia ha elegido, Anita. Es más íntimo que ser tu amante, porque no tienes un compromiso con él.

Lo miré a los ojos.

—¿Estás diciendo que me voy a sentir responsable de la seguridad y el bienestar de todos tus were leopardos, así como de los míos?

Rafael asintió.

—Probablemente.

Miré a Micah.

—¿Y tú? ¿Te sientes responsable de mi pueblo?

Suspiró, y fue pesado, no contento.

—No esperaba formar un vínculo con esta rapidez. Nunca lo he visto trabajar tan rápido.

—¿Y? —dije.

Su boca se movía, casi una sonrisa.

—Y... si realmente hemos formado un espíritu de grupo, entonces sí,

me siento responsable de tu gente.

—No pareces feliz por eso.

—No es nada personal, pero tus gatos son un desastre.

—Los tuyos no son mucho más saludables —dije—, Gina parece alguien que ha sido dañada con demasiada frecuencia.

Los ojos de Micah se endurecieron, y buscó mi cara.

—Nadie habló contigo. No se atreverían.

—Nadie se ha chivado, Micah, pero podía olerlo en ella, el olor de la derrota. ¡Maldita sea! Alguien la ha roto, y es reciente, o esta curso. ¿Ella tiene un novio malo?

Su rostro se cerró. No le gustaba que me imaginara lo que fuera.

—Algo así. —Sin embargo, su pulso se había acelerado, y sabía que estaba ocultando algo, algo que le daba miedo.

—¿Qué no me estás diciendo, Micah?

Su mirada se desvió por encima de mí a Rafael.

—¿Será capaz de leer a mi pueblo con más facilidad con el paso del tiempo?

—Si —dijo Rafael.

—Tu gente es bastante fácil de leer ahora —dije.

Estaba viéndole la cara. Tenía el control de su cuerpo, manteniendo la tensión fuera de él, pero pude probar la velocidad de su pulso, y el miedo. No era sólo un temor pequeño. La idea de que podía leer a su pueblo de manera tan completa casi le aterraba. Puse mi mano sobre sus manos entrelazadas, y se volvió serio, con ojos vigilantes.

—¿Por qué te da miedo que sepa que Gina está siendo abusada?

Él se tensó bajo mi mano y se apartó, suavemente, pero definitivamente no quería que le tocara.

—A Gina no le gustaría que lo supieras.

—¿Al ser su Nimir-Raj, no se supone que tienes que protegerla de pendejos abusivos?

—He hecho lo mejor para ella —dijo, pero sonaba a la defensiva.

—¿Qué, le prohibiste volver a verlo? Es un problema sencillo, no complicado. ¿O es que está enamorada de él?

Sacudió la cabeza, con los ojos hacia abajo, las manos agarrando tan fuerte que se le manchaba la piel. Su voz salió normal, pero la terrible tensión en sus manos...

—No, ella no está enamorada de él.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Es más complicado de lo que puedas imaginar.

Miró hacia arriba, y no había rabia en sus ojos ahora.

Empecé a extender la mano, a tocarlo, luego lo dejé.

—Si realmente estamos formando un pard. Si realmente soy tu Nimir-Ra, entonces a nadie le está permitido hacerle daño. Nadie daña a mi pueblo.

—Los lobos se llevaron a tu Gregory —dijo. La ira se encontraba todavía en sus ojos, temblando por sus manos.

—Y nosotros vamos a obtenerlo de vuelta.

—Sé que has tenido una vida dura. He escuchado algunas de las historias, pero hablas siendo joven e ingenua. A veces no importa cuánto te esfuerces, no puedes salvarlos a todos.

Era mi turno para mirar hacia abajo.

—He perdido gente. He fallado a las personas, y han llegado a estar heridos y muertos. —Levanté los ojos para encontrarme con su mirada—. Pero la gente que los hirió... todos están muertos, muertos también. Tal vez no pueda mantener a todos seguros, pero estoy malditamente llena de venganza.

—Pero el daño todavía pasa. Los muertos en realidad no vuelven a caminar. Los zombis sólo son cadáveres, Anita. No son las personas que perdiste.

—Lo sé mucho mejor que tú, Micah.

Él asintió con la cabeza. Algo de la terrible tensión había disminuido, pero... estaba obsesionado con algún viejo dolor que aún prevalecía.

—He hecho todo lo posible por Gina y los otros, y todavía no es suficiente. Nunca será suficiente.

Toqué sus manos, y esta vez me dejó tocarlo.

—Tal vez juntos podamos ser suficiente para todos ellos.

Buscó mi cara.

—Realmente, ¿no?

—Anita rara vez dice nada que no quiera hacer —dijo Rafael—, pero si yo fuera ella, te pediría que me dijeras primero cuáles son los problemas antes de comprometerme a arreglarlos.

Tuve que sonreír.

—Estaba a punto de preguntar, ¿Qué pasa con Gina? ¿De qué tienes tanto miedo?

Me apretó la mano. Me miró a los ojos. La mirada no era de amor, o incluso lujuria, era grave.

—Vamos a rescatar primero a tu leopardo, luego, vuelve a preguntarme, y te diré todo.

El coche frenó. La grava sonaba en las llantas. Era el desvío a la granja, que daba al bosque de todo el lupanar.

—Dime algo de ella ahora, Micah. Necesito algo.

Suspiró, se miró las manos juntas, y luego, lentamente llegó a mis ojos.

—Una vez fue tomada por un hombre muy malo. Todavía nos quiere, y estoy buscando una casa lo suficientemente fuerte como para mantenernos a salvo.

—¿Por qué tienes miedo de decírmelo?

Sus ojos se agrandaron un poco.

—La mayoría de pards no quieren ese tipo de problemas.

Me sonrió.

—Problema es mi segundo nombre.

Parecía un poco perplejo. Creo que era la única a la que le gustaba el cine negro.

—No voy a patearte por culpa de un alfa cabrón. Hazme saber de qué manera viene el peligro, y voy a tratar con él.

—Me gustaría tener tu confianza.

Hubo un peso en su mirada... dolor, horrible pérdida. Me hizo temblar a verlo, y soltó mis manos, deslizándose lejos de mí justo antes de que Merle abriera la puerta y me ofreciera una mano. No le tomé la mano, pero él se deslizó en la oscuridad.

Reece le siguió con una mirada a Rafael, como si el rey rata le hubiera dicho que saliera y nos diera algo de privacidad. Me dirigí a Rafael.

—¿Tienes algo que decir?

—Ten cuidado, Anita. Ninguno de nosotros sabe de él, o su gente.

—Es curioso, estaba más o menos pensando en lo mismo.

—¿A pesar de que puede hacer que tu bestia se agite?

Mire en sus oscuros, oscuros ojos.

—Tal vez sobre todo por eso.

Rafael sonrió.

—Debería saber que eres una persona imposible de cambiar de visión.

—¡Oh!, puede verse empañada, pero nunca por mucho tiempo.

—Hablas con nostalgia —dijo.

—A veces me pregunto lo que podría ser..., de hecho acababa de enamorarme y ya hay que sopesar los riesgos.

—Si funciona, es la mejor cosa en el mundo. Si no funciona, es como tener el corazón arrancado y cortado en trozos pequeños mientras miras la televisión. Deja un hueco grande que nunca sana.

Lo miré, sin saber qué decir, pero finalmente dije:

—Suenas con mucha experiencia.

—Tengo una ex-esposa y un hijo. Ellos viven en un estado diferente, tan lejos de mí como podían.

—¿Qué salió mal?, si no te importa que te pregunte.

—Ella no era lo suficientemente fuerte como para manejar lo que soy. No le oculté nada. Lo sabía todo antes de casarnos. Si no hubiera estado tan enamorado de ella, habría visto lo débil que era. Es mi trabajo como rey saber quién es fuerte y quién no. Pero me engañó, porque quería ser engañado. Ahora lo sé. Ella es lo que es, no es su culpa. Lamentamos que el embarazo la alejara. Amo a mi hijo.

—¿Alguna vez te deja verlo?

Sacudió la cabeza.

—Vuelo dos veces al año y tengo visitas supervisadas. Ella le hacía tener miedo de mí.

Empecé a llegar a él, vacilé y luego pensé, ¿¡qué diablos!?. Tomé su mano, y miró sorprendido, y luego sonrió.

—Lo siento, Rafael, más de lo que puedo decir.

Me apretó la mano y luego me miró.

—Sólo pensé que deberías saber que caer ciegamente en el amor no es todos poemas y canciones. Duele como el infierno.

—Me enamoré una vez —dije.

Levantó las cejas.

—Desde que te conozco.

—No, en la universidad. Nos íbamos a casar, pensé que era el amor verdadero.

—¿Qué pasó?

—Su mamá se enteró que mi madre era mexicana, y ella no quería que su niño de pelo rubio y de ojos azules, y su árbol genealógico quedaran contaminados.

—¿Te prometiste antes de conocer a su familia?

—Habían conocido a mi padre y su segunda esposa, pero ambos son

blancos muy nórdicos. A mi madrastra no le gustaban las fotos de mi madre, así que estaban todas en mi habitación. No estaba ocultándolas, pero mi futura suegra entró en mi cuarto. Es curioso, su hijo lo sabía. Le había contado toda la historia. No le importaba hasta que su madre amenazó con retirarle el dinero de la familia.

—Ahora me siento mal.

—Tu historia es más lamentable.

—Eso no me hace sentir mejor —dijo, sonriendo.

Yo le devolví la sonrisa, pero ninguno de nosotros era feliz.

—¿No es genial el amor? —dije.

—Responde después de ver a Richard y Micah juntos en el lupanar.

Sacudí la cabeza.

—No quiero a Micah, realmente no, todavía no.

—Pero... —dijo.

Suspiré.

—Pero casi lo deseo. Haría lo de Richard menos doloroso. No sé cómo me voy a sentir al verlo esta noche y saber que no será mío más.

—Probablemente igual que él se sentirá cuando te vea.

—¿Se supone que me tiene que hacer sentir mejor?

—No, es sólo la verdad. Recuerda que lo obligaron a dejarte. Él te ama, Anita, para bien o mal.

—Lo amo, pero no voy a dejar que mate a Gregory. Y no voy a dejar que le cueste la vida a Sylvie. No lo dejaré por un conjunto de reglas idealistas.

—Si matas a Jacob y a sus seguidores, sin el permiso de Richard, puede enviar a la manada tras de ti y tus leopardos. Si no eres lukoi, no eres lupa, y dejar que sus muertes queden impunes le haría parecer débil puede ser que también Jacob lo mate.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

—No sé.

Merle metió la cabeza en el coche.

—Tenemos lobos por aquí. Sus ratas se apaciguan, pero están impacientes.

—Estamos saliendo —dijo Rafael. Miró hacia el asiento hacia mí.

—¿Nos vamos?

Yo asentí.

—Creo que sería absurdo no salir del coche.

Se deslizó hasta el borde del asiento, pero dudó, extendió el brazo hacia mí.

Normalmente, no se lo habría tomado, pero esta noche estábamos tratando de ser solidarios y con estilo. Así que salí del coche del brazo del rey rata, como una esposa o trofeo, a excepción de las vainas de la muñeca y las dos navajas ocultas en la ropa. De alguna manera creo que las esposas trofeo llevarán tan poco o nulo maquillaje y tantas armas. Pero ¡hey!, no he conocido nunca una esposa trofeo, tal vez estoy equivocada. Tal vez no saben lo que yo sé, que el verdadero camino al corazón de un hombre es entre sus costillas con un cuchillo de metal de seis pulgadas.

A veces, uno de cuatro pulgadas hace efecto, pero para estar realmente segura, me gusta tener uno de seis. Es curioso cómo los objetos fálicos son siempre más útil cuanto más grandes son. Cualquiera que te diga: el tamaño no importa, se las tendría que ver con un cuchillo de tamaño reducido.



El claro era enorme, pero no lo suficientemente grande.

Los coches, camiones y camionetas llenaban la mayor parte del terreno disponible, y algunos hasta estaban estacionados bajo los árboles y habían conseguido rayar la pintura de los coches.

No había espacio para todos los were ratas, y los coches llenaban el camino de grava, hasta que fue sólo un estacionamiento. Algunas personas terminaron estacionándose junto a la carretera, o a través de los árboles.

Rafael había llevado todas sus ratas, eran unos doscientos. El tratado entre las ratas y los lobos era que su número al principio era de doscientos. Rafael se había acordado de que tenían más gente que la manada, seiscientos o menos, que acudirían en su ayuda si fuera necesario. Sin comentarios. Tus enemigos son mis enemigos y esas cosas. Me había explicado en los últimos minutos que eso significaba que estaba arriesgando mucho esta noche. Me hizo sentir culpable. Me hizo desear

haber encontrado una manera de introducir un arma en el lupanar. A decir verdad, no lo había probado. ¿Era que me estaba volviendo más suave, un exceso de confianza, o simplemente cansancio?

La mujer más alta que jamás había visto se acercó a Rafael y a mí. Tenía por lo menos seis pies y seis pulgadas de alto, ancha de hombros, y tenía los músculos que sólo el levantamiento de pesas produce.

Llevaba un sujetador deportivo negro sobre su pecho bronceado y un par de jeans negros desteñidos. Su pelo oscuro estaba recogido en una cola de caballo apretada, dejando su cara limpia y con un toque sorprendente.

—Esta es Claudia. Va a ser uno de tus guardaespaldas por esta noche —dijo Rafael.

Abrí la boca para protestar, pero él me miró en silencio. Su rostro era tan serio.

—Tienes were leopardos, pero sólo Micah tiene guardaespaldas. No podemos permitirnos perderte Anita, no por algo estúpido como esto.

—Si no puedo cuidar de mí misma, entonces, ¿qué tan buena es mi amenaza?

—Richard tendrá su Skoll y su Hati. Tendré a mis guardias. Micah tiene los suyos. Sólo tú estás sin escolta. Raina mantuvo los were leopardos como complemento a los hombres lobo. Ellos nunca se convirtieron en un pard completo, realmente no. Incluso los de Micah son personas que se agregan no tienen el personal adecuado para un pard de trabajo. Son demasiados sumisos o demasiado dominantes, no es suficiente. Así que esta noche tendrás a Claudia y a Igor.

—Podemos hacernos cargo de Anita —dijo Zane.

—No, no podemos —dijo Nathaniel.

Me quedé mirándolo. Me tocó el brazo.

—Toma la ayuda, Anita, por favor.

—Podemos protegerla —dijo Micah.

Merle hizo eco de él.

—¿Y si tienes que elegir entre salvar a Micah, o a Anita, que vas a elegir? —preguntó Rafael.

Merle apartó la mirada, pero Noah dijo:

—Micah.

—Exactamente.

—¿No sería lo mismo entre tú y Anita como mis leopardos lo haría? —preguntó Micah.

—No, porque voy a tener guardaespaldas. Un montón a mi alrededor, mi banda es grande, llena de legisladores y de soldados profesionales. ¿Por qué crees que Raina y Marco acordaron el tratado que Richard les trajo? Ellos nunca se hubieran aliado con nosotros, si no hubieran acabado con nuestros números.

—Yo no...

Él realmente me tocó la boca con el dedo.

—No, Anita. Cuando esto termine, y seas verdaderamente Nimir-Ra, entonces tendrás que hacer publicidad para tener ejecutores para ti. Hasta entonces, voy a compartir.

Moví la mano fuera de mi boca.

—No creo que sea necesario.

—Yo sí —dijo.

—Estoy de acuerdo —dijo Cherry.

Por último, Micah dijo:

—De acuerdo.

Tanto Merle como Noah parecían divertidos, entonces se miraron entre sí.

—No estoy de acuerdo con esto —dije.

Nathaniel se inclinó hacia mí y dijo:

—Si aún no te das cuenta nos quedaremos aquí de pie.

Fruncí el ceño.

Él sonrió y se encogió de hombros.

Me volví a la guardia en cuestión. Ella sólo me miró con cara impasible, como si no le importaba de una forma u otra.

Un hombre se colocó a su lado. Él era aproximadamente dos centímetros más bajo que ella, más amplio de hombros, y tenía tantos tatuajes que por un segundo pensé que llevaba una camisa de manga larga de colores. Su camiseta era pequeña y apretada por el oleaje de su pecho. Jeans y botas de trabajo completaban su atuendo.

Era calvo, con un tatuaje de un dragón enroscándose en las orejas y la parte posterior de su cráneo. Incluso por la luz de las estrellas se podía ver que el diseño era oriental y bien hecho.

—¿Cómo os sentís al poner en riesgo la vida por alguien que acabáis de conocer?

—Has salvado la vida de nuestro rey —dijo el hombre—. Te debemos la vida.

—¿Incluso si es la tuya propia? —dije.

—Son las pautas —dijo.

Miré hacia la mujer.

—¿Estás de acuerdo con eso?

—Como dice Igor, te debemos una.

Siempre me hacía sentir incómoda cuando la gente estaba dispuesta a poner mi seguridad, por delante de la suya. Simplemente no estaba realmente cómoda con el concepto de guardaespaldas, pero ¿qué diablos? Puse mi mano.

Se miraron entre ellos, entonces me dio la mano, primero Igor me tocó como si temiera romperme, y Claudia trató de apretar lo suficiente para hacerme llorar. No, no lloré. Sonreí amablemente porque sabía que ella realmente no me haría daño. Sólo quería ver si me retorecía. Mi sonrisa amable le hizo fruncir el ceño, pero soltó mi mano. Mi mano me dolía un poco, y si mis poderes de curación no estaban en funcionamiento aún, mañana tendría un morado. Maldita zorra.

Rafael se dirigió a algunos de sus ratas, a dar instrucciones, me dejó sola con los dos guardaespaldas.

—¿Igor es tu verdadero nombre? —pregunté.

—Un apodo —dijo.

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

Él sonrió y movió la cabeza.

—¿Qué podría ser peor que Igor? —pregunté.

Su sonrisa se amplió aún más.

—¿Para qué te gustaría saberlo?

Me hizo sonreír, y la opresión en el pecho se alivió. Casi diría que me sentí aliviada al tener guardaespaldas. No, no yo. No necesitaba ningún guardaespaldas maloliente.

Probablemente no lo necesitaríamos, pero el músculo adicional es como munición extra. Si lo necesitaras, es bueno tenerla, si no lo necesitas, entonces siempre se puede volver a guardar.

La verdad era que me sentía más protectora con mis leopardos que protegida por ellos. Triste, pero cierto. Y no confiaba en Merle, o Noah, o incluso en Micah. Él me ocultó cosas, y no me gustó eso. Algunas mujeres no son fáciles de satisfacer.

Rafael se marchó a través de su pueblo, dándoles instrucciones en voz suave. Micah se acercó, con Merle y Noah a una distancia muy prudente.

Miré a Micah y de repente no podía estar tan cerca y no tocarlo.

Alargué mi mano hacia él, sus ojos se abrieron, pero me tomó la mano. Su mano se deslizó sobre la mía en un juego palpitante de calor que casi me quitó la respiración. Vi una reacción similar en su rostro. ¿Qué estaba pasando? ¡Moví la mano, y era como estar tirando de él a través de caramelo derretido, espeso!

Miré hacia arriba para descubrir que, a excepción de Claudia y de Igor, estábamos rodeados de were leopardos, los suyos y los míos, los nuestros.

En el momento en que me encontré con los ojos de Nathaniel el poder me travesó.

Miré a Cherry, y sus ojos claros más amplios por la energía tan espesa que era como tratar de respirar algo líquido, como si le doliera el aire. El poder dio un salto de mí a Zane, Vivian y Caleb, que estaba al lado en el círculo. A Caleb, no le gustó. Pero tan pronto como busqué en su cara, el poder saltó entre nosotros, tal como lo hizo con los otros.

Se quedó sin aliento, la mano en su pecho, como si hubiera sentido un golpe allí. Su voz salió estrangulada.

—¿Qué estás haciendo?

—Ella es Nimir-Ra —dijo Micah.

Me volví hacia él, pero en la vuelta Noah cruzó la mirada primero. El poder se extendió entre ese extraño y yo, y el temor se mostró en su rostro. Estaba extrañamente tranquila, me sentí bien, genial.

Gina se acercó a Merle, y atrajo mi mirada. El poder volvió a través de ella. Todos éramos como un gran circuito de la energía, el intercambio, fluye, crece.

Lágrimas se arrastraron por la cara de Gina, ella exclamó en voz baja, colgada del brazo de Merle. Me miró a los ojos por último, y trató de alejarse, pero no era una cuestión de bloqueo de miradas, era un asunto de mi atención. El poder, mi poder, mi bestia, lo veía.

Mi poder azotó a través suyo, porque luchó contra él. Trató de escudarse, pero no podía proteger de esto. No es que fuera lo suficientemente fuerte como para obligarla. No traté de empujar. Era más como que el poder lo reconoció, y algo, tal vez su bestia, resonó con el poder.

Se volvió lentamente para mirarme, y la expresión de su rostro era de dolor. No me dolió, se sentía caliente, bien y con miedo... El poder crecía, apretando más y más, hasta que se llenó el aire que nos rodeaba.

Claudia dijo:

—¿Qué diablos estás haciendo?

—La unión —dijo Rafael, e indicó a los dos were ratas que se apartaran de nuestro círculo.

En el instante en que se habían ido, el círculo se apretó, y fue como la presión de una tormenta, mis oídos necesitaban el pop, como si la presión de la atmósfera hubiera cambiado.

Micah se trasladó delante de mí. Los otros formaban un círculo alrededor de nosotros como una coreografía. Nos miramos unos a otros y luego nos tendimos la mano.

Era difícil avanzar, como si el aire se hubiera vuelto sólido yuviéramos que abríamos paso a través de él.

Alcance sus manos, y nuestras manos se deslizaron rápidamente, con facilidad, como un pez fuera del agua al aire libre. Nuestros brazos, nuestros cuerpos se tocaron por completo, como si pudiéramos entrar en el cuerpo del otro como si fuera una puerta abierta. Su boca se cernía sobre la mía, y el poder estaba allí, la respiración, el pulso, caliente contra mis labios. Traté de tener miedo. Intenté dar marcha atrás, pero no quería. Es como si una parte de mí que ni siquiera sabía que existía estuviera a cargo, y no había ninguna cantidad de sentido común, o dudas, que pudieran detenerlo.

No fue un beso, fue una fusión. El poder se vertió en una ola ardiente de su boca a la mía, de mi boca a la suya.

Podía sentir a los demás, como las líneas de calor corriendo como radios en una rueda, y Micah y yo fuéramos el centro de esa rueda. El poder corría entre todos nosotros, adelante y atrás, líquido, ardor, creciendo, y creciendo, y fusionándose. Los límites de las fronteras que nos mantuvieron separados como personas.

Era como si el cuerpo de Micah y el mío fueran puertas cerradas y las abriéramos, para estar más cerca que solo tocar la carne, más cerca que los corazones, y sentí su bestia y el despliegue a través nuestro, a nuestro alrededor, como si los dos grandes animales nos unieran con una cuerda que corría a través de nuestra carne, nuestra piel, nuestras mentes. Las bestias estallaron hacia el exterior, viajando por las líneas de poder y se estrellaron en cada uno de los otros.

Lo sentí como un golpe físico, sentía tambalearme, y como las bestias hermanadas recorrían el círculo y acariciaban a sus animales, a su vez. Y

nuestros animales volvieron en una ráfaga de calor, como estar de pie en medio de una hoguera, pero también fue una carrera gloriosa, una alegría, como nada de lo que había sentido. Tomé, con esa sensación de poder, vistazos de todos los demás.

Vi a Gina atada a una cama y a un hombre por encima de ella como una sombra, algo malo que el poder no podía ver con claridad, a Merle cubierto de heridas y sangre, tratando de protegerse contra una pared, llorando, a Caleb de pie, solo, cubierto de sangre, con los ojos idos; a Noah corriendo por un pasillo, gritos de sus perseguidores, que lo hacían correr más rápido, a Cherry acostada en una enorme pila de cuerpos calientes, junto a Zane, a Nathaniel y a mí. La memoria de Zane, sentados, comiendo en mi mesa de la cocina, riendo con Nathaniel. A Vivian en los brazos de Stefan en su cama, la memoria de Nathaniel marcándome la espalda, pero la sensación de paz que recibí de él con la memoria era más fuerte que el sentido del sexo, como si hubiera quitado una gran carga de él y vi a Gregory, con las muñeca atadas a los tobillos por la espalda, amordazado, con los ojos vendados, aterrado. Estaba desnudo en una cama de huesos. Sabía que no era un recuerdo, esto era lo que le estaba sucediendo a Gregory en este mismo instante. Y podía ver, sentir su terror, y todavía no sabía dónde estaba.

El poder estalló sobre todos nosotros en una ola, tocando la piel, los nervios acariciando la satisfacción, como si todos hubiéramos entrado en un cuarto extraño y de pronto nos hubiéramos dado cuenta de que todo en él era familiar, todos los rincones de la habitación estaban en nuestros corazones, y lo que me vino a la mente fue, estoy en casa.

Micah retrocedió en primer lugar, temblando. Yo estaba llorando, y no recordaba cuando había empezado. Oí a otras personas llorando en la oscuridad, y miré más allá de nosotros, y descubrí que no era sólo nuestro pueblo. Algunos de los were ratas estaban llorando, el rostro vuelto hacia nosotros con algo de temor en sus ojos.

Algo me hizo mirar más allá de todos ellos al borde de los árboles.

Richard sin camisa, vestido con pantalones vaqueros y nada más que los zapatos. La visión a la luz de las estrellas y en las sombras me hizo recuperar el aliento, no porque era hermoso, o porque yo le quería, siempre fue Richard, porque de repente fue, por primera vez, salvaje. No fue su enojo lo que hizo la diferencia.

Lo vi en el borde de los bosques, la forma en que había llegado

inesperadamente como un animal silvestre, como al ciervo que vislumbra en la penumbra, el flash de algo grande y peludo corriendo delante de los faros delanteros, sabías que no era un perro y era demasiado grande para ser un zorro.

Richard se quedó allí, y cuando nuestras miradas se cruzaron, envió una sacudida a través de mí desde la parte superior de mi cabeza hasta las plantas de los pies, y más allá en la tierra.

Richard aparte de haber arruinado la estructura de su manada, una cosa que había hecho bien, había abrazado a su bestia. Se podía ver en él como un abrigo que finalmente se había convertido en algo que se adaptaba a él, hecho a medida.

Marcus, el antiguo Ulfric, siempre había insistido en vestirse bien, por lo que pocos sabían que era el rey. Richard se quedaba sin ropa pero sabías que él era el rey. El poder te convierte en un monarca, y todos los trajes de fantasía en el mundo no van a hacer el trabajo sin él.

Nos miramos uno a otro a través del campo. Debajo de esa nueva chapa de poder cómoda, la expresión de su cara hizo que mi pecho doliera mucho.

Si hubiera podido pensar en algo que decir, que hiciera las cosas menos dolorosas... pero no podía pensar en las palabras que pudieran ayudar.

Jamil y Shang-Da se acercaron a ambos lados de él, y hubo una expresión de enojo en Shang-Da. Rabia hacia mí, creo. Jamil miró a Richard, como si deseara que hubiera alguna forma para que el escolta de Richard fuera otro. Pero con algunas cosas, incluso un guardaespaldas muy bueno no puedes tener el éxito. Esta fue una de esas cosas.

La voz de Richard fue profunda, fuerte, clara, al margen de la mirada en su cara.

—Bienvenido rey rata del Clan Dark Crown. Bienvenidos Nimir-Ra y Nimir-Raj del Clan Blood-drinkers. Bienvenidos a las tierras del Clan Rokke Thronnos. Los leopardos nos han mostrado esta noche lo que realmente significa ser un clan, un pard, lukoi, o rodere. Ellos nos muestran lo que todos buscamos, una verdadera fusión de todas nuestras partes en un todo.

La amargura se coló en la última parte, pero en conjunto, fue un discurso hermoso, y más sincero que agradable.

—Ahora únense a nosotros en nuestro lupanar, y vamos a ver si pueden recuperar a su gato perdido.

Había ira en su voz, y me preguntaba si Gregory estaba a punto de

pagar el precio de la ira de Richard.

Richard se volvió y se fundió en los árboles con Shang-Da a su lado. Jamil echó una mirada hacia mí, y luego siguió.

Micah se acercó y me susurró:

—Te debo varias disculpas. Lamento que tu Ulfric tuviera que vernos de esta manera.

—Yo también —dije.

—Dije que tus gatos eran un desastre, y estaba equivocado. Has hecho una casa para los gatos, y los míos no tienen dónde esconderse.

—¿Qué pasa con todos vosotros? —No fue tal vez la pregunta más diplomática, pero bueno.

—Esa es una historia muy larga.

Merle se inclinó sobre nosotros. Hablaba tan bajo que casi no podía oírlo.

—Ten mucho cuidado por el bien de todos.

Tuvieron algún contacto visual, muy grave.

Le dije:

—¿Qué está pasando?

Micah levanté mi mano y puso un breve beso en los nudillos.

—Vamos a salvar a Gregory. Tiene que ser la prioridad de esta noche, ¿verdad?

Me sonrió y trató de salir de la mirada que le estaba dando. Me quedé mirándolo hasta que la sonrisa desapareció de su rostro y me soltó la mano.

—Sí, Gregory es la prioridad de esta noche, pero quiero saber qué está pasando.

—Un problema a la vez —dijo Micah.

Si todos ellos podrían mentido por mucho tiempo, lo habrían hecho. No estaban mintiendo, no podían ocultar las cosas de mí. Las cosas tenían que ver con sangre y dolor, y no importa lo poderoso que todos ellos fueran, eran compañeros de Micah no eran una familia, no.

Estaban extrañamente perturbados pero yo y mis leopardos, éramos una familia. Más que Richard y sus lobos, incluso. Richard estaba tan ocupado combatiendo sus batallas morales y sus problemas de estructura de poder que no había tiempo para reparar en otras cosas.

—Dame un resumen me estoy desesperando, Micah —dije.

—Gregory está esperando a ser rescatado.

—Así que venga, pero que sea la verdad, Micah.

—Micah —dijo Merle suavemente, pero con la fuerza de su voz. Fue una advertencia.

Miré al hombre grande.

—¿Qué están ocultando, Merle?

Micah me tocó el brazo, atrajo mi atención de nuevo.

—Te dije que una vez fuimos tomados por un hombre muy malo, que todavía nos quiere. Estoy buscando un lugar lo suficientemente fuerte como para mantenernos a salvo.

—¿Estás diciendo que este hombre vendrá a buscarte aquí, a St. Louis?

—Sí —dijo.

—La mayoría de los alfa pueden perder la pista —dije.

Micah sacudió la cabeza.

—Este no. Nunca nos dejará. —Agarró mi brazo—. Si nos quedamos, tendrás que tratar con él con el tiempo.

—¿Es a prueba de balas? —pregunté.

La pregunta pareció confundirle, porque él frunció el ceño.

—No, quiero decir, no, supongo que no.

Me encogí de hombros.

—No hay problema entonces.

Me miró.

—¿Qué quieres decir? ¿Acabar con él, matándolo?

Era mi turno para mirarlo.

—¿Hay alguna razón por la que no debería?

Casi sonrió, se detuvo, y frunció el entrecejo de nuevo.

—Sólo matarlo.

Era casi como si estuviera pensando, como si nunca se le había ocurrido.

Merle, dijo:

—Él es un hombre difícil de matar.

—A menos que sea más rápido que una bala de plata, Merle, nadie es tan difícil de matar.

Rafael llegó lentamente a través de los leopardos, Claudia e Igor detrás de él.

—Todos hemos estado pensando en tus leopardos como el menor de nosotros. ¿Qué acabo de ver que me da envidia?

—Sé cómo funcionan los lobos —dije—. Y sé que no tienen un sentido del hogar. En primer lugar Raina y Marcus les dieron miedo, ahora la moral

de Richard los tiene luchando para estar a salvo. Pero tú y los tuyos parecéis bastante seguros. ¿Qué es lo que he hecho diferente con mis leopardos que no hacen los demás!?

—Me he beneficiado de tu lealtad, de tu tozudez. De lo que no me di cuenta hasta esta noche es que no me salvaste sólo porque era tu amigo, o simplemente porque era lo correcto. No te arriesgaste a ti y a tu pueblo para salvarme de la tortura por el tipo de rectitud moral de Richard. Tú me salvaste porque no podías soportar la idea de dejarme atrás. —Me tocó la cara, muy suavemente—. No por un sentido del bien y del mal, sino porque eres sólo eso, tierna.

Lo miré.

—Me han llamado muchas cosas, pero nunca eso.

Él me tiro de la barbilla como si fuera una niña.

—No expongas a la luz tus mejores cualidades menos brillantes. Amas a tu pueblo como una madre debe amar a sus hijos. Quiere lo mejor para ellos, incluso si eso te hace sentir incómoda, incluso si no te gustan sus decisiones.

Tuve que apartar la mirada de su rostro asombrado, era como si estuviera mirando a alguien que no podría ser yo.

—Nunca has sido la reina leopardo en el cuerpo, pero le darás vergüenza a todos los que necesiten. No es verte con Micah lo que atormentará a Richard, a pesar de que le quema. Es que nos diste una idea de lo que todos queremos para nuestros clanes. Richard cree que su rectitud moral le permitirá ser lo que tus leopardos ya son. —Me miró—. Mi reino no es una democracia, y tengo un infierno de mucho más que el veto presidencial a la hora de las decisiones. Richard sabe, probablemente mejor que nadie, de que es la hiel, Anita. Lo harás dudar de sí mismo.

Sacudí la cabeza.

—Richard siempre duda de sí mismo cuando se trata del lukoi. Él nunca tendrá garantía sobre ellos hasta que tenga certeza acerca de quién y qué es.

—Primero tengo que aceptar el hecho de que tienes un buen corazón, ahora tengo que aceptar el hecho de que tienes perspicacia también. Sabía que eras poderosa, despiadada y muy bonita. Saber que tienes mente y corazón, va tomarme algún tiempo para acostumbrarme.

—¿Porque casi todo el mundo piensa que sólo soy una sociópata que resulta tener poderes mágicos?

—Es todo lo que la gente ve —dijo—, hasta ahora.

Miré hacia el círculo de rostros que todavía se dirigía hacia nosotros. Vi a un tipo de hambre en sus rostros, y sabía que habían sentido lo que yo había sentido, un sentido de verdadera pertenencia, de estar en casa dentro del círculo, no de ladrillos o de mortero, sino de carne, de las manos para agarrarte, con los brazos para celebrar, sonrisas para compartir. Tan simple, tan raro.

Todos estos meses me había preocupado de no ser un were leopardo. Pensé que el fracaso significaba que era morir, o hacerme daño. ¿Cómo fue que de repente me di cuenta de que el verdadero fracaso hubiera sido si me hubiera importado un comino? Puedes vendar una herida, reparar un hueso roto, pero no las preocupaciones... no se puede curar eso, y no puedes recuperarte de ello.



El lupanar era un claro grande de 100 por 150 metros. El prado parece ser plano, pero en realidad se sitúa en un valle entre grandes colinas suaves.

No se puede observar en la noche, pero sabía que las colinas estaban detrás de los árboles y las que rodeaban el otro lado del lupanar eran pronunciadas. Me había llevado más de una visita encontrar lo que estaba más allá de los árboles.

Ahora, toda la visión se detuvo en el borde del claro. Antorchas altas fueron clavadas en el suelo a ambos lados del trono de piedra. El trono era una enorme silla tallada en la piedra, tan vieja que había lugares en los brazos, donde innumerables generaciones de Ulfrics habían tocado y desgastado la piedra. Probablemente, el respaldo y el asiento de la silla también, pero estaban cubiertos por seda morada debidamente real.

Había algo muy primitivo acerca de la silla de piedra y su gran derrame de tela atrapados entre la luz dorada vacilante de las antorchas. Se veía

como un trono de un rey bárbaro antiguo, alguien que debe usar pieles de animales y una corona de hierro.

Hombres-lobo, la mayoría pero no todos, en forma humana, de pie o agachados en un gran círculo. Había una abertura en el círculo, por la que caminamos. Los lobos se cerraban detrás de nosotros, como una puerta de cierre de carne. Los were rats repartidos por detrás de nosotros y hacia los lados, pero todos sabíamos que si se trataba de una pelea, estábamos en gran y desbordaba desventaja.

Rafael y dos were rats muy grandes estaban a mi lado. Donovan Reece, el rey cisne, estaba en el otro lado. Rafael había tenido la amabilidad de darnos un cuarteto de guardaespaldas. Micah estaba un poco detrás de mí, y sus guardaespaldas fueron justo detrás de él. Nuestros leopardos se habían derramado en un nudo duro detrás de nosotros, como una línea de defensa, antes del show principal de were rats.

Alguien había colgado telas en los árboles a un lado del trono. Tela negra, como una cortina, y un movimiento del viento atrajo mi atención.

A un lado Sylvie, seguida por un hombre alto, que no conocía. El rostro de Sylvie era menos refinado sin maquillaje, menos suave. Su pelo corto rizado perfectamente, pero sin cuidado. Estaba vestida con un par de jeans, y con un top de color azul claro y zapatillas deportivas blancas. El hombre era alto musculoso y delgado, el tipo de delgadez de los jugadores de baloncesto, con los brazos y las piernas desgarradas.

La mayoría parecen flacos, porque todos llevaban un par de shorts.

Pero, como Richard, no necesitan adornos. Se movían en un círculo de su propia gracia y poder, como un tigre acechando a las visitas del zoológico. Salvo que no había barras donde esconderse y tuve que dejar mi pistola en casa.

Tenía el cabello corto y rizado oscuro un poco más grueso que Sylvie. Su rostro era uno de esos que no podías decidir si era atractivo o llamativo. Se compone de huesos fuertes, y líneas largas, labios finos en una boca ancha.

Decidí que era evidente cuando él me miró, y en el momento en que vi sus ojos oscuros sabía que estaba mal. Inteligencia quemada allí, inteligencia y emoción oscura.

Dejó el flujo de la ira en su rostro, y me di cuenta de que era la fuerza de su personalidad lo que lo hizo tan llamativo, era guapo, aunque era el tipo de guapo que nunca se encuentre en una foto fija, debido a que

necesitaba el movimiento, su vibrante energía para hacerlo funcionar.

Sabía sin que nos dijeran que se trataba de Jacob, y sabía algo más. Estábamos en problemas.

Richard vino después, y se trasladó en su propio derrame de poder. Se deslizaba con tanta gracia, lleno de ira, demasiada, tanta como Jacob, pero aún le faltaba algo, un poco de lo que el otro tenía. Un poco de oscuridad, tal vez. Todo lo que sabía con certeza era que Jacob era despiadado. Casi podía olerlo en él. Y Richard, para bien o mal, no lo era, todavía.

Suspiré. Pensaba que si abrazaba a su bestia, estaría bien.

Se sentó en el trono con la luz del fuego jugando en las ondas de su pelo suelto, se giró, y las sombras del fuego jugaron en los músculos de su pecho, hombros, brazos... Se veía más como un rey bárbaro, pero todavía había algo en él, algo... suave. Y si podía probarlo, también podría hacerlo Jacob.

Tuve uno de esos momentos de claridad que pasan a veces. No había nada que cualquiera de nosotros podría hacer a Richard para hacerle verdaderamente duro. Podría actuar con ira, como cuando tomó a Gregory, pero no importa lo que el mundo le haga, todavía habría algo en él que lo estremecería. Su única esperanza de supervivencia fue de rodearse de personas leales que no se inmutaran con el horror.

Jamil y Shang-Da de pie juntos a un lado del trono, no demasiado cerca, pero no demasiado lejos tampoco. Shang-Da estaba de regreso en su traje blanco y negro habitual de negocios: pantalón negro, camisa negra, traje negro, zapatos lustrados y, si, negros. Siempre parecía muy GQ, incluso en el bosque.

Jamil podía haberse vestido con lo mejor de ellos, pero trató de ser adecuado a la situación. Llevaba pantalones vaqueros que parecían recién exprimidos y una camiseta roja que lucía espléndida en la oscuridad de su piel. Se había puesto el gran rosario en la cintura, el pelo rojo y negro. Las cuentas brillaban suavemente en la luz de las antorchas, como si estuviera hecho de piedras semipreciosas.

Jamil captó mi mirada. No hizo exactamente una inclinación de cabeza, pero él me reconoció con los ojos. Shang-Da evito mi mirada, buscando en la multitud, pero nunca me miraba. Creo que si Richard les hubiera permitido a dos ellos habrían hecho lo que fuera necesario para asegurar su trono. Pero fueron paralizados por Richard, y lo mejor que podían hacer era trabajar en su trampa de honor.

Sylvie y yo nos miramos una a otra por unos instantes. Había visto la colección de huesos de sus enemigos. Los miraba periódicamente y los manejaba. Ella dijo que era reconfortante pasar las manos sobre ellos. Que a mí personalmente me gusta un juguete de peluche y un poco de café, pero ¡he!, lo que te haga sentir mejor. Sylvie haría todo lo que tenía que hacer, si Richard sólo se lo permitía.

Y si yo hubiera sido aún lupa, el infierno, había suficiente gente cruel para hacer el trabajo sucio, si Richard sólo salía de nuestro camino. Estábamos tan cerca, y en un momento ni siquiera estábamos. Era más que frustrante. Era Richard en las vías del tren y ver como se acercaba, y estábamos todos gritando:

—¡Sal de las vías, ven, sal de las vías! —Diablos, estábamos tratando de arrastrarlo fuera de la vía, y él estaba luchando contra nosotros.

Si Jacob era el tren, entonces podría matarlo y Richard estaría a salvo. Pero Rafael tenía razón. Si no era Jacob, sería otra persona. Jacob no era el tren precipitándose a destruir a Richard. Era Richard.

Su voz llenó el intercambio de información.

—Nos reunimos aquí esta noche para decir adiós a nuestra lupa y elegir otra.

Hubo una oleada de gritos y aplausos de la mitad de la manada. Sin embargo, decenas de los hombres-lobo se quedaron en silencio, mirando. Esto no quería decir que estaban de mi lado. Tal vez fueran neutrales, pero es bueno notar que no eran todos partidarios entusiastas de que fuera expulsada de la manada.

—Estamos aquí de pie en el juicio final para el que ha ofendido a nuestra manada tomando a nuestra lupa alejándola de nosotros.

Hubo menos aplausos, menos gritos. Parecía que la votación para condenar a Gregory había sido estrecha. Eso me hizo sentir mejor, no mucho, pero un poco. Aunque si Gregory moría, creo que realmente no importa.

—También estamos aquí para dar a la Nimir-Ra una última oportunidad para recuperar su gato.

Los gritos y aplausos se mantuvieron alrededor de un cincuenta por ciento, pero el ambiente general era definitivamente más fresco. La manada no se ha perdido, y ciertamente no estaban de todo corazón en el lado de Jacob.

Dije una pequeña oración, porque era más un problema político, y no

era uno de mis mejores cosas.

—Son negocios entre los lukoi y los leopardos. ¿Por qué el rodere está aquí, Rafael? —preguntó Richard. Habló como si no nos conociera, muy político, muy distante.

—La Nimir-Ra me salvó la vida una vez. El rodere le debe una gran deuda.

—¿Significa esto que el tratado con nosotros es nulo y sin valor?

—Formé un tratado con ustedes, Richard, y se llevará a cabo, porque sé que eres un hombre que honra sus obligaciones y recuerda su deber de sus aliados, pero debo a Anita le debo una deuda personal, y me honra defender eso.

—Si hay lucha, por quien pelearás, ¿por nosotros o por los leopardos?

—Espero muy sinceramente que no se llegue a eso, pero vine con los leopardos, y nos vamos a ir con ellos, bajo cualquier circunstancia.

—Ustedes han destruido su pueblo —dijo Jacob.

Richard se volvió hacia él.

—Soy el Ulfric aquí, Jacob, no tú. Yo digo lo que será destruido y qué no.

—No quería ofender, Ulfric. —Pero su voz hizo que las palabras parecieran una mentira—. Sólo quería decir que si se trata de una lucha con las ratas no nos pueden derrotar. Tal vez a su rey le gustaría volver a examinar quién tiene una deuda de honor.

—Una deuda de honor existe si lo quieres o no —dijo Rafael—. Richard entiende lo que significa deber una deuda de honor. Por eso sé que Richard honrará nuestro tratado. No tengo esas garantías cuando se trata de otros miembros de esta manada.

Allí, él lo había dicho, lo más cercano a decir, yo no confío en ti, Jacob, que puedo ganar.

El silencio llenó el claro, de manera que la ropa, el desplazamiento de un cuerpo peludo de repente era fuerte.

Las manos de Richard se apretaron en los brazos de su trono. Lo vi, porque había formado un fuerte blindaje y no lo podía sentir, pero podía verlo.

—¿Estás diciendo que si yo ya no soy Ulfric el tratado no poseerá validez?

—Sí, eso es lo que estoy diciendo.

Richard y Rafael se miraron por un largo tiempo, entonces apareció la

menor de las sonrisas en los labios de Richard.

—No tengo intención de dimitir como Ulfric, por lo que el tratado debe estar seguro por un tiempo, a menos que Jacob tenga otros planes.

Una ola de inquietud atravesó a los hombres lobo en espera. Se podía sentir, se estaba expandiendo a través de ellos, como si olieran una trampa de algún tipo.

Jacob se mostró sorprendido, conmocionado. Era un perfecto desconocido, pero he visto la sombra de confusión sobre su rostro, mientras trataba de pensar en qué decir. Si él decía que no tenía interés en el trono, entonces habría renunciado, y los cambiaformas eran un poco sensibles con las cosas así.

Jacob o bien va a tener que mentir o declarar sus intenciones, y la mirada en su rostro dijo claramente que no estaba dispuesto a hacer eso.

Una voz de mujer que venía de la derecha, clara y como una llamada cuando ella había tenido la etapa de formación.

—¿No estamos alejándonos del tema? Por mi parte, estoy muy interesada en la elección de la nueva lupa.

La mujer era alta, pero todas sus curvas eran voluptuosas como las estrellas de cine en los años cincuenta.

Parecía suave, femenina, sin embargo, caminaba con balanceo, entre mitad sexo y mitad de prácticas abusivas, como una víctima para jugar, va a la mierda hasta que llora por la misericordia, y luego consume su imagen.

Incluso estaba con un vestido, que se aferraba a sus curvas y tenía un escote tan bajo que sabía que tenía que llevar un sujetador. Unos pechos de ese tamaño no se aguantan sin alguna ayuda.

Se dirigió descalza, el pelo de color rojo profundo con estilo y perfecto, cayendo justo por encima de los hombros con un brillo resplandeciente.

—Vamos a conseguir la elección de la nueva lupa —dijo Richard.

Se dejó caer de rodillas ante el trono, doblando la ropa en los muslos, muy señora, aunque asegurándose de inclinarse lo suficiente hacia adelante para hacer mirar a Richard hacia el escote. No me gustaba mucho.

—No se nos puede culpar por ser impacientes, Ulfric. Una de nosotros, —y vaciló, dejando claro que el «nosotros», fue por cortesía—, será elegida lupa y se convertirá en tu compañera toda una noche gloriosa. —Su voz se había reducido a un susurro sensual, todavía lo suficientemente alto para ser escuchada.

No, no me gustaba. No tenía espacio para ser una perra con Micah de

pie junto a mí, pero eso no importaba. La lógica no tiene nada que ver con ello. Quería coger un puñado de ese pelo rojo de tinte y hacerle daño.

No fue hasta que Micah me tocó el brazo que me di cuenta que había estado acariciando uno de los cuchillos en su vaina. A veces toco mis armas cuando estoy nerviosa, a veces mi cuerpo sólo revela mis pensamientos. Forcé mis manos para volver a su sitio, pero no estaba tan feliz.

—Vuelve con las otras candidatas, París —dijo Richard. No estaba mirando, era cuidadoso, como si temiera. No lo mejoró, sino que lo empeoró.

Se inclinó hacia adelante, poniéndole una mano sobre la rodilla. Saltó.

—No puedes culparnos por ser impacientes, Ulfric. Todos hemos querido esto por mucho tiempo.

El rostro de Richard se había reducido por la ira.

—Sylvie —dijo.

Sylvie sonrió, y fue una sonrisa de placer, pura maldad. Agarró la muñeca de París y la arrastró, no muy suavemente, a sus pies. París era un buen par de pulgadas más alta, pero el poder de Sylvie, su bestia, la hacía parecer diez pies más alta.

—El Ulfric dijo que volvieras atrás, al lado de las otras candidatas. Hazlo.

Ella le dio un pequeño empujón hacia la multitud. La mujer tropezó, pero recuperó la compostura, allanando el vestido ajustado hacia abajo sobre sus muslos.

Sylvie se había vuelto caminando de regreso a su lugar al lado de Richard, cuando París dijo:

—He oído que te gusta la violencia.

Sylvie se congeló, y no tenía necesidad de ver su cara para sentir la rabia que irradiaba de ella. Lo sabía antes de que se volviera, lentamente, con los músculos tensos, tanto que sus ojos se habían desangrado a ámbar lobo.

—¿Qué dijiste?

—Sylvie —dijo Richard, voz suave. No era una orden, fue una petición. Creo que si se hubiera convertido en una orden, habría luchado, exigiendo algún tipo de satisfacción. Pero fue una petición... Se volvió a Richard.

—Sí, Ulfric.

—Toma tu lugar, por favor.

Volvió a ocupar su lugar como Freki sobre su lado derecho. Pero la ira hervía a su alrededor como el calor casi visible en el asfalto en verano.

—Pido disculpas al rey cisne, por no reconocerlo antes, pero sólo hemos coincidido una vez.

—Sí —dijo Donovan Reece—, recuerdo.

—Bienvenido a nuestro lupanar. Le daría un paso seguro entre nosotros, pero tengo que saber por qué está aquí antes de que pueda hacer eso.

—Estoy aquí porque la Nimir-Ra rescató a mis swanmanes de la gente que casi las mata. Arriesgó su vida por ellas. Estoy aquí esta noche a su lado como un aliado.

—No te puedo dar un paso seguro, Donovan, porque si las cosas van mal, será una pelea. Si eres aliado de Anita, vas a estar a su cuidado.

—Ella arriesgó su vida por mi pueblo, no puedo hacer menos.

Richard asintió con la cabeza, y vi pasar un entendimiento entre ellos. Aves de una pluma de honor, por así decirlo.

—¿Ella guarda a cada cambiaformas que cae en problemas? —preguntó Jacob, y él lo hizo de burla.

Richard empezó a decir algo, y Sylvie se adelantó, tocando su brazo. Él asintió con la cabeza, y la dejó hablar.

—¿A cuántos de nosotros ha salvado Anita de la tortura o la muerte? —Ella levantó su propia mano.

Jamil salió de alrededor del trono y elevó la suya. Todos mis leopardos levantaron sus manos como un pequeño bosque de gratitud. Rafael levantó la mano. Finalmente vi a Louie el lugarteniente, y novio de Ronnie. Hizo un pequeño movimiento de cabeza hacia mí y levantó la mano.

Richard se levantó y alzó la mano. Hubo otras manos aquí y allá. Entonces, Irving Griswold, periodista educado, y hombre lobo, dio un paso adelante. Sus gafas reflejaban la luz del fuego de modo que parecía ciego. Parecía un hombre alto, un poco calvo querubín con ojos de fuego.

—¿Qué hubiera pasado si Anita no hubiera salvado de la tortura a Sylvie del Consejo vampiro? Sylvie es fuerte, ¿pero que si se hubiera roto? Ella es lo suficientemente dominante como para llamar a la mayoría de nosotros, la habrían obligado a entregarnos al Consejo de vampiros. —Irving levantó la mano—. Ella salvó a todos.

Manos se levantaron entre los hombres-lobo, hasta que casi la mitad de ellos elevaron la mano. Se me hizo un nudo en la garganta, mis ojos

ardieron. No iba a llorar, pero si alguien me abrazaba, no podía estar segura de eso.

Louie dio un paso adelante, pequeño, oscuro y hermoso, con su pelo corto y negro, un corte limpio.

—Rafael es un rey fuerte, tan fuerte que si el Consejo de vampiros lo hubiera roto a él, ninguno de nosotros podría haber negado su petición. Todos estaríamos a su merced. Todos vieron lo que le hicieron y cuánto tiempo le llevó sanar. Anita salvó a todos los roedores en esta ciudad.

Las ratas levantaron la mano, todas ellas.

Sylvie dijo:

—Miren a su alrededor, ¿de verdad quieren perder a Anita como nuestra lupa? La mayoría de ustedes recuerdan como era con Raina. ¿Quieren volver a eso?

—Ella no es lukoi —dijo Jacob.

Algunos otros dijeron lo mismo, pero no muchos.

—Si la única objeción a ella es que no es un hombre lobo —dijo Sylvie—, entonces es una pobre excusa para perderla.

—Perderla —dijo Jacob—, esta es la primera vez que la he visto. He estado con esta manada más de cinco meses y esta es la primera vez que he puesto los ojos en su preciosa lupa. No podemos perder algo que nunca tuvimos.

Hubo un gran apoyo para eso, un montón de aullidos, gritos, aplausos, incluso.

No podía culparlo en este caso. Di un paso adelante, avanzando hasta que me quedé sola entre mis aliados y el trono. Se hizo el silencio en torno al claro, hasta se podía oír el chisporroteo de las antorchas.

Richard me miró. Podía mirarlo a los ojos ahora. Me aseguré de que mi voz se oyera cuando dije.

—Jacob tiene razón. —Sylvie se quedó perpleja. Así como lo hizo Jacob. Y hubo un movimiento detrás de mí como gente asustada—. No he estado mucho como lupa con el Clan Rokke Thronnos, pero no sabía que iba a serlo. Sólo era la novia del Ulfic. Yo tenía mis manos llenas con los were leopardos, y confiaba en Richard para tomar el cuidado de los lobos. Los leopardos no tenían a nadie más que a mí. —Me volví y enfrente la multitud—. Era un ser humano, no apto para ser lupa, o Nimir-Ra. —El murmullo del público fue más fuerte esta vez—. No sé si han escuchado, pero hubo un accidente en la lucha que salvó las swanmanes. Puedo ser

Nimir-Ra de verdad en unas pocas semanas. No se sabe con seguridad, pero parece probable. —Ellos estaban tranquilos ahora, me miraban, con ojos humanos, ojos de lobo, ratas, leopardos, pero todos los rostros mostraban inteligencia, una concentración en las llamas—. No hay nada que yo pueda hacer al respecto. Tendremos que esperar y ver, pero mi leopardo no me hizo daño a propósito. Me juego mi palabra de honor en eso. Dicen que Gregory está acusado de matar a la lupa. —Levanté las manos fuera de mi cuerpo—. Aquí estoy, viva y bien. Si me perdiste como tu lupa, no será porque Gregory me llevó lejos de ti, será porque deciden dejarme ir. Si eso es lo que quieren, está bien. No te culpo. Hasta esta noche, hasta apenas hace unos minutos, no pensé que estaba haciendo un buen trabajo como Nimir-Ra, y mucho menos tratar de ser lupa humana. Ahora, creo que tal vez me equivoqué. Tal vez si me hubiera quedado, las cosas estarían mejor. Hice lo que pensaba que era correcto en ese momento. Si no me quieren como lupa, es su derecho, pero no castigáis a un compañero cambiaformas por un accidente que ocurrió durante una pelea en la que me salvó de que me arrancaran el corazón del pecho.

—Un bonito discurso —dijo Jacob—, pero ya hemos votado, y tu leopardo tiene que pagar el precio, a menos que seas lo suficiente cambiaformas para ganarlo de vuelta.

Miré hacia atrás, no a Jacob, a Richard.

—Richard, por favor.

Sacudió la cabeza.

—No puedo deshacer la votación, Anita. Lo haría si pudiera. —Parecía cansado.

Suspiré.

—Bien, ¿cómo puedo ganar a Gregory y volver?

—Ella debe dejar de ser lupa, antes de poder ser Nimir-Ra —dijo París, que, aunque de nuevo en la multitud, se las arregló para hacer un anillo de voz a través de la compensación.

—Pensé que me echaron como lupa —dije.

—Ellos lo hicieron —dijo Richard—, pero para hacerlo oficial por nuestras leyes, hay una ceremonia que corte tus lazos con nosotros.

—¿Es una ceremonia larga? —pregunté.

—Puede ser —dijo.

—Déjame a Gregory, en primer lugar, a continuación, haré lo de la ceremonia lukoi.

—Tienes el derecho a negarte a renunciar —dijo Sylvie.

Miré a Richard.

—Tienes ese derecho. —Su rostro, su voz, eran neutrales, cuando lo dijo. No sabía si estaba feliz o triste por la idea.

—¿Qué sucede si me niego?

—Habría que defender tu derecho a ser lupa, o por un combate con cualquier dominante que quiera el trabajo... —Y se detuvo allí.

Sylvie me miró, pero fue Jacob quien terminó.

—O puedes probar que eres lo suficiente lupa para mantener el trabajo por la unción del trono.

Le miré y se encogió de hombros.

—Unción del trono, ¿Qué significa eso?

—Joder al Ulfric en el trono delante de todos nosotros.

Yo ya estaba moviendo la cabeza.

—De alguna manera no creo que Richard y yo tengamos sexo en público.

—Es un poco más complicado que eso —dijo Richard. Me miró y no había tanto en los ojos, como ira, dolor, que me hacía daño mantener su mirada—. El sexo por sí solo no es suficiente. Tendríamos que tener una conexión mística entre las bestias. —Estaba tranquilo, y pensé que había terminado, pero no había acabado—. Al igual que la tienes con tu Nimir-Raj.

Nos miramos uno a otro. No podía pensar en nada bueno que decir, pero yo tenía que decir algo.

—Lo siento. —Mi voz salió suave, casi triste.

—No te disculpo —dijo.

—¿Por qué no?

—No es culpa tuya, es mía.

Eso me hizo ampliar mis ojos.

—¿Cómo es eso?

—Debería haber sabido que tendrías ese tipo de vínculo con tu pareja. Eres más poderosa que un humano de Lupa verdadera...

Le miré.

—¿Qué estás diciendo, Richard? ¿Qué te gustaría haberme hecho una de vosotros, mientras que tuviste la oportunidad?

Bajó los ojos como si no pudiera aguantar su expresión más. Me acerqué, lo suficientemente cerca para tocarlo, lo suficientemente cerca

para que su energía vibrante se derramara como un enjambre de insectos a través de mi piel. Esto me hizo temblar. Pero sentí algo más, algo que nunca había sentido antes, no con Richard.

Mi bestia se había derramado sobre mi piel, como un gatito juguetero que golpeó con fuerza el poder de Richard. Las energías se provocaban entre ellas, y casi pude ver el juego de colores en mi cabeza, como el pedernal y el acero que se golpean el uno contra el otro, en tecnicolor.

Oí a Richard recuperar el aliento, sus ojos estaban muy abiertos. Su voz era ronca, casi ahogada.

—¿Lo hiciste a propósito?

Sacudí la cabeza. No me atrevía a hablar. Las chispas se habían calmado, y era como si estuviera apoyada en un muro casi sólido de poder, el suyo y el mío, como si hubiera apoyado en la energía y era lo única que nos había impedido tocarnos. Finalmente encontré mi voz, pero era un susurro.

—¿Qué está pasando?

—Las marcas, creo —dijo, con voz casi igual de suave.

Quería llegar a través de ese poder y tocarlo, para ver si los animales se desplegaban a través de unos a otros como lo hicieron para Micah y para mí.

Sabía que era tonto, era un lobo, y al parecer yo era un leopardo, y nuestros animales no se reconocían mutuamente.

Pero había amado a Richard durante tanto tiempo, y estábamos vinculados por las marcas de Jean-Claude, y llevaba un pedazo de su bestia dentro de mí. Tenía que saber. Tenía que saber si yo podría tener con Richard lo que había tenido con Micah.

Mi mano se movió a través del poder, y era como estar metiéndola en un enchufe.

La energía era tan fuerte, que picó a lo largo de mi piel.

Iba a tocar su hombro, un lugar neutral, agradable para tocar a alguien, él salió de la parte del trono, y de pronto estaba de pie junto a él. Se había movido tan rápido que no podía seguirlo con mis ojos. Había visto el inicio del movimiento y el fin, sin ver el medio, parpadeó y perdió.

—No, Anita —dijo—, no, si no podemos tocarnos de nuevo nunca más, no quiero sentir tu bestia. No pueden ser el mismo animal, pero será más que todo lo que ha habido entre nosotros. No podría soportarlo.

Dejé caer mi mano al lado y di un paso atrás lo suficientemente lejos

del trono para que él pudiera recuperar su asiento. No iba a pedir disculpas de nuevo, pero quería. Quería llorar por los dos, o gritar. Sé que el universo tiene un sentido de la ironía muy fuerte, y a veces te recuerda cuán sádico que puede ser.

Finalmente tendría que aceptar su medio peludo, porque yo tendría uno de los míos. Podría ser el amante casi perfecto de Richard, por fin, y nunca podía tocarlo otra vez.



Richard estaba sentado en su trono de nuevo, y yo estaba lo suficientemente lejos para que él se sintiera seguro. Rafael, Micah, y Reece se habían trasladado a mi lado, en un semicírculo de reyes a mi espalda. Tendrían que haberme hecho sentir segura. Pero no.

Estaba cansada, tan terriblemente cansada, tan terriblemente triste. Incluso con Micah a mi espalda, no podía dejar de mirar a Richard, no podía dejar de preguntarme, ¿y si? ¡Oh, lo sé!, nunca le hubiera permitido convertirme en un hombre lobo a propósito, pero una pequeña parte de mí se lo preguntaba. Pero le dije a esa pequeña parte que se callara, y me puse a trabajar.

—Quiero a Gregory sano y salvo. ¿Cómo puedo hacerlo, de acuerdo a la ley lukoi?

Richard dijo:

—Jacob. —En una palabra sonaba tan cansado como me sentía yo.

Jacob dio un paso adelante, evidentemente satisfecho de sí mismo.

—El leopardo está aquí en nuestra tierra, y no hemos hecho nada por ocultar su rastro de olor. Si puedes hacer un seguimiento de él, puedes llevarlo a casa.

Levanté las cejas.

—¿Tengo que seguir un rastro de olor, como un perro?

—Si fueras un verdadero cambiaformas, podrías hacerlo —dijo Jacob.

—Esto no es un examen justo —dijo Rafael—. Ella no ha tenido su primer cambio. La mayoría de nuestros poderes no aparecen hasta después de nuestra primera luna llena.

—No tiene que estar oliéndolo —dijo Richard—, pero debe ser algo que sólo un cambiaformas pueda hacer. Algo que sólo una poderosa, verdadera Nimir-Ra, o lupa, podía hacer. —Él me miraba cuando lo dijo, y había algo en sus ojos, algo que estaba tratando de decirme.

—Eso no suena muy justo tampoco —dijo Micah.

Richard me miraba, dispuesto a entender. No sabía por qué no acaba de soltar el escudo y me dejaba ver su mente.

Casi como si Richard hubiera leído mi mente, dijo.

—Ningún hombre lobo o were rata o were leopardo, nadie puede ayudar a encontrar el leopardo. Si alguien interfiere en modo alguno, entonces la prueba no es válida, y morirá.

—¿Incluso si esa ayuda es metafísica? —pregunté.

Richard asintió.

—Incluso.

Me miró, estudié su rostro, y fruncí el ceño. Finalmente sacudí la cabeza.

Había tenido una visión de dónde estaba Gregory, y bajo qué circunstancias, pero no me dio ninguna pista real. Todo lo que realmente tenía que hacer era preguntar a alguien donde había un hoyo con huesos en el fondo. Pero no podía preguntar a nadie.

Entonces tuve una idea.

—¿Puedo usar mis propias habilidades metafísicas?

Richard asintió.

Miré a Jacob, porque sabía que la objeción podría venir de él.

—No creo que la nigromancia te va a ayudar a localizar tu leopardo.

En realidad, sí. Si Gregory estaba con los huesos, entonces podría ser capaz de rastrear los huesos y encontrarlo. O podría pasar toda la noche

persiguiendo a los montones de animales enterrados o viejas tumbas indígenas. Tenía una manera más rápida, tal vez no mejor, pero más rápido.

Me senté en el suelo, de la manera india, apoyando mis manos suavemente sobre mis rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —Jacob me preguntó.

—Voy a llamar a la Munin —dije.

Se rió, un rebuzno de fuerte sonido.

—Oh, esto debe ser bueno.

Cerré los ojos, y abrí esa parte de mí que se ocupa de los muertos. Marianne y sus amigos lo describen como abrir una puerta, pero es una parte tan natural en mí que se parece más a aflojar la mano, como abrir algo en mi cuerpo, es tan natural como llegar a través de la mesa para la sal.

Esto puede sonar como una descripción terriblemente mundana de algo místico, pero las cosas místicas son realmente una parte de la vida cotidiana. Siempre está ahí, sólo elijo ignorarlo.

El Munin son los espíritus de los muertos, puestos en un espacio de memoria racial, se pueden acceder a los lukoi que tienen la capacidad de hablar con ellos.

Es una rara habilidad, que yo sepa, nadie en la manada de Richard podría hacerlo. Pero yo sí. El Munin no son más que otro tipo de muertos, y soy buena con los muertos.

En Tennessee, el Munin de Verne y la manada de Marianne habían llegado rápidamente y con entusiasmo, muy cerca de ser fantasmas reales, muchedumbre a mi alrededor, con deseos de hablar.

Había practicado hasta que pudiera elegir a quien llamar y ser capaz de comunicarme. Fue lo suficientemente cerca de la canalización o mediumnidad que Marianne había sugerido que probablemente podría hacer esto con los fantasmas normales, si yo quería. Yo no quería. No me gustaba compartir mi cuerpo con otro ser, vivo o muerto.

Esperé a sentir la presión de la propagación del Munin a mí alrededor, como una baraja de cartas fantasmal que podría arrastrar los pies y tomar la carta que yo quería.

No pasó nada. El Munin no llegó. O más bien la reunión de Munin no llegó. Siempre había un Munin cuando lo llamaba, y a veces cuando no lo hacía.

Raina es el Munin de la manada de Richard que viajó conmigo siempre. Incluso en Tennessee, rodeado de Munin de una línea de clan diferente,

Raina aún estaba allí.

Marianne dijo que Raina y yo teníamos un lazo etéreo, aunque ella no sabía por qué. Me las arreglé para llamar al Munin cientos de veces, y Raina, recientemente muerta, llegó con más facilidad. Pero, Marcus, el Ulfric anterior, sigue siendo difícil de alcanzar. Había pensado que con mi reciente control sería capaz de llamarlo, pero no sólo fue Marcus que no está allí, no había nadie. El campo estaba vacío de espíritus. No debería haber sido así. Este era el lugar donde se consumían a los muertos, cada miembro de la manada debía comer la carne para asumir la memoria y el coraje, o faltas, de los recién muertos. Ellos no podían elegir los pensamientos, pero era como la excomunión definitiva.

Raina había sido una mala persona, y me preguntaba a veces qué es exactamente lo que había de hacer para obtener la excomunión de la lukoi. Raina había sido tan mala que me hubiera dejado ir, pero era de gran alcance. Tal vez por eso seguía dando vueltas.

Aunque rondando era como los fantasmas de la manada de Verne, estaba en mi interior, como si se derramara desde el interior de mi cuerpo, en lugar de verse en mí desde el exterior. Marianne todavía no podía explicar por qué funcionaba de esa manera con Raina. Algunas cosas acabas por aceptarlas y trabajas en todo, porque para hacer cualquier otra cosa es como darse de golpes contra una pared de ladrillo, el muro no es lo que se rompe primero.

Raina me llenó como una mano dentro de un guante, y yo era el guante.

Pero había trabajado mucho tiempo para poder controlarla. Habíamos llegado a un tipo de acuerdo. Cogía sus recuerdos y poderes, y la dejaba pasar un buen rato. El problema era que Raina había sido una ninfómana sexualmente sádica cuando estaba viva, y la muerte no la había cambiado mucho.

Abrí los ojos y sentí la curva de su sonrisa en mi boca, sentía que mi rostro asumía su expresión. Me puse de pie en una línea elegante, e incluso el estar era diferente. Una vez me odiaba, ahora se encogía de hombros era como el precio de hacer negocios.

Se rió, llenó mi garganta con el tipo de risa que hace al hombre en un bar al mirarte. Su risa era más profunda que la mía, contralto, una seducción práctica de sonido.

Richard se puso pálido, las manos aferradas a los brazos de su trono.

—¿Anita? —él lo hizo una pregunta.

—Me conoces más que eso, mi lobo de miel.

Richard hizo una mueca en el apodo. En forma de lobo Richard es un color jengibre, como la miel roja, aunque yo nunca había pensado así. Raina pensaba en algo espeso y pegajoso cuando miraba al hombre.

Sus palabras salieron de mi boca.

—Que picardía que tuviste al pedirme ayuda.

Yo asentí, y era mi voz, la que explicó y Richard frunció el ceño confundido.

—Estaba pensando en algo menos de beneficencia. A ella no le gustaba.

Jacob se acercó a mí y se detuvo cuando me miró con la expresión de Raina.

—No puedes haber llamado al Munin. Tú no eres lukoi.

Extraño, pero ni siquiera se me ocurrió que al ser un leopardo no podría llamar al Munin. Ello podría explicar por qué los otros del Munin no habían llegado cuando llamé.

—Dijiste que mi nigromancia no me ayudaría, Jacob, no puedes tener ambas cosas. O eres Lukoi suficiente para llamar a la Munin, o eres nigromante suficiente para ayudarte a ti misma.

Nosotras, Raina y yo, avanzamos hacia el hombre alto, sin camisa. A Raina le gustaba. A Raina le gustaban la mayoría de los hombres. Sobre todo si el hombre era alguien que nunca había tenido relaciones sexuales, y entre la manada la lista era breve. Pero Jacob y otros veinte más, eran nuevos. Miró a lo largo de la manada y eligió a los nuevos rostros. Dudó de París y no le gustaba tanto. No se puede tener muchas hembras alfa en una manada sin que luchen entre sí.

Sentí algo que no había sentido antes en Raina, cautela. No le gustaba la gente nueva que Richard había permitido entrar en un espacio tan corto de tiempo. Se preocupó.

Me di cuenta por primera vez, que no sólo había sido el amor que hizo a Marcus aguantarla como lupa. Ella era poderosa, pero más que eso, a su manera retorcida se preocupaba por la manada, y ella y yo estábamos perfectamente de acuerdo en una cosa: Richard había sido descuidado con ella. Las dos sentimos que podíamos arreglarlo.

Es casi aterrador que la perra malvada del oeste y yo estuviéramos perfectamente de acuerdo en algo. O yo había sido dañada por Raina o ella nunca había sido tan corrupta como pensaba. No estaba segura de que idea me molestaba más.

Por supuesto, pensamos que debería seducir a Richard para que nos dejara matar a las personas que eligiera, y todavía estaba esperando una razón un poco menos dulce que prevalecería. Raina pensó que era una tonta, y no estaba segura de que no estaba de acuerdo con ella. Más y más miedo.

—Anita. —Richard dijo mi nombre otra vez, vacilante, como si no estuviera seguro de que estaba allí.

Me volví, con una mano acercándome el cabello, lanzando de nuevo a mi cara. Era el gesto de Raina, y vi que con ese movimiento no sólo a Richard, sino también a Sylvie y a Jamil, se pusieron nerviosos. No, tenían miedo.

Podía oler su miedo. La risa de Raina brotó de mi boca, porque le gustaba. A mí no. Nunca me gustó cuando mis amigos me tenían miedo. Mis enemigos, bien, pero no mis amigos.

—Estoy aquí, Richard, estoy aquí.

Me miró.

—La última vez que te vi llamando a Raina con el Munin no fuiste capaz de pensar como tú.

—Realmente no te dejé todos estos meses sólo porque tenía miedo de lo cerca que estábamos. Me fui a arreglar mi mierda, y en parte estaba aprendiendo a controlar el Munin.

Raina, dijo:

—¿Controlarme? Ya te gustaría.

No lo había dicho en voz alta, sólo en mi cabeza. Me había costado mucho tiempo darme cuenta de que algunas cosas se dijeron en voz alta y algunas cosas no. Era confuso, pero me acostumbré.

Dije en voz alta lo que había visto en la visión.

—Vi a Gregory en un hoyo, desnudo, atado, acostado en una cama de huesos. ¿Dónde está?

Raina me mostró las imágenes. Era como un espectáculo de avance rápido de foto, pero las imágenes vinieron con las emociones, impactando en mí, uno tras otro.

Vi una tapa de metal que se enroscaba con una vía aérea pequeña en la parte superior que permitía que entrara la luz suficiente para poder ver, si el sol era lo suficientemente alto. Había una escalera de cuerda que se derramó por la oscuridad y fue llevada cuando no era necesaria.

Raina estaba de rodillas en una cama de huesos, un cráneo humano

junto a mi rodilla... Tenía una jeringa e inyecté su contenido en un hombre de cabello oscuro que fue encadenado como había visto a Gregory, los tobillos y las muñecas. Estaba amordazado y vendado. Cuando la aguja entró, gimió y comenzó a llorar. La droga fue para evitar que cambiara.

Me lo entregó a su lado y vi que un fragmento de hueso le había cortado en la entrepierna desnuda. Me incliné hacia el olor a sangre fresca, carne fresca, y embriagador olor del temor que salió del hombre. No del hombre, del lukoi.

Me arañó desde la memoria de Raina presionando nuestros labios sobre él. Lo empujé lejos de mí, pero todavía podía oler el miedo, las drogas sudando en la piel, el olor del jabón de donde Raina había limpiado todos los días, antes de que empezaran los abusos.

Sabía que su nombre había sido Todd, y que había hablado con un reportero sobre la lukoi, les ayudó a establecer una cámara oculta en la luna llena, por dinero. Tal vez él se merecía morir, pero no así. No se merecía morir así.

Volví en mí, tendida en el suelo delante del trono, me sequé las lágrimas. Jamil y Shang-Da estaban entre la multitud y ya se habían trasladado para ayudarme.

Claudia e Igor se enfrentaban con ellos, y Rafael cogía a Micah por el brazo, tratando de convencerlo de no abrirse paso hasta mí. Merle y Noah se estaban moviendo para unirse a Claudia e Igor. Todo Esto estaba a punto de irse al infierno.

Me apoyé en mi brazo, y el movimiento congeló a todo el mundo en su lugar. Mi voz salió ronca, pero era mía.

—Estoy bien. Estoy bien.

No estoy segura de que me creyeran, pero el nivel de tensión comenzó a caer casi de inmediato. Bueno, ya tenía suficiente esta noche sin problemas de un país libre para que todos estallaran.

Miré a Richard, y todo lo que sentía era ira.

—¿Es así cómo vas a matar a Gregory, meterlo en el calabozo hasta que se pudra?

Mi voz salió suave, porque si perdía el control de ella, no estaba segura de cuánto control iba a perder. Conocía a Raina. Ella no se había ido. A ella le gustaría su recompensa en primer lugar. Había hecho su trabajo. Sabía dónde estaba Gregory. Ni siquiera sabía cómo llegar. Ella había ganado el premio. No me atrevía a perder el control de mí misma con ella esperando

como un tiburón justo por debajo del agua.

—Les dije que pusieran a Gregory en algún lugar lejos de mí. No les dije que lo pusieran allí.

Me puse de pie lentamente, incluso mis movimientos eran controlados, los músculos casi rígidos por la adrenalina y la necesidad de arremeter. Pero lo dejé allí.

—¿Quién ha estado bajando y bombeando la drogas para evitar que se convierta? No tienes a Raina para hacer el trabajo sucio. ¿Quién era? —pregunté—, ¿Quién era? —grité en su rostro, y la rabia fue todo lo que era necesario. Se vertió sobre mí, y el control que podría haber tenido se agotó porque quería hacer daño a Richard. Yo quería hacerlo.

Le pegué, con el puño cerrado, con todo mi cuerpo, torciendo la mano al final, poniendo toda la rabia. Hice lo que nos enseñaron a hacer en clase de artes marciales. No iban destinadas a la cara de Richard, pero en un punto de dos pulgadas dentro de su rostro, era el objetivo real.

Estaba de vuelta en una postura de protección antes de que Jamil y Shang-Da tuvieran tiempo de reaccionar. Sentí que se movían hacia mí y sentí a otros avanzar también. La única cosa que había estado tratando de evitar, y lo hice. Raina se estaba riendo en mi cabeza, riéndose de todos nosotros.



Richard estaba inclinado sobre el brazo de su trono, el pelo cubría su rostro, cuando Sylvie me agarró. No peleaba con ella. Sus dedos se clavaron en mis brazos, y sabía que iba a tener morados por la mañana. O quizá no. Tal vez me curaría.

Jacob lo miraba todo asombrado y contento.

Miré hacia atrás y encontré los inicios de la lucha. Los leopardos y las ratas fueron separados, los lobos empezaron a cerrarse sobre ellos.

Abrí la boca para gritar algo, pero la voz de Richard resonó en todo el claro.

—¡Basta! —Con una palabra se congelaron todos, y nos volvimos sorprendidos hacia él. Él estaba de pie delante de su trono, la sangre salpicándole un hombro y la parte superior del pecho. Un lado de su boca era de un rojo intenso. Nunca había sido capaz de hacer ese tipo de daño antes.

Escupió sangre y dijo:

—No estoy herido. Algunos de ustedes habéis estado dentro de las mazmorras. Sabiendo lo que era cuando Raina aún vivía. ¿Podéis culpar a la Nimir-Ra por odiarme al poner a su leopardo ahí abajo?

Se podía sentir la tensión empezando a desaparecer cuando los lobos se retiraron.

Richard tuvo que ordenar a Jamil y a Shang-Da retroceder, y ellos y Claudia e Igor se empujaron los unos a los otros, al igual que los matones que aún no sabían quién era mejor.

No me había dado cuenta de que Claudia era casi seis pulgadas más alta que Jamil, hasta que se apartó de ellos y que Jamil tenía que mirar hacia arriba para mirarla a los ojos.

Sylvie me susurró al oído:

—¿Estás bien?

Miré a Richard. Todavía estaba sangrando.

—Aparte de la vergüenza, sí.

Me dejó ir, lentamente, como si no estuviera segura de que estaba controlada. Ella flotaba a mi lado, entre Richard y yo, hasta que le indicó que fuera a su espalda. Se puso de pie delante de mí, y nos miramos fijamente. La sangre todavía goteaba de su boca.

—Haces un infierno de daño ahora —dijo.

Yo asentí.

—Si hubieras sido humano, ¿Cuánto daño te hubiera hecho?

—Roto la mandíbula, o tal vez el cuello.

—No quise hacer eso —dije.

—Tu Nimir-Raj te enseñará cómo valorar tu fuerza. Es posible que sea mejor dejar las clases de artes marciales por un tiempo, hasta que entiendas cómo trabaja tu cuerpo ahora.

—Un buen consejo —dije.

Se llevó la mano a la boca, y la retiró llena de brillante sangre. Tuve el deseo de acercar la mano y lamer la sangre. Quería tocar su cuerpo, prensar mi boca a la suya y beber de él.

La imagen era tan vívida que tuve que cerrar los ojos, así no podía verlo de pie, medio desnudo, ensangrentado, como si eso me ayudara. No lo hizo. Pude oler su piel, el olor de él, y la sangre fresca, como la rebanada de un pastel que no podía tener.

—Ve a buscar tu leopardo, Anita.

Abrí los ojos y lo miré.

—El calabozo era una de las cosas por las que luchaste en contra. Dijiste que era inhumano. No entiendo cómo se puede utilizar.

—Estuvo allí por casi un día, antes de que les preguntara dónde lo habían puesto. Fue mi culpa.

—Pero ¿de quién fue la idea de ponerlo allí? —pregunté.

Richard miró a Jacob. La mirada lo decía todo.

Me acerqué al hombre alto.

—Nunca me llamó, Jacob.

—Tienes al leopardo de nuevo, así que, ¿qué importa?

—Si alguna vez tocas a uno de mi pueblo, de nuevo, te mato.

—¿Vas a enfrentar a tus gatos contra nuestra manada?

Sacudí la cabeza.

—No, Jacob, esto es personal, entre tú y yo. Conozco las reglas. Hago esto un desafío personal entre tú y yo, y eso significa que nadie puede ayudarte.

—¡¡Oh!! —dijo.

Miró hacia mí tratando de usar su altura para intimidarme. No funcionó. Ya estaba acostumbrada a ser bajita.

Le vi sus ojos muertos hasta que la sonrisa en su rostro vaciló y dio un paso atrás, estaba muy enfadada con él. Pero no volví a tomar ese paso. Jacob podría ser capaz de matar a Richard en una lucha justa por el dominio, pero nunca sería un Ulfric verdadero.

Me acerqué a su lado, tan cerca como un buen insulto.

—Hay algo débil en ti. Puedo olerlo, los demás no pueden. Puedes desafiar a Richard y ganar, pero la manada nunca te aceptara como Ulfric. Los separarás, será una guerra civil.

Cambió sus ojos a lobo.

—Eso no me asusta. No me importa —dije.

Dio un paso lejos de mí, evitando mis ojos.

—¿Has oído al Ulfric? Ve a buscar a tu gato antes de que cambiemos de opinión.

—No podrías cambiar de opinión ni con bombilla de cien watts y un equipo de ayudantes.

Él frunció el ceño entonces. A veces mi humor es un poco esotérico, o tal vez simplemente no es divertido.

—Ve con ella, Sylvie, asegúrate de que obtiene todo lo que necesita

para sacarlo de allí y de vuelta a los coches —dijo Richard.

—¿Estás seguro de que quieres que me vaya? —pregunté.

—Nos quedaremos con él —dijo Jamil.

Ninguno de ellos trató de ocultar el hecho de que estaban hablando de Jacob. No sólo no confiaban en él, sino que tampoco les importaba que él lo supiera.

¿Cómo se habían degradado tanto las cosas? ¿Qué había ocurrido en la manada que nadie me había dicho todavía? Todos se miraban las caras.

—Ella no puede irse a casa hasta después de la ceremonia para romper sus vínculos con la manada —dijo Jacob.

—Ella va a irse a casa cuando yo diga que ella se va a su casa —dijo Richard, en voz baja y llena de ese tono profundo justo antes del gruñido inhumano.

—Las candidatas se han preparado esta noche, Ulfric, vestidas a tu favor.

—Entonces se pueden vestir para complacerme otra noche.

—Me decepcionas...

—Estás a punto de rebasarte a ti mismo, Jacob.

Debe haber habido algo en la forma en que lo dijo, porque Jacob finalmente le dio un pequeño arco. Pero se las arregló para hacer el movimiento de burla, e incluso desde la distancia se veía que no hablaba en serio. Sin embargo, bajó los ojos con la cabeza, mientras se inclinaba por la cintura. Es un error apartar los ojos de tu oponente.

—¿Soy aún lupa hasta la ceremonia? —pregunté.

—Supongo —dijo Richard.

—Sí —dijo Sylvie. Y se miraron unos a otros.

—Bien. —Y pateó a Jacob en la cara, aunque no tan duro como a Richard. Uno no tiene que patear tan duro para hacer el mismo tipo de daño.

Observé que en la manada nadie había hecho el menor movimiento de acercarse. No vi lo que todos hicieron, pero vi lo suficiente. Nadie se acercaba al trono o hizo un movimiento único que me detuviera, o para ayudarlo.

Jacob se puso en pie. Su nariz había estallado como una pieza de fruta madura. La sangre se derramada en su cara, sobre sus manos, como agua carmesí. Él me gritó, la voz gruesa con la sangre que corría por su garganta.

—¡Me has roto la nariz!

Estaba en una posición defensiva, la que había aprendido en el kenpo, por si acaso, pero él no trató de golpearme la espalda. Creo que sabía que había demasiada gente que esperaba una excusa para hacerle daño. Jacob era débil, pero era más inteligente de lo que parecía, y no tan arrogante.

—Soy la lupa del Clan Rokke Thronnos. Tal vez sólo por esta noche, pero soy la lupa aquí. ¡Y él es Ulfric, y por Dios muestra un poco de respeto!

—No tienes derecho a cuestionar al Geri de este clan. Yo gane mi lugar. Sólo te follaste al Ulfric.

Yo me reí, y le sorprendió, lo hizo seguro.

—Sé la ley del cargo, Jacob. No importa cómo conseguí el trabajo. Todo lo que importa es que soy la lupa, y eso significa que, salvo el Ulfric, mi palabra es ley.

Sus ojos parecían inciertos, y el primer débil rastro de miedo que mostró, como un olor amargo en el viento.

—Estás a punto de ser destronada como lupa. Tu palabra no significa nada aquí.

—Soy el Ulfric aquí, Jacob, tú no, y digo que su palabra significa algo y la tuya no. Hasta que no tengamos la ceremonia para romper sus vínculos con nuestra manada, Anita aún es lupa, y la apoyo en lo que dice.

—Y yo —dijo Sylvie.

—Y yo —dijo Jamil.

Shang-Da dijo:

—Yo apoyo a mi Ulfric en todas las cosas.

—Entonces tengamos un poco de ironía —dije—. Desde que fue idea de Jacob poner a Gregory en el calabozo, te haremos lo mismo que le hiciste.

Jacob comenzó a protestar, las manos todavía estaban tratando de detener el flujo de sangre de la nariz.

—No puedes hacer eso.

—¡Oh!, claro que puede —dijo Richard, y había una frialdad que nunca había visto antes. Él no habría venido con la idea, pero le gustaba. Me pregunté exactamente lo frustrado que había estado con Jacob.

—Genial —dije—. ¿Vamos a caminar todos como were animales civilizados a la mazmorra y rescatar a Gregory?

—No voy a entrar voluntariamente en ese agujero —dijo Jacob.

Su voz sonaba un poco rara con toda la sangre y la nariz rota, pero

parecía seguro de sí mismo. Él no debería haberlo estado.

—Tu Ulfric y tu lupa ambos han decretado que pasará —dijo Sylvie—, por rechazar el pedido de su autoridad.

Jamil continuó:

—De rechazar su autoridad, serás declarado fuera de la ley del clan.

Jacob me miró cuando dijo:

—Voy a obedecer a mi Ulfric, pero no reconoceré la Nimir-Ra como mi lupa.

—Si dices que no es lupa, se trata de cuestionar mi autoridad como Ulfric —dijo Richard.

Los ojos de Jacob miraron los de Richard.

—Hemos votado echarla como nuestra lupa.

—Voy a votar en respaldo —dijo Richard, con voz profunda y tranquila, pero lo suficientemente fuerte.

—Toma otra votación —dijo Jacob, todavía tratando de frenar la sangre de la cara—. Va a ser en contra de ella.

—No, Jacob, me has entendido mal. He dicho, voy a votar en respaldo, no tú, nadie más, sólo yo.

Jacob, puso los ojos como platos.

—Has predicado sobre la democracia en acción desde que me uní al clan. ¿Vas a tirarlo todo ahora?

—No en todo, pero no votamos por el Freki, o el Geri, o por el Hati y el Skoll. No votamos por el Ulfric. ¿Por qué deberíamos votar por la lupa?

—Se está tirando al Nimir-Raj. Sólo por eso ella debe ser echada fuera como lupa.

—Ese es mi problema, no el tuyo, no de la manada.

—¿Vas a follártela? ¿Crees que el Nimir-Raj la compartirá?

Richard empezó a decir algo, pero Micah habló en primer lugar, dando un paso, con sus guardias.

—¿Por qué no le preguntas al Nimir-Raj?

Richard me miró, con una pregunta en los ojos. Me encogí de hombros.

—Pregúntale a él, Jacob —dijo Richard. La sangre se había detenido de la boca de Richard.

—¿Te importa si el Ulfric folla con tu Nimir-Ra? —Jacob seguía sangrando como un cerdo. Su pecho, el estómago, hasta la parte delantera de sus pantalones estaban empapados de sangre.

—He acordado cualquier arreglo que desee Anita, mientras ella siga

siendo mi Nimir-Ra y amante.

—¿Puedes compartirla con otro hombre? —dijo Jacob, con la voz gruesa con incredulidad.

—Con otros dos hombres —dijo Micah.

Todo el mundo estaba mirándolo. Le miré, pero sobre todo, vi la reacción de todos los demás, especialmente la de Richard. Miraron sorprendido, Richard se quedó pensativo, como si Micah finalmente había hecho algo que no odiaba.

—Ella es el siervo humano del Maestro de la ciudad. Ser mi Nimir-Ra no ha cambiado ese hecho. He sentido la marca que los une, y no es algo que se rompa, ya que, al parecer, la marca que la une al Ulfric no se rompe tampoco.

—Nada la une al Ulfric aparte de su obstinación y su... —dijo Jacob.

—¿Tú crees? —Micah hizo una pregunta.

Jacob estaba confundido. La sangre de la nariz por fin empezaba a disminuir.

—Has visto más de lo que he visto, si crees que todavía tienen un vínculo especial.

—Más que cualquiera de nosotros hemos visto. —Esto vino de París, que se había abierto paso a la parte delantera de la multitud.

—Soy Nimir-Raj, por supuesto que he visto más. —Su voz se hizo tan lógica.

—Soy Geri, tercero en la línea de sucesión al trono.

—Noah es mi tercero en la línea. Creo que si le preguntan, dirá que no vio lo que vi bien. Tercero en la línea, no es lo mismo que ser Nimir-Ra, o Ulfric.

No le pude dar a Micah la mirada de gratitud que quería darle. Todavía estábamos en medio del territorio lobo, y no de forma segura todavía.

—No se puede decir que compartes tu lupa con otros dos hombres —dijo París.

Se abrió paso hasta estar delante de Richard, de espaldas a mí. Estaba bien ser insultante, o estúpida. Tal vez ambas cosas.

Richard la miró, y no era una mirada amistosa. De alguna manera no pensé que París tuviera una buena oportunidad de ser lupa, no con Richard a cargo de todos modos.

—Lo que yo y mi lupa hagamos, o no hagamos, no es asunto tuyo.

La vi endurecer la espalda, como si la hubieran golpeado, y tal vez le

había pegado a su orgullo. Ella realmente había creído que podía seducirlo. Podría haberle dicho que el sexo no era la llave del corazón de Richard.

Le gustaba bastante, pero no era una de sus principales prioridades, si no interfería con otras cosas. Había sido el mismo error que Raina había hecho con él, o uno de los errores que había hecho con él. Raina nunca había entendido a Richard tampoco.

—No se puede decidir arbitrariamente que no necesitan una votación para esto —dijo Jacob.

—Sí —dijo Richard—, puedo.

Me acerqué al lado de Jacob.

—Eso es lo que significa ser Ulfric, Jacob.

—¿Vas a volver a una dictadura después de todas las elevadas conversaciones? —dijo Jacob.

—Por esta noche, es suficiente que Anita sea mi lupa, y no va a cambiar. Hablaremos de todo lo demás después.

—Digo que pongamos a votación si queremos volver a ser una dictadura —dijo Jacob.

—Si alguien no te endereza la nariz, puede curar torcida —dije.

Me miró.

—Quédate fuera de esto.

Richard llamó a un hombre con pelo castaño corto y bigote pulcro. Se encogió de hombros y tomo una mochila de sus hombros y empezó a sacar los suministros médicos.

—Corrígele la nariz —dijo Richard, y luego se volvió a Sylvie—. Cuando él esté vendado, recoge algunas personas y escolten a Jacob al calabozo.

Hubo murmullos entre la multitud. Una voz clara que no había oído antes, dijo:

—No puedes hacer eso.

Richard miró hacia arriba, buscando en la multitud, y se quedó en silencio ante su mirada. Su poder rodaba fuera de él, como una niebla quemando invisible, algo que se aferraba a tu piel y hacía difícil la respiración.

Evitaron los ojos, y algunos incluso se dejaron caer en posturas de sumisión, sus cuerpos bajo la tierra, los ojos en blanco, los brazos y las piernas cerca, así parecen pequeños e indefensos, evidentemente, pidiendo no ser heridos.

—Soy Ulfric aquí. Si hay entre vosotros alguien que no esté de acuerdo con eso, entonces es libre de impugnar la siguiente en la línea, y la siguiente después de él, hasta que sea Freki, entonces después de declararse Fenrir, y poder desafiarme. Si me matas, entonces puedes ser Ulfric, y puedes establecer la maldita política que desees. Hasta ese momento, cállate la maldita boca y sigue mis órdenes.

No creo que jamás había escuchado maldecir a Richard. El silencio era lo suficientemente grueso como para cortarlo.

Fue Jacob, quien lo cortó, como yo sabía que lo haría. Empujó al médico bigotudo con impaciencia, mientras que el hombre intentó corregirle la nariz con lo que parecían gasas.

—Anita muestra un refuerzo, y también lo hace su columna vertebral. ¿Tiene que matar y torturar para ti, como hizo Raina por Marcus?

El puño de Richard se movió en una imagen borrosa que no podía seguir. Fue casi mágico. Un momento Jacob estaba de pie, en el momento siguiente, estaba en el suelo con los ojos en blanco.

Richard se volvió hacia el resto de ellos, la sangre seca decoraba la parte superior de su cuerpo desnudo, su pelo se volvió a ver bronce en la luz de las antorchas. Sus ojos se habían puesto de color ámbar, ojos de lobo, y parecía más amarillos de lo normal en contra de su bronceado más oscuro que de costumbre.

—Pensé que eran personas, no animales. Pensé que podría cambiar las viejas costumbres y hacer algo mejor. Sin embargo, todos nos sentimos bien esta noche, cuando Anita y su leopardo sufren. Algo seguro y bueno. He tratado de ser benévolo, y mira a adonde nos ha llevado. Jacob dijo que Anita es mi espina dorsal. No, pero ella está haciendo algo bien, algo que he echado de menos. Si no se llevará a cabo, entonces tendremos que intentar algo más. —Me miró con esos ojos ajenos, y dijo—: Vamos a ir a buscar a tu leopardo. Tenemos que sacarlo de la mazmorra antes de que Jacob vuelva en sí.

Y se marchó a través de los árboles y dejó que el resto de nosotros le siguiéramos. No había duda acerca de qué hacer a continuación. Seguimos a Richard en los árboles. Seguimos al Ulfric, porque se supone que debes seguir a tu rey, si él es digno de ese nombre. Por primera vez, pensé que tal vez, sólo tal vez, Richard iba a ser Ulfric después de todo.



Era Oubliette una tapa de metal redondeada situada en el suelo. La tapa de metal estaba en medio de un claro rodeado de árboles altos y delgados. Las hojas eran tan gruesas en la base de la zona que parecía intacto. Nunca lo habría encontrado si no hubiera sabido que estaba ahí.

Oubliette es el francés para un pequeño lugar de olvido, pero eso no es una traducción directa. Oubliette simplemente significa poco olvidado, pero lo que sé, es un lugar donde poner a la gente cuando no piensa dejarlos salir nunca.

Tradicionalmente, es un agujero donde una vez que empujan a alguien en él no puede salir. No les da de comer, o agua, ni nada.

Hay un castillo escocés, donde encontraron una mazmorra que había sido literalmente tapiada y olvidada, descubierta sólo durante la remodelación moderna.

El suelo estaba lleno de huesos y había un reloj de bolsillo del siglo

XVIII entre los escombros. Tenía una abertura por donde se podía ver el comedor principal, podían oler la comida, mientras se morían de hambre.

Me acordé que me preguntaban si se podían oír a las personas gritando desde el comedor, mientras que comían. La mayoría de las mazmorras son más aisladas, de modo que una vez que los encarcelas, nunca tendrás que preocuparte por el preso de nuevo.

Dos de los hombres lobo se arrodillaron en forma humana y comenzaron a desenroscar dos tornillos grandes en la tapa. No había ninguna llave. Dejaron la tapa en su lugar y se alejaron. ¡Joder!

La tapa se despegó, y tomó a dos para levantarla. Pesada, sólo en el caso de que los medicamentos no eliminaran la adrenalina para hacer el cambio. Incluso en forma animal todavía tendría dificultades para conseguir atravesar la tapa.

Caminé hasta el borde del agujero, y el olor me llegó de vuelta. Olía a retrete. No sé por qué me sorprendió. Gregory había estado ahí ¿por cuantos, tres, cuatro días? En las películas hablan de que mueren de hambre, cosas románticas y eso, sí, tal horror es muy romántico, pero nadie habla sobre el movimiento del estómago, o el hecho de que cuando tienes que ir, tienes que ir. No es romántico, es simplemente humillante.

Jamil trajo una escalera de cuerda y la unió con grapas de metal grandes al lado del agujero. La escalera cayó en la oscuridad con un sonido seco.

Me obligué a arrastrarme hasta el borde de la mazmorra. Ya estaba preparada para el olor, y por debajo de la madurez de la vida en un espacio muy pequeño era un olor seco, olor a polvo. El olor de los huesos viejos, de muerte vieja.

Gregory no era la persona más fuerte que conocía, ni siquiera uno de los cien primeros. ¿Qué había hecho para que le pusieran en la oscuridad con el hedor de los huesos viejos, y de muerte? ¿Cómo lo habían dejado ahí para morir? ¿Le dijeron que cada vez que se atornillaba la tapa no regresarían excepto para colocarle las drogas?

El agujero era de un negro perfecto, más oscuro que el cielo estrellado de la noche, más oscuro que cualquier cosa que había visto en mucho tiempo. Era lo suficientemente amplio como para los hombros anchos de Richard, pero apenas.

Cuanto más tiempo lo miraba, más estrecho parecía ser, como si se tratara de una boca grande y negra esperando tragarme. ¿He mencionado que soy claustrofóbica?

Richard se acercó a mí, mirando hacia abajo en el agujero. Tenía una linterna apagada en la mano. Algo tiene que haber demostrado en mi cara, porque dijo:

—Aún necesitamos un poco de luz para ver.

Extendí la mano para coger la linterna.

Sacudió la cabeza.

—Déjame que esto sucediera. Voy a sacarlo.

Sacudí la cabeza.

—No, es mío.

Se arrodilló a mi lado y hablaba en voz baja:

—Puedo oler tu miedo. Ya sé que no te gustan los lugares cerrados.

Miré de nuevo el agujero y reconocí lo asustada que estaba. Tenía tanto miedo que podía probar algo plano y metálico en la lengua. Tanto miedo de que mi pulso estaba golpeando en mi garganta, como un ser atrapado.

Mi voz salió tranquila, normal. Me alegré.

—No importa que me dé miedo.

Toqué la linterna, traté de tirar de su mano. No quería jugar al tirón de guerra, porque probablemente perdería.

—¿Por qué tienes que ser la más dura, la más valiente, por qué no puedes, sólo una vez, dejarme hacer algo por ti? Ir al agujero, no me asusta. Déjame hacer esto por ti. Por favor.

Su voz era aún blanda, y estaba lo suficiente cerca como para que pudiera oler la sangre seca, la riqueza de la sangre fresca en la boca, como si la pequeña incisión no hubiera sanado completamente.

Sacudí la cabeza.

—Tengo que hacerlo, Richard.

—¿Por qué? —el primer indicio de ira se manifestó en su voz, como una bofetada de calor.

—Porque me da miedo, y tengo que saber si puedo.

—¿Poder qué?

—Si puedo bajar al agujero.

—¿Por qué? ¿Por qué necesitas saber eso? Me has demostrado a mí y a todos los presentes. No tienes que demostrarnos nada.

—Para mí, Richard, tengo algo que probarme.

—¿Qué diferencia haría si no pudieras descender a ese agujero pestilente? Nunca tendrás que volver a hacerlo, Anita. Simplemente no lo hagas.

Lo miré, había desconcierto en su rostro, en sus ojos, que habían retornado a su normal, perfecto marrón. Había estado tratando de explicarle esta mierda a Richard por unos pocos años, ahora, finalmente me di cuenta de que nunca lo entendería y estaba cansada de intentar explicarme, no sólo a Richard, a todo el mundo.

—Dame la linterna, Richard. —Se mantuvo con las dos manos.

—¿Por qué tienes que hacer esto? Sólo dime eso. Estas tan asustada que tu boca está seca. Siento el sabor de tu aliento.

—Y puedo probar la sangre fresca en el tuyo, pero tengo que hacerlo porque me da miedo.

Sacudió la cabeza.

—Esto no es coraje, Anita, es obstinación.

Me encogí de hombros.

—Tal vez, pero todavía tengo que hacerlo.

Agarró la linterna más fuerte.

—¿Por qué? —Y de alguna manera la pregunta era algo más que el calabozo y por qué tenía que bajar.

Suspiré.

—Hay pocas cosas que me asustan, Richard. Así que cuando encuentro algo que me molesta, tengo que probarlo. Tengo que ver si puedo hacerlo.

—¿Por qué? —Estudió mi cara como si estuviera memorizándola.

—Sólo para ver si puedo.

—¿Por qué? —y la ira era más que una leve insinuación ahora.

Sacudí la cabeza.

—No estoy compitiendo contigo, Richard, o cualquier otra persona. ¡Me importa una mierda quien es mejor o más rápido o más valiente!

—Entonces, ¿por qué hacerlo?

—La única persona con quien compito soy yo, Richard, y voy a pensar mal de mí si te dejo, o a cualquier otro, bajar a ese agujero. Gregory es mi hijo, no el tuyo, y tengo que rescatarlo.

—Ya le has rescatado, Anita. No importa que bajes al maldito agujero. Casi me reí, pero no porque él fuera gracioso.

—Dame la linterna, por favor, Richard. No puedo explicarte esto a ti.

—¿Tu Nimir-Raj puede entenderte?

Su ira quemaba a lo largo de mi piel, como un enjambre de abejas. Esos malditos sentimientos heridos.

Yo le fruncí el ceño.

—Pregúntenle a él, ahora dame la maldita linterna. Si te enojas conmigo, nunca me toma mucho tiempo contestar.

—Quiero ser tu Ulfric, Anita, tu tipo, lo que infiernos signifique. ¿Por qué no me dejas ser...? —Dejó de hablar, mirando lejos de mí.

—El hombre. ¿Es lo que ibas a decir?

Él me miró y asintió.

—Mira, si tenemos citas, o lo que diablos vayamos a hacer, tenemos que conseguir una cosa. Tu ego ya no es mi problema. No seas el hombre para mí, Richard, se la persona que necesito. No tienes que ser más grande y más valiente que yo para ser mi hombre.

Tengo amigos varones que pasan la mayor parte de su tiempo tratando de demostrar que son más grandes, más ordinarios que yo. No necesito eso de ti.

—¿Qué pasa si tengo que ser más valiente para mí que para ti?

Pensé en ello durante un segundo o dos, entonces dije:

—Tú no tienes miedo de ir abajo al calabozo, ¿verdad?

—No quiero ir abajo, y no quiero ver lo que le han hecho, pero no estoy tan asustado como lo estás tú.

—Entonces no te hace más valiente que yo vaya hacia el agujero, ¿no? Porque no te cuesta nada ir allí.

Él se inclinó muy, muy cerca de mi oído, entonces sopló el más elemental de los sonidos en contra de mi piel.

—Al igual que no te costaría nada matar a Jacob para mí.

Me puse rígida junto a él, me volví, tratando de mantener el choque de mi rostro.

—Sabía que era lo que estabas pensando en el momento que te vi mirarlo —dijo Richard.

—¿Me dejaras hacer eso? —pregunté, con voz suave, pero no tan suave como la suya había sido.

—No lo sé todavía. Sin embargo, ¿tu razonamiento no es que no te costaría nada y que me costaría querida?

Nos miramos uno a otro. Finalmente asentí con la cabeza.

Él sonrió.

—Entonces me dejas ir por el agujero de mierda.

—¿Cuándo empezaste a utilizar la palabra con M?

—Mientras no estabas. Creo me encanta oírlo. —Me sonrió, sus dientes brillaron en la oscuridad.

No podía devolverle la sonrisa. Joder por que la apertura era negra y horrible, seguía sintiendo el miedo plano en mi lengua, y su enojo todavía viajaba en el aire entre nosotros, y finalmente le sonreí.

—Voy a dejarte ir en primer lugar al hoyo —dije.

La sonrisa se amplió hasta que llenó sus ojos, e incluso a la luz de las estrellas pude ver que brillan con el humor.

—Bien.

Me incliné hacia él y le di un beso rápido. Demasiado rápido para mis facultades, demasiado rápido para notar el gusto de la sangre en su boca, demasiado rápido para saber si nuestros animales se agitaban a través de los cuerpos.

Le di un beso porque quería, porque por primera vez pensé que podría estar dispuesto a ceder un poco. ¿Sería suficiente? ¿Quién diablos lo sabía? Pero tenía esperanza. Por primera vez en mucho tiempo, estaba realmente esperanzada. Sin esperanza, el amor muere y se marchita.

No sabía lo que significaba para Micah que tuviera esperanzas en Richard. Habíamos hablado abiertamente sobre el intercambio, pero no sabía mucho de que había sido una manifestación pública y cuánto había sido real. Pero en ese instante, no me importaba, me agarré de esa emoción positiva. Luego, nos preocuparíamos por otras cosas.

Dejé que Richard bajara primero, pero todavía bajaría, y tenía esa pequeña esperanza cálida dentro de mi pecho, junto al miedo.



Mientras Richard bajaba por la escalera de cuerda mantuve mis manos apretadas. Había puesto la linterna en una correa alrededor de su muñeca. Vi la zona de luz amarilla desaparecer en la oscuridad estrecha y me di cuenta de que apenas entraba en la escalera.

Micah estaba arrodillado al lado del agujero.

—Va a estar bien —dijo.

Tragué y lo miré, sabiendo que mis ojos estaban sólo un poco más grande:

—Ya sé —pero mi voz salió entrecortada.

—Realmente no tienes que hacer esto —dijo, con voz suave, y lo más neutral que podía hacerlo.

Frunció el ceño.

—No empieces tú ahora.

—Entonces lo mejor es ponerse al día con él. —Su voz era un poco

menos neutral, pero yo no podría decir con qué tono lo dijo.

Comencé a bajar por la rugosidad suave de la escalera de cuerda, moviéndome rápidamente, enojada. No estaba enojada con Micah, no realmente. Estaba enojada conmigo. Bajé bien en la oscuridad con mi ira cuando la luz de la linterna debajo de mí parecía muy amarilla y muy dura contra las paredes de barro.

Me agarré allí por un segundo o dos, mirando la tierra que dejaba. Miré lentamente y me encontré a Micah mirando hacia mí desde una distancia tan lejos que no podría decir de qué color eran sus ojos o pelo. Veía la forma de la cara y los hombros. Dios mío, ¿Cómo de profundo era este pozo?

Parecía que las paredes de tierra se curvaban hacia dentro, como una mano a punto de cerrarse en un puño y aplastarme, así que no podía respirar el suficiente aire viciado para que llenara mis pulmones. Cerré los ojos y me obligué a mover una parte de la escalera y tocar la pared. Estaba más lejos de lo que creía, y cuando por fin la toqué, me sobresalté.

La tierra era sorprendentemente fresca contra mi mano, y me di cuenta que estaba fresca en la boca, incluso con el calor del verano de allá arriba. Abrí los ojos, y las paredes todavía estaban a seis pies de distancia igual que lo habían estado siempre. La tierra no se estaba cerrando en torno a mí, sólo mi fobia estaba haciendo eso.

Empecé a bajar de nuevo, y esta vez no me detuve hasta que sentí aflojar la escalera debajo de mi cuerpo y de repente era más difícil de bajar sin chocar con los muros.

El peso de Richard ya no estabilizaba la escalera. Si no hubiera sido un dolor en el culo, podría haberle preguntado si me lo mantenía firme hasta que llegara hasta el final. En lugar de eso me abracé a la escalera frenéticamente y mantuve el movimiento al bajar. Es difícil aferrarse a algo mientras estás bajando, pero lo conseguí.

El mundo se reduce a la sensación de la cuerda en mis manos, y mis pies tratando de encontrar la siguiente cuerda, sólo el simple hecho de moverme a bajo.

Llegó un punto en que dejé de saltar cada vez que mi cuerpo golpeaba con las paredes. Unas manos tocaron mi cintura, y dejé que me llevara un poco siendo una buena chica. Siempre odié serlo.

Eran las manos de Richard, por supuesto. El me estabilizó los últimos metros, mientras mi corazón trató de saltar fuera de mi pecho.

Bajé en un suelo que crujía y resbalaba con los huesos. Era profundo pero no me hundí en él, y no andaba sobre los huesos como una santa, iba pisando agua.

El estrecho agujero se abría en un túnel pequeño, estrecho, parecido a una cueva.

Richard tuvo que permanecer doblado casi en dos. Podía ponerme de pie si tenía cuidado, aunque la parte superior de mi cabeza rozaba el techo lo suficiente para que agacharme un poco fuera una buena idea.

Micah llamado desde muy, muy por encima de nosotros.

—¿Estás bien?

Me llevó dos intentos para poder decir:

—Bien, estamos bien.

Micah se retiró de la apertura, un punto oscuro contra el gris más pálido.

—Dios mío, ¿a qué profundidad estamos?

—Sesenta pies, más o menos. —Había algo en su voz que me hizo volverme a él.

Sacudió la cabeza y miró a un lado, iluminó con la linterna algo pequeño y encorvado.

Era Gregory.

Estaba en su estómago, fuertemente atado, con los brazos y las piernas en un ángulo agudo, y no me podía imaginar cómo estuvo tendido allí durante tres días.

Estaba desnudo, una venda de tela blanca en su rostro, un nudo en una maraña de pelo rubio y largo, como si hubieran querido hacerle daño, y no sólo dejarlo ciego.

Cundo la luz de Richard resplandeció en todo el cuerpo de Gregory, hizo pequeños sonidos indefensos. Podía ver la luz a través de la tela, y nada más. Me arrodillé junto a él, ya que las cadenas de plata habían entrado en las muñecas y los tobillos. Las heridas eran crudas y sangrientas donde había luchado contra ellos.

—Se frotó las cadenas —dijo Richard, voz suave.

—Él luchó —dije.

—No, él no es lo suficientemente poderoso como para tener esa plata en contra de su piel. Las cadenas se comieron su piel.

Me quedé mirando las heridas y no sabía qué decir. Toqué el hombro de Gregory, y gritó a través de la mordaza que no había visto. Su pelo lo

había escondido. Pero había un trapo negro de peluche en su boca. Gritó de nuevo y trató de arrastrarse lejos de mí.

—Gregory, Gregory, soy Anita. —Le toqué tan suavemente como pude, y gritó una vez más. Miré a Richard—. No me oye.

Richard se arrodilló y levantó una maraña de pelo de Gregory. Gregory luchó con más fuerza, y Richard me entregó la linterna para que pudiera utilizar una mano para aguantar al hombre más pequeño y la otra para mantener el cabello fuera del camino.

Hubo más tela de peluche en sus oídos. Richard sacó el paño y encontró un tapón negro más profundo en el canal. No estaban pensados para ser empujados en ese lugar, y cuando Richard tiró, corría la sangre fresca de su oído.

Lo miré, mi mente congelada por un segundo, no queriendo entender. Pero, finalmente, me oí decir.

—Le rompió los tímpanos. ¿Por qué, por amor de Dios? ¿No fueron la venda y la mordaza suficiente privación sensorial?

Richard puso el tapón auditivo a la luz. Tuve que poner la linterna directamente sobre él para ver que había un punto de metal.

—¿Qué es eso?

—Plata —dijo.

—¡Oh, Dios! ¿Fueron diseñadas para esto?

—Recuerda, Marcus era médico. Él sabía todo tipo de lugares de suministros médicos. Lugares en los que harían estas cosas.

La mirada en el rostro de Richard me dijo que estaba perdido en la memoria y algo más oscuro.

Miré hacia las marcas en los brazos y las piernas de Gregory.

—Querido Dios, ¿la plata rompió sus canales auditivos igual que lo hizo con su piel?

—No lo sé. Es bueno que siga teniendo la hemorragia. Esto significa que si cambia pronto, probablemente curará. —La voz de Richard era espesa.

No estaba cerca del llanto, el horror era demasiado abrumador para las lágrimas.

Quería a Jacob aquí, y a quien le había ayudado, porque esto no se lo hizo un cambiaformas sin ayuda.

Richard intentó quitarle la venda de los ojos, pero estaba atado con tanta fuerza que no podía conseguir un buen agarre. Le entregué la linterna

y señalé a la vaina del cuchillo de mi muñeca izquierda.

—Cógelo, los cuchillos están bien afilados, no quiero cortarle si lucha.

Richard sostuvo la cabeza de Gregory entre sus dos manos, como un tornillo, y Gregory luchó con más fuerza, gritando a través de la mordaza. Sin embargo, Richard lo mantuvo firme, mientras que pasé el cuchillo cuidadosamente entre la tela y el pelo de Gregory.

Un corte rápido en la venda de los ojos poniendo distancia de su piel, pero había sido atado con tanta fuerza durante tanto tiempo que Richard tenía que pelear.

Gregory parpadeó a la luz y vio a Richard y gritaba más. Algo murió en el rostro de Richard cuando lo hizo, al igual que había matado algo dentro de él al sentir que tenía miedo de él.

Me incliné, colocando la mano con cuidado sobre la pila de huesos y sobre los ojos de Gregory y por fin me vio. Dejó de gritar, pero no parecía bastante aliviado. Tiré la mordaza de su boca, y se enganchó, teniendo trozos de piel de los labios de la misma.

Movió su boca lentamente, y por alguna extraña razón me acordó una escena del mago de Oz, donde Dorothy pone aceite en la mandíbula del Hombre de Hojalata después de haberse oxidado. La imagen me hacía sonreír, pero no ahora.

Había un candado en las cadenas alrededor de cada uno de sus miembros. Richard se arrastró alrededor de mí, para dejar que me quede donde Gregory podía verme. Estaba diciéndole una y otra vez:

—Vas a estar bien. Vas a estar bien. —No podía oírme, pero era lo mejor que podía hacer.

Richard rompió el candado de una muñeca, y el dolor se mostró en el rostro de Gregory, como le dolía el brazo no se movía en absoluto. Richard liberó ambas muñecas y luego comenzó a desenrollar lentamente el cuerpo de Gregory.

Gregory gritó, pero no de miedo esta vez, de dolor. Traté de acunarlo, pero todo movimiento parecía herirlo más. Tomó un esfuerzo a ambos arrastrarlo para conseguir que se relajara lo suficiente como para ponerse en mi regazo. Nunca sería capaz de subir la escalera.

Las curvas de ambos brazos estaban cubiertas de marcas de aguja, pero ninguna de ellas había sanado.

—Las marcas de aguja, ¿por qué no han sanado?

—Eran agujas de plata en contacto directo con el torrente sanguíneo.

Un sedante para evitar que la adrenalina bajara, por lo que no puede cambiar, pero no para que no pueda sentir, o saber dónde se encuentra, y lo que está sucediendo. Así es como Raina lo utilizaba.

—Así es exactamente como lo utilizaba para atarlos y lo que solía hacer con ellos. ¿Cómo lo sabe Jacob? —pregunté.

—Uno de mi pueblo, se lo dijo —dijo Richard.

Se quedó de rodillas donde terminó. Su rostro estaba en calma, casi sereno.

—Lo quiero aquí abajo. A quienquiera que ayudó a Jacob. Quienquiera que hiciera los malditos tapones para los oídos. Quiero que baje aquí. Se fue parte de la calma de sus ojos, y vi la ira en la parte inferior de esa calma.

—¿Podrías hacer esto a alguien? ¿Podrías hundir estas cosas en sus oídos? ¿Podrías hacer todo esto en alguien?

Pensé que sí... en realidad pensé en ello. Estaba enojada, enferma. Quería castigar a alguien, pero...

—No, no, yo podría matarlos... matarlos, pero no podría hacer esto.

—Tampoco podría —dijo.

—Sabía que Gregory estaba en el calabozo, pero no sabías lo que le había hecho ¿verdad?

Sacudió la cabeza, de rodillas sobre los huesos, sin dejar de mirar hacia abajo al tapón de sangre, como si fuera una respuesta muy difícil para decir en voz alta.

—Jacob lo sabía.

—Eres Ulfric, Richard, debes saber lo que le has hecho en nombre de tu manada.

La ira estalló tan caliente y apretada, que llenó la pequeña cueva, como el agua hirviendo. Gregory gimió y Richard lo miró con ojos temerosos.

—Ya lo sé, Anita, lo sé.

—¿Así que no vamos a poner a Jacob aquí?

—Lo haré, pero no así. Puede quedarse aquí, pero no encadenado, ni torturado. —Richard miró a su alrededor, al minúsculo espacio—. Estar aquí es tortura suficiente. Ni siquiera voy tratar de discutir.

—¿Y quién le ayudó?

Richard me miró.

—Voy a averiguar quién le ayudó.

—Entonces, ¿qué?

Cerró los ojos, y no fue hasta que abrió la mano y vi la sangre que me di cuenta de que había presionado la plata en su mano. Lo sacó y se quedó mirando el hilo brillante de sangre.

—Me sigues presionando, no solo tú, Anita.

—Conoces bastante bien a la manada, Richard. Sabes que no querían que nadie se pusiera aquí, especialmente no con todos los antiguos accesorios de Raina. Haciendo esto es un desafío a tu autoridad.

—Ya lo sé.

—No quiero pelear, Richard, pero hay que castigarlos por ello. Si no, entonces pierdes más terreno sobre Jacob. Incluso si lo pones aquí, no va a detener las cosas. Todo el que ha hecho esto tiene que sufrir.

—No estás enojada ahora —dijo, y él parecía perplejo—. Pensé que querías venganza, pero pareces fría, sobre todo ahora.

—Quería venganza, pero tienes razón, no podía hacer esto a nadie, y no puedo pedirte que hagas lo que no haría yo. Es una norma que tengo. Sin embargo, la manada es un desastre, y si quieres detener la decadencia y evitar una guerra civil, hombre lobo contra hombre lobo, debes ser más duro. Debes dejar claro lo que no es aceptable.

—¡No así! —dijo.

—Sólo hay una forma para que sepan, Richard.

—El castigo —dijo, y él hizo que la palabra sonara como una maldición.

—Sí —dije.

—He trabajado durante meses, no, años, para tratar de salir de un sistema punitivo. ¿Quieres que tire todo lo que he trabajado y volver a la forma en que fue?

La mano de Gregory se acercó, lentamente, dolorosamente, a coger débilmente mi brazo, le acaricié el enmarañado cabello, y su voz salió ronca, maltratada, como si hubiera estado gritando durante días a través de la mordaza.

—Quiero... fuera de aquí... Por favor.

Yo asentí con la cabeza para que pudiera entenderme, y un alivio tan grande, que estaba más allá de las palabras, pasó por sus ojos.

Miré a Richard.

—Si el sistema funcionara mejor que el viejo, entonces te apoyaría, pero no funciona. Lamento que no funcione, Richard, pero no. Si sigues con este... experimento de democracia suave, la gente va a morir. No sólo,

Sylvie, y Jamil, y Shang-Da, sino cada lobo que te apoye. Pero es peor que eso, Richard vi el envase. Están divididos casi uniformemente. Será una guerra civil, y se despedazan unos a otros a mordiscos, los seguidores de Jacob y los tuyos. Cientos morirán, y el clan Rokke Thronnos puede morir con él. Mira a tu alrededor vuelve a actuar como Ulfric. Pero no dejes que todo lo que has hecho sea destruido.

Él miró la herida aún sangrante en su mano.

—Saquemos a Gregory de aquí.

—Vas a castigar a Jacob, pero no a los demás —dije, y mi voz sonaba cansada.

—Voy a averiguar quiénes son en primer lugar, y después ya veremos. Sacudí la cabeza.

—Te quiero, Richard.

—He oído un «pero» que viene.

—Pero el valor de la gente que cuenta conmigo, su seguridad tiene más valor que el amor. —Se sentía frío y terrible decirlo en voz alta, pero era verdad.

—¿Qué dice eso acerca de tu amor? —preguntó.

—No te hagas el mojigato conmigo, Richard. Me dejaste como la noticia de ayer, cuando la manada me echó. Podrías haber dicho, joder, toma el trono, quiero más a Anita, pero no lo hiciste.

—¿Realmente crees que Jacob me hubiera dejado vivir?

—No lo sé, pero no hiciste la oferta. Ni siquiera se te ocurrió, ¿no?

Apartó la vista, luego la regreso, y en sus ojos había tanta tristeza que quería dejarlo, pero no pude. Era hora de que habláramos. Era como la vieja broma sobre el elefante en la sala de estar. No lo notaron hasta que la mierda era tan profunda que no podían caminar. Al mirar hacia abajo, a Gregory, sabía que la mierda era demasiado profunda para pasarla por alto. Nosotros estábamos fuera de las opciones, excepto por la verdad, no importa cuán brutal.

—Si hubiera renunciado como Ulfric, aunque Jacob me hubiera dejado hacerlo, todavía habría sido una guerra civil. Ejecutando a los más cercanos a mí. Habría sido abandonarlos. Prefiero morir, que sólo irme y dejar que sean sacrificados.

—Si eso es lo que sientes realmente, Richard, entonces yo tengo un plan mejor. Haz un ejemplo de Jacob y sus seguidores.

—No es tan sencillo, Anita. Jacob tiene el apoyo suficiente y aún podría

ser la guerra.

—No, si es lo suficientemente sangriento.

—¿Qué estás diciendo?

—Haz que te teman, Richard. Haz que te teman. Maquiavelo lo dijo hace unos seiscientos años, pero sigue siendo verdad. Todos los gobernantes deben esforzarse para que su gente le ame. Pero si no puedes hacer que te amen, haz que te teman. El amor es mejor, pero el miedo hace el trabajo.

Tragó saliva, y había algo parecido a miedo en sus ojos.

—Creo que podría matar a Jacob, e incluso ejecutar a uno o dos de su pueblo, pero no creo que sea suficiente, ¿no?

—Depende de cómo lo ejecutemos.

—¿Qué quieres que haga, Anita?

Suspiré y le acaricié la mejilla de Gregory.

—Estoy pidiendo que hagas lo que es necesario, Richard. Si quieres tener esta manada en conjunto y salvar cientos de vidas, entonces te digo cómo puedes hacerlo con el mínimo derramamiento de sangre.

—Puedo matar a Jacob, pero no puedo hacer lo que estás pidiendo. No puedo hacer algo tan terrible como para que la manada entera me tema. — Me miró, y era salvaje, había pánico en su cara, como un ser atrapado que finalmente se da cuenta de que no hay escape.

Sentí que mi cara se calmaba, y sentí que me hundía en ese lugar donde no hay más que silencio y un sólido blanco, una garantía casi reconfortante de que no sentí nada. Dije, en voz baja:

—Yo puedo.

Se alejó de mí, como si no hubiera hablado, y pidió que bajaran el arnés. Deslicé el arnés alrededor de Gregory, hablando sólo de la tarea en cuestión, no metafísica, no política. Había un segundo arnés de cuerda, y Richard me lo puso. Iba a llevar Gregory acunado, le protegería con mi cuerpo, para que no raspara con la pared.

—Nunca he hecho esto antes —dije.

—Soy muy amplio de hombros para agregar el volumen de Gregory al mío. Tienes que ser tú. Además, lo mantendrás a salvo, sé que lo harás. — Había algo en sus ojos que me dieron ganas de decir algo, pero él tiró de la cuerda y nos empezaron a subir.

Richard nos miraba, con la cara hacia arriba, su linterna hacia sombras extrañas en torno a la pequeña habitación, y se arrodilló sobre los huesos.

Luego fuimos en el interior del túnel, y no pude verlo.

Tenía mis brazos completos, literal y figurativamente, tratando de mantener a Gregory, y de evitar que chocara contra las paredes. Sus brazos y piernas estaban casi inútiles. No estaba segura de si era por el largo encierro o las drogas que le habían dado, o ambas cosas. Probablemente ambas cosas.

Gregory seguía diciendo —gracias, gracias, gracias— por lo bajo.

En el momento en que llegamos a la cima, ya había secado las lágrimas de mis mejillas. Independientemente de lo que Richard decidiera, alguien iba a pagar.

Jacob estaba allí, ya llevaba las cadenas de plata, luchando con tres hombres-lobo. Lo dejaron mantener sus pantalones cortos, no desnudo del todo. Supongo que tiene que haber algunas diferencias, o ¿cómo sabes de qué lado están?

Cherry fue a coger a Gregory. Tenía que decirles a los otros leopardos que tuvieran cuidado con su espalda. Siguieron tratando de tocarlo.

Me quedé mirando a través de la multitud a Jacob. La mirada de sus ojos era suficiente. Richard podría ser aprensivo si quería serlo, pero si deja lo que habían hecho a Gregory impune, entonces Jacob y sus seguidores lo verán como una debilidad. Volverían y acabarían con nosotros una vez que Jacob se asegurara el poder.

No había manera con Jacob, para evitar una guerra civil, y para que no fuera a hacerle daño a Richard.

Si Jacob hacía algo tan terrible para que los demás tuvieran miedo de luchar, entonces podría ser Ulfric sin un baño de sangre. Acababa de ver lo que había hecho con Gregory. Llámalo corazonada, pero estaba dispuesta a apostar a que Jacob haría lo que tuviera que hacer. No me parece un tipo aprensivo.

Richard salió del agujero.

—Mételo.

—¿Quieres que le pongamos los medicamentos usados? —preguntó Sylvie.

Richard asintió.

—¿Qué pasa con la venda y el resto?

Richard sacudió la cabeza.

—No es necesario.

Jacob comenzó a luchar de nuevo.

—¡No puedes hacer esto!

Richard lo arrodilló delante de él, sujetándolo por el grueso pelo. La empuñadura parecía dolorosa.

—¿Quién te enseñó estas cosas?

Él tendió la mano con los tapones de punta de plata en su mano.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Sylvie.

Otros preguntaron:

—¿Qué es?

—¿Quién, Jacob? ¿Quién te dijo nuestros sucios secretos?

Jacob se le quedó mirando.

—Yo podría utilizarlos en ti —dijo Richard.

Jacob palideció un poco, pero no respondió. Su mandíbula estaba tan tensa que podría ver el latido del músculo, pero no se dio por vencido, no dijo quién lo había ayudado.

Ni siquiera preguntó si responder a la pregunta le salvaría de la mazmorra. Tuve que admirarlo, al menos, pero no me tiene que gustar.

—No harías eso. —Fue París, mirando mucho menos segura de lo que estaba en el trono. Parecía francamente insegura de sí misma con su ceñido vestido.

Richard la miró durante un largo tiempo, o tal vez me pareció largo, y algo en sus ojos la hizo apartar la mirada.

—Tienes razón, no puedo usarlos en Jacob, ni a nadie. —Miró alrededor de la multitud a los lobos dispersos y a los que esperaban en los árboles y más allá—. Pero ¿me oyes?, si hay más de estas cosas, quiero que se destruyan. Cuando Jacob salga de la mazmorra, será sellada para siempre. No habéis aprendido nada de mí, si alguno de vosotros puede hacer esto, no han aprendido nada. —Hizo una seña a Sylvie, y ella se acercó con una jeringa.

Los tres hombres-lobo tenían que sostener a Jacob contra el suelo para poder inyectarlo. Lo mantuvieron hasta que sus extremidades se desplomaron y sus ojos se cerraron.

—Se despertará en el calabozo —dijo Richard. Su voz no sólo resaltaba el cansancio, también la derrota. Se volvió hacia mí, ya que llevaron a Jacob hacia el agujero—. Llévate a tus leopardos, y a tus aliados, y vuelve a casa, Anita.

—Soy lupa, recuerda, no puedes echarme de los negocios.

Él sonrió, pero dejó los ojos vacíos y cansados.

—Sigues siendo lupa, pero para esta noche también eres Nimir-Ra, y tus leopardos te necesitan. Ten cuidado de Gregory, y por lo que vale la pena, siento todo esto.

—Sentirlo es algo que vale la pena, Richard, pero no cambia las cosas.

—Nunca cambian —dijo.

No pude leer su estado de ánimo. No era exactamente triste o preocupado, o lo que yo pudiera nombrar, a excepción de derrotado. Era como si él ya hubiera perdido la batalla.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Voy a averiguar quién ayudó a Jacob a hacer esto.

—¿Cómo? —pregunté.

Él sonrió y movió la cabeza.

—Vete a casa, Anita.

Me levanté y le miré por un instante o dos, luego me volví a mis leopardos. Gregory estaba en una camilla, Zane y Noah lo llevaban. Cherry estaba hablando con el médico hombre lobo que había arreglado la nariz de Jacob. Ella estaba haciendo un montón de asentimientos con la cabeza. Instrucciones, tal vez.

Micah estaba de pie en el borde del grupo, me miraba. Nos miramos a los ojos, pero ninguno de los dos sonrió. Miré hacia atrás, pero Richard ya estaba alejándose a través de los árboles con Jamil y Shang-Da a sus espaldas.

La cara de Micah era muy neutral, mientras caminaba hacia él. Ya no tenía más esperanzas. Podría haber dejado que se enfrié, pero no quería. Estaba cansada, tan terriblemente cansada. Mi ropa olía como un retrete, y probablemente también lo hacía mi piel.

Quería una ducha, ropa limpia, y hacer que la mirada perdida en los ojos de Gregory desapareciera. La ducha y la ropa eran la parte fácil. Ni siquiera sé cómo empezar a hacer que el dolor de Gregory desaparezca.

Tendí la mano a Micah, no por sentir la energía, que aparentemente amortiguaba la depresión, pero más que nada quería el contacto de otra mano. Quería el confort, y no quiero tener que pensar en ello.

Él abrió un poco los ojos, pero me cogió la mano, apretándola suavemente. Comencé a caminar hacia los árboles, llevándolo de la mano. Los demás nos siguieron. Incluso el rey cisne y el rey wereratas. Anita Blake, flautista sobrenatural. La idea me habría hecho sonreír. Pero no fue así.



Dos horas más tarde me había dado una ducha y Gregory también se había bañado, aunque era como si hubiera llovido, y Gregory había tenido compañía en la ducha. Todavía no tiene un uso completo de sus brazos y piernas. No creo que Cherry, Zane, y Nathaniel necesitaran desnudarse y entraran en la bañera con él, pero, no le estaban ofreciendo su ayuda, ¿así que quién era para quejarme? Además, nunca llegó a ser sexual, era como si el contacto con sus cuerpos fuera necesario, parte del proceso de curación. Tal vez lo era.

Estaba sentada en mi nueva mesa de la cocina. Mi vieja tabla de dos plazas no tenía espacio suficiente para todos los wereleopardos y para los bagels y el queso crema, al mismo tiempo. La nueva mesa era de un pálido pino, barnizada con un brillo dorado.

Todavía no había espacio suficiente en la mesa para que todos pudieran sentarse a tomar café, pero estaban más cerca. Tendría que comprar una

mesa de banquete para esto pero ocuparía mucho espacio, y la cocina no era lo suficiente grande para ello. Había más de una razón para que los señores feudales hubieran tenido castillos tan grandes, se necesitaba una habitación sólo para que toda su gente comiera.

La única persona sentada en la cocina con poca luz era la Dra. Lillian. Elizabeth había sido transportada al hospital en secreto para que la cambiaformas se mantuviera en St. Louis. Todos mis otros leopardos atendían a Gregory. Micah y sus gatos vagaban alrededor de la casa. Caleb había tratado de incluirse en el baño y había sido denegado.

El resto del pard de Micah parecía inquieto, nervioso, no sabía qué hacer con ellos.

Tenía mi prioridad para la noche el cuidado de Gregory. Todo lo demás podía esperar. Un desastre a la vez, o si no pierdo el control.

La Dra. Lillian era una mujer pequeña con el pelo gris cortado recto justo por encima de los hombros. Su pelo estaba más largo que la primera vez que la conocí, pero en lo demás era la misma. Nunca la había visto usar maquillaje, y su rostro aún parecía agradable y atractivo con más de cincuenta años, aunque había descubierto que ella tenía en realidad más de sesenta años. Ella ciertamente no los aparentaba.

—Las drogas están todavía en su sistema —dijo la Dra. Lillian.

—¿Las drogas, en plural? —pregunté.

Ella asintió.

—Nuestro metabolismo es tan rápido que se necesita un buen cóctel de productos químicos para mantenernos sedados durante cualquier periodo de tiempo.

—Gregory no fue sedado. Parecía muy consciente de todo lo que estaba pasando —dije.

—Pero su corazón, su respiración, sus reflejos involuntarios fueron sometidos. Si no puede acceder a todos los efectos de la adrenalina, no puede cambiar de forma.

—¿Por qué no?

Lillian se encogió de hombros, tomando un pequeño sorbo de su café.

—No lo sé, pero hay algo en la respuesta del cuerpo que se abre camino para la bestia. Si puedes privar a un cambiaformas de esa respuesta, entonces puedes evitar que se mueva.

—¿Indefinidamente? —pregunté.

—No, la luna llena, hará que se cumpla, sin importar qué

medicamentos bombees en alguien.

—¿Cuánto tiempo le va a tomar a Gregory para que vuelva a la normalidad?

Sus ojos miraron hacia abajo, luego hacia arriba, y no me gustaba que ella hubiera necesitado pensarlo tanto, como si algo no estuviera bien.

—La droga es probable que desaparezca en aproximadamente ocho horas, quizás más, quizás menos. Depende de muchas cosas.

—Así que él se queda aquí hasta que las drogas desaparezcan, entonces cambiará de forma y estará bien, ¿verdad? —Puse un acento, al final, para que fuera una pregunta, porque sabía que el ambiente estaba demasiado pesado para que fuera tan fácil.

—Me temo que no —dijo.

—¿Qué pasa, doctora?, ¿por qué tan solemne?

Ella me dio una pequeña sonrisa.

—En ocho horas, los daños a los oídos de Gregory pueden ser permanentes.

Le miré parpadeando.

—¿Quieres decir que se quedará sordo?

—Sí.

—Eso no es aceptable —dije.

Su sonrisa se amplió.

—Tú lo dices como si por pura voluntad pudiera cambiar las cosas, Anita. Te hace parecer más joven.

—¿Me estás diciendo que no hay nada que posamos hacer para curarlo?

—No, no estoy diciendo eso.

—Por favor, doctora, dímelo.

—Si fueras realmente su Nimir-Ra, entonces tú podrías ser capaz de llamar a su bestia y acelerar el cambio, incluso con las drogas en su sistema.

—Si alguien me puede decir cómo hacerlo, estoy dispuesta a darme un tiro.

—¿Así que tú crees que serás Nimir-Ra de verdad cuando llegue la luna llena? —preguntó Lillian.

Yo me encogí de hombros y bebí el café.

—No estoy cien por ciento segura, pero hasta ahora la evidencia dice que sí.

—¿Cómo te sientes sobre eso?

—¿De ser Nimir-Ra de verdad? —pregunté.

Ella asintió.

—Estoy tratando realmente de no pensar demasiado en ello.

—Haciendo caso omiso no hará que desaparezca, Anita.

—Lo sé, pero preocuparme por eso no cambiará mucho las cosas.

—Muy práctico de tu parte, si puedes lograrlo.

—¿Qué, no preocuparme?

Ella asintió de nuevo.

Me encogí de hombros.

—Me preocuparé por cada desastre cuando sea necesario.

—¿Puedes realmente dividirlo todo?

—¿Cómo podemos arreglar a Gregory?

—Lo tomo como un sí —dijo.

Le sonreí.

—Sí.

—Como dije, si tú fueras una Nimir-Ra en plena potencia, podrías ser capaz de llamar a tu bestia, incluso a través de las drogas.

—Pero como no he cambiado, ¿no puedo?

—Lo dudo. Es una habilidad bastante especializada, incluso entre los cambiaformas completos.

—¿Rafael puede hacerlo?

Ella sonrió, la sonrisa que la mayoría de los wereratas dan cuando se les pregunta sobre su rey. Era una sonrisa con calor y orgullo. Les gustaba y lo respetaban. Van por un buen liderazgo.

—No.

Eso me sorprendió, y más aún que lo haya dicho en mi cara.

—Te dije, es un raro talento. Tu Ulfric puede hacerlo.

La miré.

—¿Te refieres a Richard?

—¿Tienes otro Ulfric? —preguntó, sonriendo.

Casi sonrío.

—No, pero necesitamos a alguien que pueda llamar a los leopardos, ¿verdad?

Ella asintió.

—¿Quién? ¿Micah?

—Ya se lo he pedido a él. Ni él ni Merle pueden llamar a otra bestia. Micah se ofreció a tratar de curar a Gregory llamando a la carne, pero las

lesiones están más allá de él.

—¿Cuándo trató Micah de curar a Gregory?

—Mientras estabas bañándote —dijo.

—Me tomé una ducha rápida.

—No fue necesario mucho tiempo para él tener la certeza de que las lesiones de Gregory estaban por encima de sus capacidades.

—No sería machacar el punto de si no hay alguna esperanza.

—Puedo usar otros medicamentos para tratar de superar los efectos.

—Pero... —dije.

—Pero la combinación de las drogas podrían hacer explotar su corazón, los vasos sanguíneos o dañar en otros órganos principales hasta causarle la muerte.

La miré por un instante o dos.

—¿Qué tan grave son las probabilidades?

—Ya es bastante malo que necesite el permiso de su Nimir-Ra antes de intentarlo.

—¿Gregory no ha dado su permiso?

—Está aterrado. Él quiere ser capaz de oír de nuevo. Por supuesto que quiere probar, pero no estoy segura de que él piensa con claridad.

—Así que vienes a mí como un niño iría a un padre —dije.

—Necesito a alguien que piense con claridad para tomar una decisión en nombre Gregory.

—Él tiene un hermano. —Fruñí el ceño, porque me di cuenta de que no había visto a Stephen en el lupanar—. ¿Dónde está Stephen?

—Me han dicho que el Ulfric dio la orden al hermano de Gregory de no asistir esta noche. Algo acerca de lo injusto que sería para él ver a su propio hermano ejecutado. Vivian ha ido a buscarlo.

—Qué grande es mi Richard.

—Hablas amargamente.

¿Sí? Sonaba amarga, incluso para mí. Suspiré.

—Me siento frustrada, Lillian. Richard va a hacer que la gente que me importa sea sacrificada, por no hablar de sí mismo.

—¿Qué tanto riesgo es para ti como para el Maestro de la ciudad?

Fruñí el ceño.

—Creo que todo el mundo sabe una parte.

—Creo que sí —dijo.

—Sí, está arriesgando a todos por sus altos ideales morales.

—Los sacrificios son el valor de los ideales, Anita.

—Tal vez, pero no estoy al cien por ciento segura de que he mantenido un estrecho ideal como para comerciar con la gente que quiero por él. Por ideales se puede morir, pero no dejar que te saquen sangre, te hagan llorar o te hagan dejar de respirar.

—¿Así que tu cambiarías todos tus ideales por la gente que te importa? —preguntó.

—Ya no estoy segura de que tenga ideales.

—Todavía eres cristiana, ¿no?

—Mi religión no es un ideal. Los ideales son cosas abstractas que no se puede tocar ni ver. Mi religión no es abstracta, es muy real.

—No puedes ver a Dios —dijo—. No puedes tenerlo en la mano.

—¿Cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?, ¿eh?

Ella sonrió.

—Algo así.

—Vi una cruz cuando estalló en fuego blanco tan brillante que me cegó. He visto una copia del Talmud en llamas en manos de un vampiro, y aun después de que el libro había quedado en cenizas, el vampiro seguía encendido hasta que murió. He estado en presencia de un demonio y recitado escritura sagrada, y el demonio no podía tocarme. —Sacudí la cabeza—. La religión no es una cosa abstracta, Dra. Lillian, es la vida, la respiración, lo orgánico.

—Orgánico es una palabra más de Wicca que cristiano —dijo.

Me encogí de hombros.

—He estado estudiando Wicca con un psíquico y algunos de sus amigos por alrededor de un año, es difícil no grabarse algunas costumbres o palabras.

—No estudio Wicca para ponerte en una posición incómoda.

—¿Quieres decir que porque soy una monoteísta?

Ella asintió.

—Dios te ha dado el conocimiento y la formación, no es suficiente para el control de estas capacidades. La mayoría de las iglesias no aceptan cualquier denominación psíquica, y mucho menos a alguien que resucita a los muertos. Necesita formación, por lo que he encontrado personas para formar. El hecho de que no sean cristianos no los veo como un fracaso de la iglesia, no es un defecto de ellos.

—Hay brujas cristianas —dijo.

—He conocido a algunos de ellos. Todos ellos parecen ser fanáticos, como si tuvieran que ser más cristianos que nadie para demostrar que son lo suficientemente buenos para ser cristianos. No me gustan los fanáticos.

—A mí tampoco —dijo.

Nos miramos una a la otra en la cocina a oscuras. Ella levantó la taza de café. Le había entregado una pequeña con un caballero y un gran dragón que decía:

—Sin agallas, no hay gloria.

Lillian dijo:

—¡Abajo con los fanáticos!

Levanté mi propia taza en el aire. Era la taza del pingüino bebé, seguía siendo mi favorita.

—¡Abajo con los fanáticos!

Bebimos. Dejó su taza sobre la mesa y dijo:

—¿Tengo tu permiso para probar las drogas en Gregory?

Tomé una respiración profunda y deje escapar el aire lentamente, y luego asentí.

—Si él está de acuerdo, hazlo.

Se apartó de la mesa y se levantó.

—Voy a tener todo listo.

Yo asentí, pero me quede sentada. Estaba rezando cuando sentí que alguien entró en la habitación. Sin abrir los ojos, sabía que era Micah.

Esperó hasta que levanté la cabeza, y abrí los ojos.

—No quería interrumpir —dijo.

—He terminado —dije.

Él asintió con la cabeza y me dio esa sonrisa que era en parte diversión, en parte pena, y en parte otra cosa.

—¿Estabas rezando? —preguntó.

—Sí.

La luz jugó algunos trucos sobre sus ojos hacía que brillasen en la oscuridad, como si hubiera una chispa de fuego oculta en el fondo verde. Vi la ilusión de que no tenía ojos y la mayor parte de su rostro escondido en las sombras y la oscuridad. Sólo veía ese brillo resplandeciente, como si el color bailara hacia fuera de sus ojos se veía más real que el resto de él.

Sin ver su rostro, sabía que él estaba molesto. Lo sentí como una tensión en la espalda.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No puedo recordar la última vez que recé. —Me encogí de hombros —. Un montón de gente no reza.

—¿Por qué me sorprende que tú lo hagas? —preguntó.

Me encogí de hombros.

Dio un paso adelante, y la luz cayó sobre su rostro, y con una extraña mezcla de su sonrisa.

—Tengo que irme.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Qué te hace pensar que hay algo malo?

—El nivel de tensión entre tú y tus gatos. ¿Qué pasa, Micah?

Apretó el pulgar y el dedo índice contra sus ojos, los frotó, como si estuviera cansado. Parpadeó y sus ojos me parecieron joyas.

—Una emergencia pard. Tenemos un miembro que no pudo venir esta noche, y ella está en problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Violeta es nuestra versión de tu Nathaniel, la menos dominante de nosotros. —Lo dijo, como si eso lo explicara todo. Así lo hizo, y no lo hizo.

—¿Y? —dije.

—Y tengo que ir a ayudarla.

—No me gustan los secretos, Micah.

Suspiró, pasando los dedos por el cabello. Arrancó la liga de la cola de caballo, lo arrojó en el suelo, pasó las manos por los largos rizos que le llegaban al hombro, y otra vez, como si hubiera querido hacerlo toda la noche. El movimiento era duro, frenético por la tensión.

Me miró, con el cabello castaño oscuro en desorden alrededor de la cara y los ojos brillantes. En un instante pasó de ser este hombre agradable, atractivo a algo salvaje y extraño. No fue sólo el cabello o los ojos de gatito. Su bestia hacia burbujas contra mi piel como el agua hirviendo. Había sentido su poder, pero no así, tan caliente. Entonces me di cuenta que podía ver como el calor venía. Fluyó sobre él, invisible, pero casi como algo medio visto por el rabillo del ojo. Casi podía ver la forma de algo monstruoso cerniéndose a su alrededor, como el calor que sube del pavimento en el verano, algo ondulante. Había estado alrededor de cambiaformas durante años y nunca había visto nada igual.

Merle apareció en la puerta.

—¿Nimir-Raj, es algo malo?

Micah se volvió, y me dio una imagen de su espalda, algo grande y casi invisible, se movía justo por encima de su cuerpo. Su voz salió baja y gruñendo.

—¿Si te equivocas, posiblemente podrías estar equivocado?

Gina empujó a Merle pasando por un lado.

—Tenemos que ir, Micah.

Micah levantó las manos, y la otra imagen se trasladó con él. No se veían las garras o la piel, sólo la insinuación de que nadaba a su alrededor. Se cubrió los ojos con las manos, y vi las garras fantasmales pasar, más allá de su cara. Viendo que me mareaba, me apoye a la mesa para no perder el equilibrio y la realidad.

Había oído a Marianne decir que podía ver el aura del poder de la gente y licántropos, pero nunca lo había visto antes.

Sentí sus impulsos eléctricos de magia a la distancia, el calor, la piel, la sensación de abandono, como el mar que se remonta desde la orilla. Levanté mi cara para ver, y la imagen se había ido, se la tragó su cuerpo.

Fijó la mirada en mí.

—Parece que has visto un fantasma.

—Estás más cerca de lo que crees —dije.

—Ella tiene miedo de tu poder —dijo Gina, y no había desprecio en su voz.

Le miré.

—Vi tu aura, la vi como un fantasma alrededor de tu cuerpo.

—Lo dices como si nunca lo hubieras visto antes —dijo Micah.

—No la había visto.

Gina lo tomó del brazo, suave pero firmemente, y trató de tirar de él hacia la puerta. Él apenas la miró, y sentí su presencia, su personalidad, por falta de una palabra mejor, como algo casi tangible. Se dejó caer al piso, apretando la mano, frotando su mejilla contra él.

—No quería ofenderte, Micah.

La expresión de su rostro era fría. Su poder, su fuerza comenzaron a llegar a través de la habitación.

—Nimir-Raj —dijo Merle—, si vas, entonces debes irte. Si no te vas...

—Su voz era cuidadosa, casi dulce, con un tono compasivo, y no entendía por qué.

Micah gruñó a Merle, creo. Entonces, su voz salió normal, humana.

—Sé cuál es mi deber como Nimir-Raj, Merle.

—Nunca me atrevería a decir cuáles son las funciones de un Nimir-Raj —dijo Micah.

Micah de repente parecía cansado de nuevo, toda esa energía lo agotaba. Ayudó a Gina a ponerse en pie, aunque parecía extraño ya que era más alta por una cabeza.

—Vamos.

Todos se volvieron hacia la puerta.

—Espero que el leopardo este bien —dije.

Micah miró hacia atrás.

—¿Si fuera Nathaniel, te negarías ir y responder a la llamada por ayuda?

Sacudí la cabeza.

—No.

Él asintió y se volvió hacia la puerta.

—Yo tampoco. —Vaciló y dijo sin volverse—. Voy a llevar a Noah y a Gina conmigo, pero ¿está bien si dejo aquí a Merle y Caleb?

—¿No los necesitas contigo?

Miró hacia atrás, sonriendo.

—Sólo vamos a recoger a Violeta. No es necesario llevar músculos, y tú podrías querer un poco adicional.

—¿Quieres decir que en el caso de que las personas de Jacob sigan molestas?

Su sonrisa se amplió.

—Puede que, sí, en caso de que continúen molestos.

Luego, ya se habían ido a la otra habitación, y me quedé sola en la mesa. Lillian volvió a entrar, con los ojos entornados.

—¿Qué? —pregunté.

Ella sacudió la cabeza.

—No es mi asunto.

—Así es —dije.

—Pero si lo fuera...

—Pero no lo es —dije.

Ella sonrió.

—Pero si lo fuera, diría dos cosas.

—Lo vas a decir de todos modos, ¿no?

—Sí —dijo.

Me hizo un gesto con la mano y siguió adelante.

—Primero, es bueno ver que dejas seguir a tu corazón con alguien nuevo. En segundo lugar, no conozco a este hombre muy bien. Ten cuidado a quién le das tu corazón, Anita.

—No le he dado a nadie mi corazón, todavía.

—Todavía no —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Te das cuenta de que me has instado a seguir mi corazón y a no seguirlo?

Ella asintió.

—Esos son las contradicciones de la vida —dije.

—Soy consciente de eso.

—Entonces, ¿no quieres un consejo?

—Ambos, por supuesto.

Sacudí la cabeza.

—Vamos a salvar a Gregory y después me preocuparé por mi vida amorosa cada vez más sórdida.

—No puedo prometerle que vamos a salvar Gregory, Anita.

Levanté una mano.

—Recuerdo las probabilidades, Doc. —La seguí afuera hacia la sala a oscuras y traté de creer, realmente creer en los milagros.



Decidimos hacerlo en la parte de atrás de la casa que estaba cubierta. Mi manada contaba con un par de acres de bosques. No tenía vecinos. No había nadie que nos viera. La parte cubierta era también dos veces el tamaño de la cocina, y era la única parte de la casa sin alfombras. Una vez que un cambiaformas cambia en la alfombra que es de lavado a vapor, lo limpias tu misma, o contratas a alguien para hacerlo. No fui la que sugirió que Gregory arruinaría la alfombra, en realidad fue Nathaniel. Era, después de todo, la persona más probable que pasara la aspiradora entre las visitas del ama de llaves. Ni siquiera estaba segura de que sabía dónde estaba el aparato.

Gregory estaba acurrucado en el centro del suelo, con la cabeza en el regazo de su hermano, sus brazos alrededor de la cintura desnuda. Sólo el pelo rubio rizado, pálido en la luz de la luna, cubría la parte superior del cuerpo de Stephen. Estaban desnudos hasta la cintura preparados para el

cambio. Él iba a salir al bosque con su hermano. Esto suponiendo que Gregory podría sobrevivir el cambio. Teníamos cincuenta a cincuenta de oportunidad, las probabilidades no estaban mal, si todo lo que estuviera a punto de perder fuera dinero, pero cuando era la vida de alguien, solo a medias no sonaba tan bien.

Stephen me miró. Sus ojos azules eran plateados por la luna. Estaba pálido y etéreo. Su rostro estaba lleno de emoción, sus ojos tenían una inteligencia y una demanda que Stephen no solía mostrar. Era sumiso, frágil en todos los ámbitos de su vida, pero en ese momento hizo una demanda con sus ojos, su cara, el dolor que mostró en los hombros, la manera feroz en que tocó a su hermano, todavía estaba acurrucado en su regazo, en una caída de largos rizos y piel pálida. Gregory estaba desnudo en una noche de verano, y hasta ese momento no me había dado cuenta. La desnudez no me hizo pensar en el sexo, me hizo pensar en lo terriblemente vulnerable que era.

Stephen me miró y me preguntaba con cada línea de su cuerpo, veía la desesperación en sus ojos, lo que era demasiado sumiso a decir en voz alta. No necesito ser telepática para saber lo que quería. Salva, salva a mi hermano, él me gritó con sus ojos. Decirlo en voz alta habría sido redundante.

Vivian, que era tan frágil y sumisa como Stephen, dijo en voz alta de todos modos.

—Por favor, trata de llamar a su bestia, al menos, prueba antes de usar las drogas.

La miré, y debe de haber visto algo en mi cara que le dio miedo, porque ella se dejó caer de rodillas y se arrastró hacia mí. No era el tallo elegante que los leopardos podrían hacer. Era como la cabeza de un hombre torpe, lento, gateando, los ojos en blanco. Ella estaba mostrando la versión sumisa de la conducta del leopardo, y yo lo odiaba. Odiaba que ella sintiera esa necesidad, como si yo fuera un ogro que era necesario aplacar, pero dejé que lo hiciera. Richard me había mostrado lo que ocurre en un grupo cuando el dominante se niega a ser dominante.

Se apoyó en mis piernas, empujando su cuerpo contra mí, con la cabeza hacia abajo. Normalmente, los leopardos rodean las piernas como los gatos, pero esta noche Vivian sólo presionaba contra mis piernas más como un perro asustado que un gato disfrutando. Me incliné para tocar sus cabellos y la oí murmurar en voz baja, tan suave:

—Por favor, por favor, por favor. —Tendría que ser más fría de lo que soy si va a pasar por alto el suave pedido.

—Está bien, Vivian, voy a tratar.

Frotaba la mejilla a lo largo de mis pantalones vaqueros cuando levantó la cabeza, mostrando el blanco de sus ojos, de nuevo, como un perro asustado. Vivian siempre ha sido tímida a mí alrededor, pero nunca le había visto a este nivel de miedo antes. No creía que fuera la tortura de Gregory que hubiera hecho la diferencia. Creo que fue el hecho de que le había disparado a Elizabeth y llenado de agujeros. Sí, probablemente fue lo que lo hizo. Y no podía socavar la lección tranquilizadora a Vivian ahora de que no iba dispararle. Merle y Caleb estaban escuchando, y si realmente se van a combinar nuestros pards, temía que no era una mala manera para empezar.

Miré a través de la cubierta y encontré a Merle mirándome. Todavía estaba completamente vestido, pantalones vaqueros, botas, chaqueta de jeans sobre el pecho desnudo, la cicatriz que muestra como un rayo de luna a través de su estómago. Nos miramos uno al otro, y la fuerza en su mirada, el potencial físico que brillaba a su alrededor, hizo erizar mi pelo en la parte de atrás del cuello. Me había pasado años en torno a hombres y monstruos peligrosos; Merle era ambos. Si pudiera hacerlo realmente tener miedo de mí, sería una cosa buena.

Caleb, por otra parte había comenzado a despojarse de la ropa, como todos los demás, y sólo por mi protesta, apoyada por Merle, había mantenido sus pantalones. Caminó descalzo, los anillos de su pezón y ombligo capturaron la luz de la luna. Me estaba mirando y lo sabía por la chispa del anillo de su ceja. Estaba dando vueltas a Cherry, que nunca se había vestido después de ayudar a Gregory en el baño. Se puso de pie y cómodamente desnuda, haciendo caso omiso de él.

El hecho de que él estaba prestando atención a su desnudez era una violación del protocolo entre los cambiaformas. Sólo cuenta la desnudez si ha sido invitado a tener relaciones sexuales. A falta de eso, todo el mundo fingió que era tan neutro como una muñeca Barbie.

Zane se interpuso entre Cherry y Caleb, dando un gruñido. Caleb se echó a reír y retrocedió. No necesitamos otro dolor en el culo mi socio, y eso es lo que Caleb era.

La Dra. Lillian estaba de pie detrás de nosotros junto a una enorme aguja lista para empezar. Los dos guardaespaldas wereratas, Claudia e Igor,

estaban detrás de ella. Me habían sorprendió poniéndose armas en el coche de camino otra vez. Las armas no eran permitidas en el lupanar, pero eran guardaespaldas y las armas de fuego eran una buena cosa para los guardaespaldas. Claudia tenía una Beretta de 10 mm escondida detrás de su espalda. El hecho de que podía llevar a una de 10 mm, decía que tenía las manos algo mucho más grandes que las mías. Igor tenía una funda para el hombro con una Glock 9 mm. Ambas eran buenas armas, y los dos wereratas las manejaban como si supieran lo que estaban haciendo. Rafael había insistido en que se quedaran sólo en el caso de que Jacob, o sus aliados, tuvieran una idea acerca de un salvaje ataque preventivo.

Claudia e Igor estaban en la típica pose de guardia, las manos cruzadas delante de ellos, con una mano sosteniendo la muñeca opuesta. Por lo general es una cosa como que de hombres, o una cosa de deportista, pero los guardaespaldas también lo hacían. Es como que sostuvieran sus propias manos para tranquilizarse.

Sus rostros eran neutrales. Ellos estaban aquí para protegerme, no a Gregory. ¿Acaso no les importa, o no se parecen?

Nathaniel se apoyó en la barandilla, con un par de pantalones cortos, con el pelo colgando como una cortina oscura alrededor de su cuerpo, todavía húmedo por el baño. Dejaba siempre que el cabello se secara naturalmente. Su rostro estaba sereno. Reflejaba simpatía, como si él confiara en mí para hacer todo bien. De todas las caras, la suya era la más inquietante. Estaba acostumbrada a que la gente tuviera miedo de mí, con el tiempo, pero a la suave adoración a eso no estaba acostumbrada.

Miré hacia abajo a Vivian, aún presionada contra mis piernas. Había miedo en sus ojos, pero también había esperanza.

Le toqué la cara y le di una sonrisa.

—Haré lo que pueda.

Ella sonrió, y estaba radiante. Ella siempre fue hermosa, pero cuando sonreía, era como una niña que se asomaba, a una persona más feliz y más libre que la Vivian que conocía. Valoraba esa sonrisa de niña en ella, porque la veía tan raramente.

Caminé los pocos metros hasta los dos hombres. Stephen estaba todavía de rodillas, su hermano, acurrucado en su contra. Él me miraba con ojos cautelosos. Él frotaba su mano sobre la espalda desnuda de Gregory y otra vez en círculos pequeños, de la manera que acaricias a un niño enfermo cuando quiere un toque para que sepa que va a estar bien. Mirando a los

ojos de Stephen, sabía que él no creía eso. Él no creía que Gregory estaría bien, y le aterraba.

Me arrodillé junto a ellos y quedé casi de la misma altura que Stephen. Me encontré con su mirada pálida, que me demandaba, y dije:

—Voy a tratar de curarlo.

Fue Caleb quien dijo:

—Si Micah no pudo curarle, ¿por qué crees que puedes?

Yo no me molesté ni siquiera en mirar hacia él.

—No se pierde nada con intentarlo.

—Tú no has visto tu primera luna llena —dijo Merle—. No puedes llamar a la carne y curarlo, todavía no, tal vez nunca. Llamar a la carne y curar es un talento poco común.

Yo miraba a Merle.

—No voy a llamar a la carne, ni siquiera estoy segura de cómo funciona.

—Entonces, ¿cómo vas a curarlo? —preguntó Merle.

—Con la Munin.

—¿Cómo un fantasma hombre lobo va ayudar a sanar a un wereleopardo?

Sacudí la cabeza.

—He curado a los leopardos antes de usar el Munin.

—Has sanado Nathaniel —dijo Cherry—, dos veces, pero a nadie más.

—Si funciona para uno de ustedes, debe hacerlo para todos —dije.

Cherry frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Tú curas con Raina, todo es sexo con ella, y deseabas a Nathaniel de esa manera. Nunca te has sentido atraída por Gregory.

Me encogí de hombros. Ella era bastante buena expresando las mismas dudas que yo tenía, pero al oírla en voz alta las hacía sonar peor. Me sentí más dudosa de que pudiera hacerlo y más cachonda porque necesitaba la atracción sexual para sanar. Pero estaba superando el sentimiento cachondo. Si pudiera salvar a Gregory de ambas maneras, el escuchar y su vida, un poco de vergüenza no era un precio demasiado alto a pagar.

Miré a Gregory, todavía acurrucado en posición fetal apretado alrededor de la cintura de Stephen. Se le pegó como si su hermano fuera la última cosa sólida en el universo, como si le soltara que habría un remolino de distancia y se perdería.

Le toqué el pelo, ligeramente, y lo quité de su cara para que me viera a través de una maraña de rizos pálidos. Barría los rizos de su cara. Era un gesto que utilizaría para un niño. Una vez odié a Gregory por causa de algunas cosas que había hecho cuando Raina y Gabriel estaban vivos. Sin embargo, el momento en que fueron muertos él sabía que había una elección, había dejado de hacer la mayoría de ellas. ¿Será que me hizo Nimir-Ra a propósito? Al mirar fijamente en los ojos muy azules no creí en eso. No era ingenuidad, era solo una garantía de que Gregory no era dominante. Para decidir, incluso en una fracción de segundo, para cambiar el status quo, que estaba profundamente más allá de él. Haría un debate, o pediría un consejo, o pediría permiso, pero no tomaría una decisión unilateral, sin algunos comentarios. Sabía eso de Gregory. Richard no lo sabía.

Le toqué la cara, elevándola para que me mirara sin tener que hacer ese rollo de los ojos que me inquietaba. Demasiado servil para mí gusto. Me quedé en ese bello rostro, mi mirada se deslizaba por la caída de rizos, la línea de la espalda, la curvatura de su cadera, pero no sentí nada. Pude apreciar su belleza, pero lo intenté muy duro en pensar en mis leopardos como neutros. Tú puedes ser amigo de alguien y tener sexo con él. El truco es que tienes que querer más su bienestar emocional y físico de lo que quieres joder con él. Si se cruza esa línea y quieres más sexo que su felicidad, entonces tú no eres su amigo. Su amante, tal vez, pero no su amigo.

Pero era más que eso. Cherry estaba en lo cierto, Gregory nunca me había conmovido de esta manera. Suspiré y me llevé la mano detrás de él.

—¿Qué pasa? —preguntó Stephen.

—Está muy a la vista, pero...

Stephen casi sonrió.

—Pero necesitas algo más que una cara bonita para la lujuria.

Me encogí de hombros.

—A veces pienso que mi vida fuera más simple, pero sí.

—Recuerdo que tenías que hablar la primera vez que sanaste a Nathaniel —dijo, con voz suave.

Yo asentí.

—Lo recuerdo también.

Gregory se sentó, observándonos a los dos, tratando de leer los labios, creo. Había algo desesperado sobre la forma en que trataba de descifrar lo

que estábamos diciendo. Dios, por favor déjame ayudarlo. Estaba tan asustado.

—Creo que él es más como un niño, sin ofender.

—¿Crees que más como un niño que un seductor, es una buena cosa?
—dijo Stephen.

—No te disculpes por ello.

Cherry se unió a nosotros, de rodillas sobre los talones, su cuerpo es largo y curvo en líneas elegantes.

—¿Has llamado a Raina en el lupanar, sin lujuria? ¿Verdad?

Yo asentí.

—Puedo llamar a la Munin de Raina, a veces incluso si no quiere, pero siempre exige un precio antes de irse.

—Tú no sedujiste a alguien en el lupanar por la noche —dijo.

—No, pero la maldita comenzó una lucha para golpear a Richard, y formaba parte de lo que Raina estaba haciendo. Disfrutaba de mi pérdida de control, y... y estaba preocupada por la manada esta noche. No le gusta lo que ha hecho Richard. Creo que suavizó sus demandas, por eso.

—Y ella no se preocupa por nosotros como lo hace por los lobos.

—No, no lo hace.

—¿Qué, tienes miedo? —preguntó Stephen—. Eso molesta a Gregory.

Sacudí la cabeza.

—Temo a Raina, y lo que será.

—Tú has curado a Nathaniel en el bosque y no ha hecho nada terrible para él —dijo Cherry.

—No, pero tenía Richard y había un equilibrio entre la manada y yo, para ayudarme a controlar a través de las marcas. Sin la ayuda extra en esa zona, la idea de pago de Raina puede ser un poco desordenada.

—Define desordenado —dijo Stephen.

—El sexo, la violencia. —Me encogí de hombros—, desordenada.

—Tienes el leopardo aquí ahora —dijo Cherry—. Tú puedes usarnos para mantener el equilibrio.

Era la verdad, sin Micah aquí no estaba segura de poder hacerlo. Al igual que Richard era mi puerta a los lobos, Micah era mi puerta para los leopardos. ¿O sí? Estaba tomando esto como había tratado con Richard y Jean-Claude, como si yo fuera el extraño y ellos eran mis pases. Pero ¿sería realmente la reina de los leopardos? Si realmente era Nimir-Ra, entonces debería ser capaz de hacer esto sin Micah. Me di cuenta el momento en que

dudaba de que, aún estaba esperando que no me fuera a transformar en la próxima luna llena. No importa la cantidad de pruebas en contra, todavía no lo creía. Tal vez no quería creerlo. Pero quería curar a Gregory, en verdad lo quería.

Miré a todos ellos y sabía que Cherry tenía razón. Si era Nimir-Ra, entonces tenía todo lo necesario para equilibrarme. Si no era Nimir-Ra, entonces no funcionaría. ¿Qué tenemos que perder? Miré a Stephen y a Gregory, su cara era un espejo, sus ojos asustados, y sabía exactamente lo que tenía que perder si no lo intentaba.

Tomé la funda con la Firestar, tire de la parte delantera de mis pantalones vaqueros y miré a mi alrededor. Si iba a pedir por los leopardos, no quería tener que preocuparme por la pistola. Le hice señas a la wererata Claudia. Ya que todavía estaba de rodillas, ella se alzaba por encima de mí, sólo dos pulgadas más baja que Dolph. Tuve que admitir que era impresionante, más aún porque era una mujer.

Le entregué la pistola enfundada a ella, y la tomó.

—Asegúrate de que nadie dispare con ella.

Me frunció el ceño.

—¿Tú crees que alguien va a tratar de conseguir el arma?

—Yo, tal vez.

Profundizó el ceño.

—No lo entiendo.

—Raina se divierte con la violencia. No quiero estar llevando una pistola cuando llame la Munin.

Las cejas de Claudia estaban arrugadas.

—¿Quieres decir que ella va a tratar de dispararle a alguien?

Yo asentí.

—¿Ella lo ha intentado antes?

Asentí con la cabeza de nuevo.

—En Tennessee cuando estaba practicando con el Munin, sí.

Claudia sacudió la cabeza.

—No parecías preocupada en el lupanar.

—Puedo llamarla una vez y estar bien, probablemente. Pero si la llamo demasiadas veces a menudo, muy cerca, es como si ella creciera —dudé—, se hace más fuerte, o tal vez simplemente me canso de luchar.

—Ella era una perra cuando estaba viva —dijo Claudia.

—Muerta no ha cambiado mucho —añadí.

La mujer alta se estremeció.

—Me alegro de que los wereratas no tengan nada parecido a la Munin. La idea de una entidad dentro de mí me hace estremecer.

—A mí también —dije.

Ella me miró, pensativa ahora.

—Voy a mantener el arma en una caja fuerte. ¿Hay algo más que Igor y yo podemos hacer para ayudar?

Traté de pensar en algo, pero sólo una cosa vino a la mente.

—Si los leopardos no pueden controlarme, asegúrate de que no le haga daño a nadie.

—¿Qué tan grave va a ser esto? —preguntó ella.

Me encogí de hombros.

—Normalmente, no estaría preocupada, pero la última vez que la llamé ella no consiguió su pedazo de carne, o de sexo. Golpear a Richard la hizo feliz, pero... —Traté de explicar—. La llamé tres veces seguidas para la práctica, sin molestar ni herir a nadie. Mi maestra, Marianne, y yo pensábamos que era una señal de que estaba ganando el control de Raina. Entonces la cuarta vez que la llamé, fue peor de lo que había sido nunca. Tú pagas dependiendo de cómo te vas con Raina, o se termina debiéndole a ella, y la deuda viene con interés, y el interés se paga en el infierno.

—¿Entonces me das los cuchillos, también? —preguntó Claudia.

Ella tenía un punto, ningún retruécano previsto. Quitó las vainas de la muñeca, y las entregué a ella.

—Pensé que podías controlar esta mierda. —Caleb estaba sólo un poco por detrás y al lado de Claudia. Estaba mirando a la mujer alta, como si se preguntara qué haría si se trataba de subir a ella. Casi me lo quería probar, porque estaba bastante segura de lo que sucedería, e incluso más segura de que me gustaría verlo. Caleb necesita que alguien le dé una buena lección.

—Yo puedo.

—Entonces ¿por qué todas las precauciones?

Podría haber dicho sobre el tumulto en Tennessee cuando la Munin de Raina en una especie de juego de etiqueta entre los pack de Verne casi lo transforma en un momento en una violación, conmigo como el rapee, pero no lo hice. En cambio dije:

—Si no vas a ser útil, quédate a un lado y cierra la boca.

Abrió la boca como si fuera a protestar, pero Merle dijo:

—Caleb, haz lo que ella dice.

Su voz era tranquila, un tono suave, pero parecía funcionar en Caleb como un encanto.

—Claro, Merle, cualquier cosa que digas. —Él fue a pararse a un lado, cerca de la Dra. Lillian e Igor.

Miré a Merle.

—Gracias —dije.

Sólo inclinó la cabeza hacia mí.

La Dra. Lillian dijo:

—Tomo esto como que quieres que espere para la inyección.

Yo asentí.

—Sí.

Se dio la vuelta y regresó a través de las puertas correderas de cristal, a la casa a oscuras. Todos los demás se quedaron donde estaban, mirándome. Incluso Caleb, enfadado con los brazos cruzados, seguía viendo el espectáculo.

Me quité mi camisa y sentí más que ver las reacciones de toda mi gente, como el viento a través de un campo de trigo, involuntariamente. Nunca me desnudé frente a la gente a menos que fuera absolutamente necesario.

—Encaje negro, me gusta —dijo Caleb.

Empecé a decir algo, pero Merle lo golpeó.

—Cállate, Caleb, y no te lo voy a repetir.

Caleb se acomodó en la barandilla, con los brazos abrazándose a sí mismo, la cara arrugada en un mal humor que le hacía parecer aún más joven.

—Adelante —dijo Merle—, no va a interrumpir de nuevo.

Le miré. Es malo que tuviera que interferir. Minó mi autoridad, pero como no estaba del todo segura de que tenía autoridad sobre Caleb, estaba bien, supongo. Pero me molestaba. Sólo no estaba segura de qué hacer al respecto.

—Agradezco la ayuda, pero si nuestro pards realmente se fusiona, Caleb va a tener que aprender a respetarme, no a ti.

—¿No quieres mi ayuda? —preguntó.

—La prioridad esta noche es Gregory, pero Caleb y yo vamos a tener que llegar a un entendimiento.

—¿Vas a dispararle a él también?

Traté de leer la cara de Merle y fracasé. Una especie de hostilidad en blanco fue todo lo que mostró.

—¿Crees que voy a tener que dispararle?

Merle dio una sonrisa muy pequeña.

—Tal vez.

Me hizo sonreír un poco.

—Genial, justo lo que necesito, otro problema de disciplina con mi socio.

Su sonrisa se desvaneció.

—No somos tus gatos, Anita, todavía no.

Me encogí de hombros.

—Lo que tú digas.

—Nosotros no somos tuyos —dijo.

Miré su cara y vi algo transversal en la luna. Tal vez si hubiera tenido mejor luz podría haberlo descifrado.

—¿Por qué la idea de que esté a cargo te molesta tanto?

Sacudió la cabeza.

—No es que estés a cargo lo que me molesta.

—Entonces, ¿qué es?

Sacudió la cabeza de nuevo.

—Lo que me molesta es que trates de estar a cargo y no, no muy, muy mal.

—Hago lo que puedo, Merle, eso es todo lo que puedo hacer.

Él asintió con la cabeza.

—Creo en ti, pero he visto un montón de gente hacer todo lo posible y todavía no pueden.

Se encogió de hombros y me dejó ir.

—Se pesimista en tu propio tiempo, Merle, necesitamos un poco de esperanza aquí, no negativismo.

—Me callo, entonces —dijo, lo que implica que si no podría ser negativo no tenía nada que decir. Bien por mí.

Me volví hacia Gregory y vi sus grandes ojos asustados. Le toqué la cara suavemente, tratando de aliviar algunos de los miedos, pero él retrocedió muy ligeramente, cuando le toqué. Tú recibes suficiente abuso en tu vida, y empiezas a pensar que cada mano que se ofrece es un golpe que esperas.

—Vas a estar bien, Gregory —dije. Puesto que no podía oírme, debo decir que ha sido para tranquilizarme. No parecía hacer nada a Gregory.

Traté de ver a Gregory como un objeto de lujuria, y nada. Pasé las

manos por la suave piel de la espalda, le agarré un puñado de sus rizos amarillos, miré sus preciosos ojos, pero lo único que sentía era lástima. Todo lo que podía sentir era protección hacia él y lo mucho que quería mantenerlo a salvo. Él estaba totalmente desnudo, sentado frente a mí, y él era encantador. No había nada malo en el aspecto que tenía, excepto que no veía Gregory de esa manera. Confiaba en mí para encontrar una manera de hacer virtud de un problema.

Me volví a Stephen, que aún estaba de rodillas junto a nosotros.

—Lo siento, es hermoso, pero quiero tenerlo, mantenerlo a salvo, no tener relaciones sexuales con él, y los instintos de protección no van hacer salir a Raina.

Cherry dijo:

—Tú simplemente llamaste a Raina en el lupanar. ¿Por qué es diferente?

Me miró, de pie, desnuda y cómoda en la barandilla de la cubierta. Zane estaba a su lado, vestido, y tan cómodo.

—Puedo llamar a Raina, pero no puedo garantizar que ella me ayudará a sanar a Gregory. La curación viene generalmente con lujuria, no sin ella.

—Llámalas —dijo Stephen—. Una vez que esté aquí tal vez el resto vendrá.

—¿Te refieres a llamar a su Munin, y luego tratar de que lo cure?

Se veía muy solemne, pero asintió con la cabeza.

—Tú sabes cuál es su idea de sexo, Stephen.

Él asintió con la cabeza de nuevo.

—Confía en mí —dijo.

Extrañamente, lo hice. Él no era dominante, de hecho, era muy a menudo una víctima, pero Stephen haría lo que dijo, a cualquier costo. Había una obstinación desesperada en él, no importa la frecuencia con que lo derribara.

—Voy a llamar a la Munin.

—Y me aseguraré de que Raina vea a Gregory de la forma en que tiene que verlo.

Nos miramos uno a otro en uno de esos momentos de entendimiento casi perfecto. Stephen haría cualquier cosa para salvar a su hermano, y yo haría cualquier cosa para ayudarle a hacer eso.



Me senté sobre los talones delante de Gregory, y me abrí a la Munin, bajé la barrera que mantenía a Raina, y ella se derramó a través de mí como agua caliente, arriba, arriba, montada en una ola de entusiasmo que no había tenido en el lupanar. Un escalofrío de miedo me atravesó. Sabía que era una mala señal, pero no peleé con ella. La dejé entrar, deje que me llenara, deje que la risa burbujeara de mi garganta.

Cuando miré a Gregory, no tuve problemas para verlo como un objeto sexual, pero Raina veía casi todo el mundo como un objeto sexual, no era una sorpresa.

Le toqué la cara, acaricié la línea de la mandíbula. Gregory tenía los ojos como platos. Me di cuenta en ese momento que él no podía saber qué diablos estábamos haciendo, o lo que había cambiado. Podría llamar a Raina y pensar racionalmente. Había luchado mucho para ser capaz de hacer eso. Podría estar distante, mientras que mi mano se deslizaba por el

pecho desnudo de Gregory. Podría dejarle la mano en su cintura, y Raina no podía obligarme a menos. Se enredó en mi cabeza, me daba una imagen visual de la forma de lobo, sacándolo de mí. Pero era sólo un elemento visual, como un sueño, no podía hacerme daño a mí, ni a nadie.

Raina hablaba en mi cabeza.

—Este lobo todavía tiene dientes, Anita.

—Tú sabes las reglas —dije.

—¿Qué? —preguntó Stephen.

Sacudí la cabeza.

—Estoy hablando con Raina.

—Esto es escalofriante —dijo Zane.

Estaba de acuerdo con él, de todo corazón, pero Raina ya estaba hablando en mi cabeza, y no podía contestarle.

—Conoces las reglas, Anita, ¿no?

—Sí.

—Hago lo que me plazca...

—Y trato de detenerte —terminé por ella.

—Como en los viejos tiempos —dijo la voz en mi cabeza.

Empezaba a sonar como la relación que había tenido cuando estaba viva. Ella quería besar a Gregory, y no luchar contra él. Fue un beso con la boca abierta, pero suave, nada que me asustase demasiado. A su manera, Raina iba aprender a trabajar conmigo, también.

Nunca había besado a Gregory antes, nunca lo quise. Todavía no le quería. Besar, en cierto modo, es más íntimo que el coito, más especial. Me separé de sus labios, y Raina era tan feliz al besar el lado de su cuello. Su piel estaba caliente y olía a jabón. Enterré mi cara en su cabello en la parte posterior de la oreja y encontré el pelo aún húmedo, con olor a mi champú.

Traté de llamar a la curación de Raina, pero ella luchó conmigo.

—No, no hasta después de mi recompensa.

En realidad había recostado a Gregory, y debo haberlo dicho en voz alta, porque Stephen preguntó:

—¿Qué recompensa?

Sacudí la cabeza.

—Raina no lo curará hasta después de haberse... alimentado. —Era un tipo de alimentación; a su manera era como el *ardeur* de Raina, salvo que sólo necesitó la alimentación cuando la llamé por su deseo, no el mío.

—¿Qué quieres? —pregunté en voz alta, porque todavía no me sentía

cómoda con tener conversaciones en silencio en mi cabeza.

Ella me dio un vistazo de besarlo por el pecho, su espalda, y lo siguiente que recuerdo claramente era un beso suave al lado del ombligo de Gregory. Estaba tumbado sobre su espalda, me miraba con ojos desenfocados. Estaba acostada en su cuerpo, sujetando sus piernas, el pecho casi desnudo presionado por encima de su ingle. No me acordaba de cómo llegué ahí. Mierda.

Me salí de él, y Raina vino como el calor, corriendo por mi cuerpo, dibujando la boca hasta la cadera, lamiendo a lo largo de ese pequeño hueco justo donde la cintura se reúne en la ingle. Gregory se retorció bajo el golpe de mi boca, y tanto como había tratado de ignorarlo, señaló bajo nuestra mirada a la entrepierna.

Estaba duro, listo, pero la vista de Raina lo empujó hacia atrás, me dejó en el control, no porque era vergonzoso, pero porque nunca había visto a Gregory erecto antes. Seguía siendo hermoso a la vista, pero era de una forma extraña, casi enganchado al final. No sabía que los hombres podrían ser de esa manera, y me paré en seco.

Raina gritaba en mi cabeza, rugió sobre mí en un arrebato del recuerdo del cuerpo. El recuerdo era el de Raina estaba en cuatro patas con un hombre detrás de mí. No podía ver quién era, lo único que podía hacer era sentir. Había encontrado ese lugar en el cuerpo de la mujer, y la fiebre del orgasmo estaba cerca. Raina arrojó «nuestra» cabeza hacia atrás, una ráfaga de cabello castaño tirando libre de la cara, y vi el reflejo de Gregory en el espejo de la habitación.

Raina susurró en mi cabeza:

—Siempre es así con él desde atrás, debido a su forma.

Rompí libre el recuerdo y me encontré a cuatro patas al lado de Gregory, con una mano en su cuerpo. Me caí hacia atrás, porque los recuerdos compartidos no funcionan sin contacto físico.

Volví la cara para no verlo desnudo y listo, porque todavía podía sentir el recuerdo de él dentro de mi cuerpo, el cuerpo de Raina. Una mano me tocó el brazo desnudo, y el torrente de recuerdos de este tiempo fue abrumador. Yo estaba allí.

Me llenó la boca y la garganta, entró en mi boca como un chorro de calor espeso, y con su cuerpo tembloroso, fue una paliza, rompió los dientes en la carne gruesa, tierna, y nos lo comimos. Había sangre derramada y Raina bañada en ella.

Luché libre de él, gritando, gritando, y alguien más estaba gritando. Era Gregory. Por un horrible segundo abrí los ojos, porque él recuerdo era tan fuerte que no podía decir la diferencia entre él y la realidad. Pero cuando pude ver de nuevo, fue todo, arrastrándose lejos de mí, de la memoria compartida. Debido a que era uno de los regalos de Raina, la capacidad de compartir el horror.

Todavía podía sentir el grosor de la carne en la boca, sabor de sangre y cosas más gruesas. Me arrastré a la barandilla, vomité y perdí todo lo que había comido ese día.

Alguien vino detrás de mí, y me alargó la mano, la cabeza todavía colgando sobre el borde oscuro de la cubierta.

—No me toques.

—Anita, es Merle. Nathaniel dijo que debería ser alguien que nunca había compartido algo con la... —vaciló un momento—, con la lupa anterior. Yo no la conozco. Ella no te puede hacer daño a través de mí.

Mantuve mi cabeza en mis manos. Se sentía como que iba a separarse.

—Tiene razón.

Su control sobre mis hombros fue tan vacilante como sus palabras. Me apartó de la barandilla y el mundo se desplomó. Merle me cogió, me abrazó contra su pecho.

—Está bien.

—Todavía puedo degustar la carne y la sangre y... ¡oh, Dios! ¡Dios! —grité, y no ayudaba, no para esto. Merle me abrazó apretada contra su pecho, mis manos, cubriéndome los costados, como si hubiera tratado de hacerme daño. Pensé que lo sabía, pero no sabía más. Meses de práctica, y Raina aún podía hacerme esto.

Grité sin palabras una y otra vez, como si yo pudiera sacar a gritos los recuerdos de mí. Cada vez que respiraba oía susurrar Merle:

—Está bien, está bien, Anita, todo bien.

Pero no estaba bien. ¿Qué Raina me lo hubiera mostrado, no estaba bien? Merle me llevó al baño, y no protesté. Caleb cogió un paño húmedo y lo puso en mi frente, sin una palabra de burla. Un pequeño milagro, lo que necesitábamos.



Raina se había ido, huyó riendo, satisfecha de sí misma. Dios, odiaba a esa mujer. Ya la había matado, no podía hacer otra cosa con ella, pero como quería. Quería hacerle daño como ella había hecho a tantos otros, pero creo que era un poco tarde para eso.

La Dra. Lillian arrojaba una pequeña luz brillante en mis ojos y trataba de conseguir que siguiera sus dedos. No estaba haciendo un buen trabajo al parecer, porque ella no estaba feliz.

—Estás en estado de shock, Anita, y también lo está Gregory. Estaba en shock un poco antes de empezar, pero maldita sea.

Parpadeé y traté de centrarme en ella. Mis ojos no podían establecerse en cualquier cosa, como si el mundo estuviera temblando, pero no tenía sentido. ¿Tal vez era la que estaba temblando? No podría decirlo. Apreté el cobertor que habían puesto a mi alrededor, acurrucada en mi sofá blanco en medio de las almohadas de colores, y no podía entrar en calor.

—¿Qué dice, doctora?

—Estoy diciendo que las posibilidades de Gregory son peores de cincuenta y cincuenta por ciento.

Parpadeé y luché para mirarla, mirarla a los ojos, para pensar.

—¿Qué tan grave?

—Setenta y medio, tal vez. Está enroscado en la cubierta en una manta, temblando más que tú.

Sacudí la cabeza, y no podía parar. Hablé sin abrir los ojos.

—Vi... ¿cómo curó a Gregory...? —Me detuve, y lo intenté de nuevo —. ¿Qué hizo él para sobrevivir... lo que hizo con él?

—Podemos volver hacer crecer cualquier parte del cuerpo, menos la decapitación, a menos que se añada fuego a la herida para cerrarla. No podemos curar las quemaduras, a menos que la carne quemada se elimine totalmente, en efecto, hacer una nueva herida. —Su voz era amarga, feroz. Nunca la había oído tan enojada.

La miré.

—¿Qué te pasa?

Lillian miró hacia abajo, no me sostenía la mirada.

—Era el médico de guardia la noche que hizo eso a Gregory. Vi la realidad, no sólo un recuerdo.

Sacudí la cabeza, y tuve que enterrar mi barbilla sobre las rodillas para detener el movimiento.

—No era un recuerdo con la Munin, Doc, era real. Era como... era como una película de acción en vivo, pero conmigo en ella. —Abracé mis rodillas y traté desesperadamente de no pensar, no volver a examinar lo que había experimentado. Si realmente tuviera un poco de suerte quedaría absolutamente en blanco. Incluso mi mente por fin había encontrado algo tan terrible que no podía hacer frente a ello. De una manera extraña, era reconfortante. Por fin había encontrado una línea que no podía cruzar.

—Si trato ahora de forzar a Gregory a la forma animal, probablemente voy a matarlo —dijo la Dra. Lillian.

Enterré mi cara en mis rodillas, a la clandestinidad. Hablé con mi boca enterrada contra el espesor de las cubiertas.

—No puedo intentarlo de nuevo.

—Nadie te está pidiendo que llames a esa perra de nuevo.

—Anita. —Era Nathaniel.

No fue su voz que me hizo mirar hacia arriba, fue el rico olor del café

amargo. Lo encontré sosteniendo mi taza de bebé pingüino llena de café. Estaba muy claro, mucha azúcar, mucha crema, bueno para el choque. Infierno, bueno para todo.

Él me ayudó a sacar mis manos de la manta y me envolvió alrededor de la taza. Mantuve la taza apretada, y me tomó varios segundos darme cuenta de que me estaba quemando. No me preocupé, le entregué la taza de vuelta a Nathaniel. La tomó, y miró mis manos rojas. Tenía quemaduras de primer grado, y no había sentido el calor hasta que fue demasiado tarde.

—Maldi... —dije en voz baja.

Lillian suspiró.

—Voy a buscar un poco de hielo. —Ella nos dejó solos.

Nathaniel se arrodilló delante de mí, teniendo cuidado de no derramar el café. Merle y Cherry se deslizaron en la sala mientras seguía mirando mis manos enrojecidas. Cherry se sentó a mi lado en el sofá. Todavía estaba desnuda, pero no importaba. Nada parecía importar. Merle se quedó de pie, y ni siquiera me molesté en mirarlo. Lo único que veía eran las puntas de plata de sus botas.

—Nathaniel dijo que le tocaste la bestia cuando lo marcaste —dijo Cherry.

Parpadeé a ella, mirándola a los ojos pálidos. Yo asentí. Me acordé de un momento, después de haberle marcado la espalda, donde había sentido su bestia conmocionada por el contacto de mi poder, y había estado seguro de que podría llamar a esa parte de él, le hace cambiar de forma para mí. Todavía estaba asintiendo con la cabeza, y me paré, diciendo:

—Lo recuerdo.

Lillian volvió a salir con bolsas para aplicarme hielo en mi manos envuelta en una pequeña toalla.

—Trata de no hacerte daño a sí misma durante unos minutos. Voy a volver para comprobar a Gregory. —Ella me dejó con los tres leopardos y mi hielo.

—Si tú tocaste la bestia de Nathaniel, existe la posibilidad de que podrías llamar la de Gregory ahora.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo.

Cherry se apoderó de mi brazo.

—No te apartes de nosotros ahora, Anita, Gregory te necesita.

El primer brote de cólera se abrió paso entre el choque.

—He hecho mi mejor jodido intento para él esta noche.

Dejó caer la mano de mi brazo, pero no la mirada.

—Anita, por favor, Merle piensa que tú puedes ser lo suficientemente fuerte como para llamar a la bestia de Gregory, incluso antes de la primera luna llena.

Apreté la toalla cubierta de hielo en mi pecho. El frío repentino en el pecho casi desnudo ayudó a aclarar mi mente.

—Pensé que no era posible antes de que cambie por primera vez.

—Contigo, Anita —dijo Merle—, sería un tonto para decir lo que puedes y no puedes hacer.

Dejé el hielo sobre la colcha en mi regazo y mire hacia el hombre grande.

—¿Por qué el cambio de pensamiento? No pude hacer nada con Gregory ahí en la cubierta.

—Tú corres riesgo de ti misma para uno de tus gatos. Es en el mejor de los casos muy Nimir-Ra, o Nimir-Raj, es lo que tienen en ellos, asumir grandes riesgos por su pueblo.

Toqué la toalla, tenía un rincón húmedo, y sabía que la bolsa de plástico no se había cerrado completamente. Cerré bolsa al lado correcto para que no se derramara más.

—¿Qué quieres de mí? —Mi voz sonaba tan cansada como me sentía.

Merle se arrodilló delante de mí, y me encontré con sus ojos. Había una mirada en ellos que no quería en estos momentos. Parecía confiar en mí, y no me sentía digna de confianza. Sentí miedo.

—Que llames la bestia de Gregory.

—No sé cómo. Cuando estaba con Nathaniel, era... —suspiré.

—Fue sexual. —Cherry terminó para mí.

Yo asentí.

—No creo que tenga ese tipo de estado de ánimo con Gregory de nuevo esta noche. No creo que él, o yo, podríamos manejarlo si fallaba otra vez.

—Llamar a la bestia no tiene que ser sexual —dijo Merle.

Conocí su extraña mirada de confianza. Yo estaba más allá del cansancio. Simplemente no me quedaba nada esta noche, no para Gregory. No quería tocarlo otra vez esta noche. Una parte de mí temía que Raina hiciera una aparición no planificada, aunque sabía que era casi imposible para ella ahora. Yo tenía un mejor control de eso. Pero...

—¿Cómo voy a tocar de nuevo Gregory y no recordar eso?

—No sé —dijo Cherry—, pero por favor, Anita, por favor, ayúdalo.

—¿Cómo llama a su bestia sin el estado de ánimo? —pregunté.

—Tú necesitas hablar con alguien que puede llamar a la bestia de su pueblo —dijo Merle.

Le miré.

—¿Tienes a alguien en mente?

—Me dicen que tu Ulfric puede llamar a la bestia de sus lobos.

Yo asentí.

—Eso he oído.

—Si llama a un lobo a la forma, mientras lo observa, entonces podría ser capaz de mostrarte cómo hacerlo.

—¿De verdad crees que funcionará? —pregunté.

—No sé —dijo—, ¿pero no vale la pena intentarlo?

Le entregué la bolsa de hielo.

—Claro, si Richard viene.

Nathaniel le contestó.

—Richard se culpa por las lesiones de Gregory. Si le ofrecemos la oportunidad de sanarlo, él vendrá.

Miré a Nathaniel, observé la inteligencia en sus ojos claros. Era una de las cosas más perspicaces que jamás había oído decirle. Esto me dio sólo un poco de esperanza, que, efectivamente, Nathaniel podría ser sanado, que estaba mejorando. Necesitaba un poco de esperanza en ese momento, pero seguía siendo desconcertante que Nathaniel conocía tan bien a Richard, era observador. Eso significaba que había subestimado a Nathaniel. Seguí equiparando la sumisión a ser inferior, y en realidad no era el caso. Algunas personas optan sólo servir, no los hace menos, simplemente diferente. Miré a la cara y me pregunté ¿qué más había perdido, o qué otra cosa me mostraría? Fue una noche de revelaciones, ¿por qué diablos Richard no se uniría a nosotros? ¿Podría ser mucho peor? Por favor, que haya una respuesta.



Me lavé los dientes y me senté en la mesa de la cocina en la oscuridad, bebiendo café mientras esperábamos. Nathaniel estaba descalzo en la acolchonada habitación, con el pelo suelto rodando alrededor de su pecho desnudo, se había puesto los jeans.

—¿Cómo está Gregory? —pregunté.

—Dra. Lillian colocará una vía intravenosa en él, para ayudar con el choque —dijo Se detuvo junto a la mesa, no exactamente en frente de mí.

—Richard estará aquí dentro de una hora o menos. Si le colocó una vía intravenosa en el entonces... —Dejé mi la oración en el aire.

Nathaniel terminó para mí.

—Gregory está muy herido.

Lo miré en la cocina a oscuras. La única luz era la pequeña sobre el fregadero. Dejó la mayor parte de la habitación en sombras.

—No me refiero a las heridas que recibió de los lobos, ¿no?

Sacudió la cabeza, todo el pelo deslizándose por su cuerpo. Un largo mechón cayó sobre un hombro, y él movió la cabeza para colocarlo de nuevo atrás. Nunca había estado en torno a un hombre que tuviera el pelo tan largo, por ejemplo, y que estuviera tan cómodo con él.

—Siguió hablando Raina, —dijo Nathaniel, mantuvo un juramento en voz baja. Su voz había caído bajo, casi un susurro. Estaba mirando por encima de mi cabeza en cosas que no podía ver, y probablemente no quería.

Le toqué el brazo.

—¿Estás bien?

Él me miró, sonrió, pero no estaba contento. Movié la mano para sostener la mía. Su puño apretado como si necesitara la comodidad.

—Háblame, Nathaniel.

—Te di las copias de tres de mis películas. —Él sonreía, todo este tiempo, antes de que pudiera decir nada—. Sé que nunca las viste. Cuando te las di a ti, todavía pensaba que eras como Gabriel y Raina, que tenía que ser sexo, que te gustaría el porno. Ahora comprendo que tú cuidas de nosotros no importa porqué, no por la lujuria de nosotros o porque te gusta uno de nosotros, pero sólo, porque... —Se arrodilló, sin soltar mi mano, apretándola contra su pecho con las suyas. Puso su cabeza sobre mi regazo, su rostro se apartó de mí. Un mechón grueso de pelo de su cara, así podía ver su perfil cuando se apoyó en mí.

Nos sentamos allí por unos momentos, lo esperaba para continuar, tal vez lo que me esperaba lo sabía, pero el silencio no era tenso. Uno de nosotros lo llenaba cuando estábamos listos, y ambos lo sabíamos. Él fue el que suspiró, manteniendo una mano en mi mano, presionado a él, la otra mano enroscándose en mi pierna. Podía sentir los latidos de su corazón contra la palma de mi mano.

—Hice más películas que sólo esas tres. La mayoría de ellas con Raina. Gabriel no me dejaría como un amante, o un esclavo. Creo que sabía que iba a matarme, pero en la película donde las cosas podían ser controladas...

—Abrazó a su cuerpo contra el mío, agarrándome.

—¿Qué pasó? —dije, en voz baja.

—Ella hizo eso a Gregory, como una especie de diversión... Pero cuando él sobrevivió, ella quería hacer una versión de lo mismo en una película.

Estuve muy quieta durante un segundo o dos. Creo que dejé de respirar, porque cuando mi aliento, finalmente salió, me sacudió.

—¿Tú? —pregunté.

Él asintió con la cabeza, la mejilla todavía pulsando a mi muslo.

—Yo.

Acaricié su pelo, miré al más joven de ellos. Era seis años más joven que yo, casi siete, pero parecía que debería haber décadas entre nosotros. Hasta tal punto era una víctima, la carne de cualquier persona.

—Gregory no lo haría otra vez, dijo que se mataría primero, y Gabriel debió haberle creído.

Seguí acariciando su pelo, porque no sabía qué otra cosa hacer. ¿Qué le dices a alguien, mientras te susurra horrores al oído, te dice sus más íntimos secretos de pesadilla? Te sientas y escuchas. Y tú les das la única cosa que puedes, silencio y la seguridad para hablar y ser escuchado.

Bajó la voz, suave, hasta que tuve que inclinarme sobre su cara para escucharlo.

—Me esposaron, y me sabía el guión. Sabía lo que iba a suceder, y estaba emocionado. El miedo hizo que la anticipación fuera casi insoportable.

Apoyé la mejilla contra la suya, sentí el movimiento de su boca mientras hablaba, y me quedé muy, muy tranquila. No tenía nada que ofrecer, sólo mi silencio, y mi contacto.

Me susurró:

—Me gustan los dientes, que me muerdan, me gusta mucho el daño. Fue maravilloso hasta el... —Cerró los ojos, volvió la cara en mis pantalones vaqueros, como si hasta ahora no podía mirar el recuerdo. Había levantado la cabeza cuando se movió, pero puse un tierno beso en la parte posterior de la cabeza.

—Está bien, Nathaniel, está bien.

Dijo algo, pero yo no podía entenderlo.

—¿Qué?

Movió la cabeza lo justo para que su boca no quedara enterrada en contra de mi pierna.

—Dios, me dolió. Me tomó en pedazos, quería que durara más de lo que duró con Gregory.

Todo su cuerpo se estremeció con un gran escalofrío, y me incliné sobre él, mi mano libre en su espalda, sacando el cabello para que pudiera llegar a su piel. Le acaricié por encima de su espalda, y encontré todas las marcas de mordeduras que había dejado en su piel. No me había sentido

mal por haberlo marcado, hasta ahora. Ahora me sentía como si lo hubiera utilizado como todo el mundo lo hacía.

Acurruqué mi cuerpo sobre él, abrazándolo en mi regazo, teniéndole tan cerca como pude.

—Lo siento, Nathaniel, lo siento.

—No tienes nada que lamentar, Anita. Nunca me has hecho daño.

—Sí, lo he hecho.

Se levantó lo suficiente para ver mis ojos. Se veía tan joven, con los ojos muy abiertos.

—Me encanta que me hayas marcado, no lo siento. —Me dio una pequeña sonrisa—. Si comienzas a sentirte culpable por ello, no lo volverás a hacer, y en verdad quiero que lo hagas.

—Si yo pienso en ti, Nathaniel, para el *ardeur*, o la carne, o lo que sea, te estoy usando. Yo no uso la gente.

Me sostuvo la mano tan fuerte que casi dolió.

—No me hagas esto.

—¿El qué?

—No me castigues por decirte cómo Raina me hacía daño.

—No te estoy castigando.

—Te dije esa cosa horrible, y empiezas a sentirte mi protectora, y culpable. Sé cómo eres, Anita, te dejas la cabeza en el camino de lo que tanto necesitas.

—¿Y qué es exactamente eso? —Y hasta yo podía escuchar la impaciencia, casi la ira, en mi voz.

Se levantó más, su rostro estaba cerca del mío, por lo que me incorporé, alejándome de él.

—Tú me necesitas para alimentar el *ardeur*, y necesito tener un lugar de pertenencia.

—Eres bienvenido en mi casa siempre y cuando lo necesites, Nathaniel.

Sacudió la cabeza, batiendo el pelo con impaciencia, soltó mi mano, las colocó sobre las rodillas, la mitad se arrastraba bajo la mesa pues él estaba de rodillas entre mis piernas, aunque sólo sus manos tocaban la parte superior de las rodillas. Me miró.

—No, me toleras. Hago algunas tareas domésticas, mandados, pero no te pertenezco. No vas a través de tu día pensando en mí. Yo estoy aquí, pero no soy parte de tu vida, eso lo sé. Si me eliges como tu *Pomme de sang*, entonces voy a ser alguien. Finalmente te perteneceré de una manera

que ambos podamos vivir con esto.

Sacudí la cabeza.

—No, Nathaniel, no.

Agarré sus rodillas y recogí todo su cuerpo conmigo y lo moví hacia atrás con un golpe, por lo que podría caber debajo de la mesa. Ni siquiera me puse tensa cuando lo hice. Puse las manos en los brazos de la silla, deslicé la parte inferior del cuerpo contra la silla, poniéndome de rodillas a cada lado de sus caderas.

—¿Y de quién más vas a alimentarte todos los días? ¿Richard? ¿Jean-Claude? ¿Micah?

—El *ardeur* puede ser temporal —dije.

Puso una mano en ambos lados de la cintura.

—Si es temporal, entonces piensa en mí, hasta que desaparezca. Si es permanente...

—No quiero alimentarme de nadie.

Sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura, giré su cabeza, y me di cuenta que estaba llorando.

—Por favor, no hagas esto, Anita, por favor, no hagas esto.

Acaricié su pelo, su cara, y no sabía qué decir. ¿Qué iba a hacer si el *ardeur* era permanente? Richard no permitiría que nadie se alimentara de él por cualquier razón la misma regla que yo tenía. Jean-Claude está literalmente muerto para el mundo, es él que más necesita alimentarse. Micah era todavía un signo de interrogación. Pero, en cierto modo, me alimenté de Nathaniel porque era el único que me dejó, eso era peor.

Levanté su cara hacía mí, una mano en cada lado. Las lágrimas brillaron en sus mejillas, en la tenue luz. Le besé en la frente, le besé los ojos cerrados, como lo haría a un niño.

—¿He llegado hasta aquí, justo a tiempo, o estoy interrumpiendo? — Richard se encontraba en la puerta. Mierda en el momento perfecto, como siempre.



Me quedé inmóvil con la cara de Nathaniel acunada en mis manos, arrodillada entre sus piernas bajo la mesa tratando de esconder la mayor parte de él, recién levantada de besarlo, y sabía cómo era. No estaba segura de poder explicar la satisfacción de Richard. Que yo sepa, Richard no sabía nada del *ardeur*, sin embargo, y en ese momento no quería decirle.

Puse otro tierno beso en la frente de Nathaniel y se echó hacia atrás. No iba a actuar como si hubiera hecho algo mal cuando no lo hacía. Nathaniel tomó mi ejemplo, poniendo su cabeza en mi regazo, me di cuenta de que significaba que era invisible desde la puerta, la mesa ocultaba lo que estaba haciendo.

Richard entró en la cocina como un viento furioso, su poder mordiendo a lo largo de mi piel. Llegó hasta donde él podía ver que Nathaniel tenía su mejilla contra mi muslo, mirando al hombre más grande, ya que sobrepasaba a los dos.

Jamil y Shang-Da estaban a su lado. Eran buenos guardaespaldas, pero algunas cosas no pueden mantenerse a salvo de los guardaespaldas.

Sentí que mi cara estaba neutra, vacía, vagamente agradable.

—Estaba reconfortando a uno de mis leopardos, ¿hay algo de malo en eso?

—Se ve muy cómodo —dijo Richard, la voz suficientemente suave, pero su poder estaba caliente, como si se abriera la puerta de un horno.

Se lamía los labios. Iba a tener que explicarle el *ardeur*, tarde o temprano, y como quería que nos ayudara a salvar Gregory, esta noche era probablemente el momento adecuado.

—Nathaniel y yo estábamos discutiendo algunos efectos secundarios de las marcas de vampiro.

—¿Quieres decir el *ardeur*? —dijo.

Me sorprendió y me deje mostrar.

—¿Quién te dijo?

—Jean-Claude pensó que debería saber. Él me animó a venir y estar aquí para ti en la mañana.

—¿Y qué le dijiste? —Mantuve mi voz tan neutra cómo fue posible, pero no tanto como yo quería que fuera.

—No le deje a él, o Asher, o cualquiera de ellos, que se alimentaran de mí sangre o cualquier otra cosa. No veo por qué debería cambiar esa regla sólo porque eres tú y el cambiar sexo en lugar de sangre.

—¿Te explicó que si no me alimento de ti, o él, todavía tengo que alimentarme de alguien?

—Siempre estará tu Nimir-Raj. —El desprecio de su voz era lo suficientemente grueso como para caminar.

—Micah fue llamado a un viaje de negocios pard.

—¿Realmente crees que no estará de vuelta antes de la mañana para que puedas tomarlo?

Le miré fijamente, esperando ver en su rostro la rabia. Richard era uno de esos grandes hombres que nunca parecían grandes a menos que él estuviera enojado. Parecía grande ahora, y no estaba impresionada.

Empecé a acariciar el pelo de Nathaniel, y él se acurrucó en contra de mis piernas, dejando con facilidad la tensión de su cuerpo.

—Tú me dejaste, ¿recuerdas?

—¿Y tú jodiste por primera vez, antes o después de que te enteraste que te había dejado?

Tuve que pensar en eso por un segundo o dos.

—Después —dije.

—¿Has llorado mi pérdida, cuanto, medio segundo?

Sentí el calor subir hasta mi cara. Estaba fuera de la superioridad moral, y explicar que se trataba del *ardeur* no era lo suficientemente bueno para Richard.

—Estamos los tres metidos en este lío, no empeores la situación.

—¿No quieres decir cuatro de nosotros, o son cinco ahora?

Debo haberlo mirado como me sentía, en blanco.

—No sé de qué estás hablando.

Agarró la mesa y la empujó hacia atrás. Nathaniel quedó enroscado alrededor de mis piernas y sólo lo miró. Nunca le pedí mi pistola a la wererata. Alcancé mi cuchillo de la espalda, pero no estaba realmente dispuesta a herir a Richard, todavía no, no por esto. No podía luchar brazo a brazo con Richard, y ganar, así que realmente mi única opción era sentarme, mirarlo completamente tranquila, y decirle con mi expresión facial lo malditamente idiota que estaba siendo.

Empujó la mesa otra vez, haciendo la madera rechinar, luego se arrodilló junto a Nathaniel y empujó a su largo cabello hacia atrás. Enseñó su espalda y se quedó mirando las marcas de mordedura.

—¿Eso es todo? —preguntó en voz alta, su poder tan fuerte que era como estar pisando en agua hirviendo, hasta la barbilla, y seguía en aumento.

—No —dije.

Richard se apoderó de la parte posterior de los pantalones cortos de Nathaniel y tiró, el movimiento fue tan violento que todo el cuerpo de Nathaniel se movió con él. Oí el botón de la parte superior de los pantalones cortos rebotando en el suelo. Richard tiró abajo los pantalones y se quedó mirando las marcas de mordedura, donde se perdía cada vez más bajos.

Richard se inclinó hacía Nathaniel, no muy conmovedor, pero era como una enorme presencia, y sentí a Nathaniel moverse en mi contra.

Richard susurró al oído:

—¿Ella te lo chupó? Ella es buena en eso.

—Eso es suficiente, Richard.

Nathaniel respondió:

—No.

—Tienes tanto miedo de mí que no puedo decir si estás mintiendo o no.
—Cogió un puñado de pelo de Nathaniel y tiró de él hacia atrás, le llevó lejos de mí. Tenía una mano en la vaina de la muñeca con los cuchillos y no recordaba cómo lo atraje. La punta presionada contra la garganta de Richard, y hasta yo estaba sin aliento con la velocidad de la misma. Debe haber sido una falta de definición de movimiento. No fue una velocidad humana.

Todo se congeló.

Shang-Da y Jamil vinieron a la sala. Apreté el punto más profundo contra el cuello de Richard.

—No interfieran, muchachos.

Dejaron de moverse. Conocía a Richard y encontré que la mirada de sus ojos había cambiado a ámbar lobo.

—Déjalo, Richard. —Mi voz era baja, pero al parecer llenó la sala.

—No me vas a matar por esto. —Su voz era baja, con cuidado, también.

—¿Matar?, no, ¿pero sangrar? Oh, sí.

—Soy necesario para que te ayude a salvar a Gregory.

Podía sentir los latidos de su pulso contra la punta de mi cuchillo.

—No voy a permitir que lastimes a Nathaniel para salvar a Gregory.

De hecho su control en el pelo de Nathaniel se hizo más estricto, y apreté el punto suficiente para extraer la primera gota carmesí.

—¿Te molestaría si este no fuera Nathaniel? —dijo.

—Esta es la única advertencia que jamás te daré, Richard. Nunca toques a una de mis leopardos de nuevo.

—¿O qué? ¿Me vas a matar? No creo que lo hagas.

Me di cuenta en ese momento de que si no estaba dispuesta a matarlo, no podría amenazarlo. Y realmente no estaba dispuesta a matarlo, no por esto, todavía no.

Retire la hoja de su cuello y lo miré relajarse, el saco la tensión fuera de él, su mano aún en el cabello de Nathaniel. Me moví sin pensar, y fui tan rápida que le corté con el cuchillo el antebrazo antes de que pudiera reaccionar. Él se apartó, se puso en pie y dio un paso atrás, con el brazo sangrando. El corte era más profundo de lo que yo quería que fuera, porque me pase de él. La sangre goteaba de entre sus dedos. Jamil y Shang-Da se movieran en la sala.

Me levanté y llevé Nathaniel conmigo, él se subió los calzoncillos para

cubrirse. Cerré las puertas francesas a nuestras espaldas.

—Nunca más pongas las manos en mis leopardos, Richard, tú o alguno de tus lobos.

Jamil estaba ayudando a Richard prensando una toalla sobre la herida. Shang-Da había ido por la Dra. Lillian.

—Te serviría si simplemente me fuera y te dejara a ti y a tus leopardos para valerse por sí mismos.

—¿Tú dejarías que Gregory se quedara permanentemente sordo, o muerto, porque tuvimos una pelea? Está en peligro porque no pudiste controlar tu temperamento, o a tus lobos.

—Es mi culpa, ¿verdad?, mi culpa.

Le miré, Nathaniel estaba detrás de mí, el cuchillo ensangrentado todavía lo tenía en mi mano.

Richard soltó una risa que sonaba más a dolor que humor.

—He dejado todo por esta noche. —Me miró, y había algo feroz en su rostro que no era su bestia, pero sólo pura emoción. Ira, dolor, tan profundo que era como la angustia—. Voy a ayudarte a sanar a Gregory, porque tienes razón, es mi culpa. Tomaré esto —planteó el brazo herido, mientras que Jamil todavía lo tenía—, porque tú eres nueva, no tenía derecho a tocar uno de los tuyos. No hubiera permitido abusos en contra de uno de mis lobos tampoco.

La Dra. Lillian entró, echó una mirada y comenzó a regañarnos de que éramos como niños que no podían jugar bien juntos.

—Vas a necesitar puntos de sutura. Es una vergüenza para los dos.

Richard miró por encima de su cabeza mientras limpiaba la herida. Creo que no estaba realmente mirándome, estaba mirando a Nathaniel. Estaba realmente celoso. Celoso de una manera que no debería haber sido. ¿Qué le ha dicho Jean-Claude del *ardeur* y sobre Nathaniel, y sobre lo que habíamos hecho todos juntos en el circo? Jean-Claude en realidad no miente, pero podría hacer las cosas peor de lo que eran si le convenía. Pero ¿qué finalidad tenía con poner a Richard celoso de Nathaniel? Tenía que preguntar a Jean-Claude acerca de eso. Tuve tiempo de llamarlo mientras cosían a Richard.



TREINTA Y CUATRO

Jean-Claude sólo admitió decir la verdad absoluta. Sin embargo, agregó, si a causa de que el señor Zeeman estaba celoso de Nathaniel, esto no era tan malo.

—Él te compartiría conmigo, porque debía, y él te compartirá con Micah también, porque debe, porque ambos son alfas, dominantes. Pero compartir con alguien como Nathaniel «es diferente».

—Has cambiado algo de la historia para hacer la actitud de Nathaniel más como una amenaza, ¿no?

—No, *Ma petite*, simplemente dije la verdad sin dejar nada fuera. No está del todo feliz con Jason tampoco.

—Jean-Claude, tú no puedes hacer esto a Richard. Lo vas a enloquecer.

—Lo suficiente, quizá, para que finalmente reconozca que no puede vivir sin ti, y que debe llegar a un acuerdo con nuestro triunvirato.

—Tú, come mierda maquiavélica, estás jugando con él.

—Estoy tratando de manipularlo para que haga lo que debe hacer si queremos sobrevivir. En caso de que tenga que ser maquiavélico, que así sea.

—Estás haciendo las cosas peor —dije.

—No lo creo así. Creo *Ma petite*, que todavía no entiendes a los hombres. Muchos renuncian a una mujer si no están contentos con ella. Pero otros hombres intentan reclamarla suya, y a menudo, se encuentran que aún la quieren.

—¿Tú y Micah no son suficiente competencia? —pregunté.

—Como te lo he explicado, nosotros somos sus iguales. Nathaniel es menor, y menor que la polla de su orgullo.

—No pensé que Richard tenía ese tipo de orgullo destructivo.

—Creo que hay muchas cosas que tú no sabes acerca de nuestro Richard.

—¿Y tú?

—Soy, después de todo, un hombre, *ma petite*. Creo que entiendo la psique masculina un poquito mejor que tú.

No podía discutir con eso.

—Bueno, dame un mano a mano la próxima vez que tú planees hacer cualquier maniobra. Podrías haber conseguido que uno de los nuestros muriera.

Suspiró.

—Subestimé la terquedad de los dos. Mis disculpas por eso.

Apoyé la frente contra la pared de la cocina.

—Jean-Claude...

—¿Sí, *ma petite*?

Cerré los ojos.

—Dime exactamente lo que tú piensas de Richard, de Nathaniel y lo que piensas de mí.

—Te dije la verdad absoluta, *ma petite*, nada más y nada menos.

Me di la vuelta, me puse de espaldas a la pared, miré hacia la cocina vacía. Richard estaba en el baño de abajo consiguiendo una cosida. Nathaniel estaba con los otros leopardos. Le había dado órdenes estrictas de que no se quedara solo. Y que simplemente no estuviera cerca de Richard y le diera un motivo de pelea. Sería demasiado... ridículo o patético.

—¿Y qué significa eso, que tú me has dicho la verdad, ni más ni

menos?

—No te va a gustar.

—No me gusta ahora, que no me lo digas, Jean-Claude.

—Le dije lo que había sucedido con el *ardeur*, y añadí mi propia convicción de la razón por la que tan a menudo está Nathaniel a tu alrededor cuando el sexo está en el aire es que lo encuentras atractivo sexualmente.

—Eso no hizo a Richard venir aquí y empezar una pelea.

—Me acuerdo que agregué que es posible que tú encuentres refrescante a un varón menos exigente después de nosotros dos. Alguien que no te haga tantas exigencias, alguien que sólo te acepte como eres.

—Si hice eso —dije.

—Así que bueno —dijo—. Pero no soy el que ha estado viviendo en tu hogar durante meses, y por el olor de Nathaniel cuando entra al trabajo, sé que comparte tu cama.

—Cualquiera de los wereleopardos son bienvenidos en la habitación cuando se quedan aquí es como un montón de cachorros, no es sexual.

—Si tú lo dices. —Su voz era suave, burlona.

—¡Maldito seas, Jean-Claude!, tú sabes que no veo a Nathaniel de esa manera.

Suspiró, y fue pesado.

—Creo que estás mintiendo, *ma petite*, pero a ti misma.

—No estoy en amoríos con Nathaniel.

—¿Alguna vez te dijo?

—Entonces, ¿de qué estás hablando?

Hizo un pequeño sonido exasperado.

—*Ma petite*, tú todavía crees que debes amar a todo hombre que venga a ti físicamente. No es así. Se puede tener un muy agradable, incluso maravilloso sexo con un amigo. No tiene que ser amor.

Estaba moviendo la cabeza, me di cuenta de que no podía verme, y dije:

—No tengo sexo casual, Jean-Claude, tú lo sabes.

—Lo que estás haciendo con Nathaniel, *ma petite*, no es casual.

—No puedo usarlo como mi *Pomme de sang*. No puedo.

—Tu moral ha criado tus feas cabezas, *ma petite*, no dejes que te hagan tonta.

Abrí la boca para protestar por todo lo que había dicho, pero la cerré y sólo pensaba en lo que había dicho durante unos segundos. ¿Encuentro a

Nathaniel atractivo? Bueno, sí. Pero me encontré con un montón de hombres atractivos. Eso no significa que tenía que tener intimidad con ellos.

—*Ma petite*, te oigo respirar. ¿Qué estás pensando?

Lo que dije me hizo tener un nuevo pensamiento.

—Cuando nos casamos con las marcas casi podía leer tu mente, a menos que te concentraras para que no fuera así. Ya no es así. Tal vez el *ardeur* sea temporal, también.

—Tal vez, no podemos perder la esperanza.

—Si tengo el *ardeur*, voy a tener que tener relaciones sexuales. ¿No es eso lo que querías?

—Sería un tonto al negar que tu castidad forzada es onerosa, pero nunca estaría dispuesto a infligir el *ardeur* a nadie. ... Es una maldición, *ma petite*. La sed de sangre me parece que puede ser saciada. Mi cuerpo puede tener el *ardeur*. Pero, oh, *ma petite*, nunca está realmente satisfecho. Siempre hay ese dolor, esa necesidad. ¿Cómo te gustaría esto a ti? Aunque si nuestro señor Zeeman cooperara, podría ser la respuesta para que vosotros dos finalmente llegaran a un arreglo permanente.

—¿Qué, a vivir juntos?

—Tal vez. —Su voz era muy cuidadosa cuando dijo esta palabra.

—Richard y yo no podemos estar en una habitación durante una hora, sin discutir, a menos que estemos teniendo sexo. De alguna manera no creo que lo haga la felicidad doméstica.

Era la primera emoción que me dejaba sentir a través del teléfono. Se sintió aliviado.

—Quiero lo mejor para todos nosotros, *ma petite*, pero como las cosas se vuelven más complejas cada vez, ya no estoy seguro de que sería lo mejor.

—No me digas que tus maquinaciones no incluyen un plan de refuerzo para cubrir cualquier eventualidad. Tú eres el final, no me digas que te perdiste un truco.

—Vi a Belle Morte llenar tus ojos. Adquieres capacidades, como si fueras un Vampiro Maestro, o un Licántropo Maestro. ¿Cómo no pude haber previsto todo esto?

Hubo un frío nudo de miedo en el centro de mi estómago.

—Así que finalmente admites que no sabes bien qué diablos está pasando.

—*Oui*, ¿te gusta? —Escuché el primer brote de rabia en su voz—. ¿Estás contenta ahora, *ma petite*? Estoy bien y realmente fuera de mi profundidad. Nadie ha tratado de forjar una alianza como la que tenemos, no una alianza del maestro y sus dos esclavos, sino de tres iguales. No creo que aprecie lo dulce que soy cuando se trata del acaparamiento de mi poder. Los lobos son mis animales para llamar. Muchos maestros se han obligado a ser simplemente un complemento de sus propios vampiros.

—Los animales de Nikolaos para llamar eran las ratas, no los lobos —dije—. En el momento en que asumí el cargo de Maestro de la Ciudad, Marcos y Raina eran una manada demasiado fuerte para que los convirtiera en un complemento de su alimentación. Maldición, hasta los vampiros que maté, eran probablemente más poderosas que tú y tus vampiros.

—¿Estás insinuando que la única razón de que no soy un tirano, es porque no tengo la fuerza de las armas para que así sea?

Pensé por un segundo, y luego dije:

—Yo no lo estoy insinuando, lo estoy diciendo.

—¿Tan poca opinión tienes de mí?

—Yo sé lo que eras hace dos, casi tres años, y creo que entonces habría consolidado tu base de poder con muy poco interés por cualquiera que se interpusiera en tu camino.

—¿Estás diciendo que soy cruel?

—Práctico —dije.

Era su turno de quedar callado por un segundo o dos, entonces.

—Útil, sí, soy, al igual que tú, *ma petite*.

—Sé lo que soy, Jean-Claude, es de ti de quien no estoy segura.

—Nunca estaría dispuesto a hacerte daño, *ma petite*.

—Creo en ti —dije.

—No estoy seguro de que pueda decir lo mismo de ustedes —dijo, en voz baja.

—No quiero lastimar a ninguno de los dos. Sin embargo, Richard no puede dañar a mis leopardos, y si hace algo estúpido, no me culpen de lo que suceda después.

—Nunca subestimé tu nivel de... practicidad, *ma petite*, aunque creo que Richard sí podría.

—Él me dijo que no iba a matar a Nathaniel, sólo maltratarlo.

—¿Cómo de bruto fue Richard con Nathaniel hace poco?

—No quiero hablar de él como si fuera un niño, Jean-Claude, y fue lo

bastante áspero que le acuchillé el brazo a Richard.

—¿Qué tan mal?

—La doctora lo está cosiendo mientras hablamos.

—¡Oh, querida! —dijo, y suspiró, y esta vez el sonido entró por mi piel. Me di cuenta de que había estado actuando sobre sí mismo hasta ahora, al menos sobre el uso de su voz.

—No más juegos, Jean-Claude. Voy a colocar a Richard en el teléfono, y le dices que lo hiciste a propósito.

—Pero no puedo decirle que mentí acerca de Nathaniel, no puedo ahora.

—Soluciona este problema, Jean-Claude, ahora, esta noche. Necesito a Richard para que me enseñe cómo llamar a la bestia de Gregory. No tengo tiempo para su mal humor.

—¿Qué voy a decirle, *ma petite*? ¿Qué garantía le puedo dar que no irá mañana por la mañana a pasar por armas a Nathaniel? Creo que puedes convencer a Richard de pasar la noche contigo, cuando se levanta el *ardeur*.

—Richard ya dejó clara su posición, Jean-Claude. No permite que tú, o Asher, ni a nadie, se alimenten de él. No veo por qué las reglas cambian sólo porque soy yo y el sexo, en lugar de sangre.

—¿Él dijo eso? —Jean-Claude hizo una cadencia con su voz al preguntar.

—Sí, él lo dijo, casi palabra por palabra.

Jean-Claude suspiró, y sonaba cansado.

—¿Qué voy a hacer con ustedes dos?

—No me preguntes —dije—, sólo haz algo aquí.

—¿Y qué significa eso, exactamente, *ma petite*?

—Esto significa que no tenemos un jefe. Es un gran ser igual, si eso es lo que somos, pero ninguno de nosotros sabe qué demonios está pasando, y no es bueno, Jean-Claude.

Estamos jugando con algunas cosas muy serias, metafísica y simplemente emocional y físicamente. Necesitamos alguna pista sobre lo que deberíamos hacer con todo eso.

—¿A quién deberíamos pedir consejo, *ma petite*? Si algún vampiro en el Consejo sospecha que yo les he dado todas las marcas en sesiones, nos destruyen, por temor a que con la cuarta marca se convertirían incluso con mayor poder.

—He hablado con Marianne y sus amigas. Ellas son brujas, Wicca.

—Así que nos encontramos, con una secta local, y ¿pedimos su guía?
—Parecía condescendiente.

—Me molesta el tono, Jean-Claude, sobre todo porque no te oigo para nada ofrecer mejores sugerencias. No critiques a menos que puedas hacer algo mejor.

—Es verdad, *Ma petite* y muy sabio. Mis disculpas más profundas y sinceras. Tienes toda la razón. No tengo una sugerencia de a quién podemos recurrir en busca de consejo u orientación. Pensaré sobre tu sugerencia de buscar una bruja para hablar.

—Tengo una amiga con quién hablar. Puede ser que ella nos necesite ver a los tres juntos para ver cómo funcionan las cosas.

—¿Te refieres a tu Marianne?

—Sí.

—Pensé que era más psíquica que bruja.

—No hay mucha diferencia —dije.

—Voy a tomar tu palabra en eso. No tengo muchos negocios con brujas.

Me di cuenta que había estado ya planeando llamar a Marianne desde que me desperté intercalada entre Caleb y Micah. Es curioso cómo se había metido mi mente.

—¿Hay algo que pueda decir a Richard que ayudará a suavizar esta situación?

—¿Quieres que mienta?

—¡Maldita sea!, Jean-Claude...

—Puedo señalar a que si él no cumple con el apetito del *ardeur* que alguien más debe.

—Ya le he dicho eso. —Pensé por unos instantes—. Me acusó de tener... —Encontré con que no podía decirlo—. Me acusó de hacer cosas con Nathaniel peor de lo que debería haber hecho, y fue crudo al respecto. No estoy segura de que quiero tener sexo con él ahora.

—Estás enojada con él —dijo Jean-Claude.

—Oh, sí.

—¿Tan enojada que si te pregunta te negarías a estar en su cama?

Empecé a decir que sí, entonces me detuve. Estaba cansada. Cansada de todo, de ambos, era la verdad. No podría vivir con ellos, o sin ellos. Quería el cuerpo de Richard con un dolor en mi corazón, pero cuando él quería ser

ridículo, podría ser feo, y su estado de ánimo esta noche era feo. No quería tener relaciones sexuales con él cuando estaba así. Caray, no quería estar cerca de él cuando él estaba así.

—No sé —dije.

—Bueno, eso fue honesto, y no presagia nada bueno. Si tú te niegas a Richard, y a Nathaniel, y tu Nimir-Raj no vuelve esta noche, ¿qué vas a hacer en la mañana, *ma petite*? Por favor, piensa cuidadosamente sobre esto. Te ruego que elijas el mal menor, sea lo que sea, en lugar de esperar hasta que el hambre prevalezca sobre el sentido común, o incluso tu necesidad de supervivencia.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo lo que he dicho antes, que negar el *ardeur* es empeorarlo. Denegarlo el tiempo suficiente y con suficiente fuerza, comenzará a erosionar todo lo que tú eres, o crees ser. Sobreviví a lo que hice para alimentarme en las primeras semanas, pero mi degradación moral se había logrado años antes de morir. Repito, *ma petite*, que no lo tengas tan bien como yo. Creo que va a poner en peligro tu sentido de quién eres.

—¿Mierda, y Nathaniel, no me va a comprometer?

Suspiró.

—Dicho así, veo tu punto. ¿Pero cuánto más te comprometería seducir a un desconocido?

—Yo nunca haría eso.

—¿No es eso exactamente lo que hiciste con el Nimir-Raj? —Su voz era muy tranquila, cuando lo dijo, con mucho cuidado de no ser acusatorio.

Me hubiera gustado discutir el punto, pero no me gusta perder, y yo iba a perder este.

—Bien, tú has hecho tu punto.

—Espero que sí, Anita, yo lo espero. —Nunca usa mi nombre a menos que algo ande muy mal. Condenado.

—Ya sabes, sólo una vez sería bueno tener problemas normales.

—¿Y qué, exactamente, es un problema normal, *ma petite*?

Otro punto para Jean-Claude.

—No lo sé.

—Pareces cansada, *ma petite*.

—Faltan sólo un par de horas hasta el amanecer. He estado despierta toda la noche, así que sí, estoy cansada. —Simplemente reconociendo que parecía ponerme en un apuro en que me dejé frotarme los ojos, y me

ensucié mis dedos con la sombra que me había puesto y probablemente alrededor de los párpados. Llevaba maquillaje pero hacía rato que me había olvidado de que lo llevaba puesto.

Richard regresó a la cocina con sus guardaespaldas y el wereratas a su espalda. Él me dio una mirada, y no era amistosa.

—Tengo que irme —dije a Jean-Claude.

—¿Quieres que hable con Richard?

—No, creo que has hecho bastante daño para una noche.

—Me refiero sólo a ayudar.

—Seguro que sí.

—*Ma petite*.

—Sí.

—Ten cuidado, y recuerda lo que te he dicho sobre el *ardeur*. No hay vergüenza en ello.

—Aunque tú no lo creas —dije.

—Ah, ¿lo has descubierto? No hay vergüenza en la alimentación, si te alimentas inmediatamente de una persona de tu elección. Si luchas, entonces tú te encontrarás en la alimentación con una persona que no es de tu elección, en un lugar que no es de tu elección. No creo que te vaya a gustar, *ma petite*.

Tenía razón en lo que decía de todos modos.

—Voy a hablar contigo mañana después de levantarme. No me he olvidado de Damián, tú lo sabes.

—No pensé que lo harías, *ma petite*. Estaré a la espera de tu llamada.

Colgué sin decir adiós, sobre todo porque estaba enfadada, y asustada. No sólo estaba Richard para hacer frente esta noche y Gregory para salvar, pero mañana por la mañana cuando me despierte, el *ardeur* estaría allí, esperando. Había una posibilidad de que no estaría, el día anterior fuera la única vez que yo lo tendría, pero no podía contar con eso.

Tuve que prepararme para el peor de los casos. Y sería que me despertara en la mañana y sintiera la necesidad de alimentarme al igual que tuve esta mañana. La gran pregunta era, ¿de quién me alimentaré, y podría vivir conmigo misma después de que lo había hecho?



Odio que me despierten a las tres de la mañana. Cuando el cuerpo va lento es el corazón olvidado de Dios de la oscuridad, y el cerebro funciona más lento, y todo lo que quiero hacer es dormir. Pero tenía promesas que cumplir y millas que recorrer antes de que yo pudiera dormir. O por lo menos un par de milagros para llevar a cabo antes de que pudiera ir a la cama.

La Dra. Lillian había desenganchado la intravenosa de Gregory, pero aún estaba envuelto en las colchas. Se sentó en la mesa de picnic en la cubierta, acunada entre Zane y Cherry. La Dra. Lillian no dejaba de tocar a Gregory, comprobando su pulso, cómo tenía la piel fría y húmeda. Ella tenía el ceño fruncido y claramente no era feliz. Nathaniel mantenía la mesa de picnic entre él y Richard. Richard no había tratado de hacerle daño de nuevo, de hecho, lo había ignorado premeditadamente. Los otros gatos se arremolinaban cerca de las puertas correderas de cristal. Los dos

guardaespaldas wereratas, Claudia e Igor, estaban de pie a un lado mío, y me apoyé en la barandilla. Empezaron a seguirme cuando Richard salió con el brazo vendado y Jamil y Shang-Da a sus espaldas.

El poder de Richard se deslizó como un trueno de verano cerca en la oscuridad, haciendo que el calor, en la noche fuera más espeso y pegajoso, incluso haciendo más difícil respirar. Creo que fue la prensa de su poder, el borde de su ira, que hizo a los wereratas comenzar a actuar como guardaespaldas. Había intentado decirles que Richard no me haría daño, pero Claudia se encogió de hombros y dijo:

—Rafael nos dijo que te mantuviera a salvo, y eso es lo que vamos a hacer.

—¿Incluso si te digo que no hay amenaza?

Ella se encogió de nuevo.

—Diría que estas demasiado cerca de esto para hacer una llamada a tu buen juicio.

Miré a Igor.

—¿Estás de acuerdo con ella?

—Nunca discuto con una mujer, especialmente una que me pueda ganar en las vencidas.

La lógica de Igor era difícil de discutir, pero eso significaba que había adquirido dos altas sombras musculares, y me irritaba. Pero a ninguno de ellos les importaba un carajo si yo era feliz o no. Ellos estaban cumpliendo órdenes de Rafael, y mis deseos no contaban.

Así que Richard y sus guardaespaldas, y yo, con los míos, estábamos en la cubierta, frente a Stephen, que se había quitado la ropa para el cambio. Si haces el cambio con la ropa puesta, se echaran a perder. Los cambiaformas son perseguidores de las tiendas de segunda mano, en busca de ropa vieja para usar en la noche de la luna llena, o bien iban desnudos.

Nos quedamos allí, en el círculo del poder de Richard. La energía en torno a nosotros como un rayo invisible que amarraba a nuestro alrededor. El poder literalmente crujía, levantando el pelo de los brazos, levantando el pelo de la cabeza, como los pelos en punta de un perro.

Jamil dijo:

—Richard... —Pero una mirada de Richard lo detuvo en mitad de la frase. La potencia se incrementó aún más, apretando nuestro alrededor como una especie de mano gigante.

—¿Qué pasa, Richard? ¿Qué pasa con la pantalla del poder? —

pregunté.

Se volvió hacia mí, y la ira en su rostro me hizo querer dar un paso atrás, pero no lo hice. Mantuve mi postura, pero me había costado mucho esfuerzo.

—¿Quieres salvar a tu gato? —preguntó con voz gruesa y la emoción que mostró en su rostro crujía en su poder.

Mi voz era casi un susurro:

—Sí.

—Entonces observa —dijo.

Abrió las manos delante de Stephen, manteniéndose cerca de ocho pulgadas de distancia de los hombros del hombre más pequeño. La energía apretada, y una mayor hasta que tuve que tragar para tratar de aclarar mis oídos, como si hubiera habido un cambio de presión. Pero la deglución no ayudó. No era ese tipo de presión.

Las manos de Richard convulsionaron, como si sus dedos estuvieran cavando en algo invisible, justo en frente de Stephen. Se tambaleó un paso hacia Richard, y yo estaba lo suficientemente cerca para oír un pequeño sonido de dolor que venía de él. Richard apretó los puños, y algo brillaba entre ellos, como el calor de verano atrapado cerca de la oscuridad. Los huesos de mi cara me dolían con el poder. El aire era casi demasiado espeso para respirar, como si tuviera peso.

Richard hizo un movimiento brusco con las manos y la presión se rompió, finalmente, como una tormenta rompe a la vida. Por uno o dos segundos, pensé que el pesado, líquido claro que estalló en torno a nosotros era la lluvia, pero estaba caliente como la sangre, y no caía del cielo. Estalló del cuerpo de Stephen. Había visto a decenas de cambios de forma de los mutantes, pero nada como esto. Era como si el cuerpo de Stephen estallara en una lluvia de calor, líquidos espesos y pequeños trozos de carne. La bestia se sacaba generalmente del cuerpo humano, como una mariposa de la crisálida, pero esta vez no. El cuerpo de Stephen se dobló sobre sí mismo, y su forma de hombre-lobo de repente estaba allí de pie. Se derrumbó sobre sus rodillas, jadeando, temblando.

Estaba en pie, ni siquiera podía respirar, cubierta por pedazos del cuerpo de Stephen. Cuando pude respirar de nuevo, me quedé sin aliento.

—¡Jesucristo!

Las pieles de Stephen eran del color de la miel oscura, de oro. Se agachó, temblando a los pies de Richard. El cambio puede lesionarte

mientras se está pasando por él, pero una vez que haya terminado, por lo general estás de pie y comienzas a moverte.

Stephen parecía desorientado, casi como si estuviera con dolor. ¿Qué demonios estaba pasando?

Se arrastró los últimos pasos hasta Richard, puso su largo cuerpo y hocico lleno de dientes contra las zapatillas de correr de su rey lobo. Estaba casi en posición fetal, grandes brazos musculosos estaban envueltos alrededor de piel de oro, a los pies de su Ulfric. El comportamiento era extremadamente sumiso, y no sabía por qué. Stephen no había hecho nada malo.

Miré a Richard. Su camisa blanca estaba pegada a su cuerpo por los espesos fluidos. Volvió la cara hacia mí, y la tenue luz de las estrellas brillaron en la humedad de su cara. Un pedazo grueso de algo resbaló en su mejilla cuando él me miró. La expresión de su rostro era desafiante, como si esperara que yo estuviera enojada con él.

Levanté una mano temblorosa y me limpié lo peor de la suciedad fuera de mi cara, arrojándolo en la cubierta. Miré a los guardaespaldas. Ellos también fueron salpicados con el material espeso, pero no tan golpeados como Richard y yo. No habían estado tan cerca. Todos miraban a Richard, con una mezcla de horror, de ira y asombro en sus rostros, que me hizo saber que algo andaba muy, muy mal.

Tuve que intentarlo dos veces antes de que pudiera hablar, e incluso entonces mi voz era entrecortada.

—He visto un montón de cambiaformas cambiando en sus bestias, pero nunca he visto nada parecido. ¿Es diferente porque tú has llamado la bestia de Stephen en lugar de él hacerlo por su cuenta?

—No —dijo Richard.

Esperé por más, pero eso era todo lo que dijo, y parecía todo lo que quería decir. Pero no sólo no se cubrió. Miré a los otros.

—Bueno, alguien que me diga lo que pasó aquí.

Jamil empezó a hablar, pero se detuvo y miró a Richard.

—Con el permiso de mi Ulfric.

Las palabras eran cortantes, pero el tono era de enojado, casi desafiante.

Richard lo miró. No podía ver su cara, pero cualquiera que sea esa mirada que le dio a Jamil, era algo que hizo inmutarse al otro hombre. Jamil se arrodilló en el charco de líquido espeso. Bajó la cabeza.

—No era mi intención ofender, Ulfric.

—Eso es una mentira —dijo Richard, y su voz era más baja de lo normal, sólo un tono o dos por encima de un gruñido.

Jamil lanzó una mirada hacia arriba, luego bajó la cabeza de nuevo.

—No sé lo que quieres que diga, Ulfric. Dime, y lo diré.

Richard se volvió hacia mí, dejando de rodillas Jamil.

—No acabo de llamar a la bestia de Stephen, la arranqué de su cuerpo.

Miré a Stephen, que seguía acurrucado a los pies de Richard.

—¿Por qué? —pregunté.

—La pena por lo general es hacerlo de esta manera.

—¿Qué hizo Stephen?

—Nada. —La voz de Richard era dura, casi tan dura como la expresión de su cara.

—¿Entonces por qué es castigado?

—Debido a que podía. —Su barbilla estaba levantada cuando él lo dijo, y la arrogancia estaba de vuelta.

—¿Qué diablos te pasa, Richard?

Se rió, y el sonido era tan inadecuado que me hizo saltar. Se rió, pero era demasiado fuerte, demasiado duro.

—¿No vine para enseñarte cómo llamar a la bestia de Gregory?

—Yo no aprendí nada, excepto que estás de mal humor y sacándolo en otras personas.

—¿Quieres saber qué me pasa? ¿De veras quieres saber?

—Sí, lo sé.

—Sal del camino, Stephen —dijo, y Stephen ni siquiera preguntó por qué, él sólo salió de entre nosotros.

Nos quedamos mirando el uno al otro, no del todo a dos pies de distancia. Lo que había hecho a Stephen parecía haber tomado el borde fuera de su poder, pero todavía estaba allí, como una gran presión algo dormida contra la superficie.

—Abre las marcas, Anita, siente lo que siento.

—Ya abrí las marcas. Pensé que tenía que hacer, aprender a través esto.

—¿Así que es sólo mi protección? —preguntó.

Yo asentí.

—Puedo sentir tu rabia, Richard, yo no sé por qué.

—Sólo mis escudos entre nosotros y... —Sacudió la cabeza, casi sonriente, y luego dejó caer su escudo. Me pegó como una fuerza física, me llevó a dar un paso atrás. La ira era tan cruda que llenó mi garganta con

bilis, un auto-odio tan profundo que arrancó lágrimas por mis mejillas. Me quedé allí por un minuto sintiendo el dolor de Richard, y era sofocante.

Me miró fijamente, las lágrimas todavía húmedas en mis mejillas.

—Richard, oh mi Dios.

—¡No sientas lástima por mí, no quiero que sienta lástima por mí! — Agarró mis brazos cuando lo dije, y en el momento en que me tocó, las bestias se vertieron desde dentro de nosotros y se difundieron a través de nuestras pieles en una danza caliente de poder. La bestia se estrelló a través de mí, invisible, garras metafísicas que rasgan a través de mi cuerpo. Era como si la bestia de Richard estaba tratando de comerme a su manera a través de mi cuerpo. Grité e impulsé a su bestia, y sentí la rasgadura de las garras en la carne. No había nada que ver con los ojos, pero lo podía sentir, sentir la piel y el músculo y la carne desgarrada con uñas y dientes. No sólo grité de dolor, sino de las sensaciones del corte. Él me lastimó, y quería hacerle daño de nuevo. No había una motivación más, no pensé, sólo reaccioné.

Nuestras bestias nos atravesaran, desgarrando con garras, lagrimeos. Nosotros nos desplomamos sobre la cubierta, gritando. Vagamente aún podía sentir las manos de Richard bloqueando en mis brazos, como si él no pudiera dejarlo.

Hubo movimiento a nuestro alrededor. La gente rondando, pero nadie intervino, nadie nos tocó. Cuando caímos, se dispersaron, como si tuvieran miedo a tocarnos. Voces gritando por encima de nuestros gritos:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Anita, Anita! ¡Richard mantén tu control!

Su bestia fue de pronto como un peso dentro de mí, pero no hizo daño. Las dos energías se quedaron quietas, apoyadas en sí mismas, no estaban mezcladas, sólo allí. Casi podía sentir el impulso sólido de su bestia en contra de algo dentro de mí que tenía huesos y piel, y no era yo. No podía oír nada, sólo el estruendo de la sangre en mi cabeza. Sentía el peso de Richard encima de mí, antes de que yo mirara hacia abajo para encontrarlo derrumbado encima de mí. Apoyó la cabeza en mi pecho. Podía sentir el pulso de la sangre en su cuerpo, su corazón latiendo fuerte en la piel de mi estómago. Yo estaba cubierta por cosas del cuerpo de Stephen. Uno, estaba en un charco de lodo, dos, Richard se había incluido en él, y él se deslizó por mi cuerpo. Iba a tener que darme una ducha antes de que pudiera ir a la cama, incluso si estaba amaneciendo. Y me dolía, me dolía como si hubiera sido golpeada. Sabía que iba ser duro cuando cambie.

Todo el mundo estaba de pie en un círculo encima de nosotros, mirando hacia abajo. Encontré mi voz, ronca, casi ronca, pero clara.

—Suéltame.

Richard levantó la cabeza, lentamente, como si le doliera, también.

—Lo siento.

—Tú siempre lo sientes, Richard, ahora bájate de mí.

Él no se movió, de hecho, se acomodó, con las manos curvadas en los bordes de mi cintura.

—¿Todavía quieres ayudar a Gregory?

—Eso es la exposición general del proceso, así que sí.

—Entonces vamos a intentarlo de nuevo.

Estaba tensa, y comencé a tratar de escabullirme por debajo de él. Sus manos estaban apretadas en mi cintura.

—Fácil, Anita, no te dolerá. Creo que no.

—Dices tú. Me dolió como un hijo de puta. Déjame ir, Richard. —En mi voz se sentía el comienzo de la ira y el miedo. Me gustaba la rabia, podría haberlo hecho sin el miedo.

—Has luchado conmigo en un enfrentamiento. Se acabó —dijo.

Dejé de luchar y lo miré.

—¿De qué estás hablando?

—No somos el mismo tipo de animal, Anita. Tenías que saber quién es más duro...

Miré hacia abajo en la línea de mi cuerpo en esos ojos marrones.

—¿Estás diciendo que esto era una especie de pantalla de dominio?

—No exactamente.

Extrañamente, fue Merle quien respondió.

—Cuando dos animales tan diferentes se encuentran, y ambos son fuertes dominantes como una verdadera Nimir-Ra, y un verdadero Ulfric los dos animales luchan y se prueban unos a otros. Lo he visto antes. Es un tipo de dominación de un animal por el otro.

Miré hacia arriba al hombre alto.

—Nadie domesticó a nadie.

Merle se arrodilló al lado de nosotros.

—Creo que tienes razón. Es como el Ulfric ha dicho, un empate. Podía haber seguido luchando hasta que uno haya ganado o perdido, pero prefirió que no.

Me acordé de alguien diciendo a Richard mantén tu control, siendo su

bestia. Miré a Richard.

—Te detuviste, ¿no?

—No me importa quién de nosotros es más dominante, Anita. Ese tipo de juegos nunca ha significado nada para mí, a menos que la gente me obligue a jugar con ellos.

—Dijiste algo acerca de cómo ayudar Gregory. ¿Qué quiso decir?

Comenzó a levantarse de mi cuerpo, deslizando su cuerpo a lo largo del mío. Podía sentir su camisa repintado en mi estómago y el pecho casi desnudo. Mi disgusto se mostró en mi cara, porque él me preguntó:

—¿Qué pasa?

—Tu camisa está cubierta de lodo, y estoy en un charco. No sólo quiero que te bajes para que estés fuera de mí, quiero levantarme de este lío.

Estaba sobre sus rodillas, con las piernas a cada lado de las mías. Podía sentir nuestros animales extendiéndose entre nosotros como algo que debería haber sido visible, como si cada uno fuera enterrado en el pecho del otro. Me ofreció una mano. Me miró fijamente.

—Sé que no necesitas ayuda, Anita. Sin embargo, nuestros animales se están tocando ahora. Es una estrecha relación y el contacto físico nos ayudará a mantenerlos hasta que terminemos con Gregory.

No necesitaba la mirada seria de su rostro para saber que estaba diciendo la verdad, las marcas estaban aún abiertas entre nosotros. Sabía que él estaba diciendo la verdad.

Tomé su mano y él me levantó. Tenía el pie herido, y no me sentía bien y lo vio en mi cara.

—Te duele —dijo en voz baja.

—Nos hicimos daño uno a otro. Puedo sentir que estas tiesa, con dolor, pero te mueves como si no lo estuvieras, y todavía te mueves rígida como humana.

Levantó la parte inferior de la camisa, sin soltar la mano.

—Tócame.

Me miró, y se rió.

—Sólo mantén el contacto físico, Anita. No quiero decir nada con eso. Pero necesito mis dos manos.

Le puse una mano en su costado, muy tímidamente.

Sacudió la cabeza.

—Voy a quitarme la camisa.

Si tú no puedes tocar las manos de una persona, los brazos, o gran parte

de su cuerpo superior, procura los lugares que están alejados al tacto amable. Me conformé con deslizar mi mano debajo de la camisa mojada, tocando la suave firmeza de su costado. Incluso tenía la piel húmeda debido a la camisa mojada.

Richard sacó la camiseta sobre su cabeza, y me dejó a centímetros de él. Con la espalda arqueada para quitarse la camiseta, reveló la llanura de su estómago, el oleaje muscular del pecho. La vista de él, la fuerza de la lujuria fue como siempre cuando yo lo veía sin ropa, me empujó contra su bestia. Me sentí enrollarla a los lados uno contra otro, un rollo provisional de poder que se sentía como si alguien hubiera tomado terciopelo y acariciaba la parte más íntima de mí.

Richard quedó sin aliento.

Me concentré para detener el movimiento, pero lo había hecho sin pensar en el calor trajo un sudor en la cara. Miré al piso, mi mano no hacía más que tocar su costado, justo por encima de sus pantalones vaqueros, pero de pronto sentí el toque íntimo. Quería tomar su mano en mi mano, y cubrirla con la mía antes de que me pudiera mover. Le apreté la mano, firme, pero no de forma contundente.

Me tocó la barbilla, levanté la cara hasta que tuve que mirarlo.

—Está bien, Anita. Me encanta el hecho de que sólo verme te ponga así.

El rubor ardió más fuerte. Se rió, suave, bajo, con esa ventaja del reír de un hombre cuando está pensando en cosas íntimas.

—Te he echado de menos, Anita.

Lo miré.

—Te extrañé, también.

La bestia se trasladó a través de mí en un baño de poder y la sensación me dejó sin aliento. Mi respuesta a su bestia. No podía hacer nada para detenerlo. Tal vez no lo quería. Esas formas rodaron en las sombras y fuera de sí, a través de nosotros, hasta que no podía respirar, no podía pensar. Fue Richard que retrocedió en primer lugar, y dijo:

—Dios mío, nunca pensé que... —Sentí el esfuerzo que le costó dar marcha atrás, de detenerse. Su rostro se mostraba serio, sin tonterías, pero podía sentir el temblor de otras cosas dentro de él. Su voz salió a paso ligero—. Voy llamar la bestia de Jamil, haz el camino que se supone debes hacer. ¿Siente lo que yo hago, cómo puedo utilizar mi bestia para llamar la suya?

Mi voz era un poco entrecortada.

—Entonces lo voy a hacer con Gregory.

Él asintió con la cabeza.

—O puedo llamar la bestia de Shang-Da, si necesitas verlo una vez más.

Yo asentí.

—Muy bien.

Deslizó una mano en la cintura, me atraía a sí. No parecía tan íntimo como el de enturbiar nuestros animales dentro de nosotros. Jamil estaba frente a nosotros. Se había quitado la camisa y los zapatos, pero mantuvo sus pantalones. Se me ocurrió por primera vez, que nunca lo había visto desnudo, excepto cuando había sido herido y estaba cerca de la muerte. Jamil no practicaba desnudez casual. Uno de los pocos cambiaformas modestos que conocía.

—Estoy listo, Ulfric.

Después de lo horrible que Richard había sido con Stephen pensé que Jamil estaría falto de confianza. Para entonces, todo el mundo confiaba en Richard, que era muy digno de confianza. No, la falta de confianza no era el problema.

—No es necesario tocar físicamente a nadie para hacer esto, pero es más fácil de esa manera, así que voy a tocarlo, para que puedas entender mejor cómo funciona.

Asentí con la cabeza, envuelta en el círculo de su brazo, en la firmeza de su cuerpo, el rollo de terciopelo de nuestros animales como otro brazo para celebrar con nosotros el uno contra el otro.

Richard tocó el hombro desnudo de Jamil, y sentí su poder salir hacia el exterior como un viento cálido. Acarició la piel de Jamil, y la bestia de Richard corría con ella, a lo largo del paseo. El poder de Richard burlaba a lo largo de Jamil, persuadiendo, y la mejor analogía que podía pensar era, como alguien que trataba de atraer a un gato hacía abajo de un árbol. Hablas con dulzura, prometes caricias, para que sólo se venga abajo.

Pero la bestia de Jamil no bajó, ella salió. Se salió del centro de su ser casi como una forma, una niebla de oro pálido. Vi a la bestia, como había visto antes la de Micah, por un instante, y luego Jamil se derrumbó en la cubierta, y su espalda desnuda comenzó a erizarse como el agua bajo un fuerte viento. El lobo se salió de su espalda en una línea de tiempo húmedo, y su cuerpo disuelto en esa forma de pelo oscuro, de modo que su cuerpo

humano se convirtió en el lobo, como tirar una moneda, la cabeza, cola, pero la misma moneda. Sentí la corrección de la misma, la armonía de la misma. Jamil adoptó lo que era, no había ningún conflicto entre él y su bestia. Nunca lo había visto en forma de lobo, de hombre-lobo, pero no de esa bestia del tamaño de un caballo negro. Era como la peor pesadilla de Little Red Riding Hood.

El lobo se sacudió, y me di cuenta de que su piel estaba seca. Había más del lodo claro sobre la cubierta, pero muy poco de ella se había aferrado al lobo mismo. Sin embargo, otro misterio metafísico: ¿Cómo los hombres lobo no se mojan si la transformación es un desastre?

Me volví sin una palabra, Richard fue conmigo. Fui hasta Gregory, aún sentado en la mesa de picnic, sólo Cherry y la Dra. Lillian estaban con él ahora. Cuando Richard y yo empezamos a retorcernos en el suelo, Zane había venido a ver de qué se trataba.

Gregory me miró, sus ojos azules, estaban plateados por la luna. Le sonreí y le toqué la mejilla, formando una copa con el lado de su cara en mi mano. Llegué a su bestia, no con la mano, pero con esa cosa oscura que se arremolinaba a través de Richard y yo. La envié temblando a través de la piel de Gregory, y se sentó, dejando caer la manta fuera de la parte superior de su cuerpo desnudo. Cherry se alejó lo suficiente como para que no la alcanzara, como si ella tuviera miedo de tocarlo ahora.

Traté de convencer a la bestia, llamándola con caricias dulces y suave persuasión, pero se mantuvo obstinadamente justo debajo de la superficie, atrapada por las drogas que todavía estaban en el cuerpo de Gregory como en una prisión. Pero sabía que no tenía que ser amable. No podía haber sido a lo largo del viaje, cuando Richard trajo la bestia de Stephen, pero lo había visto, y sabía lo suficiente de poder para adivinar lo que había hecho.

—No voy a tratar de hacerte daño —dije, pero me metí en el poder de Gregory. Sentí que le golpeé el pecho y me hundí en él como en una gran carne con hojas de pieles.

Gregory jadeó, arqueó la espalda, sólo un poco.

Encontré su animal como un gato acurrucado, dormido, lento, y lo tomé de la mano, hundí las uñas en él y le puse a gritar en el aire. Rompí su bestia fuera de él, y Gregory cambió, como Stephen se había desplazado en una explosión de sangre, de carne y de líquido. Estaba cubierto de ella, tan espesa que tuve que sacarla de mis ojos para ver.

Para ver el hombre leopardo, manchado de amarillo y negro, estaba

encorvado sobre la mesa. Vi a Stephen llegar a oler a lo largo del cuerpo tiritando de su hermano.

—Gregory, Gregory, ¿me oyes? —pregunté, y mi voz era más suave de lo que yo quería que fuera.

Gregory parpadeó con sus ojos de leopardo en mí, pero una voz salió gruñendo de aquella garganta con pelo.

—Yo te oigo.

Stephen echó atrás la cabeza y el cuerpo. Jamil se hizo eco de él, y los gritos de triunfo de los leopardos llenaron la noche.



El amanecer se deslizaba por entre los árboles en un baño de luz blanca, que dejó los árboles que parecían recortes de papel negro sobre el cielo brillante y cuando bajan las cortinas llenan la habitación con penumbra crepuscular. Puse cortinas muy pesadas en la habitación cuando Jean-Claude era un visitante frecuente. La lámpara de noche parecía débil después del resplandor de la salida del sol. Nathaniel se sentó en el borde de la cama por la lámpara. Llevaba los pantalones cortos del pijama de seda. Eran de color lavanda pálida que hacía juego con sus ojos y veía demasiado delicado el color de la ropa de dormir del hombre. Siempre sospeché que los pijamas cortos fueron diseñados originalmente para una mujer, pero eran solamente pantalones cortos.

La luz roja de la lámpara fue capturada en el pelo castaño rojizo, que brillaba por el lado de su cuerpo como algo cálido y vivo, casi independiente. Curiosamente, en forma de wereleopardo, era una pantera

negra, de modo que el pelo castaño desaparecía una vez que salía de la forma humana.

Nathaniel era el único de los wereleopardos todavía en forma humana. Así que él era el único que tenía para compartir mi cama. Si eran gatitos, ellos tenían que dormir en otro lugar, pero en forma humana, tratamos de ser un montón de cachorros. De alguna manera, era menos cómodo sólo con Nathaniel de lo que hubiera sido con más de ellos.

Tal vez fue el hecho de que su pezón derecho todavía tenía un círculo de mis marcas de dientes.

—¿Por qué las marcas de mordeduras no se han curado hasta ahora? —pregunté.

—No me curo tan rápidamente como algunos —dijo en voz baja—. Y las marcas hechas por otro cambiaformas, o incluso un vampiro, se curan más lentamente.

—¿Por qué es eso?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué la plata nos mata, y el acero no?

—Tomo nota —dije. Me pasé la mano por el pelo aún húmedo. Me duché y era en realidad un pijama, no una enorme camiseta, que era mi atuendo de dormir habitual. Pensé que un pijama puede haber sido una palabra demasiado importante para la camisola verde esmeralda y el pantalón corto a juego. Había un largo manto verde vibrante en el piso, así que todo estaba cubierto, pero Nathaniel sabía que no me había vestido para él. O al menos esperaba que él lo supiera.

Me observaba cuidadosamente caminar por la habitación. Habíamos pasado de la raya, él y yo, y la marca en el pecho seguía acordándome de lo mismo. No creo que Richard lo toleraría si yo compartía la cama solo con Nathaniel, no es que realmente esperaba que fuéramos nosotros tres, juntos a mi litera, tampoco. Oh, diablos, no sabía lo que yo esperaba. Había esperado que Richard viniera a mí después de la ducha. Pero no era un espectáculo, y estaba amaneciendo, y estaba cansada.

Se oyó un golpe firme en la puerta. Le dije:

—Pasa —mi corazón latía demasiado rápido. Merle abrió la puerta, y esperaba no mostrar mi decepción en mi cara. No registré su rostro, así que no podía juzgar lo que vio en el mío.

—El Ulfric está en la cocina. —Le parecía incómodo entonces—. Está llorando.

Sentí mis ojos ampliarse.

—¿Perdón?

Merle miró hacia abajo, luego hacia arriba, casi desafiante.

—Ordenó a su guardaespaldas que saliera de la habitación, y está llorando. No sé por qué.

Suspiré. Aunque estaba cansada, estaba entusiasmada con la idea de que Richard estuviera en la casa, de que tal vez él viniera a mí. En lugar de sexo íbamos a tener otra sesión de tomarnos de la mano y llorar en el hombro. Maldita sea.

Sentí la caída de mis hombros y me obligué a ponerme de pie otra vez. No tuve que preguntar por qué Merle me lo había dicho. ¿Quién más podría estar cómodo con Richard? Ni siquiera estaba segura en un cien por ciento de que me dejara consolarlo.

Me fui hacia la puerta. Merle la mantuvo abierta para mí, y pasé bajo su brazo, sin tener que agacharme.

—Gracias por decírmelo, Merle —dije cuando salí a la sala a oscuras.

Shang-Da estaba apoyado contra la pared por la puerta abierta que llevaba a la cocina. Parecía tan incómodo como nunca lo había visto. Él no miraba mis ojos. ¿Qué estaba pasando?

Caleb se acostó en el sofá con una manta y una almohada extra. Estaba sentado, la manta, agrupada en su regazo. Estaba desnudo de la cintura para arriba y, probablemente, desnudo de la cintura para abajo si nadie lo había hecho llevar pijama. Esperaba que alguien le hubiera recordado poner una sábana en el sofá. Me observó caminar por la habitación, e incluso en la penumbra de la cocina no me gustó la forma en que sus ojos me siguieron.

—Mantas —dijo.

No le hice caso y me fui a la puerta. Richard se sentó a la mesa de la cocina, abrí las cortinas para que la sala se llenara de la suave luz de la aurora. Su pelo hasta los hombros había sido secado al natural en una masa suave y esponjosa. Nunca pude secar mi pelo sin que se convirtiera en algo grueso y de aspecto horrible. La luz de la mañana hizo que su cabello se viera más oro de lo normal, menos marrón. Miró hacia arriba, y me di cuenta que el brillo del oro era un efecto del halo del sol naciente. Se pintó un nimbo de oro brillante a su alrededor, dejando su pelo castaño ligeramente alrededor de su rostro, haciendo que la piel en el centro de su cuerpo fuera aún más oscura de lo que era, casi como si estuviera en la sombra.

Tuve un momento para ver el brillo de las lágrimas en su rostro en sombras, entonces bajó la cabeza y se retorció en su silla para que no lo pudiera ver. El movimiento puso más de su cuerpo en la luz dorada, pero la ilusión de los halos y la sombra se habían ido.

Me acerqué a la mesa, estaba lo suficientemente cerca como para tocar su hombro desnudo, no estaba segura si debía.

—Richard, ¿qué pasa?

Sacudió la cabeza, todavía no me miraba.

Extendí la mano y toqué su hombro con suavidad. No dijo que me fuera, y no la retiró. Muy bien. Toqué las lágrimas en la mejilla más cercana a mí, retirando lejos con la mano. Me recordó reconfortar a Nathaniel antes.

Toqué la barbilla de Richard, volvió su rostro hacia mí, y sequé las lágrimas de la otra mejilla con la manga de mi túnica.

—Háblame, Richard, por favor.

Él sonrió. Tal vez fue el «por favor». No uso esa palabra con frecuencia.

—Nunca he visto esto antes. —Tocó la manga muy suavemente.

No iba a distraerlo, ni siquiera por darse cuenta de lo que había llevado con él en mente.

—Tienes que estar tan cansado como lo estoy yo, Richard. ¿Qué te pasa?

Miró hacia abajo y hacia arriba, y había tanto dolor en sus ojos oscuros, que casi me dije, no, no, pero tenía que hablar.

—Louise se encuentra en la cárcel, y Guy está muerto.

Le frunció el ceño.

—Yo no conozco los nombres.

—Louise es una de nuestras nuevas lobas. —Miró hacia abajo de nuevo, no buscó mis ojos.

—Guy es su novio... marido. Era su marido. —Se cubrió la cara con las manos, moviendo la cabeza una y otra y otra vez.

Cogí sus muñecas, bajé las manos para poder ver sus ojos.

—Richard, habla conmigo.

Sus manos se convirtieron en mis manos, sujetando las mías. Estábamos cogidos de las manos mientras miraba el dolor en sus ojos derramando en palabras.

—Louise mató a Guy en su luna de miel, ayer. Recibí la llamada justo

antes de venir aquí.

—Todavía no lo entiendo. Es terrible, trágico, pero... —dije.

—Era su padrino. La entrené en el control de su bestia, y perdió el control en su luna de miel en el medio de... —Bajó la cabeza y levantó las manos para que su frente se apoyara en la parte posterior de las manos.

—Perdió el control en el medio del sexo —terminé por él.

Asintió con la cabeza, el rostro todavía entre mis manos.

—Perdió la virginidad —dijo, con la voz apagada, baja.

—¿Has dicho la virginidad?

Se apartó de mí, entonces, dejó caer las manos en su regazo, y me di cuenta por primera vez, que llevaba una toalla anudada a la cintura.

—Sí.

—¿Quieres decir que nunca había tratado de controlar su bestia durante el coito? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Habían estado comprometidos por más de dos años antes de que Louise fuera atacada y se convirtiera en uno de nosotros. Los dos querían esperar a la noche de bodas.

—Admirable —dije—. Y el orgasmo, en cierta medida, es el orgasmo. Si ella no pudo controlarse durante el orgasmo en curso, entonces debería haber sido capaz de controlarse ella misma durante el acto sexual, también. —Le toqué el hombro de nuevo.

—Tú hiciste todo lo que pudiste por ella.

Se apartó como si lo hubiera quemado, llegando a sus pies tan de repente que la silla se estrelló contra la isla de la cocina, luego al piso. Sentí, en lugar de ver, personas en la puerta. Les dije:

—Estamos bien. —Me volví para ver a Shang-Da, Merle, y los dos wereratas, aún vacilantes en la puerta—. Estamos bien, vayan. —Todos ellos se retiraron, pero ya sabía que teníamos una audiencia, porque no irían muy lejos.

Richard se quedó en el centro de mi cocina, vestido sólo con una toalla y la primera luz dorada del amanecer. Normalmente me hubiera distraído de todo lo razonable, pero no esta mañana. El dolor en su rostro era más importante que su cuerpo ahora mismo. En cuanto a él, de pie, tan desafiante, tan herido, tuve una idea, una idea terrible.

—Por favor, ¿no me digas que querían esperar para tener cualquier contacto sexual hasta la luna de miel?

Con la barbilla levantada, la arrogancia que trataba de deslizarse sobre él. Pero era una máscara, y veía a través de ella ahora. Por debajo él estaba asustado y se sentía culpable.

—Le enseñé a controlar la bestia durante la ira, la tristeza, el miedo, el dolor, el extremo de cada emoción, pero no del sexo. Respeté sus convicciones.

Me quedé mirándolo. Era así como Richard hacia algo. Teóricamente, incluso aprobaba, pero la teoría y la práctica no son los mismos. En la vida real había sido una mala idea, y Richard debería haberlo sabido mejor que yo.

Sentí mi cara en blanco, vacía. Era un buen rostro de policía. No quería mostrar nada de lo que estaba pensando.

—Así que esta Louise cambió en medio del sexo y mató a su marido, y la policía la detuvo. —No he añadido que me sorprendió que no habían disparado contra ella al verla. Encontrar el lobo malo comiendo el cuerpo de los bonitos seres humanos sería motivo suficiente para disparar a matar.

—Louise se entregó y creo que si no pensara que el suicidio es un pecado, lo habría hecho. —Se volvió y caminó a las puertas corredizas de vidrio, apoyando la frente contra el cristal, como si estuviera cansado.

Ojalá hubiera podido decir que no era su culpa, pero lo era. Él era su entrenador, el que iba a enseñarle cómo ser un cambiaformas. Había aprendido a ocuparme de los wereleopardos y de Richard, con la manada de Verne, en Tennessee que el orgasmo de cualquier tipo era una de las verdaderas pruebas de su control. El orgasmo se suponía era una liberación, pero realmente renunciar en forma migratoria, a todo control, significaba que era la peor pesadilla cuando tenía un amante humano. Richard me había dado charlas con bastante frecuencia cuando éramos novios, que no se fiaba de él en la noche de luna llena, o incluso el día anterior. Él tenía miedo de perder el control y matarme, no acabar de perder el control y asustarme a la muerte. O, más honesto, que saliera la extrapolación. Él había cambiado encima de mí una vez, y no había tenido nada que ver con el sexo. Y esa experiencia me había mandado a la cama de Jean-Claude. Bueno, Richard cambiando encima de mí y verlo comer a alguien.

No sabía qué decir. Todo lo que sabía era que tenía que decir algo, que el silencio era casi peor que nada.

Lo dijo sin volverse.

—Adelante, Anita, dime que soy un tonto. Di que los he sacrificado en

el altar de mis ideales. —Su voz era bastante amarga, sólo escuchaba el dolor en ella—. Louise y su marido querían mantenerse fiel a lo que eran. Quería ayudarles a hacerlo.

—Es perfectamente lógico en ti. —Mi voz estaba vacía, pero al menos no era de reproche.

Era lo mejor que podía hacer. Debido a que era un desperdicio, una pérdida, porque Richard, la niña y su novio habían estado más preocupados acerca de la apariencia que de la realidad. O tal vez sólo soy cínica y estoy cansada, oh, tan cansada.

Era realmente como una buena tragedia, dependiendo totalmente de la personalidad de las personas involucradas. Si Richard hubiera sido más práctico y menos idealista, si Louise y su marido hubieran sido menos religiosos, menos pura, el infierno, entonces si el marido realmente la hubiera llevado a un orgasmo con la relación sexual. Así que las buenas intenciones en muchas cosas hicieron que todo fuera muy mal.

—Sí, era perfectamente lógico, y estaba equivocado. Debería al menos haberla obligado a tener su primera experiencia con Guy cuando el clan podría supervisarla, y salvarlo a él. Pero Louise era tan... delicada al respecto. No podía insistir. No podía hacer que se quitara la ropa delante de extraños y tuviera su momento más íntimo con testigos. No podía hacerlo.

No sabía qué decir. Hice lo único que podía pensar para consolarlo. Me acerqué a él y puse mis brazos alrededor de su cintura, puse mi mejilla contra la firmeza de su espalda, y lo abracé sin problemas.

—Lo siento mucho, Richard, lo siento mucho.

Su cuerpo empezó a temblar, y me di cuenta que estaba llorando de nuevo, todavía sin hacer ruido, pero no con suavidad. Los sollozos sacudían su cuerpo, pero el único sonido que se permitía era el duro temblor de su respiración mientras jadeaba, tratando de obtener suficiente aire.

Se deslizó lentamente hasta las rodillas, las manos haciendo sonidos ásperos por el cristal de la puerta. Me quedé de pie, inclinada sobre él, sosteniendo su cabeza contra mi cuerpo, mis manos sobre los hombros y el pecho, tratando de detenerlo.

Cayó de espaldas, y de repente me vi tratando de mantener todo su peso a su paso por el suelo. Tropecé en el dobladillo de la bata, y terminamos en un montón en el suelo, con la cabeza y los hombros en mi regazo y yo luchando para sentarme. El nudo de la toalla se había aflojado, y una larga

línea ininterrumpida de su cuerpo mostraba de la cintura para abajo desde la cadera hasta el pie. La toalla seguía en pie, pero iba perdiendo la batalla.

Su boca estaba abierta en un grito silencioso, de repente hubo sonido. Dio un grito entrecortado, y el sonido parecía que había roto algo, liberado en su interior. Debido a que el llanto de repente era fuerte, lleno de pequeños sollozos, horrible, sonaba doloroso. Sollozó, gimió, gritó y se aferró a mis brazos, basta con que sabía que iba a ser golpeada. Y todo lo que podía hacer era aguantar, tocarlo, mecerlo, hasta que se calmó. Por último, estaba a su lado, sosteniendo la parte superior de su cuerpo, el resto de su cuerpo encogido de manera que un muslo le cubría. La toalla formó un montón en el suelo debajo de él. No sabía ni siquiera cuando la toalla había caído. Sentía una especie de orgullo por eso, porque por lo general cuando veo a Richard desnudo, pierdo unos cuarenta puntos de coeficiente intelectual y la mayor parte de mi capacidad de razonamiento. Pero ahora, su dolor era tan crudo, que esa primicia. Era comodidad lo que necesitaba, no sexo.

Por fin estaba en calma en mis brazos, su respiración lenta, casi normal. Sus párpados se agitaban cerrados, y por un momento pensé que estaba dormido. Luego habló con los ojos todavía cerrados.

—Nombré a un *Eros* y una *Eranthe* para el lukoi. —Su voz era gruesa aún con todo el llanto.

Eros era el dios griego del amor, o la lujuria, y Eranthe fue la musa de la poesía erótica, en la tradición hombre-lobo eran los nombres de los sustitutos sexuales. Un hombre y una mujer que hacían lo que tenían que hacer cuando el entrenador de un hombre lobo era demasiado remilgado. El paquete de Verne tenía uno, porque la lupa era muy celosa de su Ulfric, y a veces sólo necesitan alguien que no esté involucrado emocionalmente.

—Eso es bueno, Richard. Creo que va a facilitar las cosas.

Abrió los ojos, y eran sombríos. Me dolió el pecho ver esa mirada en sus ojos.

—Hay otras posiciones que harían mucho más fácil las cosas —dijo, con la voz gruesa y baja.

Estaba tensa. No pude evitarlo, porque sabía que había entre los títulos lukoi que haría que todos los problemas que había creado en el grupo se arreglaran. Había títulos que ascendían a los verdugos, los torturadores. El Lukoi tiene una larga historia a través de tiempos muy dura. Muy pocos grupos llenan estos espacios. La mayoría no ve la necesidad, pero la

mayoría de los pequeños tiranos Ulfrics son buenos, no necesitan delegar el material en bruto.

—¿Sabes lo que significa *Bolverk*? —Richard preguntó en voz baja.

—Es uno de los nombres de Odín. Significa los trabajadores del mal. —
Mi voz era casi tan suave como la suya.

—¿Tú lo recuerdas a partir de un semestre de la religión comparada en la universidad?

—No —dije. Mi pulso se aceleró. No pude evitarlo. *Bolverk* era el título para lo que equivalía a alguien que hacía las malas acciones del Ulfric. Podría ser cualquier cosa, desde el engaño, la mentira, al asesinato.

—¿Tú le preguntaste a Verne sobre él?, ¿no?

—Sí. —Mantuve mi voz baja. Tenía miedo de ser fuerte, miedo de que dejara de hablar, pensé que sabía a dónde iba la conversación, y quería llegar.

—Jacob va a impugnar a Sylvie —dijo Richard, y su voz era cada vez más fuerte—, y él va a matarla. Es buena, pero he visto la lucha de Jacob. Ella no puede ganar.

—No la he visto pelear, pero creo que tienes razón.

—Si te hago *Bolverk*... —Se detuvo. Quería gritarle a fin, pero no me atreví. Todo lo que podía hacer era sentarme allí, muy quieta, y tratar de no hacer nada que pudiera cambiar de opinión. Volvió a empezar—: Si te hago *Bolverk*, ¿qué harías? —Esto último fue más suave, como si él no pudiera creer lo que estaba diciendo.

Se me escapó un suspiro que no me había dado cuenta y traté de pensar. Pensé antes de hablar, porque sólo conseguiría un disparo en esto. Richard y yo sabíamos que si lo que digo no cumplía con su aprobación, quitaría la oferta, y nunca podría estar dispuesto a pedir este tipo de ayuda de nuevo. Rara vez había estado tan dispuesta a hablar y con tanto miedo al mismo tiempo. Recé por sabiduría, diplomacia, ayuda.

—En primer lugar, tú necesitarías anunciar mi nuevo título para el grupo, entonces me quedaría con algunos ayudantes. Se permiten tres, *Baugi*, *Suttung*, y *Guunlod*.

Richard dijo:

—Los dos gigantes *Bolverk* engañados para obtener el licor de la poesía, y Guunlod, la hija del gigante, que sedujo por ello.

—Sí.

Puso más recta la parte superior del cuerpo, así que me estaba mirando.

—Has gastado casi cada fin de semana de los últimos seis meses en Tennessee. Pensé que estabas solo con el estudio de Marianne, aprendiendo a usar sus talentos, sino que estaba también estudiando la Lukoi, ¿no?

Traté de ser muy cuidadosa, como lo dije:

—El grupo de Verne va muy bien. Me ha ayudado con los wereleopardos son un pard de verdad.

—Tú no necesitas un *Bolverk* o un *Guunlod* para los leopardos. —Su mirada era muy directa, y no podía mentirle.

—Todavía soy tu lupa, pero no un hombre lobo, lo menos que podía hacer era aprender sobre su cultura.

Sonrió, y la sonrisa llegó a sus ojos, sólo un poco, perseguido, perdió la mirada.

—Tú no te preocupas por la cultura.

Eso me molestó.

—Sí, lo hago.

Su sonrisa se amplió, con los ojos llenos de luz, la forma en que el sol llena el cielo cuando se elevaba por encima del borde del mundo.

—Muy bien, tú te preocupas por la cultura, pero no era por eso que querías saber sobre *Bolverk*, el malhechor.

Miré hacia abajo, sintiendo un poco avergonzada.

—Tal vez no.

Me tocó la cara suavemente, haciéndome a mirarlo otra vez, para cumplir con su mirada.

—Has dicho que no sabías nada de Jacob antes de hablar con él por teléfono.

—No —dije.

—Entonces, ¿por qué preguntaste a Verne sobre *Bolverk*?

Miré a los verdaderos ojos marrones y dije la verdad.

—Porque tú eres bueno y justo y equitativo, y esas son cosas bonitas en un rey, pero el mundo no es bueno, ni justo, ni equitativo. La razón por la que las reglas de mi socio se ejecutan sin problemas, es porque Verne es despiadado cuando es necesario. No sé si tú podrías ser despiadado cuando tengas que serlo. Pero creo que te romperías, se las arregló para lograrlo.

—Tener que ser despiadado va a romper algo dentro de mí, Anita. Algo que es importante para mí.

Me acaricié el cabello, sentí la suavidad del espesor de la misma.

—Pero hará que no se rompa tanto, o tan mal, como lo haces a ti,

Richard.

Asintió lentamente.

—Yo sé, y me odio por eso.

Me acerqué y le besé la frente, muy suavemente. He hablado con mis labios al tocar su piel.

—La única verdadera felicidad, Richard, está en saber quién eres, lo que son y hacer la paz con él.

Su brazo se curvo a mí alrededor, me sostuvo en su contra. Hablaba con la boca en el hueco de mi garganta.

—¿Y estás en paz con lo que eres?

—Estoy trabajando en ello —dije.

Me besó en la garganta, muy suavemente.

—Yo también.

Me aparté lo suficiente para ver su rostro, y llevó su mano hacia arriba a través de mi pelo, me tiró boca abajo a la suya. Nos besamos, suave, luego más fuerte, los labios, la lengua, la boca de él trabajando en la mía. Ahuequé su rostro en mis manos y le di un beso, le di un beso largo. Cuando me retiré, sin aliento, me pareció que había rodado al inferior de su cuerpo y yacía de espaldas, desnuda. Se rió de la expresión de mi cara y me llevó hasta él. He perdido unos cuarenta puntos de inteligencia y toda mi capacidad de razonamiento, se deshizo mi bata y pasé las manos por la larga línea de su cuerpo.

Todavía era auto-suficiente para decir:

—Aquí no. Tenemos una audiencia en la sala de estar.

Su mano se deslizó bajo el raso verde de la camisola, curvó en torno a mi espalda, tirando contra él.

—No hay lugar en la casa en que no nos oigan, o huelan.

Me aparté de él antes de que pudiera darme un beso.

—Vaya, Richard, me haces sentir mucho mejor.

Se apoyó en un brazo, la vista fija en mí.

—Podemos ir a la habitación si lo deseas, pero no engañas a nadie.

No me gustaba eso, y que lo haya demostrado en mi cara, porque Richard sacó su mano de debajo de mi espalda, y dijo:

—¿Quieres parar?

No habíamos llegado realmente a comenzar, pero sabía lo que quería decir. Miré en el sólido marrón de sus ojos, tracé el borde de la mandíbula con la mirada, la plenitud de sus labios, la curva de su cuello, la difusión de

sus hombros, la forma en que su cabello cayó alrededor de él, la captura de luz, llevando a cabo tonos de oro y cobre en su cabello, el oleaje de su pecho, sus pezones ya oscuros y duros, la línea fija de su estómago con la línea delgada de pelo oscuro que iba desde el ombligo a... la piel más oscura, más rica, casi se podía oler la sangre que lo llenó y lo puso duro. Lo miré maduro, como si fuera algo lleno a reventar con la vida. Quería tocarlo, apretarlo, oh, delicadamente. Estaba en el suelo con las manos a los lados, el latido de mi pulso en la garganta, y dije:

—No, no quiero parar. —Mi voz era casi un susurro.

Sus ojos se llenaron de un calor oscuro que se derrama en la cara de un hombre cuando él está casi un cien por ciento seguro de lo que está a punto de suceder. Su voz era más profunda, que la nota más baja de las voces que los hombres obtiene cuando la emoción es profunda.

—¿Aquí, o el dormitorio?

Rompí mi mirada lejos de él para ver la puerta abierta a la sala de estar. No había puerta que cerrar. Necesitaba más intimidad que esto. Incluso si nos oían, incluso el olor de nosotros en el dormitorio, por lo menos no serían capaces de vernos. Tal vez era sólo una ilusión, pero a veces la ilusión es todo lo que tienes.

Miré hacia atrás de él.

—Dormitorio.

—Buena elección —dijo, y se puso de rodillas, tomando mi mano, de modo que cuando llegó a sus pies, medio me llevó a la mía. El movimiento me sorprendió, y me quedé en su contra. La diferencia de altura era suficiente que le puse la mano en la cadera y así muy cerca de otras cosas. Me avergonzaba de lo mucho que quería tocarlo, abrazarlo. Empecé a tirar de él, porque estaba a punto de perder todo el decoro y tantear allí mismo en la cocina. No estaba del todo segura de que si lo agarrara iríamos a la habitación. Quería la puerta entre nosotros y todos los demás.

Puso sus brazos alrededor de mi cintura y me levantó de mis pies, hasta que nuestros rostros estaban juntos y aún no sabía qué hacer con mis piernas. Si hubiera estado segura de que no estaría utilizando la mesa de la cocina envolvería mis piernas alrededor de su cintura, pero no me fiaba de cualquiera de nosotros ahora. Puso sus brazos debajo de mi trasero, de manera que mi cabeza estaba ligeramente por encima de él, y yo descansaba en sus brazos, casi como si estuviera en un columpio. Todavía podía sentir su firme y fuerte presión en contra de mi cuerpo, pero tenía un

cierto decoro. Él empezó a caminar hacia la puerta, me llevaba, sus ojos concentrados en mi cara, que casi se tropezó con una silla. Me hizo reír, hasta que sus ojos volvieron a encontrar los míos, y vi la necesidad, en aquellos ojos oscuros. Una mirada que me robó el habla, y todo lo que podía hacer era mirar a los ojos que me llevaban al dormitorio.



El dormitorio estaba vacío cuando pateó la puerta y la cerró detrás de nosotros. No sabía si el salón estaba vacío o no. No podía recordar nada, solo los ojos de Richard de la cocina al dormitorio. Todas las habitaciones podían haber estado vacías, por lo que había visto.

Nos besamos en la puerta, mis manos estaban llenas con el rico grosor de su pelo, el firme calor de su cuello. Exploré su cara con las manos, la boca, su sabor, bromee, acariciando solo su rostro.

Se apartó de mi boca lo suficiente para decir:

—Si no me siento, me voy a caer. Mis rodillas están débiles.

Me reí a plena voz, y dije:

—Entonces me bajo.

Él mitad andando, mitad tambaleándose fue hacía la cama, colocándose en ella, vino de rodillas hasta mi lado. Se reía mientras se arrastraba en la cama junto a mí. Se acostó a mi lado, con las rodillas

colgando sobre el borde de la cama, aunque no era suficiente alta para que sus pies tocaran el suelo estando así, quizás colgando no fuera la palabra exacta. Nos acostamos uno junto al otro en la cama, riendo en voz baja, sin tocarnos.

Giramos nuestras cabezas para mirarnos el uno al otro en el mismo momento. Nuestros ojos chispearon por la risa, la cara entera casi brillando. Moví mi mano y tracé líneas alrededor de la boca. La risa se comenzó a desteñir tan pronto como lo toque, sus ojos llenándose de algo más oscuro, más grave, pero no menos precioso. El rodó sobre su costado. Con el movimiento puse la mano en un lado de su cara. Frotó su cara contra mi mano, con los ojos cerrados, los labios entreabiertos.

Me di la vuelta sobre mi estómago, y me moví hacia él, con la mano todavía en su cara. El abrió los ojos, mirando cómo me arrastraba hasta él. Yo me sostenía sobre mis manos y mis rodillas y lo miré a los ojos cuando me incliné hacia su boca. Allí había ansia, pero también algo más, algo frágil. ¿Acaso mis ojos también tenían esa mirada, medio ansiosa, medio temerosa, miedo a desear, a que te necesiten y miedo a necesitar? Mi boca se cernía sobre la suya, tocando nuestros labios, como delicadas mariposas arrastradas por un viento caliente de verano, tocar, no tocar, deslizándose unos contra otros. Su mano agarró mi nuca, forzando a mi boca a apretarse contra la suya, duro, firme. Utilizó su lengua y sus labios para forzarme a abrir mi boca. La abrí para él, y nos turnamos para explorar nuestras bocas. Él se puso de rodillas, con la mano aun agarrando mi nuca, su boca todavía apretándonos juntos. Retrocedió, arrastrándose hacia el cabecero de la cama, dejándome sola arrodillada en el centro de la cama. Metió la mano bajo las sábanas, sacando las almohadas, apoyándose en ellas, mirándome. Había algo decadente, casi desnudo, apoyado y mirándome.

Me eché hacia atrás arrodillada, tenía problemas para centrarme, para pensar. Finalmente conseguí decir:

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo con voz profunda, más baja de lo normal. No era el rugido de su bestia, era un sonido típicamente masculino—. Quiero llevar mi animal a través de ti, Anita.

Por un segundo pensé que era un eufemismo, entonces me di cuenta de que era exactamente lo que había dicho.

—Richard, no sé.

—Sé que no te gusta nada extraño durante el sexo, pero Anita... —él se

acomodó en las almohadas con un movimiento suavemente extraño lo cual me recordó que no era humano—... sentí tu bestia. Pasó a través de mí.

Simplemente el escucharlo en voz alta hizo que fuera más real. Me desplomé hacia atrás en la cama, todavía de rodillas, pero ya no en vertical, con las manos muertas en mi regazo.

—Richard, no he tenido tiempo de pensar en eso. No sé cómo me siento acerca de ello todavía.

—No es tan malo, Anita. Algo de eso puede ser maravilloso.

Este era el hombre que había odiado a su bestia durante todo el tiempo que lo conocía. Pero no dije eso en voz alta. Él me miró.

Sonrió.

—Sé que suena extraño viniendo de mí.

Lo miré más fijamente.

Se rió, acomodándose más abajo en las almohadas hasta que quedó extendido frente a mí. Una pierna doblada hacía arriba para no tocarme, pero suficiente cerca para que lo tocara. Se quedó allí inconscientemente desnudo, de lo que lo había visto antes, pero era algo más que eso. Parecía bañado en comodidad lo cual era raro en Richard. Lo había visto en el lupanar, él había aceptado a su bestia. Pero era más que eso, él se había aceptado.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Richard?

Esa era la señal para tomarme en serio, para demandar que fuera menos sanguinario, u otra media de cosas imposibles. No lo hizo.

—Deseo esto —dijo él, sentí el picor de su poder un segundo antes de que pasara a través de mí como un fantasma tibio.

Me estremecí.

—No se Richard. No sé si esto es buena idea. —Se hubiera escuchado mejor si mi voz no hubiera temblado.

Esperaba que preguntara, o que hablara, pero no lo hizo. Sentí su poder, como una caricia de un trueno antes de que chocara contra mí. Tuve un segundo de pánico, un momento para preguntarme si su bestia y la mía se arañarían, entonces su poder se frotó por mí como un guante de terciopelo. Mi bestia se levantó como desde una gran profundidad cálida y húmeda, hacia arriba, hacia el calor, hacia la energía de Richard. Empujó a su bestia a través de mí, y la pude sentir, increíblemente enorme, acariciándome tan profundo dentro de mí que me hizo gritar. Sentí su bestia como si se hubiera arrastrado dentro de mí y estuviera acariciándome desde el interior

sin que sus manos me tocaran. Mi poder parecía menos verdadero que el suyo, menos sólido. Pero se levantó en torno a la dura y musculosa piel como una bruma de terciopelo, girando a través de su poder, a través de mi propio cuerpo. Hasta que sentí como si algo enorme estuviera creciendo dentro de mí, algo que nunca había sentido antes, hinchándose dentro de mí. Se sentía más grande que mi cuerpo, como si no pudiera sostenerlo dentro de mí, como una copa llena hasta el borde de líquido caliente y escaldado, pero el líquido se mantenía de salir a raudales, y todavía lo mantenía, lo sostuve, lo sostuve, hasta que estalló sobre mí, por mí, fuera de mí, en un rugido de poder que puso el mundo dorado y lento, atrajo mi cuerpo a mis pies, curvando mi espalda, mis manos arañando el aire tratando de aferrarse a algo, cualquier cosa, mientras mi cuerpo se derramaba en partes y se rizaba en la cama. En un espacio de un latido pensé que había cambiado y me había deslizado de mi piel de verdad, pero no era así. Me sentía como si estuviera flotando y sólo poco a poco sentí mi cuerpo de nuevo. Me quedé sobre mi espalda, mis rodillas dobladas debajo de mí, mis manos a los lados, tan relajada que era como estar drogado.

Sentí movimiento en la cama debajo de mí y un momento después, Richard apareció por encima de mí. Estaba a cuatro patas, cerniéndose sobre mí y tenía problemas para concentrarme en su rostro. Se movió sobre mi cara, mirándome fijamente a los ojos, mientras trataba de mirarlo.

—Anita, ¿estás bien?

Me reí, lento y perezoso.

—Ayúdame a enderezar mis rodillas y estaré bien.

Me ayudó a estirar las piernas, e incluso entonces todo lo que quería hacer era estar allí.

—¿Qué me hiciste?

Se acostó a mi lado, apoyado sobre un codo.

—Hice que te corrieras, utilizando las bestias.

Parpadeé, lamí mis labios y traté de pensar en una pregunta inteligente y me di por vencida, así que me conforme con lo que quería saber.

—¿Es siempre así entre licántropos?

—No —dijo, y se inclinó sobre mí, hasta que su cara llenó mi visión—. No, sólo con una verdadera lupa, o una verdadera Nimir-Ra, pueden responder a mi forma de Ulfric como lo acabas de hacer.

Me sostuve lo suficiente para que me volviera para que pudiera ver su rostro claramente.

—¿Nunca has hecho eso con nadie antes?

Miró hacia abajo y luego, una cortina de pelo se deslizó por su rostro, escondiéndolo de mí. Eché el pelo hacía atrás para poder ver su perfil casi perfecto.

—¿Con quién? —pregunté.

El calor subió desde su cuello hasta su cara. No estaba segura de que alguna vez lo hubiera visto ruborizarse.

—Fue Raina, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Sí.

Dejé caer el pelo en su lugar y me quedé allí unos segundos pensando en ello. Entonces, me reí, me reía y no podía parar.

Estaba cerca de mi hombro, contemplándome.

—¿Anita?

La risa se desvaneció cuando mire sus ojos preocupados.

—Cuando Raina os obligaba a dar todos estos años. ¿Sabía que ella era la única que podía hacer esto con vosotros?

Asintió, con el rostro solemne.

—Raina apuntó el inconveniente de no ser su mascota.

Agarré su mano y la metí en la parte delantera de mis bragas. Las yemas de los dedos encontraron la humedad que había absorbido la seda, y no tuve que guiar más su mano.

Puso su gran mano en mi ingle y la tela se empapó. Paso la punta de sus dedos por la cara interna de mi muslo y la piel estaba mojada, mojada hasta las rodillas.

—¿Cómo renunciar? —Mi voz salió como un susurro.

Su dedo se deslizó por el interior de mi muslo, al hueco justo debajo. Se inclinó para besarme mientras su dedo se deslizaba lentamente, lentamente, hacía arriba a través de la húmeda piel, bajo la seda húmeda. Su boca se quedó justo por encima de la mía, tan cerca que en un suspiro habríamos hecho contacto. Hablaba, su aliento cálido en mi piel, mientras su dedo acariciaba mis bordes.

—Ninguna cantidad de placer valía la pena el precio. —Sucedieron dos cosas a la vez, el me besó, y su dedo se deslizó dentro de mí.

Grité contra su boca, con la espalda arqueada, las uñas clavadas en su hombro, cuando su dedo encontró ese pequeño punto, y empujó una y otra vez, hasta que me corrí de nuevo. El mundo se veía suave, con los bordes

blancos, como a través de una gasa.

Sentí movimiento en la cama, pero no podía concentrarme, no podía ver, no estaba segura de que me importara lo que estaba sucediendo. Sentí manos tanteando mi pantalón corto. Parpadee al ver a Richard de rodillas sobre mí. Deslizó hacia abajo mis pantalones cortos, dejando mis piernas abiertas y arrodillándose entre ellas. Se inclinó sobre mí sacando mi camisola de raso, dejando mis pechos al descubierto. Pasó su mano por encima de ellos, haciendo que me retorciera, después movió sus manos por la línea de mi cuerpo, aferrando sus manos a mis muslos, atrayéndome de un tirón contra su cuerpo.

En el momento en el que se frotó contra mí, sentí la goma de látex del condón. Miré su cara y le pregunté:

—¿Cómo lo sabes? —Se movió de manera que la parte inferior de su cuerpo yacía entre mis piernas, pero seguía presionado contra la parte exterior de mi cuerpo. La mayor parte de su peso estaba apoyado en sus brazos.

—¿Crees que Jean-Claude me avisó del *ardeur* y no me avisó de que no utilizabais control de natalidad?

—Buen punto —dije.

—No —dijo—, esto lo es. —Sentí el movimiento de sus caderas, segundos antes de que empujara dentro de mí, en un movimiento duro que hizo que los sonidos de mi boca fueran entre un grito y un gemido.

Bajó lo suficiente su cara para ver la mía. Jadeé, lo que vio allí lo alentó, porque el arqueó la espalda, su cara mirando algo en la distancia y salió fuera de mí, lentamente, centímetro a centímetro, hasta que hice pequeños ruidos. El salió fuera de mí hasta que apenas me tocaba. Miré hacia abajo a la longitud de su cuerpo para verle estirado, duro y listo. Él siempre había tenido cuidado conmigo, porque él no era pequeño; ese pequeño empuje había sido lo más fuerte que él jamás se había permitido. Él, como Micah, me llenaban hasta ese punto que era entre doloroso y placentero. Vi su espalda y sus caderas un segundo antes de que empujara dentro de mí. Lo mire empujar dentro, vi cada pulgada de él hundiéndose en mí, hasta que incliné la espalda y el cuello, y no pude ver más porque me retorció debajo de él, las manos apretando el edredón, excavando con los dedos en las sabanas.

Salió de mí de nuevo, y lo detuve con una mano en su estómago.

—Espera, espera. —Estaba teniendo problemas para respirar.

—No te duele. Lo sé por tu cara, tus ojos, tu cuerpo.

Tragué saliva, respiraba inestablemente, y dije:

—No, no me duele. Se siente maravilloso, pero siempre has tenido cuidado, aun cuando te pedí que no lo hicieras. ¿Qué ha cambiado?

Me miró, con el pelo cayendo sobre su cara como un marco de seda.

—Siempre tenía miedo de hacerte daño. Pero sentí tu bestia.

—No he cambiado, sin embargo, Richard, no lo sabemos con certeza.

—Anita —dijo en voz baja, y sabía que me estaba reprendiendo. Tal vez era un caso de mujer protestona, pero aun así...

—Todavía soy humana, Richard, no ha cambiado nada.

Se inclinó hacia mí, su cabello deslizándose alrededor de mi rostro cuando me besó en la mejilla.

—Incluso antes de la primera luna llena, se pueden recibir más daños. El cambio ya ha comenzado, Anita.

Me empujó contra su pecho hasta que se retiró lo justo para ver su cara.

—Siempre te has estado reservando, ¿no?

—Si —dijo.

Busqué en su rostro y vi esa necesidad en sus ojos, y supe porque había estado tan enfadado con Gregory. Había dicho que casi se lamenta de no hacerme lupa de verdad, ahora que me había visto ser Nimir-Ra, pero era más que eso. Me miró con esos ojos color café y supe que él había querido que yo hubiese sido lo que él era, a pesar de que lo odiaba, él en algún nivel había tenido la tentación de hacerme lupa de verdad. En algún lugar mientras hacíamos el amor, donde tenía que ser cuidadoso, él había pensado en ello, más de una vez. Estaba allí en sus ojos, en su cara. Empezó a mirar a otro lado como si él pudiera sentir que lo estaba viendo todo, pero le hice mirarme. Era casi desafiante.

—¿Cuánto has estado cuidando de mí, Richard? —Entonces se apartó, usando el pelo como escudo. Pasé a través de su grueso cabello para tocar su cara, a la vez que él me miró—. Richard, ¿Cuánto cuidado has tenido conmigo?

Cerró el dolor en sus ojos. Susurró:

—Mucho.

Sostuve su cara entre mis manos.

—No tienes que tener más cuidado.

Una mirada de asombro cruzó su suave rostro, y su cabeza se inclinó hacia abajo, y nos besamos, el beso fue como los anteriores, apoyándose,

explorando, turnándonos a empujarnos uno al otro. Siguió con el beso lentamente, y sentí su punta tocándome y abriéndome. Me quedé mirando a lo largo de nuestros cuerpos para poder ver como su cuerpo se flexionaba sobre mí, y él se impulsó dentro de mí esta vez más fuerte, más rápido. Mi aliento salió como un grito.

—Anita...

Abrí los ojos, ya que los había cerrado sin darme cuenta. Miré hacia él.

—No tengas más cuidado, Richard, no tengas cuidado.

Sonrió, me dio un beso rápido, entonces estaba de regreso, arqueado por encima de mí y esta vez no se detuvo. Metió cada centímetro de sí mismo tan fuerte y tan rápido como pudo. El sonido de carne contra carne era un sonido constante, un martilleo mojado. Me di cuenta de que no había sido sólo por su tamaño por lo que había sido cuidadoso, era por su fuerza. Su fuerza no sólo radicaba en sus brazos o en la espalda, también en las piernas y los muslos, su cuerpo se prensaba dentro de mí, una y otra vez. Por primera vez, comencé a apreciar su potencia.

Había sentido la fuerza de sus manos, de sus brazos, cuando me sostenía, pero no era nada como esto. Hizo nuestros cuerpos uno solo, palpitante, sudoroso, mojado, empapando la carne. Estaba vagamente consciente de que dolía, que iba a tener hematomas y no me importaba.

Lo llamé por su nombre con mi cuerpo apretado alrededor de él, apretando, teniendo espasmos debajo de él, golpeando mi cuerpo contra la cama, contra el eje de Richard, atravesándome el poder del orgasmo; derramaba gritos desde mi garganta mientras mi cuerpo se sacudía debajo de él. Se sentía bien, mejor que cualquier cosa, pero casi era violento, casi doloroso, casi aterrador. En algún lugar en medio de todo esto me di cuenta de que él se corrió también. Gritó mi nombre, pero se mantuvo en su lugar, mientras seguía retorciéndome y luchando debajo de él. No fue hasta que me tranquilice que se permitió colapsar encima de mí, un poco hacía un lado, así que mi cara presionaba contra su pecho.

Nos quedamos sudorosos, sin aliento, esperando que nuestros corazones fueran lo suficiente lento como para hablar. El encontró primero su voz.

—Gracias, muchas gracias por confiar en mí.

Me reí.

—Estás dándome las gracias. —Levanté su mano hasta mi boca y le besé la palma de la mano y luego apoye mi cara contra su mano—. Confía

en mi Richard, ha sido un placer.

Se echó a reír, ese sonido gutural, rico, puramente masculino, y puramente sexual.

—Vamos a necesitar otra ducha.

—El primero que se pueda mover puede tener la primera ducha —dije.

Se rió y me abrazo. Ni siquiera estaba segura de que mis piernas pudieran trabajar bien en la ducha. Tal vez un baño.



Me desperté lo suficiente para sentir el peso de alguien contra mi espalda. Me acurruqué contra el calor, envolviéndome en el sueño. Un brazo sobre mi hombro, moviéndome en el círculo de su brazo y su cuerpo. No era él, los wereleopardos habían conseguido utilizarme para todo esto. Era el calor de su piel. Sólo por el olor, sabía que era Richard. Abrí los ojos y me acurruqué más contra él, encrespándome en su oscuro y musculoso brazo apretándolo alrededor de mi cuerpo como una manta cálida a mí alrededor. Por supuesto una manta no tiene el duro peso de Richard, o la sedosidad de su piel desnuda contra la mía, o la posibilidad de que te abracen de vuelta, usando sus manos para tirar de su cuerpo más apretado contra el tuyo. Cerró la distancia, se movió, hasta que incluso con la diferencia de altura, el pecho, su estómago y sus caderas se pegaran a mi alrededor. Se movió por última vez, y lo pude sentir duro y listo presionando contra mi cuerpo. Era de mañana, él era un hombre, ella quería atención, y yo quería dársela.

Empecé a rodar en el estrecho círculo de su cuerpo y descubrí que estaba erecto. La parte baja de mi cuerpo se sentía golpeada, dolorida, pero en el buen sentido. Me reí cuando abrió sus brazos y me giré sobre mi espalda.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Richard.

Lo miré fijamente, sin dejar de reír, creo que para no quejarme.

—Estas duro.

Movió sus cejas.

—Así soy yo.

Me sonrojé, y el besó mi nariz, mi boca, pero castamente, todavía nada sexual. Me hizo reír. Si hubiera sido cualquiera, me habría preguntado de qué me reía.

El siguiente beso no fue casto, y un momento después apretaba mi espalda contra la cama. Deslizó su pierna entre mis muslos, hasta que me tocó con la rodilla, e hice una mueca.

Retrocedió.

—¿Estas muy dolorida?

—Estoy dispuesta a darle otro intento —dije—, pero, honestamente, tal vez un poco.

Se quedó apoyado encima de mí, moviendo sus dedos entre un mechón de pelo en mi mejilla.

—Lo que hice ayer por la noche hubiera roto a un ser humano normal.

No necesitaba un espejo para sentir que mis ojos no estaban bien. Realmente había estado tratando de no pensar en eso.

—Lo siento —dijo—. No quería arruinar tu estado de ánimo. —Sonrió repente y parecía más joven, mucho más relajado de lo que lo había visto en mucho tiempo—. Estoy contento de estar con alguien del que no tenga que preocuparme por lastimarlo.

Le tuve que sonreír.

—No estoy herida, pero tal vez deberíamos probar algo un poco más suave esta mañana.

Su humor se desvaneció, y algo más llenó sus ojos, cuando bajó su cara para un beso. Se reafirmó a medida que se acercaba.

—Creo que podemos llegar a algo. —Me besó en los labios, luego me dio otro beso en el cuello, en mis hombros. Se distrajo en mis pechos, cubriéndolos de besos, su lengua lamiendo, haciendo una línea a través de mi pezón. Cogió un seno entre sus manos, manteniéndolo en un círculo de

calor, deslizando su boca sobre el pezón, teniendo tanto de mí pecho como pudo en su boca. Lo chupo en su boca hasta que ocupó la mitad de mi seno, en ese calor húmedo. Y con ese toque, el *ardeur* estalló a través de mi cuerpo desde donde quiera que se escondiera.

Richard se retiró de mi pecho, sus manos todavía sosteniéndolo.

—¿Qué fue eso? —Tenía la carne de gallina en tus brazos.

—El *ardeur* —dije con voz suave.

Se lamió los labios y vi verdadero temor en sus ojos.

—Jean-Claude me dijo sobre él, incluso me hizo sentir su propia versión de ello, pero no me lo creía. Creo que no me lo quería creer.

Mi bestia se había despertado con el *ardeur*, como si un hambre despertara a la otra. Lo sentí desarrollarse dentro de mí y estirarse por todos lados, como un gran gato que se despierta de una siesta. Rodó a través de mí, llegando hasta Richard, y su bestia se despertó. Puse una mano en el calor cálido de su pecho, y pude sentir algo ahí, algo que se movía alrededor, como si el pecho se vaciara y hubiera algo dentro de una jaula.

Agarró mi mano, y la devolvió a mi pecho.

—¿Qué estás haciendo?

—El *ardeur* llama a nuestros animales, Richard. —Me acurruque debajo de él, mi mano se deslizaba por su cuerpo, trazando la llanura de su estómago, la curva de su cadera. Agarró mi mano justo antes de que lo tocara. Tenía mis manos atrapadas en las suyas de mayor tamaño. No me molestaba, porque sabía que podía tocarlo con otras cosas que no fueran mis manos, ni siquiera mi cuerpo. Me acordé de la sensación de su bestia, metiéndose a través de mí, y la mía derramándose en el impulso caliente de su energía.

Saltó lejos de mí, salió de la cama en un movimiento que era demasiado rápido para seguirlo con los ojos. Se levantó en la cama, el aliento le salía a boqueadas, como si él hubiera estado corriendo. Podía sentir su temor como champaña fina. Añadido al sexo, me puse sobre mis rodillas, arrastre las sábanas a él borde de la cama. Podía oler lo caliente que estaba, el olor de su piel me llegó en el aire, el dulzor débil de la colonia que se había puesto el día anterior. Mi mirada vagó sobre su belleza. Su pelo revuelto por el sueño colgaba sobre el lado de su cara. Se sacudió la mata de pelo de la cara con una mano y un movimiento de cabeza, y con ese movimiento la parte baja de mi cuerpo se tensó. Pero por debajo de las ganas de sexo estaba el pensamiento de cómo su suave y dura piel se sentiría entre mis

dientes. Lo quería marcar como había marcado a Nathaniel. Quería hundir los dientes en su carne y morder. Tuve un flash de lo a gusto que se sentiría su carne, sentir mi cuerpo responder, no sólo por el sexo, sino por el hambre y me di cuenta por primera vez porque los cambiaformas hablaban del hambre como si fuera con letras mayúsculas. Raina habría levantado su lasciva cabeza. El *ardeur* la dominaba, pero ella estaba allí, suministrando imágenes a lo que estaba sintiendo. Me bajé de la cama y fui hasta Richard.

Podía ver el pulso de su cuello, luchando por salir. La bestia estaba atrapada, también, atrapada por su control, su miedo. Podía sentirlo, como si estuviera literalmente caminando dentro de su cuerpo, como un lobo en una jaula de un zoológico, moviéndose, moviéndose, pero nunca libre. Podía ser una jaula espaciosa, pero todavía era una jaula, Raina me dio una visión que me puso de rodillas. Vi a Richard cubriendo mi cuerpo, encadenado a una cama y mientras se corría dentro de mí, cambió en ese mismo momento. Esa era la liberación para los cambiaformas, cualquier otra cosa es controlada.

Richard se arrodilló delante de mí.

—¿Estás bien?

Me tocó el brazo y eso fue una mala cosa. Me bestia rugió a través de nuestra piel, me golpeó en el estómago y las costillas, como un puñetazo. Richard se tambaleó, cayó hacia adelante y nos agarramos por un segundo, abrazados, con nuestros cuerpos apretados. El *ardeur* estalló entre nosotros como una llama invisible. Su corazón latía contra mis brazos, presionando contra mi pecho, como si mi piel se hubiera convertido en un tambor y sonado dentro de mí, llenándome del ritmo de su cuerpo. Los latidos de mi corazón encontraron un lugar en el cuerpo de Richard. Nuestros pechos subían y bajaban, el pulso y el ritmo de uno contra el otro, hasta que no pude decir que corazón estaba en mi pecho, que sangre corría a través de nuestras venas. Por un momento tembloroso nos apretamos uno encima del otro, como si nuestra piel cediese y por último fuéramos lo que nuestras marcas decían... un solo ser, un solo cuerpo, una sola alma. El poder se rompió, cuando Richard luchó contra él, como un hombre que se ahoga, moviendo lejos el poder con sus brazos como si fuera agua; tú lo puedes mover, interrumpir, pero fluye de vuelta a tu alrededor, te sumerge, Richard chilló y lo sentí retroceder.

Abrí mis ojos mientras su mano se alejaba e intenté detenerlo. Su mano estaba casi libre, solo los dedos estaban aún atrapados entre los míos,

mientras el *ardeur* presionaba a nuestro alrededor, y sabía que su control era suficiente frágil como suponía. Sentí su confusión, sentí que luchaba por decidir que conservar y que dejar ir. Me di cuenta de que nuestros escudos habían bajado hacía mucho tiempo, porque no podía contener las marcas cerradas, mantener la forma humana y la alimentación, todo al mismo tiempo.

Gritó de nuevo, sentí a Richard decidir, sentí la elección. Metió su bestia hacía abajo, profundamente dentro de sí mismo y cerró la marca entre nosotros como si cerrará una puerta. Fue tan repentino que sentí como si el mundo diese un vuelco. Tuve un momento de vértigo, casi enferma, entonces el *ardeur* cabalgó entre nosotros, por nosotros, como si una fuerza atronadora nos pisoteara bajo sus pies, hasta hacernos carne, hueso, sangre, solo carne, solo necesidad. Vi a Richard arquear la espalda, la cabeza hacia atrás, a través del *ardeur* sentí la creciente presión de la tensión de su cuerpo, segundos antes de que la liberación caliente se derramara sobre él y me cogió la mano mientras se mecía por su fuerza de ello y el placer que me puso de rodillas, casi como si me levantara, me abrazó, me sacudió, y me alimenté, yo me alimenté, y me alimenté, y me alimenté, hasta que caímos al suelo, cubiertos de sudor, respirando a bocanadas, con las manos todavía unidas.

Richard se alejó en primer lugar. Se quedó allí, con los ojos desenfocados, con dificultad por respirar, su corazón latiendo rápido, llegando hasta su garganta. Tragó saliva tan fuerte que casi me dolió. Me sentí ponderada, pesada por la alimentación, casi me podía volver a dormir otra vez, como una serpiente después de una gran comida.

Richard encontró la voz.

—No tienes derecho a alimentarte de mí.

—Pensé que esa era la idea de quedarte hasta la mañana —dije.

Se incorporó lentamente, como si ahora estuviese rígido.

—Era.

—Nunca dijiste que no. —Me di la vuelta apoyada en el costado, pero sin tratar de levantarme.

Asintió con la cabeza.

—Ya lo sé. No te culpo.

—Me podrías haber parado, Richard. Todo lo que tenías que hacer era dejar que las marcas entre nosotros se abrieran o permitir que tu bestia se fuera. Tú podrías haber alejado el *ardeur*. Tuviste la elección de

controlarlo.

—También, lo sé. —Pero no me miraba.

Me apoyé en mis brazos, casi sentada.

—Entonces, ¿Qué pasa?

Sacudió la cabeza y se puso en pie. Estaba un poco inestable, pero fue hacía la puerta.

—Me voy, Anita.

—Tú haces que la palabra suene terriblemente permanente, Richard.

Se dio la vuelta y me miró.

—Nadie se alimenta de mí, nadie.

Se había cerrado tanto a mí que no sabía que estaba sintiendo, pero era evidente en su rostro. Dolor. Sus ojos tenían un dolor profundo y estaba tan enterrado en su mente y su corazón, que no sabía lo que era, solo que dolía.

—Así que ¿no estarás aquí mañana por la mañana cuando el *ardeur* venga de nuevo? —Mi voz sonó casi neutra cuando lo pregunté.

Sacudió la cabeza, todo su cabello deslizándose por sus hombros. La mano la tenía sobre el pomo de la puerta, su cuerpo estaba lo suficiente lejos para ocultarse de mí.

—No puedo hacer esto otra vez, Anita. Por el amor de Dios, tú tienes la misma regla. Nadie se alimenta de ti tampoco.

Me senté con los brazos envueltos alrededor de mis rodillas, manteniéndolas apretadas contra mi cuerpo. Supongo que también cubría mi desnudez.

—Has sentido el *ardeur* ahora, Richard. Si no me puedo alimentar de ti, entonces, ¿de quién? ¿Con quién quieres que comparta esto?

—Jean-Claude... —Su voz se desvaneció antes de terminar.

—Es un poco después del mediodía y todavía está muerto para el mundo. Él no despertará a tiempo para compartir el *ardeur* conmigo.

Su mano se cerró sobre el pomo de la puerta lo suficiente para poder ver los músculos de su brazo tensos.

—El Nimir-Raj, entonces. Me han dicho que ya te alimentaste de él una vez de todos modos.

—No conozco bien a Micah, Richard. —Tomé una profunda aspiración y dije: No lo quiero, Richard. Te quiero. Te quiero a ti.

—¿Quieres alimentarte de mí? ¿Quieres que sea tu vaca?

—No —dije—, no.

—No soy comida, Anita, ni para ti ni para nadie. Soy el Ulfric del Clan

Rokke Thronnos y no soy ganado. Soy él que se come al ganado.

—Si hubieses cambiado, entonces hubieses bloqueado el *ardeur*, impedirme alimentarme, ¿Por qué no lo hiciste?

Apoyó la frente contra la puerta.

—No lo sé.

—Honestidad, Richard, al menos contigo mismo.

Entonces se volvió, y su ira se estrelló contra mi piel como un látigo.

—Quieres honestidad, nosotros podemos tener honestidad. Odio lo que soy. Deseo una vida. Deseo una vida normal. Deseo estar libre de toda esta mierda. No quiero ser Ulfric. No quiero ser un hombre lobo. Sólo quiero una vida.

—Tienes una vida, Richard, simplemente no es la vida que imaginabas.

—Y no quiero amar a alguien que está más a gusto con los monstruos que yo.

Lo miré, abrazando mis rodillas contra mi pecho desnudo, con la espalda pegada a la cama. Lo miré, porque no podía pensar una maldita cosa que decir.

—Lo siento, Anita, pero no puedo... hacer esto. —A continuación abrió la puerta y salió, cerrándola detrás de él. La puerta se cerró con un suave clic.

Me quedé allí durante unos segundos sin moverme. Creo que ni siquiera respiraba, entonces poco a poco cayeron mis lágrimas, y mi primera respiración fue irregular perjudicando mi garganta. Me di la vuelta lentamente en el suelo, acostándome como una bola, apretada. Estaba en el suelo y grité hasta que tuve frío y estaba temblando.

Así es como Nathaniel me encontró. Cogió una manta de la cama y la envolvió a mí alrededor, me levantó y me subió a la cama en brazos. Me sostuvo en la curva de su cuerpo, contra mí, y podía sentirlo a través de la gruesa manta. Me abrazó y me acarició el cabello. Sentí movimiento en la cama y abrí los ojos para encontrar a Cherry y Zane arrastrándose a mí alrededor. Tocaron mi cara, cogieron mis lágrimas con las puntas de sus dedos y se acurrucaron a mí alrededor hasta que sentí su calor.

Gregory y Vivian vinieron después y se subieron a la cama hasta que todos quedamos en un nido caliente, cubierto de cuerpos. Estaba caliente y peleé con la manta, sus manos me tocaban, me sostenían. Me di cuenta de que todavía estaba desnuda y ellos también. Nadie se ponía ropa a menos que yo lo hiciera. Pero el contacto no era sexual, era cómodo, como un

montón de perritos calentitos y todo el mundo en ese montón me quería cerca. Tal vez no era la manera en la que quería ser amada, pero el amor es amor, y a veces creo que he alcanzado más amor del que mucha gente conseguirá jamás. Estaba tratando de ser más cuidadosa últimamente.

Me tuvieron así hasta que me quedé dormida, agotada por el llanto, con la piel caliente. Sin embargo, mi interior estaba frío, terreno helado que no podía tocar. Era el lugar donde quería a Richard, donde siempre lo había querido, casi desde la primera vez que lo había visto. Pero tenía razón en una cosa. No podíamos seguir haciendo esto. No podía seguir haciendo esto. Se había acabado. Tenía que ser más. El odiaba lo que era y ahora odiaba lo que yo era. Dijo que quería a alguien con quien no tuviera que preocuparse por hacerle daño y no sólo eso, también quería que fuese humano, normal.

No podía tener ambas cosas, pero eso no me impedía quererle. No podía ser normal, y no estaba segura de que alguna vez hubiese sido humana. No podía ser lo que Richard quería que fuera, y no podía dejar de quererlo. Richard era un enigma sin respuesta, y estaba cansada de jugar a un juego que no podía ganar.



Dormí como si estuviera drogada, pesada, con duros sueños fragmentados o nada. No sé cuánto llevaba despierta, pero alguien me lamía la mejilla. Si ellos me hubieran sacudido o llamado por mi nombre, quizás los habría ignorado, pero alguien lamiendo mi mejilla con movimientos lánguidos no lo podía ignorar.

Abrí los ojos y encontré la cara de Cherry tan cerca que no podía centrarla. Se movió lo suficiente como para que no bizqueara al mirarla, luego dijo:

—Tuviste una pesadilla. Pensé que debería despertarte.

Su voz era neutra, con el rostro en blanco, alegre en una especie de forma anónima. Era su rostro de enfermera, alegre, reconfortante, sin decir nada. El hecho de que estaba desnuda, tumbada sobre un costado, apoyada sobre un codo de manera que su cuerpo mostraba la línea de su cuerpo, no parecía distraer su profesionalidad. Nunca podría representar eso desnuda.

Sin importar lo que estaba ocurriendo siempre sería consciente de que no tenía ropa.

—No recuerdo lo que estaba soñando —dije. Levante una mano para secar la humedad a lo largo de mi mejilla.

—Sabes salada de tanto llorar —dijo.

La cama se movió, y Zane se asomó por mi otro hombro.

—¿Puedo lamer la otra mejilla?

Me hizo reír, y era casi un milagro que lo hiciera, casi. Me senté y al instante me arrepentí. Todo mi cuerpo se sentía rígido y magullado, dolorido, como si hubiera sido golpeada. Diablos, me había sentido mejor después de algunos de los golpes que había recibido en los últimos años. Abracé la manta contra mí, en parte para cubrir mi desnudez, en parte porque tenía frío.

Me apoyé en el cabecero de la cama, con el ceño fruncido.

—Tú dijiste una pesadilla ¿Qué hora es?

—Cerca de las cinco —dijo Cherry—. Podría decir un mal sueño, si tú quieres, pero de cualquier manera, tú estabas... —ella vaciló—... lloriqueando en tu sueño.

Abracé la manta más apretada.

—No me acuerdo.

Se sentó, acariciando mi rodilla por debajo de la manta.

—¿Tienes hambre?

Sacudí la cabeza.

Ella y Zane intercambiaron una de esas miradas que decían cuán preocupados por ti estaba la gente. Me dio rabia.

—Mira, estoy bien.

Ambos me miraron.

Fruncí el ceño hacía ellos.

—Voy a estar bien, de acuerdo.

No parecían muy convencidos.

—Tengo que vestirme.

Ambos simplemente se quedaron mirándome fijamente.

—Lo que significa que salgáis y me deis un poco de espacio. — Intercambiaron otra de esas miradas que me molestaban, pero con un gesto de Cherry, ambos se levantaron de la cama y se dirigieron hacia la puerta —. Pónganse algo de ropa —dije.

—Si te hace sentirte mejor —dijo Cherry.

—Lo hará —dije.

Zane hizo una pequeña reverencia.

—Tus deseos son órdenes.

Lo que en realidad estaba bastante cerca de la verdad, pero lo dejé pasar. Cuando se fueron, cogí algo de ropa, algunas armas y me fui hacia el cuarto de baño sin ver a nadie. Habría dicho que Cherry se había asegurado de que tuviera libre el cuarto de baño. Ellos me daban prioridad, pero esta mañana, o esta tarde, no me importaba suficiente como para quejarme.

Fui tan rápida en el cuarto de baño como pude, y por alguna razón no me gustó mirarme en el espejo. Estaba tratando de no pensar, y al ver mis ojos mirándome como los de una víctima de un accidente me hacía difícil no pensar en eso cuando parecía tan pálida y conmocionada.

Me puse mi ropa interior negra y siempre a juego con el sujetador. Estaba llegando al punto en el que ya no tenía ni un sujetador blanco. Culpa de Jean-Claude. Calcetines negros deportivos, jeans negros, camisa negra, la pistolera del hombro, con la Browning, la Firestar en la pistolera al frente casi no se veía contra la camisa. Agregué las fundas de las muñecas y dos cuchillos de plata. No necesitaba tanta potencia de fuego para andar por la casa, especialmente con tantos cambiaformas corriendo de aquí para allá, pero me sentía intranquila, como si mi mundo fuera hoy menos sólido que ayer. Siempre había pensado que Richard y yo encontraríamos una solución. No estaba segura de cual, pero alguna. Ahora, ya no creía eso. No nos iba a funcionar nada. Nosotros no íbamos a ser nada, lo mínimo para el uno y el otro. No estaba segura de que la invitación de ser *Bolverk* estuviera todavía sobre la mesa. Lo esperaba. Lo podría perder como mi amante, pero no podía dejar que mandara toda la manada a la basura.

Si él no cooperaba, no estaba segura de cómo pararlo, pero eso era un problema para otro día. Hoy mi objetivo era sobrevivir para pasar el día. Apreté mis armas a mí alrededor como si fueran objetos consoladores. Si hubiese estado sola en casa, o solo con Nathaniel, habría cogido a Sigmund, mi pingüino de peluche, llevándolo conmigo. Eso era lo que indicaba lo malo que un día podía ser.

En un momento me vi en el espejo de mi dormitorio, donde me detuve y sonreí. Parecía vestida como un asesino chic. Me burlaba de algunos de mis amigos asesinos o cazadores de recompensas sobre ser un asesino elegante, pero a veces tienes que ir con los estereotipos. Además, parecían más grandes de negro. El negro sobre negro hacía mi piel casi transparente,

como si brillara. Mis ojos parecían maravillosamente oscuros. Parecía casi etérea, como un ángel sin alas, en un mal día. Bien, tal vez un ángel caído, pero el efecto era todavía sorprendente. Había aprendido hace tiempo que si no te sientes amada por el hombre de tu vida, la mejor venganza era lucir bien. Si realmente hubiera querido seguir la estrategia por completo, me habría puesto maquillaje. Estaba todavía de vacaciones. No usaba maquillaje en vacaciones.

Había una multitud en la cocina. La orden de que todos se vistieran había sido tomada en serio. Cherry llevaba unos shorts cortados y una camiseta de hombre blanca con las mangas arrancadas, de modo que pequeños hilos decoraban los agujeros de sus brazos. Se había atado los extremos de la camiseta sobre su estómago mientras se mostraba alrededor de la cocina. Zane la seguía con su mirada cada vez que se movía. No estaba segura de lo que Cherry sentía por él, pero Zane estaba empezando a actuar como un hombre enamorado, lujurioso, o al menos algo distinto. Se sentaba a la mesa con unos pantalones de cuero que se había quitado la noche anterior, haciendo caso omiso del café y mirando a Cherry.

Caleb se apoyaba en el mostrador con unos jeans, con el primer botón desabrochado de modo que el anillo de su ombligo se veía. Dio un sorbo de café y observó a Zane y a Cherry con una extraña mirada en su rostro. No la podía descifrar, pero no me gustaba, como si estuviera pensando en que hacer para crear problemas entre ellos dos. Caleb me impresionaba por cómo le gustaba crear problemas.

Nathaniel estaba sentado a la mesa, su largo pelo recogido en una trenza que caía por la espalda, el pecho desnudo, pero sin comprobarlo sabía que llevaría pantalones. Él me conocía lo suficiente como para saber que me gustaba que mis invitados estuvieran vestidos.

Igor y Claudia se pararon en cuanto entré en la habitación. Sus tatuajes eran todavía más impresionantes a plena luz del día. Adornaban sus brazos, y lo que podía ver de su pecho a través de la camiseta blanca, y los lados de su cuello, como joyas líquidas, brillantes y llamativas. Incluso desde la distancia eran hermosos contra su pálida piel.

No era mucho de tatuajes, pero no podía imaginarme a Igor sin ellos. Él llevaba una pistolera en el hombro. La glock se asentaba bajo el brazo, una mancha negra contra los bonitos colores, como una imperfección en un Picasso.

Claudia se miraba positivamente ordinaria junto a él, si es que una

mujer que medía cerca de siete pies y más musculosa que la mayoría de los hombres podía ser ordinaria.

El arma en la parte baja de la espalda era casi tan notable como la de Igor. Su cabello negro estaba recogido en una apretada cola de caballo, dejando su cara limpia y vacía, despejando los ojos. Claudia tenía ojos de policía, o los ojos de un mal hombre, ojos que no te dejaban ver lo que hay dentro. No conocía a muchas mujeres con ojos como esos, que no fueran policías. Si su rostro hubiese sido un poco más suave, habría sido hermoso. Pero había algo en el conjunto de su mandíbula, la forma en la que ponía la boca, que decía, *de la vuelta, no tocar*. Era algo que hubiera cambiado de ella.

Los dos ocuparon sus cuerpos, a ambos lados y un poco detrás de mí. Hubiera protestado, pero había descubierto la noche anterior que no servía de mucho. Ellos acataban órdenes de Rafael, no de mí. Él había dicho: — Mantenerla a salvo—, y eso es lo que iban a hacer. Estaba demasiado... maldita sea, era un derroche de energía decirles que se alejaran. Podría seguir por ese camino si me hacía sentir mejor. Esta tarde, no me importaba.

Merle estaba parado en la esquina de los armarios, lo suficiente cerca de la cafetera que Igor llenaba mientras servía un café. No sabía si había hecho una cafetera nueva, y no me importaba, solo la vista y el olfato me hacían sentir mejor.

Merle llevaba botas de cowboy, vaqueros y chaqueta vaquera sobre su pecho desnudo.

Estaba tomando café en una de las pocas tazas simples que tenía. La cicatriz de su pecho estaba muy blanca, harapienta, como si hubiese sido la parte más profunda de la herida. Se veía como un rayo tallado en el pecho y el estómago. Quería preguntarle que le había pasado, pero había una mirada en su cara mientras miraba la cocina, que me decía que él no me lo iba a decir, y él definitivamente lo vería como una intromisión. No era asunto mío de todos modos.

Las sillas vacías que quedaban en la mesa estaban de espaldas a la ventana y a la puerta corredera de cristal. Odiaba estar sentada de espaldas a una ventana o una puerta, en particular a la puerta. Nathaniel le tocó el brazo a Zane. Me miró y se levantó, con la taza de café y todo, y dio la vuelta a la silla contra la puerta. Cherry se sentó junto a él, en la silla que había sido de Claudia, y la giró para tener a la vista ambas puertas.

Cherry movió su silla más cerca de Zane, dando la espalda a todo ese cristal. Hubo un día en el que yo no tenía tanto cuidado, especialmente en casa, pero hoy era uno de mis días paranoide. La inseguridad tenía un efecto en mí, aunque fuera inseguridad emocional.

Claudia se sentó junto a mí. Igor se apoyó en la isleta detrás de mí, manteniendo un ojo en Merle, creo. Me parecía que no se gustaban.

Tomé el primer sorbo de café, caliente, negro, dejando que el calor me llenara por unos segundos, antes de preguntar.

—¿Dónde está Gregory?

—Stephen y Vivian lo llevaron a su apartamento —dijo Cherry.

—¿Pero él está bien? —pregunté.

Ella asintió con la cabeza, sonriendo con esa sonrisa que la hacía parecer más joven de lo que era.

—Está curado, Anita. Tú lo sanaste.

—Llamé a su bestia, yo no lo salve.

Ella se encogió de hombros.

—Es lo mismo.

Negué con la cabeza.

—No, yo no podía curar la otra noche.

Ella frunció el ceño, e incluso parecía bonita. Ella zumbaba hoy, brillando. Miré a Zane, que todavía la miraba. Quizás era amor para ambos. Algo había puesto ese brillo en sus ojos.

—Por el amor de Dios, Anita, lo salvaste. ¿Realmente importa como lo hiciste?

Era mi turno para encogerme de hombros.

—Simplemente no me gusta el hecho de que el Munin de Raina parece estar interfiriendo más y más cuando intento curar.

Sonó el timbre y salte como si hubiera sido disparada. Nerviosa. ¿Quién yo?

—He pedido algo para comer —dijo Nathaniel.

Le miré.

—Dime que es comida china.

El asintió, sonriendo, creo que con expresión de satisfacción. Habíamos descubierto que ningún restaurante chino entregaba a domicilio tan lejos, pero si el pedido era muy grande, realmente grande, ellos harían una excepción con nosotros. Nathaniel se levantó, pero Caleb se apartó de la puerta.

—La recogeré yo. Parece que no se me necesita para nada. —Él puso su taza en la isleta y se abrió paso entre nosotros para desaparecer hacía el salón.

—¿Cuál es su problema? —pregunté.

Igor respondió.

—Trató de hacerse amigo de Claudia.

—Y conmigo —dijo Cherry.

Mire hacía la cara sonriente de Cherry y el ceño fruncido de Claudia.

—¿Y él no está sangrando y con moratones?

—No fue necesario hacerle daño —dijo Claudia—, sólo tuvimos que ser muy, muy claras. —El tono de su voz y la mirada en sus ojos hizo que mis ojos no parecieran tan fríos. No sé si alguna mujer alguna vez tuviera ese efecto en mí. Me hizo sentir sexista lo que era inquietante, porque ella era mujer, pero era cierto.

Las aletas de su nariz se inflaron y los vi a todos ellos olfatear el aire. Todos se movieron a la vez, se dispersaron alrededor de la habitación. Claudia se levantó, me agarró del brazo, el brazo del arma, y me movió hacía el otro lado de la cocina y contra la pared. Ya tenía su pistola en la mano derecha. Moví mi brazo del arma para liberarla cuando Igor se movió a su lado y se para enfrente de mí, bloqueando mi vista. Igor también sostenía su arma. Estaba a punto de preguntar qué diablos estaba pasando, cuando lo olí. El olor acre como de moho de las serpientes.

Cogí la Browning y apunté hacía la puerta, sujetándola con las dos manos cuando el hombre serpiente paso a través de la puerta de la cocina con Caleb delante de él, una escopeta recortada presionaba el ángulo de su mandíbula.

—Si alguien se mueve, él muere.



Todos se congelaron, como si todos hubiéramos aspirado a la vez y contuviéramos el aire.

—Nadie tiene que morir aquí —dijo el hombre serpiente. Me miro con unos enormes ojos color cobre. La franja de color negro por encima de los ojos parecía maquillaje. No se observaban cicatrices en este rostro. Era más bajo y parecía más joven. Su rostro casi tenía una sonrisa, pero la mandíbula de serpiente no es adecuada para sonreír. Los ojos eran tan vacíos y extraños como el resto de él.

—Nuestro jefe sólo quiere hablar con la Sra. Blake, eso es todo.

—Dile que coja un maldito teléfono y pida una cita —dije. Apuntaba con el cañón de la Browning a un punto cercano al centro de su pecho, lo suficiente por encima de la cabeza de Caleb por lo que no estaba preocupado por dispararle, pero lo suficiente cerca de su garganta que con la munición que había en la pistola podría casi decapitarlo.

Si alguna vez moviera el cañón de la mandíbula de Caleb. Una escopeta recortada, con bala de plata disparada, y Caleb estaría muerto. No me gustaba mucho, pero no podía dejar que los chicos malos le volaran la cabeza, ¿no?

—Él no cree que fueras a ir —dijo el hombre serpiente.

—Vete, que llame y me comprometo a darle la consideración que merece. —Mi voz era tranquila porque estaba calmando mis nervios todo lo que podía, a la espera de algún disparo, si alguno llegaba.

El hombre serpiente apretó el cañón de la escopeta contra el cuello de Caleb, hasta que obligó a salir un pequeño sonido de dolor de él.

—Esta es una bala de plata, Sra. Blake. Esto destrozará su cabeza.

—Al segundo después tú también estarás muerto. —Le dijo Claudia, con su voz tranquila y firme como el brazo que sostenía el arma apuntando a la cabeza del hombre serpiente.

Soltó una risa silbante, que hizo eco detrás de él. Más de esas cosas comenzaron a moverse a través de la puerta abierta. Cogí un flash de brillante metal, más armas.

—Nadie pasa a través de esa puerta, o te mando lejos y dejo a Caleb tomar sus posibilidades.

Apretó el cañón contra la mandíbula de Caleb hasta que el hombre más pequeño tuvo que ponerse de puntillas y vi los primeros indicios de pánico en su rostro.

—Creo que no le gusta mucho —silbó el hombre serpiente.

—No importa —dije—, no voy a dejar entrar más armas en esta habitación.

—Promete no lastimar a Anita —dijo Merle. Casi me había olvidado de que estaba de pie a un lado y detrás de nosotros.

—No le vamos a hacer daño ni a un pelo de su cabeza.

—Podemos oler que estas mintiendo —dijo Claudia.

La cabeza de la serpiente se movió de lado.

—La mayoría de la gente no puede oler los cambios en nosotros, no puedes oler nada, por el hedor de la serpiente.

Cherry dijo:

—Anita.

Mis ojos parpadearon hacía ella y vi el movimiento fuera de las puertas correderas de cristal. Estaban tratando de entrar por nuestro flanco.

—Tenemos movimiento de este lado —dijo Igor.

Por una vez, otras personas tenían armas y parecían saber lo que estaban haciendo. Que refrescante. Mi mirada volvió hacia el hombre serpiente a tiempo de verle mover el cañón del arma hacía el cristal de la puerta.

—Tenemos toda la casa rodeada. No hay necesidad de que todos mueran aquí.

Claudia disparó un segundo antes que yo. Su bala pegó en la cara, la mía en lo alto del pecho, bajo el cuello. Su cabeza se desvaneció en un mar de sangre y de cosas más gruesas. Mis oídos resonaban con los disparos en el pequeño espacio. El cuerpo de la serpiente se echó hacía atrás: la escopeta estalló en su convulsa mano. Caleb se tiró al suelo hacía nosotros. Dos hombres serpiente más entraron por la puerta hombro con hombro, con escopetas. Claudia dijo:

—Izquierda.

Maté al de la derecha, y ella tomó al de la izquierda. Ambos fueron golpeados y los dos cayeron al suelo, una escopeta se arrastró por el suelo hacía nosotros.

Otro disparo de escopeta explotó a nuestra izquierda. Me volví hacía el ruido, no pude evitarlo. La puerta corredera de vidrio se había roto, y yo no había oído el sonido de cristales rotos, sólo el estruendo de la escopeta. Igor estaba de rodillas, utilizando la isleta como cobertura, mientras el mismo daba dos disparos al pecho de un hombre. El hombre cayó de rodillas, de repente, como una marioneta cuyos hilos habían sido cortados.

—¡Entrando! —dijo Claudia, y me volví hacía la otra puerta. Podía ver el cañón de un brillante revolver, algo chapado de níquel. Claudia estaba parada con su cuerpo apretado contra los armarios de la pared más cercana, casi oculta de la puerta. Ella disparó dos veces a ese brillante cañón, y un chillido llegó a nuestros oídos. El grito era similar al de una cría de conejo cuando un gato la atrapa. Débilmente oí que alguien gritó:

—¡Cayó, Félix!

Una lluvia de disparos llegó desde la otra habitación desde el interior de la puerta donde ni Claudia ni yo podíamos ver y todavía permanecer ocultas. Alguien me tocó el brazo, y me giré, abofeteando a Nathaniel con el cañón de la Browning. Él señaló, Igor estaba en el suelo, a su lado, el primer hilo carmesí se deslizaba por el suelo. Vi a Zane y Cherry bajo la mesa, pegados al suelo. Vislumbre a Merle un poco más lejos hacía atrás, metido en un rincón entre los armarios, probablemente mejor oculto que

cualquiera de nosotros. ¿Qué haces en un tiroteo cuando no llevas un arma? Esconderte. Por un momento encontré los ojos de Merle, antes de volverme hacía los restos.

Un hombre salió por la puerta corredera, con una escopeta de pistón en sus manos. Él disparó en redondo cuando entró por la puerta. Le disparé tres veces antes de que sus rodillas se desplomaran. Debería haber disparado antes de entrar por la puerta.

Claudia estaba disparando sus balas hacía la puerta interior. Creo que ella no estaba disparando contra algo ahora mismo, pero ella estaba manteniendo a raya a los que corrían hacía nosotros. Nada más se movía en la puerta rota, pero me quedé de cuclillas, el arma apuntando apoyada en las dos manos cubriendo la puerta.

Las balas llovían desde la puerta interior y Claudia y yo nos apretamos contra los armarios. Mantuve un ojo en la puerta del fondo, pero no la podía mantener a cubierto y cubrirnos al mismo tiempo. Otro disparo de escopeta explotó contra la pequeña ventana encima del fregadero. Se llevó un buen pellizco de los armarios de la isleta. Yo estaba tan pegada al suelo como podía, sobre mi culo, presionada contra los armarios, pero apuntando con la Browning a la puerta corredera. La escopeta envió otro disparo a través de la ventana y los tiros desde el salón venían uno detrás de otro, no con un objetivo, sólo para mantenernos donde estábamos. Mantenía mis ojos y mi pistola hacía la puerta. Ellos estaban disparando para cubrir algo, y era la única puerta a la izquierda.

Tres de ellos llegaron a través de la puerta corredera, y todo fue más lento. Estaba viendo el mundo a través de un cristal, todo con bordes afilados. Tenía todo el tiempo del mundo para ver como dos hombres serpientes y el hombre león, Marco, entraban a través de la puerta como un borrón que fue tan rápido que supe que ninguno de ellos era humano. Vi las escopetas, largas y negras, el león, Marco, tenía una 9mm en cada mano. Tuve una visión del rubio, de piel dorada, antes de que la primera bala le diera en el costado, y lo hiciera girarse. Claudia disparó contra una de las serpientes, lo hizo caer, pero la escopeta del otro rugió, y la sentí tambalearse encima de mí.

Puse dos disparos en el pecho del hombre, y se desplomó sobre la mesa de la cocina, dejando caer la escopeta haciendo ruido en el suelo.

Una bala dio cerca de mí, y vi apuntar a Marco desde una posición inclinada. Apunté con la Browning hacía él, pero iba a ser demasiado tarde.

Lo miré apretando el gatillo y supe que me tenía. No había tiempo para el miedo, sólo para un pensamiento de calma, él iba a matarme y no podía detenerlo. Entonces un borrón negro paso por su espalda, girándolo hacía atrás, y él disparo dio en el suelo frente a mí. Un hombre en forma de wereleopardo lanzó al hombre fuera de la puerta y desapareció después de él.

Mantuve mi ojo en la puerta, pero nada se movía. Algo caía por mi cara, tibia, casi caliente. Claudia se dejó caer contra los armarios, para sentarse, con las piernas extendidas hacía adelante, con la pistola todavía en la mano, pero sin apretarla. Tardé un segundo para ver su hombro derecho y el brazo llenos de sangre, entonces se volvió hacía la puerta corredera. Me apreté contra los armarios. Si venían a través de la puerta del salón podía matar a algunos de ellos. Si vinieran de las dos puertas a la vez, todo se habría terminado.

Vi un movimiento en la esquina y encontré a Merle con una escopeta en una mano y una serpiente en la otra. La había sacado a través de la ventana.

Vi como su boca se movía más de lo que lo oí y sabía que la falta de sonido no era sólo por el shock, si no que los disparos eran demasiado para una habitación tan pequeña.

Creo que dijo «Tengo esta puesta». Alivié a Claudia y tratamos de cubrir la sala de estar, tenía que confiar en que Merle podría manejar la otra puerta. Los ojos de Claudia parecían laminados cuando me moví hacía ella. Su boca se movía, pero no podía escucharla. Ella empezó a mover su mano izquierda hacía su derecha, inmóvil, como si la mano derecha no pudiese moverse. Mantuve un ojo en la puerta, pero sentí un lento movimiento mientras movía la pistola a la mano izquierda. Cuando la presione contra ella, esperaba que hubiese practicado con la zurda. No me gustaría recibir un disparo por accidente, cuando era muy probable que también consiguiera uno a propósito.

No pasó nada en lo que pareció una eternidad, un silencio completamente inmóvil. Mi oído regreso por etapas. Oí a Caleb repetir una y otra vez. «Hijo de puta, su puta madre, hijo de puta». Estaba acurrucado contra los armarios por detrás de mí, haciéndose un objetivo lo más pequeño posible. Nathaniel había cogido el arma de Igor y estaba apuntando la puerta corredera. Le había enseñado a Nathaniel los elementos básicos de las armas. Había demasiadas alrededor para que no supiera algo sobre ellas, pero mirándolo apoyado en los armarios de la

isleta sobre el cuerpo de Igor, cogiendo el arma con las dos manos, su brazo izquierdo estabilizado contra el borde del armario, supe que él dispararía a todo el que entrara por esa puerta. Si él realmente iba a empezar a recoger armas de fuego durante las peleas, iba a tener que sacarlo a disparar conmigo más a menudo.

Por supuesto, eso suponiendo que viviéramos para hacer cualquier otra cosa. El silencio se prolongó, sólo se oía el viento susurrando a través de los árboles fuera de la cristalera rota.

Una voz vino desde la dirección cubierta.

—Soy yo, Micah. —La voz era profunda, casi un gruñido.

—No suena como Micah —dijo a mi espalda.

—Suena como cuando no estoy en forma humana —dijo la voz.

Pregunte:

—¿Merle?

—Es Micah —dijo.

—Entra por la puerta poco a poco —dije.

El wereleopardo negro pasó a través de la puerta rota, con las garras al aire. La forma oscura parecía llenar la puerta. En forma de hombre leopardo media más de seis pies, era más amplio de hombros, todo más voluminoso, como si tuviera músculos en esta forma que no tenía en forma humana. Su piel brillaba como el ébano, la luz del sol acariciaba su costado, iluminando negro sobre negro. La pile pálida se mostraba a través de su pecho, su estómago, y más abajo. En las películas los hombres lobo eran asexuados, lisos como una muñeca Barbie. En la vida real eran muy masculinos. En forma medio humana era más fácil verlos desnudos, sin que tener al menos un poco de vergüenza. No veía a los cambiaformas como objetos sexuales una vez que su piel empieza a fluir.

—¿Dónde está el tipo que echaste por la puerta? —pregunté.

—Se escapó.

—No escucho a nadie en la sala de estar —dijo Merle.

—Todos ellos se fueron por la puerta principal —dijo Zane—, o al menos la habitación parece limpia. —Él y Cherry todavía estaban agachados debajo de la mesa de la cocina, contra el suelo.

—Voy a comprobar la sala de estar —dijo Micah.

—Estos chicos malos utilizan balas de plata. No sería arrogante respecto a ellos —dije.

El asintió con la cabeza, y su cabeza era en su mayoría de leopardo,

muy poco del hombre que era, curiosamente solo tenía en común esos ojos verde pálido. Ellos lo marcaban como extranjero para los demás en forma humana, pero con el cuerpo peludo y musculoso que acechaba delante de mí, esos mismos ojos lo marcaban como Micah. El color era más rico. Rodeado por el negro pelaje, los ojos eran aún más sorprendentes.

Dudó en la puerta, deslizándose a través de ella, agachado, haciéndose un objetivo lo más pequeño posible. Era raro ver a un licántropo aprovecharse de la cobertura. La mayoría de ellos parecían verse a sí mismos como invulnerables, lo que solía ser cierto, pero no hoy. Igor estaba muy quieto en el suelo, y el hombro de Claudia parecía en carne viva. Ella estaba recostada contra los armarios. Su mano izquierda aún sostenía la pistola, aunque la otra mano estaba inmóvil en el suelo, como si no tuviera uso de su brazo.

Cuando miré hacia abajo, el arma apuntaba hacía un lugar en dirección a la puerta corredera. La mano vaciló lo suficiente como para que me pusiese nerviosa estando de cuclillas sobre ellas, pero ella luchaba contra sus extremidades temblorosas tan duro que nunca comprometió su línea de fuego con mi cuerpo. El lado derecho de su cuerpo estaba empapado en sangre, y sus ojos estaban teniendo problemas para concentrarse. Creo que solo la tozudez la mantenía consciente.

Mi mirada se desvió a la forma de Igor y los cuerpos apilados en las puertas. Si Igor estaba respirando, no podía verlo.

—Busca su pulso, Nathaniel.

Nathaniel miró hacía el hombre, contactó con mis ojos un momento y luego se volvió para mirar la puerta corredera.

—Escucharía su corazón, si siguiera latiendo. Escucharía su sangre correr, si se siguiera moviendo. Pero no lo escucho —dijo todo eso con la cabeza girada lejos de mí. Lo cual lo hacía peor, más desconcertante.

Micah apareció en la puerta.

—No queda nadie vivo aquí. —Pasó por encima de la pila de cuerpos de la puerta y parecía deslizarse, equilibrándose sobre sus pies, lo que estaba entre lo humano y leopardo. ¿Iba a ser realmente un leopardo cuando fuera luna llena? ¿Era esa oscuridad, esa forma elegante, esa sombra musculosa, lo que había dentro de mí?

Empujé esa pregunta lejos, teníamos otros problemas más acuciantes, como los heridos. Me concentraba en las situaciones de emergencia y trataba de dejar todo lo demás atrás. Era una de mis especialidades. Puse

mis dedos contra el cuello de Claudia, tratando de comprobar su pulso. Ella se encogió de hombros, moviéndose lo suficiente para que no pudiera comprobarlo.

—Estoy bien —dijo con voz áspera—. Estoy bien.

Era obvio que no era cierto, pero no quería discutir. Hasta que comprobara personalmente la casa, no creería que estábamos a salvo, pero mi botiquín de primeros auxilios estaba en la despensa, y sabía que esta zona estaba a salvo.

—Cherry arrástrate por debajo de la mesa hasta este lado y coge el kit de primeros auxilios. —Me puse en pie y me moví alrededor de los armarios, así sería capaz de ver la sala de estar y la puerta corredera.

Cherry miró a Zane, luego salió a través de las patas de las sillas. Se quedó agachada hasta que llegó al armario de la despensa. Ella tuvo que mover a Caleb, moviéndolo suavemente con los pies. Finalmente, se desenroscó de su posición fetal, y se arrastró lejos de Cherry para que pudiera coger el kit.

Cherry fue hasta Igor en primer lugar. Ella era una wereleopardo, su audición no era tan buena como la de Nathaniel, pero cuando termino de comprobarlo se volvió hacia Claudia. Claudia intentó apartarla con su mano izquierda, con la pistola todavía en ella.

—Claudia, vamos a ayudar a Cherry —dije.

—¡Maldita sea!

Cherry tomó eso como un sí y comenzó a inspeccionar el hombro. Claudia no peleó con ella y me alegré de eso. El shock puede hacer que digas o hagas cosas divertidas. Realmente no quería luchar con el brazo de una wererata, herido o no. Por supuesto, Micah estaba aquí y probablemente podría luchar y ganar a Claudia, al menos mientras estuviera herida.

Seguía manteniendo mi sentido periférico hacia los espacios abiertos, pero con el tiempo el silencio se prolongó, sólo se oía el sonido del viento en los árboles y el zumbido de las langostas a través de la puerta de la sala de estar y la puerta de atrás. Empecé a relajarme centímetro a centímetro. Esa tensión que siempre tengo en los hombros durante una pelea y la falta de adrenalina, me hizo saber que pensaba que estábamos a salvo, por ahora.

Entonces oí algo en el silencio del verano, sirenas. Sirenas de policía cada vez más cerca. No tenía ningún vecino cercano. Había oído disparos en el condado de Jefferson con bastante regularidad, de modo. ¿Quién

infiernos informó de los disparos?

Micah volvió su redondeado rostro hacia mí.

—¿Vienen hacia aquí?

Me encogí de hombros.

—No lo sé con certeza, pero parece probable.

Los dos miramos los cuerpos en el suelo, luego nos miramos.

—No tenemos tiempo para esconder los cuerpos —dijo él.

—No, no lo tenemos —dije. Miré a todo el mundo. Merle seguía mirando la ventana de la cocina, la escopeta entre sus grandes manos. Zane se había arrastrado de debajo de la mesa para jugar con Cherry a la enfermera, dándole cosas que ella pedía. Estaba preparando el brazo de Claudia.

Cherry me miró.

—Ella podría curarse a sí misma si cambia, pero todavía necesitara atención médica.

—La policía tiende a disparar a los cambiaformas en forma animal —dije.

—Yo me quedo —dijo Claudia, con los dientes un poco apretados—. Si tenemos heridos de nuestro lado, a la policía le va a gustar.

Ella tenía su punto. Miré a Micah. Las sirenas sonaban ahora más cerca, casi en frente de la casa.

—Es mejor que te vayas, Micah.

—¿Por qué?

—La policía está a punto de llegar aquí, verán un montón de cuerpos, una gran cantidad de sangre. Todo en forma animal tendrá una buena oportunidad de recibir un disparo.

—Eso no es un problema —dijo. La piel comenzó a retroceder, como el agua tirando hacia atrás en la orilla del mar. Cuando se puso de manifiesto la piel humana, sus huesos se deslizaron fuera de la vista, como cera, cubriéndose, derritiéndose. Nunca había visto a nadie cambiar de manera tan superficial, tan fácilmente. Era como si fuera un simple cambio de ropa, excepto por el líquido transparente que le corría por el cuerpo, el sonido de huesos estallando, reformándose, incluso el sonido de carne en ebullición por encima de él. Solo sus ojos seguían siendo los mismos, inmutables, como dos joyas fijas en el centro del universo. Luego, de repente estaba en forma humana de nuevo, el cuerpo cubierto de un líquido espeso. Nunca había visto tanto líquido en un solo cambio. Estaba parada en un charco de

eso y no me había dado cuenta.

Se desplomó de repente, tratando de apoyarse en los armarios, pero estaba en el camino y tuve que agarrarlo por la cintura para que no cayera al suelo.

—El cambio rápido viene con un precio.

—Nunca he visto cambiar a nadie hacía atrás tan rápidamente —dijo Cherry.

—Y él no caerá en un estado de coma como cualquiera —dijo Merle—. Dale unos minutos y estará bien, confuso, pero bien. —Había admiración en la voz del hombre más grande, y algo más, celos.

Las sirenas sonaron cerca de la entrada y luego hubo silencio.

—Todo el mundo tira las armas. ¿No quiero que nadie reciba un disparo por accidente? —dije.

Nathaniel hizo lo que dije al instante. Tuve que presionar más a Micah contra mi cuerpo, con una sola mano, para así poder poner mi propia arma en un armario. Micah se estremeció contra mí. Le miré, a punto de preguntarle si estaba bien, pero la mirada en sus ojos me detuvo. No era dolor lo que vi en sus ojos. Deslicé su otra mano en su cintura para así poder ponerlo con más seguridad contra mí. Su piel era lisa en mis manos. Se las arregló para poner una mano en los armarios que teníamos detrás. Me miró a los ojos a centímetros de distancia y había mundos ahogándose en sus ojos, necesidades, esperanzas, todo.

Una voz de hombre gritó:

—¡Policía!

Grité:

—¡No disparen!, los malos se han ido. Tenemos heridos. —Moví a Micah para que pudiera sostenerse contra los armarios, a continuación, puse mis manos sobre la cabeza y me moví con cuidado hacía la puerta. Tuve que pasar por encima de los cuerpos en la puerta de la cocina para entrar en la línea de visión de los policías. Si hubiera sido un hombre imponente, podrían haber disparado a propósito, no exactamente, pero no se solían ver tres cuerpos en una puerta en el condado de Jefferson, Missouri, todos los días. Pero era pequeña, femenina, y parecía bastante benigna, sin armas. Pero seguí hablando mientras me movía. Cosas como:

—Ellos nos atacaron. Tenemos heridos. Necesitamos una ambulancia. Gracias a Dios que llegaron cuando lo hicieron. Las sirenas los ahuyentaron. —Seguí balbuceando hasta que estaba segura de que no iban

a matarme, entonces venía lo más difícil. ¿Cómo se explican cinco cadáveres en la cocina, algunos de los cuales incluso muertos no parecían humanos? El infierno latía fuera de mí.



Dos horas más tarde estaba sentada en mi sofá, hablando con Zerbrowski. Se veía, como de costumbre, como si se hubiera vestido a toda prisa, en la oscuridad, para que nada combinara lo suficiente, y él había cogido una corbata con una mancha en ella, en vez de la que probablemente él quería llevar. Su mujer, Katie, era una mujer ordenada, y nunca había entendido por qué permitía que Zerbrowski saliera de casa vestido como un desastre caminando. Por supuesto, tal vez no era cuestión de que le permitiera algo, tal vez era una de esas batallas en las que te rendías después de un par de años.

Caleb se sentaba al otro extremo del sofá acurrucado debajo de una manta que habían bajado de la cama. Los paramédicos que se habían llevado a Claudia habían dicho que ella estaba en shock. Apostaba a que esta era la primera vez que estaba del lado equivocado de la escopeta. Solo la cima de sus rizos y la abertura delgada de sus ojos castaños se asomaban

por encima de la manta. Parecía que tenía aproximadamente diez años, acurrucado así. Le habría ofrecido consuelo, pero Zerbrowski no me permitía hablar con él ni con nadie más. Merle se apoyaba en la pared al final del sofá, mirando con ojos ilegibles. Los policías lo observaban de vez en cuando, ellos se movían por la habitación. Él los ponía incómodos de la misma forma por la que me ponía incomoda a mí; él llevaba el potencial para la violencia como una colonia cara.

Zerbrowski se ajustó las gafas en la nariz, metió las manos en los bolsillos del pantalón y me miró. Estaba de pie, yo estaba sentada, mirando lo más inocentemente posible.

—Así que permíteme aclarar esto, estos tipos llegaron aquí y tú no tienes ni la menor idea de por qué.

—Así es —dije.

Me miró. Lo miré fijamente. Si pensaba que me iba a romper bajo la presión de su mirada, estaba equivocado. Contribuía a ellos que realmente no tenía la menor idea de lo que estaba pasando. Estaba sentada. Me puse en pie. Nos miramos el uno al otro.

Caleb se estremeció en su lado del sofá. Merle, miraba a la gente correr de acá para allá. Había un montón de gente. Se movían alrededor de la casa detrás de Zerbrowski, entrando y saliendo de la cocina, como enormes y ambiciosas hormigas. Siempre hay demasiada gente en la escena de un crimen, no sólo curiosos. Siempre tienes muchos policías alrededor, muchos más de los que realmente necesitas. Pero nunca se sabe que par de ojos o de manos encontrará una pista crucial. Francamente, pensaba que se perdían más pruebas con todo el tráfico de personas de las que se encontraban con toda esa ayuda, pero así era yo. Simplemente no soy del tipo social.

Nos quedamos en nuestro propio trozo de silencio. La puerta se abrió detrás de nosotros. Miré hacia atrás para ver a Micah salir de la habitación. Llevaba un par de mis pantalones deportivos. Como eran de hombre de todos modos y era de mi misma altura, le quedaban perfectamente. Nunca había tenido un novio con el que pudiera intercambiar la ropa. Pero no encontraba muchos hombres adultos de mi tamaño.

La policía le había dejado tomar una ducha, de modo que sus largos cabellos se habían secado desordenados hasta sus hombros. El líquido comenzaba a secarse en descascarillados parches. Sus ojos amarillo verdoso chasquearon hacía mí, pero ellos permanecían neutrales. Dolph

vino justo detrás de él, asomándose sobre Micah, de la misma forma que se asomaba sobre mí. Los ojos de Dolph no eran neutrales, estaban enojados. Él había estado enojado desde que dio el primer paso por la puerta. Él nos había separado a todos en cuartos diferentes. Nathaniel estaba siendo interrogado por un policía amigo de la estación, la detective Jessica Arnet. Estaban en la habitación de huéspedes. El detective Perry había interrogado a Caleb y seguía con Zane. Dolph había interrogado a Merle y a Micah. Zerbrowski no me había interrogado realmente, más bien se quedó ahí y se aseguró de que no hablara con los demás. Dijo que es una corazonada, pero apostaba a que Dolph quería interrogarme personalmente.

Teníamos cinco cadáveres en el suelo, tres de los cuales incluso muertos no habían vuelto a su forma humana. Las tres serpientes se habían quedado serpientes. Los cambiaformas siempre vuelven a su forma original después de morir. Siempre. Lo que planteaba una pregunta. Si no eran cambiaformas. ¿Qué demonios eran?

—Anita —dijo Dolph. Una sola palabra, pero sabía lo que quería decir. Me levanté y fui hacia el dormitorio. Micah rozó la punta de sus dedos con mi mano, cuando me crucé con él. Dolph entrecerró los ojos, y supe que se había dado cuenta.

Abrió la puerta para mí, y pasé junto a él a mi dormitorio. Me molestaba que usaran mi casa, mi habitación, para preguntarme, pero es una paliza ir hasta el centro. Así que dejé mis quejas para mí misma. Dolph tenía todo el derecho de llevarnos hasta la central. Teníamos cadáveres y no negábamos que los hubiésemos matado. Oh, yo lo habría tratado de negar si supiera que podría salirme con la mía, pero no podía, por eso no lo hice.

Me invitó a sentarme en la silla de la cocina que habían trasladado a mi habitación. Se quedó de pie, seis pies con ocho de él.

—Cuéntame —dijo.

Le expliqué exactamente lo que había sucedido. Le dije la verdad, toda ella. Por supuesto que no sabía lo suficiente para necesitar mentir. Había acarreado el cuerpo de Igor fuera, todos sus brillantes tatuajes centelleaban, más vivos que el resto de él.

Teníamos un muerto y un herido. Era mi casa. Se trataba evidentemente de un caso de defensa propia. La única diferencia de las otras veces que tuve que matar a gente en mi casa, era el número de cuerpos y que algunos no eran no-humanos. Aparte de eso, había estado en situaciones mucho más cuestionables. ¿Entonces por qué Dolph estaba tomándose esta más

seriamente? No tenía ni idea.

Dolph me miraba. Él tenía una mejor mirada de acero que Zerbrowski, pero estaba en calma, con los ojos en blanco. Podría parecer inocente en este momento, porque era yo.

—¿Y no sabes porque te querían llevar?

En realidad, tenía una pequeña intuición, pero no la iba a compartir, no podía. Podrían querer darme caza porque casi maté a su líder. Uno de los problemas de retener pruebas a la policía es que luego no puedes explicar lo demás sin confesar que has ocultado pruebas. Este era uno de esos momentos. No le había dicho a Dolph sobre que los medio serpientes tenían a Nathaniel y la lucha de después. Se lo podría haber dicho ahora, pero... hay demasiadas cosas que tendría que decirle, como que tal vez me convertiría en un wereleopardo. Dolph odiaba a los monstruos. No estaba dispuesta a compartir eso con él.

Le puse cara inocente y le dije.

—No.

—Ellos deben quererte malditamente mal, Anita, para entrar aquí con esa clase de potencia de fuego.

Me encogí de hombros.

—Creo que sí.

La ira llenó sus ojos, afinando sus labios en una línea firme.

—Tú estás mintiendo.

Amplíé mis ojos.

—¿Haría yo eso?

Se dio la vuelta y cerró la mano en la parte superior de la cómoda, tan duro que el espejo se clavó en la pared. El cristal se estremeció y por un segundo pensé que se rompería. No lo hizo, pero la puerta se abrió y Zerbrowski metió la cabeza por la puerta.

—Todo bien aquí.

Dolph lo miró, pero Zerbrowski no se inmutó.

—Tal vez debería terminar yo el interrogatorio de Anita.

Dolph sacudió la cabeza.

—¡Fuera Zerbrowski!

Como el hombre valiente que era, el me miró.

—¿Estás bien con eso, Anita?

Yo asentí, pero Dolph ya estaba gritando.

—¡Lárgate!

Zerbrowski nos dio una última mirada y cerró la puerta diciendo:

—Llámame si necesitas algo. —La puerta se cerró y en el repentino silencio podía oír la respiración de Dolph, pesada, dificultosa. Sentía el olor a sudor en su piel, débil, no desagradable, pero sí un signo seguro de que era peligroso. ¿Qué estaba pasando?

—¿Dolph? —Hice una pregunta con su nombre.

Lo dijo sin volverse.

—Estoy tomando una gran cantidad de calor por ti, Anita.

—No, no lo estas —dije—. Todo el mundo que sacaste de la casa no eran humanos. Las leyes pueden cubrir a los cambiaformas como humanos, pero sé cómo funciona. ¿Qué es un monstruo muerto?

Entonces se volvió, inclinando su gran cuerpo contra la cómoda, con los brazos cruzados.

—Pensaba que los cambiaformas cambiaban de nuevo a su forma humana cuando morían.

—Ellos lo hacen —dije.

—Las cosas serpientes no.

—No, no lo hicieron.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Estás diciendo que no eran cambiaformas?

—No, estoy diciendo que no sé qué diablos son. Hay hombres serpientes en un montón de mitologías. Hindú, Vaudun. Podrían ser algo que no era humano, desde el principio.

—¿Quieres decir como los Nagas que sacamos del río, hace dos años? —dijo.

—El Naga era verdaderamente inmortal. Estas cosas, cualesquiera que sean, no podían con las balas de plata.

Cerró los ojos por un segundo y me miró de nuevo, vi lo cansado que estaba. No era cansancio físico, pero sí un cansancio de corazón, como si hubiera estado llevando una gran carga emocional durante demasiado tiempo.

—¿Qué pasa Dolph? ¿Qué te tiene fuera... de quicio?

Me dio una pequeña sonrisa.

—De quicio. —Sacudió la cabeza y se apartó de la cómoda. Se sentó en el borde de la cama y me volví en la silla—. Preguntaste, ¿qué mujer en mi vida estaba durmiendo con muertos vivientes?

—No debería haber dicho eso. Lo siento.

Sacudió la cabeza.

—No. Estaba siendo un hijo de puta. —Sus ojos eran feroces de nuevo —. No puedo entender cómo puedes dejar que eso... te toque. —Su rechazo era tan fuerte que casi podía sentirlo contra mi piel.

—Hemos hablado de esto antes. Tú no eres mi padre.

—Pero si soy el padre de Darrin.

Lo miré a los ojos.

—¿El mayor, el abogado? —pregunté.

El asintió con la cabeza.

Vi su cara, tratando de entender algo, con miedo a decir algo. Miedo de que me malinterpretara.

—¿Qué pasa con Darrin?

—Él está comprometido.

Vi la terrible seriedad en su rostro.

—¿Por qué la idea de darte las felicitaciones no parece correcto?

—Ella es un vampiro. Anita, un vampiro de mierda.

Parpadeé. No sabía que decir.

Él me miró con ojos enojados.

—Di algo.

—No sé lo que quieres que diga, Dolph. Darrin es mayor que yo. Es un chico grande. Él tiene derecho a estar con quien quiera.

—Ella es un cadáver, Anita. Ella es un cadáver ambulante.

Yo asentí.

—Sí.

Se puso de pie, caminando por la habitación con grandes zancadas.

—Está muerta, Anita, el jode con un muerto, y no se pueden conseguir nietos de un cadáver.

Casi me echo a reír, pero mi sentido de auto-preservación era más fuerte que eso. Finalmente dije:

—Lo siento, Dolph, yo... es cierto, hasta donde sé, que las vampiresas no pueden tener bebés. Sin embargo, tu hijo más joven, Paul, el ingeniero, está casado.

Dolph sacudió la cabeza.

—Ellos no pueden tener hijos.

La vi pasearse por la habitación, adelante y atrás, adelante y atrás.

—No lo sabía, lo siento.

Se sentó de nuevo en la cama, con los hombros caídos.

—Nada de nietos, Anita.

No sabía que decir, otra vez. No podía recordar nunca a Dolph compartir gran parte de su vida personal conmigo, ni con nadie. Me sentía halagada y casi asustada. No soy de naturaleza consoladora, y no sabía qué hacer. Si hubiese sido Nathaniel o uno de los leopardos, o incluso uno de los lobos, lo habría abrazado, acariciado, pero era Dolph, y no estaba segura de que fuera del tipo que se deja acariciar.

Se quedó sentado, mirando a ciegas el suelo, sus grandes manos reposando sobre su regazo. Se veía tan perdido. Me levante de la silla y fui hasta su lado. Él no se movió. Le toque el hombro.

—Lo siento mucho, Dolph.

El asintió.

—Lucille lloró hasta quedarse dormida después de que Darrin hizo el anuncio.

—¿El problema es el tema vampiro o el tema de los no-nietos? —pregunte.

—Ella dice que es demasiado joven para ser abuela, pero... —Miró hacía arriba de repente, y lo que vi en sus ojos era tan crudo, que quería apartar su mirada. Tenía que esforzarme por cumplir con esa mirada de dolor, para adaptarme en todo lo que estaba ofreciendo. Dolph me estaba dejando ver dentro de él más de lo que nunca había hecho, y tenía que honrar eso. Lo tuve que mirar y le hice ver que lo veía todo. Si hubiese sido su novia lo hubiese abrazado. Si hubiera sido alguno de mis amigos, lo habría abrazado, pero era Dolph, y no estaba segura de lo tenía que hacer.

Volví la cara, y sólo entonces, cuando él me había dado todo el dolor de sus ojos, traté de abrazarlo. Él no me dejó hacerlo. Se puso en pie, alejándose de mí. Pero lo había intentado, y eso era lo mejor que podía hacer.

Cuando se volvió hacía mí, sus ojos estaban en blanco, su rostro fijo en la máscara que llevaba generalmente, su cara de policía.

—Si tú me ocultas algo de lo ocurrido ahí afuera, Anita, te reviento el culo.

Asentí, mi propio rostro volvió a echar la máscara tan vacía como la suya. El momento de compartir se había acabado, y no se sentía cómodo con él, por lo que iba a volver a un terreno más familiar. Me parecía bien. No sabía qué decir de todos modos. Pero recordaría que me dejó ver en su interior. Me acordaría, aunque no estaba segura de el bien que nos haría a

ninguno de los dos.

—Un grupo de cambiaformas, o lo que sea, me ataca en mi propia casa, mata a uno de mis invitados, hiere a otro y te miento. ¿Por qué diablos?

Sacudió la cabeza.

—Me estas ocultando algo, Anita. A veces pienso que lo haces por costumbre, a veces sólo por ser un dolor en el culo, pero no me estás diciendo todo.

Me encogí de hombros.

—No estoy diciendo que no esté ocultando nada hoy, pero te digo todo lo que puedo, Dolph, cuanto puedo.

—¿Qué tal el nuevo novio con ojos de gato?

Parpadeé.

—No sé lo que quieres decir.

—Micah Callahan. Lo vi tocarte.

—El me rozó la mano, Dolph.

Sacudió la cabeza.

—Fue la forma en la que te tocó, la forma en la que tu rostro se suavizó cuando lo hizo.

Era mi turno para mirar hacía el suelo. No miré hacia arriba hasta que estaba segura de poder mantener mi rostro vacío.

—No estoy segura de llamar a Micah mi novio.

—¿Cómo lo llamas?

—Agradezco que compartas tu vida personal conmigo, Dolph, realmente lo hago, pero no tengo que devolverte el favor.

Sus ojos se endurecieron.

—¿Qué pasa contigo y los monstruos, Anita? ¿Los seres humanos normales no son suficientes para ti?

—No es tu asunto, por lo menos hasta la fecha, Dolph.

—No me importa que no sea mi asunto, pero aún no sé cómo te puedes quedar parada para que esa cosa te toque.

—Si no es asunto tuyo, entonces no es de tu incumbencia con quien mantengo relaciones sexuales.

—¿Tú jodes con Micah Callahan? —preguntó.

Miró con sus ojos enfadados a los míos, y dijo:

—Sí, si lo estoy.

Él estaba temblando delante de mí, con las grandes manos cerradas en puños a sus costados y por un sólo segundo, pensé que él podría hacer algo,

algo violento, algo que después lamentaría. Entonces me dio la espalda.

—¡Fuera, Anita, sal de aquí!

Empecé a acercarme para tocarlo, pero dejé caer mi mano. Quería disculparme, pero lo habría hecho peor. Me sentía incomoda con el hecho de que tenía relaciones sexuales con Micah, y eso me hacía muy sensible. Dolph merecía algo mejor. Hice lo mejor que podía hacer para él.

—El corazón quiere lo que el corazón quiere, Dolph. Tú no piensas en complicarte la vida, sólo sucede y si no lo haces a propósito y no haces daño a la gente que te quiere. A veces resulta.

El asintió, mientras se alejaba de mí.

—Lucille quiere llamarte y hablar de vampiros en algún momento, quiere entenderlo mejor.

—Estaría encantada de contestar cualquier pregunta que quiera.

El asintió de nuevo, pero no me miraba.

—Le diré que te llame.

—Voy a esperar su llamada.

Los dos estábamos allí, pero él no me miraba. El silencio se prolongó entre nosotros.

—No tengo más preguntas. Anita. Te puedes ir.

Me detuve en la puerta, me volví hacia él. Todavía estaba claro, di la vuelta y me pregunté si estaría llorando. Podría haber olido el aire y usar mis sentidos recién descubiertos de leopardo para responder a mi pregunta, pero no lo hice. Lo respetaba. Abrí la puerta y la cerré detrás de mí en silencio, dejándolo con su dolor y su ira. Dolph si lloraba o no, era asunto suyo, no mío.



Cuando el último policía se alejó, cuando la última ambulancia se fue, el silencioso verano se apoderó de la casa. La cocina era un desastre. Cristales rotos en el suelo, la sangre secándose en charcos negro-rojo en la madera pulida. Nunca podría sacar toda la sangre de las grietas de la madera. Estaría allí siempre, un recordatorio de que el poder de fuego superior había prevalecido, pero no sin un costo.

Iba a tener que llamar a Rafael y decirle donde había llevado a su hombre muerto y a su mujer herida. Tenía que admitir que había sido una buena cosa tenerlos cerca. Los dos cañones extra habían hecho la diferencia. Si hubiera sido la única armada, las cosas podrían haber ido de otra manera. Bueno, podría estar muerta.

Un ruido detrás de mí, me hizo girarme. Nathaniel estaba en la puerta con un recogedor, una escoba y un pequeño cubo.

—Pensé en limpiar esto.

Asentí, con mi corazón demasiado apretado en la garganta como para hablar. No lo había oído llegar detrás de mí. Él estaba solo en la puerta, no demasiado cerca, pero lo suficientemente cerca si hubiese sido un mal tipo con una pistola.

Había estado totalmente en calma. No me había venido abajo cuando la policía estaba aquí, pero de pronto estaba temblando, un leve temblor. Una maldita reacción tardía, del carajo.

Nathaniel puso el recogedor y el cubo sobre la mesa, apoyo la escoba contra una silla y caminó lentamente hacia mí. El me miró a la cara, con sus ojos color lila.

—¿Estás bien?

Empecé a abrir la boca para mentir, pero un pequeño sonido salió de mis labios entreabiertos, casi un gemido. Cerré la boca apretada para que los sonidos parasen, pero el temblor empeoró. Si eras demasiado obstinado para no llorar, entonces tu cuerpo encuentra maneras para que salga.

Nathaniel me tocó el hombro, superficialmente, como si no estuviera seguro de ser bienvenido. Por alguna razón hizo que mis ojos ardiesen, que se me oprimiera el pecho. Apreté mis brazos alrededor de mi cuerpo, como si manteniéndome apretada pudiera contener las lágrimas en mi interior. Empezó a acercarse, empezó a abrazarme. Me aparté, porque sabía que si me tocaba lloraría. Ya había llorado una vez hoy, eso era todo lo que estaba permitido. Diablos, si llorara cada vez que alguien me intentara matar, me habría ahogado en lágrimas.

Nathaniel suspiró.

—Si tú me encontrases como tú ahora, me abrazarías, me harías sentir mejor. Déjame hacer lo mismo por ti.

Mi voz salió estrangulada.

—Me vine ya abajo una vez en el día de hoy. Una vez es suficiente.

Me agarró por el brazo. Me lo hubiera esperado de cualquiera, pero no de Nathaniel.

Pensaba en él como seguro. Sus dedos apretaban mi brazo, no lo suficiente como para herirme, pero lo suficiente para hacerme saber que era grave. Dejé de temblar, como si hubiese tocado un interruptor. Estaba concentrada, ni siquiera cerca de las lágrimas.

El me sacudió el brazo, con la fuerza suficiente como para girarme.

—Sé que no me dejarías abrazarte. Yo sabía eso —el apretó mi brazo un poco más duro—, pero ayudaría.

—¡Suéltame, Nathaniel, ahora! —Mi voz era baja y cuidadosa, ronroneando de ira.

Nathaniel nunca había puesto sus manos en mí antes de un modo violento. Debajo de la ira había tristeza. Se suponía que era seguro, y ahora no lo era. Se estaba convirtiendo en una persona, no en un desastre sumiso, y no había pensado hasta este momento en que no me gustaría del todo en lo que se convertiría Nathaniel.

Sentí el movimiento, como si el aire hubiera cambiado de curso, justo antes de que Micah entrara por la puerta de la cocina. Tenía el pelo mojado de la ducha, peinado hacia atrás y me daba por primera vez una visión real de su rostro, sin los rizos para distraerme.

Su rostro era tan delicado como el resto de él. Sus rizos largos sólo lo hacían parecer más delicado, pero era su estructura ósea, sólo era él. Si tú puedes ignorar sus amplios hombros, bajando por su cintura, la línea recta de sus caderas, casi se podría decir que era una niña. Realmente no era más femenino que Jean-Claude, pero era de huesos delicados, más ligeros. Era más fácil parecer masculino cuando medias seis pies de alto que cinco pies con cinco. Sólo una cosa arruinaba la delicadeza de su rostro. Su nariz no estaba del todo perfectamente recta, como si se la hubieran partido alguna vez y no hubiera curado del todo bien. Debería haber arruinado la perfección de su rostro, pero no era así. Era, como sus ojos, algo exclusivo de Micah, lo cual lo hacía más interesante, pero no menos atractivo. Tal vez ya había tenido mi cupo de hombres perfectos.

Se había puesto una enorme camiseta de chándal. La camiseta se le pegaba a la mitad del muslo, ocultando su cuerpo más que mostrándolo, pero aún cubierto, era muy consciente de él. Consiente de él de una manera como era consciente de Richard y Jean-Claude. Siempre había asumido que era amor mezclado con lujuria, pero no sabía lo suficiente de Micah como para amarlo. O sentía la pura lujuria como amor, o había más de un tipo de amor. Era algo confuso para mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Nathaniel volvió a su escoba, cubo y recogedor. Los recogió y comenzó a barrer el suelo, haciendo caso omiso de nosotros.

—Nada. ¿Qué pasa?

El me frunció el ceño.

—Vosotros dos estáis molestos.

Me encogió de hombros.

—Vamos a superarlo.

Cerró la distancia entre nosotros, pero el movimiento fue demasiado repentino después de que Nathaniel me agarrara del brazo, por lo que me alejé.

Micah se detuvo, me miró, claramente desconcertado.

—¿Qué pasa? No te veías asustada cuando había disparos.

Mire a Nathaniel, que estaba de rodillas, recogiendo el cristal con el recogedor. El estudiadamente evitaba mirarme, mirarnos.

—Tuvimos un desacuerdo.

Nathaniel se puso rígido, todo su cuerpo reaccionando a lo que había dicho. Se volvió lentamente hasta que me miró con esos ojos color lila.

—Eso no es justo, Anita. Nunca estuve en desacuerdo contigo.

Suspiré, no porque no tuviera razón, pero si a causa del dolor en sus ojos. Me acerqué a él, manteniendo el equilibrio en los talones, porque no me atrevía a arrodillarme sobre el cristal. Le toqué el hombro desnudo, el lado de su cara.

—Lo siento Nathaniel. Me tomaste desprevenida.

—¿Por qué no me dejas entrar, Anita? ¿Por qué? Sé que quieres.

Le toque la espalda, donde las marcas de mordedura casi habían sanado, sólo eran círculos de un rojo tenue.

—No permito a nadie entrar sin una lucha, Nathaniel. Tú deberías saber eso.

—No todo tiene que ser una lucha —dijo. Sus ojos eran muy amplios, brillantes.

—Para mí, sí.

Sacudió su cabeza, cerrando los ojos y las lágrimas corrían por sus mejillas. Lo ayudé a ponerse de pie, porque todavía estaba preocupada por los cristales. Cuando estuvimos de pie, puse mis brazos alrededor de él hasta que mi cara tocó la piel desnuda de su pecho, la boca apretada contra el hueco de su hombro, donde las clavículas estaban hacía dentro. Él puso sus brazos alrededor de mí, abrazándome. Su piel era tan cálida, tan suave. Tome una respiración profunda. Olía a vainilla, como siempre. Nunca había estado segura de si era jabón, champú, colonia, o sólo era él. Aunque era algo salvaje y demasiado real, era olor de leopardo.

Sentí a Micah a mi espalda. Recibí una sensación de su cuerpo, como una línea de calor antes de que se apretara contra mí. Sus brazos me rodearon, tocando a Nathaniel. Micah hizo cuchara contra mi cuerpo, pero

sus manos, sus brazos, exprimieron a Nathaniel contra nosotros, abrazándolo.

Nathaniel suspiro tembloroso. Un sonido profundo, sordo salió de la garganta de Micah, y me tomó un segundo darme cuenta de que estaba ronroneando, un ritmo profundo de alegría. El ronroneo vibró contra mi espalda. Nathaniel empezó a llorar, y me oí decir:

—Estamos aquí, Nathaniel, estamos aquí. —Estábamos ahí. Apretados contra la rica vainilla de la piel de Nathaniel, Micah ronroneaba contra mi cuerpo, sus cuerpos se sentían tan sólidos, realmente verdaderos, y lloré. Tenía a Nathaniel, Micah nos tenía, nosotros llorábamos y estábamos bien.



CUARENTA Y TRES

Alguien aclaró su garganta en voz alto desde la puerta. Parpadeé a través de las lágrimas y encontré en la puerta a Zane.

—Perdón por interrumpir, pero tenemos aquí un grupo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Micah.

—El rey cisne, su corte cisne, y al menos un representante de cada were animal de la ciudad, en la medida en lo que puedo decir.

Nathaniel y Micah se apartaron de mí. Todos nos frotamos la cara, incluso Micah había llorado. No estaba segura de por qué, tal vez sólo era un individuo del tipo emocional.

—¿Qué quieren? —pregunté.

—Verte a ti, Anita.

—¿Por qué?

Zane se encogió de hombros.

—El rey cisne no habla con nosotros los lacayos. Insiste en hablar con

Anita, y su Nimir-Raj, si le place.

Micah y yo intercambiamos una mirada. Los dos parecíamos tan desconcertados como nos sentíamos.

—Dile a Reece que necesito un poco más de información antes de conceder una entrevista. Estoy un poco preocupada.

Zane sonrió ampliamente como para enseñar la parte superior e inferior de sus colmillos de gato.

—Nosotros le negamos la entrada hasta que le diga a los plebeyos lo que quiere. Me gusta, pero no lo hará.

Suspiré.

—No quiero iniciar una lucha sólo por que aparezca sin llamar. Mierda.

Empecé a caminar, pero Micah cogió mi mano cuando pasaba. Me di la vuelta para mirarlo.

—¿Puede tu Nimir-Raj acompañarte?

Sonreí, en parte porque él lo había pedido, en lugar de haberlo supuesto, y en parte porque su mirada me hizo sonreír. Le apreté la mano, y su mano se cerró en torno a la mía, presionándolas contra mi espalda. Lo que quise decir era: Me encantaría la compañía. Lo que dije fue:

—Claro.

Sonrió y por primera vez no era ninguna mezcla, era sólo una sonrisa. Levantó mi mano a sus labios y apretó su boca contra los nudillos. Ese gesto me recordó a Jean-Claude. ¿Cómo sería tener a Micah y Jean-Claude en el mismo cuarto al mismo tiempo?

Micah frunció el ceño.

—No te ves feliz. ¿Hice algo mal? —Sacudí la cabeza, apreté su mano y lo conduje a la sala de estar. Me volvió hacia él—. No, estabas pensando en algo que te molesto. ¿Qué era?

Suspiré.

—¿La verdad?

Asintió con la cabeza.

—La verdad.

—Sólo me preguntaba lo incomodó que va a ser cuando tú y yo estemos en la misma habitación con Jean-Claude.

Se puso a mi lado, atrayéndome contra él. Puse una mano en medio para mantener nuestros cuerpos sin que se tocaran por completo, y encontré los latidos de su corazón contra la palma de mi mano. Incluso a través de la camisa de algodón, podía sentir el pulso de su cuerpo, como si su corazón

estuviera desnudo en mi mano. Tuve que levantar la cabeza un poco para mirar a la profundidad de sus ojos verde-oro.

Su voz salió un poco entrecortada.

—Te lo dije, quiero ser tu Nimir-Raj, sea como sea, haciendo lo que sea necesario.

Mi propia voz no estaba haciéndolo mucho mejor que la suya.

—¿Incluso si eso significa compartirme con alguien más?

—Yo sabía en qué me metía.

Sentí un ceño fruncido formándose entre mis ojos.

—¿Sabes lo que dicen a cerca de las cosas que son demasiado buenas para ser verdad?

Tocó con la punta de sus dedos mi cara y se inclinó hacia mí, hablando en voz baja mientras se movía.

—¿Soy demasiado bueno para ser verdad, Anita? —susurró sobre mis labios, y nos besamos. Suave, lento, húmedo. Su corazón latía muy rápido contra mi mano, mi pulso estaba en mi garganta y creo que se me había olvidado respirar.

Se apartó en primer lugar. Estaba sin aliento y un poco desorientada. Había una expresión de alegría en su cara, creo que con el mismo efecto que había tenido el beso en mí.

Me llevó dos intentos para encontrar mi voz.

—Demasiado bueno para ser verdad, ¡oh, definitivamente sí!

Entonces se rió y no estaba segura de haberlo oído reír antes. Era un buen sonido.

—No puedo decirte lo mucho que significa esa mirada en tus ojos.

—¿Qué ves?

Sonrió, y de repente fue una sonrisa masculina, orgullosa, satisfecho de sí mismo y algo más, casi avergonzado. Me tocó la cara.

—Amo la manera en que me miras.

Me hizo bajar los ojos y me sonrojé, aunque no pensaba que la maldita cosa fuera sexual.

Se rió de nuevo, una explosión de sonido que me sorprendió por toda la alegría. Se soltó riendo como los niños se ríen antes de aprender a ocultar lo que sienten. Me cogió de la cintura, me levantó y me hizo girar fuera de la cocina.

Le hubiera dicho que me dejara, pero me estaba riendo demasiado fuerte.

—No me gusta interrumpir —dijo Donovan Reece, el rey cisne, desde la puerta—, pero yo les dije que nos ayudarían. —Frunció el ceño para nosotros, su piel pálida, no mostraba casi arrugas, como si la piel estuviera como el agua cuando uno la altera nadando. Había decidido obviamente no esperar fuera.

Le pregunté, manteniéndome aún entre los brazos de Micah.

—¿Ayudar a qué?

Se encogió de hombros.

—Nada importante, sólo a encontrar algunos Alfas y tratar de convencer a la Kadru de los werecobras que su Kashyapa, su compañero, no está muerto, sólo está perdido. El problema es —dijo Reece—, que creo que tiene razón. Pienso que él está muerto.

Micah me permitió deslizarme hasta el suelo. Me pregunté si mi cara se veía tan sombría como la suya. Marianne me dice que el universo/Dios me ama y quiere que yo sea feliz. Así que, ¿Por qué es que cada vez que soy un poco feliz todo el infierno se desata? El mensaje estaba claro y no era acerca del amor.



Donovan Reece se había acurrucado en el final de mi sofá blanco. Vestía jeans azules descoloridos que estaban casi blancos. Su camisa era rosa pálido y sacaba los destellos naturales rosa y azul de su piel traslucida. Era hermoso, pero no de la forma en la que un hombre o una mujer es bella, en la forma en la que una estatua o una pintura es hermosa, como si no fuera real. Tal vez era porque sabía que tenía plumas de cisne bebé sobre su pecho, pero de todas las personas de la habitación él parecía el más surrealista.

Una mujer alta con el pelo casi blanco se sentaba en el brazo del sofá al lado de él. Llevaba pantalones de cuero negro, una blusa suelta de color rosa a juego con la camisa de él, o casi. No estaba segura de si habría recordado a la mujer sin las otras dos que se arrodillaron a sus pies. Una tenía el pelo rubio suave que emparejaba con su vestido de verano. La de pelo moreno que le caía como una cortina alrededor de un vestido azul

marino con margaritas blancas diminutas por todas partes. Las swanmanes que habíamos salvado del club me miraban con ojos casi temerosos.

Sólo conocía a una persona a parte del rey cisne y su séquito. Había conocido a Christine por primera vez en el Café Lunático cuando seguía siendo propiedad de Raina y Marcus, su Ulfric, mientras estaba tratando de controlar todos los were animales de la ciudad y hacerse el alfa supremo, aunque todos los demás estuvieran de acuerdo o no. El pelo de Christine era rubio, corto, profesional. Estaba vestida con un traje azul marino. Su camisa era azul pálida, parcialmente desabrochada, como si hubiera desabotonado un botón, aunque no creo que ella lo hiciera. Ella estaba sentada al otro extremo del sofá donde estaba Donovan. Casi todos los demás vestían casual.

Había un montón de zapatos cerca de mi puerta.

—Hola, Christine, ha pasado mucho tiempo —dije.

Ella me miró y no era una mirada amistosa.

—Estoy impresionada de que recuerdes mi nombre.

—Tiendo a recordar a la gente que me encuentro en situaciones estresantes.

Tuve una leve sonrisa de ella.

—Bueno, no parece que nos encontremos en situaciones agradables —dijo.

Entonces Donovan se hizo cargo, me presentó al hombre y la mujer sentados entre ellos. Ambos eran de tez oscura. Su estructura ósea era de la media de los Estados Unidos, nada especial, pero sus ojos eran demasiados grandes, demasiado oscuros, el pelo negro de verdad. Había algo exótico de Europa que simplemente no cuadraba. También se veían sorprendentemente parecidos, como una versión masculina y femenina de otro. Eran Ethan y Olivia MacNair, respectivamente.

El hombre en la silla blanca era voluminoso, no musculoso, o gordo, solo grande. Tenía una barba que jamás había visto. Cabello grueso cubría la mayor parte de su rostro y su cuello. Fue presentado como Boone, y en el momento que volvió sus pequeños ojos hacía mí, supe que era algo que me comería si pudiese. No, lobo, no gato, pero algo con dientes.

Su voz era un ruido bajo, tan bajo que casi dolía oírlo.

—Sra. Blake.

Yo asentí.

—Sr. Boone.

Sacudió la cabeza, la oscura barba rozando atrás y adelante contra su camisa blanca.

—Solo Boone, no señor.

Nathaniel, Zane y Cherry trajeron sillas de la cocina para que las últimas cuatro personas pudieran sentarse. Dos hombres y dos mujeres. Uno de los hombres era delgado, con el cabello rojo dorado y extrañamente inclinado hacia arriba, con los ojos verdes. Se sentó en el suelo tratando de protegerse contra el lado del sofá como si se estuviera escondiendo.

—Él es Gilbert —dijo Donovan.

—Gil —dijo él con una voz casi demasiado suave como para escucharla.

La mujer era alta, de casi seis pies, ancha de hombros, de aspecto fuerte. Tenía el pelo marrón, veteado de gris, el cual apartaba de la cara con una cola de caballo floja. Su rostro estaba desnudo de maquillaje. Me ofreció la mano, y me dio uno de los mejores apretones de manos que había tenido de una mujer. Sus ojos castaños estaban profundamente preocupados, cuando ella dijo.

—Soy Janet Talbot. Es bueno que nos recibas por una noticia tan pequeña.

—No he venido aquí para hablar de cosas pequeñas. —Esto lo dijo la mujer que estaba de pie al otro lado de la habitación, cerca del ventanal. Estaba mirando a través de los estores cerrados, las manos aferradas a sus codos, mostrando su tensión a lo largo de su columna recta, cuando se volvió hacia la habitación. Pude ver donde Ethan y Olivia habían conseguido su piel oscura y su mirada exótica. Nilisha MacNair era más o menos de mi tamaño, pero aún más delicada, de modo que parecía más pequeña. Un hombre podría pensar en palabras como, pajarillo, o gatita, hasta que miraba sus ojos. Una vez que mirabas sus ojos oscuros, sabías algo más. Los ojos te decían que el envoltorio era una mentira. Ella era el infierno sobre ruedas y lo utilizaba para salirse con la suya.

Un hombre estaba cerca de ella, pero no demasiado cerca. Era tan alto, tan rubio, tan pálido, como ella era pequeña, con pelo negro y morena. También era musculoso de la forma que la naturaleza te hace. Tenía los hombros anchos, cintura estrecha, las manos suficiente grandes para coger tu cabeza en una, sin embargo, claramente tenía miedo de ella. Oh, él era el guardaespaldas, pero había también temor real.

Merle estaba apoyado por casualidad cerca del hombre grande y rubio.

No sabía dónde estaba Caleb y no me importaba.

—Soy la Kadra, y el Kashyapa, que está muerto es mi marido. — Nilisha MacNair suspiró repentinamente, luego recuperó el control como si empujara una montaña hacía abajo.

—Era mi marido.

—Mi padre no está muerto —dijo Olivia—. No te dejaré matarlo para darte por vencida.

Su hermano Ethan, le tocó el brazo, como si tratara de calmarla y decirle que se callara. Ella lo ignoró.

Pero el daño estaba hecho, la lucha estaba en marcha.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves a decir que yo lo mataría? Me limito a enfrentar la verdad.

Olivia se puso de pie, agitando la mano de su hermano.

—Tú simplemente no puedes soportar el hecho de que él estaba con otra mujer cuando sucedió.

La lucha fue cuesta abajo desde allí. Al parecer Henry MacNair, patriarca del clan, había estado dejando a su amante en casa, una joven werecoba, cuando alguien lo raptó. No se encontró ningún cuerpo, pero si una gran cantidad de sangre. Había señales de lucha, un coche abollado, un árbol roto. Cuando los were animales luchan, luchan de verdad.

Miré a través de la habitación hacía Donovan. Los había traído a mi casa, después de todo. Se encogió de hombros. Básicamente, él no sabía tampoco que hacer.

Tuve una visión de echar agua sobre sus cabezas, pero decidí que podría funcionar mejor que todos saliéramos de la habitación. Hice señas a los demás hacía la cocina, y todos ellos salieron en tropel. Cuando el último de nosotros salió de la habitación los gritos empezaron a apaciguarse. Entonces se oyó la voz de Nilisha.

—¿Dónde vais todos vosotros?

Janet Talbot habló por todos nosotros.

—A algún lugar más tranquilo.

No podía ver los rostros de las mujeres, pero casi podía oler la vergüenza en el aire. No era la capacidad were animal, solo una buena suposición.

—Por favor —dijo Olivia—, por favor, pido disculpas. Por favor, vuelvan.

Todos empezamos a volver a la habitación. Nilisha tomo una silla con

el guardaespaldas rubio situado detrás de ella.

—Estamos todos muy preocupados por mi marido.

—¿Preocupada por él, mamá? —dijo Olivia.

La mujer asintió y sonrió.

—Sí, preocupada.

—No está muerto —dijo la muchacha.

—Si tú puedes tener esperanza, yo también puedo.

Se sonrieron la una a la otra como espejos brillantes, por lo tanto, una reflejada en la otra. Ethan pareció aliviado, pero no sonrió.

—Muy bien, además de Henry MacNair. ¿Quién más falta?

—Mi hijo, Andy —dijo Janet Talbot. Ella me entregó una foto de un hombre joven con el pelo castaño, corto, pero sus facciones eran más suaves que las de ella. Él era guapo, cercano a la hermosura—. Se parece a su padre —dijo ella, como si los extraños hubieran comentado antes sobre la falta de parecido. No había dicho absolutamente nada.

—Nuestra Ursa —dijo Boone—. No creí que tuviera que traer una foto.

—¿Ursa? Oso, ¿tu reina? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Ella se fue a recoger algunas cosas a la tienda y nunca regresó. No hay signos de lucha cuando paso.

Mire a los ojos verdes de Gil.

—¿Quién se extravió?

Sacudió la cabeza.

—Nadie, solo estoy asustado.

Miré a Christine.

—¿Y tú?

—Estoy aquí como representante de los were que solo tienen uno o dos miembros. Aquellos de nosotros que han elegido St. Louis, porque no había otros como nosotros. Soy el único weretigre en la ciudad, así que no he perdido a nadie, pero hemos perdido a un wereleón.

—¿No creo que el que falta se llame Marco?

Christine sacudió la cabeza.

—No, José, ¿Por qué?

Donovan contestó.

—El hombre león era llamado Marco.

—Oh —dijo.

—Y —agregó Donovan—. José no es capaz de cambiar cerca de

humanos. No conozco a nadie que no pueda cambiar cerca de los humanos y mantenerse sin cambiar eternamente.

Christine siguió como si no hubiese hablado. Centrada, Christine siempre centrada.

—La compañera de José está embarazada. Amber estaría aquí si no estuviera en reposo absoluto en cama hasta que nazca él bebe.

—Hasta que lo pierda, quieres decir —dijo Cherry.

La mire.

—Lo dices como si ella ya hubiera perdido uno antes.

—Este es su tercer intento —dijo Cherry.

—Siento oír eso... La pérdida de su compañero no debe ayudar a su nivel de estrés.

—Eso es un eufemismo —dijo Christine.

—Es una tonta por seguir intentándolo —dijo Cherry—. No podemos llevar un embarazo a término, y eso es todo.

La miré de nuevo.

—Explícalo para mí, poco a poco.

—El cambio es muy violento, provoca aborto involuntario. —Cherry lo dijo sin rodeos, luego comprendió lo que acababa de decir y susurró—: Anita, no... no tenías que haberte enterado de esta manera. Lo siento.

Me encogí de hombros y sacudí la cabeza.

—Pero los MacNair tienen dos hijos. Y están buscando a otro de ellos. El hijo de Janet.

—Mi tipo de cambiaformas es heredado —dijo Janet—. No está atado a la luna. Evité el cambio hasta después del nacimiento de Andy.

Miré a Nilisha.

—Soy una werecobra. Puedo escoger entre llevar a mi bebe como un mamífero o como una serpiente.

—¿Has puesto huevos? —pregunté demasiado alto.

Ella asintió.

—No podría haberlo hecho en mi cuerpo. El cambio es muy difícil. Pero tenía otras opciones.

Era difícil de asimilar. Nos es que nunca hubiera pensado en tener hijos. Quiero decir, realmente, ¿con mi vida? En voz alta dije:

—Un problema a la vez. Así que: ¿Quién desapareció en primer lugar?

Henry MacNair fue la primera víctima, y había tenido más lucha. Entonces, el were león, José, Andy Talbot, wereperro, fue después y por

último la Ursa de los oso, Rebecca Morton.

La última vez que habían desaparecidos tantos were animales, había sido porque el viejo rey cisne los había entregado para ser cazados por buscadores de emoción ilegales.

Miré a Donovan Reece. O bien leyó mi mete o se había anticipado.

—Es una coincidencia interesante que llegara a la ciudad justo cuando todos se pierden, ¿no es cierto?

—Caramba, Donovan, lees mi mente.

—Te juro que no sé nada de esto.

Nilisha dijo:

—Sé todo acerca de la traición del rey cisne en el pasado. Pero apuesto la vida de mi marido a que Donovan es inocente.

Me encogí de hombros.

—Ya veremos.

—No te fíes de mi juicio —dijo.

—No me fio mucho del juicio de nadie, excepto del mío. No es nada personal.

Olivia tocó su brazo.

—Madre.

Nilisha respiro hondo y se tranquilizó. El día estaba mejorando.

—Lo primero que voy a sugerir es que llamemos a la policía.

A nadie le gustaba la idea.

—Mira, ellos disponen de recursos que yo no tengo, búsquedas con ordenador, medicina forense.

—No —dijo Nilisha—, no, hay que manejar esto entre nosotros.

—Sé que la norma es que no podemos traer autoridades humanas, pero los necesitamos, nosotros tenemos cuatro desaparecidos, y ellos ya hicieron un intento con los cisnes y los leopardos.

—¿Crees que los hombres serpiente y su mascota león están detrás de esto? —preguntó Donovan.

—Sería una gran coincidencia si no lo fueran —dije.

—Estoy de acuerdo —dijo Micah. Había estado muy tranquilo todo el rato, cuidadoso, ni de pie ni sentado demasiado cerca, como si no quisiera confundir las cosas. Él me estaba dejando al cargo, sin inseguridad.

Bien, entonces. ¿Quiénes son estos tipos y qué diablos iban a querer tal variedad de cambiaformas?

Hablamos durante un par de horas sin llegar a nada brillante. Los

hombres estaban detrás de esto. Pero ¿Por qué? ¿Por qué cualquier were animal importaba una mierda a los otros were animales que no eran de su tipo? Si hubieran sido were cobras, entonces podría ser una guerra por el territorio reptil, aunque, francamente, no era habitual pelear, incluso entre dos tipos diferentes de serpientes. La ciudad era lo suficientemente grande para todos, siempre y cuando no fueran de las mismas especies.

Pensé que Nilisha MacNair tenía razón y su esposo estaba muerto. Si la gente secuestra a alguien y no quieren dinero, quieren cosas peores, por lo general cosas como, sangre, dolor y finalmente, la muerte. Probablemente todos estuvieran muertos, y si no lo estaban, necesitábamos a la policía para mantenerlos vivos.

Resultaba que todos habían informado sobre sus desaparecidos, sin mencionar que eran were animales.

—Pero no veía, que la policía tiene a un desaparecido de veintiún años, con estudios superiores sin terminar, otro de cuarenta y cinco años casado, una mujer de treinta y algo soltera y un hombre de treinta y algo casado. Aparte del hecho de que son caucásicos, no hay denominador común para vincular los casos. Pero si decimos a la policía que todos son were animales, entonces ese es el enlace. Vosotros vivís en toda la ciudad. Tenéis diferentes unidades de policía trabajando en el caso. Ellos nunca harán la conexión, a menos que les digamos cual es la conexión.

Janet Talbot asintió primero con la cabeza.

—Andy casi tiene el pre-grado en medicina. Si se enteran de lo que es, nunca será médico, pero lo que más quiero ahora es que este seguro. Así que estoy de acuerdo en ir a la policía.

—No puedo hablar en nombre de Amber —dijo Christine—, pero estoy bastante segura de que ella estaría de acuerdo.

—Debo preguntar a los demás primero, pero al carajo con eso, encuentra a Rebecca para nosotros, incluso si eso significa traer a la policía —dijo Boone.

Todos volteamos hacia Nilisha MacNair.

—No, si se enteran, todos estamos perdidos.

Olivia la cogió de la mano. Ethan se arrodillo delante de ella.

—Madre, sin Padre. ¿Qué importa?

No estaba segura de que ella estuviese de acuerdo ya que la estaba engañando, pero asintió y aceptó. El amor es una cosa divertida a veces. Pero sea cual sea el motivo, eso significaba que podía hablar con Dolph y

ni siquiera tenía que mentir.



Dolph contestó al segundo tono.

—Dolph. —Él nunca decía Equipo Estatal de Investigación Paranormal, o incluso, la policía, sólo su nombre, ni siquiera su apellido, ni siquiera su nombre completo, solo Dolph, o aquí Dolph. ¿Nadie se quejaba? De alguna manera lo dudaba. Sonaba tan cerca de estar sorprendido como siempre—. Anita, no esperaba escucharte, hasta por lo menos haber terminado con el papeleo del último lote de cuerpos. —Oí la voz de un hombre, pero no podía decir que dijo. Dolph habló de nuevo—. Zerbrowski dice que si has matado a alguien que termines de ocultar el cuerpo, para no empezar de nuevo con el papeleo.

—Se lo suficiente sobre el procedimiento para saber que tendría que iniciar de nuevo el informe de todos modos. Delito por separado, informe por separado, ¿no?

—¿De verdad tienes un nuevo cuerpo por ahí? —Parecía cansado, pero

no sorprendido.

—No —dije.

—Entonces, ¿Qué tipo de llamada es esta?

—Tengo información relativa a varios delitos y el permiso de los participantes para decir la verdad, toda la verdad. ¿No es eso refrescante?

Casi podía sentir como se sentaba a través de la línea telefónica.

—Soy un policía, la verdad siempre es refrescante, por lo que no me deslumbra.

Se lo conté todo. Como ya había sospechado, el caso MacNair ya estaba en la lista de Dolph, pero era la primera vez que oía hablar de los demás.

—Entrevisté a la mujer personalmente. Ella decía que no tenía ni idea de por qué un monstruo atacaría a su marido. Tal vez nos habrían ayudado a encontrarlo si nos lo hubiera dicho.

—Dolph, tienen un restaurante. Si alguien llega a saber que son cambiaformas, pueden perderlo.

—La Junta de salud no puede cerrarlo por eso.

—No, pero si se corre la voz, los clientes empezarán a preocuparse. Tú lo sabes y yo lo sé.

—Nadie va a saberlo. Tienes mi palabra.

—Sí, ¿pero cuántos departamentos participaran? ¿Cuántos no policías se encuentran en una escena de un crimen, por no mencionar a los empleados de oficina? Va a salir a la luz, Dolph, tarde o temprano va a salir.

—Le voy a poner freno, Anita, pero no puedo garantizarlo.

—Lo sé Dolph, pero Andy Talbot quiere ser médico. No volverá a entrar en la escuela de medicina una vez salga todo esto. Rebecca Morton es quiropráctica. Si se enteran de lo que es, quizás le retiren la licencia.

—¿Por qué será que la mayoría de las personas tiene un trabajo en el que esto es un problema?

Me encogí de hombros, aunque sabía que no podía verme.

—Sólo suerte, supongo.

—Creo que es terquedad —dijo Dolph.

—¿Qué quieres decir?

—Dile a alguien que no puede hacer algo y van a querer hacerlo.

Tenía su punto.

—Tiene sentido.

—¿Cómo están relacionadas estas desapariciones con el ataque a tu casa?

Maldita sea, toda la verdad, le había prometido eso. No era el mejor momento para demostrarlo. Tomé una profunda respiración y le dije casi toda la verdad. Le dije que Gregory me había pedido ayuda, dejando de lado el por qué me llamaba. Dolph nunca cuestionó porque sería una buena opción para rescatar a los monstruos. Él dijo:

—Podrían haber llamado a la policía.

—No ha pasado tanto tiempo desde que la policía mataba a were animales a la vista de todos, Dolph. En realidad no les puedes culpar por ser recelosos con vosotros.

—¿Por qué no me dijiste todo esto durante el interrogatorio?

—Te enojaste conmigo —dije, como si eso lo explicara todo. Y de hecho lo hacía, aunque sonara infantil.

—¿Qué estas ocultando? —me preguntó.

—Te digo la verdad y aún dudas de mí. Eso duele, Dolph.

—No tanto como si me entero de que estas ocultando pruebas.

—No pareces tú haciendo amenazas, Dolph.

—Estoy cansado —dijo.

Me quedé en silencio por un minuto.

—Debes descansar un poco, Dolph.

—Sí, si tú puedes evitar matar a alguien, tal vez pueda ponerme al día con el papeleo.

—Lo haré lo mejor que pueda —dije.

—Hazlo. —Le oí respirar hondo—. ¿Es esa toda la información que me vas a dar?

—Sí.

—Voy a volver a entrevistar a las familias. ¿Sabes cuánto trabajo extra va a ser esto, simplemente porque mintieron la primera vez?

—No era su intención hacerte el trabajo más duro, Dolph, no era más que miedo.

—Sí, ¿Pero no es eso para todo el mundo? —Con eso colgó.

Me quedé mirando el zumbido que salía del teléfono. Este hombre no estaba de buen humor. Sabía ahora el por qué, y probablemente era uno de los pocos de fuera de su familia que sabía por qué. Me preguntaba cuánto tiempo más iba a estar malhumorado y si empezaría a afectar a su trabajo, si no lo hacía ya. Si su odio hacia los monstruos se llevaba su objetividad,

entonces él iba a ser inútil a la cabeza del Equipo Estatal de Investigación Preternatural. Mierda. Era un problema para otro día. Lo podía agregar a mi lista de cosas para preocuparme más tarde. Al ritmo que la lista crecía, nunca tendría tiempo para ocuparme de todo. Tal vez podría lanzar un dardo y en donde se clavara mi problema del día resolverlo. O tal vez sólo podía pasar por alto la lista. Sí, ignorarla sonaba bien.



Los MacNair, junto con sus guardaespaldas, se comprometieron a conducir directamente a la sede del BRIP y dar sus declaraciones. Janet Talbot fue con ellos. Christine no sabía nada acerca de la desaparición del cambiaformas león, por lo que fue a su casa, prometiendo tener cuidado. Le ofrecí que se quedara en mi casa hasta que capturáramos a los chicos malos, pero ella me rechazó de plano.

Donovan Reece dijo:

—Ella es un ser independiente.

Pude admirar eso.

—Espero que su independencia no consiga su dolor.

Se encogió de hombros, poniéndose de pie. Noté un bulto en la parte delantera de la camisa rosa.

—Estás armado —dije.

Miró hacia abajo en el lugar de su arma y no estaba tratando de

ocultarlo.

—No voy a dejar que mis niñas sean tomadas otra vez.

—Gente, llámalos gente —dije.

Él me dio una sonrisa.

—Todos ellos son niñas.

—Diviértete —dije.

Me dio un pequeño arco de cabeza.

—Mi pueblo, bien, pero yo no les permitiré tenerlos de nuevo.

—O tú tampoco, Donovan. Recuerda que todo el mundo que desapareció ha sido un líder, no un seguidor. Encadenaron a Nathaniel porque pensaban que era tuyo, tu gente que tomaron era sólo incidental.

Se reunió con mi mirada, de pronto muy serio.

—Tienes razón. ¿Cómo sabías que estaba armado?

—Si te vas a meter un arma en la parte delantera de los pantalones, usa una camisa de un color más oscuro, y quizás una que sea de un tamaño más grande.

Asintió con la cabeza.

—Nunca he llevado una pistola.

—¿Sabes cómo usarla?

—Sé cómo disparar. Sólo que no suelo llevarla oculta.

—¿Tienes una licencia para llevarla? —Me miró parpadeando—. Lo tomo como un no.

—No —dijo.

—Entonces, si la usas y matas a alguien, será un dolor de cabeza en los tribunales. Llevarlo oculto sin licencia lo convierte en un arma ilegal. Dependiendo del juez, puedes ir a la cárcel.

—¿Cuándo tiempo tarda en obtener una licencia?

—Más de lo que querrás esperar. Pero comprueba tu condado y empieza el proceso. O no inicias el proceso y cuando te detengan puedes probar y alegar ignorancia de la ley. No es una excusa legal, pero puede influir en un juez. No lo sé. Yo solicitaría una licencia y esperaría que fuera aprobada.

—¿Qué tengo que hacer para solicitarla?

—Es diferente en cada condado. Consulta con tu policía local. Ellos saben qué tienes que hacer.

Asintió con la cabeza de nuevo.

—Voy a hacer eso. —Me miró con ojos grises, tan serios—. Gracias,

Anita.

Encogí los hombros.

—Sólo hago mi trabajo.

Sacudió la cabeza.

—Esto no es tu trabajo. No eres uno de los alfa. Podrías sólo negarte a ayudarnos.

—¿Y qué bien hubiera hecho? —pregunté.

—La mayoría de los cambiaformas no se ayudan unos a otros.

—Sabes, todos las peludas y plumíferas políticas, no las entiendo en lo más mínimo. Igual que ahora, lo que le sucede en un grupo puede afectar a los demás. Si ustedes hubieran estado hablando el uno con el otro, sabrían que Henry MacNair desapareció violentamente. Podría haberles puesto a todos ustedes en guardia.

—¿Crees que habría impedido la desaparición de otros?

—No lo sé, pero podría haber ayudado. La gente habría sido más prudente, tal vez no saldrían solos. Podríamos tener por lo menos testigos.

—Fue después de mis niñas, mi gente fue tomada y nos ayudaste a que Christine llegara a mí. Ella sabía la desaparición de los osos Ursa. Fue Ethan MacNair, no su madre, quien nos habló de su padre.

—Apuesto a que él pagó por incumplir las órdenes de tu madre —dije.

—Probablemente —dijo Donovan, pero tienes razón, si sólo tuviéramos una maldita conversación, podemos ayudarnos más unos a otros.

—No sólo en situaciones de emergencia —dije.

Entornó los ojos.

—¿Te refieres a una coalición de cambiaformas?

Encogí los hombros.

—No lo había pensado pero ¿por qué no? Algo donde compartamos información. Tenemos un león trabajando con un grupo de serpientes. ¿Por qué los chicos malos se llevan mejor que nosotros?

—Cada vez que uno de los cambiaformas habla acerca de unir fuerzas con otros grupos, siempre significa que quieren ser el... perro superior. ¿Quieres ser la Nimir-Ra de todo el mundo, Anita?

—No estoy hablando de compartir la autoridad. Eso nunca va a funcionar sin una guerra. Sólo estoy diciendo que compartamos información, ayudarse más unos a los otros. Cuando uno de los leopardos y los lobos se hacen daño, él o ella, tiene un lugar para descansar hasta que esté bien. Ese tipo de cosas.

—Alguien tendría que hacerse cargo de ello.

Tuve ganas de agarrarlo por la parte delantera de la camisa y sacudirlo.

—¿Por qué, Donovan, por qué alguien tiene que estar a cargo? Algo le sucede a uno de tus cisnes, tu tomas el teléfono y me llamas, o a Ethan, o a Christine. Hacemos un llamado a alguien más. Tratamos de ayudar a los demás. No necesitamos una jerarquía, sólo la voluntad de cooperar.

Parecía infeliz, casi sospechoso.

—No quieres estar a cargo.

Sacudí la cabeza.

—Donovan, no quiero estar a cargo de lo que estoy a cargo ahora. Seguro que no deseo añadir algo más a la lista.

Fue Micah, que había estado apoyándose contra la pared, aún tan tranquilo que olvidas que estaba allí, quien dijo:

—Ella te ofrece amistad, Donovan.

—¿Amistad? —lo hizo sonar como un concepto extraño.

Micah asintió con la cabeza, apartándose de la pared para estar a mi lado.

—Si algo sale mal y necesitas ayuda, puedes llamar a tus amigos.

Donovan frunció el ceño, lo suficientemente difícil para que se formaran líneas en la piel perfecta.

—Los cambiaformas ni siquiera son amigos entre sí, y mucho menos a través de las diferentes especies.

—Eso no es cierto —dije—, Richard... —hice una pausa después de que dije su nombre, como si doliera, o estuviera esperando que lo hiciera. Micah me tocó el hombro y puse mi mano sobre la de él, agarrándola. Lo intenté de nuevo—. El mejor amigo de Richard es una de las ratas de Rafael. Mi leopardo Vivian vive con Stephen, uno de los lobos de Richard y está enamorada de él.

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

—Debido a que los lobos y las ratas tienen un tratado, y por su intermedio los leopardos y los lobos se unen.

Sacudí la cabeza.

—Estás evadiéndolo, Donovan, o deliberadamente no entiendes el punto. Vamos a acordar tratar de ayudarnos unos a otros, eso es todo. No tengo ninguna intención. Sólo estoy tratando de mantener un daño mínimo.

—Es cierto que no tenías que salvar a mis chicas. Pudo costarte la vida.

—Y no tenías que venir al lupanar conmigo. Pero lo hiciste. Así es como funciona, la cooperación.

Pensó por un momento, luego asintió.

—De acuerdo. Voy a tratar de conseguir que los demás estén de acuerdo también. Tienes razón, tienes razón. Si sólo habláramos los unos a los otros, podríamos evitar que un montón de cosas malas sucedieran.

—Genial —dije, y solté el aire que no me había dado cuenta de que estaba sosteniendo. Quería esto. Quería que hablaran unos a otros, para ayudarse mutuamente.

Alguien se aclaró la garganta, en voz baja. Nos hizo mirar, era Gil. Todavía estaba acurrucado al lado del sofá, donde había estado todo el tiempo.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Donovan.

—¿Hasta dónde llega este nuevo espíritu de cooperación? —preguntó. Sus enormes ojos de color verde eran casi redondos con la ansiedad. Apretó las rodillas con tanta fuerza que sus manos se pusieron blancas. Estaba asustado, se podía oler en él, eso y un olor que no reconocí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Donovan.

—En realidad estoy hablando con Anita —dijo Gil.

Miré a Micah, luego de regreso al hombre acurrucado en el suelo.

—¿Qué quieres saber? —pregunté.

—Soy el único cambia formas zorro en la ciudad. No tengo un alfa, o cualquier otra familia —allí se detuvo y se lamió los labios nerviosamente.

—¿Y? —dije.

—¿Cuánta ayuda estás dispuesta a dar?

—¿Cuánta necesitas?

—¿Puedo quedarme contigo hasta que esta cosa, o lo que sea, se encuentre atrapado?

Sentí que mis ojos se ampliaban. Abrí la boca, la cerré, e intercambié una mirada con Micah. Se encogió de hombros.

—Tiene que ser tu decisión. Es tu casa.

Punto. Me volví hacia Gil.

—No te conozco en absoluto. Si eres una mala persona, y le haces cosas malas a mi gente, te voy a matar, pero si realmente quieres un lugar para ocultarte durante unos días, te puedes quedar.

Parecía que se hacía más pequeño, más apiñado.

—No voy a lastimar a nadie. Sólo quiero sentirme seguro de nuevo, eso

es todo.

Miré a Donovan.

—¿Sabes algo de él?

—Tiene miedo de su propia sombra. No confiaría en él para ayudar en una emergencia. Creo que se salvaría a sí mismo primero...

Gil no discutió con la estimación de Donovan, sólo se acurrucó, temblando.

—Si sólo ayudamos a los fuertes, entonces no nos ayudamos a nosotros mismos —dije.

—¿Lo llevarías dentro, sabiendo que no puede ayudar en una pelea, y probablemente correría para salvar su propia piel? —preguntó Donovan.

Miré a los ojos, llenos de terror, y vi algo más que miedo, una súplica. Decían, «por favor, por favor, ayúdame».

—Puedes quedarte, y vamos a protegerte, pero si hay una emergencia espero que lo hagas lo mejor posible. No tienes que luchar, pero no seas un obstáculo.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Eso significa que si las armas salen, escóndete debajo de algo, vete a tierra. No te hagas un objetivo. Si mi gente se lastima y tienes la oportunidad de arrastrarlos a la seguridad, pero en cambio los dejas morir, serás el siguiente.

—No soy valiente, Anita, no soy ni siquiera un poco valiente.

—No seas valiente, Gil, sólo haz lo que te dicen, lo mejor que puedes, pero entiende las reglas. Mantente fuera de la línea de fuego porque no vamos a tener tiempo para preocuparnos de ti cuando empiece la lucha. Ayuda si puedes, sino permanece fuera del camino. Simple.

Asintió con la cabeza, frotándose la barbilla entre las rodillas, una y otra vez.

—Simple —susurró—, deseo que la vida fuera simple.

—La vida no es sencilla, Gil, pero una lucha sí. —Me arrodillé delante de él, y odiaba la debilidad que irradiaba. ¡Dios mío! Lo último que necesitaba era otro lisiado emocional siguiéndome. Pero no podía echarlo. Anita el corazón sangrante, ¿quién lo hubiera pensado? Me quedé mirándolo, hasta que sus ojos asustados se encontraron con los míos—. Una lucha es simple, Gil. Protégete a ti, a tu gente, y mata a los malos. Haz lo que sea para sacarte a ti y a tu gente viva.

—¿Cómo sabes quiénes son los malos? —preguntó su voz casi en un

susurro.

—Cualquier persona en la habitación que no somos nosotros —dije.

—¿Los matas, así como así?

Asentí.

—Exactamente —le dije.

—Yo no creo poder matar a nadie.

—Entonces te ocultas.

Hizo ese gesto de frotarse la barbilla de nuevo, como si estuviera marcando su propio olor en sus rodillas.

—Puedo ocultarme, sé cómo hacer eso.

Le toqué la cara muy suavemente. Hizo una mueca, luego se relajó un poco. A todos los animales les gustaba ser tocados.

—No soy muy buena en ocultarme, tal vez me podrías enseñar.

—¿Por qué necesitas saber cómo ocultarte? —preguntó.

—Porque siempre hay alguien, o algo, más grande y malo de lo que eres.

—Te puedo enseñar cómo ocultarte, pero no sé si puedo aprender a matar.

¿Dónde había oído eso antes? ¡Oh!, ya sabía. Richard. Pero incluso él había aprendido al final.

—Te sorprenderías de lo que puedes aprender, Gil, si fuera necesario.

Se abrazó a sí mismo.

—No creo que quiera aprender a matar gente.

—Ahora —dije—, es un problema totalmente diferente.

—No quiero hacerlo —dijo.

Me quedé mirándolo.

—Entonces no lo hagas, pero no dejes que tus escrúpulos consigan que alguna de mi gente muerta.

—Es más probable que me maten.

—Es cierto, pero es tu elección. Que te maten si quieres, pero no traigas problemas a mí o a los míos, por alguna razón moral.

—¿Realmente me matarías por eso?

Me arrodillé de nuevo frente a él.

—Puedes quedarte conmigo y te mantendremos a salvo, o moriremos en el intento, pero si jodes y causas la muerte de alguno de mis leopardos, o de mis amigos, voy a matarte.

No quiero que llores después y digas que no entendías. Porque si te lo

has ganado, te pegaré un tiro mientras me pides que no lo haga.

—Pero ¿quién decide si me lo merezco? —preguntó.

—Yo.

Miró hacia mí como si no estuviera seguro de si era más seguro conmigo o sin mí.

Lo vi pensar y no sentí nada, no hay compasión. Debido a que el cambia formas zorro Gil era una responsabilidad. En una situación de combate era un maldito accidente esperando a suceder. Era lo suficientemente civilizada como para darle protección cuando lo preguntó, pero no lo suficientemente civilizada como para pagar con la sangre de los que tenía en gran estima. En ese momento sabía que no era una sociópata, porque si lo hubiera sido, le habría pateado el culo a la puerta. Oh, diablos, le dispararía y lo dejo fuera de la miseria. En vez de eso, le ofrecí una mano y tiré de él a sus pies.

—¿Entiendes las reglas? —pregunté.

—Las entiendo.

—¿Estás dispuesto a vivir por ellas?

Dio un pequeño asentimiento.

—¿Estás dispuesto a morir por ellos?

Tomó una respiración entrecortada, a continuación, dio otro movimiento de cabeza.

Sonreí y sabía que nunca llegó a mis ojos.

—Entonces, bienvenido al club, y mantén la cabeza abajo. Hay algunos asuntos que tenemos que tener cuidado esta noche. Puedes venir.

Aunque no estaba segura de si eso era una invitación o una amenaza.



Todavía quedaba un hilo de luz en el cielo, era como una cinta delgada de oro, encendida contra el empuje de las nubes oscuras, cuando aparcamos detrás del Circo de los Malditos. El aparcamiento trasero era para empleados. Era oscuro, desnudo, y no tenía el menor entretenimiento, a diferencia de la parte delantera, que era como un carnaval. Había pasado por delante de las luces brillantes y carteles espectaculares sin un segundo vistazo.

—¿Los payasos de al frente tienen colmillos? —preguntó Caleb.

No fue hasta que lo dijo que me di cuenta de que ellos nunca habían estado en el Circo. Solté mi cinturón de seguridad y me incliné alrededor para poder verlo en la sección central de los asientos. Estaba presionado contra los amplios hombros de Merle. Nathaniel estaba al otro lado de Merle. Cherry y Zane estaban en los asientos traseros con Gil. Micah se sentaba en el frente conmigo.

Hasta que nosotros no supiéramos que mi casa no era una zona libre de fuego, nosotros nos mantendríamos juntos.

Rafael había enviado a dos nuevos guardaespaldas otra vez, pero habían llegado justo cuando nos íbamos, y no haría a nadie moverse en el Jeep. Ellos nos siguieron, no felices, pero tomaron las órdenes bien.

Respondí a la pregunta de Caleb.

—Sí, los payasos en la parte superior del anuncio tienen colmillos.

—Vi un cartel para el levantamiento de zombis. ¿Haces eso? —preguntó Merle.

Sacudí la cabeza.

—No creo en el uso de los dones dados por Dios para propósitos de entretenimiento.

—No quise ofenderte —dijo.

Encogí los hombros.

—Lo siento, estoy un poco sensible con las cosas. No estoy de acuerdo en un montón de cosas que hacen mis compañeros reanimadores para ganar dinero.

—Resucitas a los muertos por dinero —dijo Caleb.

Asentí.

—Sí, pero he rechazado más dinero del que he tomado.

—Rechazado, ¿por qué?

Encogí los hombros.

—Dinero que podría obtener en Halloween en un cementerio, entonces podría levantar a zombis a la medianoche. O el tipo que me ofreció un millón si levantaba a Marilyn Monroe y garantizase que ella haría lo que pidiera por una noche. —Me estremecí—. Dije que si escuchaba el rumor de que había conseguido a alguien para hacer el trabajo, vería su trasero en la prisión.

Los ojos de Caleb estaban un poco amplios. Creo que lo sorprendí. Bueno era saber que podía.

—Eres muy moral —dijo Merle, en un tono de voz sorprendido.

—Mi propia versión de ello, sí.

—Tú sostienes tus propias reglas, ¿sin importar? —Merle hizo una pregunta.

Asentí.

—La mayoría de las veces.

—¿Qué te haría romper tu propio código moral?

—El daño a mi gente, la supervivencia, lo usual.

Los ojos de Merle fueron a Micah, sentado a mi lado. Fue un pequeño movimiento. Si no hubiera estado mirando directamente hacia él, no lo habría notado.

—¿Qué? —pregunté, mirando de uno a otro.

Merle respondió:

—Hablas como Micah.

—Haces que suene como una mala cosa —dije.

Sacudió la cabeza.

—No es una mala cosa, Anita, no es algo malo en absoluto, simplemente inesperado.

—Aún no sueñas del todo feliz por eso —dije.

—Merle se preocupa demasiado —dijo Micah.

Lo miré, pero estaba mirando al hombre grande. Micah había amarrado su cabello hacia atrás cuando aún estaba húmedo, por lo que se pegó en su cabeza, completamente liso hasta que se extendió en una larga cola de caballo, donde los rizos se desparrramaron como espuma negra a lo largo de su columna vertebral. Su cabello era como terciopelo marrón contra el gris carbón de su camisa.

—¿De qué tiene que preocuparse? —pregunté.

—Cuidar de mí, sobre todo, y ahora, creo, a ti.

Miré al hombre grande.

—¿Eso es de lo que estás preocupado?

—Algo así —dijo Merle. Se había puesto una blanca y limpia camisa debajo de su chaqueta de jeans, pero aparte de eso, llevaba un traje idéntico al de la primera vez que lo había visto. Si hubiera estado usando más cuero, parecería un motociclista envejecido.

Micah se volvió hacia mí. Su camisa hizo un sonido rico y veloz, el sonido que la seda hace contra los asientos de cuero. Era de un gris oscuro y mangas cortas, con botones hasta arriba, elegante. El color recalcó el color verde de sus ojos, hizo que su piel se viera incluso más oscura. Se había emparejado la camisa con unos jeans negros, un cinturón negro, la hebilla de plata, una suave cinta negra en los zapatos. Se me ocurrió por primera vez parecía vestido para una cita. ¿Vestido para impresionar a mí o a Jean-Claude? Era una ocasión semi formal para cualquiera alfa de la ciudad el conocer al Maestro de la Ciudad. Pero especialmente para uno que se estaba cogiendo al siervo humano del Maestro. Sólo no estaba

segura de cómo manejar completamente la situación. Jean-Claude había tomado genial a Micah en teoría, pero ¿cómo reaccionaría a la vista de él en carne? ¿Cómo reaccionaría Micah a la vista de Jean-Claude? ¡Maldita sea! Tenía suficientes cosas para preocuparme, sin tener que hacer malabares con el ego masculino.

—Estás con el ceño fruncido de nuevo —dijo Micah.

Sacudí la cabeza.

—No es nada. Vamos a terminar con esto.

—¿Por qué sueñas menos que emocionada?

Tenía mi puerta abierta y me volví para decir:

—Estamos aquí para rescatar a Damián. No sé de qué forma estará él. ¿Por qué debería estar emocionada?

—Sé que estás preocupada por tu amigo, pero ¿estás segura de que eso es realmente lo que te molesta?

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy nervioso acerca de la reunión con el Maestro de la Ciudad, también.

Era casi como si hubiera leído mi mente. Nosotros no nos conocíamos lo suficientemente bien como para que realmente me leyera, pero... él era telepático, que lo no creía, o leyó bien mi mente. No estaba segura de qué me molestó más.

Lancé un suspiro y medio me hundí en el asiento.

—¡Sí, estoy un poco nerviosa acerca de la presentación a Jean-Claude! Fue genial sobre ti en lo abstracto, pero verte en carne... —traté de pensar en cómo ponerlo en palabras—. No sé cómo se sentirá sobre eso.

—¿Te vas a sentir mejor si prometo comportarme?

—Tal vez, si puedes lograrlo.

—Puedo lograrlo —dijo, dándome un serio contacto de ojos. Él ciertamente vibró de sinceridad.

—No te lo tomes a mal, Micah, pero me han decepcionado bastante recientemente los hombres de mi vida. Es un poco difícil confiar en que cualquiera pueda lograrlo.

Llegó a tocarme, entonces dejó caer la mano hacia atrás, como si algo en mi cara no fuera amistoso.

—Haré todo lo posible esta noche, Anita, puedo prometerlo.

Suspiré.

—Yo te creo.

—Pero... —dijo.

Tuve que sonreír.

—Tus intenciones son buenas, mis intenciones son buenas, las intenciones de Jean-Claude probablemente son buenas. —Encogí los hombros—. ¿Sabes lo que dicen acerca de las buenas intenciones?

—Es todo lo que puedo ofrecer —dijo.

—Y es todo lo que puedo pedir, pero vamos a decir que no estoy exactamente segura de cómo manejar esto. Apenas había llegado a donde podía hacer frente a Richard y a Jean-Claude, al mismo tiempo, y ahora aquí estoy. No lo sé.

—Puedo volver a tu casa —dijo.

—No, Jean-Claude pidió reunirse contigo.

Micah me miró.

—Y eso te pone nerviosa.

Medio reí.

—Oh, sí.

—¿Por qué?

—Si Jean-Claude estuviera teniendo relaciones sexuales con alguien más, no quisiera conocerla.

Micah se encogió de hombros.

—¿Crees que me hará daño?

—No —dije—, no, nada de eso.

Traté de ponerlo en palabras y no. Tal vez fue sólo mi falta de sofisticación. ¿Cómo se puede presentar al novio C con el novio A, después de que el novio ha sido un buen jugador, últimamente, sobre el novio B, qué ya no está en la foto? O tal vez era el modo en que Jean-Claude había pedido conocerlo: «Trae a tu Nimir-Raj, *ma petite*, me gustaría conocerlo».

—¿Por qué? —había preguntado.

—¿Acaso no tengo derecho a conocer al otro hombre en tu cama?

Me había hecho sonrojar. Pero aquí estaba Micah, y estábamos fuera del Circo. Jean-Claude estaba dentro, esperando. En realidad estaba más asustada por la presentación de los dos de lo que estaba preocupada por Damián. Si Jean-Claude no trataba de matar a Micah, entonces me preocuparía por Damián. Estaba noventa y nueve por ciento segura de que Jean-Claude no iniciaría una pelea. Era el último uno por ciento que apretó mi intestino en un nudo a medida que avanzábamos en la oscuridad.

Los dos guardaespaldas se acercaron de nuevo a mi costado, mientras caminaba hacia la puerta de atrás. Ambos eran de más de seis pies, masculinos, y radiaban guardaespaldas pateas traseros. Aparte de que eran casi opuestos. Cris (sin h, es la abreviatura de Cristiano), estaba en la mitad de sus veintitantos, la piel bronceada de oro suave, los ojos con una pálida sombra de color azul gris. Su pelo era de ese tono marrón claro que algunos llaman rubio. Bobby Lee tenía más de cuarenta años, el pelo muy corto, color blanco gris, cejas todavía negras por encima de los alarmantes ojos azules, como pedazos de agua azul zafiro. Él tenía un bigote muy bien recortado y una barba también negra, con las primeras rayas blancas y grises corriendo a través de ella. Cris no tenía acento de ningún tipo, pero la voz de Bobby Lee era espesa como del Sur.

Nathaniel intentó ponerse junto a mí, y Cris se movió para alejarlo.

—Él está conmigo —dije.

—Se nos ordenó mantenerte a salvo. No lo conozco.

—Miren, los dos, no tenemos tiempo para las principales presentaciones aquí. Él es uno de mis cambiaformas leopardo, igual que los dos rubios. Micah el que tiene la cola de caballo, y esos dos hombres son sus leopardos.

—¿Quién es el pelirrojo? —preguntó Bobby Lee.

—Gil, un cambiaformas zorro, y está bajo mi protección, también.

—Son como carne de cañón andante.

Fruncí el ceño hacia él.

—La mayoría de esta carne de cañón son amigos, o más, para mí. Si la mierda golpea el ventilador y me salvas a cambio de sus vidas, tú seguirás.

—Nuestras órdenes son mantenerla segura, señora, nada más —dijo Bobby Lee.

Sacudí la cabeza e hice entrar a Nathaniel en el hueco de mi brazo.

—¿Qué haría Rafael si lo protegieras, pero consigues que su gente muera?

Ellos se dieron un vistazo el uno al otro. Bobby Lee finalmente habló.

—Eso dependería de la situación.

—Sí, tal vez, pero voy armada, y puedo cuidarme la mayor parte del tiempo. Necesito respaldos, no interferencia.

—No se nos dijo ser respaldo —dijo Bobby Lee.

—Lo sé, pero esta noche puede haber una cierta cantidad de grandilocuencia. Jean-Claude no me dejará salir herida, pero podría jugar

con algunos de nosotros, incluso conmigo. No reaccionen exageradamente, está bien.

—Si lo haces así no podemos hacer nuestro trabajo —dijo Cris.

Encogí los hombros, abrazando a Nathaniel contra mí.

—Les agradezco que estén aquí. Agradezco la ayuda. Podría estar muerta ahora mismo si Igor y Claudia no hubieran estado conmigo. Pero hay gente por la que quiero arriesgar mi vida para mantenerlos a salvo, y algunos de ellos están conmigo esta noche. Todo lo que estoy diciendo es que mantengan la calma, no reaccionen de forma exagerada, no salten las armas.

De nuevo se miraron. Suspiré. Bobby Lee llevaba una chaqueta de jeans sin mangas por encima de su camiseta. Cris llevaba una camisa de vestir de manga corta y encima una camiseta de gran tamaño fuera de los pantalones, descuidados, de color kaki. Hacía demasiado calor para usar un abrigo. Pero llevaba una camisa negra de seda, abierta sobre un top negro. Tenía mi camisa para ocultar y una Firestar 9mm puesta a través del frente de todo ese negro. La mayoría de la gente no lo vería, negro sobre negro. Pero la camisa de manga larga estaba escondiendo armas de fuego y cuchillos. Apostaba a que Bobby Lee tenía al menos un arma bajo la chaqueta, probablemente en la parte baja de la espalda, porque no había ninguna protuberancia, por pequeña que sea, o bajo el brazo. Era difícil ver el bulto bajo el brazo izquierdo de Cris. Había elegido una camiseta con un montón de dibujos, un modelo brillante para distraer al ojo, pero un viento caliente hizo volar su camisa hacia atrás, y cogí una vislumbre de su pistolera de hombro. No podía estar segura si estaba bajo la camiseta sin meter en los pantalones, pero apostaba que tenía un arma más, en el frente tenía una cruz, justo como la mía.

—No puedes disparar a nadie esta noche a menos que lo diga, ¿está claro?

—Tenemos nuestra órdenes —dijo Bobby Lee—, y no son de ti.

—Entonces, puedes volver con Rafael y decirle que niego su ayuda.

Cris abrió los ojos un toque. La expresión de Bobby Lee nunca cambió. Los ojos vacíos eran tan vacíos como el vidrio, no hay nadie en casa.

—¿Por qué tiene tanto miedo de llevarnos dentro? —preguntó.

Suspiré de nuevo y traté de poner en palabras que entenderían y que estaba dispuesta a compartir. No pude llegar a nada, así que intenté la verdad.

—Estoy a punto de presentar a mi Nimir-Raj al Maestro de la Ciudad por primera vez.

—¿Estás jodiendo con ambos? —preguntó Bobby Lee, y la frase pareció mal con ese acento de Scarlett O'Hara.

Pensé en protestar, o ser una perra, pero lo dejé ir.

—Sí, lo estoy, y me preocupa por cómo va a ser la presentación.

—¿Crees que el Maestro tratará de matar a tu Nimir-Raj? —preguntó Cris.

—No, pero él quiere jugar con él, y la idea de diversión de un vampiro y sus juegos puede ser un poco extraño.

Bobby Lee se rió.

—Es extraño, dices, extraño.

Se rió de nuevo y me pareció cálido y profundo y retumbante.

—Lo que está tratando de decir, Cris, es que estamos a punto de ser entretenidos como cuando las ratas satisfacen a las hienas. Una demostración de fuerza sin peligro, pero tal vez un poco de malestar.

—Sí, justo lo que él dijo.

Cris asintió.

—Así que esta noche no es real.

—Es real —dije—, pero no es peligroso en cualquier manera que me puedas proteger.

—Se supone que te protegemos, punto —dijo Cris.

Bobby Lee le tomó el hombro.

—No podemos protegerla de su propia vida amorosa, Cris. Se supone que debemos mantener su cuerpo intacto, no su corazón.

—Oh —dijo Cris, y se vio de repente mucho más joven, a principios de los veinte, en el mejor caso.

Bobby Lee se volvió hacia mí.

—Vamos a dejarlo esta noche, a menos que esté realmente en peligro físico.

—Me alegro de que nos entendamos.

Sus ojos se vaciaron de nuevo, la sonrisa todavía curvaba sus labios.

—Oh, no nos entendemos en absoluto, señora, casi puedo garantizarlo, pero haremos lo que nos diga, hasta que decidamos lo contrario.

No me gustó exactamente el sonido de esto, pero, examinando sus vacíos ojos azules, sabía que era lo mejor que iba a conseguir.



Los escalones que conducen hacia las entrañas del Circo son lo suficientemente amplias para que tres personas pequeñas puedan caminar juntas, pero los escalones son extrañamente espaciados, como si las medidas fueron originalmente construidas para algo que no era de dos piernas, o al menos no de tamaño humano.

Seguíamos a Ernie por las escaleras. La primera vez que lo vi él tenía uno de esos cortes de pelo largo con los lados afeitados. Las partes habían crecido, y cortó el resto, de modo que tenía un corte de pelo bastante estándar, con un poco más en la parte superior, para que pusiera gel en los suaves picos, una especie de ejecutivo punk. El cabello corto también dejaba al descubierto su cuello para que pudieras ver dos marcas de dientes en el lado derecho.

No era la comida de Jean-Claude. No creo que el Maestro de la Ciudad se alimentara de seres humanos, cuando podría haber tenido licántropos.

Pero había otros vampiros en el Circo, y tenían que comer, también.

Micah caminaba junto a mí. Merle, Bobby Lee, y Cris tenían un desacuerdo sobre dónde exactamente iban a caminar. Finalmente se establecieron con que Cris caminaría con Ernie delante, y Merle y Bobby Lee justo detrás de nosotros. Todos los demás nos siguieron a la zaga, con Caleb. Ninguno de los guardaespaldas parecía importarles una mierda si los demás vivían o morían. Estaba segura de que esta cosa de guardaespaldas va a ponerme nerviosa pronto, esta noche.

La gran puerta de metal al final de la escalera estaba abierta, esperando. Por lo general estaba cerrada; razones de seguridad. El nudo en mi estómago era tan fuerte que me dolía. No sabía cómo manejar esto. ¿Le daba un beso de hola a Jean-Claude? ¿Tocaba a Micah delante de él? Oh, diablos.

—¿Dijiste algo? —preguntó Micah.

—No fue a propósito —dije.

Me miró con una pregunta, y eso lo hizo. Me comportaría como siempre lo había hecho. Haría exactamente lo que haría si nadie estuviera allí. Hacer cualquier otra cosa iba a tener a todos caminando sobre alfileres y agujas. Además, había tenido cuidado con Richard y Jean-Claude, y mira en lo que terminó. No quería repetir los mismos errores otra vez. Tal vez podríamos hacer otros nuevos.



CUARENTA Y NUEVE

Había cortinas plateadas justo en la puerta. Eso era nuevo. Ernie separó la cortina y nos condujo a la sala de estar de Jean-Claude. Una vez las cortinas habían sido en blanco y negro, y un área más pequeña, pero ahora era blanco, plata y oro. Cortinas blancas, de seda pura, colgando en el vestíbulo que conducía a algo que parecía una enorme tienda de cuento de hadas. El techo y las paredes de piedra que sabía que estaban allí, fueron escondidos por metros y metros de tela de oro y plata. Era como estar en medio de un joyero. La mesa de café había sido pintada con un color dorado y blanco y se veía antigua, o tal vez era verdadera. Un tazón de cristal estaba en el centro de la mesa, con claveles blancos y pequeñas flores.

Un enorme sofá blanco estaba acomodado contra las lejanas cortinas, tan cubierto de almohadas plateadas y doradas que algunas se habían caído al piso alfombrado. Dos mullidos sillones estaban en las esquinas opuestas,

uno de oro, uno de plata, con almohadas blancas sobre cada uno.

La chimenea parecía real, pero sabía que no lo era porque se había añadido más tarde; era todo lo que un hogar debería haber sido, excepto que estaba pintado de blanco. Incluso había una nueva repisa sobre la chimenea que era blanca con vetas de plata y oro, pedido para hacer juego.

La única cosa que no había cambiado era el retrato encima de la chimenea. La primera cosa que verías era a Julianna, sentada, vestida de gris y blanco, medio riéndose, pelo castaño arreglado en cuidadosos rizos. Asher estaba de pie detrás de ella en oro y blanco, con el rostro perfecto, su pelo de oro caía en rizos más largos que el suyo, con bigote y barba Vandyke de un rubio tan oscuro que era casi marrón.

Jean-Claude se sentaba detrás de Julianna, el único de los tres que no sonreía, solemne, vestido de negro y plata. Él había diseñado el marco alrededor de la pintura, plata, oro y blanco.

—Wow —dijo Caleb por todos nosotros.

Había visto el estilo de Jean-Claude antes, pero de vez en cuando me sorprende incluso a mí. Entonces sentí que él venía hacia nosotros. Lo sentí venir y no era una buena cosa. Lo que esperaba era ira, celos, pero lo que se movía hacia mí era simplemente lujuria, necesidad. Él podía protegerse mejor que eso. ¿Era mi castigo ahogarme en su lujuria? Si era así, me había juzgado mal, porque estaba a punto de cabrearme.

Se abrió paso entre las cortinas blancas y plateadas, y por un momento no podía ver dónde su ropa comenzaba y dónde terminaba. Tenía una levita de plata con un borde blanco y bonotes blancos. Tenía una camisa que era un derrame de espuma blanca, los pantalones, lo que pude ver de ellos, eran blancos, pero las botas de cuero blanco cubrían casi hasta la totalidad sus largas piernas. La piel se veía suave, sostenida en su lugar con pequeñas hebillas de plata que iban sólo desde encima de sus tobillos a su muslo superior.

Me quedé mirándolo porque no podía hacer otra cosa. Incluso si no hubiera sido la proyección del sexo dentro de mi cabeza, me hubiera hecho pensar en ello. Su cabello caía en rizos sueltos casi hasta la cintura, gloria negra sobre toda esa plata y blanco.

Bobby Lee dijo:

—Bueno, ¿no eres bonito como una foto?

Jean-Claude ni siquiera lo miró. Me miró y yo estaba caminando al otro lado de la alfombra suave, sin pensar en nada salvo que tenía que tocarlo.

Cerró los ojos, ofreció su mano.

—No, *ma petite*, no vengas más cerca.

Dudé un segundo, luego comencé a caminar de nuevo. Ya podía oler su colonia, dulce, picante. Quería pasar mis manos por su pelo, envolver el aroma de él en mis manos. Se tambaleó hacia atrás, medio acercándose a las cortinas. Hubo algo parecido al pánico en su rostro.

—*Ma petite*, creí que podría protegerte del *ardeur*, pero no puedo.

Eso me detuvo. Tuve que fruncir el ceño ante él. Parecía que no podía pensar. Me mantuve donde estaba, casi lo suficientemente cerca para tocarlo, pero no del todo.

—¿Qué pasa, Jean-Claude?

—Me alimenté esta noche, pero no alimenté el *ardeur*.

—Eso es lo que siento —dije—, el *ardeur*.

—*Oui*, me protejo con todas mis fuerzas, sin embargo aún lo sientes. Nunca había ocurrido antes.

—¿Es porque tengo mi propio *ardeur*?

—Eso es todo lo que ha cambiado, de modo que sí, creo que sí.

—No vas a estar de cualquier forma para ayudar a Damián, ¿verdad?

Suspiró y miró hacia abajo.

—Tengo que alimentar todas mis ansias, *ma petite*. No he tenido esta dificultad con el *ardeur* en siglos. Algo acerca de compartirlo contigo me afectó. No sabía hasta que te sentí entrar en el edificio que había cambiado.

—¿Quieres decir que tu control es mejor lejos de mí?

Asintió con la cabeza.

—¿Qué demonios es esta cosa de «ardoo», o lo que sea? —preguntó Bobby Lee.

Miré hacia él.

—Cuando queramos compartirlo, te lo haré saber.

Bobby Lee alzó las cejas, luego hizo un pequeño movimiento de aceptación.

—Eres el jefe, señora, por ahora.

Dejé pasar eso y me volví hacia Jean-Claude.

—¿Qué hacemos?

Nathaniel ofreció una sugerencia.

—Dale de comer.

Miré hacia atrás a él, y la mirada debe haber sido suficiente, porque él mostró sus manos vacías y se fue a apoyar en la chimenea. Todos los

demás habían tomado asiento, excepto Gil, que se acurrucó junto a una de las sillas en el suelo, sosteniendo una almohada.

Me volví a Jean-Claude y era la voz de Micah que me hizo girar de nuevo.

—He visto a Anita en el... —cambió todo lo que iba a decir—, en las garras del *ardeur*, y no se parece al de ella. Ella está demasiado tranquila.

Jean-Claude miró más allá de mí, viéndolo, me parece, por primera vez, al menos en persona. Su mirada viajó de arriba y abajo en su cuerpo, una mirada de evaluación, como si estaba pensando en comprarlo o estaba tratando de ser deliberadamente insultante.

Micah, o bien no se dio cuenta del insulto o estaba probando contra él, porque comenzó a caminar hasta nosotros. Se trasladó en un pozo de su propio poder, como si incluso aquí, rodeado de las cosas de Jean-Claude, él tenía extrema confianza, totalmente a gusto.

Se movía como un bailarín, compacto, elegante, fuerte. Mirarlo apretó cosas abajo en mi cuerpo. Jean-Claude hizo un pequeño sonido. Empecé a girar hacia él, pero ya era demasiado tarde, los escudos se destrozaron y el *ardeur* rugía sobre mí.

Mi piel corrió con el calor, mi respiración se detuvo, mi visión había desaparecido en serpentinadas de color. La necesidad de Jean-Claude cayó sobre mí, por mí, dentro de mí. Era un grito en mi cabeza, bailando con mis nervios, se deslizaba por mis venas. En ese instante, si me hubiera pedido una cosa, absolutamente cualquier cosa, habría dicho que sí.

Mi visión se aclaró y me encontré con Jean-Claude en el suelo, medio atrapada en un derrame de cortinas que se habían caído de sus perchas, de manera que nos sentamos en un nido de blanco y plata. Su rostro era casi flojo con la necesidad, sus ojos azules como la noche.

Estaba sobre mis rodillas, también, y no recordaba haberme caído. Micah estaba allí, tomándome del brazo, creo que ayudándome a pararme, pero en el momento en que me tocó el *ardeur* saltó y él cayó junto a mí, como si alguien le hubiera golpeado con un martillo; sus piernas simplemente dejaron de sujetarlo.

Él susurró:

—Oh, Dios mío.

Los guardaespaldas se movieron entonces y tuve que gritar «¡No!». Debe de haber habido algo en mi voz, porque ellos tres se congelaron a medio movimiento.

—Nadie nos toque, nadie. —Mi voz era alta, frenética. Había una posibilidad muy real de que el *ardeur* podría propagarse a través de toda la habitación, un toque a la vez. Teníamos suficientes problemas sin eso.

Micah había liberado mi brazo, con las manos sin fuerzas en su regazo, pero el lazo había sido hecho y el acto de tocar, o no, no iba a cambiarlo.

Jean-Claude avanzó lentamente a través de la cama de brillantes telas, despacio, cada movimiento lleno de gracia y peligro. Él nunca se había visto más predador de lo que lo hizo en ese momento.

—Jean-Claude —susurré—, no.

Pero no podía moverme. Lo miré como un pequeño pájaro fascinado con la serpiente, que se desliza más, atrapado en el terror y la belleza de ello.

Asher estaba ahí de repente, en el espacio entre la tela. Jean-Claude se congeló, pero no era esa la quietud que los vampiros viejos pueden tener, hubo un zumbido de energía en él, más como un felino a punto de saltar que algún frío reptil.

—Jean-Claude, debes controlar el *ardeur* mejor que esto.

Abrazaba sus brazos como si sintiera, al menos, un roce de lo mismo. Había notado las nuevas caras y había usado una sacudida experta de su cabeza para derramar su pelo de oro a través de las cicatrices, sólo revelando la mitad perfecta.

La voz de Jean-Claude sonó grave y severa.

—No puedo.

Había tenido miedo, ahora era terror puro. Miré a Asher y lo vi a través de una película de todos los tiempos en que lo habíamos tocado, toda la belleza, toda la belleza que todavía veía.

Susurré:

—¡Ayúdanos!

Asher sacudió la cabeza.

—Si me arrastran, no ayudaré a nadie.

—Asher, por favor.

—Una vez que te alimentes, todo estará bien, simplemente déjate alimentar.

Sacudí la cabeza.

—No aquí, no así.

—Si va a ayudar, ¿por qué no dejará que se alimente? —dijo Micah.

Lo miré, y sólo verlo hizo que mi boca se abriera, mi respiración se

agitara. Era casi como si el *ardeur* lo recordara, como un alimento succulento que quería probar de nuevo.

Tuve dos oportunidades para decir:

—No entiendes.

—Anita, no deja que se alimenten de ella —dijo Zane. Él y Cherry estaba sentados en el extremo del sofá, mirando con los ojos muy abiertos, no viniendo cerca de nosotros.

—Pensé que era tu sierva humana —dijo Micah.

—Lo es —susurró Jean-Claude.

Algo en esas dos palabras me hizo mirarlo, me hizo mirar en los brillantes ojos azules.

No podía atrapar me con su mirada más, porque era su sierva humana, pero esa noche hubo un tirón en sus ojos. Quería acunar su cara con mis manos, quería probar los labios entreabiertos.

—¡Anita! —la voz de Asher me sacudió, lo miré.

—Ayúdame.

—Puedes alimentarte de mí —dijo Micah, suavemente. Todos nos volteamos y lo miramos fijamente. Parecía un poco menos seguro. Creo que algo que vio en nuestras caras le hizo dudar, pero dijo otra vez—: Si un poco de sangre cura esto, entonces estoy dispuesto.

—Ya alimentó su sed de sangre esta noche —dijo Asher—. No es la sangre lo que necesita, sino... *voir les anges*.

—Inglés, Asher, no entendí ni una cosa —dije.

Hizo un gesto con las manos, como borrando lo que había dicho.

—Necesita la liberación, un... —dijo varias cosas en un rápido francés, y no pude seguirlo. Asher estaba muy angustiado, si había abandonado su inglés.

Tuve cuidado de no mirar a Micah cuando traté de explicar.

—Jean-Claude necesita alimentar el *ardeur*.

—Necesita sexo, no sangre —dijo Nathaniel. Su voz era suave, pero una mirada lo mostró de pie tan lejos como podía a través del cuarto. No lo culpé ni un poco—. La primera vez que te alimentaste de mí no fue una relación sexual, sólo contacto —dijo.

Asentí, todavía tratando de no mirar a ninguno de los hombres.

—Lo recuerdo.

—El contacto está bien —dijo Micah.

Tuve que mirarlo, y la sorpresa fue tan grande que por un segundo casi

estuve libre del *ardeur*, casi podía pensar.

—¿Qué tipo de contacto?

—Contacto sexual —su rostro estaba muy serio, los ojos solemnes, como si él también podía pensar de nuevo—. Yo dije que haría cualquier cosa por ser tu Nimir-Raj, Anita. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que lo digo en serio?

—¿Qué estás ofreciendo, Micah?

—Lo que necesitas —miró a mi lado a Jean-Claude—. Lo que tanto necesitas.

Sentí que la atención de Jean-Claude se afilaba, casi como una fuerza física, y el *ardeur* estaba de regreso, lo suficientemente grueso como para ahogarme. Mi aliento se congeló en mi garganta, mi pulso era demasiado rápido para tragar. La voz de Jean-Claude me llegó, creo que en mi cabeza, porque sus labios nunca se movieron.

—Ten cuidado con lo que ofreces, *mon ami*, mi control es pobre esta noche.

Micah respondió, como si hubiera escuchado a Jean-Claude también.

—Fuiste un *ménage á trois* con el Ulfric. Se ha ido. Estoy aquí, y me quedo. Seré el Nimir-Raj de Anita, sea como sea.

Me las arreglé para decir.

—¿Quién dijo que éramos un *ménage á trois*?

—Todo el mundo —dijo.

Me preguntaba quién lo había dicho, porque sabía que no era todo el mundo.

Jean-Claude estaba avanzando de nuevo, muy lento, cada movimiento tan lleno de energía, tan lleno de violencia potencial y gracia, que casi dolía verlo. Hizo que mi pulso corriera, mi respiración era difícil, hizo que mi cuerpo se pusiera húmedo. ¡Oh, mierda, oh, mierda, oh, mierda!

—Jean-Claude, no —pero mi voz era un susurro.

Su boca se cernía sobre la mía, y luego su rostro se volvió por un segundo a Micah. Vi que los dos se miraron a centímetros de distancia y sentía la energía pulsante entre ellos. Jean-Claude se trasladó tan lentamente para cerrar la distancia que era como ver a cámara lenta. Micah se sentó allí, esperando. Él no se movió, pero no se alejó tampoco. Al principio pensé que lo había besado, un truco de luz me dejó ver un delgado espacio entre la boca. No lo tocó, todavía no. Vi sus labios temblando de manera estrecha, y una parte de mí quería tocar, pero Jean-

Claude se movió a su lugar, se movió hasta que Micah cerró los ojos, como si él no podía soportar ver esas esferas brillantes, como mirando al sol, demasiado iluminado de soportar.

Y, sin embargo, Jean-Claude no cerró esa pequeña distancia. Era la distancia de un aliento, el movimiento rápido de una lengua y de todos modos él se sostuvo casi tocando, casi allí, pero no del todo. La tensión creció, creció, creció, hasta que me dieron ganas de gritar. No me di cuenta de que me había movido hacia ellos hasta que ambos se giraron inmediatamente y me miraron a pulgadas de distancia. Mis ojos se movieron de uno al otro. Ojos como fuego azul; ojos como nubes de color verde. Los ojos de Micah se pusieron más verdes mientras miré, hasta que ellos fueron pálidos, pálidos verdes, como hojas de primavera.

Se centró en mí. No podía explicarlo, pero sabía que esta era la mirada que utilizaba para cazar, la pupila casi perdida en el color de sus ojos.

Me di cuenta de que podría empujar el *ardeur* atrás. Los atraje a ambos, pero podía pensar otra vez, sentir algo además del calor. Practicas esa clase de control metafísico, y supongo que esto te da un borde de control sobre todo ello. El alivio me hizo sentir débil, como si pudiera acurrucarme en el suelo y dormir. No vamos a caer unos sobre otros como rapaces y lujuriosos monstruos. ¡Yahoo!

Aliviada, comencé a avanzar lentamente hacia atrás. La mirada fija de Jean-Claude me siguió, pero él no hizo ningún movimiento para tocarme. Había algo sobre el modo en que se quedó a cuatro patas que me dejó saber que el *ardeur* todavía mandaba sobre él. Pero si yo podía dejar de tocarlo, estaríamos bien. Me miraba como un hombre hambriento, que miraba su primera comida en días. Pero él jugó limpio, se quedó dónde estaba, me dejó gatear despacio y lejos. Conocía las reglas. Micah no.

Llegó a mí y me tiró de nuevo al piso en un borrón de velocidad que nunca había visto antes, pero Micah no era un humano cualquiera. Él me siguió en un movimiento que era demasiado rápido para seguirlo con los ojos, por lo que estaba encima de mí antes de que mi mente pudiera ver que él se había movido. Fue mágico.

Estaba congelado justo por encima de mí, su cuerpo equilibrado sobre las manos y los pies, casi como si estuviera peleando consigo mismo. Extendí la mano alrededor de él, tratando de no tocarlo. Tuve tiempo para decir «No, no lo hagas», entonces dos cosas pasaron a la vez. Micah dejó caer su cuerpo en la parte superior del mío, y Jean-Claude tomó mi mano

extendida. Tal vez pensó que estaba intentando llegar a él, no lo sé. De todos modos, en el momento en que me tocó el calor pasó por encima de nosotros, por nosotros, y no había nada más que la necesidad.



Nos besamos, y era como fundirnos en la boca. Mis manos se deslizaron sobre la seda de la camisa de Micah, y no fue suficiente. La arranqué, la rasgué de su cuerpo hasta que mis manos se esparcieron por la suavidad sólida de su pecho, sentí su piel como el satén caliente bajo mis dedos. Micah de repente me empujaba contra el suelo, estaba tan pesado. Abrí los ojos y encontré a Jean-Claude encima de nosotros, encima de Micah, presionándonos a los dos en el suelo. Tuve un momento para ver sus ojos, un momento para ver la rabia en el ciego fuego azul, entonces sus brazos estaban alrededor de Micah y tiraban al pequeño hombre hacia atrás.

Me senté, observando que rodaban en el suelo, luchando. Ira, frustración y sólo la extenuación y cansancio se apoderó de mí hasta que no había lugar para el *ardeur*. Estaba cansada de pelear, tan cansada de ello.

Olí la sangre como un punto caliente a través del centro de mi cuerpo, el olor era casi sexual. Eso fue suficiente. Saqué la Browning y miré

alrededor de la habitación.

Por un segundo, los tuve a los dos al final del cañón. Por una fracción de segundo se me ocurrió. Luego moví el arma alrededor de la habitación, notando por primera vez que no había nadie en la habitación, excepto nosotros. Es bueno saber que no teníamos audiencia. Apunté con la pistola en el cómodo sofá blanco y disparé. Una de las pequeñas almohadas de oro y plata saltó hacia arriba con el impacto.

El ruido era ensordecedor en la sala de piedra, como si las pesadas cortinas capturaran el sonido, es lo que nos rodea.

Se congelaron. Las manos de Micah eran garras, arañando de nuevo a Jean-Claude, porque eso era todo a lo que podía llegar. La cara de Jean-Claude estaba enterrada en el cuello de Micah, su cuerpo envuelto alrededor de él, de modo que todo lo importante estaba escondido mientras intentaba romperle la garganta a Micah.

Divisé sobre ellos.

—Basta, ¡basta, los dos, o el próximo va en uno de ustedes! Juro por Dios que les pegaré un tiro.

Jean-Claude se levantó, un baño de sangre carmesí tenía en la boca, en la barbilla, por el cuello. Había tanta sangre que me dio miedo mirar el cuello de Micah.

Las garras de Micah se quedaron en Jean-Claude. Pude ver la tensión, como si todos los músculos estaban preparados para conducir las garras más adentro.

—Tu Nimir-Raj me sostiene en este lugar, *ma petite*, no me puedo mover.

—Micah, déjalo.

Micah no se movió, y supongo que no podía culparlo, pero... Apunté con el arma a su cabeza porque era el único tiro claro que tenía. Había un pequeño chorro de pánico que debería apretar el gatillo, luego la calma fluyó sobre mí, y estuve bien de pie en silencio, aquel ruido blanco que zumbaba en mí cuando maté. No había ningún sentimiento aquí, no había casi nada aquí.

—Yo... te... mataré, Micah. —Mi voz sonaba tan vacía como me sentía.

Micah volvió lentamente la cabeza para mirarme. La sangre corría por el lado izquierdo de su cuello hasta su hombro y pecho. Estaba empapado en su propia sangre. Pude ver que más de ella brotaba, deslizándose hacia

abajo, pero no constante. La sangre se bombea en el pulso. Mierda.

—Levántate, Micah, traspasó tu carótida. —Bajé la pistola y empecé a cerrar la distancia entre nosotros.

Micah miró al vampiro, todavía tenía las garras preparadas sobre la carne de Jean-Claude.

—Si muero, quiero que se vaya conmigo.

—Debe ser lo suficientemente simple para un Nimir-Raj de su poder sanar una herida tan pequeña —dijo Jean-Claude, todavía pulsando alrededor del cuerpo del otro hombre, íntimo.

Micah retiró las garras de Jean-Claude. Jean-Claude se movió lo suficiente como para sostenerse a sí mismo en sus manos. Vi a Micah tensarse un segundo antes de que su brazo se balanceara a una velocidad increíble, tan rápida, tan ágil. La garganta de Jean-Claude ni siquiera había empezado a sangrar cuando la mano de Micah volvió a su lado. Luego, la sangre se derramó en una fuente de la garganta de Jean-Claude.

—Cúralo —dijo Micah.

Me quedé allí de pie, mirando a ambos sangrar hasta la puerta. Malditos hijos de puta.



Jean-Claude casi se cayó, medio se alejó de Micah. La sangre caía en una lluvia roja cuando se puso de rodillas a cuatro patas, tosiendo, como si estuviera tratando de aclarar su garganta. La sangre bombeó más rápido.

Grité, sin palabras, al principio, luego pensé en algo mejor. Grité:

—¡Asher!

Micah ya estaba rodando en el pelo negro, los huesos entrando y saliendo, músculos que entraban a raudales vislumbrando carne rosácea. Él cambiaba y se curaba, pero Jean-Claude no podía cambiar.

Agarré el brazo de Jean-Claude y en el momento en que lo toqué las marcas quemaron entre nosotros. Me estaba ahogando en mi propia sangre, ahogando en ella. Las manos fuertes cavaron en mis hombros, los dedos se sentían como la piedra fría. Parpadeé y encontré el resplandeciente rostro de Jean-Claude como alabastro tallado con una luz blanca en su interior. Su piel brillaba detrás de la capa de sangre inferior, como rubíes repartidos en

diamantes. Sus ojos eran focos de fuego de zafiro profundos, como si el fuego pudiese ser frío, dolorosamente frío. Un viento saltó de su cuerpo, de nuestros cuerpos, y era el frío de la tumba que bailaba alrededor de nosotros, nuestro cabello flotaba en torno a nuestras caras. Llegamos a aquel poder frío, lo trajimos afuera, encontramos a Richard, y la respuesta quemó en nuestra piel como antes. Jason estaba de rodillas junto a nosotros. No tenía tiempo para maravillarme de que había sanado.

Nos tomó y la marca quemaba a través del cuerpo de Richard, un calor para bailar con la frialdad. Y sabía que Micah estaba de rodillas detrás de mí, con pelo y garras. Lo sentí en mi viaje de regreso, sentí a Jason, como si estuviera vinculado a nosotros.

Micah cayó hacia atrás, gritando: «¡Nooo!». El lazo fue cortado y durante un segundo me balanceé, como si se había ido parte de mi apoyo, luego, Nathaniel estaba allí y el mundo era sólido.

Nos arrodillamos obligados por la carne, la magia y la sangre. Miré la carne en la garganta de Jean-Claude unirse, reformarse, rehacerse, cambiar hasta que fue carne perfecta y blanca, rodeada por una capa de sangre mojada. Se había curado tan rápido que la sangre no tenía tiempo para secarse.

Olí las rosas, no el suave perfume de popurrí, espeso, derritiéndose-en-tu-lengua, un antiguo jardín de rosas, como si me estuviera ahogando en la empalagosa dulzura de ellas. Era como estar sumergido en la miel que sabía que tenía veneno.

Miel, miel, ojos de miel. Me acordé de la miel de color marrón claro que eran los ojos de Belle Morte.

—¿Hueles rosas? —pregunté.

Los ahogados ojos azules de Jean-Claude se volvieron hacia mí.

—¿Rosas? No huelo nada, el aroma de tu perfume, y tu piel. —Olió el aire—. Y sangre.

Nathaniel y Jason se perdieron en el maravilloso calor del poder, pero nadie más olía las rosas. Hubo una vez que había olido un perfume, cuando un maestro vampiro había estado usando su magia. Mi amigo y compañero animador, Larry Kirkland, lo había olido también, pero nadie más alrededor de nosotros había sido capaz de olerlo.

Miré a los ojos de Jean-Claude, no con mi vista, sino con mi magia, y encontré algo en sus ojos, algo que no era él. Era sutil. Lo que había hecho conmigo antes había sido como un mazazo entre los ojos, esto era un

cuchillo en la oscuridad.

Encontré el hilo de su poder, y al mismo tiempo mi magia, mi nigromancia, lo golpeó, el poder se desenrolló y era como una ventana abierta de par en par. La vi sentada en su habitación por el fuego y la luz de las velas, como si la electricidad no se hubiera inventado. Estaba vestida con una bata de encaje blanco, todo su pelo negro caía a su alrededor y había un tazón de rosas junto a su blanca mano.

Se puso pálida. Los enormes ojos de color café me miraron, y vi la sorpresa en su rostro, el shock. Ella me vio de rodillas con los hombres, como la vi antes en su tocador, con sus rosas.

La corté, expulsándola de Jean-Claude, tendría que expulsarla de mí antes.

Era más fácil, porque no había tratado de apoderarse de él, sólo manipularlo, para ser esa voz oscura en el oído que lo empujaba un poco más al filo.

Jean-Claude se desplomó de repente como si estuviera mareado. Levantó los ojos y eran tan normales como siempre lo habían sido, su acostumbrado azul medianoche. Había miedo en su rostro, no lo ocultó.

—Me pareció ver a Belle, sentada ante el espejo.

Asentí.

—Lo hiciste.

Me miró y creo que sólo nuestras manos sobre él le impidieron caer al suelo.

—Ella debilitó mi control del *ardeur*.

—Y el control de tu temperamento —dije.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Asher.

Miré hacia arriba para encontrar que todo el mundo estaba de regreso en la habitación.

—¿Toda esta sangre es suya, señora? —preguntó Bobby Lee.

Sacudí la cabeza.

—Ni un rasguño.

—Entonces creo que no vamos a terminar en la lista negra de la Unión de la Guardia por dejarla sola con un vampiro y un cambiaformas, por lo que podríamos luchar por ti —estaba moviendo la cabeza—. La próxima vez que nos pida dejarla sola porque es su vida amorosa, no vamos a escucharla.

Sacudí la cabeza de nuevo.

—Vamos a hablar de ello más tarde.

—No, señora —dijo—, no.

Dejó la discusión a un lado. Siempre había tiempo para luchar más tarde. Además, estaba demasiado cerca de lo correcto. Si hubiera interferido entre ellos en el momento equivocado, ¿quién sabía qué accidente podría haber ocurrido?

Jean-Claude habló en voz baja, con voz de urgencia, a Asher. Hablaban en francés y todavía no sabía lo suficiente para atrapar más que una palabra aquí y allá. Escuché Belle, claramente, en varias ocasiones.

En francés, Asher dijo:

—¿Te acuerdas de Marcel?

—Sí. Fue una noche loca y mató a toda su familia.

—Incluyendo a su siervo humano —dijo Asher—, que fue lo que lo mató.

Los dos vampiros se miraron fijamente.

—Nadie comprendió qué lo había causado —dijo Jean-Claude.

—Así de fortuito —dijo Asher—, sólo dos noches antes de que tuviera que luchar con Belle por su puesto en el Consejo.

Jean-Claude tomó la mano que ofrecía Asher y dejó que lo ayudara a afirmarse en sus pies. Asher tuvo que tomar a Jean-Claude con una mano por el codo.

—Fue tan fortuito que muchos trataron de probar que lo había envenenado, o algo parecido —dijo Asher.

Jean-Claude asintió con la cabeza, pasándose una mano por la cara, como si todavía estuviera mareado. No sentía nada, como si mi nigromancia me protegiera de cualquier cosa que Belle había hecho.

—El Consejo trató de probar su culpa y no pudo —dijo Jean-Claude.

—¿Contrataron una bruja para buscar en el ángulo de la magia? —pregunté. Me levanté yo sola, muy bien. Nathaniel y Jason se pusieron de pie, de nuevo sin efectos negativos, a excepción de la estúpida sonrisa de Jason, que a menudo llevaba después de que el poder lo llenaba.

Los vampiros me miraron.

—No —dijo Asher—, la verdad es que no.

—¿Por qué demonios no?

—Porque, *ma petite*, no debería ser capaz de hacer lo que le hizo a un Maestro de la Ciudad, incluso uno de su propio linaje. Que pudiera hacerlo con un Maestro de la Ciudad que no era de su linaje sería impensable.

—Imposible —agregó Asher.

—Creo que es más que realmente posible —dije—. La sorprendí en el acto.

—¿Quién es Belle? —preguntó Micah con su gruñona voz de leopardo.

Me volví hacia él, lentamente, y algo debe de haberse mostrado en mi cara, porque Merle se colocó delante de él y de pronto los dos cambiaformas rata estuvieron alerta, comenzaron a moverse a mi lado. No sé lo que iba a decir, probablemente algo muy enojado, porque Micah había golpeado en ello.

—Atravesó mi vena yugular, Anita. Se me permite defenderme cuando alguien trata de sacarme la garganta.

—Recuerda que soy su siervo humano. Si muere, yo podría morir.

Acechaba alrededor de Merle, planeando sobre sus piernas inclinadas y pies de gato.

—¿Así que se suponía que tenía que dejarlo matarme?

—No —dije—. No, pero tu herida no era mortal. Se demostró ya. No hay ni un rasguño ahora.

—Me curé, sí, pero no todos los cambiaformas podrían haberse curado. Una herida de vampiro es muy similar a una herida de plata, puede matarte, y la mayoría de nosotros sanaríamos como si fuéramos humanos.

Estaba de pie, muy cerca de mí, los ojos estaban de un color oro verde espumosos por la ira.

—Él quería matarme, Anita, no pienses que no.

—Tiene razón, *ma petite*, sino no me hubiera sostenido, habría arrancado su garganta.

Me volví hacia Jean-Claude.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo vi encima de ti, y me ahogaba en los celos. Quería hacerle daño, *ma petite*. Se defendió.

—Él no tenía que dar ese último golpe. La lucha se había detenido.

Jean-Claude miró más allá de mí hacia Micah, y había algo en su cara, respeto, creo.

—Si me hubiera hecho a mí lo que le hice, no habría tenido ninguna opción para marcar mi punto que pareció considerar varias palabras y se decidió por «fuerza».

—¿Fuerza? El maldito casi te saca la garganta.

—Después de haber tratado de hacer lo mismo con él.

Yo estaba sacudiendo la cabeza.

—No, no, yo no...

—¿Qué, *ma petite*, estás realmente diciendo que si alguien hubiera arrancado tu garganta, tratarías de no pegarle un tiro?

Abrí la boca para discutir, la cerré, lo intenté de nuevo y me detuve. Lo miré, luego de nuevo a Micah, a continuación, de nuevo a Jean-Claude.

—Bueno, maldita sea.

—Tu Nimir-Raj se ha hecho notar, *ma petite*. Él está dispuesto a acomodar hasta un punto, más allá de ello, no hay ningún compromiso.

Micah asintió con la cabeza, y el movimiento parecía incómodo en su cuerpo peludo.

—Sí.

—Tienes la misma regla, *ma petite*, como yo. Tres de nosotros simplemente tienen sitios diferentes donde la línea es dibujada. Pero la línea está allí para todos nosotros.

—¿Cómo puedes ser tan razonable sobre todo esto? ¡Los dos casi se matan!

Se miraron el uno al otro, alrededor de mí, de nuevo, y había algo en su mirada. Era algo que los hombres mantenían en misterio, como si el hecho de que fuera una niña quería decir que no lo entendería y que no podrían explicármelo. Que hizo que me lo explicara.

—¡Oh, genial, genial! ¡Casi se matan entre sí, y eso los hace amigos!

Jean-Claude dio ese maravilloso gesto encogiéndose de hombros, su rostro aún cubierto de la sangre de Micah.

—Digamos que tenemos un entendimiento.

Micah asintió.

—Jesús, sólo los hombres podían tener una amistad de algo como esto.

—Eres amiga del señor Edward. ¿No empezaron por tratar de matarse uno al otro? —preguntó Jean-Claude.

—Eso es diferente —dije.

—¿Cómo?

Traté de argumentar, pero me detuve porque me habría parecido una tontería.

—Bien, bien, ¿y qué, los dos se maquillarán y se besarán?

Se miraron y de nuevo hubo un peso en la mirada fija, pero era un peso diferente.

—Mierda —dije.

—Creo que empezaré por pedir disculpas —dijo Jean-Claude—. Lamento verdaderamente mi falta de control.

—Yo también —dijo Micah, y agregó—: y siento haber tenido que intentar matarte.

Un interesante fraseo, no siento que estuvieras a punto de morir, pero siento intentar matarte. Estaba viendo la racha implacable de Micah. En realidad no era más grande que la mía, pero me molestó de todas formas. No estaba segura de por qué, pero lo hizo. No sabía qué hacer, así que decidí seguir adelante, teníamos otros negocios.

—¿Estás lo suficientemente bien como para ayudar a Damián en su ataúd?

—Agoté todas mis reservas, *ma petite*. Tendré que comer otra vez. —Levantó la mano—. Pero no el *ardeur*, simplemente sangre.

Simplemente, dijo.

—Antes ofrecí que te alimentaras de mí. La oferta sigue en pie —dijo Micah.

—No, Micah —dijo Merle.

Micah tocó el brazo del hombre más alto.

—Está bien.

—¿No te da miedo que vaya a tratar de arrancar tu garganta de nuevo? Quiero que escuches a tu guardaespaldas.

—Dijiste que había un entendimiento.

—Es verdad.

Estaban viéndose unos a otros, y casi podía sentir el aumento de la testosterona.

Micah sonrió, o lo intentó. En la media forma de leopardo era una maraña blanca de colmillos en la piel de color negro.

—Además, la próxima vez que me muerda así, es mejor que sea en el juego previo, o te mato.

—Si lo pides, es mi placer —dijo Jean-Claude. Se rió entonces, el sonido me acarició la piel, me hizo estremecer. Micah reaccionó a ella con los ojos. Nunca había oído a Jean-Claude reír. Si pensaba que esa risa era algo especial, bueno, realmente lo mejor aún estaba por venir.

—Te doy las gracias por tu oferta más generosa —dijo Jean-Claude—, pero prefiero mis alimentos sin piel.

—No hay problema —dijo Micah. Merle soltó el brazo de Micah, y parecía arte de magia que pudiera cambiar tan rápido. Su piel bronceada

parecía absorber la piel como el agua se hunde en las rocas. Se puso de pie desnudo y perfecto, sin marca de lucha en su piel suave.

Ni su ropa ni la corbata habían sobrevivido al cambio. Pero extrañamente el lacio cabello caía sobre su cara, como si estuviera afectado por el hecho de que él lo había atado cuando aún estaba mojado. El pelo era todavía espeso, pero enmarcó su cara mejor, era menos aplastante, de modo que todavía podías ver la estructura delicada de los huesos, aquellos ojos maravillosos.

Escuché a alguien recuperar su aliento, y no era yo. No creo que haya sido Jean-Claude, pero no estaba segura. No importaba, no quería saber.

—¿Ni siquiera estás mareado, verdad? —preguntó Jean-Claude.

Micah sacudió la cabeza.

Jean-Claude alzó las cejas, bajó los ojos, luchando por recuperar el control de su rostro, hasta que pudo dar una expresión en blanco perfecta, pero tardó unos segundos.

—Voy a limpiar esto —hizo un gesto vago hacia la ropa empapada de sangre—, antes de tomar tal recompensa, ¿sí es que está bien?

Micah dio un pequeño asentimiento.

—No te tomes un baño —dije.

—Voy a ser rápido, *ma petite*.

—Nunca has tomado un baño rápido en toda tu vida.

Asher se echó a reír, y luego trató de sofocarlo, pero fue un éxito parcial. Extendió sus manos.

—*Mon cheri*, ella tiene razón.

—¿Tocaría por primera vez, cubierto por esto?

La cara de Asher se puso sobria al instante, como si alguien hubiera apagado un interruptor. Muy serio, el rostro blanco para mirar a Micah, que miraba hacia atrás. Si él se sentía incómodo bajo el escrutinio, no lo mostró.

Asher suspiró.

—Supongo que no.

—¿Y qué se supone que debemos hacer en la hora que te llevará mojarte en la bañera? —pregunté.

—Voy a ser rápido, *ma petite*, te doy mi palabra.

Crucé los brazos sobre el estómago.

—Lo creeré cuando lo vea.

—*Ma petite*, te di mi palabra.

—Para cosas importantes, tu palabra es genial, pero cuando se trata de arreglarte, no tienes sentido del tiempo.

—Pensé que era la línea del chico —dijo Bobby Lee.

Le di un vistazo, entonces de vuelta al vampiro.

—No podrías probarlo por mí.

Bobby Lee se rió, pero nadie más lo hizo.



Me senté en el sofá blanco con su nueva marca de agujero de bala. Micah se sentó a mi lado, y puesto que estaba desnudo, fue... interesante. Incómodo, y excitante, todo al mismo tiempo. Insistió en hablar conmigo, y me resultaba difícil mantener el contacto visual, lo que fue vergonzoso.

Bobby Lee y Cris se quedaron cerca de mí, situándose por detrás y hacia un lado, porque lo hice moverse a la derecha detrás de mí. Simplemente no me gusta la gente armada en mi espalda, no a menos que los conozca muy bien. Los cambiaformas rata estaban allí para protegerme. Creía que harían el trabajo, porque Rafael se los dijo, pero todavía no los quería a ambos armados de pie en mi espalda. Merle descansaba cerca de la chimenea, manteniendo un ojo en Micah y en los otros guardaespaldas. Gil en realidad se escondió en la esquina, o no era un tipo estable o los demás estaban acordonados alrededor de la habitación. Excepto por Asher.

Se sentó en la silla frente al sofá y nos miraba. Se había sacudido su

gloriosa cabellera sobre el rostro de modo que sólo el lado ideal era visible, y sólo un ojo de color azul pálido nos miraba. Su rostro no mostraba nada, pero aún podía sentir el peso de su mirada como una mano presionando. Su rostro podía no haber demostrado nada, pero nos estaba dando demasiada atención.

Podría haber preguntado por qué, pero Jean-Claude volvió a través de la brecha entre las cortinas. Tuve que comprobar mi reloj. Sólo veinte minutos habían pasado. Había salido sí-y-no con él casi tres años; un baño de veinte minutos no era nada sino milagroso. Por supuesto, su cabello negro estaba todavía húmedo y pesado, no había tenido tiempo para secarlo con el secador. Llevaba uno de mis trajes favoritos, negro con bordes de piel negra. La piel se perfiló maravillosamente en la extensión de su perfecto pecho pálido. Él estaba enseñando lo suficiente para que la quemadura con forma de cruz se mostrara, y cuando se deslizó a través de la sala la parte superior de su estómago se vislumbró a través de las pieles.

El traje era muy laxo y no estaba atado, de la manera en que lo llevaba por lo general.

Tenía esa sonrisa en su rostro que decía que sabía que parecía maravilloso, y que sabía exactamente qué efecto tenía en mí, entonces su mirada se deslizó en Micah. Estaba lo suficientemente cerca para ver la velocidad del pulso en el cuello de Micah, saltando bajo la piel de su cuello. Traté de reunirme con los ojos de Jean-Claude, pero finalmente tuve que mirar abajo, y se sonrojó.

Su reacción hizo que la velocidad de mi pulso subiera. Miré hacia atrás, Jean-Claude se deslizaba hasta nosotros, veía un atisbo de sus pies, pálidos bajo el manto negro en contra de la alfombra blanca. La expresión de su cara era todo para Micah. Me hizo subir una rodilla, mi trasero contra el brazo del sofá. Me sentía extrañamente posesiva, celosa, casi como si debiera defender el honor de Micah. Nunca me había sentido así con Richard y Jean-Claude, pero entonces, Jean-Claude nunca había visto a Richard en esos términos, debido a que Richard le habría hecho daño.

Micah casi había matado a Jean-Claude por un insulto del que Richard no se habría defendido, pero ahí estaba sentado, ruborizado, incómodo, pero no enojado.

Los pies de Jean-Claude estaban delante de nosotros, tan cerca que el dobladillo de su túnica cepillaba la pierna desnuda de Micah.

—¿Has cambiado de opinión, *mon minet*?

Micah sacudió la cabeza, y luego levantó la cara para mirar al vampiro. Hubo vulnerabilidad y alerta en ese gesto.

—No he cambiado de opinión.

—*Bon*. —Jean-Claude se arrodilló delante de él—. Eres poderoso por derecho propio, y no eres mi animal a llamar. No puedo ser capaz de nublar tu mente y hacer que lo sientas como placer. Puedes ser capaz de mantenerme fuera de tu mente.

Micah asintió con la cabeza, el pelo grueso cayendo cerca de su rostro.

—Entiendo.

—¿Tienes preferencia de donde tomar la sangre?

—El cuello duele menos —dijo Micah.

Jean-Claude arqueó una ceja.

—¿Has hecho esto antes?

Micah dio una sonrisa que no logró ser feliz.

—He hecho un montón de cosas antes.

Jean-Claude levantó ambas cejas y me miró. Encogí los hombros.

—Muy bien, *mon minet*.

Se puso de pie en un movimiento gracioso, balanceando el manto a su alrededor como un vestido, dando el menor atisbo de las piernas al aire mientras acechaba detrás del sofá. Se detuvo justo detrás de Micah, poniendo una mano en uno de sus hombros. No era una caricia, o presionarlo, sólo apoyó las manos en la carne suave, caliente por un momento.

—Adelante con ello —dijo Merle.

Micah volvió la cabeza para mirar al otro cambiaformas leopardo.

—Merle.

Una palabra, pero hizo que el hombre grande se recostara en la chimenea, con los brazos cruzados sobre el pecho con el rostro hosco, un guardaespaldas muy infeliz. Pero él hizo lo que le dijeron.

Jean-Claude deslizó un brazo alrededor de la parte frontal de los hombros de Micah, a través de su pecho superior. Él utilizó una mano libre para alisar el cabello de Micah de nuevo, exponiendo el lado de la cara y la larga línea limpia de su garganta. Micah movió un poco la cabeza hacia un lado, para darle a Jean-Claude un mejor ángulo. El pequeño movimiento era como cuando una mujer se pone de puntillas para llegar a un beso, un movimiento útil.

—Tal vez podríamos tener un poco de intimidad —dije, y por ello los

hombres me miraron.

—Como quieras, *ma petite* —Todos se fueron, excepto Merle, Bobby Lee y Asher. Ellos eran los mínimos que podían ser necesarios para evitar que se mataran entre sí. Después de lo que había sucedido, realmente no tenía un buen argumento para dejarnos completamente solos. Cuando todos se acomodaron, Jean-Claude se volvió hacia Micah.

Los dedos de Jean-Claude acariciaron el cabello de Micah, que cayó detrás de la oreja, exponiendo todo el costado de su rostro. Apretó la parte posterior de la cabeza de Micah suavemente contra su pecho, dibujando la línea expuesta de su cuello aún más.

Micah estaba totalmente pasivo, la cara tranquila, y sólo el pulso de los latidos de su cuello se quedó atrapado en toda la tranquilidad.

Jean-Claude se inclinó sobre él, con la boca abierta, los labios echados hacia atrás, pero incluso desde cerca tenía sólo la visión más elemental de los dientes. Mordió, agudo, repentino. Micah se quedó sin respirar, el aliento capturado en su garganta. El agarre de Jean-Claude se apretó en la cabeza de Micah, los hombros, al empujarlo contra su cuerpo. Podía ver los músculos de las mandíbulas de Jean-Claude trabajando, su boca tragando convulsivamente. Uno de ellos hacía pequeños ruidos con la garganta, y yo no estaba segura de quién era.

Jean-Claude se echó hacia atrás, con lo que tiró de Micah hacia la mitad del sofá. Micah gritó, sus manos iban a abrazar a Jean-Claude, manteniéndolo cuando el vampiro sacudió todo su cuerpo hacia atrás. Jean-Claude movió la mano de la cara de Micah a la cintura, como si supiera que el otro no se alejaría ahora. Sostuvo a Micah, los brazos sobre el pecho y la cintura, las manos de Micah abrazando a Jean-Claude. Estiró el cuerpo de Micah hacia atrás como había alargado su cuello antes, porque el cuerpo de Micah se mostró en una línea larga, limpia, la espalda encorvada contra el cuerpo de Jean-Claude, de modo que ambos se inclinaron hacia atrás.

Me quedé de rodillas en el sofá, mirando la línea del cuerpo desnudo de Micah, ya sin duda feliz de lo que estaba haciendo. Su rostro era plácido con la necesidad, el placer.

Sus manos convulsionaron sobre los brazos de Jean-Claude y medio-gritó, medio-gimió:

—¡Dios mío!

El cuerpo de Jean-Claude empezó a enderezarse lentamente. Se alivió cuando dejó a Micah de nuevo sobre el sofá. Alzó la boca del cuello de

Micah, sus ojos azules se estaban ahogando, ciegos e inhumanos. Sus labios eran carnosos, rojos, pero no con la sangre derramada, rojo como alguien que ha estado besando demasiado. Dejó a Micah lentamente, su cuerpo se deslizó contra el respaldo del sofá, hasta que el leopardo medio colapsó a su lado. Su cabeza se derramó en mi regazo y yo salté. Micah levantó la cabeza, lentamente, pesado. Se apoyó en un brazo y volvió los ojos desenfocados hacia mí.

Sus pupilas eran enormes, ahogándose en el círculo negro de sus ojos verde-amarillo. Vi a sus pupilas descender en un espiral de pequeños puntos hasta que el color casi los abrumó, como los ojos de un vampiro. Podía sentir su mirada fija en mí, el peso de sus ojos como algo que me empujaba. Se inclinó hacia mí, poco a poco, con los labios entreabiertos.

Me quedé donde estaba, congelada, sin saber qué hacer. No era que él fuera menos hermoso de lo que había sido. Era sólo que... Oh, diablos, no sabía qué hacer. Ni siquiera sabía lo que quería hacer.

—¿No necesitabas levantar a Damián de su ataúd? —la voz de Asher vino seca, lo que me alejó de Micah.

Jean-Claude le gruñó, viéndose más inhumano que durante todo el tiempo en que se había alimentado.

Asher se levantó con un suave movimiento, como un títere tirado por sus cuerdas.

—Bueno, pero si vas a tener relaciones sexuales, no tengo que verlo.

Me quedé con las manos de Micah deslizándose por mi cuerpo cuando me aparté del sofá. Me enfrenté a Asher.

—Mira, estoy tan lejos de mi zona agradable ahora que no se me ocurre, pero te diré una cosa. No voy a tranquilizar tu ego masculino mientras que la pequeña voz en mi cerebro sigue gritando, corre lejos, corre lejos. Así que dame la ley del hielo, Asher, no puedo tratar con ello ahora.

De repente lo sentí vibrar con la ira, los ojos como piscinas de hielo azul.

—Lamento que mi incomodidad te moleste.

—Jódete, Asher.

De repente lo sentí avanzar en un borrón de velocidad. Me moví tan rápido que me caí contra el sofá. Micah me atrapó, o me habría caído al suelo. Tuve tiempo de sacar una pistola o un cuchillo, pero ni siquiera lo intenté. Asher no estaba tratando de hacer daño a mi cuerpo, sólo a mis sentimientos. Se inclinó por la cintura, cerniéndose sobre mí y Micah,

aunque creo que esa parte fue accidental. Puso una mano en cada lado de nosotros, y se inclinó contra mi cara, tan cerca que tuve que retroceder para centrarme en los escalofrantes ojos azules.

—No ofrezcas cosas que no estás dispuesta a hacer, *ma cherie*, porque es molesto. —Se levantó bruscamente y salió de la habitación.

La voz de Micah era suave.

—¿Qué fue todo eso? —sus manos estaban todavía en mis brazos, medio reteniéndome, medio protegiéndome.

Sacudí la cabeza.

—Pregúntale a Jean-Claude —me empujé a mis pies—. Voy a ir a buscar a Damián.

—Te acompañaré, *ma petite*.

—Bien.

Empecé a caminar. Podía sentir que me seguían, los dos detrás de mí. Casi me di la vuelta para ver si estaban cogidos de la mano, pero si lo estaban, no estaba lista para verlo.

Bobby Lee se puso a la zaga sin una palabra. Un hombre inteligente.



La habitación tenía paredes de piedra desnuda. No había ninguna pretensión de amabilidad. Era la versión vampírica de la cárcel, y parecía una. Había media docena de ataúdes apoyados en la plataforma con cadenas de plata a su alrededor, esperando abrirse y cerrarse con cruces. Las únicas cruces estaban en dos ataúdes cerrados. ¿Dos? Dos ataúdes encadenados. Damián estaba en uno. ¿Quién demonios estaba en el otro?

—¿Cuál es tu chico? —preguntó Bobby Lee.

Sacudí la cabeza.

—No lo sé.

—Pensé que se suponía que eres el amo de este tío.

—En teoría.

—Entonces, ¿no deberías ser capaz de decir cuál ataúd es?

Lo miré, asentí un poco.

—Punto para ti.

Miré hacia la puerta, pero aún estaba vacía, sólo nosotros. No sabía dónde habían ido todos y estaba tratando no especular sobre lo que podría haber distraído a Micah y a Jean-Claude.

Traté de concentrarme en lo que se encontraba en los ataúdes pero no pude. Una vez pude sentir a Damián incluso antes de que se despertara en su ataúd, pero no obtenía nada de la caja, excepto que había vampiros en ellos. Fui al ataúd más cercano. La madera era pálida y suave. No era el más caro, pero tampoco el más económico, costoso, de hecho. Pasé la mano por encima de la suave madera, mis dedos acariciando la frialdad de las cadenas. Algo golpeó contra la tapa del ataúd. Salté.

Bobby Lee se rió.

Le fruncí el ceño, después me volví hacia el ataúd, pero no lo toqué más. Sabía que no era posible con una cruz bendita sobre la tapa, pero había tenido una imagen repentina de un brazo rasgando a través de la madera y agarrándome. Damián se suponía que era un loco homicida. Mejor ser cuidadosa que muerta.

Le puse las manos encima al ataúd, no muy conmovida. Saqué mi nigromancia, como dibujando un suspiro, y respiraba a través de mi cuerpo, no precisamente a través de mis manos, sino en todas partes. La nigromancia era parte de lo que era, sólo quién era yo. Empecé a empujar mi poder en el ataúd, pero fue retirado, como agua cayendo en un agujero. El agua caía hacia abajo por culpa de la gravedad y no había que detenerse, natural, automático. Mi nigromancia se derramó en el ataúd, y en Damián.

Lo sentí tendido en la oscuridad, su cuerpo contra el delgado raso. Vi sus ojos mirar hacia arriba, a los míos, sentí algo brillar en su interior, algo que reconoció mi poder, pero no pude sentirlo. No había personalidad, no Damián. Y no sabía que era él pero no había pensado en él, nada más que la pequeña chispa de reconocimiento, apenas eso.

Traté de conciliar lo que sentía de Damián, y era como si se hubiera convertido en otra cosa. Dije una oración y ni siquiera me sentí rara por orar a Dios acerca de un vampiro. Había tenido que renunciar a mis estrechas ideas sobre Dios hace mucho tiempo, o renunciar a la iglesia, y todo lo que tenía en gran estima por mi religión. El acuerdo era, si Dios estaba de acuerdo con todo lo que estaba haciendo, entonces yo lo estaba, también.

—¿Dónde están todos? —pregunté en voz alta, por lo que Bobby Lee respondió.

—No sé, pero si quieres venir conmigo, vamos a buscarlos.

Sacudí la cabeza, mirando al otro ataúd. ¿Quién estaba allí encerrado en la oscuridad? Tenía que saber, y si pudiera, me gustaría sacarlo. No aprobaba la tortura, y ser encerrado en un ataúd en el que nunca morirías de hambre, pero siempre la sientes, no mueres de sed, pero te consumes por la necesidad de líquidos, estabas atrapado en un espacio tan pequeño que no podías ni siquiera moverte al lado, era una buena definición de tortura en mi libro. Me gustaban los vampiros de Jean-Claude, y no quería dejarlos como estaban, no si podía persuadirlo de que habían sido suficientemente castigados. Era muy reacia a ese tipo de cosas, y Jean-Claude quería complacerme ahora, podría conseguir a cualquiera para dejarlo salir. Daría lo mejor. Pero ¿quién era? Es cierto, había vampiros por los que me esforzaría más para dejarlos libre, como personas.

Fui a pie al otro lado del ataúd y empujé mi magia en ella. Tenía que empujar en esta ocasión, no era como Damián. Lo que estaba en ese ataúd no me dio la bienvenida. No había ninguna conexión. Sentí algo y sabía que era una especie de no-muerto, pero no era como un vampiro. Más vacío que eso. Totalmente oscuro; debería haber movimiento, vida, algo, pero no había nada. Empujé más lejos en la cosa y encontré el menor de los pulsos contestarme. Era como si lo que estaba allí estaba mucho más muerto que vivo, pero no realmente muerto.

Un sonido me volvió hacia la puerta. Jean-Claude se deslizó en la habitación, su túnica atada apretadamente ahora, como una señal de que estaba dispuesto a ponerse a trabajar. Estaba solo.

—¿Dónde está Micah? —pregunté.

—Jasón le llevó a conseguir algo de ropa. Deben ser capaces de encontrar algo que le quede bien.

—¿Quién está en este ataúd? —Casi había dicho «qué», pero apostaba que era un vampiro, aunque no había sentido nunca antes uno así.

Su rostro era ya cuidadoso y neutral.

—Me gustaría pensar, *ma petite*, que ya tienes suficiente con preocuparte de Damián.

—Tú y yo sabemos que no me moveré hasta que no sepa quién está aquí.

Suspiró.

—Sí, lo sé. —En realidad miró hacia el piso, como si estuviera cansado, y porque su rostro no mostraba nada, el gesto se vio a medio

terminar, como una mala actuación. Pero sabía que él estaba trabajando tan duro en mantener su cara vacía, sólo para dejar que su cuerpo lo traicionara significaba que era muy infeliz. Lo que significaba que yo realmente no iba a amar su respuesta.

—¿Quién, Jean-Claude?

—Gretchen —dijo, finalmente encontrándose con mis ojos. Su cara no dijo nada, una palabra blanca.

Una vez Gretchen había intentado matarme, porque ella quería a Jean-Claude para sí misma.

—¿Cuándo consiguió volver a la ciudad?

—¿Volver? —le dio ese pequeño acento que lo hizo una pregunta.

—No seas tímido, Jean-Claude. Regresó a la ciudad por mi sangre, y la pusiste aquí, ¿así que, cuándo?

Su cara era una escultura, pocos movimientos en la misma. Estaba escondiéndose, tanto como podía, y los escudos eran como una armadura.

—Te digo otra vez, *ma petite*, no fue a ninguna parte.

—¿Qué se supone que significa eso?

Miré esa cara perfecta, pero ilegible.

—Eso significa que desde el momento en que viste que la puse en el ataúd en mi despacho en el Placeres Prohibidos, siempre ha estado aquí.

Parpadeé, fruncí el ceño, abrí la boca, la cerré, volví a intentarlo y no. Debo haberme visto como un pez recién pescado, porque no podía pensar en una maldita cosa que decir. Se quedó allí, no me ayudó. Encontré mi voz y era entrecortada.

—¿Estás diciendo que Gretchen ha estado en un ataúd por dos, no, tres años?

Sólo me miró. Había dejado de respirar. No había ningún sentido de circulación en él, como si el que apartara mis ojos nunca lo vería de nuevo, se volvería invisible.

—¡Respóndeme, maldita sea! ¿Ha estado en un ataúd durante tres años?

Dio el más pequeño de los asentimientos.

—Jesús, Jesús. —Me paseé por la sala, porque si no hacía algo físico, le iba a pegar o comenzaría a gritar. Finalmente terminé de pie delante de él, las manos en puños a ambos lados—. Eres un cabrón.

Mi voz era un susurro ronco, expulsado de mi garganta, porque de hacer cualquier otra cosa hubiera querido despotricar contra él.

—Trató de matar a mi siervo humano, a quien también amo. La

mayoría de los Maestros se habrían limitado a matarla.

—Eso hubiera sido mejor que esto —dije, todavía mi voz era un susurro.

—Dudo que Gretchen estaría de acuerdo.

—Abramos el ataúd y veamos —le dije.

Sacudió la cabeza.

—No esta noche, *ma petite*. Sabía que ibas a sentirte así, y podemos tratar de ponerla en libertad, aunque tengo la esperanza, aunque tengo una pobre esperanza de ello.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Ella no era la mujer más estable cuando la encerré. Esto no fortaleció su comprensión de la realidad.

—¿Cómo pudiste hacerle esto a ella?

—Te dije antes, *ma petite*, obtuvo su castigo.

—No tres años —dije. Mi voz estaba comenzando a sonar normal. No iba a golpearlo, genial.

—Tres años por casi matarte. Podría dejarla tres años más, y no sería suficiente castigo.

—No voy a discutir contigo si el castigo es justicia o es excesivo, ni nada. Todo lo que puedo decir es que quiero sacarla de allí. No voy a dejar que la dejes estar otra noche. No queda casi nada ahora.

Miró el ataúd.

—No lo has abierto, ¿cómo sabes lo que hay dentro?

—Quería saber cómo estaba Damián. Usé un poco de magia para explorar lo que estaba dentro de los ataúdes.

—¿Y qué descubriste? —preguntó.

—Que mi nigromancia reconoce a Damián. Que Damián no está allí. Es como si su personalidad faltara. Lo que lo hizo, lo que es él, falta.

Jean-Claude asintió.

—Con los vampiros que no son Maestros y nunca lo serán, a menudo es el Maestro de la Ciudad, o su creador, el que les permite existir como una fuerte presencia. Aislados de ello, a menudo se desvanecen.

Desvanecen, él lo llamó, como si estuviera hablando de cortinas que habían estado demasiado a la luz del sol, en lugar de un ser vivo. Bueno, una especie de ser vivo.

—Bien, Gretchen se desvaneció, en pasado. No hay casi nada. Dejémosla incluso una noche más allí y ella puede desaparecer.

—Ella no puede morir.

—Tal vez no, pero el daño... —sacudí la cabeza—. Tenemos que sacarla ahora, esta noche, o también podríamos ponerle una bala.

—Deja a Damián una noche más, y estoy de acuerdo en liberar a Gretchen.

—No —dije—. Damián es como un vampiro salvaje. Cuanto más larga es la espera, es mayor la probabilidad de que nunca será otra cosa.

—¿De verdad crees que una noche más le dañará irremediablemente? —preguntó Jean-Claude.

—No sé, pero sé que si espero hasta mañana por la noche para sacarlo y el daño es permanente, siempre me preguntaré si una noche extra hizo la diferencia.

—Entonces tenemos un problema, *ma petite*. Un baño caliente se está preparando ahora mismo para meter a un vampiro. Sólo tenemos un lugar adecuado aquí en el circo para la recuperación de este tipo.

—¿Por qué un baño? —pregunté.

—Deben ser devueltos a la vida, el calor. El proceso debe ser realizado con cuidado, o el riesgo de muerte es una realidad.

—Espera un minuto. Un vampiro puede estar en el ataúd, cerrado para siempre, y nunca morirá, ¿pero sacarlos puede matarlos? Eso no tiene sentido.

—Se han adaptado a la caja, *ma petite*. Para sacarlos después de un período de tiempo es un golpe a su sistema. He visto a vampiros morir de ello.

Sabía que no era mentira, era demasiado triste por tener que decirlo.

—Así que tiramos a los dos en la misma tina, no es difícil.

—Pero es difícil, *ma petite*. La atención y el poder necesarios para traer a uno de vuelta no deben dividirse. Todo lo que puedo hacer es traer a uno de ellos a la vez. No puedo dividir mis esfuerzos sin poner en peligro a los dos.

—Sé qué hiciste a Gretchen, pero no a Damián. Su relación contigo como Maestro de la Ciudad se rompió cuando se volvió mío, así que no eres su amo de cualquier manera. Yo lo soy.

—Sí —dijo.

—¿Entonces no es mi trabajo traer de vuelta a Damián, es mi conexión mística, no la tuya?

—Si fueras realmente su Maestro, otro vampiro, estaría de acuerdo.

Pero eres, pese a todos tus talentos, todavía humana. Hay cosas que no puedes hacer por él, y hay muchas cosas que no sabrás que tienes que hacer por él.

—¿Cómo qué?

Sacudió la cabeza.

—Es un proceso complejo que requiere conocimientos especializados.

—Y tú tienes las habilidades —dije.

—No suenes tan escéptica, *ma petite*. Yo era parte de la tripulación de... emergencia de nuestra señora —dijo—. Castigaba a los demás y nos quedábamos para hacer frente a las consecuencias. A menudo su opción.

—¿Nos? —pregunté.

—Asher y yo.

—Así que Asher sabe cómo hacer esto —dije.

—*Oui*, pero él tampoco es el dueño de Damián.

—No, pero yo sí. Si Damián todavía tiene un dueño, soy yo. Así que cuida de Gretchen, préstame a Asher y él me dirá que tengo que hacer con Damián.

—¿Después de su pequeña exhibición en el otro cuarto, confías en él?

—Confío en él con mi vida, si quieres.

—Pero no nuestros corazones —dijo Jean-Claude.

—¿Por qué le molestó tanto ver a Micah? —pregunté—. Lo vio casi tan malo con Richard y yo.

—Creo que tú, como mi sierva humana, y Richard como lobo a llamar, son míos por derecho, y ya estábamos así antes de que Asher llegara a St. Louis. Micah no es mi animal a llamar. No tiene vínculos directamente conmigo. Él es tu Nimir-Raj, pero nada mío.

—¿Y? —pregunté.

—Asher estaba dispuesto a compartir contigo y Richard, ya que son míos, pero este Nimir-Raj es simplemente otro hombre que tiene mi favor cuando Asher no.

—Micah no tiene tu favor exactamente, todavía.

Jean-Claude me dio una pequeña sonrisa.

—Cierto, pero Asher no lo ve de esa manera.

—Si no fuera por mí... escrúpulo social, ¿estarías haciéndolo con Asher ahora?

Se rió, un sonido brusco, que no bailaba a lo largo de mi cuerpo, sólo llenó su cara de alegría. Lo más cerca que nunca había visto la risa real en

él.

—«Escrúpulo social». ¡Ah, *ma petite*, qué precioso!

Le fruncí el ceño.

—Sólo responde la pregunta.

La risa se desvaneció, casi como una persona, en lugar del cambio brusco de costumbre.

—Asher y yo probablemente habríamos llegado a un acuerdo sino me costaras tú, *ma petite*.

—Un acuerdo. ¿Así que estás siendo tímido? —dije.

Hizo gala de ese gesto que quería decir todo y nada.

—No sería cómodo con honestidad brutal, *ma petite*.

—Bien, si pudiera aguantarlo, ¿tomarías a Asher como amante?

Pensó, entonces, finalmente.

—No lo sé, *ma petite*.

—Sé que lo amas.

—*Oui*, pero eso no quiere decir que podríamos ser amantes de nuevo. Cuando él y yo fuimos más felices, fue con Julianna. Tú puedes permanecer conmigo mientras somos amantes fuera de tu vista, siempre y cuando no actuemos como amantes delante de ti. No creo que te gustaría ver a Asher y a mí tomarnos de la mano frente a ti.

Puesto así, tenía razón.

—¿Qué significa eso?

—Eso significa que Asher merece algo mejor que una relación oculta en la que nunca podría mostrar afecto público por temor a lastimarte. Prefiero darlo por completo a otra persona, hombre o mujer, que obligarlo a jugar segundo, o menos, para siempre.

Abrí la boca para decir que me gustaba Asher, incluso lo amaba de alguna manera, pero no lo hice, no, porque no quería plantear la posibilidad de un verdadero *ménage a trois*.

Lo que había visto con Micah y Jean-Claude me molestaba mucho. No podía hacer frente a dos hombres y yo. Sí, sí, era sistema del medio oeste, de la clase media, pero era la manera en que veía el mundo. ¿No podía cambiar eso, verdad? Y si yo pudiera, ¿querría?

No sabía. Sólo no sabía. El hecho de que la idea no me hiciera correr gritando en la noche me molestaba, pero no tanto como pensé que debería.



CINCUENTA Y CUATRO

Jean-Claude le dio a Jasón las llaves de la cerradura de las cadenas de plata. Había pasado la última hora tratando de explicarles el trabajo a todos. Jasón sería el aperitivo, oh, lo siento, la primera alimentación de Gretchen. No podía ser alguien humano, porque la primera alimentación después de estar en un ataúd podía ser muy... traumática. La elección de palabras fue de Jean-Claude, no mías. Así que, básicamente Jasón tenía que ser el hombre clave y tomar el primer daño. Luego Jean-Claude a su vez donaría sangre. El Maestro le dio al pequeño vampiro comida, y conectar el juramento de sangre que lo unía al Maestro de la Ciudad, su linaje y su amo, o en caso de Jean-Claude, los tres. Los tres eran mejores, más fuertes es la conexión inicial, mayor la posibilidad de que el vampiro curara el daño.

Esto último me preocupó por Damián. No era su creador, no era su línea de sangre, o Maestro de la Ciudad. No estaba exactamente segura de lo que era para él. A esta pregunta, Jean-Claude había dicho:

—Tú eres su Maestro, *ma petite*. Lo que esto signifique para un nigromante, eres para él. Si la sangre no te vuelve a conectar con él, luego, Asher lo intentará. En su defecto, búsqüenme con Gretchen. Damián debe volver a enlazar sus vínculos con uno de nosotros, o está perdido.

—Define perdido —dije.

—La locura puede ser permanente.

—Mierda.

—*Oui*.

Sin embargo, dejé a Gretchen ir primero, para ver qué era lo que se hacía, entender mejor el proceso. Jasón desbloqueó las cadenas. Cayeron del ataúd y rebotaron contra la madera, un sonido sordo y áspero. Esto me hizo saltar. Gretchen había intentado matarme cuando ella sólo pensaba que estaba saliendo con Jean-Claude. Podía levantarse del ataúd aún con la inclinación de matarme. Había sido su abogado, exigiéndole a Jean-Claude que la dejara salir. Ahora, mientras Jasón desataba las cerraduras de la tapa, mi pecho estaba apretado y tuve que luchar para mantener mis manos lejos de mi pistola. Sería estúpido «por no decir irónico» si tenía que matarla en el momento en que se levantaba. Escuché a un seco Jean-Claude, «sería una mejora, *ma petite*». Dije una breve oración para no llegar a eso. No quería matarla, quería salvarla.

Esto último no significaba que no haría lo primero, pero sí significaba que trataría de evitarlo.

Jasón levantó la tapa, lentamente. No porque era pesada, sino porque, creo yo, estaba asustado, también. La idea de ser la primera comida de Gretchen le había hecho reír, el sonido de previsión que es medio adulto y medio niño. El sonido que los hombres reservan para las cosas que combinan sexo y por lo general deporte, autos, tecnología o peligro, depende del hombre. Estoy segura de que allá afuera hay hombres que ronronearían, reirían entusiasmadamente ante la idea de la jardinería, de la poseía, pero no los he conocido. Podría ser un cambio interesante, sin embargo.

La tapa se volvió en la posición que la mitad de las tapas de un ataúd hacen. Nada se movió. No estaba de pie allí, Jason en sus pantalones cortos, la espalda desnuda a la habitación. Gretchen no llegó saltando y comiéndose a nadie, y dejé escapar un suspiro. No sabía que con eso explotaría.

Jason se quedó allí, mirando hacia abajo, inmóvil, con las manos

congeladas en la tapa. Por último, se volvió hacia el resto de nosotros, y había una expresión en su rostro que nunca había visto. Era una mezcla de horror y compasión. Sus ojos azules de primavera estaban anchos, y había un brillo de lágrimas, pensé. Jason y Gretchen no habían sido íntimos. La reacción no podía ser personal. ¿Qué había en ese ataúd para poner esa mirada en la cara de Jason?

Estaba avanzando sin darme cuenta.

—*Ma petite*, no vayas más cerca.

Lo miré.

—¿Qué pasa con ella? ¿Por qué Jason se ve tan... afectado?

Jason contestó.

—Nunca he visto nada como esto.

Tenía que ver, tenía que hacerlo. Seguí caminando hasta el ataúd. Jean-Claude me encontró, bloqueándome el camino.

—Por favor, *ma petite*, no te acerques más.

—Se supone que tengo que ver el proceso, ¿no?, voy a tener que verlo más pronto o más tarde, Jean-Claude. También podría ser antes.

Estudió mi rostro, como si estuviera memorizándolo.

—No esperaba que iba a ser tan... —sacudió la cabeza—. No estarás contenta conmigo después de verla.

—No sabes lo que me parece bien —dije.

—No, pero la reacción de Jason me dice muchas cosas que no quiero saber.

—¿Qué se supone que significa eso?

Él sólo se hizo a un lado.

—Mírala, *ma petite*, y cuando me hayas perdonado, regresa conmigo.

¿Perdonado? No me gustó el fraseo. Me había asustado de Gretchen saltado y tratando de matarme, y ahora tenía miedo de mirarla, del horror que me esperaba dentro de ese ataúd. Mi pulso estaba tratando de salir de mi garganta, y no podía respirar. La cara de Jason, el dolor de Jean-Claude, y el silencio absoluto de la caja me había dejado tan asustada que mi boca estaba seca.

Jason se movió a un lado, apartándose de la caja, apoyando el trasero contra sí, con los brazos abrazando un lado. Estaba pálido y enfermo. Me preguntaba si había cambiado de parecer sobre que Gretchen lo tocara.

Me quedé tras su espalda de modo que no pude ver el ataúd. No quería ver algo tan horrible que ponía pálido a Jason. No quería verla, pero tenía

que hacerlo. Me acerqué al ataúd, como acercándome a una placa, sabiendo que la pelota venía a mí a más de cien millas por hora y no tienes ninguna oportunidad de balancearte. Mis ojos no le dieron sentido a lo que vi en un principio. Mi mente simplemente rechazó entender. Es un rasgo de seguridad que tenemos. Si algo es demasiado horrendo, a veces nuestro cerebro sólo dice, nop, no voy a ver esto, no registraré esto, nop, esto nos rompería. Pero si miramos el tiempo suficiente, la mente dice, bien, maldición, no te vas lejos y, finalmente, por último, lo verás, y una vez que lo ves, nunca serás capaz de dejarlo.

Esto se pone contra el satén blanco de modo que el color seco, marrón muy completamente, con mucho dolor fuera perfilado. Esto se pareció a una momia marchita, uno de aquellos cuerpos que ellos encuentran de vez en cuando en el desierto, donde la sequedad hace momias naturales. La piel marrón había moldeado a los huesos, no había ningún músculo bajo ello, solamente (justo) huesos y piel. La boca estaba abierta amplia, como si el gozne de mandíbula se había roto. Los colmillos eran ásperos, pero blancos como un cráneo. Toda la cabeza, se había secado hasta que sólo hubo una capa delgada de piel morena. Parches de un rubio claro, el cabello se aferraba al cráneo y el color brillante lo hizo peor, más obscuro de alguna manera. Los ojos se abrieron. Salté, pero los ojos que miraban hacia mí se estaban llenando como algo de color marrón y seco, como pasas grandes. Parpadeó una vez, poco a poco, y un sonido como el suspiro del viento salió de su boca.

Caí hacia atrás, lejos del ataúd, caí de rodillas. Jason me agarró del brazo, me llevó a mis pies. Le di la mano y fue para Jean-Claude. Se quedó allí, la cara paciente, vacía. Le pegué sin siquiera detenerme. Tal vez esperaba que me detuviera, tomara una posición, pero lo golpeé en la cara, el puño cerrado, como si fuera la continuación del movimiento de mi cuerpo. Torcí mi puño, mi cuerpo entero, en ello, y él estaba de repente en el suelo, alzando la vista hacia mí, con sangre sobre su cara.



—Cabrón, te alimentaste de su energía, mientras ella estaba allí. —Tuve que alejarme de él para evitar patearlo. Hay cosas que no debes hacer, hay líneas que no deben de ser cruzadas.

Se tocó la boca con la parte de atrás de la mano.

—¿Qué pasa si no tenía nada que ver con esto?

—¿Qué pasaría si? —He venido a vigilarlo—. ¿Qué pasaría si? ¿En verdad vas a tratar de decirme que no te alimentaste de ella?— Señalé de nuevo el ataúd y debí haber mirado hacia atrás, porque lo siguiente que supe es que él tenía mis piernas, y de repente estaba cayendo hacia el suelo. Golpee en el suelo con los antebrazos, como me habían enseñado en mis clases de Judo. Eso absorbió parte del impacto, evitando que mi cabeza golpeará contra el suelo de piedra, pero me quitó concentración. En el momento en que mi cuerpo cayó al suelo, Jean-Claude estaba encima de mí, sujetando mis brazos en el suelo con sus antebrazos, el resto de su

cuerpo capturaba el resto del mío.

—Suéltame.

—No, *ma petite*, no hasta que me escuches.

Traté de levantar los brazos, no porque pensara que podía liberarme de él, sino porque tenía que intentarlo. Nunca he sido capaz de no luchar, aun cuando sé que es una causa perdida.

Fui capaz de levantar los brazos un poco aunque no lo suficiente como para escapar, pero lo suficiente como para hacer que presionara hacia abajo, lo suficiente para verlo abrir sus ojos, lo suficiente como para hacerlo que se tensara. Es bueno saber que las marcas me estaban ayudando a ganar cosas útiles como la fuerza y no sólo basura.

La sangre fue una sorpresa brillante contra su pálida piel. La sangre goteaba de un corte abierto en la boca.

—¿Cómo sabes que esto no es a lo que todos los vampiros se reducirían después de los años?

Le dirigí una mirada, porque no podía hacer más.

—Mentiroso.

—¿Cómo estás tan segura? —Se apretó más fuerte contra mí para dar énfasis—. Porque pienso que él no estaba feliz de estar ahí. —Su cuerpo era todo acerca de la ira no del sexo.

—¿Cómo lo sabes, Anita?

Había utilizado mi nombre real.

—Soy un nigromante, ¿recuerdas?

Su rostro me dijo claramente que no creía que la respuesta fuera tan simple, y tenía razón. Recordé mi visita a Nuevo México y lo que había aprendido ahí. Un monstruo elevándose por encima de la barra de un club, en Albuquerque. Se elevó por encima de la barra en una línea delgada de carne pálida, como la aparición de una luna en cuarto creciente, entonces un rostro quedó a la vista. Era el rostro de una mujer con un ojo ido, rígido y seco como una especie de momia. Cara tras cara, se elevaron marchitas, como un collar de cuentas monstruosas ensartadas con pedazos de cuerpo, brazos, piernas, con un hilo negro y espeso como puntadas gigantescas, manteniendo todo unido, manteniendo la magia adentro. Se elevó hasta alcanzar el techo, curvándose como una serpiente gigante para mirar hacia mí. Calculé cuarenta cabezas o más, antes de que perdiera la cuenta, o perdí el corazón para contar más.

Había otro club en esa ciudad, y había sido peor en algunos aspectos,

porque la tortura era parte del espectáculo... Líneas habían aparecido en la piel del hombre. Los músculos debajo de su piel empezaron a encogerse, como si hubiera una enfermedad degenerativa, pero lo que debería haber tomado meses estaba sucediendo en segundos.

No importa qué tan dispuesto estés al sacrificio, aun así puede hacer daño. El hombre comenzó a gritar tan rápido como podía respirar. Sus pulmones estaban funcionando mejor que el primer hombre, y él tomaba aire tan rápido, que era como un grito continuo. Su piel se oscurecía conforme se encogía hacia adentro, como algo que lo estaba succionando hasta secarlo. Fue como ver un balón desinflado. Salvo que había músculo y cuando el músculo desapareció, no había huesos, y, finalmente, no había nada más que la piel seca sobre los huesos. Y aun así seguía gritando.

El último insulto, o regalo, u horror, había sido el poder del dueño de la ciudad de Albuquerque. Su poder había golpeado contra mí como alas frenéticas, aves gritando que han sido encerradas en la oscuridad y que quieren salir a la luz y el calor. ¿Cómo iba a dejarlos llorando en la oscuridad, cuando todo lo que tenía que hacer era abrirles y estarían a salvo? Había luchado, pero al final las alas estallaron en un torrente de aves. Mi cuerpo parecía abierto, aunque sabía que no lo hicieron. Y las cosas aladas, sólo la mitad había vislumbrado y derramado en esa apertura. El poder fluyó hacia mí, a través de mí y fuera de mí. Era parte de un gran recinto, y sentí la conexión con cada vampiro que había tocado. Era como si fluyera a través de ellos, y ellos a través de mí, como el agua que se unen para formar algo más grande. Entonces estaba flotando en la oscuridad, calmante y no había estrellas distantes y brillantes.

Entonces las imágenes, tenían la fuerza para cerrarse de golpe en mi cuerpo. Vi al Maestro de la Ciudad de pie en un templo en la parte superior de la pirámide rodeado de árboles y selva. Pude oler el verdor y escuchar la llamada en la noche de un mono, el grito de un jaguar. Su sirviente humano se arrodilló y se alimentó por la herida sangrante de su pecho. Se convirtió en su siervo, y ganó poder, muchos poderes. Y uno de ellos era esa forma de tomar la fuerza de la vida de algo o alguien, y alimentarse de ella sin matarlo. Y comprendí cómo tomaba la esencia del hombre, durante aquel terrible entretenimiento. Más que eso, entendí cómo había sido hecho y cómo deshacerlo. Sabía cómo deshacer la criatura en el bar, aunque no lo hubiera hecho, de ser unidos como en una pesadilla de Frankenstein, podría significar que traerlos de vuelta a la carne los mataría. No necesitaba la

nigromancia para atraparlos y deshacer el hechizo, podía hacerlo yo misma.

Los recuerdos son tan vivos, fue como resucitarlos. Volví al presente, casi con un sobresalto, mirando a los ojos de Jean-Claude, aún seguía atrapada debajo de su cuerpo, aún en la sala de castigo a miles de kilómetros de la Mariposa de obsidiana y su pequeño ejército. Pero fue la expresión de la cara de Jean-Claude que me cortó la respiración.

Tenía los ojos abiertos y sabía en ese momento que había visto mis recuerdos, que había compartido el camino que a veces comparte su. Mierda.

Su voz tenía un temblor que rara vez se le escuchaba.

—*Ma petite*, has sido una niña ocupada mientras estuviste lejos de nosotros.

—¿Has visto lo que vi y tú sabes lo que pienso sobre lo que le hiciste a Gretchen?

Sus manos apretaron mis brazos, los dedos se clavaba en la piel.

—Sé cómo te sientes, *ma petite*. Pero no voy a tomar esta ofensa a la ligera. Soy el dueño de la ciudad, los vampiros viven a través de mí. A menos que sean maestros de sí mismos, su fuerza de vida llega a través de la línea que crían, hasta que tomen juramento de sangre a otro Maestro de la Ciudad. Entonces, el maestro es el que hace latir su corazón. Si corto el flujo de poder, algunos simplemente no se despertarían por la noche, o se convertirían en aparecidos, animales a ser destruidos, como Damián podría llegar a ser.

Me mudé con él.

—Yo no...

—Shhh, *ma petite*, no voy a ser condenado sin una audiencia, no esta vez. Tal vez tú puedes salvar a Damián, porque tiene más de mil años. Aunque él no es un Maestro, es un largo tiempo para acumular el poder suficiente para sobrevivir. Sin embargo, los vampiros como Willie y Hannah, que no son maestros y no son tan viejos, se desvanecen o se vuelven locos, y no podrás salvarlos a ellos. —Él me sacudió, apretando mis brazos, alzando los codos de modo que podría haber ido por mi arma si hubiera querido, pero sólo lo miraba y escuchaba.

—¿Es eso lo que quieres, Anita? ¿Cuál de ellos sería el sacrificio para salvar a Gretchen? Gretchen a quien tú odias. Tomé el poder de ella porque tú me lo negaste.

—No me culpes de esto —dije.

Se levantó de repente, sentándose en las rodillas, su cuerpo a horcajadas entre mis piernas. Me levantó en una posición sentada, con los dedos rozando mis brazos.

—El sistema de siervo y amo ha funcionado bien durante miles de años, pero tú sigues luchando, y me obliga a hacer cosas que no quiero hacer. — Él me acerco a su cara, y vi sus ojos azules quemándome a centímetros de distancia. Él me sacudió con más violencia, casi lo suficiente para asustarme.

—Si hubiera podido alimentar al *ardeur* como debía ser alimentado, entonces esto no habría sido necesario. Si me hubiera alimentado a través de mi siervo humano, esto no habría sido necesario. Si me hubiera alimentado a través del animal que controlo, esto no habría sido necesario. Pero tú y Richard me rodearon de reglas, y me lisiaron con su moralidad, y me obligas a hacer lo que juré que nunca haría. He estado en la caja y he sido el alimento de mi amo, y es lo peor que he soportado. Y ahora, porque tú tengas alta moral para mantenerte pura, me han obligado a ser más práctico de lo que quería ser.

Me solté de pronto y me caí de espaldas contra el suelo, golpeando con un codo en el piso. Se puso de pie sobre mí, tan enojado como nunca lo había visto y no tenía la ira necesaria para responderle. Finalmente dije:

—Yo no lo sabía.

—Eso se está convirtiendo en una excusa pobre, *ma petite*. —Fue al ataúd y contempló lo que había adentro—. Le di mi protección una vez, y esto no es protección. —Se dio vuelta y me miró—. Hago lo que debo hacer, *ma petite*, y no obtengo placer de ello, y estoy cansado de la necesidad de hacerlo. Sí, pero mi encuentro a mitad del camino, y podríamos haber evitado tanto dolor.

Me senté, luchando para evitar la necesidad de frotarme el codo.

—¿Quieres que diga que lo siento? Yo. ¿Quieres que te dé permiso para alimentarte de mí?, ¿es eso?

—El *ardeur*, sí —dijo—. Pero en verdad, si tú no estás de humor para ello, simplemente con abrir tus marcas y sacar ganancia de mí.

Tendió la mano a Jason, y fue una de las pocas veces que vi a Jason dudar antes de tomar la mano de Jean-Claude. Jean-Claude ni siquiera lo miró, como si su obediencia fuera simplemente un hecho, como la gravedad.

—Si ella fuera más fuerte la alimentación sería más peligrosa, pero ella

es muy débil, por lo que no será tan malo. Las palabras eran reconfortantes, pero él nunca miró a Jason como bajó hacia lo que estaba en ese ataúd.

Me puse de pie, observando el rostro de Jason. Estaba pálido, con los ojos abiertos, la respiración comenzó a ser demasiado corta y rápida. No solía tener problemas en dejar que los vampiros se alimentan de él, pero lo entendí. Lo que estaba en ese ataúd fue sacado de una pesadilla. La mayoría de las veces, si ves un vampiro que parece algo hecho de palos secos, estaba seguramente bien muerto.

Jason tiró de su brazo, creo que manteniéndose fuera de su alcance. Jean-Claude se volvió hacia él, pero no hubo enojo. Mantuvo la mano sobre el brazo de Jason, y la otra le tocó su cara, suavemente.

—¿Queréis que tome tu mente, antes que ella lo haga?

Jason asintió, sin decir nada.

Jean-Claude acunó su mano contra la cara de Jason. Se miraban a los ojos, una de esas largas miradas persistentes, como amantes, y sentí el momento en que Jason se escabulló. Sentí la liberación de su mente y como su voluntad se evaporaba. Su rostro se aflojó, su boca se entreabrió y sus ojos revolotearon. Jean-Claude mantenía la mano en el rostro del otro hombre, cuando dirigió la muñeca hacia el ataúd.

El cuerpo de Jason se puso tenso, y sabía que Gretchen le había mordido. Pero sus ojos permanecieron cerrados, su cara agradable. Me acerque al lado de la caja sin pretenderlo. Levantó su brazo seco, mientras miraba, aferrada al brazo de Jason, sujetándolo contra su boca. Jean-Claude movió la mano hacia atrás, como la cosa en el ataúd presiona la muñeca de Jason a su boca. La sangre corría por la piel morena, empapado la almohada de raso blanco aun alimentándose con una boca sin labios.

De repente la habitación estaba templada, casi caliente. Me di la vuelta y encontré a Micah mirándome. No pude leer su expresión, no estaba segura de querer hacerlo.

Aparte la vista de lo que estaba en sus ojos. No quería cumplir los ojos de nadie ahora. No había luchado tanto tiempo y tan duro para ser lo que era. Para no ser el siervo humano de Jean-Claude, para no ser la lupa de Richard, para no ser nada de nadie. Todo el mundo parecía estar pagando el precio por ello. No me gustaba tener a otras personas pagando el precio de mis acciones. De alguna manera iba en contra de las reglas.

La voz de Jean-Claude me llevó de vuelta a la caja.

—Bebe, Gretchen, bebe de mi sangre. Te di la vida una vez, que así sea

otra vez. —Jason que estaba sentado junto al ataúd se desplomó, sosteniendo su muñeca sangrienta con una expresión beatífica en su rostro.

La cosa seca estaba sentada con el brazo de Jean-Claude rodeando sus hombros. Se veía... mejor, pero aun no parecía viva, ni siquiera real. Le ofreció la carne pálida de su muñeca para su boca sin labios, todavía rojos por la sangre de Jason. Escuche un suspiro de Jean-Claude, pero esa era la única señal de que podría estar herido.

—La sangre a la sangre, la carne a la carne. —Jean-Claude pronunció las palabras, y con cada palabra, con cada succión de la sangre, sentí crecer el poder, lo sentí enroscarse en mi estómago, cortándome la respiración. El cuerpo de Gretchen empezó a estirarse y rellenarse. Su cabello delgado se estaba engrosando y comenzó a fluir a su alrededor. Las cosas secas en la cuenca de los ojos se llenaron y comenzaron a tener un toque de azul. Cuando Jean-Claude retiró la muñeca de su boca sus labios estaban. Tenía los ojos azules y una gran cantidad de pelo amarillo. Era delgada, sus huesos se mostraban debajo de su traslúcida piel. Sus ojos se llenaron de fuego, nada humanos. Sus manos estaban todavía muy delgadas, su cuerpo frágil, pero ya se veía casi como el vampiro que había intentado matarme hace años. La cogió en sus brazos, su cuerpo no llenaba la ropa que colgaba —. Aliento al aliento —dijo y se inclinó hacia ella. Se besaron, y sentí el poder pasar entre ellos. Sabía que ese beso podría haber drenado su vida, pero no lo hizo. Cuando se levantó de ella, su rostro estaba redondeado y lleno, de aspecto humano. Era como el Príncipe Azul despertando a la Bella Durmiente, excepto que la belleza de sus ojos me encontró, y el odio en ellos quemaba.

Suspiré. Algunas personas nunca aprenden. Reconocí la mirada de odio y dije:

—Gretchen, te prometo dos cosas, tú nunca tendrás que volver a esa caja, y si tratas de hacerme daño o a los míos, te mato. Y eso sería una lástima ya que fui yo la que convenció a Jean-Claude para que te dejara salir en primer lugar.

Ella me miró de la manera en que los tigres ven tras las rejas a los visitantes, esperando el momento oportuno. Jean-Claude la abrazó hacia él.

—Si tratas de dañar a mi siervo humano de nuevo, te destruiré, Gretal. —Gretal había sido su nombre original, por lo que me habían dicho.

—Te escuche, Jean-Claude. —Su voz sonaba áspera, como si el tiempo en el ataúd la había dañado.

—Ven, Jason, necesitamos calentarte. —Jason se puso de pie como un perrito obediente, todavía sangrando, todavía feliz.

Jean-Claude se detuvo en la puerta mirando, no a mí, pero a Asher.

—Debo llevar esto al baño, o todo el trabajo se puede deshacer. Pero Damián ahora es un *revenant*. —Asher levantó la mano que había ocultado a lo largo de su cuerpo. Tenía una pistola, una Browning 10 mm., el hermano mayor de mi arma—. Haré lo que se necesite hacer.

—No vamos a matar a Damián —dije.

Jean-Claude me miró, luego a Micah, Nathaniel y Gil, y otros wereleopardos, e incluso los guardaespaldas. Su mirada parecía contener a todo el mundo y a continuación, me miró de nuevo.

—Me pregunto de nuevo, *ma petite*, ¿qué vas a sacrificar por tus ideales?

—¿Crees que no se puede salvar, no?

—Sé que una vez que la locura toma a un vampiro, incluso el maestro que lo hizo no siempre puede traerlo de vuelta a la cordura.

—¿Hay algo que pueda hacer que pueda traerlo de vuelta en sí?

—Déjalo alimentarse, vigila que no mata lo que come y ten la esperanza de que cuando pruebe tu sangre recupere el sentido. Si la sangre no lo sacia, entonces Asher tratará de alimentarlo. Si eso no funciona... —Hizo ese gesto que quería decir todo y nada a la vez, incluso sosteniendo a Gretchen parecía agradado.

—No quiero que muera por mí.

—Si él muere, *ma petite*, será porque él trató de matar a alguien en esta sala. —Con esto salió de la habitación y Jason tras él.

Creo que, tal vez había agotado la paciencia de Jean-Claude conmigo, o tal lo que había hecho Gretchen le había molestado demasiado. Cualquiera que sea la causa, me dejó en la habitación con todo el mundo buscando en mí como la manera de proceder. Y yo no tenía ni idea. ¿A quién estaba yo dispuesta a poner junto al ataúd? ¿A quién estaba dispuesta a perder?



La respuesta obviamente era a nadie, pero entonces finalmente decidí quién sería la primera víctima. Estaba bastante inútil para debatir, porque me pondría en el primer puesto de la línea. Nunca le pidas a nadie algo de lo que no estás dispuesto a hacer tú mismo. Pero Asher, dijo que no podía ser la primera alimentación, no si tenía alguna oportunidad de ser el Maestro de Damián. Así que decidieron entre sí y fue Zane el primero de pie junto al ataúd.

Todos en la cámara menos yo tenían un arma en la mano. Necesitaba mis manos libres para ofrecer una parte del cuerpo para morder. Ahora que lo pienso, a mí tampoco me gustaba la descripción del trabajo. Pero no fue cuando vi la cara pálida de Zane como desató la cadena que me molestó, fue ver la cara de Cherry y como lo vio a hacerlo. Era demasiado miedo por la seguridad de alguien, que gran parte de esa importancia atribuida a esa persona se trataba de amor por ella. Ellos se amaban, y estaban a punto de

llorar, llorar por ayuda, y soltar las aves carroñeras para alimentarse una y otra vez.

La tapa del ataúd se abrió sólo la mitad, cuando Zane fue tirado hacia delante por unas manos pálidas rodeándolo, sosteniéndolo. La sangre salpicó el satén blanco de la caja y sobre los hombros de Zane, y lo único que podía ver de Damián fue sus pálidas manos y los brazos alrededor de la espalda de Zane. No hubo disparos por hacer.

Alguien estaba gritando. Creo que fue Cherry. Tenía mi arma, pero no había manera de disparar sin matar a Zane primero. Micah y Merle estaban en el ataúd, tratando de dejar a Zane libre. Zane cayó hacia atrás, su garganta era una herida abierta, y algo que era colmillos sangrientos y cabello rojo silvestre agarró a Merle y se enredó alrededor de él, desgarrando la garganta del hombre mayor. El wereratas y Asher estaban de pie atrás, esperando una oportunidad de un tiro limpio, pero no iba a haber uno, no antes de que otra persona muriera.

Fui hacia adelante, tratando de empujar a Micah fuera del camino mientras presiona la pistola en la cara de Damián, pero Micah estaba tratando de quitarle de encima el vampiro a Merle y en la lucha no podía mantener mi pistola estable. El cañón se deslizó en la sangre contra la piel de Damián, y sus ojos verdes, de repente se volvieron hacia mí, y no había nada en ellos, solo hambre. Damián ya estaba muerto. Y no había apretado aun el gatillo.

Entonces fue por mí, más rápido que cualquier cosa que jamás había visto. Me apretó la espalda contra el raso de la caja, las caderas y las piernas hacia afuera. No fue por mi cuello, enterró sus colmillos en mi pecho. Grité más allá del dolor y apreté el cañón de la Browning en contra de su sien. Asher estaba gritando:

—¡No dispaes, le darás a Anita!

Grité de nuevo y tuve que ajustar el ángulo de la pistola, porque si hubiera apretado el gatillo, la bala habría pasado por la cabeza hacia mi pecho. Cambie el arma una fracción mientras él me destruía. Mi dedo estaba curvado sobre el gatillo cuando él levantó sus ojos verdes hacia mí. Vi como sus ojos se llenaban de conocimiento, de inteligencia, de él. Retiro su boca de mi pecho. Parecía asustado.

—Anita, ¿qué está pasando? —¿Qué me está pasando?

En el momento que hablaba, en el momento en que vi algo en él, además de un monstruo, sentí que la conexión entre nosotros, encajaba en

su lugar, como una cuerda perfectamente afinada en un arpa. El poder fluyó entre nosotros como agua caliente, llenándolo, llenándome y me atrajo hacia sí, con mi sangre en sus labios.

Escuche decir a Asher:

—No te acerques, todo está bien, deja que termine.

Susurre cuando acerqué a Damián hacia mí.

—Sangre de mi sangre, carne de mi carne, aliento con aliento, mi corazón al tuyo.

Y justo antes de que nuestros labios se encontraran y nuestro destino se sellara, le escuché decir:

—Sí, oh, sí.



Estaba sumergida en el agua hasta los hombros estaba tan caliente que hizo que mi piel se pusiera rosada. Esta tan caliente que casi enfermo, porque seguía completamente vestida incluyendo todas mis armas. Damián se reclinó contra mi cuerpo y mis brazos lo rodearon, manteniéndolo cerca. Su cuerpo doblado contra mí, sus brazos sosteniendo mis brazos a través de su pecho desnudo.

¿Cómo terminé siendo el guardián de la bañera para Damián una vez que llegamos a mi casa? Había comenzado a convulsionar y sólo cuando lo toque se había calmado. Habíamos llegado a mi casa con Nathaniel llevándolo en su espalda, acunando a Damián. Se había llenado la bañera con agua muy, muy caliente y dejé a Asher al cuidado de Damián. Había hecho mi parte, trayéndolo de regreso. Tenía un vendaje sobre mi pecho izquierdo para probarlo, había donado mi parte de carne y sangre por una noche. Zane y Merle se encontraban de camino al hospital licántropo, con

Micah y Cherry para supervisarlos. Todos los demás habíamos vuelto a mi casa, y todo parecía estar bien, hasta que los gritos desde el baño me hicieron salir corriendo.

Damián se estaba golpeando contra el suelo, convulsionándose como si fuera a separarse en partes y vomitaba sangre en los azulejos. Asher y Nathaniel había estaban luchando para sujetarlo, para que no se hiciera daño, pero no podían retenerlo. Me arrodillé para ayudar, y el momento en que le toque, se calmó. Retire mi mano y su cuerpo convulsionó una vez más, sus manos batiendo contra el azulejo pulido. Le toque el hombro y se tranquilizó. Habíamos intentado alimentarlo con la sangre de Caleb, pero en el momento en que dejé de tocarlo, su cuerpo rechazó la sangre y todo lo demás. La última vez que había dejado de tocarlo, Damián simplemente se había quedado quieto y sentí que empezaba a desvanecerse, a morir.

Fui arrastrada junto con Damián dentro del baño de vapor, y lo sostenía. Se había recuperado, pero sólo conmigo sujetándolo mientras mi ropa se pegaba a mi cuerpo.

—¿Qué pasa con él? —pregunté.

Asher había contestado:

—Sólo he visto esta reacción entre el Maestro y Siervo.

—Soy el Maestro de Damián, ¿y qué? No debo causar esto, ¿verdad?

—No, *ma chérie*, no simplemente su Maestro, pero maestro vampiro y siervo vampiro humano.

—Damián no es mi maestro —dije.

—Damián no es maestro de nadie —dijo Asher tranquilamente, mirando hacia nosotros desde el borde de la bañera. Estaba sentado en el charco de sangre que había derramado Damián.

—¿Qué estás diciendo, Asher?

—Le has hecho tu siervo.

—No puede ser un siervo humano, él es un vampiro —dije.

—No he dicho siervo humano, *ma chérie*.

—Entonces ¿de qué estás hablando?

—Un sirviente vampiro... para un maestro nigromante, creo.

—¿Tú crees? —Hice una pregunta.

—Estamos tratando con cosas de leyenda, *ma chérie*, cosas que no deberían ser posibles. Tengo que... suponer que así es.

—¿Suponer? —dije.

Suspiró.

—Si te dijera que sé a ciencia cierta lo que ha ocurrido, sería una mentira. Y nunca te mentaría a propósito.

Había protestado, exigido, pero nada de lo que pudiera hacer o decir habría sido falso. Tenía un siervo vampiro y eso era imposible. Pero imposible o no, Damián estaba recostado contra mi cuerpo, aferrándose a mí como si fuera la última esperanza que él tenía.

Asher se deslizó de nuevo dentro del cuarto de baño, con una toalla de playa envuelta alrededor de él. La toalla era lo suficientemente grande para cubrirlo de las axilas hasta media pantorrilla, efectivamente ocultando su cuerpo. Escondiendo sus cicatrices.

—Mi ropa está cubierta de sangre. Espero que no te importe. —Odiaba estar usando ropa ensangrentada, por lo que...

—Bien, me agrada que encontraras una toalla que te gustara.

Miró hacia abajo a la toalla de colores.

—No me queda tu ropa.

Sentía pena de que Asher tuviera que esconderse, pero tenía otras cosas de que preocuparme.

—Creo que si esto no se enfría pronto voy a vomitar o a desmayarme.

Se arrodilló junto a la bañera, alisando perfectamente la toalla bajo las rodillas, en un gesto que no se ve comúnmente en los hombres. Me tocó la cara gentilmente.

—Estás sonrojada. —Tocó a Damián—. Su piel aún esta fría, más de lo que debería estar. —Él frunció el ceño—. Creo que necesitas quitarte algo de tu ropa, sobre todo los jeans.

Normalmente, una de mis reglas es no desnudarme en frente de todos los muchachos, pero esta noche estaba dispuesta a desnudarme un poco.

—¿Cómo me desnudo y al mismo tiempo lo sostengo?

—Creo que uno de nosotros podría sostenerlo contra ti mientras te desnudas.

—¿De verdad crees que se va a convulsionar de nuevo?

—Podríamos averiguarlo si lo sueltas —dijo Asher con voz suave.

Sacudí la cabeza.

—Estoy cansada de limpiar la sangre. Simplemente ayúdenme a sostenerlo.

Los ojos de Asher se abrieron.

—Voy a llamar a Nathaniel.

El calor se me había subido en un dolor de cabeza palpitante.

—Simplemente súbete Asher, prometo no mirar.

Se acurrucó al lado de la bañera, manteniendo cada parte de su cuerpo que pudo debajo de la toalla.

—Si se me cae la toalla al suelo, ¿en verdad no vas a mirar?

Su pregunta me detuvo. Abrí la boca, y la cerré y traté de pensar a través del calor, el dolor de cabeza, las cada vez mayores nauseas, y finalmente, acabé por decir la verdad.

—Se supone que no voy a mirar, pero no, tienes razón. Si estás desnudo voy a mirar. Y no creo que lo pueda evitar.

—Al igual que un accidente de carro, no puedes alejarte —dijo.

Entonces lo miré y me encontré con que se había volteado, ocultando su cara con la caída de su dorado cabello. ¡Maldita sea!, no tenía tiempo de sostener la mano de todos.

—Asher, por favor, no quise decir eso. —Él no me miraba. Retiré uno de mis brazos de Damián, que se movía alrededor del brazo restante como un niño en su sueño en torno a su osito de peluche favorito. Agarré el brazo a Asher a través de la toalla—. Sí, miro es por pura curiosidad, ¿cómo podría evitarlo? Te has burlado tanto de lo malo que son tus cicatrices. Lo has establecido de tal manera que voy a tener que mirar, tengo que verlo.

Él me estaba mirando, sus ojos claros, vacíos, ocultándose de mí.

Enterré mis dedos en su brazo, tratando de agarrarlo a través de la toalla, y encontrar a través de la de tela.

—Pero si no notaste que por ahora sólo quiero verte desnudo, entonces no has estado prestando atención.

Su cara no me dijo nada, esa cortesía que tanto él como Jean-Claude podían sacar cuando querían.

—Ahora me podrías ayudar a quitarme alguna de estas ropas antes de que me derrita.

Soltó una baja risa que bailaba sobre mi piel y llevo mi pulso a la garganta. Estaba demasiado caliente para, tener la piel de gallina.

—Que se ofrece a desnudarse sin ningún tipo de magia que te empuje, y creo que esa fue primera vez.

Me reía, porque él tenía razón. Pero la risa me obligó a cerrar los ojos, porque se sentía como el pulso del dolor de cabeza iba a sacar mis ojos fuera de sus órbitas. Solté su brazo y pegué mi mano a la frente para tratar de evitar que mi cabeza se cayera en pedazos.

—Por favor, Asher, voy a vomitar.

Escuché el chapoteo del agua, sentí la presión contra mí cuando alguien se metió en la bañera. Abrí los ojos lentamente, tratando de contener el dolor de cabeza dentro y encontré a Nathaniel de rodillas en el agua. Su pelo estaba atado en una trenza floja que arrastraba detrás de él, curvándose por el agua como algo aparte y vivo. El remolino de la trenza atrajo mi mirada hacia la parte baja de su cuerpo, y tenía un sentido periférico que Nathaniel no estaba llevando nada de ropa mojada, pero no me importaba. El dolor de cabeza había llegado a un punto, en el que tenía miedo de que fuera a empezar a vomitar si no me enfriaba.

Él respondió sin que hiciera la pregunta.

—Asher quiere que Damián trate de tomar sangre nuevamente, para ver si se queda tranquilo.

Asher aún estaba sentado en el borde de la bañera envuelto en la toalla.

—Damián debe ser capaz de mantener la sangre, o el perecerá. Creo que si te mantienes en contacto permanente con él, será capaz de mantener la sangre dentro de él.

—Si tengo que estar en constante contacto con él, entonces tengo que estar más fresca en primer lugar.

—Nathaniel te ayudará —dijo.

Miré a Asher, e incluso el tenue resplandor de la luz de la noche, hirió mi cabeza.

—Bien.

Damián hizo pequeños movimientos de protesta cuando Nathaniel trató de tomar algo de su peso de encima de mí. Finalmente, se inclinó hacia él contra el borde de la bañera con Asher soportando un poco de su peso, pero dejándolo mantener el brazo pegado a mi pecho. Nathaniel desató el cinturón y me ayudó a liberar la sobaquera en uno de los extremos, pero necesitaba el otro brazo libre para deslizarla fuera de la otra correa. Damián luchó contra nosotros, lentamente, obstinadamente, como si estuviera sonámbulo. Pero él era un vampiro, él podría haber atravesado la pared de mi cuarto de baño con sus propias manos. Si él no quería soltar mi brazo, no podíamos hacerlo, a menos que estuviéramos dispuestos a romperle los dedos de uno en uno, y no estábamos dispuestos a hacerlo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Nathaniel.

—Tengo que salir de este calor —dije—. ¿Podemos poner agua fría en la tina, o algo así?

—No —dijo Asher—, tenemos que mantenerlo lo más caliente posible,

hasta después de que haya conservado parte de la sangre. No me atrevo a permitir frío.

—Entonces, quítenme estas ropas de encima.

Sentí el intercambio de miradas entre ellos.

—¿Cómo quieres que lo haga? —preguntó Nathaniel.

Apoyé la cabeza hacia adelante, contra la parte superior del cabello mojado de Damián. Su piel era la cosa más fría en la bañera. Yo estaba tan caliente que estaba a punto de enfermarme, pero la piel de Damián era todavía fría al tacto. El dolor de cabeza me abrumaba y se derramó hacia mi boca. Hice mi mejor esfuerzo para alcanzar el borde de la tina antes de vomitar. Damián había logrado sacar el agua cada vez que vomitaba, por lo menos podía hacer lo mismo. Pero se aferró a mí, y sólo la mano de Asher en mi brazo me mantenía lo suficientemente alta para mantener limpia el agua.

Mi cabeza estaba gritando, el dolor era tan fuerte que afectó mi visión en explosiones de color. Asher me consiguió un paño frío y me limpió la boca. Puso otro paño frío en mi frente. Entonces Nathaniel se apoderó de la parte trasera de mi camisa y la arrancó. La rompió en pedazos en frente de mí. Asher cubrió mis hombros con una toalla fría y mojada tan fría que me hizo susurrar:

—Mierda.

Asher y Nathaniel tomaron el peso mío y de Damián llevándonos de regreso hasta el extremo de la bañera, Gil entró y comenzó a limpiar el desorden. Gil había limpiado mucho esta noche y, nunca se quejó, ni una sola vez. Tomo un par de las piezas de la camisa flotando en el agua, pero nunca comentó nada en voz alta. Hizo un buen trabajo.

Hizo lo que se le dijo y no hizo preguntas.

Nathaniel intento romper mis jeans de la manera que había hecho con mi camisa. Se las arregló para extraer la parte superior, pero el peso de Damián me empujaba debajo del agua, y no pudo obtener la palanca que necesitaba. Asher se sujetó la toalla con tanta seguridad como pudo y se metió con cuidado en el agua. Se arrodilló y deslizó sus brazos alrededor de Damián y yo, nos levantó, sosteniéndonos a los dos en posición vertical. Seguía tocando el fondo, pero estaba sosteniendo nuestro peso, porque mis piernas todavía no estaban trabajando muy bien. Él nos sostenía sin tanto esfuerzo.

Nathaniel puso una mano en cada lado de la hendidura que había hecho

en mis pantalones vaqueros y tiró. La tela húmeda y pesada se deshizo en sus manos con un sonido como al desgarrar la carne, pero más pesado, un sonido mojado, áspero. La fuerza sacudió mi cuerpo y sólo la fuerza de Asher me mantuvo en pie.

Sentía el aire en mi piel desnuda y se dio cuenta de que al arrancarme los pantalones vaqueros también había tomado mi ropa interior con ellos, pero no me importaba. El aire en mi piel todavía estaba caliente, sofocante. No podía respirar. La última cosa que recuerdo que pensé fue, me voy a desmayar, y entonces nada.



Desperté tirada en el borde de la bañera con un solo brazo en el agua con Damián. Toallas frías me cubrían de pies a cabeza. Levante mi cara, y vi que Nathaniel estaba en el agua, manteniendo en posición vertical a Damián. Parpadeé a través de un mechón de cabello mojado y encontré a Asher acariciándome la cara con una toalla fría. Dejé suficiente de mi rostro descubierto para poder mirarlo de lado.

—¿Cómo te sientes?

Tuve que pensar en eso.

—Mejor. —Reemplazó las toallas a lo largo de mi cuerpo, y me di cuenta que estaba completamente desnuda. Me estremecí con el paño frío y no me importaba nada, excepto que finalmente estaba fría y eso era genial.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera?

—No mucho —dijo Asher, alisando la toalla para que se amoldara a mis piernas.

Miré a Nathaniel, de rodillas en la bañera, clavando a Damián hasta el borde, por lo que el vampiro podía sostenerme a mí.

—Nunca he visto un cambiaformas que sufra de agotamiento por calor —dijo.

—Siempre hay una primera vez para todo —dije.

Damián volvió lentamente la cabeza para mirarme. Sus ojos eran claros, brillantes, vivo de nuevo. Sus ojos eran del color de las esmeraldas, y no fue causado por los poderes de vampiro, era el color natural de sus ojos, como si su madre había engañado a todos con un gato para llegar hasta aquí. La gente simplemente no tenía ese color de ojos.

Le sonreí.

—Te ves mejor.

—Le di de comer.

Miré a Nathaniel. Volvió la cabeza para poder ver las marcas de mordida en el lado limpio de la garganta.

—Creo que me puedo sostener —dijo Damián.

Nathaniel parecía preguntar a Asher, que debe haber asentido con la cabeza, porque Nathaniel retrocedió. Damián seguía tocándome, todavía con el brazo sobre el pecho, pero ahora suavemente. Una mano sobre la muñeca, la otra mano me acariciaba el brazo.

—He oído que eres mi maestro.

Lo miré a sus ojos en calma.

—No pareces molesto.

Puso su mejilla contra mi brazo. En un gesto de gato, íntimo, como el gesto de un amante. Estudié su rostro, intenté leer más allá de esos ojos pacíficos esmeralda. Entonces me di cuenta que no tenía que leer en su rostro. El pensamiento más elemental, sabía que la tranquilidad en sus ojos había recorrido todo el camino. Estaba lleno de una gran calma, un sentido de justicia. La calma y la paz nunca ha sido una reacción mía hacia Jean-Claude, era algo más a cerca de él.

Pude sentir lo que Damián sentía, conocía su corazón casi mejor que el mío, pero no lo entendía. En ese momento, con la mirada fija en esos hermosos ojos pacíficos, simplemente no tenía ni idea. Habría corrido por las colinas, luchar gritar, odiar. No habría ido silenciosamente en cualquier tipo de servidumbre, no importa cuán benéficas fueran las reglas. A decir verdad, no estaba un cien por ciento segura de que fuera un buen gobernante. Quiero decir que era fácil de llevarse bien, y que con el tiempo

todo sería a mi manera, pero me traspasaba, y no era fácil. Estaba cerca de ser la persona más difícil que conocía, y en verdad conocía personas difíciles. Estaba tratando de ser más suave últimamente, pero tratar de ser más suave y en realidad ser más suave, no son lo mismo. Mire los ojos de Damián y sabía que si se trataba de mí, atado a alguien como yo de maestro, yo estaría asustada.

Damián se revolvió en el agua, poniéndose de rodillas en el borde de la tina. Se inclinó y me dejó un tierno beso en la frente.

—Tú me salvaste, de nuevo.

Tenía razón, pero de la manera en que sus labios tocaron mi piel, me preguntaba cuánto tiempo estaría agradecido y por fin me di cuenta de lo jodidos que ambos estábamos.



CINCUENTA Y NUEVE

Asher llevo a Damián al sótano para pasar el día, acomodándose los dos justo antes del amanecer. Micha había llamado, diciendo que tanto Merle y Zane sobrevivirían. Cherry se iba a quedar allí con Zane, y tuvo que ir a ver el resto de los wereleopardos. Lo invité a traer a sus leopardos a mi casa, y él dijo que les preguntaría. No nos dijimos: —Te amo— al final de la conversación, y fue desconcertante. No estaba acostumbrada a dormir con alguien a quien no amaba o no decirle te amo. Pero estaba demasiado cansada para pensar en eso, así que alejé todas las otras cosas en que no quería pensar excepto en vivir. El lugar estaba malditamente lleno. Nathaniel me ayudó a vestirme con la pijama más fría que tenía, una camisa de seda a rallas que no era muy reveladora si no hubiera estado tan corta. Entonces Nathaniel se puso a mi lado abrazándome en un par de pantalones cortos para correr. Gil durmió en la habitación de invitados. Los dos guardaespaldas wererata se dividieron la noche entre el sofá y dormir

en el suelo delante de la puerta de mi habitación, lo que significaba que si tuviera que ir al baño después de haberme acostado tendría que pasar sobre ellos. Bobby Lee dijo:

—Va a despertarnos, asegúrate de que no deambule sola.

No pude convencer a Bobby Lee o a Cris que no tenía necesidad de cuidarme, pero la verdad estaba demasiado cansada para discutir. Así que todos se acostaron para la siesta de verano. Nathaniel había cerrado las cortinas pesadas de modo que la habitación estaba en un pesado crepúsculo gris.

Me recosté cerca del aire acondicionado en el silencio de la habitación con Nathaniel acurrucado contra mí y caí casi de inmediato en un sueño profundo, sin sueños.

Cuando el teléfono de la cabecera sonó, sabía lo que era, pero me tomó varios segundos para despertar lo suficiente para moverme. Nathaniel había llegado a través de mí y contestó:

—Residencia Blake —antes de que abriera los ojos.

Estaba tranquilo, el rostro muy serio, entonces tomó el receptor en la mano y me dijo:

—Es Ulises, el guardaespaldas de Narciso. Quiere hablar contigo.

Tomé el teléfono, todavía tendida sobre mi espalda.

—Soy Anita, ¿qué quieres?

—Mi Oba desea reunirse con usted.

Moví la cabeza lo suficiente para ver el reloj y me quejé pensando. Apenas había tenido dos horas de sueño. Podría tomar una siesta de una hora y sentirme bien, o ir sin dormir, pero en algún lugar entre dos y tres horas sólo me sentiría peor.

—Trabajo el turno de noche, Ulises, lo que Narciso quiere puede esperar hasta más tarde durante el día.

—La información acerca de que algunos licántropos estaban perdidos salió de ti.

Eso me despertó un poco más. Parpadee y traté de estar más despierta de lo que me sentía.

—¿Qué información?

—Él sólo hablará contigo.

Lo puso en el teléfono.

—Soy toda oídos.

—Él insiste en que bajas a su club, ahora.

—He tenido menos de dos horas de sueño, Ulises. No voy a arrastrar mi trasero al lado del río de Illinois al amanecer. Si tiene información que puede ayudar a salvar vivos a los cambiaformas, entonces dímelo, y me ocuparé de que la información llegue a donde tiene que llegar.

—Mi Oba insiste en que si no vienen al club ahora, no compartirá la información a nadie.

Me senté, apoyándome en la cabecera, cerrando los ojos.

—¿Por qué ahora?

—No es mi obligación cuestionar órdenes.

—Tal vez deberías trabajar en eso —dije.

Se hizo el silencio en el otro extremo del teléfono. No sabía si estaba desconcertado y estaba tratando de entender mi comentario, o si se había golpeado. Finalmente dijo en voz baja:

—En este momento los leones Rex están vivos. Lo cual no puede ser el caso en pocas horas.

Me senté con los ojos abiertos, completamente despierta al fin.

—¿Cómo sabes eso?

—Mi Oba sabe muchas cosas.

—¿Narciso realmente dejará morir a los leones Rex, sólo porque no voy a ir un club que queda en la grieta del culo en la madrugada?

—Mi maestro es muy insistente.

—Mierda —dije en voz baja y con sentimiento—. Dile que voy para allá, pero también dile esto. La próxima vez que esté en problemas, tal vez tampoco nadie vaya a ayudarlo.

—Tal vez esta sea, la vez que más ha ayudado a algún clan animal.

Había algo en la voz de Ulises, algo. Estaba mintiendo. Podía oírlo en su voz. No sabía si eran los poderes de hombre lobo, vampiro o wereleopardo, y no me importaba. La pregunta era, ¿por qué mentir sobre el hecho de que el werehienas no había ayudado a ningún grupo cambiaformas antes? ¿Por qué esa palabra fue una mentira al final?

—Narciso ayuda más de lo que él quiere que la gente sepa, ¿no? —dije.

—¿Qué te hace decir eso? —Había un hilo de temor, casi pánico, en la voz de Ulises.

—¿Porque podría lastimarlo el hecho de que la comunidad de licántropos supiera que las werehienas estaban ayudando a otros animales? —pregunté.

Su respiración fue un largo suspiro.

—Narciso no quiere que nadie sepa eso de los werehienas. Sería... —vaciló—, podría ser malo para los negocios.

—Si Narciso está tan preocupado por José, el león, ¿por qué no me dan la información por teléfono?

Ulises se rió, brusco, divertido.

—Narciso nunca ha dado algo a cambio de nada. Siempre hay un precio con él.

—¿Así que si me arrastro a su club sin dormir ese sería el precio?

—Algo así.

—¿Puedo traer a mi gente?

—Mi maestro amaría ver a las personas que quisieras traer contigo.

No me gustaron las entrelineas en eso.

—¿Qué tan grande?

—¿Cuándo vas a estar aquí? —preguntó Ulises.

—¿Cómo sabes que voy?

—Porque sabes que sería bastante egoísta al saber que si no vienes él no compartirá la información con nadie. Sabes que dejaría a los leones Rex morir sólo porque él no es el mismo tipo de animal que nosotros, y que no vinieras ahora sería un insulto.

—Esta mierda de clanes tiene que acabar, Ulises. Tenemos que empezar a ayudarnos más unos a otros.

—No es mi trabajo cambiar el sistema, Anita. Sólo estoy tratando de sobrevivir en él.

Parecía triste.

—No me refiero a matar al mensajero, Ulises, estoy cansada del sistema.

Se rió de nuevo, pero no como si estuviera feliz.

—Estás cansada del sistema. Jesús, no tienes idea. ¿No puedo decirte cuanto esperamos de ti?

—Una hora, o menos si podemos manejarlo. Quiero a José vivo para que vea a su bebé.

—Su compañera, probablemente, la perderá, como todos los demás.

—Pensé que las hienas no hablan con los leones o cualquier otra persona. ¿Cómo puedes saber acerca del bebé de José o de sus problemas?

—Narciso sigue la pista de ese tipo de cosas.

—¿Por qué le importa?

—Él quiere un bebé.

Eso me hizo levantar las cejas.

—Nunca me imaginé a Narciso como un tipo paternal.

—Prueba materna.

—¿Qué?

—Estaremos esperándote, Anita. No lo dejes esperando. A él no le gusta esperar. —Escuché la tristeza en su voz, la tristeza es vecino de la pena. Casi le pregunto qué le pasaba, pero ya había colgado. ¿Qué había hecho con él Narciso para que tuviera ese tono en su voz? ¿Realmente quieres saber? Probablemente no. No, a menos que hubiera algo que pudiera hacer al respecto, y no fue así. Si comenzara una guerra con todos los maestros licántropos crueles de las ciudades, tendría que matarlos a todos, o casi a todos. El único que no era duro o cruel era Richard, y eso era lo que iba a matarle. Me quejé de que Narciso era demasiado severo y Richard era demasiado blando. Supongo que nada me satisfacía.

Colgué el teléfono y le dije a Nathaniel lo que estaba pasando, mientras escogía mi ropa. Nathaniel se puso una camiseta sobre los pantalones cortos para correr con que había dormido, agregó unos zapatos deportivos, sin calcetines. Sabía mejor que tratar de vestirse debería de ponerse a trenzar su cabello porque tomaría todo el tiempo que nos tomaba a todos los demás vestarnos. Estaba equivocada. Cuando el resto de nosotros estaba vestido y listo para partir Nathaniel no estaba ni siquiera cerca de terminar con su cabello. Bobby Lee y Cris sólo se pusieron sus camisetas y zapatos, pasando los dedos por su cabello corto, ponerse las fundas de nuevo, y estaban dispuestos a salir. Gil llegó en pantalones vaqueros, zapatillas deportivas, y una camisa. La camisa, parecía nueva, pero no nos hizo esperar. Caleb bajó en jeans y nada más. No me molesté en decirle que se pusiera una camisa encima o zapatos. De alguna manera no creo que Narciso nos negara el servicio porque Caleb estuviera a medio vestir.

En realidad tarde más en vestirme: pantalones de mezclilla negro, camisa polo roja, zapatillas Nike negras, cada cuchillo que tenía, incluida la nueva funda de la espalda que me había hecho para el cuchillo más grande que corría por la espalda. La primera funda había quedado hecha trizas por el personal de la sala de emergencia, mientras que estaban tratando de salvar mi vida. También llevaba mis dos armas de fuego, aunque no estaba segura de que a ninguno de nosotros se nos permitiría llevar armas en el club. Pero por si acaso las llevaba, y Cris y Bobby Lee me advirtieron acerca de la regla de no armas de fuego. En ellos brillo su propio conjunto

de cuchillas, cerca de tres cada uno y estábamos listos para salir.

Pensé en llamar a Cristina el weretigre, pero que imagine, ya que no eran las siete por lo menos dejaremos dormir a alguien. Además, no sé nada todavía. Cuando sepa algo que valga la pena compartir, lo compartiré.

Estaba a mitad de camino al club cuando me di cuenta de que no se había fijado el *ardeur*. Era de mañana. Estaba despierta. No hubo un revuelo de *ardeur*. La esperanza quemando a través de mí en un torrente caliente, difuso. Tal vez el *ardeur* iba a ser temporal. ¡Dios mío, lo esperaba! Dije una breve oración de agradecimiento y para ponerme freno a los primeros indicios de la lujuria.

Llegamos al Narciso encadenado, estaba gruñona, pero en lo más mínimo lujuriosa. Fue un buen día.



Pude aparcar justo delante del Narciso Encadenado. No sólo no había ninguna fila a las ocho de la mañana, no había personas frente al club. El ancho de la acera lucía vacío, casi dorado, bajo la luz de la mañana. Si hubiera tenido tiempo para tomar café, quizá podría haber dicho que era bonita, pero no había tenido tiempo para tomar café, por lo que la luz del sol era más brillante. Finalmente había roto mis gafas de sol compradas hace unas semanas. Me acurruqué detrás de ellos, deseando estar todavía en la cama. Estaba tan cansada, me sentía aflojerada. Normalmente soy bastante buena en no dormir. Lo único que podía culpar por la falta de claridad era el agotamiento por el calor de la noche anterior. Tal vez necesitaría más de tres horas para recuperarme de ello. Eso me hizo pensar lo mal que sería todo si no hubiera tenido todos mis poderes sobrenaturales. Una persona puede morir de insolación.

Nathaniel estaba a mi lado, Bobby Lee y Cris estaban un paso atrás

hacia los lados. Gil y Caleb cerraban la marcha. La puerta se abrió antes de que pudiéramos llamar. Ulises nos introdujo en el oscuro club. Todavía estaba vestido con su arnés de cuero y metal.

El olor de él me hizo preguntarme si era exactamente el mismo equipo que había usado hacia cinco o seis días. El hombre alto, moreno, y apuesto que había conocido miraba con ojos vacíos. Sus manos fuertes apresaban sus codos, abrazando su cuerpo. Cuando movió una mano para indicarnos el interior, tembló. ¿Qué demonios había sucedido?

Media docena de hombres musculosos de diferentes razas y alturas estaban de pie en las sombras esperando a Ulises para decirles qué hacer. La tensión en la sala era tan densa que podrían haberse ahogado en ella.

Cris hizo un silbido a mi espalda, y no podía culparlo. Decidí entonces que a menos que se dieran algunas muy buenas explicaciones, nosotros mantendríamos las armas. Había un aire de desesperación en todos los werehienas, como si algo grave hubiera sucedido.

La puerta se cerró detrás de nosotros, pero estábamos cerca de él, y no había nadie entre nosotros y ella. Quería salvar a José el león, pero no lo suficiente para arriesgarme a mí o a mi gente. Si se trataba de una elección, sabía lo que elegiría. Fría, tal vez, pero nunca había conocido a José, el wereleón. Él aún no era real para mí, sin embargo todo el mundo estaba conmigo.

Ulises debe haber visto u olido algo en nosotros, porque, explicó.

—Nuestro maestro ha tenido a bien castigarnos.

—¿Por qué? —pregunté.

Sacudió la cabeza.

—Eso es personal.

—Bien, vamos a hablar con Narciso, y ustedes pueden volver a castigarse a vosotros mismos.

—No nos estamos castigando a nosotros mismos —dijo Ulises.

Me encogí de hombros.

—Mira, no creo en dejar a alguien que me empuje a llegar a ese grado, pero este no es mi trato, es tuyo. Así que vamos a compartir información y salgamos de aquí.

Algo cruzó el rostro de Ulises, una emoción que no podía leer.

—Nada de armas en el club, es la regla.

—Creo que vamos a mantener nuestras armas —dijo Bobby Lee.

Me miró, y la mirada era suficiente. Se quedó callado, pero me sonrió.

—En realidad, estoy de acuerdo con él. No vamos a renunciar a nuestras armas hoy.

Ulises sacudió la cabeza.

—No puedo desobedecer a mi maestro en esto, Anita. No tienes idea de lo que va a hacer con nosotros, si dejamos que vayan al interior con armas de fuego.

Miré a los hombres que estaban alrededor de la sala en sombras. El miedo salió de ellos en ondas, sus cuerpos estaban tensos por la tensión. Nunca había visto tantos hombres tan fuertemente azotados antes. Que harían exactamente para merecer esto, porque estaban llenos de temor a hacer otra cosa. Me habían dicho que un buen dominante era un cuidadoso compañero. Tal vez Narciso no era un buen dominante, tal vez era uno malo.

—Lo siento, Ulises, en realidad, no quiero que te cause dolor, pero si Narciso se ha vuelto loco suficientemente para realizar este tipo de miedo, entonces mantendré las armas.

—Por favor, Anita, por favor. —Debe de haber visto algo en mi cara que le hizo saber que no iba a ceder, porque cayó de rodillas delante de mí. El sonido de las rodillas contra el suelo fue agudo, he hizo una mueca de dolor. Él se guardó sus manos entre sus brazos, así solo se dejó caer sin detenerse en lo más mínimo—. Por favor, Anita.

Sacudí la cabeza, mirándolo a sus ojos atormentados.

Las lágrimas brillaron por sus mejillas.

—Por favor, Anita, por favor, no sabes lo que les hará a nuestros amantes si le fallamos.

—¿Amantes? —Hice la pregunta.

Le llevó dos intentos decir:

—Ajax es mi amante... Hemos estado juntos durante cuatro años. Por favor, Anita. No tengo ningún derecho a pedir esto, pero por favor, dejen sus armas.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, Ulises, realmente lo siento, pero entre más lo pides, más que quiero mantener mis armas.

Se movía tan rápidamente que no tuve tiempo para reaccionar, y Cris y Bobby Lee sacaron sus armas, pero Ulises no estaba tratando de hacerme daño. Se envolvió con sus brazos alrededor de mí, enterró su cara en mi pecho, y lloró y me suplicó. El apestaba a miedo, sangre y cosas peores.

—Bajen sus armas chicos, él no está tratando de hacerme daño.

Ellos bajaron sus armas, pero no parecían felices. Ni yo tampoco, toque la cabeza de Ulises, pero él seguía diciendo:

—Por favor, por favor, por favor.

—Ustedes pueden venir con nosotros, simplemente caminar con nosotros.

Bobby Lee me susurró:

—Esto no es una buena idea.

—No me importa. Nadie merece ser tratado así.

—¿Qué vas a hacer Anita, ofrecernos a todos al santuario? No hemos traído tantas armas —dijo.

—Si el otro werehiena objeta, les dejamos. No nos traje aquí a que nos mataran, pero si podemos, los llevamos con nosotros.

Bobby Lee sacudió la cabeza.

—Haces que tu vida sea difícil, Anita, haces que tu vida sea muy difícil.

—Así que he sido advertida.

Ulises sólo se aferró a mí, llorando, implorando. Tuve que agarrarle la cara y hacer que me mirara, y aun así sus ojos no se enfocaban. Le tomó casi un minuto concentrarse.

—Al salir puedes venir con nosotros, Ulises, todos ustedes.

Sacudió la cabeza.

—Ellos tienen a nuestros amantes. Tú no sabes lo que van a hacer, no lo puedes saber.

—¿Ellos?

Un disparo de rifle explotó desde algún lugar de la habitación. Tuve la Browning a mitad de camino de la funda cuando Cris se tambaleó hacia atrás. Sangre salpicó a su espalda a Caleb y Gil. Gil empezó a gritar. Tuve que girar a Cris antes de que cayera al suelo.

Bobby Lee dijo:

—Tres en la pasarela con rifles. Mierda, chica, hemos caminado hacia ella.

Miré hacia donde estaba mirando y apenas podía distinguir las formas. Si se supone que soy felino, ¿por qué la rata tiene una mejor visión nocturna?

Ulises susurraba una y otra vez:

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Puse la pistola contra su frente.

—Cualquier cosa que pase, Ulises, tú eres el siguiente.

Una voz de hombre salió de la oscuridad. Él estaba hablando a través de un sistema de sonido, era lo único que podía decir.

—Si aprietas el gatillo, vamos a matar a tu otro guardaespaldas. Rifles con balas de plata, Señora Blake, y le aseguro que mi gente son tiros muertos. Ahora, bajen las armas, y vamos a hablar.

Mantuve mi arma y le dije a Ulises:

—¡Aléjate de mí, ahora! —Se arrastró lejos, aún llorando.

Elegí la silueta de mi lado de la pasarela. Bobby Lee se dirigió a la otra parte, dejó a un hombre en el medio sin un arma apuntándole. Pero desde esa distancia, con ellos encima de nosotros, teníamos que hacer que cada disparo contara, lo que significaba que teníamos que matar lo que pudiéramos, y después esperábamos poder hacer algo con el último.

—¿Quién demonios eres? —pregunté.

—¡Tiren sus armas de fuego, Señora Blake, y te diré!

—Nosotros mantenemos nuestras armas, chico —dijo Bobby Lee—. Él va a matarnos de cualquier manera.

Estuve de acuerdo.

—No queremos que muera, señora Blake, pero nos importan una mierda tus amigos. Sólo podemos seguir eligiéndolos hasta que cambie de parecer.

Me moví hasta quedar enfrente de todos, para que el tiro fuera más difícil. Desde el ángulo de arriba, no los podía bloquear completamente, pero fue lo mejor que podía hacer.

—Todo el mundo baje sus armas. —Sólo Bobby Lee vaciló—. Ellos no quieren verme muerta, y necesito tu arma. —Me miró, luego bajó una rodilla, usándome para protegerse del pistolero de en medio. Había captado mi plan. Todo el mundo estaba abrazando el suelo. No había cobertura, y la puerta estaba cerca pero no lo suficiente, con tres rifles sobre nosotros.

—¿Qué está haciendo, Señora Blake? —preguntó la voz.

—Sólo estoy probando una teoría —dije.

—No sea estúpida, Señora Blake.

—Bobby Lee —dije.

—Sí, señora.

—¿Qué tan bueno eres?

—Solo di la palabra, y lo averiguaremos.

Sentí estaba muy, muy quieto, para que el mundo se redujera hasta caber en la punta de mi arma y la forma en cuclillas sobre la pasarela. Estaba a de diez metros. Le había pegado a blancos más lejos que eso. Pero eso fue en el tiro al blanco. Nunca había tratado de disparar a un hombre a esa distancia con un arma de fuego en la mano. Solté el último aliento, era sólo silencio, sólo el arma, sólo la punta del arma, sólo el objetivo de la pistola, y al final, el más bajo toque de mi voz, susurre:

—Palabra.

Nuestras armas dispararon casi al mismo tiempo. No le disparé una sola vez, disparaba tan rápido como podía apretar el gatillo. Mi figura se jaloneo, el objetivo se agacho, luego cayó lentamente fuera de las pasarelas. Volví la pistola antes de que el cuerpo cayera al suelo y encontré al hombre en el centro, de pie. Vi la sombra de su rifle. Oí la voz gritando por la explosión de disparos:

—No le dispares a ella, no te atrevas.

El rifle disparaba a pulgadas de mí, dos tiros, tratando de hacerme girar y darle una oportunidad para disparar a Bobby Lee, pero me mantuve firme y le disparé. Bobby estaba disparando conmigo, y la sombra se sacudía, se tambaleó, y luego se desplomó hacia delante, su rifle cayó al suelo con los otros dos hombres muertos.

La voz dijo:

—Muchachos, no me decepcionen.

Los werehienas corrieron hacia nosotros. Bobby Lee y yo comenzamos a disparar. Dividimos los seis werehienas entre nosotros, tranquilos, sin fuego cruzado, sin tomar el lado de la habitación del otro. Yo tomé dos, creo que él tomó una parte, y hasta quedarnos vacíos. Tomé la Firestar en la mano izquierda, lo que tomaba unos dos segundos más de lo que era necesario, pero probablemente fue más rápido que recargar la Browning. Si sobrevivía, tendría que saber cuál era más rápido.

Era Ulises quien estaba casi sobre mí como una forma oscura de fatalidad. Un arma de fuego explotó en mi espalda, y Ulises cayó de espaldas en el suelo. Me volví para encontrar a Nathaniel con una pistola. Sus ojos estaban muy abiertos, sus labios se abrieron, una mirada de asombro en su rostro. Había recogido las armas que se le cayeron a Cris. Me volví de nuevo a la pelea. El metal brilló cuando Bobby Lee se metió entre los dos últimos werehienas. El combate fue muy intenso. No pude obtener una imagen nítida.

Las puertas del fondo se abrieron, y los hombres se derramaron. Corrí a la lucha en torno a Bobby Lee y disparé casi a quemarropa en la espalda de alguien. El hombre se estremeció y cayó, me puse cara a cara con Bobby Lee. Se había asustado, y yo tenía que disparar a través de su cuerpo al último de los peleadores. Les apunte con la Firestar a los werehienas que venían hacia nosotros. Vacié la pistola en ellos, y todos comenzaron a retroceder hacia la puerta. No era tan buena con la mano izquierda. Creo que no maté a nadie, pero herí a alguien con cada disparo, y se desaceleraron, les hacía dudar.

Gil, Caleb, y Nathaniel ya estaban en las puertas. Derramando la luz del día, que me deslumbró por un segundo, porque mis gafas de sol todavía estaban metidas en la parte delantera de mi camisa. Dejé la Firestar, saqué el cargador vacío de la Browning y tuve un segundo para que hiciera un disparo antes de alcanzar la acera. Todavía no se oía el ruido del disparo antes de golpear la casa, pero vi a Bobby Lee haciendo el mismo movimiento con el arma que yo había hecho con la mía. Sabía que estaba cerrada y cargada.

Grité:

—¡Nathaniel! ¡Enciende el Jeep! —Sabía que él sabía dónde estaba el juego extra de llaves. Me acordé de Narciso diciendo que había más de quinientos werehienas. Tuvimos que salir de allí antes de que decidieran tomar más armas o simplemente nos abrumaran con los números. Disparé más lentamente, pero la voz que había oído, los tenía aterrorizados. Podría matarlos, pero no podía aterrorizarlos de esa manera. Que salieran por la puerta dependía a que le temían más a la muerte o al terror.

Miré hacia atrás para encontrar a Nathaniel en el jeep, con Caleb y Gil en la espalda. El motor rugió a la vida. Bobby Lee y yo fuimos hacia el Jeep, y los werehienas desplegados en la luz del sol, eran demasiados para contarlos, casi demasiados para apuntar. Disparé hacia la masa de cuerpos, y grité:

—¡Corran!

Bobby Lee y yo corríamos hacia el Jeep, lo que significaba nuestro objetivo no era lo que debería haber sido, pero los hombres se llenaron con tanta fuerza que nos pegaba de todos modos. Se caerían, entonces no habría gritos, sonidos o chillidos, una risa que me erizo el cabello de la nuca, y los heridos se levantaron como hombres hiena, musculosos, de pelo pálidos y manchas, con una boca llena de colmillos y garras como cuchillos negros.

Afiladas hacia abajo, se les daban mejores armas para usar contra nosotros.

Nathaniel gritó:

—¡Adentro!

Miré hacia atrás para encontrar las puertas medio abiertas. Me deslicé en el asiento trasero, Bobby Lee se deslizó en el frente. Las puertas estaban cerradas, bajo llave, y Nathaniel se alejaba de la acera, cuando se lanzaron sobre nosotros. Invadieron el coche, cubriendo las ventanas. Nathaniel presionó el pedal y el Jeep rugió hacia adelante. Un brazo roto paso por la ventana de mi lado. Sonido de cristales rotos por todas partes. Estaban tratando de aguantar y entrar. Disparé a través de mi ventana a un hombre más allá, y él desapareció. Bobby Lee fue disparando al hombre hiena que estaba tratando de pasar a través del parabrisas.

Sin embargo, hubo al menos otros tres, rompiendo el cristal, tratando de entrar a través del parabrisas. Disparé la Browning en la ventana frente a mí. Tomó cuatro disparos antes de que él desapareciera. La Browning tenía que estar casi vacía, pero había perdido la cuenta. Los dos últimos werehienas estaban a la mitad de las ventanas, uno de ellos se introdujo en la parte trasera del Jeep. Él se lanzó sobre mí, y le disparé dos balas casi a quemarropa. El arma hizo clic vacía. El hombre cayó, al parecer muerto a mis rodillas, porque estaba de rodillas en la parte trasera del Jeep, lo que significaba que me arrastró hacia él. No me acordaba de haberlo hecho.

El último estaba a la mitad de ser hombre. Él tenía problemas para pasar por la ventana. Creo que se había encajado dolorosamente en el cristal. Saqué la hoja que llevaba en mi espalda. Mi rodilla derecha estaba hacia abajo, mi pierna izquierda plana en el piso, levantando el balón con mi pie. Era la postura de un espadachín para cuando no podías estar equilibrado. Lo golpee en un borrón de velocidad, sintiendo la fuerza en mi cuerpo como nunca lo había sentido antes. Miró hacia arriba en el último segundo, justo antes de que la hoja lo golpeará en el lado de la cara y le abriera la cabeza. Había salpicaduras de sangre en mis brazos, en mi cara. El cuerpo se desplomó hacia delante, la mayoría de sus partes más bajas todavía colgaban por la ventana. La parte superior de la cabeza justo por encima de la mandíbula había desaparecido, la sangre se derramaba en la alfombra, empapándose mis jeans. Tomo un latido del corazón pensar, santa mierda, luego escuché el sonido en el techo.

Bobby Lee dijo:

—Son persistentes los hijos de puta.

No le respondí, sólo me arrodille junto a la rueda al lado contrario de los cuerpos. Edward, el asesino de los muertos vivientes, y la única persona que conocía con un mayor número de más monstruos asesinados comparado conmigo, me había convencido de dejar que un amigo de él remodelara mi Jeep. La rueda tenía un compartimento secreto. En el interior había una Browning de alto poder, dos cargadores extra, y un mini-Uzi con un clip lleno de municiones mushroom. El clip apenas cabía en el interior del compartimiento, pero casi se triplicó la capacidad de la carga, por lo que valía la pena que quedaran ajustadas.

Unas garras atravesaron el techo del jeep y comenzó a rasgarlo de nuevo, como abriendo una lata. Me tiré en mi espalda y comencé a disparar hacia el techo. Aullidos de animales, un cuerpo cayó junto a las ventanas, pero el otro se quedó en el techo, el brazo del medio animal empujó a través del metal. Me puse de rodillas, disparando justo en la parte posterior del brazo. El hombre hiena salió de la parte posterior del Jeep y rebotó en el camino. El brazo se quedó en el agujero del techo, atrapado en el metal.

Cuando el zumbido en mis oídos se suavizó lo suficiente para escuchar algo más que los latidos de mi propia sangre, pude oír a Caleb diciendo:

—Mierda, mierda, mierda —y otra vez. Gil estaba acurrucado junto a él en el piso, gritando, un alto sonido lastimero, las manos sobre las orejas, los ojos cerrados. Me apoyé en el asiento, pero no intenté volverme de nuevo. Mi espalda estaba cubierta de sangre y cosas peores que rodaban por el suelo.

Grité:

—¡Gil, Gil!

No paraba de gritar. Le toqué la parte superior de la cabeza con el cañón de la pistola.

Eso le hizo abrir los ojos. Apunte el arma hacia el techo mientras me miraba fijamente.

—Deja de gritar.

Él asintió con la cabeza, bajando las manos lentamente. Movía la cabeza una y otra vez. Caleb había dejado de maldecir por lo bajo. Su respiración era tan fuerte que pensé que podría hiperventilar, pero tenía otras cosas de que preocuparme.

—¿Qué tipo de munición tienes en esa Uzi? —Bobby Lee preguntó.

—Se llama mushroom. Esto triplica la capacidad de la munición.

Sacudió la cabeza.

—Demonios, niña, ¿dónde has estado viviendo para necesitar ese tipo de armamento?

—Bienvenido a mi vida —dije. Miré a Gil—. La próxima vez que te diga que quedes en casa, quédate en casa.

—Sí, señora —susurró.

—Conduce despacio, muchacho —dijo Bobby Lee—, no quiero que la policía nos agarre con los cuerpos en el coche.

—El daño puede ser una punta —dije.

El brazo colgando del techo, había cambiado de nuevo a la forma humana. Se cayó cuando Nathaniel dio vuelta a la esquina. Miré lejos de él y encontré el ahora humano con la cabeza dividida en dos partes. Su cerebro se había filtrado en pedazos. De repente me sentí caliente, mareada. No me acordaba lo que había hecho con el cuchillo grande. Lo debí de haber dejado caer, pero no me acordaba de haberlo hecho. Me acomodé en una esquina, la Uzi rozaba el techo, mi cuerpo, rodeado por tres lados por el metal y el asiento de atrás. Fue lo más cerca que pude estar o que podía manejarlo.

Cerré los ojos, así que no podía ver lo que había hecho. Pero el olor todavía estaba allí: sangre fresca, carnicería, y ese olor que te permite conocer las entrañas de alguien que las tiene afuera. Me empecé a ahogar, y el Jeep salió del camino. Eso me hizo mirar hacia arriba, me dio algo más en que concentrarme.

Nathaniel estaba andando por un camino de grava en el medio de la nada. Había árboles, una llanura de inundación, hierba verde, y más allá de eso, el brillo del río. Era un lugar pacífico. Condujo hasta que no fuéramos fácilmente visibles desde la carretera y se detuvo.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

Bobby Lee respondió:

—Creo que si la unidad de tráfico nos ve con unas piernas colgando, alguien va a notificar a la policía.

Yo asentí. Era un buen punto.

—Debería haber pensado en ello —dije.

—No, tú has hecho tu trabajo por el día de hoy. Permíteme ser el que piensa mientras se te aclara el pensamiento.

—Mi cabeza está despejada —dije.

Se bajó del coche y habló a través de una de las ventanas rotas, a medida que avanzaba hacia las piernas.

—Conozco los remordimientos de conciencia cuando los veo, niña.

—¡No me llames niña!

Él me sonrió.

—Sí, señora. —Agarró las piernas y metió el cuerpo a través del vidrio.

Aterrizó con un sonido sordo en la parte superior del cuerpo. Un sonido salió de la parte superior del cuerpo. Podría haber sido sólo aire escapándose, sucedía a veces, pero entonces otra vez...

Estaba en mis rodillas, con la Uzi apunte a los cuerpos. Bobby Lee dijo:

—Señora no le pegues al tanque de la gasolina, no queremos explotar.
—Él tenía su pistola atrás.

Cambié mi ángulo para que disparara a través de la cabeza oscura que se encontraba en la parte inferior de la pila. ¿Si dos cuerpos constituyen una pila? ¿Importa? Algo rozó mi cabello y tire la pistola, sólo para encontrar que me rozó con los dedos el brazo que colgaba del techo. Venía suelto, un deslizamiento menor por su propia cuenta. ¡Bien!

Apreté el cañón de la Uzi contra la parte superior de la cabeza.

—Si estás vivo, no te muevas, si estás muerto, no hay de qué preocuparse.

Bobby Lee abrió la parte trasera del Jeep, la pistola en ángulo hacia abajo para darle un tiro en el cuerpo.

—Si te disparo en la parte superior de la cabeza, las balas pueden cortar tus piernas.

Se trasladó a un lado, con la pistola estable.

—Mis más sinceras disculpas, señora, yo sé mejor que nadie eso.

Apreté el cañón de la pistola de forma más segura en la parte superior de la cabeza y comenzó a llegar lentamente hacia el cuello, apenas era visible en el cuerpo de arriba.

—Estoy vivo. —La voz me hizo saltar y casi me hizo apretar el gatillo.

—Mierda —dije.

—¿Por qué no lo terminas? —preguntó el hombre. Su voz estaba llena de dolor, pero no temblaba. Había perdido el corazón y los pulmones. Descuido de mi parte.

—Debido a que no era la voz de Narciso en el sistema de altavoces, y Ulises dijo que tenía a sus amantes. Que no sabía lo que haría a sus amantes si no le servían a ustedes. ¿Quién es el hombre por el altavoz? ¿Quiénes son ellos? ¿Dónde diablos está Narciso? ¿Por qué el werehienas no deja que alguien se encargue de esto?

—¿No vas a matarme? —Hizo la pregunta.

—Tú responde a nuestras preguntas, y te doy mi palabra de que no vamos a matarte.

—¿Puedo moverme?

—¿Si puedes?

Se movía lentamente, dolorosamente sobre su costado. Tenía el pelo rizado y oscuro, muy corto, con la piel pálida. Se volvió hasta que pudo ver mis ojos, y el esfuerzo lo dejó temblando, sus labios de color azul, me hicieron pensar que quizás no tengamos mucho tiempo para hacer nuestras preguntas, que tal vez ya lo matamos, pero no lo suficientemente rápido.

Sus ojos eran una sombra extraña de oro.

—Soy Bacchus —dijo con una voz llena de dolor.

—Mucho gusto. Soy Anita, él es Bobby Lee, ahora empieza a hablar.

—Pregúntame cualquier cosa.

Comencé a preguntar. Bacchus comenzó a contestar. No murió. En el momento en que cruzamos el puente en Missouri, sus labios eran de color rosado y saludable, y la expresión aturdida había dejado sus ojos. Realmente iba a tener que comenzar a usar una mejor munición.



Bacchus realmente no sabía demasiado. Narciso había introducido a su nuevo caballero Quimera, y parecía que habían tenido un maravilloso tiempo juntos. Si no era amor verdadero, entonces era el trato bruto que tanto quería. Luego Narciso había ido a una de las habitaciones y no volvió a salir. Durante veinticuatro horas, las werehienas habían pensado que era sólo sexo, pero después de eso dejaron de creer en cuanto Quimera aseguraba que Narciso estaba bien. Ajax había logrado entrar, y ahí fue cuando todo salió mal.

—Ajax nos dijo que Narciso estaba siendo torturado, muy torturado.

—¿Por qué no lo rescataron? —pregunté.

—Quimera vino con sus propios guardaespaldas. Tomaron... —Bacchus tuvo que parar y luchar para tomar una respiración profunda, como si algo dentro de él le estaba haciendo daño—. Tú no sabes lo que han hecho a nuestro pueblo. Tú no sabes lo que han amenazado con hacer a

ellos, si ellos no...

—Dinos, entonces sabremos —dije.

—¿Has conocido a Ajax? —preguntó.

Asentí.

—Ellos le cortaron sus brazos y piernas, y quemaron los extremos de las heridas para que no pudiera sanarse a sí mismo. Quimera dijo que lo había puesto en una caja de metal y para sacarlo sólo en ocasiones especiales. —Bacchus se sacudió, y yo no estaba segura de si era por las lesiones o por el horror.

Bobby Lee dijo:

—Es bastante molesto que no puedo decir si está mintiendo o no, pero creo que está diciendo la verdad. —Su voz era un poco ronca, como si en su cabeza estuviera viendo las imágenes que yo estaba tratando muy difícilmente de no imaginar. Había mejorado últimamente en no dejar que mi imaginación vuele conmigo. Tal vez tuvo algo que ver con ser un psicópata, si es así, vamos a oír la insensatez. Me senté en el Jeep, mi mente cuidadosamente en blanco, no quería imágenes. Bobby Lee parecía enfermo.

—¿Cuántos guardaespaldas tiene este Quimera? —pregunté.

—Alrededor de veinticinco, antes de que empezaras a matarlos.

—Pensé que ustedes eran como quinientos. ¿Cómo pueden veinticinco hombres mantenerlos controlados?

Bacchus me miró con los ojos afectados.

—Si alguien tuviera a tu Ulfic, Richard, y fuera cortado en pedazos, y lo que hicieras lo perjudicaría a él, ¿no harías nada para salvarlo?

Me quedé en silencio y pensé en eso. Le di la única respuesta sincera que pude.

—No lo sé. Dependería de cualquier cosa, de lo que fuera. Entiendo tu punto, pero ¿por qué no sólo arrasaron con ellos?

Bacchus se apoyó en el lado del jeep. Nathaniel tomó rápidamente un rincón, y Bacchus trató de agarrar algo para no resbalar. Le di mi mano, la tomo y miró agradecido y seguro. Siguió sosteniendo mi mano y le sostuve el contacto visual.

—No tenemos un alfa. Ajax y Ulises eran los siguientes en orden, y una vez que comenzaron a cortar a Ajax, Ulises nos dijo que hiciéramos lo que decían. —Me apreté mi mano, no demasiado fuerte—. El resto de nosotros no somos líderes, Anita. Nuestro alfa se decidió a cooperar con Quimera.

Somos seguidores, eso es, eso es todo. Necesitamos un alfa con un plan.

Mis ojos se abrieron.

—¿Qué estás diciendo, Bacchus?

Él me acercó a él con las manos entrelazadas.

—Todavía hay casi ciento cincuenta hienas disponibles. Dios sabe lo que le hará a los presos ahora que le hemos fallado.

—¿Por qué quiere a la señora Blake? —preguntó Bobby Lee.

—Quimera quiere a Anita como su compañera.

Eso hizo que levantara mis cejas.

—¿De qué estás hablando?

—Tiene un fuerte y verdadero interés en ti. No sé por qué.

Traté de sacar mi mano del abrazo de Bacchus, pero me mantuvo cerca.

—Él trató de matarme por lo menos dos veces. Eso no suena muy amigable.

—Él te quería muerta, y ahora no, no sé por qué. Quimera está loco, y no necesita una razón para cambiar su forma de pensar. —Él me miró, todavía sosteniendo mi mano.

—Por favor, ayúdanos.

—¿Puedes garantizar que las hienas seguirán a la señora Blake? —preguntó Bobby Lee.

Bacchus miró hacia abajo, aflojo su control, entonces se puso más rígido, y miró hacia arriba de nuevo.

—Sé que si hubiéramos tenido alfas que se hubieran levantado por todos nosotros, nos hubiéramos revelado a esos tipos. Pero Ulises ama a Ajax, realmente lo ama. Él no sabía qué hacer.

—¿Qué hay de Narciso? No están todos aún muy blandos sobre Quimera, ¿verdad? —dije.

—No, pero la única vez que se nos ha permitido ver a Narciso, él estaba amordazado.

—Narciso tiene una reputación —dijo Bobby Lee—, de ser un bastardo. No creo que hubiera pasado por encima de ellos.

Bacchus se encogió de hombros, y finalmente liberó mi mano.

—No sé —dijo el werehiena—, pero no pudo darnos la orden para atacarlos. Por lo que sé Quimera puede haberle arrancado la lengua. Lo hizo a Dionisio, mi amante... —Se abrazó a sí mismo, con la cabeza agachada, los ojos cerrados—. Él me dio la lengua en una caja envuelta con una cinta.

Una vez me dieron una caja de regalo con partes de personas que me importaban en ella. Maté a todos a los que les habían hecho daño, maté a todos. Pero el daño causado a mis amigos había sido permanente. Nada de lo que podía hacer podía arreglarlo, porque eran humanos, y no les vuelven a crecer partes del cuerpo.

Bacchus mantuvo los ojos cerrados, su cara muy tranquila, como si estuviera sosteniéndose a sí mismo, con miedo a perder el control. No sabía qué decirle, en su cara se reflejaba su dolor. ¿Cómo voy a tratar de matarlo y a sentirme mal por él? Tal vez era una cosa de chicas, o tal vez lo había relacionado como un niño. Cualquiera que fuera la razón, me encontré deseando ayudarlo, pero no quería arriesgarme a mí o a cualquiera de mi propio pueblo. Cris estaba muerto en el piso del Narciso Encadenado. No conocía a Cris desde hace mucho, y su pérdida no fue tan grande para mí, simplemente no lo era. Pero si me forzaba a ir allí, estaría arriesgando la gente que si extrañaría. Sin embargo...

—¿Puedes hacer un plano, un dibujo del club, y marcar en donde se lleva a cabo todo? —Abrió los ojos, con una expresión de sorpresa, las lágrimas que había estado reteniendo rodaron por sus mejillas—. ¿Nos ayudarás?

Me encogí de hombros, incómoda por frenético alivio en sus ojos.

—No estoy segura todavía, pero no hace daño averiguar contra lo que vamos.

Bacchus me tomó de la mano de nuevo, la apretó contra su mejilla. Al principio pensé que iba a ser una especie de saludo de hiena, pero puso un beso en mi mano y me dejó ir.

—Gracias.

—No me agradezcas Bacchus, no me agradezcas aún. —No he dicho en voz alta que, si el club parecía demasiado difícil para atacarlo, si fuera a costar la vida de muchos, yo no lo haría. Guardé eso para mí, porque él podía mentirnos, hacer que parezca fácil. La persona que amaba estaba siendo torturada. La gente haría muchas cosas por las personas que aman, incluso cosas estúpidas.



Bobby Lee insistió en llamar primero a Rafael. Nathaniel y Caleb me ayudaron a que Bacchus se instalara en la cocina. Todavía estaba caminando como si las cosas dolieran.

Gil se había sentado al final de la camilla, acurrucándose. Se había alejado después que le dije que deje de gritar. Normalmente, le habría preguntado qué estaba mal, pero esta vez, no tenía tiempo para cuidar de él.

La cocina estaba oscura y deprimente con todas las ventanas y la puerta corrediza de vidrio tapadas con madera. Tuvimos que encender todas las luces. Mi cocina soleada se había convertido en una cueva.

Una hora más tarde tenía un mapa del club. Bacchus conocía el horario de guardia para las hienas, pero no para los hombres de Quimera. Él hizo lo mejor que pudo, pero dijo:

—Quimera cambia sus rutinas, al menos cada tres días y a veces cada día. Un día cambió sus órdenes por lo menos cada hora. Fue raro, incluso

más raro de lo normal para Quimera.

—¿Cómo de inestable es él? —preguntó Bobby Lee.

Bacchus en realidad pareció pensarlo por un segundo o dos. Pensé que era una pregunta retórica, tal vez me equivoqué.

—A veces parece muy bien. A veces es tan loco que me asusta. Creo que incluso asusta a su propio pueblo. —Bacchus frunció el ceño y dijo—: me dijeron cosas como que literalmente estaba loco y que tenían miedo de él, también.

Sonó el timbre. Esto me hizo saltar. Nathaniel saltó del mostrador de la cocina, donde había estado sentado.

—Yo iré.

—Revisa y ve quién es primero —dije.

Miró hacia atrás por encima del hombro, y la mirada en su cara me dijo claramente que le estaba diciendo algo que ya sabía. Después de meses de compartir habitación y comida conmigo, sabía que debía de comprobar la puerta antes de abrirla.

—Tú solías simplemente abrir la puerta —dije.

—Lo hago mejor ahora —dijo y desapareció en la sala de estar.

Regresó casi de inmediato.

—Es el hombre lobo que estaba en Narciso encadenado, el llamado Zeke. —Nathaniel parecía un poco pálido.

Bobby Lee y yo teníamos las armas en nuestras manos. No me acuerdo haberlo hecho. Estaba mirando las ventanas tapiadas. La madera daba un poco más de protección que el vidrio, pero no pudimos ver a través de la madera tampoco. Los malos podrían sorprendernos mejor.

—¿Está solo? —pregunté.

—Él es el único que estaba de pie en el porche —dijo Nathaniel—, pero eso no quiere decir que esté solo. —Sus ojos tenían un toque salvaje cuando dijo—: No huelo a serpientes o leones. —Pude ver el pulso en su cuello saltando bajo la piel.

—Todo va a estar bien, Nathaniel —dije.

Él asintió con la cabeza, pero la expresión de su cara me dijo que no estaba convencido.

Gil se unió a nosotros en la cocina.

—¿Qué está pasando?

—Chicos malos —dije.

—¿Más de ellos? —dijo, con voz quejumbrosa.

—Podrías estar más seguro por tu cuenta, Gil —dije.

Asintió con la cabeza.

—Estoy empezando a ver eso. —Sus ojos estaban tan abiertos que parecía doloroso.

Había traído la mini-Uzi del coche y la había vuelto a cargar en el cuarto de seguridad arriba de las escaleras. La saqué del gabinete de la cocina y me debatí entre ella y la Browning. El timbre sonó de nuevo. No salté en ese momento. Me colgué la Uzi por encima del hombro con una correa y acomodé la Browning más cómodamente en la mano. La Uzi era en realidad un arma de emergencia. El hecho de que ni siquiera había pensado en responder a mi puerta con ella en mi persona fue probablemente una mala señal. Si necesitaba más de una 9mm para responder a la puerta de mi propia casa, debería de salir de la ciudad.

Me asomé a en la sala, pero no había nada que ver, a excepción de la puerta cerrada. Iba a tener que mirar por la ventana lateral para ver lo que estaba esperando en el porche. Me acerqué a la puerta con la Browning en las dos manos, manteniéndome a un lado de la puerta. Estaba lista en caso de que comenzaran a disparar a través de la puerta. Por supuesto, la última vez había disparado a través de las ventanas, pero las cortinas estaban corridas, y fue lo mejor que iba a ser capaz de hacer, por lo que la seguridad permitía.

Me arrodillé junto a la ventana, porque la mayoría de la gente dispara hacia el pecho o la cabeza, y de rodillas soy mucho más pequeña. Moví la cortina hacia un lado, y algo golpeó contra el vidrio. Salté hacia atrás, con el arma, pero no pasó nada más. Tenía una imagen en mi cabeza de lo que había sido, y no había sido un arma de fuego. Pensé que había sido una foto. Levanté nuevamente la cortina y me encontré mirando una Polaroid de un hombre encadenado a una pared. Estaba desnudo, cubierto de arañazos con sangre, sangre que cubría la mayor parte de su cuerpo, por lo que era difícil de ver quien era exactamente en un primer momento. Luego, poco a poco le encontré sentido a los ojos, y me di cuenta que era Micah. Me senté bruscamente en el suelo, casi como si me hubiera caído. Mi mano se arrastró la cortina en la caída, manteniéndola abierta. El arma no estaba donde debía estar, pero flotaba en el aire, casi olvidada. Un recorte de mordaza a través de esa boca, el rostro delicado cubierto de sangre y la carne hinchada. El pelo largo estaba amontonado a un lado, como si fuera tan pegajoso con la sangre que ya no se movían libremente. Sus ojos

estaban cerrados, y me pregunté por un segundo que duró una eternidad, si estaba muerto. Pero había algo en la forma en que colgaba en las cadenas que me decía que estaba vivo. Incluso en una fotografía hay un silencio de muerte que los vivos no pueden imitar. O tal vez había visto demasiados cuerpos para identificarlo.

Bobby Lee estaba a mi lado.

—¿Qué es, qué tiene de malo? —Entonces vio la imagen, y escuche su aliento pesado—. Ese es tu Nimir-Raj, ¿no?

Asentí, porque todavía no estaba respirando, lo que hacía difícil hablar. Cerré los ojos por un momento, respiré limpio y profundo, y lo dejé salir poco a poco. Me estremecí cuando salió de mi cuerpo. Me maldecía en silencio.

—Ayuden a Anita, tú puedes hacerlo mejor que esto.

—¿Qué? —Bobby Lee preguntó.

Me di cuenta de que lo había dicho en voz alta y moví la cabeza, dejando caer la cortina en su lugar. Me puse de pie.

—Déjenlo entrar veamos qué es lo que tiene que decir.

Bobby Lee me estaba dando una mirada divertida.

—No puedes dispararle hasta después de nos diga que es lo que está pasando.

Asentí.

—Lo sé.

Me tocó el hombro, me dio la vuelta para mirarlo.

—Hay una mirada en tu cara, Niña, que es tan sombría como el amanecer del invierno. Las personas matan a otras personas mientras están mirando de esa manera. No quiero que dejes que tus emociones entren en la negociación.

Algo que era casi una sonrisa tocó mis labios.

—No te preocupes, Bobby Lee, no voy a dejar que nada interfiera con los negocios.

Bajó la mano lentamente.

—Niña, la mirada en tus ojos ahora me asusta.

—Entonces, no me veas —dije—, y no me llames niña.

Asintió con la cabeza.

—Sí, señora.

—Ahora abre la maldita puerta, y vamos a hacer esto.

No discutió de nuevo. Se fue hacia la puerta y dejó entrar al gran lobo

malo.



Cuando abrimos la puerta, Zeke tenía una imagen de Cherry de frente. Sus primeras palabras fueron: «ambos están peor que muertos».

Así que se sentó en mi sofá blanco, todavía respiraba, aunque si dijera algo mal, tenía la esperanza de cambiar eso.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Me mando mi maestro a buscarte.

—Define, buscarte —dije. Estaba sentada en la mesita de café de madera en frente de él. Bobby Lee estaba de pie detrás de él con una pistola pegada a la columna vertebral. En esa distancia con una munición de plata, en uno que no era un alfa nunca iba a sobrevivir, o al menos ninguno que yo había conocido, y había conocido algunos.

—Él quiere ser tu compañero.

Sacudí la cabeza.

—Lo he escuchado, pero ha intentado en dos ocasiones, que ustedes me

maten.

Zeke asintió.

—Sí.

—Y, de repente, quiere que sea su panecito de miel.

Zeke asintió con la cabeza de nuevo. El gesto parecía extraño en la forma de hombre lobo, como una especie de golden retriever que asentía con la cabeza sabiamente.

—¿Por qué el cambio? —pregunté. El hecho de que estaba haciendo preguntas en calma, mientras que la foto de Cherry y Micah estaba junto a mí en la mesa de café es un testimonio de mi paciencia y mi falta de cordura. Si realmente hubiera sido sensata no podría haber estado en calma, pero había llegado a ese cambio en mi cabeza que me permite pensar cuando estaban sucediendo cosas terribles. El mismo interruptor que me permitía matar sin remordimientos. Ser capaz de divorciarme de mis emociones me impidió arrancar pedazos fuera del cuerpo de Zeke, hasta que me dijera dónde estaban Micah y Cherry. Además, siempre existe la posibilidad muy real de que podíamos hacerlo más adelante. Hablar razonablemente en primer lugar, torturarlo sólo si no quiere colaborar.

—Quimera te dijo que serías un Panwere como él.

Levanté las cejas.

—Panwere, ¿qué diablos es eso?

—Un licántropo que puede tomar más de una forma —dijo Zeke.

—No es posible —dije.

Bacchus habló desde la puerta de la cocina. Se había quedado tan lejos de Zeke como pudo y aun permanecer en la sala.

—Quimera puede tomar más de una forma, lo he visto.

Miré a Zeke.

—Está bien, está bien, es un Panwere. ¿Por qué alguien le dijo que yo era uno también?

—Antes de responder a esa pregunta, tengo a alguien esperando en un coche cercano.

Me gustaría que viniera y hablara con usted.

—¿Quién? —Por un momento pensé que podría ser Cherry, pero no lo era.

—Gina.

—¿La Gina de Micah? —pregunté.

Zeke asintió.

Miré detrás de él a Bobby Lee.

—¿No confiamos en él para volver a salir y volver a entrar sin refuerzos?

Bobby Lee sacudió la cabeza.

Sacudí la cabeza, también.

—Zeke lo sentimos, pero no confiamos en ti.

—Envía a Caleb entonces. —Miró al wereleopardo, que había estado muy tranquilo en todo esto. Caleb estaba sentado en la esquina de la sala, manteniéndose lejos de Zeke, muy parecido a Bacchus, ahora que lo pienso de él. Pero entonces, Gil fue acurrucarse en un rincón diferente. Había supuesto que estaba rodeado de gatos cobardes, hienas y zorros, pero ahora...

—¿Cómo sabes su nombre? —pregunté.

—Conozco un montón de cosas acerca de Caleb.

—Explícate —dije.

El timbre sonó de nuevo. No me asustó en este momento. Estaba en ese lugar lejano donde no tengo nervios, aunque apunté con la Browning la puerta. ¿Cuenta como si fueran nervios?

Fui a la puerta, y Bobby Lee se quedó con su arma presionado a Zeke.

—Esperemos que sea alguien amable —dijo Bobby Lee arrastrando las palabras.

Zeke alzo su nariz, olfateando el viento.

—Es Gina.

Llámame paranoica, pero no confío en él. Me asomé por la ventana. Esta vez no hubo sorpresas desagradables, de pie en el pequeño porche estaba Gina, en un chal gris espeso abrazado a la parte superior del cuerpo. Estaba casi noventa grados afuera, ¿para qué diablos era el chal? Lancé un profundo suspiro. El mantón era lo suficientemente grueso como para ocultar todo tipo de sorpresas desagradables. Maldita sea.

—¿Qué tiene ella bajo el mantón? —pregunté a Zeke.

—Se podría decir que un mensaje de Quimera.

Miré hacia él.

—Habla o no abriré la puerta.

Zeke movió sus hombros, y Bobby Lee debe haber apretado el cañón de la pistola más profundo en su espalda, ya que dejó de moverse bruscamente.

—Ella ha sido torturada. Quimera la envió conmigo para mostrar lo que

sucedará con tu leopardo si no vienes conmigo.

—¿Por qué el manto? —pregunté de nuevo.

Zeke cerró los ojos, como si quisiera mirar a otro lado pero tenía miedo de que Bobby Lee lo tomara mal.

—Es para cubrirla, Anita, sólo para cubrir su desnudez. —Parecía cansado, no sólo cansado—. Por favor, déjala entrar, ella tiene mucho que decir.

—Huele como si estuviera diciendo la verdad —dijo Bobby Lee.

Suspiré. Esa es probablemente la mejor garantía que íbamos a conseguir. Abrí la puerta, con pistola en mano, quedando fuera de la vista de cualquiera que pudiera estar observando desde el patio. Porque estaba escondida detrás de la puerta, no vi a Gina hasta que estuvo dentro de la habitación. Cerré la puerta detrás de ella, y saltó, luego quedó sin aliento, como si el movimiento súbito la había herido gravemente. Cuando ella me miró, era todo lo que podía hacer para evitar jadear. Al principio pensé que tenía los ojos negros, pero me di cuenta de que eran sólo ojeras bajo los ojos tan profundos que parecían contusiones. Su piel era tan blanca con un matiz de gris, y comprendí por primera vez lo que significa piel ceniza. Estaba pálida, como si su cuerpo estuviera cubierto por una capa más delgada, más delicada, que la piel. Su cuerpo estaba encorvado en sí misma, como si de pie se hiciera daño. Sus labios estaban casi sin sangre, pero era su mirada la que me dolía más. Estaba llena de horror, como si aún estuviera viendo lo que le habían hecho a ella, como siempre se puede ver la repetición de algo horrible una y otra vez.

Ella habló con una voz que era hueca, sin esperanza.

—Me quema.

No necesitaba ver lo que estaba bajo el chal para creer que había sido torturada. No necesitaba ver nada, pero su rostro.

—¿Puedes sentarte antes de que te caigas? —preguntó Zeke.

Asentí con la cabeza un poco rápido, al darme cuenta de que sólo había estado mirando.

—Por favor, siéntate.

Gina miró a Bobby Lee, de pie detrás de Zeke.

—¿Les has dicho?

—Quería que vinieras para que corroboraras mi historia —dijo Zeke.

Ella asintió con la cabeza una vez, luego se trasladó a sentarse junto a él en el sofá. Ella se sentó muy junto de él, casi tocándolo. Si hubiera tenido

algo que ver con lo que había sucedido a ella, no creo que ella habría sido tan cariñosa.

De hecho, ella era tan cariñosa que estaba casi segura de que conocía a Zeke. No lo conocía sólo por diversión y juegos de Quimera, pero lo conocía de antes. ¿Cómo fue que uno de los gatos de Micah acabó siendo amigo de un Top-Gun de Quimera?

Le pregunté.

—Ustedes dos parecen conocerse. —Bien, tal vez eso no era una pregunta, pero igual lo dije.

Intercambiaron miradas y a continuación, Zeke se volvió hacia mí. Quería que él estuviera en forma humana. Incluso después de años de lidiar con licántropos, todavía tenía problemas para leer sus expresiones cuando se encontraban en forma de animal. El hecho de que sus ojos eran humanos ayudaba en algunos casos, pero nunca te das cuenta de cuánto de la expresión no es realmente con los ojos, pero si los movimientos faciales alrededor de ellos, hasta que no los tienen como pistas.

—Permítanme comenzar diciendo que Quimera te quiere bien y viva en su presencia en menos de dos horas o empezará a hacerle daño permanente a Micah y tu leopardo.

Sentí divagar un poco mis ojos.

—Tenemos un plazo entonces —dije—. Habla más rápido.

—La versión más corta de lo que sé es. Quimera siempre ha sido un amo cruel, pero nunca sádico, hasta las últimas semanas. Él es inestable, y creo que se está volviendo loco y nos matará a todos si permanece en el cargo.

—¿Esta es la versión corta? —preguntó Bobby Lee.

—Estoy de acuerdo —dije—, acéléralo.

—Quiero que me ayuden a organizar un golpe de Estado, Señora Blake. ¿Es eso lo suficientemente rápido para ti?

—Tal vez fue un poco demasiado rápido —dije—. ¿Por qué quieres una rebelión?, y ¿por qué quieres mi ayuda?

—Ya se lo dije, me temo que Quimera nos destruirá a todos. La única manera de evitarlo es matarlo.

Bueno, eso fue contundente.

—Así que, ¿por qué mi ayuda?

—Tienes una cierta reputación de ser una fuerza letal.

—Hablas como un profesor de inglés —dije—, o un abogado caro. ¿Por

qué no lo matas tú?

—Los otros que le siguen, le temen, y no confían en que sólo pueda garantizar su muerte.

—¿Y yo puedo?

—Tú y tu gente, sí.

—Mis leopardos no van.

Nathaniel dijo:

—Anita...

Sacudí la cabeza.

—No, no voy a poner en peligro al resto de ustedes para salvar a uno.

—¿Qué tipo de leopardos seríamos si permitimos que nuestra Nimir-Ra vaya hacia el peligro sola?

—Un leopardo que obedece las órdenes —dije.

Se recostó contra la pared, pero no había un gesto inusualmente obstinado en su cara que me decía, tal vez, sólo tal vez, había estado aprendiendo algo más que solo la habilidad de las armas por andar conmigo. También aprendió la terquedad.

—No sólo son tus leopardos, también están los lobos y las ratas.

—Las ratas no son más. Y ya no soy la lupa de la manada.

—Rafael ya está en camino con algunos de nuestro pueblo —dijo Bobby Lee.

Le fruncí el ceño.

—Bueno, es lindo que lo menciones.

Se encogió de hombros. Si estaba cansando de presionar la pistola en la espalda de Zeke, no lo demostraba.

—Rafael es mi alfa, no usted, señora.

—Entiendo eso, pero si vamos a estar juntos, necesito que me mantengas informada. He tenido suficientes sorpresas por un día.

—Amén a eso —dijo.

—¿Dónde están siendo retenidos Micah y Cherry? —pregunté.

Zeke movió su gran cabeza de lobo.

—No, no hasta que te comprometas a ayudarnos.

—Quimera quiso chantajearme para que fuera su compañera, tú quieres chantajearme a mí para que te ayude a matarlo. No veo mucha diferencia.

—La única manera de detener a Quimera y los que aún le son leales es matándolos. Propongo unir nuestros recursos para lograr eso.

—Tú hablas muy mal para ser un Goon.

—Soy su Goon porque cuando conquistó mi pequeña manada de lobos, me obligó a esta forma y me mantuvo así por mucho tiempo. Cuando me permitió tratar de cambiar de nuevo, esto fue lo mejor que pude hacer.

Lo miré a los ojos humanos.

—Sólo tus ojos —dije.

—Sólo mis ojos.

Los ojos eran por lo general una de las primeras cosas que cambiaban de los animales, si se quedan en forma de bestia demasiado tiempo. En los ojos están los seres humanos, es extraño. Pero no le pedí que me explicara, porque estábamos consumiendo nuestro tiempo y quería a Micah y Cherry de vuelta.

—De esta forma —dijo Zeke—, no puedo ser otra cosa más que un matón. No puedo ser humano.

No traté de argumentar que era humano. Lo dejé pasar.

—Vayamos al grano. Bobby Lee, ¿querrá Rafael ayudar en esto?

—Creo que sí. Viene con soldados suficientes para hacer un buen espectáculo.

Miré a Bacchus.

—¿El werehienas querrá unir fuerzas con sus..., sus opresores? ¿Van a ayudar a los chicos a Zeke y su gente?

—Zeke siempre intentaba salvarnos del dolor. El siempre pedía moderación. —Bacchus asintió—. Creo que los otros estarán de acuerdo en trabajar con él, pero si estarás de acuerdo en que si todo el mundo vive después, no puedo prometer nada.

—Si te ayudamos a acabar con él —dijo Zeke—, te das la vuelta y nos masacas, entonces no hemos ganado nada.

Al mirar entre Bacchus y Zeke pasé por encima de las fotos. Me había pasado los últimos minutos, tratando de no pensar en ellas. Me las arreglé para concentrarme en otras cosas, pero era como si una sola mirada había roto todas las barreras, que por lo general no me dejaban hacer estupideces. Me puse de pie, tan de repente que todo el mundo volteo a verme.

—¿Vais a matar a Zeke? —pregunté.

—No, pero Marco, tiene que morir —dijo Bacchus.

—¿Por qué? —pregunté.

—Él y los hombres serpiente deben morir —dijo Bacchus.

—De acuerdo —dijo Zeke. Luego me miró—. Y creo que sé una manera de tener a los lobos implicados.

—Estoy escuchando.

—Quimera es el lobo, hiena, leopardo, león, oso, y serpiente.

—Está detrás de la desaparición de otros alfa —dije.

Zeke asintió.

—¿Están vivos?

—El león y el perro sí. Quimera todavía no ha sido capaz de obligarlos a cambiar de forma. Él nunca mata a nadie a menos que pueda quebrantarlo primero.

—¿Narciso está vivo? —preguntó Bacchus.

—Sí —dijo Zeke—. Quimera no ha sido capaz de quebrantarlo a él tampoco.

—¿Cómo va a algo de esto a interesar a los lobos? —pregunté. Había caminado al otro lado de la puerta de la cocina, seguida de Bacchus. No podía ver las imágenes desde allí.

—Quimera nunca ha sido capaz de encontrar un grupo de animales con un dominante que sea lo suficientemente débil para que sea tomado por un extraño, hasta que se enteró de tu manada de lobos.

Me enderece, alejándome de la pared.

—¿Qué quieres decir?

—Jacob, París, y algunos otros son los que quedan de mi grupo. Quimera no podía enviarme, porque mi condición haría que dudaran.

—¿Estás diciendo que tan pronto como Jacob se convierta en Ulfric, Quimera se volverá contra la manada?

—Ese era el plan —dijo Zeke.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Entonces Jacob y los demás están de acuerdo en dejar a su grupo donde está, o se mueren.

—¿Matarás a lo que queda de tu propia manada, así sin más? —dije.

—Ellos dejaron de ser mi manada hace mucho tiempo.

—Así que permítanme aclarar esto —dijo Bobby Lee—, deseas que las ratas, los lobos y los leopardos unan fuerzas con las hienas y lo que queda de ustedes para destruir al resto.

—Sí —dijo Zeke.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Bobby Lee.

—Tú hablas como si tuvieras muchas opciones —dijo Zeke—. ¿Tú no? Quimera hará cosas peores que matar a tus leopardos. Lo que le ha permitido hacer a las hienas está fuera de toda tolerancia civilizada. Su

salud mental se está escapando, y personas entre su gente hace cosas terribles sin que su dueño tenga que pedirselos.

—Se necesita tiempo para organizar una ofensiva de este tipo —dijo Bobby Lee.

Zeke dijo:

—No veo un reloj, pero el tiempo se acaba. Anita debe estar en la presencia de Quimera, antes de dos horas o menos, o le irá mal Micah y al leopardo.

—Sigues diciendo Micah y el leopardo —dije—, como si conocieras a Micah. —Tuve un presentimiento terrible, y había sido lenta para no pensar en ello antes—. Jacob iba a ganar los lobos para Quimera, y Micah debía quedarse con los leopardos —dije, con una voz vacía. Mi cuerpo se sentía vacío, como si estuviera cayendo dentro de mí, ahogándome en ese gran vacío de estática que me permitía matar y no pensar.

—Pensamos que el alfa estaba muerto y que sería bastante fácil. —Me miró—. No sabíamos nada acerca de ti, o más bien no entendíamos lo que eras.

Gina habló.

—Una vez que Micah te conoció, él sabía que no iba a funcionar. Trató de que Quimera te dejara en paz y a los tuyos también, pero cuando te enfrentaste a Jacob, te convertiste en una amenaza demasiado grande. Quimera ordenó que te mataran. Micah no sabía acerca de la orden hasta que todos se habían dejado venir detrás de ti. Él te salvó.

Me miró. Mi mente estaba todavía tratando de asimilar la idea de que Micah me había mentado todo el tiempo.

—Micah le dijo a Quimera que tú ibas a ser un Panwere como él, y él nunca podría encontrar otro. Que es por eso que puedes controlar a los leopardos y los lobos.

La miré parpadeando.

—Creo que esa es una teoría. —Mi voz sonaba distante, incluso para mí.

—¿No lo entiendes, Anita? No creo que Micah lo creía, pero era todo lo que podía hacer para mantenerlos a ti y a él vivos, y para no estar como el resto de nosotros torturados. —Se puso de pie y el dolor desfiguró su cara. Zeke la estabilizó, luego se paró derecha y dejó caer el chal.

Quemaduras atravesaban sus pálidos hombros. El resto de su pecho desnudo y hermoso estaba sano y salvo, pero cuando se volvió para mostrar

su espalda, Gil quedó sin aliento. Su espalda estaba estampada con quemaduras, no, no eran, quemaduras, eran marcas. Alguien la había marcado una y otra vez. Las quemaduras eran frescas, de algunas de ellas corría sangre, algunas estaban con la piel chamuscada, ennegrecida, como si la presión no ha sido uniforme cada vez. Algunas de las marcas estaban manchadas en los bordes, como si se hubiera movido o luchado.

Ella se volvió hacia mí, con lágrimas brillantes en los ojos.

—Cada vez que Quimera enviaba a Micah fuera tenía un moretón. Si Micah no hacía lo que le pedían, entonces él nos hacía daño. —Ella comenzó a caminar hacia mí, sus manos abrazándose, como si ella misma pudiera mantenerse estable, pero cada paso que daba le hacía daño, y lo demostraba en el pestañeo de sus ojos—. ¿Qué harías para evitar que esto le suceda a Nathaniel?

Me miró a los ojos, pero eso fue un esfuerzo.

—Me gustaría hacer muchas cosas, pero no voy a entregar ni a traicionar a nadie.

Las lágrimas comenzaron a rodar lentamente por su rostro, como si estuviera luchando para no llorar.

—El torturó a Micah, porque Micah se negó a ayudarlo para atraerte a una emboscada. Quimera lo va a matar, porque él dice que Micah ya no es su gato, sino tuyo, él dice que las artimañas de una mujer le han quitado su lealtad. —Ella lloraba, y el movimiento le hacía daño, porque se inclinó hacia adelante, con espasmos en su cuerpo. La agarré por los brazos para evitar que se cayera—. ¡Oh, Dios! —susurró—: Me duele.

Tenía la garganta cerrada. La tomé por los codos hasta que se pudo sostener en pie.

—Soy el mensaje de Quimera para ti, Anita. Dice que va a hacer esto a tu leopardo si no vuelves con nosotros.

—Tú, no vas a volver allí —dije.

—Todavía tiene a Cherry y Micah. Si no regreso él le va a hacerle esto a ella. No creo que ella sobreviva a esto. —Comprendí lo que Gina quería decir. No es el cuerpo de Cherry, era su mente.

Ella comenzó a derrumbarse hacia el piso, lentamente, la apoye tan suavemente como pude.

—Micah sabía lo que pasaría con él cuando se negó a ayudar a atraparte, pero aun así lo hizo. —Estaba de rodillas ahora, sus manos aferradas a mis brazos apretando, lo suficiente para lastimarme—. Yo

hubiera mentido y estaría en desacuerdo para evitar que esto me sucediera. —Ella sollozó de nuevo, y yo mantenía sus brazos para evitar que cayera de espaldas hacia atrás en el suelo. La abracé, mientras ella temblaba en el dolor, y cuando se calmó, me dijo con una voz que eran más lágrimas que ruido—, habría traicionado a cualquiera para que dejara de hacerme daño. Pero él no quería nada de mí. Nada de lo que podía decir o hacer, lo detendría. Quimera le prometió a Micah que sólo él sufriría por negarse, una vez que fue encadenado y no podía salir me llevaron y le hizo ver. —Ella me miró con los ojos muy abiertos, llenos de cosas terribles.

—Quimera habría hecho eso a Cherry o tomara forma de animal. Dijo que nunca había tenido una bestia hembra antes.

—Eso es lo que él llama, los que estamos atrapados dentro de las formas —dijo Zeke.

Los dedos de Gina se clavaron un poco en mi brazo.

—Micah tomó nuestro lugar. Es un alfa suficientemente fuerte para haber mantenido la forma humana. Arriesgó su forma humana por nosotros. Merle fue nuestro Nimir-Ra, pero no correría el riesgo de su humanidad por nosotros. Micah tomó su lugar, y nuestro lugar. Es nuestro Nimir-Raj porque nos ama, a todos nosotros. Micah se ofreció a traicionarte para que dejara de hacerme daño, pero Quimera dijo que podía oler que Micah estaba mintiendo y que si él salía te advertiría. Así que me envió con Zeke, porque confía en Zeke.

Miré a Zeke sobre su forma colapsando poco a poco, tratando de acunarla para que no se deslizara hacia abajo, y se lastimara, pero todo parecía herirla. Ella estaba haciendo pequeños gemidos en el momento en que le ayudé a descender al piso. Había algo en los ojos humanos de Zeke para lo que no era necesario interpretar las expresiones faciales.

—Quimera debe ser detenido —dijo Zeke, en voz baja—. Debe ser detenido.

—Sí —dije, sosteniendo una de las manos de Gina—, sí, él debe ser detenido.

—Hay que parar este infierno —dijo Bobby Lee—, tenemos que matar al bastardo.

Asentí.

—Eso, también.



Logramos volver al club con un poco de tiempo de sobra. El wererata había llegado en vigor a mi casa, y había dejado a Rafael a cargo del rescate, porque eso es lo que sería. Yo estaba dejando que Zeke me llevara a la guarida del malo. Zeke sería quien iba a llevar las armas, y, teóricamente, me las daba de nuevo a mí si las necesitaba. Pero la teoría y la práctica no siempre son la misma cosa. Zeke había tratado de matarme una vez, ahora se suponía que debía confiar a él mi vida. Me parecía una mala idea, pero todavía quería hacerlo. Con tiempo suficiente, tal vez podríamos llegar a tener un mejor plan, pero no tengo tiempo. No, si teníamos la esperanza de salvar a Cherry y Micah.

Parecía haber pasado la mayor parte de los últimos cuatro años llegando tarde. Demasiado tarde para salvar a la gente, demasiado tarde para mantener a los enemigos a distancia. Estuvo el equipo de limpieza, alguien limpió después de que los cuerpos estuvieron esparcidos alrededor y enjugó

el desorden. Mato a los monstruos, pero sólo después que causaron cosas terribles. Incluso ahora, Quimera ya había matado y torturado, pero podía confesarme a mí misma, y a nadie más, porque esa parte de mí le importaba un comino a los demás. Quiero decir, siento lo del dolor de Gina y el amante de Baco, y Ajax, pero todo se resume a mí. Cherry y Micah eran reales. Micah se había convertido en alguien importante para mí y real y eso me asustaba, pero sin mirar demasiado cerca, podía seguir adelante, puedo seguir pensando con claridad, puedo seguir respirando normalmente. Me atemoriza pensar en la situación, mis sentimientos dan giros, surgen y me confunden, mi aliento se acelera cada vez más rápido.

La parte principal del club estaba oscura y vacía. El partido, como dicen, estaba arriba.

Era el cuarto al final del gran pasillo blanco donde habíamos ido a rescatar a Nathaniel y Gregory hace días. Quimera esperó fuera de la puerta con un capuchón negro, y las ranuras de sus ojos se abrieron para poder ver que eran de color gris pálido. Llevaba un traje común en lugar de una túnica, con corbata bien anudada y la camisa blanca que curiosamente se combinaba con el cuero negro del grupo. Tenía las manos detrás de él, apoyado en sus brazos. Estaba tratando de ser casual y no lo conseguía. Estaba nervioso, y no necesitaba ningún poder licántropo para darme cuenta.

Gina había necesitado la ayuda de dos de los werehienas para dar los pasos. Zeke la podría haberla ayudado, pero él estaba fingiendo guardar mis espaldas, y debajo del manto de Gina había una nota. La nota era de Baco, uno de ellos pidiendo que lo dejara en la entrada secreta. Al parecer, Quimera nunca había preguntado si había una entrada secreta en el club, por eso nunca nadie le dijo nada de ella.

Los ojos de Quimera me miraron más allá de ella.

—Gina... —Sacudió la cabeza.

—Llévenla, algunos necesitan atención médica.

No discutieron las dos werehienas, dieron la vuelta y regresaron por el pasillo. El hombre serpiente que había estado con ellos se quedó donde estaba, negro con ojos verdes, sin rasgos del rostro de Quimera. Me han dicho que se cuadró como un buen soldado, pero fue más que eso. Había algo en su cara que iba más allá, como si estuviera esperando órdenes de Quimera, como si fuese la cosa más maravillosa del mundo. Esa mirada de adoración paciente fue espeluznante de un lado, y sabía por qué Baco había

dicho que las serpientes tenían que morir. No por lo que habían hecho a las hienas, no era por venganza, sino porque las personas que adoran a sus reyes como dioses no participan en las revueltas del palacio.

—No estaba seguro de que vendría, Sra. Blake.

La voz era familiar, pero no pude encontrar a quien se parecía.

—Usted no me dio muchas opciones.

—Y por eso me disculpo.

—¿Lo suficiente como para que me lleve mis leopardos y vuelva a casa?

Casi sonrió, pero sacudió la cabeza.

—Micah no es su leopardo, Sra. Blake, es mío.

Una vez más, la voz sonó familiar, pero no pude ubicarlo. Me encogí de hombros.

—Usted me trajo aquí con el entendimiento de que ambos Cherry y Micah serían puestos en libertad, ilesos. Suena como que los dos son míos.

Sacudió la cabeza de nuevo.

—Si renuncio a Micah, tendría que renunciar a todos mis leopardos, y no estoy dispuesto a hacer eso.

—Entonces, ¿para qué me mintió?

—No, Sra. Blake. —Él se apretó las manos detrás de la espalda. Llevaba guantes de cuero negro—. Une a tu pard al nuestro, nos fortalecen.

Sacudí la cabeza.

—Vine aquí para liberar a mi pueblo, no para unirme a su club.

Miró a Zeke.

—¿No le explicaste lo que yo quiero?

Zeke pasó a mi lado.

—Me dijo que si ella venía aquí sin armas, se liberarían a Micah y los otros leopardos. Eso es todo lo que me dijo.

Quimera frunció el ceño, incluso a través de la capucha pude ver. Se frotó la cara detrás de la piel como si algo doliera.

—Sé que te dije que quería que se unan a nosotros.

—Ha dicho muchas cosas, estas últimas semanas —dijo Zeke, con la voz muy cuidadosa.

—¿Cuánto tiempo has sido Nimir-Ra de los leopardos? —preguntó. La voz era normal, ordinaria, aunque sus manos se frotaban la cara.

—Alrededor de un año.

—Entonces hay que ver como que tiene que haber una unión de todas

las formas diferentes. Lo único que nos ha permitido avanzar en cada ciudad es hacerse cargo de los grupos más pequeños. El hecho de que los grandes grupos les ganen ayudando. Son como los vecinos de la ciudad que sólo llaman a la policía si se trata de su propio apartamento que está siendo robado, porque si no dejan que cualquier persona en necesidad que no sea parte de su interés vayan al infierno.

—Estoy de acuerdo en que la comunidad licántropo podría utilizar un poco de unión, pero no estoy segura que lo de la tortura y el chantaje sea el mejor camino para conseguirlo.

Apretó las manos sobre los ojos, inclinándose de nuevo, como si estuviera sintiendo dolor. El hombre serpiente lo tocó con sus pequeñas manos oscuras. Quimera se estremeció, y luego se levantó, el hombre serpiente aun tocándolo, quería consolarlo, creo.

Quimera me miró, con sus ojos directamente. Se agarró la capucha de cuero y se la retiró de su cabeza. Su pelo oscuro estaba sudoroso, y necesitaba ser peinado. El toque de color gris en los templos no se distinguía más. Parecía más loco que el pelo de un científico, como si hubiera hecho algo horrible y había cambiado de color durante la noche. Pude ver las cicatrices en el costado de su cuello ahora.

Orlando Rey, alias Quimera, me miró.

Nos quedamos boquiabiertos. Estaba demasiado sorprendida para algo más.

—Veo que no me reconoció, Sra. Blake.

Sacudí la cabeza, y lo pensé dos veces antes de decir:

—No esperaba verte aquí. —Sonaba pobre incluso para mí, pero lo que quería decir era que Orlando Rey, el extraordinario cazador de recompensas, no debería haber sido el líder de un grupo de cambiaformas deshonestos. No era factible de alguna manera.

—Es por eso que sabía acerca de todos los cambiaformas en la ciudad, porque vinieron a ti en busca de ayuda.

Él asintió con la cabeza.

—He sabido, desde mi accidente, que para cazar licántropos deshonestos, no había que informar a las autoridades. Unas pocas manzanas podridas no tiene que estropear el barril entero.

Lo miré y traté de pensar.

—La gente pensó que tu experiencia cercana a la muerte se había suavizado, pero te contagiaste con licantrópía, por eso dejaste de ser un

cazador de recompensas.

—Me parecía mal cazar infelices —dijo—. Hay gente que tenía menos que ver con el accidente e hicieron peores cosas. Por lo menos estaba a la caza del hombre lobo que casi me mata. Estaba tratando de hacerle daño. La mayoría de las personas que sobreviven a un ataque de ese tipo son inocentes.

—Lo sé —lo dije, con voz suave, porque el conocimiento de Quimera provenía de Orlando Rey y no ayudaba a resolver el misterio para mí, sino que lo profundizó. Estaba más confusa que cuando entré en el maldito edificio.

—Pero cuando mi corazón cambió, como dices, fue después. La licantrópía apareció en mi torrente sanguíneo dentro de las cuarenta y ocho horas de mi ataque. Decidí sacar tantos monstruos como pude y que me dejen y lleven a cabo antes de la primera luna llena. —Se quedó junto a mí, los ojos perdidos con el recuerdo lejano—. Tomé los trabajos más peligrosos que pude encontrar, hasta que terminé tratando de matar a una tribu entera de wereserpientes en las profundidades de la cuenca del Amazonas. —Miró al hombre pequeño y oscuro que seguía a su lado—. Decidí que decenas de cualquier animal seguramente me matarían, y si no, entonces en la primera luna llena quería estar en un área desprovista de cualquier ser humano, excepto la gente que había venido a matar.

—Lógico, me imagino —dije, porque me pareció apropiado para decir algo.

Su mirada se desvió hacia mí.

—Había planeado mi muerte, Sra. Blake, pero todos los animales que traté de matar no sólo me querían matar a mí. Cuando tuve mi primera luna llena, había sido infectado por un gran número de formas de licantrópía, depredadores. Y en esa primera luna, cambié en Abuta y su gente, luego, un lobo, un oso, un leopardo, un león, etc, etc. —Estaba mirando a Abuta, y el hombre pequeño tenía su rostro algunas señales que tienen los fanáticos religiosos—. Pensaban que era un dios, porque podría tener muchas formas. Ellos me adoraron, y enviaron a la mitad de su tribu para que me acompañaran de vuelta a la civilización. —Se rió entonces. Era brusco y desagradable. Igual que cuando alguien ríe locamente se te ponen de punta los pelos de los brazos.

—Has matado a todos menos a tres de ellos, Anita. ¿Puedo llamarle Anita, no?

Asentí, casi con miedo de hablar, porque las emociones seguían existiendo en el rostro del Rey, unas emociones que no coinciden con sus palabras bañadas en calma, como si estuviera sintiendo cosas que él no era consciente. Fue como ver una película mal doblada, excepto que eran las acciones del cuerpo que estaban fuera de paso, no las palabras.

Una ráfaga de energía punzante salió de él, como calor, y sus ojos se volvieron. Un verde pálido leopardo y un ámbar lobo. No se trataba sólo de los colores del iris que no se han encontrado, era la forma de los animales, todo el conjunto de cada cuenca de los ojos era ligeramente diferente de la otra. No me había dado cuenta del cambio de la estructura porque había sido muy rápido.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Toda la expresión de la cara, cuerpo, todo cambió, y no fue al cambiar de forma, era como si otra persona sólo se instaló en la piel de Rey. La voz de Quimera era gruesa. Era la voz que había oído por el altavoz cuando trataron de emboscarnos en el club.

—¡Pobre Orlando, simplemente no puede aguantar más! Odia en lo que ha sido convertido.

Creo que dejé de respirar durante unos instantes, lo que hizo que mi próximo aliento durara. Había tratado con sociópatas, psicópatas, asesinos en serie, locos de todas las calañas, pero esta era mi primera personalidad múltiple.

Quimera tenía, bruscamente, la corbata ajustada, también si fuera poco, el cuello desabrochado, giró el cuello, y sonrió.

—No, eso es mucho mejor, ¿no te parece?

Mi voz salía entrecortada.

—Siempre es bueno estar cómodo.

Se acercó a mí, y por propia seguridad, me topé con Zeke. Quimera intervino muy cerca, casi tocando y olfateando justo por encima de la piel de mi cara. Esta cerca de su poder cabalgando sobre mí como miles de hormigas mordiendo a lo largo de mi piel.

—Llevas el olor del miedo, Anita. No pensé que un pequeño cambio como el de un ojo te asustaría.

Lamí los labios, mirando a los ojos desiguales a centímetros de distancia.

—Los ojos no me molestan.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó, ciñéndose sobre mí.

Me lamí los labios de nuevo y no sabía qué decir. O más bien, no podía pensar en una cosa segura que decir. Pensé en varias observaciones, pero la gente con un humor loco tiene la masa a su merced, es una regla. Por supuesto, también tenía una regla para no ponerme a merced de los sádicos asesinos en serie que sufren de trastorno de personalidad múltiple. Esperaba que todos pudiesen vivir a pesar de que no respetaba mis reglas de supervivencia. Las personas verdaderamente locas son a menudo impredecibles y difíciles de negociar.

—Estoy esperando una respuesta —dijo con una voz cantarina.

No podía pensar en una buena mentira, así que traté de decir la verdad.

—El hecho es que estaba hablando con Orlando Rey y ahora no lo estoy haciendo más, pero es el mismo cuerpo que habla conmigo.

Se rió y dio un paso atrás. Luego se quedó inmóvil, como si estuviera escuchando cosas que no podía oír. ¿El rescate sería pronto no? No podía ser. Él me miró, con esa sonrisa desagradable y se pasó las manos por su propio cuerpo.

—Hago un mejor uso del cuerpo que lo hacía Orlando Rey.

Miré el lado bueno, las cosas no mejoran. Miré a Zeke y traté de decirle con mis ojos que debería haberme dicho que Quimera estaba tendido por la locura.

Quimera me agarró de la muñeca, me tiró cerca. Había estado tan ocupada tratando de conseguir el contacto visual con Zeke que ni siquiera lo había visto venir.

—Yo estaba siempre con Orlando. Era esa parte de él que le permitía masacrar otros seres humanos y no sentir nada sino odio. Rara vez se cambiaba en forma animal. Era más seguro en forma humana, y Orlando era un creyente muy grande en materia de seguridad, al menos para sí mismo. —Él me atrajo contra su cuerpo por mi muñeca. No me hacía daño, pero la fuerza de su agarre era como una promesa, una amenaza. Podía haberme aplastado la muñeca y los dos lo sabíamos.

—Rey tenía una reputación para hacer el trabajo —dije.

—El trabajo era matar a otras personas, mujeres y hombres. Luego les cortaba la cabeza, quemaba los cadáveres, para asegurarse de que no regresaran. Yo era la parte de él que disfrutaba del trabajo, y cuando se convirtió en lo que más odiaba en el mundo, fui lo que le protegió de sí mismo.

—¿Cómo? —pregunté, en voz baja.

—Haciendo las cosas que era demasiado débil para hacer él mismo, pero aún así quería hacerlas.

—¿Cómo qué? —pregunté. El rescate llegaría, era sólo una cuestión de estancamiento hasta que llegara la ayuda. Había sido el plan original, y el hecho de que Quimera era Orlando Rey y más loco que un escarabajo de junio, en realidad no cambiaba el plan.

Simplemente tenía que seguir hablando. A todos los hombres les encanta hablar de sí mismos, incluso los que son completamente insanos. Ser loco no cambia eso, o al menos nunca antes había tenido la experiencia. Era sólo la materia de personalidad múltiple que me sacaba de quicio. Si Quimera nos trataba como cualquier maníaco homicida de otro modo, estaría bien. Al menos eso es lo que me decía a mí misma. Mi pulso se aceleró demasiado rápido, mi corazón hacia que mi pecho estuviera apretado, el miedo se mantuvo alto, no creo que me creyera.

—¿Quieres saber cómo me ayudó Orlando?, preguntó.

Asentí.

—Sí.

—¿De verdad quieres saber lo que he hecho por él?

Volví a asentir, pero no me estaba gustando la forma en que mantenía las cosas.

Él sonrió, y sólo la sonrisa era una promesa dolorosa, cosas desagradables.

—¿Sabes lo que dicen? Hablar es barato. Déjame mostrarte lo que he hecho, Anita. —Llegó detrás de él a la perilla de la puerta, se volvió, y me llevó a la otra habitación.



La habitación estaba oscura, completamente oscura, me sentía como si estuviese ciega, la nada, como una cueva. Quimera soltó mi brazo. Era como estar a la deriva, pero perdida en la oscuridad. Me tropecé en la oscuridad. A ciegas me atrapé a mí misma y toqué algo. Agarré la cosa, tratando de aferrarme a algo, cualquier cosa. Entonces descubrí que era carne bajo mi mano, y me di cuenta de que era humano y no de la talla habitual. Que era demasiado alto para ser de la pantorrilla de alguien. Di un respingo, y algo me rozó la espalda. Lancé un pobre grito, tropezando en la oscuridad, mis manos golpearon en otra cosa que se movía por mi golpe. Me di cuenta que fuese lo que fuese, estaba colgado en el techo. Me alejé de él y corrí por primera vez ante la próxima sorpresa. Recibí un sólido golpe de carne contra carne, haciéndome saber que era un cuerpo. Él grito, haciéndome saber que estaba vivo. Me golpeó con tanta fuerza que un hombre se puso encima de mí, trate de dar un paso atrás y choque con otro.

Uno de ellos no hizo ningún ruido. Mis manos estaban hacia delante de mí y luché para liberarme de ellos, pero mis manos no dejaban de tocar órganos y partes del cuerpo, caderas, muslos, nalgas. Me fui más rápido, tratando de salir a mi manera de la selva donde colgaban cuerpos, pero un rápido movimiento les hizo comenzar a balancearse y chocar contra mí. Gritos salieron de la oscuridad, como si hubieran sido obligados a todos a chocar entre sí. Los hombres gritaban en la oscuridad, por el sonido de las voces, sabía que no había mujeres. Un cuerpo me golpeó con tanta fuerza que me caí, y los pies colgando rozaron contra mí. Traté de arrastrarme lejos de ellos, pero estaban en todas partes, me tocaban, algunos luchaban contra mi espalda. Me acosté en el piso tratando de escapar, tener claridad, espantándolos con las manos, desesperada por no ser tocada. Me metí de espalda, con mis pies y manos para tratar de obtener ayuda de ellos, pero sus alturas eran diferentes, y no podía librarme de ellos.

Sentí un grito en mi interior, sabía que podría gritar una vez que acabara de huir. Mi mano cayó en un charco de algo caliente y líquido, y me detuve. Incluso en la oscuridad sabía que lo que sentía era como sangre. Este fue probablemente el punto donde la mayoría de la gente empezaría a gritar, pero de alguna manera la sensación de la sangre me calmó. Sabía de dónde provenía la sangre, fue sacada de un hombre hasta que murió. Apoyé la mano en la que todavía era una piscina de agua caliente y me tranquilicé.

Me tendí en el suelo con mi mano en la sangre y la cabeza apoyada en Dios sabe qué y volví a aprender a respirar. Me quedé muy quieta y no traté de moverme, y los pies no me tocaban. Así me quedé en la oscuridad y cerré los ojos y traté de usar mis otros sentidos, porque mis ojos eran inútiles. Tengo una visión nocturna muy buena, pero incluso un gato necesita un poco de luz, y no había nada, nada, sino oscuridad.

Las cadenas crujían como los cuerpos aun girando en gran medida por encima de mí. Había pequeñas corrientes de aire. Una gota caliente golpeó mi mejilla. Una nueva hemorragia empezó de un cuerpo. Yo cerraba los ojos y me obligué a tomar constante, respiraciones. Un hombre estaba gritando: —¡Dios, Dios, Dios!— una y otra vez, tan rápido como podía respirar. Se había perdido, y no lo culpo. Yo había estado cerca, pero no estaba colgada del techo, desnuda y sangrando.

La voz de Quimera salió de la oscuridad.

—¡Cállate, cállate la boca!

El hombre dejó de gritar, casi al instante, pero su respiración se hizo en

gemidos, como si él temía hacer algún sonido.

—Anita —dijo Quimera—. Anita, ¿dónde estás?

Aunque no pudo ver en la oscuridad total, el olor de la sangre, el sudor y el olor de mi carne estaban enmascarados, aparentemente. Era muy bueno, que no sabía dónde estaba. Ojalá hubiera podido pensar en algo bueno que hacer con esa información. Pero sólo estaba en la oscuridad en el suelo sucio, mi mano en la piscina de la sangre, una gota de sangre fresca, sangre caliente golpeaba mi mejilla, y no hice nada. Todo lo que tenía que hacer era quedarme donde estaba hasta que llegara la caballería. Había intentado hablar con Quimera y no había funcionado bien. Sólo trate de estar en silencio.

—Anita, Anita, contéstame.

No le contesté. Si quería encontrarme podría encender la luz. Yo creía que quería algo de luz. Pero luego pensé que tal vez realmente no quería ver lo que colgaba encima de mí en esta sala. Tal vez sería uno de los lugares de interés donde la mente guardaría cada detalle, detalles e imágenes imposibles de olvidar. Pero anhelaba ver algo, casi cualquier cosa. Me quedé en la oscuridad, acurrucada como si estuviese bajo las sábanas como un niño, miedo a la oscuridad, miedo de lo que no podía ver.

—¡Respóndeme, Anita! —Gritó esta vez, con voz áspera.

Una voz masculina de encima de mí.

—Respóndele, si puedes, no querrás que se enoje contigo.

Otro hombre le dio un sonido como una risa de asfixia. Sonaba espesa, como si no hubiera sangre en la boca y la garganta.

La oscuridad de pronto se llenó de voces diciendo:

—Respóndele. —Era como si el viento se hubiese encontrado una voz y me estaba dando instrucciones en la oscuridad.

Otra gota de sangre cayó sobre mi mejilla y comenzó a deslizarse lentamente por mi piel. No la limpie. No me moví. Tenía miedo de que cualquier movimiento dejara saber a Quimera donde estaba y no quería eso.

—¡Cállense! —gritó Quimera, y le oí moverse más en la habitación. Las voces por encima de mí quedaron en silencio. Pero todavía podía sentir un peso colgando por encima de mí, como un techo de roca que ejerce presión sobre mí. Tomé un respiro profundo, lo deje escapar lentamente. Mi claustrofobia estaba tratando de gritar en mi cabeza que no podía respirar, pero era una mentira. La oscuridad no tiene el peso, era más bien el miedo de hablar. Si Quimera quería que me acostara en la oscuridad

durante la siguiente hora hasta que llegara la ayuda, me lo permitió. No me preocuparía. No serviría de nada para mí, empezar a gatear frenéticamente por el suelo con pies cepillándome la espalda. Si hiciera eso, empezaría a gritar, y no dejaría de hacerlo por un largo tiempo, muy largo.

La sangre escurría por mi cuello en mi pelo, y cerraba los ojos y me concentre en la respiración poco profunda, tranquila.

—Respóndeme, Anita, o voy a empezar a cortar a los hombres que están colgando por encima de ti —dijo Quimera. Su voz estaba más cerca, pero no demasiado cerca. Todavía estaba en el bosque de cuerpos colgantes.

Todavía no le respondí.

—¿No me crees? Déjame probártelo.

Un hombre gritó, alto, lamentable, sin esperanza.

—No —dije.

—¿No qué?

—No les hagas daño.

—No son nada para ti, no son tus animales, no son tus amigos. ¿Por qué te importan?

—Orlando Rey sabe la respuesta a tu pregunta.

—Te lo pregunto a ti —dijo Quimera.

—Ya sabes la respuesta —dije.

—¡No, no! Orlando sabe la respuesta. Yo no. Yo no entiendo. ¿Por qué te preocupas por los extraños? —Otro hombre gritó de nuevo.

—¡Basta, Quimera!

—¿O qué? —preguntó—. ¿Qué vas a hacer si no me detengo? ¿Qué vas a hacer si estoy aquí en la oscuridad y le corto sus partes a este hombre? ¿Cómo vas a detenerme?

El hombre estaba gritando:

—¡No, no, eso no, no, no! —El grito se cayó, lo que significaba que el hombre estaba muerto, o se había desmayado. Esperaba que se hubiera desmayado, pero de cualquier manera no podía hacer gran cosa al respecto.

—¿Puedes probar el miedo, Anita? Saborea en tu lengua como es fuerte el miedo.

En ese momento mi boca estaba tan seca que no podía haber probado un montón de cosas. Pero podía sentir su miedo, el olor en ellos. Todos ellos tenían miedo ahora, un nuevo terror, saliendo de sus pieles.

—Es fácil asustar a la gente en la oscuridad, Quimera. Todo el mundo

tiene miedo de la oscuridad.

—¿Incluso tú?

Evité la pregunta.

—Me dijeron que si venía aquí dejarías ir a Cherry y a Micah.

—Yo no se le dije a Zeke.

Y en ese momento sabía que no tenía intención de dejarlos ir. No debería haberme sorprendido, pero lo hizo. ¿Realmente esperaba que el trato fuera justo por parte de él? Quizás. Una parte de mí se sentía ofendida por saber que no iba a hacer lo que él había dicho. Significaba que todos los negocios eran nulos. Había pasado de tener algo que negociar con él, a nada. En un arrebato, podía matar a Cherry y a Micah antes de que llegara la ayuda. Mi pulso se estaba acelerando de nuevo, y luché para mantener mi respiración constante. Levanté la mano de la piscina de sangre. Bien podía moverme.

Había podido localizarme a través de mi voz.

Puse mis manos en mi estómago y traté de pensar en lo que podía hacer, sin armas, contra un hombre que me supera en más de cien libras y era lo suficientemente fuerte como para romper paredes de ladrillo. Nada útil me vino a la mente. Tal vez la violencia no era el modo de pararlo. ¿Sexo? ¿Dulce razón? ¿Ingeniosas réplicas? ¡Dios mío, necesito un poco de ayuda aquí!

—No sientes la necesidad de hablar, ¿verdad? —preguntó la voz más tranquila de lo que había sido, más «normal».

—No, al menos que tenga algo que decir.

—Eso es inusual en una mujer. La mayoría de ellas no pueden soportar la idea del silencio. Ellas hablan y hablan y hablan. —Sonaba más tranquilo. De hecho, parecía que deberíamos haber estado sentados en una mesa en algún restaurante agradable en una cita a ciegas. Desde que estábamos en una sala de tortura a oscuras con sangre en el suelo, la voz de hecho era más aterradora que lo que había sido el delirio. Se suponía que iba a despotricar, pero era una pequeña charla tranquila, eso era realmente una locura.

Su voz se puso más tranquila, pero nunca sonó exactamente como Orlando Rey. Era como si hubiera otra voz que salía de él, otra personalidad, tal vez. Yo no sabía, y no me importaba. Si deja de cortar a la gente, entonces sí.

—¿Te gustaría ver a tu leopardo ahora? —preguntó la voz tranquila.

—Sí.

Las luces explotaron a través de mi visión, y estaba tan ciega con el brillo como lo había estado con la oscuridad. Me puse una mano sobre los ojos para protegerlos, y luego despeje lentamente mi visión irregular.

Estaba mirando un par de pies, piernas. Mi mirada se dirigió hasta la línea del cuerpo del hombre para encontrar marcas de garras de nuevo sobre sus nalgas y los muslos. Otra gota de sangre se arrastraba de su pie desnuda a mi mano. Mi mirada se dirigió lentamente hacia el siguiente par de piernas, y el siguiente, y el siguiente... Decenas de hombres colgados como adornos obscenos. Por primera vez me dejé de impresionar, ¿estaba Micah colgando en alguna parte en el bosque de cuerpos?

—¿Quieres ponerte de pie o estás disfrutando la vista desde allí? —La voz tranquila habló a sólo dos metros de mí. Eso me hizo sentirme mal. Volví la cabeza hacia atrás para ver a dos hombres de Quimera colgando lejos de mí.

—Voy a ponerme de pie, si no te importa.

—Permíteme que te ayude. —Movié a un lado uno de los hombres que colgaban como si moviera una cortina, los ojos azules no estaban abiertos, mirándolo, como el hombre no se estremeció cuando Quimera le tocó.

Estaba en mis pies, evitando cuidadosamente el cuerpo más cercano a mí, antes de que Quimera pudiera dejar el otro lado y me ayudara a ponerme de pie. Realmente no quería que me tocara.

Los ojos de Quimera habían sangrado de nuevo a gris humanos. Su rostro era blanco, ordinario. Esa sonrisa casi diabólica se había ido, pero no estaba mirando a Orlando Rey tampoco. Era alguien más. La cuestión era, ¿esta nueva personalidad va a ser más útil o más peligrosa?

Retiró los cuerpos como el acto de abrir una puerta para que pudiera salir. Me dejaba llevar, pero mantuve mi atención en él, como si esperaba que tratara de agarrarme. Supongo que sí. Cuando salí del espacio, una respiración salió de mí que ni siquiera sabía que llevaba.

Quimera se acercó a mí, y me moví un poco lejos de él. Un movimiento me llamó la atención, pero fue sólo de los hombres colgando balanceándose lentamente desde donde se había trasladado Quimera. Todos ellos tenían señales de algún tipo; garras, cuchillas, quemaduras. Uno de ellos le faltaban las piernas por debajo de las rodillas.

Me volví hacia el hombre delante de mí, y sabía que estaba pálida. No pude evitarlo. Ya no había gritos. No había entrado en mucho pánico. No

podía controlar las cosas involuntarias. Estaba teniendo bastantes problemas por controlarme.

—¿Dónde están mis leopardos? —pregunté, y mi voz sonaba casi normal. Tengo un trillón de puntos Brownie para eso.

—El leopardo está aquí —dijo, y caminó hacia una cortina blanca pesada que ocupaba casi toda la pared cerca. Cogió un cordón y el telón se abrió. Detrás de él había una alcoba, y Cherry estaba encadenada por las muñecas y los tobillos a la pared de piedra. Una pelota de mordaza de cuero llenó su boca. Sus ojos estaban muy pálidos. Las lágrimas mancharon la sangre seca en el rostro. Su rostro estaba intacto, pero la sangre había llegado de alguna parte.

—Ella ha sido curada con todo lo que sabíamos —dijo Quimera. Abuta la serpiente apareció al lado de Quimera, como si hubiera sido convocado. El hombre más grande acarició la cabeza del hombre serpiente, como acariciando a un perro que le gustaba mucho—. Abuta ha demostrado un gran talento para este tipo de cosas.

Tragué saliva y traté de no enojarme. El enojo no ayuda a nadie. La ayuda venía en camino. Tenía que aguantar hasta que estuvieran aquí. Miré alrededor del cuarto. Había hombres encadenados a la pared a todo alrededor. No reconocí a ninguno de ellos.

Había una cierta uniformidad en ellos, todos jóvenes, bien contruidos, algunos delgados, algunos musculosos, de todas las razas, diferentes físicos, todos atractivos.

Me pregunté ¿cuánto tiempo le había tomado a Narciso encontrar todos estos buenos hombres?

Micah no estaba a lo largo de la pared. La fotografía de la habitación se parecía más a la alcoba, que Cherry estaba y miré la parte aún sin abrir la cortina. ¿Estaba ahí detrás?

Me había acercado a Cherry sin darme cuenta, porque ella hizo un pequeño movimiento en sus cadenas, y me sorprendió. Me volví para encontrarme a Quimera. No se había movido por lo que pude ver, pero algo que él había hecho la había asustado, y finalmente me di cuenta qué. Sus ojos animales habían vuelto de nuevo, y esa sonrisa misteriosa había regresado. Quimera de nuevo, y llámenlo una corazonada, pero apostaba quién hizo la mayor parte de la labor del dolor que las otras dos personalidades.

—Desencadénala —dije, ¿cómo estaba segura de que haría lo que le

pedí? No lo sabía.

Extendió una mano hacia su rostro, y me agarró por la muñeca.

—Suéltala.

Él sonrió con esa sonrisa desagradable hacia mí.

—No me gustaría perder una de las únicas mujeres que tenemos aquí. Narciso puede ir en ambos sentidos, pero mantiene a las mujeres fuera de su envase. Las reales hienas son matriarcales. Teme que si lleva la mujer en el instinto se hará cargo y perderá su manada, porque no es suficiente mujer para mantenerla.

—Siempre me gusta aprender nuevos hechos de zoología —dije—, pero vamos a desencadenar a Cherry y a sacarla de aquí.

—¿Pero qué pasa con tu amante? ¿Micah?

Observe que los ojos del animal no coincidían y luché para mantener alejado el miedo en mi rostro.

—Pensé que lo estaba ahorrando para lo último, una especie de final. — Mi voz se había ido de la calma al jadeo. Por el tono, habría pensado que no me importa una u otra manera.

Su sonrisa se hizo más profunda, y vi una expresión humana llenar sus ojos animales.

Una anticipación, la anticipación de mi dolor, creo.

Abrió la cortina lentamente, revelando a Micah encadenado por las muñecas y los tobillos a la pared, al igual que Cherry. Pero a diferencia de ella, sus heridas no habían cicatrizado. El lado derecho de su rostro había sido golpeado gravemente. Su ojo estaba hinchado, completamente cerrado, con incrustaciones de sangre seca. Esa delicada curva de la mandíbula estaba tan hinchada que no parecía real. La hinchazón había torcido el labio de un lado. Y estaba tan hinchado que pude ver el rosado interior de su boca y los dientes que ya no cerraban por completo. Oí un sonido pequeño, y era yo. Estaba cerca de un sollozo, y no podía permitirme ese lujo. Si Quimera sabía cuánto me dolía, acabaría de herir más a Micah. No pude evitar tocarlo. Tuve que tocarlo, porque sólo entonces se hizo real para mí.

Lo toqué con la punta de los dedos al lado de su cara. Su lado bueno abrió los ojos.

Hubo un momento de alivio, entonces creo que vio a Quimera, y su ojo se amplió. Trató de hablar pero no podía abrir la boca. Hizo pequeños ruidos estando herido.

Quimera tocó las contusiones ligeramente, pero Micah hizo una mueca

de todos modos. Me agarró por la muñeca, como lo había hecho para Cherry, y atrapó mi cuerpo entre los dos hombres.

—Desencadénalo.

—Le rompí la mandíbula personalmente por mentirme.

—No te mintió —dije.

—Me dijo que ibas a ser un panwere como yo, pero no lo eres. —Se inclinó hacia mí oliendo—. Huelo como si lo fuese. Eres algo, y no es humano. Huelo leopardo y lobo. —Tomó una respiración profunda justo por encima de la piel de mi cara—. Pero también hueles a vampiro. No sé lo que eres, Anita. —Miró a Micah—. Estaba tratando de hacerle daño a él o a sus gatos después de haber salvado mi pueblo, cuando llegaron a su casa.

—Así que no soy un panwere. ¿Significa eso que no me quieres para tu compañera? —Se rió entonces—. Oh, no sé, me gusta violar, añade sabor. —Creo que dijo que sólo a golpes, pero no estaba segura. ¿Había violado a Cherry? ¿La había tocado? Traté de mantener la idea fuera de mi cara, porque con el pensamiento me puse blanca, lavada en caliente de la ira.

—Oh, a ti no te gusta esa idea, ¿verdad? —Trató de tocar mi pelo, y me alejé de él fuera de la alcoba, así habría espacio para maniobrar. La ayuda estaba en camino, pero un vistazo a mi reloj me dijo que faltaban unos veinte minutos aún para la hora. Tal vez las tropas regresarán pronto, tal vez no lo harían. No podía permitirme el lujo de contar con ellas.

No trató de seguirme, dejándome pulgadas de distancia.

—Podría violarte delante de Micah. No creo que a ninguno de ustedes les gustará. Aunque la verdad preferiría que fuera a la inversa. Orlando es homofóbico. ¿Me pregunto por qué sería?

Observé cómo bajó levemente la cortina, mostrando a Cherry y a Micah.

—Nos gusta más en otros lo que más odiamos en nosotros mismos —dije.

—Bravo —dijo Quimera—. Sí, guardo un montón de Orlando a salvo de Orlando.

—Eso debe ser duro —dije.

—¿Qué? —preguntó.

—Mantener secretos cuando se comparte el mismo cuerpo.

Me siguió lentamente por el borde de la pared.

—Al principio no quería saber lo que hicimos, pero últimamente se ha

convertido en... descontento con nosotros. Creo que se habría hecho daño a sí mismo si no lo hubiera detenido. —Quimera señaló hacia los hombres colgados—. Se despertó en la oscuridad en medio de ellos. Se puso a gritar como una niña. —Quimera puso sus dedos en los labios y dijo: ¡Uy!, perdón, no gritan todos. Gritó como un bebé hasta que llegué y lo rescaté, pero no parecía agradecido. Él me echó la culpa. —Quimera parecía desconcertado, y otra vez tuve esa impresión de que estaba escuchando cosas que no podía oír. Me miró—. ¿Oyes eso?

Ampliado mis ojos en él y me encogí de hombros.

—¿Qué?

Parecía fuera de los últimos hombres que colgaban, y miré alrededor buscando un arma. Todo este daño y la gente troceada, tenía que haber una hoja por aquí. Pero la sala se extendía blanca y vacía, a excepción de los hombres encadenados. ¿No había nada, como pokers, mazas, armas de mierda? ¿Qué tipo de calabozo era esto, hay víctimas, pero no existen instrumentos de tortura?

Oí entonces, gritos, peleas. La batalla estaba en marcha. A pesar de que todavía estaba lejana. La buena noticia era que la ayuda estaba en camino, la mala noticia era que Quimera sabía lo que pasaba y estaba sola con él. Bien, no estaba sola, pero nadie encadenado a la piedra iba a ser capaz de ayudarme.

Se volvió a mí con un rostro tan lleno de rabia que era casi bestial, sin ningún tipo de cambio de la forma.

—¿Por qué tomas todas las versiones de los alfa? —pregunté. Yo estaba todavía tratando de seguir hablando, porque era todo lo que tenía.

—Así podría gobernar a sus grupos. —Sus palabras salieron débiles y gruñendo con los dientes apretados.

—Las serpientes anacondas. El alfa que tomaste era una cobra. No se puede gobernar a un tipo de serpiente que no eres.

—¿Por qué no? —pregunté, y comenzó a acecharme, todavía en forma humana, pero con la gracia de tensión que es más animal que humano.

No tenía una buena respuesta para eso.

—¿Están los alfas vivos?

Sacudió la cabeza.

—He oído la lucha, Anita. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada.

—Estás mintiendo. Puedo olerlo.

Muy bien. Tal vez la verdad ayudaría.

—Los sonidos que se escuchan son la caballería a cargo del rescate.

—¿Quién? —preguntó la voz en un gruñido. Todavía estaba acosando hacia mí, y yo todavía estaba alerta.

—Rafael y su wereratas, probablemente el hombre lobo por ahora.

—Hay cientos de werehienas en este edificio. Su caballería no puede pasar a través de ellos a tiempo para salvarla.

Me encogí de hombros, con miedo a decir la verdad, miedo de que se desquite con los amantes de las werehienas. Y no me atrevo a mentir, habría olor. Así que seguí alerta. Estábamos casi en la puerta. Si pudiera abrirla, tal vez me persiguiera. Tal vez podría llevarlo a una emboscada.

Abuta se colocó delante de la puerta. Me había olvidado de él, fui negligente. No es fatal, aún no, pero fue un descuido.

Apoyé la espalda a la pared para que pudiera mantener un ojo en ambos. Abuta se quedó en la puerta, si seguía cerca de la puerta se mantendría alejada de mí. Quimera, por el contrario, se mantuvo el acecho, cerca. Estaba entre una pan-were y una serpiente.

Quimera fluía en su forma. He visto cambiaformas cambiar durante años, y siempre fue violento, o sucio. Pero esto, esto es, casi... impresionante. Escalas fluían por encima de él como si fuera agua. No había un líquido claro, ni sangre, sino el cambio, como si él saliera de una forma a otra, como cambios los de Clark Kent en Superman. Fue tan rápido que era casi instantáneo. Ni siquiera se pierde un paso. Su ropa se plegaba como los pétalos de una flor al caer en la tierra, y él salió en la forma de serpiente de Coronus. El hombre de la gran serpiente dejó de moverse. Se quedó paralizado en esa quietud de los reptiles. Me quedé helada cuando lo hizo. Finalmente, volvió la cabeza para poder mirarme con ojos de cobre. Debe de haber jugado en el infierno con su percepción de la profundidad para ver eso.

—Me acuerdo de ti. Quimera nos dijo que te matara. —Miró a su alrededor en el cuarto oscuro y dijo lentamente—. ¿Dónde estamos?

Luego se inclinó como si en el dolor, y de la forma siguiente era humano pero no el cuerpo de Orlando. Era Boone y ante los ojos de Boone había perdido su mirada confusa, él era un hombre león. Por un segundo pensé que sería Marco, pero, por supuesto, no podía ser tanto Marco y Coronus, ni siquiera podía tirar Quimera que uno fuera.

Era de oro, leonado, musculoso, masculino, con una melena alrededor

de la mitad de la cara humana, que era casi negra. Las uñas de sus manos eran como puñales negros.

—Esta forma es realmente mía —gruñó—. La serpiente y el oso son como Orlando, que todavía creen en sí mismos. Pero soy todo lo que hay, y no hay nada, pero Quimera...

Llegó a mí, y eché a correr. Corrí hacia los hombres colgados, porque sabía que había que detenerlo, se volvió en el último segundo, tan rápido que cayó al suelo y se deslizó fuera de las manos y los pies como un mono. Ellos lo frenarían, pero había que cortar hasta llegar a mí. No podía dejar que eso sucediera.

Me arrinconó en el lado opuesto de la habitación más alejada de la puerta y Micah. Creo que podría haberlo captado antes, pero yo no estaba corriendo. No sé por qué. Los sonidos de los combates estaban más cerca, pero no lo suficiente.

Quimera vino hacia mí con la gracia que figura en la violencia, una montaña de músculos y la piel tostada que brillaba en las luces. Abrió la boca y gritó, un sonido que nunca había escuchado fuera de un parque zoológico antes. Su rugido, me hizo estar un poco más recto. Zeke y Baco habían prometido ir a sacarnos de aquí antes que el resto de los enfrentamientos comenzaran. Habían fracasado, o mentido, pero no iba a caer sin luchar, y no iba a gritar. Lo vi venir hacia mí, como una pesadilla en cámara lenta, hermosa y terrible, como una especie de ángel bestial.

De repente, se levantó el *ardeur* dentro de mí como una ola de calor, derramándose a lo largo de mi piel, dibujando un grito en mi garganta. La última vez había aumentado debido a la cercanía de Richard. Esta vez... Tal vez fue el tiempo justo para alimentarme de nuevo. El momento en que supe que quería alimentarme, Jean-Claude había despertado, y con su aumento, en el fondo del Circo, el *ardeur* había aumentado dentro de mí.

Quimera se detuvo dónde estaba, moviendo la cabeza con una gran melena.

—¿Qué es eso? —gruñó.

Mi voz era entrecortada.

—El *ardeur*.

—¿El qué?

—El *ardeur*, el fuego, la necesidad —dije. Con cada palabra el *ardeur* creció como un peso, y el peso rozó mi bestia. Se derramó hacia arriba apretada, rizado en el lugar dentro de mí, y los dos por separado calientes

se elevaron en el interior, derramando a lo largo de mi cuerpo, y me atraían hacia Quimera. No tenía más miedo de él, porque pude oler su miedo hacia mí. Nunca tuviste que tener miedo de todo lo que tenía miedo de ti. Una parte de mí sabía que no era cierto, que un hombre asustado con un arma de fuego es más probable que dispare a un valiente, pero las partes de mí que fueron capaces de pensar se deslizaban lejos, dejando sólo el instinto. A lo que quedó le gustaba el olor del miedo. Me recordó a la comida y el sexo.

Quimera retrocedió, e inició un lento caminar hacia atrás en la forma en que había llegado, esta vez empecé avanzando lentamente sobre él. Le acechaba como él me había acechado mí, y una parte de mí se dio cuenta que estaba poniendo los pies uno encima del otro, casi pisando mis propios pasos, como un gato. La caminata era extrañamente elegante, oscilando las caderas. Mi columna era muy recta, los hombros hacia atrás, con los brazos casi inmóviles a los lados, pero había una tensión que atravesaba mi cuerpo superior, una anticipación de la acción, de la violencia. Siempre antes del *ardeur* había anulado el hambre de la bestia, pero como yo acechaba a Quimera, observé que la forma muscular enorme que se alejaba de mí, era la carne en que estaba pensando. Dientes y garras, para desgarrar la carne, morder. Casi podía saborear su sangre caliente, casi hirviendo en mi boca, en mi garganta. No fue sólo el hambre de mi bestia, pero Jean-Claude tenía sed de sangre y el deseo de Richard de la carne. Fue todo eso y el *ardeur* ejecutado a través de toda ello, de modo que el hambre alimenta a la siguiente en una cadena interminable, una serpiente que se muerde la cola, el Ouroboros de los deseos.

Quimera dejó de correr, apretándose contra la cortina blanca. Estábamos casi de nuevo al lado de Cherry y Micah. Había una pared sólida detrás de Quimera, detrás de la cortina.

—¿Qué eres? —preguntó con una voz que fue estrangulada, llena del temor que se levantó fuera de él en ondas. El olor del aire, llenó su nariz—. Ni siquiera tu olor es el tuyo.

—¿A qué huele? —Le toque el pecho con sólo una mano, no estaba segura de lo que haría. Pero él no la retiró. Apoyé la palma de la mano sobre el corazón y consideré que era pesado, aumentó el ritmo de su corazón en contra de mi mano, sí hubiera podido lo acariciaría, como correr su mano sobre la cabeza de un tambor. Sabía en ese momento lo que más quería. Él quería morir. El que estaba en el centro, lo que quedaba de Orlando Rey, lo que había sido, quería acabar con él. Había estado tratando

de matarse a sí mismo desde el momento en que supo que iba a ser un hombre lobo. Nunca había cambiado de opinión. Sólo que no pudo llegar a cometer el suicidio, no directamente de todos modos.

Me apoyé cerca de él, presionando nuestros cuerpos juntos, a la ligera, las dos manos sobre su pecho.

—Yo te ayudaré —dije en voz baja.

—Ayudarme, ¿cómo? —Pero su voz era terrible, como si él ya lo sabía. El dolor se abrió a través de mi pecho. Mis rodillas se desplomaron. Quimera me sorprendió cogiéndome, con cuidado, con esas manos garras. Creo que fue un gesto automático. Vi a través de los ojos de Richard por un momento, vi a un gruñido werehiena en su cara, sentí las garras rasgando su pecho. El dolor era agudo, fractura de huesos, luego, entumecimiento, y Richard no luchaba contra él. Dejó el rollo de adormecimiento sobre él. Sabía en ese instante que Richard quería morir, o más bien no quería vivir como él. El dolor le había hecho llegar a mí, pero sus manos eran lentas, lentas para defenderse. Él nunca admitiría que se había dejado morir, pero él lo quería, y lo hizo lento. Lo suficientemente lento como para que el hombre hiena tallara su pecho abierto como un melón.

Shang-Da estaba ahí tirando de la hiena fuera de él, entonces yo estaba en mi propio cuerpo, arrojada por el aire, a la cortina de la alcoba, y más allá. La cortina había amortiguado un poco la caída, y los últimos restos de entumecimiento de Richard han hecho que mi cuerpo se pusiese flácido, por lo que no me dolió. Me quedé por un segundo sobre la cortina. Mi mano rozó ida y golpeó el metal. Levanté el borde de la cortina y descubrí que esta alcoba estaba llena de armas. Había encontrado las cuchillas.

Quimera me había echado en ellas, y el choque de la lesión de Richard había aplastado el *ardeur*. Mi mano se cerró sobre un cuchillo que era más largo que mi antebrazo. Lo planteé a la luz y sabía que era plata cuando lo vi. El *ardeur* se había ido sin mi alimentación, y yo estaba armada. La vida era buena.

Entonces oí el sonido de uñas, cuchillas, de carne, el sonido desgarró algo agudo pasando por la carne. Cuando se oye el sonido con la suficiente frecuencia, sabes lo que es.

Pude ver a los hombres que colgaban aquí, y estaban intactos. Mi nudo en el estómago se apretó y se hizo más frío, porque sabía dónde estaba Quimera. No sabía de cuál de ellos fue el corte.

Empujé la cortina lejos de mí, comencé a ponerme de pie y Abuta

estaba delante de mí. Mantuve mi puño en la cortina y se lo arrojé. Él hizo lo que haría cualquiera. Hizo una mueca, y clavé la hoja de plata por el centro de su cuerpo, hasta su corazón.

Abuta gritó, una mano se remontó hacia donde Quimera estaba cortando a mi pueblo. Dijo algo en un idioma que no entendía. A medida que su cuerpo se derrumbó, seguía girando la hoja tratando de encontrar su corazón maldito, pero la hoja fue pegada en las costillas y la cuchilla era más ancha que mis cuchillos de costumbre. No se movería a donde quería que fuera. Tuve una visión de un color dorado difuminado momentos antes de que Quimera rompiera su mano en mí y me enviara a volar de regreso en los hombres colgando. Me di un golpe sólido, estaba en el suelo tratando de volver a aprender a respirar. Su brazo me había dado en un hombro, y estaba entumecida por el impacto.

Quimera se arrodilló sobre el hombre serpiente, sosteniéndolo en sus brazos. Su movimiento hizo volver mi mirada hacia Micah y Cherry. La parte delantera del cuerpo de Cherry eran unas sangrientas cintas, como si hubieran sacudido garras a ambos lados tan profunda como podrían ir, todo el daño que podía hacer en el menor tiempo posible. Su pecho subía y bajaba en ruinas frenéticamente, ella estaba viva.

El cuerpo de Micah se derramó abierto como algo maduro que había sido arrojado contra una pared. Sus intestinos brillaban como algo separado y vivo. Pude ver las cosas dentro de su cuerpo que no estaban destinados a ver la luz del día. El convulsionó, en contra de las cadenas.

Yo grité, y algo sobre mi pánico me abrió a Richard de nuevo. Estaba tirado en el piso de abajo, y se estaba muriendo, y más que eso yo sentía que su renuncia había lastimado a los lobos. Él era su Ulfric, su corazón y su cabeza, y su voluntad era débil, y les hizo débiles. Las hienas y los hombres lobo que lucharon contra Quimera estaban luchando por lo que creían, o la lucha por los que amaban. Los lobos no tenían nada, pero si la voluntad de Richard de morir.

Y sabía en ese momento que, si moría no sólo sería Jean-Claude y yo, que nos uniríamos a él, sería igual con todos los lobos. Algo había salido terriblemente mal con Baco y el plan de Zeke. Las hienas y la masacre del hombre lobo era nuestro grupo. Todos ellos, todos ellos morirían.

Grité de nuevo, y Quimera estaba delante de mí, sus garras estaban rasgando heridas poco profundas en mi pecho. Salió a la otra parte, la espalda, y el tiempo parecía lento. Tenía todo el tiempo del mundo para

decidir qué hacer, y, sin embargo, no he tenido tiempo de sobra. Sentía el aliento de Richard en mi pecho, sentí que comenzaba a morir.

El cuerpo de Micah dio un escalofrío pasado, luego se fue muy tranquilo.

Yo grité, sin palabras, para alcanzar algo, cualquier cosa para salvarlos. Mi poder vino, mi poder, y era lo único que podía hacer para salvarnos a todos. Fue una de las peores cosas que jamás había visto hacer y no lo dudé.

Llamé a mi poder, no había tiempo. Lo fusioné. Se corría para arriba, a través de mí, al instante, se derramó en mis manos. Toqué una mano un brazo que me tenía pelo, y luego bloquearon el otro brazo a su paso hacia mí en un borrón de movimiento.

Bloqueando el golpe y arrastraron mi mano libre a los largos brazos de Quimera, de modo que mis manos tocaban sus brazos. En el momento que toque lo suficientemente de él, llamé el poder que había aprendido en Nuevo México. Cuando planteé un zombi para poner la energía en el cuerpo, lo que ayudó a sentarlo en la tumba sólida y real. Este fue el reverso de eso. Tomé la energía hacia fuera, la chupe a distancia, hice que el hombre león fuese menos real, menos vivo.

La piel corría bajo mis manos hasta que me toqué la piel humana. Era el cuerpo de Orlando Rey que se derrumbó de rodillas delante de mí. Los ojos de Orlando se levantaron horrorizados grises para buscar mi cara, mi ruego, tal vez. Pero nunca me pidió que parase, y la verdad no estaba segura de que sabía cómo parar.

Él empezó a gritar justo antes que su piel comenzara a correr con líneas finas, como ver décadas ponerse al día en él en un sólo golpe. Me di de comer a través de él, me alimenté de su esencia, de lo que era. Se precipitó a través de mi cuerpo, emocionante a lo largo de mi piel, cantando a través de mis huesos, en cascada en un arrebato de alegría a través de cada fibra de mi ser, y más allá. Sentía el flujo de energía hacia el exterior para Micah, por ese vínculo que me dieron ganas de tocarlo cada vez que estábamos cerca. El poder que se dirigió a Richard le hizo respirar. Se derramó hacia el exterior para todos los lobos, y que ya no dependían de la voluntad rota de Richard, tenían la mía, porque yo quería vivir. Yo quería que todos viviesen. Nos gustaría vivir.

Queremos vivir, y nuestros enemigos tenían que morir. Lo quise así. Lo hice así. Di la vida de Orlando Rey para llenar a mis leopardos, mis lobos,

y de lejos, los vampiros, con la voluntad. Voluntad de vivir, de luchar, de sobrevivir.

Y a través de todo ello, Orlando Rey gritó. Gritó mientras su cuerpo se evaporó en mis manos. Su piel era como un pañuelo de papel sucio y el esqueleto como palos cuando finalmente lo dejé ir. Se derrumbó por su parte, el gran cuerpo se volvió algo ligero como el aire, pero aún gritó. Un horror irregular de un sonido después de otro, y no sentí lástima. Sólo sentí la sensación de poder como un vuelo de alas de un pájaro dentro de mi cabeza.

Micah estaba a mi lado de negro pelaje, en forma de hombre leopardo. El centro de su cuerpo estaba entero, curado, sólo en parte, debido a su desplazamiento. Un enorme leopardo manchado del tamaño de un pony acechaba a nuestro alrededor, silbidos en lo que quedaba de Orlando. Cherry estaba en su abrigo de pelo, ni siquiera tenía sangre.

Habían permanecido allí más tiempo que el que yo creía, que drenaba la vida de Orlando Rey de distancia. El tiempo suficiente para que puedan arrancar las cadenas, el tiempo suficiente para que puedan cambiar de forma y curarse. Los hombres colgados fueron cambiando de forma, también. Y con el cambio, rompieron sus cadenas, sanaron la mayoría de los daños que se les había hecho, y cayeron al suelo en piel de manchas y las garras. Olfatearon lo que quedaba de Orlando. Dieron extraños sonidos ladraron conforme la cosa seguía gritando.

La voz de Micah era tierna, ruda con su nueva forma.

—Tus ojos son como un cielo nocturno lleno de estrellas.

No necesitaba verme a un espejo para saber lo que quería decir. Mis ojos estaban negros, nadando en la oscuridad con el resplandor de las estrellas distantes, en la oscuridad. Los ojos de Mariposa de obsidiana habían sido así, y mis ojos se reflejan en los suyos después de que ella me tocó con su poder.

La puerta se abrió y ahora los lobos convertidos en Shang-Da y Jamil y Richard se mantenían entre ellos. Todavía estaban en forma humana, seguían negándose a cambiar y ayudar al poder a curarlos.

Los lobos, algunos en forma humana, otros no, se acercaron a tocarme, lamerme, humillarse a sí mismos antes mí. Gruñían y rompían y gritaban en el suelo.

Jamil y Shang-Da ayudaron a Richard a andar por la habitación hasta que estuvo frente a mí y Micah. Fue sólo cuando estaba tan cerca que me di

cuenta de que sus ojos estaban negros con el juego de las estrellas frías en ellos, también. Me preguntaba si los ojos de Jean-Claude tenían el mismo aspecto, y un pensamiento me hizo saber que así fue. Jean-Claude estaba disfrutando de la sensación de poder. Richard me miró como si hubiera atropellado a su madre. El dolor en su rostro no tenía nada que ver con la cicatrización de heridas. Había tomado un poco más de su humanidad, o así se sentía.

Contempló la cosa gritando en el suelo con las estrellas negras llenando sus ojos y dijo:

—¿Cómo pudiste hacerlo?

—Hice lo que tenía que hacer —dije.

Estaba moviendo la cabeza.

—Yo no quería vivir así.

—Lo hizo —dijo Micah.

Los dos hombres se miraron, ojos verde-amarillos hasta el negro. Algo parecía pasar entre ellos, a continuación, Richard me miró.

—¿Se está muriendo?

—No exactamente.

Cerró los ojos, y tuve una idea de lo que pasaba dentro de él antes de que él levantó sus escudos. No era el horror que le hizo palidecer, era el hecho de que la fiebre del poder se había sentido mejor que cualquier otra cosa que jamás había experimentado. Luego, apretó los escudos, pero sus ojos se quedaron inundados en una oscuridad.

—Sácame de aquí —dijo.

—Cambia de forma, Richard, cúrate a ti mismo —dije.

Sacudió la cabeza.

—No.

—¡Maldita sea, Richard!

Sólo dijo:

—No —entonces Jamil y Shang-Da lo llevaron a la puerta. Lo vi irse, pero no traté de llamarlo de vuelta. Hice lo que pude hacer, caso omiso de él, me arrodillé por el esqueleto que había hecho de Orlando Rey. Sabía cómo devolverle su energía, y que también habría sido un pico en ella su propio camino, pero Orlando se quería morir, y Quimera era demasiado peligroso para mantenerle vivo. Hice lo que quería Orlando, y dicté sentencia sobre la vida de Quimera. Llamé a mi magia una vez más y la derramé en esa lucha, en esa cosa gritando, y lancé el alma. Se agitaba por

encima de mí como un pájaro invisible, y el cuerpo que le dio el aliento quedó allí. Orlando Rey murió irreconocible, a menos que se hubieran hecho registros dentales.

Micah me ayudó a ponerme de pie. Estaba de nuevo en forma humana. Antes de que yo hubiera visto a Quimera, habría dicho que el cambio de Micah fue más suave que el de cualquier persona que jamás había visto. Él me estrechó en el círculo de sus brazos y apretó mi cara contra la piel desnuda de su cuello, capté el olor de su piel, y el *ardeur* se apoderó de mí, como si hubiera estado esperando. Un escalofrío corrió en mis brazos desnudos, y le di una risa nerviosa.

—No sé si estoy a tu altura. He tenido un día duro.

Me envolví con sus brazos alrededor de mi espalda, apreté la cara contra su pecho, para escuchar los latidos de su corazón fuertes y constantes. Y por ningún motivo imaginable, me puse a llorar, y el *ardeur* fluía lejos en un baño de lágrimas, y manos. Las manos no sólo eran de Micah pero las manos de los lobos, hienas y los leopardos que habían desobedecido y llegado a la lucha. Y, finalmente, Zeke y el hombre lobo que se había unido a él. Todos ellos me tocaron, me marcaron con su olor, sus lágrimas, sus risas. Nos reímos y lloramos, aullaban y rugían, haciendo todo el ruido que alguien podría hacer. Richard perdió un infierno de una fiesta de la victoria.



Richard me hizo su *Bolverk*. Pero ya no era su novia. Incluso no estoy segura de estar molesta por eso. Él es libre para encontrar otra lupa, aunque no estoy segura de que la manada estará de acuerdo con él, me parece muy bien. Como *Bolverk* del Clan Thronnos Rokke, mi primera tarea fue la de ejecutar a Jacob. Paris sigue viva ante la insistencia de Richard. Creo que es un error, pero es él Ulfric. ¡Oh!, bueno.

No me volví peluda con la luna llena. Al parecer, Jean-Claude tenía razón acerca de que los leopardos son mis animales para llamar, al igual que Damián es un mi siervo vampiro. Estoy ganando poderes como un vampiro maestro. Ve tú a saber.

Los hombres serpiente y Marco murieron durante los combates. El resto de la gente de Quimera, se han unido con sus grupos de animales. Tenemos una forma de alianza para promover un mejor entendimiento entre los grupos. Soy el presidente, aunque traté de no serlo. Micah y su pard se

quedaron en la ciudad.

Micah y yo, aún estamos saliendo, si a cita se le puede llamar compartir la cama y mi casa.

Pero no he dejado a Jean-Claude. Estoy saliendo con los dos. Soy siervo humano de Jean-Claude, y no puedo ocultar eso. Jean-Claude no estaba horrorizado por lo que hice a Orlando Rey. Él estaba contento. Encantado de que ganamos, nos complace que todos sobrevivieron. Él y Micah parecen llevarse bien, hasta ahora. Sigo esperando por la gota que derrame el vaso y el infierno se libere entre ellos, pero hasta ahora, todo va bien.

Rescatamos a José, el Rex de los leones, y su esposa todavía está embarazada, cuatro meses y contando, un record. Narciso resultó ser un hermafrodita, y está embarazado, también. No estoy segura de la cría de Narciso, especialmente sabiendo quién es el padre, pero no es mi elección. El rey cobra y su hijo habían muerto. Murieron después de que Quimera los había roto.

Me despierto presionada entre Micah y Nathaniel. No se puede alimentar el *ardeur* de la misma persona todos los días, ni siquiera de un licántropo. Es por eso que solía decir que los súcubos y los íncubos matan a sus víctimas. Puedes, literalmente, amar a alguien a muerte. Así que me alimento de Micah y de Nathaniel. Micah como mi Nimir-Raj, y Nathaniel como mi *pomme de sang*. No, no estoy teniendo relaciones sexuales con Nathaniel. Ambos parecen de acuerdo con el arreglo, aunque todavía estoy un poco reacia por mi parte. Todavía estoy esperando que el *ardeur* sea temporal.

Personas de Belle Morte se pusieron en contacto con Jean-Claude. El de la negociación es Musette, uno de los lugartenientes de Belle, vendrá de visita. La mención del nombre de Musette hizo que Asher y Jean-Claude se pusieran pálidos.

Ronnie se horrorizó cuando vio que estuve tan cerca de perder la vida, pero no ha sido ella más razonable sobre el tema de mi vida amorosa. Estamos viéndonos de vez en cuando. Tal vez Micah pueda ser mi compañero de entrenamiento, sin juego de palabras.

Todavía me encanta Richard, pero no importa. No funcionará. Él no puede aceptar lo que es, o lo que soy. Ninguno de nosotros puede cambiar nuestra naturaleza, y no quiero intentarlo nunca más. Micah me acepta por lo que soy, todo de mí. Él me ama, con mi colección de juguetes pingüino,

mi practicidad a sangre fría. No le importa ver cuerpos en el suelo, como tampoco lo hace Jean-Claude. Espero que Richard haga las paces consigo mismo algún día, pero en realidad no es más mi problema. Voy a mantener la manada segura con o sin él.

En cuanto al resto, si me despierto en sábanas de seda sé que estoy en la casa de Jean-Claude. Si me despierto en sábanas de algodón puro, estoy en casa. Pero donde quiera que esté, está Micah a mi lado. Me voy a dormir contra su suave calor, respirando la dulzura melosa de su piel. A veces el olor de las sábanas de Jean-Claude tienen su colonia, a veces no. A veces el cuerpo de Micah tiene dos limpias marcas de colmillos, y Jean-Claude regresa a su ataúd, estableciéndose para el día y bien alimentado, lleno de mi sexo y de la sangre de Micah. La vida es realmente buena, incluso si estás muerta.